# NADIE ME HABLÓ DE TI

LAURA ANGUERA

Planeta

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
Agradecimientos
Créditos

## Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora** **Descubre** **Comparte**

# Sinopsis

La vida de Carolina ya no es perfecta: el divorcio, las peleas constantes con su hija, y ahora la agonía de su padre, fin de una saga de la alta burguesía catalana. Su madre los abandonó siendo ella una niña, de ella solo conoce la ausencia. Pero un hallazgo inesperado la lleva hasta Gabriel, el amante de su madre y quizás también su asesino. Con él conocerá a esa joven indomable que se resistió a ser una intachable esposa burguesa, un encuentro que hará que Carolina se replantee su vida.

Un retrato de los años sesenta donde confluyen los últimos bailes de gala y los primeros conciertos de rock, el S'Agaró más esplendoroso y los baños de la Barceloneta, la rigidez de la clase alta y los sueños de barriada, y al que se asoman personajes como Liz Taylor, los Sírex o Simone de Beauvoir.

A veces, para ser una misma, tienes que dejar toda tu vida atrás

# NADIE ME HABLÓ DE TI

Laura Anguera

Planeta

*A mis padres, Jordi y Josefina.*
*Y a todos los padres y madres,*
*los verdaderos «influencers».*

Que nada nos limite. Que nada nos defina.
Que nada nos sujete. Que la libertad
sea nuestra propia sustancia.

SIMONE DE BEAUVOIR

# CAPÍTULO 1

Estoy donde estaba esa tarde, hace tres semanas. La tarde en que por un simple, banal gesto, se desencadenó todo: en el mismo dormitorio, sentada junto a la misma cama, mi padre postrado en ella. Ya se moría entonces, pero lo que ese día era aún una fatalidad sin fecha cierta ahora es ya una cita inaplazable. Cuestión de horas, quizá minutos. Escucho el zumbido de la máquina de oxígeno, la respiración trabajosa, cada exhalación con la angustia de que sea la última. Incluso la enfermera se ha ausentado un rato de la habitación con la excusa de dejarnos solos. En realidad está haciendo la maleta, recogiendo sus cosas, ya poco servicio le queda por prestar en esta casa. Hoy es 15 de marzo de 2020. Esta será la fecha que constará en la partida de defunción de mi padre.

Hace un par de horas el primer sol de la mañana se ha asomado sobre el mar y ha empezado a encaramarse por las calles de Barcelona, ciudad arriba, hasta iluminar las señoriales piedras de este edificio, hasta destellar contra los ventanales de este cuarto. El astro ignora que la muerte, como el amor, requiere intimidad y penumbra, por eso no he querido subir las persianas. Pero la luz es como la verdad, inclemente y obstinada: por mucho que intentes taparla, siempre encuentra un resquicio por el que colarse. Desde mi rincón contemplo sus haces dorados filtrándose por las rendijas, espadas que se clavan en las sombras, iluminando un fino polvo en suspensión que flota en el ambiente cerrado de la habitación. Reconozco estos restos, sé lo que significan: es el polvo que levanta una demolición, residuos del derrumbe. Cenizas y tristeza es lo único que queda cuando todo se viene abajo, lo único que ocupa el vacío que deja lo que hemos destrozado.

—¿Quiere que le prepare el desayuno? ¿Tostadas y un café?

La voz de la enfermera me sobresalta. Niego con la cabeza, de mi boca surge apenas un suave murmullo dando las gracias. Llevo muchas horas sin comer ni beber, sin dormir, sin dejar de pensar, sin atreverme a decidir. Yo, Carolina Planadevall Ribé, siempre tan segura de mis decisiones y de mis opiniones, la reina del sistema binario —blanco o negro, buenos y malos—, deambulo ahora perdida entre grises, sin saber quiénes son víctimas y quiénes culpables. Quizá tampoco eso sea ya importante... Que no los juzgara hasta conocer toda la verdad, esta fue la única condición que me fue impuesta para contarme la historia. Y ahora que al fin he llegado a la verdad, precisamente ahora, es cuando más difícil me resulta dictar sentencia.

Una ligera apnea de mi padre rompe momentáneamente la cadencia de su respiración, como un traspié. Hace horas que dormita inconsciente, bajo el efecto de los paliativos, que bastante ha

tenido que soportar estas últimas semanas con el maldito cáncer royéndole las entrañas. Siempre ha sabido que era el final, yo diría que el diagnóstico no le importó gran cosa. Se limitó a pedir que no le llevara a un hospital, se ha negado a ser una agonía anónima bajo la blanca y aséptica luz de una clínica. Ha querido morir cobijado en la penumbra de su cuarto, en esta casa que ha sido el último bastión de su poder desde que hace unos años vendió Industrias Planadevall a una multinacional norteamericana. Fue un gran negocio, pero también nuestra despedida de ese entramado de familias y apellidos asociados durante generaciones a grandes fábricas y corporaciones; un microcosmos que pierde su esencia, la alta burguesía catalana es un globo que se deshincha. Con la venta de la empresa, papá vio su reino reducido de golpe a este piso señorial de la Bonanova, sus órdenes ya solo dirigidas al chófer que, hasta hace poco, le llevaba cada mañana hasta el Círculo Ecuestre y a misa los domingos, sus caprichos ya solo atendidos por el servicio, encabezado por la abnegada y fiel Pepita. Ahora solo deseo que su agonía acabe pronto. Por él, sí, pero también por mí. Que acabe su dolor, y que pase su entierro y su luto y ese reguero de condolencias que me espera. Que acabe ya todo y me dejen en paz. Estoy cansada. Quizá sí debería comer algo.

—¡Pepita!

Me interrumpo, es inútil llamarla, no vendrá a ver qué necesito. Hoy, por primera vez en mi vida, ya no está aquí. Entró al servicio de mis padres poco antes de que yo naciera, así que es fácil echar cuentas: cincuenta y cuatro años trabajando en esta casa. Entre estas paredes ha ejercido de cocinera, de niñera, de jefa de servicio, de confidente de mis secretos, de ama de llaves, de enjugadora de mis lágrimas, lo más parecido a una madre que yo haya podido tener. Toda una vida limpiando nuestras miserias para que papá y yo pudiéramos lucir de puertas afuera. Es dura esta ausencia, siento que serán demasiadas pérdidas en pocas horas. Ya no se encuentra en la casa, pero sí que estaba esa tarde a la que debo remontarme para iniciar esta historia; recuerdo oírla trasegar en la cocina preparando la cena, mientras yo, sentada en esta misma butaca, le hacía compañía a papá, como cada día desde que el cáncer le encerró definitivamente entre estas paredes. Deber de hija única, sin hermanos con quien turnarme. Y si mi hija Ariana no me esperaba para cenar, yo alargaba mi visita para alegría de Pepita. Y agradecía su compañía, porque desde mi divorcio, hace poco más de dos años, no me encuentro a gusto en mi piso. Es mi hogar, donde he vivido desde que me casé, pero de repente ya no es el mismo; ahora me resulta demasiado grande, demasiado inmaculado, demasiado diseñado, demasiado perfecto. Y desde que mi vida ya no es perfecta, siento que no encajo en él. Como si en ese decorado impecable, el mueble viejo que desentona o ese jarrón pasado de moda fuera yo misma. El piso también está demasiado vacío; Alberto, mi exmarido, se marchó a vivir con una pelandusca con cara de ratita que conoció en el gimnasio. El resultado es un piso enorme para mí y para Rocco, el labrador, porque mi hija Ariana, a sus diecinueve años, solo sale de su habitación para coger algo de la nevera o para protestar porque el wifi ha vuelto a colgarse. Algunas amigas me dicen que me mude a un piso más pequeño, a un pisito, así, en diminutivo...

¡Las abofetearía cuando me dicen eso! Es su manera de decirme que mi vida se ha reducido, que sin Alberto ese piso me viene grande y que ese vacío no tendrá ya más ocupante que ese polvo del derribo. Bueno, quizá estén en lo cierto, pero no quiero que me lo digan.

Ese viernes de hace tres semanas, mientras mi padre dormitaba bajo los efectos de los calmantes y Pepita preparaba la cena, yo me aburría. No me había traído trabajo del despacho, ni tenía la tablet o un periódico a mano, así que decidí buscar algún libro en la biblioteca de papá, aunque fuera solo para entretenerme un rato. La biblioteca ha sido siempre para mí un lugar solemne, casi sacrosanto. Una gran habitación, con todas sus paredes recubiertas de estanterías de oscura madera, en las que se apilan enciclopedias y libros. Dos cuadros de Nonell —dos retratos sombríos de dos mujeres tristes, colocados de tal forma que se dan la espalda, ignorándose mutuamente y sin remedio—, y en el centro una mesa de marquetería con repujados dorados y su silla (moderna y anatómica, fuera de lugar, pero la espalda de papá así lo requería). En una esquina está el mueble bar, que esconde una buena selección de maltas y coñacs, y una pequeña cava para la conservación de puros. Sobre la mesa, una lamparilla con la pantalla de tela verde, la única luz que habitualmente ilumina la sala. De pequeña me daba miedo esta habitación, temía entrar en ella incluso para dar el beso de buenas noches a mi padre. Ya adolescente, jamás la utilicé para estudiar, preferí desplegar mis libros y mis apuntes en mi cuarto o, aún mejor, sobre la gran mesa de la cocina, al cobijo de la luz y de Pepita, que me preparaba la merienda o me recogía el pelo, mientras daba instrucciones a las muchachas que componían el servicio de la casa y reñía al chico del frutero —«pero ¡dónde tienes tú la cabeza, so atontado!»— por haberse olvidado los palo santos que tanto gustaban a mi padre.

Hacia la biblioteca me dirigí esa tarde, sin más objetivo que el encontrar una lectura que me entretuviera un rato. Pero, pese a lo profuso de su biblioteca, papá nunca ha sido un gran lector, y el contenido de sus anaqueles es ecléctico y poco literario. La mayoría de los libros son tratados de economía, de ingeniería, informes variopintos, unas pocas guías de viajes. Nada que me llamara la atención, así llegué al último estante: un manual de mecánica avanzada, consejos de Dale Carnegie para hablar bien en público, un libro de contabilidad de Harvard University editado en México, un par de novelas de Frederick Forsyth, *Las ratas*, de Delibes, y una edición antigua y amarillenta de *Doctor Zhivago*. En el rincón, una biografía de Napoleón y otra, con un grueso lomo granate y letras doradas, de José Antonio Primo de Rivera. Era un libro viejo, como casi todos, y me pregunté qué se escribía de él durante el franquismo. Alargué la mano y lo cogí, movida por esa mezcla de curiosidad y azar que es la pócima en que se cuecen la fortuna y la fatalidad. Pero al sacarlo del estante otro libro cayó a mis pies. Estaba escondido dentro del grueso lomo granate, ahora vacío porque alguien había arrancado todas sus páginas. Un libro dentro de otro libro, una curiosa variante de las matrioskas. Recogí el volumen del suelo: era *Memorias de una joven formal*, de Simone de Beauvoir.

¿Quién había leído a Simone de Beauvoir en esta casa? ¿Y por qué lo había escondido? ¿Y de quién? Desde luego, el lector no era mi padre, no le imaginaba leyendo a una mujer, y menos a

una mujer francesa, filósofa y feminista. Si en algún lugar pondría mi padre este libro sería sin duda en la chimenea, alzando satisfecho la voz para anunciar que nada como un buen papel para encender los troncos, ¡no le conoceré yo los gustos y las ideas! Bueno, salvarlo de la hoguera era un buen motivo para esconder el libro. Pero ¿justamente en su biblioteca? ¿Y quién? Yo no recordaba haberlo visto en mi vida y Pepita... Bueno, no quiero encarnizarme ahora con ella, pero Pepita no ha tenido jamás ninguna inquietud intelectual, sus aficiones literarias no han ido más allá de Corín Tellado y algunas fotonovelas de amores imposibles y finales con perdices, que pasaban de mano en mano entre las chicas del servicio y que de vez en cuando yo encontraba en los cajones de las mantelerías, escondidas bajo capas de hilo almidonado, ocultas entre primorosos bordados y vainicas. Además, Pepita siempre ha tenido habitación propia en la casa, un lugar privado donde guardar cuantos libros y secretos quisiera. Solo quedaba una persona, una única posible culpable: María Elena Ribé Casasús, mi madre. ¿Era ella una buena lectora? ¿Era alguien capaz de leer a la Beauvoir a escondidas y ocultar luego el libro en las mismísimas narices de su marido? Me hice estas preguntas, pero esa tarde no pude darles respuesta. Porque esa tarde lo ignoraba casi todo de mi madre. Sabía su nombre porque constaba en mi partida de nacimiento. También sabía que huyó con su amante cuando yo tenía tres años, un escándalo que manchó y deshonró nuestro apellido. Y que no había ni un solo recuerdo, ni una foto ni un objeto suyo, en toda la casa. Eso es todo lo que entonces sabía, porque desde su marcha no habíamos vuelto a tener jamás noticias de ella.

Quizá por este motivo, el contacto con algo que supuse que le había pertenecido me estremeció, el libro tembló en mis manos. Mis dedos buscaron con avidez las primeras páginas, deseosos de encontrar una dedicatoria, un nombre que confirmara su pertenencia. Pero no, un chasco. En la primera página habían dejado constancia, a golpe de tampón, del propietario del volumen: «Ateneo Barcelonés». Y, pegada a esa misma página, había una tira de papel amarillento en la que —escrita con letra picuda y tinta azulada— constaba la ristra de socios que habían tomado el libro en préstamo. El último: el socio 7.953, en mayo de 1965. Por qué mi madre no había devuelto el libro y lo había mantenido escondido en casa era otro misterio que añadir a la lista. No había podido olvidarlo al marcharse porque, aunque yo nunca había sabido la fecha exacta de su fuga, sí tenía la certeza de que en 1965 ella aún estaba en casa. Porque en mayo de 1965 yo ni siquiera había nacido.

—¡La cena está servida, señorita!

La voz de Pepita me sacó de mis cavilaciones. Devolví el mamotreto de Primo de Rivera —convertido ya definitivamente en un mero trampantojo— a su lugar en la estantería y me dirigí al comedor con el volumen de memorias de la Beauvoir en la mano. Con Pepita me sería fácil encontrar alguna respuesta, bastaría con mostrarle el libro: si callaba de golpe, si rehuía la conversación, es que algo tenía que ver con mamá. Siempre había sido así en todo lo que a mi madre se refería. Mutismo, reserva total. Ni un comentario, ni un retrato, nada que durante estos años me haya ayudado a construirme una imagen de ella, a intuir cómo era, a entender cómo soy

yo, a quién me parezco. Todos los días de mi vida, frente al espejo, me he mirado intentando imaginar su cara a través de la mía, como si yo no fuera más que un retrato robot que alguien dibuja para reconstruirla a ella. Dado que no me parezco a mi padre, asumí desde pequeña que mi madre me había parido a su imagen y semejanza antes de dejarme a mi suerte. Decidí que me parecía a ella, pero, sin mi madre al lado, la verdad es que no me parezco más que a mí misma, como un eslabón que no encuentra su cadena. Siempre he sentido que no encajaba en la foto de familia, como no encaja una pieza roja en un puzle que reproduce un cielo raso. Y el escozor de esa pregunta, oída tantas veces: «¿Y estos ojazos de la niña, de dónde han salido?». Siempre mis ojos, de un color azul extraño. No son azul claro, cálido, como el agua de la piscina en un cuadro de Hockney. Mis ojos son oscuros, como el color del océano cuando ya no se ve la costa, cuando cubre simas profundas y esconde universos bajo su frágil espuma. Azul de mares fríos y solitarios, como si hubieran querido advertirme de mi destino. Siempre di por hecho que eran los ojos de mi madre. Allí adonde he ido, los he buscado en la cara de todas las mujeres con las que me he cruzado, estoy segura de que de haberlos visto la habría reconocido al instante. Ariana no ha heredado mis ojos, de hecho no se parece en nada a mí. Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para dejarme sola.

Cuando yo era pequeña, papá y Pepita incluso llegaron a fingir que mamá había muerto, esa fue su respuesta —evasiva, sí, pero respuesta al fin y al cabo— a mis preguntas infantiles. Supongo que les pareció más fácil de entender para una niña, menos doloroso, y algo de razón tenían: los muertos son los únicos a los que no culpamos por estar ausentes. Pero el círculo altoburgués de Barcelona, esa pseudoaristocracia catalana, era demasiado pequeño, su entramado demasiado tupido, para mantener a salvo mentiras y secretos. Ya lo he dicho antes, creo: la verdad es como la luz, busca resquicios para colarse entre el espeso follaje de silencios y mentiras piadosas. Y yo crecí entre algodones, sí, pero también entre habladurías y murmullos. Estoy segura de que, durante un tiempo, en esas fiestas de esmoquin, vestidos largos y colmillos afilados como los de los chacales, la desaparición de mi madre fue el bocado más suculento que llevarse a la boca. Chismorreos que se reproducían y diseccionaban al día siguiente, con calma y aún más mala baba, en los salones de cada casa. Comadreos que llegaban a las cocinas, servidos por las doncellas que volvían del salón con la bandeja vacía y noticias frescas. Habladurías que se repetían frente a los fogones, ampliándolas y decorándolas lo necesario para dar color a esas tediosas baldosas blancas y soportar ese perpetuo olor a apio y cebolla, mientras los niños de la casa entraban a sisar una galleta o se terminaban el pan con chocolate de la merienda. Y así, en un penúltimo salto, las habladurías de cocina se convertían en cuchicheos entre pupitres, en risitas que recorrían la estival bandada de bicicletas, hasta llegar a mí, el último eslabón de la cadena. La historia de la huida de mi madre con un amante fue tomando forma en mi mente infantil, comentario a comentario, encajando piezas, incluso antes de que tuviera una idea clara de lo que era un amante. Pero sabía que de este tema no podía hablar en casa, no podía preguntar,

porque papá se enfadaba si lo hacía, incluso la buena de Pepita me reñía. Y una capa de silencio, pesado y frío como hormigón, cayó sobre nosotros, los orgullosos y poderosos Planadevall.

—Mira qué he encontrado, Pepita. Estaba en la biblioteca escondido dentro de otro libro al que alguien le arrancó todas las hojas.

Lo dije pretendiendo no darle importancia, como si estos hallazgos fueran la cosa más habitual en esta casa. Ella había puesto ya la mesa en el comedor de diario: un mantel individual y cubiertos para un comensal. Pese a mis ruegos, seguía sin acceder a cenar conmigo, su condición de persona de servicio no se lo permitía, era incapaz de romper algunas reglas. «¡Qué diría el señor si me viera, señorita!», solía argumentar levantando los brazos, como si anunciara la llegada de la novena plaga de Egipto. Aunque creo que en realidad sentía que, si relajaba su condición de sirvienta, se rebajaría también —como en un juego de contrapesos— mi condición de señorita, mis privilegios, y eso sí que Pepita no podía permitirlo, ni siquiera en la intimidad de nuestra casa. Así que ella cenaba luego, sola, en la cocina, cuando yo me iba. Al menos conseguí que se sentara junto a mí; era nuestro momento de hablar, de contarle mis cosas, como cuando era niña. Pero esa noche no iba a explicarle mis trifulcas con mi exmarido ni mi último encontronazo con Ariana. Mis dedos se pararon, como por casualidad, en la primera página del libro.

—Fíjate, tomado en préstamo en mayo de 1965, todo ese tiempo ahí escondido. ¿Quién crees que puede ser este socio 7.953?

Se quedó inmóvil, sus manos reposando sobre el frío cristal de la mesa. Noté la rigidez repentina en su espalda, la momentánea interrupción de su respiración.

—A saber, señorita, con la cantidad de gente que ha pasado por esta casa.

Se levantó bruscamente de la silla y se fue a la cocina, porque de repente limpiar la sartén en la que acababa de freírme el pescado se había convertido en una tarea inaplazable. Eso fue todo, pero fue suficiente: era mi madre quien leía a escondidas, quien había ideado el ingenioso escondrijo. Ella era el socio 7.953. Pepita no volvió, oí sus pasos yendo y viniendo por el pasillo. Solo asomó la cabeza cuando calculó que ya habría terminado mi cena.

—¿Le traigo algo de fruta, señorita? ¿Una infusión?

—No, gracias. Me la tomaré en casa.

Fui a despedirme de mi padre. Dormía. Hace tres semanas ya estaba muy delgado, un anuncio del esqueleto que ha llegado a ser. Verle tan demacrado me daba una pena inmensa, pero aun así reconozco que no pude evitar decírselo al oído:

—¿Sabes, papá? Tu mujer leía libros a escondidas, y los ocultaba en tus narices, en tu propia biblioteca.

Papá se removió intranquilo en la cama, pero siguió durmiendo. Le arropé y salí del cuarto. Aún llevaba el libro en la mano porque mi intención era dejarlo de nuevo en la biblioteca, pero finalmente lo guardé en mi bolso y me puse el abrigo. ¿Por qué lo hice? No lo sé, pero esa noche salí de casa de mi padre llevándomelo conmigo. Y allí se quedaron, el libro y la historia que con

él empezaba, silenciosos y pacientes, agazapados como una serpiente, esperando a que una mano hurgara en el fondo del bolso para morderla.

# CAPÍTULO 2

—Venga, pruébatelo —le dije a mi hija tendiéndole una percha. Colgando de ella un vestido negro, cruzado y simple.

Ariana, plantada en mitad de la tienda, lo miró y frunció el ceño. Reconocí el gesto. Es el ceño que antecede a la más obstinada de sus negativas, al absoluto rechazo. Al «no, porque no, y no me rayes». Ese día sus palabras tuvieron distinta pulpa, pero el mismo hueso:

—No pienso ponerme un vestido de señora.

—No es de señora, en realidad quizá es demasiado informal. —Fingí mirar la prenda con una ligera expresión de desagrado, a ver si de ese modo cambiaba de opinión—. Además, no hace falta que te lo pongas para ir a la universidad o salir con tus amigos, solo te pido que lo lleves en el entierro de tu abuelo. Me parece lo mínimo que puedes hacer por él, la verdad.

Esto último me lo podía haber ahorrado, pero, para variar, me di cuenta del error demasiado tarde.

—¿Hacerlo por el abuelo, dices? —Sus ojos echaban chispas, su tono no podía ser más sarcástico—. Mamá, te informo de que en su entierro el abuelo estará muerto, así que le importará un rábano como vaya vestida, no me va a ver. ¡Te importa a ti, me lo estás pidiendo por ti, porque no soportas que tus amigos me vean vestida así!

Su dedo índice recorrió la sudadera y los pantalones rotos, apuntó a sus botas de estilo militar. Si con este gesto mi hija pretendía hacer un recuento de lo que yo detesto, tuvo dos olvidos clamorosos: el pelo —más corto de un lado que del otro, un arreglo que cualquier madre del mundo tildaría de greñas— y el tatuaje en su muñeca, regalo de su padre por su decimonoveno cumpleaños, ¡ella llegó a casa encantada y yo lo habría matado! Parece que este es uno de los muchos repartos que comporta el divorcio: uno se apropia del papel de progenitor indulgente mientras el otro ha de recordar normas y límites constantemente. Reglas y principios en los que mi exmarido y yo habíamos estado siempre de acuerdo, pero que ahora él parece haberse dejado en casa, olvidados junto a un par de zapatillas y dos chaquetas viejas. Porque desde que abandonó el piso familiar para irse con esa tipa con cara de rata, su lema es «sí a todo». Con Ariana, quiero decir, porque entre nosotros solo hay discusiones. Como antes, pero ahora por teléfono. Y sin la satisfacción de darle la espalda al meternos en la cama.

—¡Estoy harta —la voz de Ariana seguía escalando decibelios—, nada de lo que hago te parece bien!

Una madre y sus dos hijas aparcaron su discusión para contemplar la nuestra, que al parecer

era más interesante. Las jovencitas miraban a Ariana con expresión de aliento, mientras que los ojos de la madre me brindaron una aleación de simpatía y conmiseración. Mi hija, sintiéndose el centro de atención de tan selecto auditorio, se vino arriba:

—Pero me da igual, entérate, no pienso disfrazarme para que me vean las pijas de tus amigas. Además, son unas hipócritas y, me ponga lo que me ponga, harán lo de siempre: abrazos y besuqueos, que si qué guapa estoy, que si ya soy una señorita, mucha sonrisita, y luego, nada más salir del tanatorio, ¡a rajar se ha dicho!

—Mis amigas no critican —le interrumpí.

—¡Sí lo hacen!

En eso tenía razón. Lo hacen.

Y seguramente también tenía razón en que le estaba pidiendo que se pusiera el vestido por mí, por mi necesidad de que estuviera presentable el día en que iba a verla lo más granado de la alta sociedad barcelonesa, la verdadera, la de toda la vida. Y dada su negativa a celebrar una puesta de largo y su alergia crónica a los eventos formales, su presencia en el primer banco en el entierro de Ricard Planadevall iba a ser lo más parecido a su presentación en sociedad. Por eso, aunque los médicos aún daban a mi padre unas pocas semanas de vida, quería solventar ya el tema de su atuendo, para estar tranquila y no ir luego con prisas. Y ese vestido me parecía una propuesta más que razonable. Pero, conociendo a mi hija, sabía que era el momento de empezar a explorar otras vías de acuerdo.

—¿Y unos pantalones negros con...?

—Ya tengo —me interrumpió.

—Unos pantalones negros buenos, que no sean vaqueros, no estén rotos por las rodillas ni tengan los bajos deshilachados —aclaré paciente—. De estos no tienes.

—Ni pienso.

Suspiré, ahí seguía el ceño. Y yo, como una tonta, sostenía aún la percha con el vestidito negro, cruzado y simple. Me desentendí de él y lo colgué en el primer lugar que encontré, convirtiéndolo en un borrón oscuro entre una ristra de jerséis rojos. Era casi la una, empezaba a pensar que habíamos perdido la mañana. Ella hacía todo lo posible por dejármelo claro: sin mudar el gesto ni esperarme, salía ya al exterior, a un Portal de l'Àngel que ese sábado de febrero, últimos días de las rebajas de invierno, había sido tomado al asalto por un enjambre de compradores, una voraz marabunta que arramblaba con cualquier artículo marcado con un 50 por ciento de descuento. Todos cargados con bolsas menos nosotras, y eso que habíamos ido hasta allí por decisión de Ariana, porque ella el paseo de Gracia ni lo pisa. Iba a sugerirle hacer un nuevo intento en la tienda de enfrente, pero mi hija había sacado el móvil de su pequeña mochila.

—¡Joder!

Esta vez fui yo quien frunció el ceño.

—Espero que la magnitud de la tragedia justifique el uso de tan soez vocabulario.

Quise demostrarle que yo también puedo ser cáustica, pero me temo que Ariana hizo caso

omiso a tan rimbombante frase, ya solo preocupada por el gravísimo problema que la atenazaba.

—Me he quedado sin batería. Déjame la tuya, anda.

Me cogió el bolso, uno de esos enormes *tote bags* que acarreo siempre, en los que cargo todo lo que puedo necesitar y en los que jamás encuentro lo que de verdad preciso. Mi hija introdujo en él su brazo y rebuscó la batería extra que siempre llevo conmigo. Ya sé que es sano desconectarse y que no se hunde el mundo si no respondo de inmediato, pero lo cierto es que, si me quedo sin batería o me olvido el móvil, pienso que algo horrible le está sucediendo a mi padre, a mi hija, en el despacho, en Barcelona o en la otra punta del mundo... Y lo que es aún peor: algo horrible está sucediendo y no me estoy enterando ni lo estoy remediando. Una angustia tremenda. Ariana dejó de remover con la mano, había encontrado algo. Pero no era la batería.

—¿Y esto? —preguntó extrayendo el brazo del interior de mi bolso—, ¿vas de compras con un libro?

Ahí estaban las *Memorias de una joven formal*, cegadas por el sol tras más de cincuenta años recluidas entre los lomos granates de un viejo libro, en un rincón de la tenebrosa biblioteca de mi padre.

—Simone de Beauvoir —leyó mi hija, con una pronunciación que me dio ganas de ir a pedirle explicaciones a madame Granier, su profesora de Francés en la escuela—. ¿Lo estás leyendo?

—No, la verdad es que ni recordaba que lo había guardado en el bolso, ¡ya decía yo que pesaba más de lo normal! —Podía haberlo dejado aquí, pero continué. Y la lie—. Lo encontré ayer, estaba escondido en la biblioteca del abuelo.

—¿Cómo que escondido?

Ariana desfrunció el ceño, en sus ojos un destello de interés por mis palabras. Eso no sucede a menudo, así que decidí aprovecharlo, quizá conseguiría que le cambiara el humor y podríamos comprar el vestidito. Le expliqué cómo lo había encontrado, le mostré el sello de la biblioteca, la fecha de préstamo. Veía cómo el interés de mi hija iba en aumento, incluso se olvidó de la batería.

—¿Quién es ese socio 7.953?

—No estoy segura, pero creo que podría ser mi madre.

—La abuela Elena...

Me sorprendió la forma en que pronunció su nombre: despacio, paladeándolo, como si fuera la primera vez que pronunciaba esas tres palabras y descubriera fascinada su sonido. La verdad es que nunca había hablado con Ariana de su abuela, ¿para qué, si no tenía nada que contarle? Me había limitado a decirle que murió cuando yo era muy pequeña, que no tenía recuerdos de ella. Sí, exacto, la misma mentira que me contaron a mí de niña. No es que quisiera protegerla del trasnochado escándalo, eso era innecesario, porque en estos tiempos, en que no hay ya más código de conducta que el interés propio y la búsqueda de la felicidad perpetua, todo se disculpa y se justifica, la moralidad es un traje que cada uno nos hacemos a medida. Reconozco que mi

mentira solo buscaba protegerme a mí misma de la vergüenza de no saber qué responder si Ariana me preguntaba por qué mi madre no había vuelto a contactar conmigo, ni siquiera una mera felicitación por mi cumpleaños. Solo la muerte, aun ficticia, explicaba tanta ausencia. Que mamá se hubiera marchado de casa podía perdonarlo; que no hubiera querido saber nunca más de mí me había humillado y mortificado cada día de mi vida.

—Vamos a devolverlo —propuso mi hija blandiendo el libro entusiasmada.

—Ni hablar de cambiar de planes, lo primero era el vestido.

—¿No es mejor aprovechar que estamos aquí y mirar en Zara? Además, no sé dónde está este Ateneo Barcelonés, quizá ya ni existe.

Me miró con un ligero desdén, dándoselas de enterada.

—¡Mamá, por favor, claro que existe! Está aquí al lado, a dos calles.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Álex es socio y estudia allí, en su biblioteca. Voy a buscarle a veces.

—¿Quién es este Álex? ¿Y por qué vas a buscarle?

—¡Ay, mamá, no empieces!

Ni sé quién es Álex ni conozco a la mayoría de sus amigos. No sé adónde va cuando sale, ni cómo se divierte. Ariana es experta en levantar muros de hormigón entre nosotras. Los construye concienzudamente, sin dejar grietas ni resquicios por los que atisbar, sin cabos sueltos de los que tirar. Sé poco de mi hija, pero de lo que sí estoy segura es de que no da su brazo a torcer. Así que unos segundos más tarde, sosteniendo el libro en su mano, enfilaba decidida el Portal de l'Àngel abajo, abriéndose paso entre los peatones, yo haciendo esfuerzos por seguirla, dando ya por perdida toda opción de comprarle un vestido. Giró a la derecha por la calle Canuda, cruzamos la plaza Villa de Madrid y se detuvo justo en la otra esquina.

—Es aquí —anunció.

El Ateneu Barcelonès resultó ser un edificio histórico, abierto a la calle mediante un zaguán de piedra tan simple como exquisito. A la derecha arrancaba una escalinata, también de piedra y cubierta con una alfombra roja, como si de un palacete se tratase. Un palacete privado, porque un cartel avisaba de que el acceso estaba reservado a los socios. Ariana, haciendo caso omiso a la advertencia, empezó a subir. Y yo decidí que nada tenía que hacer sola en mitad de aquel zaguán y la seguí. Dos tramos de escalinata nos condujeron ante una puerta cerrada, en la que un nuevo cartel anunciaba que era la entrada a la biblioteca. Y un dispositivo en la pared indicaba que nuestro acceso dependía de que un implacable sistema informático reconociera nuestra huella dactilar. No me tomé la molestia de poner mi dedo índice sobre el lector, y tampoco Ariana hizo el gesto, ambas sabíamos que era inútil. Desde allí, por encima de la balaustrada, teníamos una bonita vista cenital del zaguán. Mi mirada deambuló por él, hasta que se cruzó con la de un portero que nos observaba desde la base de la escalera, su cabeza alzada hacia nosotras. Tocaba retirada, lo mejor era hacernos las turistas despistadas para salir de ese embrollo con cierta

dignidad. Y, por mi parte, cuanto antes mejor. Fin de la tontería del libro, quizá aún habría oportunidad de pasar por Zara.

—Bueno, creo que tendrás que dárselo a ese tal Álex para que lo devuelva.

Pero justo en ese momento una mujer salió de la biblioteca y, al ver a Ariana con el libro en la mano, nos sonrió y, educadamente, nos sujetó la puerta para que entrásemos. Una vez más, la suerte se aliaba con la enemiga. Y así, en un alarde de naturalidad y caradura, nos colamos en la biblioteca del Ateneu Barcelonès.

Y valía la pena colarse, a fe que sí. Esa biblioteca resultó ser una pequeña joya, con sus paredes recubiertas de estanterías repletas de libros, tan altas que los volúmenes del último estante rozaban las antiguas molduras, sus techos decorados con frescos, la luz dorada de pequeñas lamparitas reflejándose sobre las largas mesas de vetusta madera. Olía a papel añejo. Había poca gente, apenas una veintena de cabezas inclinadas sobre libros y revistas. Y, sobre todo, había silencio; un silencio sobrecogedor, quizá porque fuera, a escasos metros por debajo de sus ventanales, ríos de gente invadían la calle. Pero Ariana no pareció sucumbir a la belleza de esas salas y se dirigió directa a uno de los dos bibliotecarios. Con un gesto algo melodramático, depositó el volumen de memorias de la Beauvoir sobre la mesa.

—Venimos a devolver este libro. —Hizo una pausa, para asegurar el impacto, y añadió—: Cincuenta y cinco años después.

El bibliotecario no mudó el gesto.

—Pues ya era hora.

La frialdad de la respuesta no hizo mella en Ariana, ella está revestida con una coraza a prueba de bombas.

—Verá, hemos encontrado el libro en casa de mi abuelo, y creemos que este socio 7.953 es mi abuela, o sea, su madre —aclaró señalándome a mí—. El caso es que mi abuela Elena se marchó hace años y no hemos vuelto a saber de ella. De modo que, si aún es socia, quizá usted podría darnos su dirección o su teléfono, ayudarnos a encontrarla. ¿A que parece el argumento de una novela, como esas que tiene aquí? Y nosotras dos, el típico detective y su ayudante...

Supongo que lo de ayudante iba por mí, porque Ariana ya había cogido el mando. Pero no me di ni cuenta, había perdido el hilo de su parloteo. ¿Desde cuándo sabía que mi madre no había muerto? ¿Quién le había ido con el chisme, acaso todavía corría entre los pupitres de la zona alta? ¿Y por qué no me lo había dicho? Estaba consternada, durante un par de minutos estuve dándole vueltas a qué decirle, cómo justificarme por la mentira. Y, cuando cogí de nuevo el hilo de la conversación, volví de inmediato a quedarme estupefacta: quien hablaba con el bibliotecario no era ya la Ariana que yo conocía, esa adolescente perpetuamente malhumorada. Ahora era una joven segura de sí misma y seductora, que controlaba la situación y estaba utilizando sus encantos para conseguir lo que quería. Y con éxito, al parecer, porque el bibliotecario la miraba encandilado mientras tecleaba un número en su ordenador. El 7.953.

—Lástima, guapa —dijo tras unos segundos de espera—, pero no es tu abuela. Es un hombre.

Decepción en mi cara. Interés en la de Ariana, que cimbreó algo más su cuerpo sobre la mesa del bibliotecario.

—¿Eso significa que aún es socio? Quizá él pueda ayudarnos a encontrarla. ¿Cómo se llama este hombre? ¿Tiene su dirección?

—Lo siento, pero tenemos prohibido dar datos personales.

El bibliotecario parecía compungido, era evidente que le dolía decepcionar a mi hija. Ariana, por una vez, no frunció el ceño. En su lugar, compuso un mohín de tristeza. Una cuentista, pura desfachatez lo suyo. Pero consiguió que el bibliotecario picara el anzuelo.

—Supongo que decir que viene por aquí cada mañana no es un dato personal —dijo en voz baja—. Desayuna en el bar, sube a la biblioteca, lee el periódico, coge algún libro en préstamo y luego baja a jugar al ajedrez con otro socio. Es posible que aún estén abajo acabando la partida. —Se calló un momento, como evaluando si había ido demasiado lejos en su información—. Pero si le encontráis, no digáis que me he chivado yo.

Ariana le dio las gracias efusivamente y, tras lanzarme una mirada cargada de triunfo, salió decidida por otra puerta, que daba a una escalera interior. Era evidente que no era la primera vez que estaba en ese lugar, se movía segura de adónde iba. Yo, en cambio, solo quería salir de allí, sentarme en un rincón tranquilo y hablar con ella. De ese tal Álex. De cómo sabía lo de su abuela. De los motivos de mi mentira. De por qué no comprábamos el dichoso vestidito negro y nos íbamos a almorzar. Me apetecía un buen sushi y vino blanco.

—¿Se puede saber adónde vamos?

—¿Adónde va a ser? ¡A buscarle!

Me llevaba tres escalones de ventaja, así que no tuve más remedio que agarrarla por la capucha, algo bueno había de tener esa maldita pasión suya por las sudaderas.

—¡Ni pensarlo! —la detuve—. No tenemos nada de que hablar con ese desconocido.

—¿Cómo que no? Si es un amigo de la abuela, tendrá información sobre ella, quizá sepa dónde vive. ¡Imagínate que pudiera poneros en contacto! Venga, mamá —me insistió zalamera, sonriendo por primera vez en toda la mañana—, vamos a sonsacarle algo a ese hombre, a ver qué logramos averiguar. Puede ser divertido.

Divertido, dijo. Para Ariana, encontrar a mi madre no era más que un juego con el que entretenerse una aburrida mañana de sábado. Su ligereza me irritó, no pude evitarlo. Y la irritación es material altamente inflamable, al menos la mía prende fácil, y su combustión genera un humo denso y caliente que me sube por la tráquea, potente, como empujado por un émbolo, directo a la lengua. Quizá por eso las palabras me salieron como balines disparados por una escopeta de aire comprimido.

—¿Saber cosas de tu abuela, quieres? Pues mira, apunta: esa mujer nos abandonó a tu pobre abuelo y a mí cuando yo solo tenía tres años, y desde entonces no ha tenido jamás el detalle de ponerse en contacto con nosotros, ni siquiera sabe que tú existes, y es evidente que tanto le da, ¿te parece suficiente información? Porque para mí sí lo es, al menos suficiente para saber que no

quiero presentarme ante un desconocido y preguntar por ella. Que pregunte ella por nosotras, si es que algún día le importamos algo. Y ahora hablemos de cosas que sí importan, ¿a ti quién te contó lo de la abuela, si puede saberse?

Quizá fue la forma como retumbó en el vacío de la escalera, pero reconozco que mi voz sonó más imperativa, más nerviosa de lo que pretendía.

—Me lo dijisteis vosotros —contestó Ariana—, papá y tú.

—¿Nosotros? Será tu padre, porque yo, hija, seguro que no.

—Sí, mamá. Fuisteis vosotros, los dos, sin querer. Era un domingo, habíamos ido a comer a casa del abuelo. Yo estaba ya en la cama, pero me levanté al oír los gritos. Parecía que la pelea iba en serio, así que me acerqué a la puerta de vuestro dormitorio para escucharos mejor. Discutíais por el abuelo. Papá dijo que era un hombre insufrible y resentido, y tú respondiste que quizá sí, pero que era comprensible que viviera amargado porque su mujer le había abandonado por otro hombre. Y entonces papá te cortó enfadado, gritando que estaba ya harto de que la huida de la abuela lo justificara todo y de que tras tantos años ninguno de los dos, ni el abuelo ni tú, hubierais pasado página, porque tú, a tu manera, dijo, también eras una persona amargada, por mucho que intentaras esconderlo detrás de tu fachada de mujer perfecta.

También su voz reverberó por el hueco de la escalera, ampliando la acusación. Quizá por eso se dio cuenta de que se había pasado un pelo, porque rápidamente añadió:

—Bueno, esto es lo que dijo papá esa noche.

Yo no recordaba esa pelea, pero al final del matrimonio hubo tantas que ya no podía acordarme de todas, distinguir una de otra.

—Entonces tú —prosiguió Ariana—, en voz baja, dijiste que tenías derecho a estar amargada. Dijiste que no hay nada que duela tanto como pasarte toda la vida deseando perdonar a alguien y que ese alguien no venga jamás a pedirte perdón.

Quiso cogerme la mano, en su mirada había una brizna de compasión. Su gesto fue espontáneo, quizá por eso aún me incomodó más. No soporto que nadie me compadezca, y menos que nadie mi propia hija. Aparté la mano de la suya con la excusa de buscar el móvil, perdido en el interior de mi enorme bolso.

—Venga, olvidémonos de ese desconocido y salgamos de aquí. Te invito a un buen sushi, hace ya rato que me apetece. ¿Te parece bien el Shunka, que está cerca? Llamo a ver si hay mesa.

—Mamá, ¿de verdad no quieres encontrar a la abuela?

Quería, claro. Pero a la vez me aterraba la idea. ¿Cómo explicarlo? Era cierto que llevaba toda mi vida esperando que ella volviera, pero eso no es lo mismo que salir a buscarla. Que viniera ella, yo tengo mi orgullo. Además, ¿y si la encontraba pero ella no quería verme? ¿Y si rechazaba reconocerme, quererme? Mendigar su cariño podía ser aún más devastador que su ausencia. Y si ese hombre me daba su dirección, su teléfono, podía hallarme en la tesitura de

tener que arriesgarme a ello. Pero estos temores no podía contárselos a mi hija, eso habría supuesto reconocer que tenía miedo. Así que tomé aire y claudiqué.

—De acuerdo, vamos.

Ariana marchó decidida, yo detrás de ella, hasta que se detuvo en seco, en la puerta de la sala de juegos. Por encima de su hombro vi un salón pequeño, con el suelo de baldosas blancas y negras, como si la propia estancia fuera un gran tablero. En algunas mesas estaban jugando al dominó, en otras al ajedrez. Ariana se adelantó tres pasos, y en el silencio del saloncito su voz resonó alta y clara.

—¿Alguno de ustedes es el socio número 7.953?

Así fue como le conocí.

# CAPÍTULO 3

Tengo un recuerdo confuso de lo que sucedió inmediatamente después de que mi hija proclamara ese número, todo pasó muy rápido... Los jugadores levantaron sus cabezas para dedicarnos un gesto de fastidio por la molestia de la interrupción, incluso se oyó un ligero «shhh» pidiendo silencio. Nada grave, al momento habían vuelto todos a centrarse en sus tableros. Todos los jugadores menos uno. Un hombre mayor, flaco, pelo blanco. Mi hija avanzó hacia él, la mano tendida a modo de saludo.

El hombre, en un gesto reflejo, extendió su brazo. Era una mano de dedos huesudos y largos. No llegó a encajar la de mi hija: la dejó suspendida en el aire, temblorosa, como si de golpe hubiera olvidado qué había de hacer con ella. La boca abierta en un gesto de asombro y sus ojos, grandes como platos, clavados en Ariana, que estaba cada vez más cerca. Parecía aturdido y, a la vez, fascinado. Como si estuviera viendo una alucinación, un fantasma. No había motivo para asustarse, no era más que un viejo, pero una sensación de peligro me recorrió la espalda.

—¡Ari, para!

Solo entonces él se dio cuenta de mi presencia. Sus ojos se detuvieron en los míos. Yo no los cerré ni los aparté de los suyos, desafiante. Permanecimos así unos segundos, mirándonos fijamente. Hasta que, en voz baja y lentamente, pronunció una sola palabra, la única palabra que yo no me esperaba:

—Carolina...

Mi nombre envuelto en su voz, eso fue lo primero que escuché de sus labios. ¿De qué me conocía ese hombre? No reaccioné, paralizada por la sorpresa. También él permaneció inmóvil, solo sus pupilas parecían tener vida: su mirada se posaba en mi hija, luego se deslizaba por encima de su hombro para clavarse en mí durante unos instantes, y rápidamente retrocedía buscando de nuevo la cara de Ariana. De la una a la otra, de la otra a la una; sus ojos nos observaban con avidez, como si creyera que éramos un espejismo y que, si dejaba de mirarnos, nos desvaneceríamos. Pero mi hija no tenía la menor intención de esfumarse.

—Encantada de conocerle, señor. Verá, hemos venido a devolver un libro que usted tomó en préstamo en 1965 y que estaba escondido en la biblioteca de mi abuelo, Ricard Planadevall. Tenemos curiosidad por saber cómo llegó ese libro hasta allí y creemos que...

Pero Ariana no pudo acabar la frase.

—Marchaos.

Fue apenas un susurro, un ligero movimiento de sus labios. Demasiado suave para que mi hija

se considerara obligada a obedecer.

—Mire, no queremos molestarle —prosiguió, con una amabilidad inusual en ella—, solo queríamos saber si podría usted darnos alguna noticia de mi abuela.

—Por favor, idos. —Esta vez su tono era ya seco e imperativo, su voz grave.

En la salita de juegos habían cesado los chasquidos de las fichas de dominó, reyes y caballos permanecían inmóviles en sus casillas, mudos los ajedrecistas. Una docena de hombres nos miraban, Ariana y yo convertidas en un par de intrusas. En medio de ese vacío, el taconeo de mis pasos —dos simples zancadas para colocarme delante de mi hija— fue un estruendo. Mis palabras resonaron en el saloncito.

—Oiga, solo queríamos hacerle algunas preguntas sobre el pasado. Sobre mi madre, concretamente.

Desperté a la bestia.

—¡Dejad en paz el pasado! —gritó agitando los brazos, como si fuéramos un dibujo en la pizarra y con este gesto pudiera borrarnos, deshacerse de nuestra presencia—. ¡Y dejadme en paz a mí también, joder! Maldito libro, ¡fuera de aquí, largo!

Reconozco que nada me apetecía más que obedecerle, salir de allí pitando. Ese hombre —fuese quien fuese— me daba mala espina, algo en él me generaba una vaga sensación de peligro. Pero notaba la presencia de Ariana a mi espalda, presionándome, impidiéndome la retirada.

—Oiga, ¿quién es usted?, ¿y de qué nos conoce?

El socio 7.953 no respondió, pero pareció tranquilizarse. Le tocaba mover a él, y permaneció inmóvil más de un minuto, estudiando la jugada —plazo eterno cuando se está de pie esperando una contestación—, hasta que cogió la torre blanca y la desplazó. Se comió un peón. El contrincante parecía estar esperando ese movimiento porque, rápidamente y sin mediar palabra, movió una de sus piezas negras. El ejército blanco perdió también un soldado. Ambos tenían la vista clavada en el juego. Era evidente que nos ignoraban, al menos lo pretendían. Me vi obligada a insistir, me juré a mí misma que este era el último intento.

—Por favor, solo quiero saber dónde está mi madre. Creo que no es mucho pedir, es lo mínimo que una hija merece saber.

El hombre, que acababa de coger una pieza —la reina blanca, creo—, con un suspiro la dejó de nuevo en la misma casilla y levantó, al fin, su mirada hacia mí.

—Siento no ser de ayuda, pero hace muchos años que no sé nada de Elena. Desapareció sin dejar rastro.

—¿Cómo que desapareció?

Me miró detenidamente durante unos segundos, como si sopesara la conveniencia de proseguir.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

Yo asentí. Él, en cambio, movió la cabeza de un lado a otro pesaroso, con ese gesto de resignación que hacemos cuando nos enfrentamos a desgracias que sabemos inevitables.

—Fue en 1984. Elena decidió que volvía a casa, que iba a buscarte. Consideró que con dieciocho años, mayor de edad, ya serías capaz de entender su historia, de perdonarla si querías, de rehacer vuestra relación. Regresó a Barcelona por ti.

—¡Eso no es verdad! Yo no he visto a mi madre desde que se marchó, ni ha contactado nunca conmigo.

—Algo sucedió para que no llegase a verte, o para que ella cambiara de opinión. Aunque hacer cambiar de opinión a Elena no era empresa fácil, créeme. Contactó con tu padre, le anunció que volvía. Cogió un avión a Barcelona, quería ir a verte nada más llegar, no podía esperar ya más para estar contigo. Ignoro qué sucedió, pero es fácil imaginar quién se lo impidió. Ese mismo día Elena desapareció, y nadie ha vuelto a saber jamás de ella.

Estaba atónita, me costaba asimilar lo que ese chalado estaba sugiriendo. Por si tenía dudas, remachó:

—Si quieres saber qué fue de Elena, lo mejor es que le preguntes a tu padre.

¿Cómo podía tener tal desfachatez, cómo podía insinuar algo así de una persona de la talla de Ricard Planadevall? Fuera quien fuera ese hombre, o estaba loco o intentaba provocarme. Pero no iba a caer en su trampa.

—Mi padre está agonizando, le queda menos de un mes de vida, así que le exijo respeto hacia su persona —fue toda mi respuesta, en el tono más gélido con que fui capaz.

—Pues entonces te queda menos de un mes para descubrir la verdad. Allá tú, yo ya he dicho todo lo que sé. Ahora es cosa tuya preguntar y de él, si quiere, responder.

Por supuesto, no iba a preguntar nada a mi padre. Pero a ese hombre sí tenía algo que contestarle.

—Es usted un mentiroso y un desgraciado.

Lo dije conteniéndome, sin gritar, pero alto y claro, para asegurarme de que lo oían todos, de que mis palabras no quedaban ahogadas por el ruido de mis tacones alejándose, decididos, hacia la puerta. Pero no oí el crujido de las botas de Ariana tras de mí. Me giré justo a tiempo para ver cómo se despedía del socio 7.953 tendiéndole la mano.

—Ha sido un placer conocerle, señor.

Pero mi hija fue muy torpe en el gesto y al estirar el brazo derribó varias piezas que habían sido ya expulsadas de la partida y permanecían perfectamente alineadas en el borde de la mesa. En la salita resonó el chasquido de peones, caballos y torres chocando contra el suelo. Ariana, visiblemente azorada, se agachó a recogerlas.

—Disculpe, soy muy patosa —apenas murmuró al levantarse, todas las figuras ya devueltas a la hilera.

Y, dando por acabada su aparatosa despedida, pasó por mi lado y se encaminó hacia la puerta.

—Venga, mamá, vámonos.

¡Por fin! Paladeé de antemano la satisfacción de salir y respirar aire fresco. Pero Ariana me agarró del brazo.

—Espera, tenemos que ir al baño.

—Ya irás cuando lleguemos al restaurante. Anda, salgamos de aquí.

—Mamá, tenemos que ir al baño, las dos, ¡y ahora!

La seguí por inercia, sin entender de qué iba el asunto, porque hace muchos años que no acompaño a mi hija al lavabo, ya desde pequeña decidió que era algo que podía hacer solita. Abrió la puerta del baño de mujeres y me empujó dentro, cerrando la puerta con pestillo. Por suerte, era espacioso. Entonces Ariana sacó del bolsillo de su chaqueta una cartera. Era una cartera de hombre, de piel marrón, desgastada y descosida en las esquinas por el uso. La abrió y sacó el primer documento que encontró en su interior. Era un DNI, con la correspondiente foto. Solo entonces comprendí: mi hija le había birlado la cartera al socio 7.953.

—Ari, ¡qué has hecho!

—¿No queríamos saber quién es? Pues aquí lo tienes: Gabriel Bonell Tremolés. ¿Te suena?

Negué con la cabeza, no lo había oído en mi vida. Pero ahora no me preocupaba el nombre de ese tipo, lo que me ofuscaba era otra cosa.

—Ariana, prometiste no volver a robar.

—¡Por favor, mamá, no dramatices! ¡Esto no es robar!, digamos que hemos tomado la cartera en préstamo para averiguar unos cuantos datos antes de devolverla. Además —añadió con una sonrisa de suficiencia—, quería comprobar si después de tanto tiempo aún conservo mis habilidades.

Cuando tenía quince años, pillaron a Ariana en Sephora. Acababa de birlar un par de pintalabios y una sombra de ojos. Nada que ella utilice. Me llamaron y tuve que ir a recogerla a la tienda, jamás he pasado tanta vergüenza. Se lo habría comprado yo si me lo hubiera pedido. Pero no: era el robar por robar, la adrenalina del riesgo, la euforia del triunfo. «Es una forma que tienen los jóvenes de luchar contra su insatisfacción vital», nos dijo la psicóloga. Y yo no entendí nada, porque mi hija tenía de todo excepto motivos para estar vitalmente insatisfecha. Era —o así lo había creído yo— un episodio pasado. Y ahora, de repente, la cartera.

—He visto que la tenía en el bolsillo de la americana, colgada del respaldo de la silla. Ha sido sencillo, solo necesitaba una excusa para arrodillarme a su lado.

—Por Dios, Ari, ¡no me digas que has tirado las piezas aposta!

—Y tú no me digas que no te has dado cuenta, ¿tan buena soy? —lo dijo riendo, pero viendo que yo no le encontraba la gracia, decidió centrarse en la cartera—. Venga, cuanto antes revisemos lo que hay aquí dentro, antes podremos devolverla y yo me redimiré de mis pecados.

Ariana fue sacándolo todo: un billete de veinte euros y unas pocas monedas. El DNI, en el que constaba su nombre, el año de nacimiento —ochenta y un años, uno menos que mi padre— y un domicilio en la Gran Vía. Una tarjeta de débito. La tarjeta de la Seguridad Social. El pase gratuito en el transporte público para los jubilados. Un resguardo de la tintorería y un ticket de compra del supermercado. Ariana cogió el móvil de su mochila, pero se acordó de que estaba sin batería. Con todo el lío del libro, al final no lo había recargado.

—Déjame tu teléfono, anda. Sacaremos una foto del DNI, por si acaso.

¿Por si acaso qué? Por lo que a mí se refería, no quería saber nada más de ese hombre ni volver a verle. Era un mal bicho, capaz de insinuar cosas muy graves de mi padre con total desvergüenza. Aun así, por no discutir y por salir rápido de ese baño, le pasé mi móvil a Ariana, que hizo un par de fotos del documento. Mientras, cogí la cartera para reintroducir lo que mi hija había sacado. Fue entonces cuando vi que se había dejado algo en el último pliegue; solo asomaba una esquina, pero parecía una fotografía. Tiré de esa punta.

Efectivamente, era una fotografía. Un retrato, para ser más precisos. Un pequeño retrato en blanco y negro. Un pequeño retrato en blanco y negro de Ariana tomado hacía más de sesenta años.

Me quedé muda, paralizada por la sorpresa. Mi hija se dio cuenta y estiró el cuello para verlo. También ella se quedó estupefacta, aunque no muda.

—¡Joder, qué fuerte, pero si soy yo!

Nos miramos incrédulas. La joven de la foto llevaba el pelo recogido, y yo, en un gesto mecánico, alargué mi mano hacia Ariana y le aparté el pelo de la cara. El parecido era extraordinario, dos gotas de agua.

—Con razón ese hombre te miraba como si hubiera visto aparecer un fantasma.

—Detrás hay algo escrito —advirtió mi hija

En el dorso, con una hermosa caligrafía, y casi ilegible por el paso de los años, había una dedicatoria: «Para que me recuerdes hasta mi regreso. Con cariño, Elena».

Elena. Mi madre. Por fin veía el rostro de mi madre.

Y era igual que el de Ariana.

Estuvimos un rato encerradas en ese baño: mi hija sonreía mientras contemplaba otra versión de sí misma en aquella fotografía amarillenta; yo me miraba en el espejo, pero ya no veía a nadie.

Cuando salimos, Ariana entregó la cartera al portero y con la más angelical de sus sonrisas le dijo que la habíamos encontrado junto a la puerta de los servicios, seguro que él podría devolvérsela al socio que la había extraviado. Cumplido el trámite, cruzamos el zaguán y pisamos la calle.

—¿Qué, mamá, vamos al Shunka?

Asentí. Ya no me apetecía el sushi, se me había cerrado el estómago, pero la botella de vino tenía ahora carácter de emergencia.

Y nos fuimos las dos andando hacia la catedral, esquivando las hordas que aún buscaban el remate final. No había triunfado en mi propósito, el vestidito negro seguía colgado en su percha. O puede que no, quizá otra madre tuvo más suerte. Pero había devuelto el pesado volumen y, a cambio, salía con un nuevo botín: la foto del DNI de un desconocido en mi móvil y un viejo retrato escondido en mi cartera.

Camino al restaurante noté la ligereza de mi bolso, liberado ya del libro. Lo que no sabía

entonces era que lo que me llevaba ahora conmigo iba a acabar pesándome mucho más.

# CAPÍTULO 4

Esa noche cené en el Voraz. Uno más de esos restaurantes que están en boga en Barcelona por el simple hecho de tener una decoración pomposa, poner todo tipo de dificultades para conseguir mesa y emplear a camareros cuya principal virtud es su capacidad para maltratar a los clientes en varios idiomas. Habíamos quedado el grupito de siempre, mesa para siete: tres parejas y yo. En un par de cenas con mi separación aún reciente, me había encontrado con reserva para ocho. La costumbre, supongo. Una sonrisa forzada y un «no pasa nada» por todo comentario, mientras el camarero retiraba el servicio sobrante. Hace tiempo que ya no sucede, parece que todos se han acostumbrado a mi divorcio. Todos menos yo, que no digiero eso de ser siempre el calcetín desparejado.

Como habíamos terminado ya los cafés y a partir de cierta hora el restaurante se reconvierte en bar de copas, Salva se levantó de la mesa para acercarse a la barra.

—Chicas, ¿qué vais a tomar? —nos preguntó dirigiéndose a Marta y a mí.

—Un pisco sour —respondí, tras pensarlo un momento.

—¡Uy, reina, tú siempre tan sofisticada! —exclamó mi amiga. Y luego, dirigiéndose a su marido, añadió—: Cariño, yo un vodka con naranja.

Marta es una mujer de costumbres arraigadas, lleva bebiendo vodka con naranja desde los dieciséis años. Yo, por el contrario, en eso de las copas soy voluble: cambio a menudo, dependiendo de lo que me apetece y de la pinta del barman, porque algunos avisan desde lejos de que lo mejor es pedirles una simple copa de cava y dejarse de inventos. Esa noche llevaba unos minutos observando a los dos que trasegaban tras la barra: eran jóvenes, pero parecían saber lo que se traían entre manos, así que me atreví con algo más complejo que el consabido gin-tonic.

En ese momento Cuca y Mariela habían ido al baño y sus maridos hablaban de política en la otra esquina de la mesa, así que, cuando Salva enfiló hacia la barra, Marta y yo nos quedamos solas.

—Estás seria —me dijo—, llevas toda la noche, no sé...

—¿Taciturna?

Se echó a reír.

—No, taciturnas están las protagonistas de las novelas. Tú solo estás rara. Callada y rara.

Tenía razón, llevaba toda la cena callada y rara. La verdad es que apenas había atendido a la conversación, mi cabeza estaba anclada en otra parte. En la salita de juegos del Ateneu, para ser concreta. Ese hombre había conseguido amargarme el día, además de dar cuerda a mi faceta

obsesiva. No podía dejar de pensar en lo que él había dicho y, pese a que me repugnaba, seguía dándole vueltas a la posibilidad de que mi madre hubiera querido volver a verme. No tenía ningún motivo para pensar que este pedacito de la historia pudiera ser cierto, pero necesitaba tanto que lo fuera que empecé a creérmelo. Así que una idea había brotado en mi cabeza. En esos momentos había crecido ya tanto que no pude contenerla y se me desbordó por la boca.

—He decidido que voy a buscar a mi madre. Lo digo en serio, contrataré a un detective para que la encuentre.

Marta me miró perpleja, como si no entendiera lo que acababa de escuchar, hasta que, palmeándose la frente con un gesto teatral, dijo:

—¡Ay, Señor, qué cabeza la mía! ¡Se me olvidó incluir a tu madre en la lista!

Pese al mal día que llevaba encima, solté una carcajada. ¡La lista! Cuando Alberto se marchó de casa para irse con cara-rata, Marta fue la primera persona que vino a verme. Más que a verme, vino a darme instrucciones. A entregarme la «lista de prohibiciones»:

—Sobre todo, Carol —me dijo toda seria ella—, ni se te ocurra operarte las tetas, comprarte un descapotable ni irte a meditar a la India. No me seas tópica ni previsible, no eches por tierra toda una vida en la que has sido poco convencional.

Supongo que me considera poco convencional porque no dejé de trabajar cuando tuve a Ariana y jamás pude escaparme del despacho para participar en el torneo de pádel de las mamás del colegio. Así es Martita y estos son sus criterios.

—Toma nota de la cuarta prohibición de la lista: no obsesionarte con tu madre, que te conozco.

Buen consejo, pero llegaba unas horas tarde.

—Oye, me he divorciado, mi padre faltará en cualquier momento, y Ariana, en cuanto pueda, se irá de casa... Tengo derecho a repoblar mi vida, ¿o no?

—Por supuesto, pero no con fantasías sobre tu madre. Mejor repuéblala con alguno de estos guaperas que hay por aquí.

Por el Voraz pulula una fauna entera, todo allí tiene un ligero aire de cartón piedra, de contemporánea opereta. En sus mesas se sientan mujeres luciendo sonrisas tersas y lánguidos escotes, hombres que dejan sobre los manteles —con estudiados gestos de descuido— las llaves de los coches más caros, jóvenes guapas con vestidos ceñidos que saben que muy mal tiene que irles la noche para volver a casa sin clientes. Aunque la decoración conserva el esplendor de sus inicios, parece que el local empieza ya a perder caché, le ha llegado la hora del *déjà vu*. Aun así, los fines de semana sigue estando lleno, al menos ese sábado lo estaba. Pero no de guaperas, por mucho que Marta lo pretendiera.

—No sé dónde los ves —gruñí.

—¿Y los de esa mesa? ¿No? Pues a mí me parece que no están mal, no sé... ¿Tú crees que es porque llevo muchos años casada con Salva?

Sonreí. Salva es un buen tipo, hogareño y fiel. Si fuera unos zapatos, sin duda sería un par de

cómodas y domésticas pantuflas, ideal para Martita y su sueño de familia numerosa. Yo, en cambio, siempre he preferido andar por la vida encaramada a unos buenos taconazos. Pero no tenía ningún interés en hablar de hombres, así que volví a la conversación que me interesaba.

—De verdad, Marta. Voy a contratar a un detective, pero no tengo ni idea de dónde decirle que busque a mi madre. ¿En España?, ¿en el extranjero? He pensado que tu madre podría saber algo, sé que fueron muy amigas. Nunca me he atrevido a preguntárselo por no ponerla en un compromiso, pero quizá aún recibe una tarjeta por Navidad y hay un sello, o un remitente, o algo así.

—Carol, ¿lo dices en serio?

Sí, lo decía completamente en serio. Sita de Guasch, dama intachable y madre de Marta, fue íntima amiga de juventud de la mía. Las malas lenguas decían que ambas, condiscípulas en el Sagrado Corazón, habían elegido como trabajo de fin de estudios el pillar un buen partido y se habían graduado *cum laude*. Maledicencias, supongo. Si a todas las malas lenguas de este país se les acoplara una dinamo, seríamos una potencia en la producción de energía renovable.

—Si ella tuviera la más mínima idea de dónde está tu madre, ten por seguro que lo habría dicho, sobre todo después del alboroto de aquella investigación policial. Mi madre es muy reservada, pero algo así no se lo hubiera callado.

Discrepo de esta última apreciación: la dinamo de Sita de Guasch podría iluminar un barrio entero, noche tras noche. Pero no era eso lo más chocante que había dicho Martita.

—¿Qué alboroto de qué investigación policial?

Me miró estupefacta.

—¡Ay, Dios, no me digas que, tras tantos años, tu padre no te lo ha contado!

Se da la circunstancia de que nosotras no solo somos amigas desde niñas, igual que lo fueron nuestras madres, sino que también nuestros respectivos padres mantienen una estrecha amistad forjada en remotos veranos de juventud en S’Agaró, en una de las urbanizaciones más lujosas de la Costa Brava, donde ambas familias —los Planadevall y los Guasch— tenían residencia. Si alguien conoce las miserias de mi familia son los Guasch, ya cuento con ello. Pero que Marta supiera secretos que yo desconocía ya me pareció demasiado.

—Por favor, dime que es una broma —dije seca, apremiante—. No me puedo creer que sepas algo de mi madre que no me hayas contado.

Marta cerró con fuerza los labios, como los niños pequeños cuando quieren dejar claro que no van a comer más papilla. Pero yo no estaba para pantomimas, ya solo estaba para respuestas. Y rápido, porque veía a Salva sacar su cartera para pagar las copas.

—¡Venga, Marta, no me vengas con monsergas! Explícame ahora mismo qué es eso de la investigación policial.

—No puedo, Carol. Tu padre se lo contó a los míos porque necesitaba desfogarse, y yo lo oí por casualidad. Pero me hicieron jurar que no te lo diría nunca.

—¡Me da igual lo que juraste! —Sin darme cuenta había subido la voz, y un par de cabezas en

la mesa de al lado se volvieron para mirarme. Hice un esfuerzo y bajé el tono, aunque no lo suavicé ni un ápice—. No veo por qué no puedo saber algo sobre mi propia familia que mi amiga sí sabe.

—Tu padre, Carolina, se lo juré...

Conozco bien a Marta y estaba segura de que se estaba muriendo de ganas de hablar, en eso ha sacado la genética materna. Solo tenía que ofrecerle una justificación moral, ayudarla a sentir que hacía lo correcto. O, simplemente, lo menos malo.

—Está bien, lo entiendo, un juramento es un juramento. Pero yo ahora tengo que saberlo, así que mañana hablaré con mi padre. Espero que no pregunte quién se ha ido de la lengua, aunque si solo os lo contó a vosotros será fácil que saque conclusiones. Ya sabes cómo es él, excitable e irascible hasta en el lecho de muerte, no quiero ni pensar en lo furioso que puede ponerse, solo espero que en su estado no tenga consecuencias. Si se trastorna mucho, avisaré a tus padres para que no vengan más a verle, no sea que su visita empeore la situación. Una lástima, porque ya es de las pocas que recibe.

Por supuesto, justificado el asunto y desactivado cualquier potencial remordimiento, quiso hablar. Y, sucintamente, me contó que, poco después de cumplir yo dieciocho años, Elena Ribé había decidido dejar París, donde vivía, para volver a Barcelona e intentar reconciliarse con nosotros, con su familia. Quiso volver al hogar, dijo Marta, a modo de resumen. Quiso volver con nosotros, repetí, en un susurro. Y a mí esas cuatro palabras me parecieron la más radiante respuesta a mis plegarias infantiles, la mejor cura a mis ansiedades adolescentes, a mi tristeza adulta. Pero fallaba un detalle: mi madre jamás llegó a nuestra casa, desapareció sin dejar rastro. Todo eso es lo que, según pudo averiguar mi padre, se desprendía de la investigación de la Gendarmerie francesa.

—Nos pidió que no te lo contáramos porque no quería que sufrieras, pobre, ya lo pasó mal él por los dos. Que vale, todos sabíamos que el interrogatorio era un simple trámite, pero aun así debió de ser un mal trago. Y eso que la policía estuvo muy amable, que le preguntaron lo justo para cubrir el expediente y enviarlo a París, casi avergonzados de tener que hacer ese papelón. Es evidente que los gendarmes pidieron a la policía española que le interrogaran porque no tenían ni idea de quién es Ricard Planadevall, un caballero de los que ya quedan pocos, Carol, y un padre excepcional, mi madre lo dice siempre, que se ha ganado el cielo y que en eso puedes estar más que tranquila ahora que... Bueno, ya sabes que en casa os queremos mucho a ambos.

Me cogió la mano suavemente. Además de parlanchina, Marta es muy afectuosa. Es mi auténtico reverso. A menudo me carga, pero en ese momento le agradecí el gesto. Estaba siendo un día duro y largo, parecía que había transcurrido una eternidad desde que esa mañana habíamos salido de compras con Ariana. Horas más tarde, Marta me acababa de confirmar la historia que ese ajedrecista loco me había contado, al menos en parte. Mi madre había decidido regresar, en un momento de su vida quiso volver a casa, con papá y conmigo. Pero algo, o alguien, se lo impidió. Se la había tragado la tierra. El mismo relato que había oído por la

mañana, salvo por un detalle: mi padre no había tenido nada que ver con el asunto. Si la Gendarmerie no fue capaz de dar una respuesta oficial, tocaba preguntar a las fuentes oficiosas.

—¿Y tu madre qué opinó de esta desaparición?

—¿Ella? Uy, siempre lo tuvo muy claro, desde el primer momento. La culpa fue del tipejo ese con el que se marchó. ¿Cómo se llamaba? Tenía nombre de arcángel... Miguel no, Rafael tampoco, ¿cuál es el tercero?

Supongo que lo sabía desde el momento en que había encontrado el retrato de mi madre en su cartera. Aun así, me había negado a creerlo.

—Gabriel —dije con un hilo de voz y conteniendo la respiración.

—Hija, qué memoria —exclamó Marta con cierta admiración—, a mí es que ya se me va todo de la cabeza, ni de los arcángeles me acuerdo, tanta catequesis para nada. Oye, ¿estás bien?

No, estar horrorizada no es estar bien. No podía ser él, imposible. Había imaginado millones de veces el aspecto que tendría ese amante, estaba segura de que era un *gentleman* seductor, una suerte de rico playboy. No podía ser ese viejo desaliñado que había conocido esa mañana. Recordé sus manos huesudas y sarmentosas, ¿eran esas las mismas manos que habían acariciado a mi madre?, ¿eran esos labios que me habían gritado los mismos que la habían convencido para que nos dejase y se marchase con él? La cabeza me daba vueltas. No, no podía ser...

—Porque mamá siempre ha dicho que era un tipo celoso y violento —proseguía Marta, en su salsa y sin advertir mi rigidez—, de joven estaba constantemente metido en peleas, en una casi le rompió la nariz a tu padre. Creo que ahí, en esa pelea, empezó su rivalidad, hasta el punto de que no paró hasta destrozar tu familia. Un tipo peligroso. Parece que fue él mismo quien denunció la desaparición de tu madre ante los gendarmes, solo para acusar luego a tu padre de haberla matado, que hay que ser muy perverso para hacer algo así. Tu padre, claro, puso las cosas en claro y señaló a ese Gabriel, al fin y al cabo él era el abandonado, él era quien tenía motivos y carácter para cometer el crimen. Pero la policía no encontró pruebas, parece que tenía una coartada, y le dejaron en paz, aunque tu padre siempre dijo que los gendarmes no se tomaron en serio la investigación. No hay crimen si no hay un cadáver, y el de tu madre nunca apareció. A saber dónde lo escondió ese tipejo. Seguro que vive tan tranquilo en París. Y mientras tu padre, el pobre, se irá de este mundo sabiendo que hay quien duda de él. Desde luego, qué injusta es la vida.

Crimen. Cadáver. Mi madre, muerta. Asesinada por ese loco jugador de ajedrez. El mismo que me había gritado que dejara el pasado en paz. Marta puso su brazo sobre mi hombro —¿he dicho ya que es muy cariñosa?— y me atrajo hacia ella. No me gusta que me manoseen ni me achuchen, necesito mantener algo de distancia física con mis interlocutores, especialmente en público, pero estaba en shock y no tenía fuerzas para zafarme de su abrazo. Bueno, en parte sí me zafé, porque mi cabeza volvía a gravitar por galaxias lejanas.

Me preguntaba cómo podría seguir llevando mi vida normal sabiendo que el asesino de mi madre vivía felizmente jubilado en esta misma ciudad. Un hombre que tenía la desvergüenza de

acusar a mi padre, aun sabiéndole inocente. Un inocente que iba a morir pensando que le creían culpable. ¿Cómo podía yo quedarme con los brazos cruzados? La vida es injusta, había dicho Marta, pero siempre queda la opción de tomarse la justicia por la mano. Tenía que hacer algo, al menos intentarlo. Pero treinta y seis años después un detective no tenía posibilidades de triunfar donde la Gendarmerie y la policía española habían fracasado. Si en su día hubo pistas, ya habrían desaparecido. A estas alturas, solo había un modo:

—Voy a contratar a un detective para que le obligue a confesar.

Marta se echó a reír.

—¡Claro! Llamará a su puerta, ¿y qué le dirá? *Bonjour*, vengo a recoger su confesión, firme aquí abajo.

Tenía razón. La única manera era ganarse su confianza, dejarle hablar, darle cuerda para que él mismo se pusiera la soga al cuello. Y eso no podía conseguirlo un detective. Iba a tener que hacerlo yo. Podía ir a su casa con la excusa de saber cosas de mi madre. Le pediría que me contara su historia, fingiría creerle. No bastaría con una visita, probablemente iba a necesitar días, porque la confidencia y la intimidad se ganan con el tiempo. Tendría que arañar horas a mi tupida agenda, cargarme de paciencia, morderme la lengua, aguantarme la rabia. No sería fácil, pero tenía que intentarlo, sabía dónde encontrarle, tenía la fotografía de su DNI en mi móvil.

Sí, estaba decidida. Iba a ir a casa de Gabriel. Iba a pedirle que me contara su historia con mi madre. Iba a sacar la verdad a la luz. La voz de Salva me devolvió al planeta Tierra.

—Chicas, aquí están vuestras copas.

Ahora sí me escabullí del abrazo de mi amiga con la excusa de coger el pisco sour. Estaba delicioso, sé reconocer a un buen barman. Me lo bebí casi de un trago y me fui a casa.

# CAPÍTULO 5

La mañana del lunes fue poco productiva, me costó concentrarme. Normal, supongo, porque mi plan para ese mediodía era plantarme en la puerta de quien fue el amante de mi madre y camelármelo para que hablara hasta que yo encontrara algo que me permitiera acusarle de asesinato. Esa era mi estrategia. Absurda, sí, pero no tenía otra mejor. Así que cuando llegó la hora, salí a la calle y cogí un taxi. A trompicones entre el denso tráfico, el vehículo fue alejándose del centro, y a cada manzana que avanzábamos crecía en mí una extraña mezcla de angustia y excitación. Deseaba enfrentarme a ese hombre tanto como temía hacerlo. Supongo que llevar tiempo esperando a entrar en combate no significa que no te tiemblen las piernas cuando oyes la corneta.

En el último momento le pedí al taxista que me dejara en la esquina, pensé que me iría bien andar, aunque fuera unos pocos metros. Necesitaba tranquilizarme, concentrarme: si fallaba, si no conseguía que el socio 7.953 hablara conmigo, quizá no tendría una segunda oportunidad. Mi reloj marcaba las dos y media, confiaba en que tuviera la costumbre de comer en casa, porque era la única hora a la que yo podía escabullirme del bufete y cruzar media ciudad, aunque fuera a costa de cancelar la cita con mi entrenador personal.

La Gran Vía atraviesa Barcelona de punta a punta. Y ese inmueble estaba, justamente, en uno de sus extremos, casi fuera de la ciudad. Hostafrancs es uno de esos barrios a los que no se va, un barrio al que si acaso se vuelve, al caer la tarde y con la jornada laboral a la espalda. Lejos de mi casa y del despacho, una zona de Barcelona que me es completamente ajena. No es la única, yo me muevo por unas áreas urbanas concretas, fuera de las cuales no suelo aventurarme. Simplemente, no creo que lo que hay más allá tenga mucho interés. Sí que había transitado por ese tramo de la Gran Vía, al fin y al cabo sus ocho carriles son una de las principales vías de entrada y salida de la ciudad; pero no recordaba haberme apeado nunca allí ni haber andado antes por esas aceras que bordean la falda de Montjuïc, la plaza España actuando como muro de contención de esa gentrificación que hace ya unos años llegó con fuerza a su otra orilla, y que justo ahora empieza a cruzarla, tímidamente, como de puntillas. Un horno, un sencillo restaurante hindú, un estanco, una peluquería, una pequeña y abigarrada tienda de comestibles, una estafeta de correos y un locutorio custodian ese pedazo de acera, comercios de barriada para gente del barrio. Como esas dos ancianas que sentadas en un banco al sol, de espaldas al intenso tráfico, lanzaban al aire puñados de migas creando un gris remolino de palomas. Dos niñas, de largo pelo azabache, jugaban a espantarlas hasta que su madre, que salía del colmado pakistaní

cargada de bolsas, las llamó al orden. Un hombre pasó por mi lado, sus ojos pendientes de unas generosas caderas embutidas en mallas negras, que se balanceaban sobre unos afilados tacones a la salida del locutorio. Con todos ellos me crucé en mi breve paseo y todos ellos me observaron con curiosidad, incluso con desconfianza —salvo las niñas, quizá demasiado entretenidas con las palomas, quizá aún ignorantes del significado de ciertos detalles—, dejándome claro que un impecable abrigo de Max Mara o el último *it bag* de Gucci no eran allí el atuendo más adecuado para pasar inadvertida.

El número que buscaba lucía sobre un gran portal, el interfono encastado en uno de sus laterales. Cuarto piso, puerta tercera. Iba a llamar cuando salió un joven de rasgos asiáticos empujando una bicicleta. Le mantuve la puerta abierta y me lo agradeció con un educado *xie-xie*.

—De nada, majo.

Era un inmueble antiguo, sin duda anterior a la Guerra Civil, con una portería espaciosa, de una decadente elegancia. La escalera de mármol y la barandilla de recia madera contribuían a esa sensación de discreta distinción, aunque algunos añadidos modernos —como la chillona puerta metálica del ascensor— estropeaban el conjunto. Era como si ese edificio hubiera sido construido para ser señorial, pero el paso del tiempo y las sucesivas reformas lo hubieran ido privando de ese derecho.

Me acerqué a los buzones y busqué su nombre. Ahí estaba: Gabriel Bonell Tremolés. En ese piso no constaban más inquilinos. Respiré aliviada, la presencia de otra persona en la vivienda habría entorpecido mis planes. Renuncié al ascensor y subí por la escalera, por compensar la sesión de entrenamiento que me había saltado, me dije, aunque creo que en realidad fue un último y patético intento de retrasar el encuentro. No conté con que había entresuelo y principal, y llegué a la cuarta planta sin resuello. Como en los rellanos inferiores, en este había cuatro puertas iguales, de gruesa madera. Desde uno de los pisos se escabullía la voz entusiasta de un locutor televisivo. Pero no era la puerta tercera, ese piso estaba en silencio. Crucé los dedos y llamé.

No hubo respuesta. Insistí nerviosa, y el ladrido agudo del timbre resonó por la escalera. Oí a mi espalda un rumor e intuí que un vecino, alertado por la escandalera, se había apostado junto a la entrada y acababa de abrir la mirilla. No me giré, porque en ese momento escuché el sonido de unos pasos acercándose. No puedo decir cuántos segundos transcurrieron hasta que oí su voz al otro lado de la puerta. A mí se me hicieron eternos.

—¿Quién es?

Última oportunidad para correr escaleras abajo, última oportunidad para ser sensata y olvidarme de toda esa locura. La desaproveché.

—Soy Carolina, la hija de Elena Ribé.

Omití aposta mi apellido: visto el escaso aprecio que ese hombre sentía por mi padre, mejor desligarme de él y aferrarme a la filiación que más me convenía. Tras la puerta se hizo el silencio. Si esperaba visita, sin duda no era la mía.

—¿Vienes a devolverme el retrato que me robó tu hija? —dijo al fin.

—El retrato lo robé yo, mi hija solo le cogió prestada la cartera —respondí, saliendo en defensa de Ariana—. Y desde luego no pienso pasárselo por debajo de la puerta. Así que, si quiere que se lo devuelva, tendrá que abrir.

Silencio.

—Mire, he hablado con mi padre —mentí—, pero él niega saber nada de la desaparición de mi madre. Es más, dice que usted fue el principal sospechoso, que fue a usted a quien interrogaron los gendarmes. No he podido averiguar más, es difícil hacerle más preguntas sin saber la historia. —Mi voz resonaba en el descansillo—. Podemos seguir hablándonos a gritos, pero creo que un vecino nos está escuchando. Usted sabrá lo que prefiere.

Una ligera vacilación y la puerta se abrió con un suave chirrido. Ahí estaba Gabriel Bonell, de pie en un minúsculo recibidor. Creo que ni me miró. Con los ojos entornados, dirigió la vista al otro lado del rellano. Resultó que yo estaba en lo cierto en eso de la mirilla, porque su cara se contrajo en una mueca furiosa.

—¡Maldita cotilla —gritó saliendo al descansillo, el puño cerrado como si tuviera intención de aporrearle la puerta—, deje de meter las narices donde no le llaman!

Aproveché que había dejado expedito el acceso para colarme en el interior de la vivienda. «Lo complicado era entrar —pensé satisfecha mientras mentalmente agradecía la colaboración de la vecina chafardera—, ahora el problema lo tiene él para echarme.» Gabriel cerró la puerta con una rudeza que anunciaba enfado; el portazo resonó a mi espalda, porque para entonces yo avanzaba ya por el pasillo, decidida a alejarme el máximo posible de la salida, dispuesta a hacerle sudar cada centímetro que me obligara a retroceder. Era un corredor no muy largo, angosto y oscuro. Conté cinco puertas, la última se abría a una pequeña cocina cuyo fluorescente encendido mostraba unos azulejos y unos muebles pasados de moda; solo la nevera —un modelo sencillo— parecía nueva. Sobre los fogones había una sartén, y en el fregadero creí ver un par de platos y un vaso, deduje que acababa de terminar su almuerzo. Oía sus pasos tras de mí, intentando alcanzarme pero sin darme el alto. El estrecho pasillo desembocaba en una última habitación que hacía las veces de saloncito y comedor. Era una estancia agradable, la pared del fondo ocupada por unos grandes ventanales por los que entraba toda la luz natural del piso, allí la vivienda respiraba. Frente a mí tenía la sosegada vista de unas casas que se encaramaban por la ladera de Montjuïc, verdes pinceladas del parque asomándose sobre sus azoteas, mientras el intenso tráfico de la Gran Vía quedaba perdido a nuestras espaldas, inaudible y lejano. La mesa estaba aún cubierta por un hule de cuadros blancos y azules sobre el que se enfriaba una taza de café.

Sentía su presencia detrás de mí, pero no quería girarme, no todavía. Me acerqué a la abigarrada estantería que cubría toda la pared lateral, repleta de libros que, sin guardar ningún orden, algunos amontonados en precario equilibrio, invadían hasta el último rincón de sus estantes. Los escasos huecos que dejaban los libros estaban ocupados por unas pocas fotos enmarcadas. Solo una me interesó: Gabriel y mi madre sentados en el alféizar de una terraza,

bañados por la luz clara de un amanecer, detrás de ellos un mar de tejados y cúpulas, la aguja de la torre Eiffel a lo lejos. En esa foto, mamá parecía aún muy joven. Joven y feliz, confieso que esto último me provocó un doloroso pinchazo. Me quedé mirándola un rato: era guapa y desprendía encanto, tenía ese magnetismo que te impide apartar los ojos de una persona. Él, a su lado, parecía desenfocado. Difícil reconocerle, los años habían hecho estragos en sus facciones. A mi pesar, tuve que admitir que, aunque lejos de ese glamour que mi fantasía le había atribuido, de joven tenía buena facha y un cierto atractivo. Fue él quien, al fin, rompió el silencio.

—¿A qué has venido?

Estaba tenso. Yo también. Había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa, y yo el alegato inicial lo traía ensayado.

—Sé quién es usted. Fue el amante de mi madre, el hombre que rompió su matrimonio y se la llevó de mi lado.

Inició un pequeño gesto, como de ligera protesta, pero lo ignoré. Ahora que había arrancado a hablar, tenía que soltarlo de un tirón.

—Tranquilo, no he venido hasta aquí para echárselo en cara. Lo que pasó pasado está. He venido porque el otro día, en el Ateneu, dijo que mi madre desapareció en 1984, pero le aseguro que, por lo que a mí respecta, desapareció mucho antes. Y, desde entonces, silencio. De ella no he tenido ni una palabra, ni un recuerdo, ni una fotografía. De mi madre solo conozco su ausencia, la silla vacía. —Hice una pausa, me pareció que el tono dramático de mi parrafada lo requería—. Admito que hasta ahora me daba igual. Al fin y al cabo, ¿por qué preocuparme por saber de ella, si ella no quería saber nada de mí? Pero si es verdad lo que usted me contó, si mi madre decidió volver para reencontrarse conmigo y explicarme su historia, eso lo cambia todo. Ahora necesito saber qué pasó.

El hombre me miraba inexpresivo. Era imposible saber en qué estaba pensando, y eso aún me ponía más nerviosa. Igual que su silencio, que me obligaba a seguir hablando.

—Me dijo que hablara con mi padre. Pero ¿qué espera que haga? ¿Que después de más de cincuenta años de silencio, justo ahora que está a punto de morir, le someta a un interrogatorio? ¿Así, sin más, solo porque usted, el amante de su esposa, le señala con el dedo? Mire, si quiere que haga eso, tendrá que convencerme de que es necesario.

Se encogió ligeramente de hombros, sin mudar el gesto.

—Ya te dije todo lo que sé.

—¡No! Usted solo me habló de la desaparición de mi madre. Pero no me contó por qué ella dejó de querer a mi padre, por qué me abandonó, por qué no quiso saber nada de mí durante tantos años... Si lo entendí bien, eso es exactamente lo que mi madre quería contarme, para eso volvía a casa. Si no fue usted quien se lo impidió, ahora tiene la oportunidad de ayudarla a cumplir su deseo. Cuénteme lo que mi madre no me pudo contar. Si no lo hace por mí, hágalo por ella.

Jugué sucio, lo admito. Sus ojos se posaron en la fotografía desde la que ella nos contemplaba

sonriente, sentada sobre París. Al fin suspiró, y pude reconocer el momento previo a la claudicación. El truco había funcionado.

—Elena decidió que solo conociendo la verdad podrías juzgarnos a todos libremente. Eso es lo que quería: que supieras, que valoraras, que decidieras por ti misma. Así que esto es lo único que te pido: no nos juzgues, a ninguno de nosotros, hasta conocer toda la historia. Lo que decidas entonces, a quién absuelvas y a quién condenes, será cosa tuya.

Yo ya le había juzgado y condenado, y esperaba que un juez hiciera lo mismo, pero aun así asentí.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

Consulté mi reloj, a las cinco y media tenía reunión en el despacho.

—Un par de horas, a lo sumo.

—Me refería a Ricard.

—¡Ah! Poco, por desgracia. Los médicos dicen que no más de tres semanas.

—Vamos a necesitarlas. Ciertas cosas hay que contarlas con calma.

Me señaló un pequeño y destartalado sofá mientras él tomaba asiento frente a mí en una mecedora, que crujió bajo su peso. Disimuladamente, saqué mi móvil y conecté la grabadora. Si quería acusarle formalmente de un crimen, necesitaría pruebas. Y paciencia, no esperaba que cometiera un desliz el primer día. Pero si le hacía hablar, si dejaba que se confiara, ese malnacido algún día incurriría en una contradicción, caería en una torpeza. Y ese día iría a por él. Sin piedad.

Se dio un ligero impulso, la mecedora se balanceó suavemente.

—Eran una pandilla de jóvenes arrogantes y salvajes. Me tiraron al agua desde una barca, yo apenas sabía nadar...

Así empezó.

# CAPÍTULO 6

Quizá a él le pareció un gran comienzo, pero yo no estaba para perder el tiempo. Y ese hombre se disponía a contarme una batallita de juventud acaecida muchísimos años antes, tantos como...

—¿Cuándo fue eso? —interrumpí.

—Agosto de 1959.

Tantos como veinticinco años antes de que a mi madre se la tragara la tierra.

—¿Y eso qué tiene que ver con su desaparición?

Se encogió de hombros.

—Por algún sitio hay que empezar.

Su voz grave, oxidada por el tiempo, parecía seguir el ritmo de su mecedora —adelante, atrás, cric, crac—, inalterable. Clavó sus ojos en los míos, como había hecho un par de días antes en el Ateneu. Turbada, bajé la vista; fue una reacción insólita, porque mis pupilas no acostumbran a batirse en retirada. Pero esa mirada fija en la mía, ese silencio, el crujido del balancín..., todo en esa casa me hacía sentir incómoda. Quería irme, pero estaba obligada a quedarme. Me subía la rabia desde el estómago, pero tenía que mantener la boca cerrada. Como recurso para recuperar la calma, me propuse acompasar mi respiración al balanceo de su mecedora —cric, inspirar, crac, espirar—, si él no se alteraba yo tampoco iba a hacerlo. Lo conseguí en parte, me esforcé en relajarme, apoyé mi espalda en el sofá. Cuando me hube tranquilizado, levanté de nuevo la vista y la fijé en sus ojos. Tenía que aguantar su mirada, si me vencía en esto me vencería en todo. Y no podía otorgarle otro triunfo, porque a papá y a mí ya nos llevaba unos cuantos de ventaja.

—Aunque, en realidad —continuó—, este inicio no lo he elegido yo. Fue la propia Elena quien se remontó a ese verano del 59 cuando una vez, en París, tuvo que contar su historia.

—De acuerdo —me resigné—, pues empezaremos por ahí. Ha dicho que iba en barca, con alguien...

—Con alguien, no. Con tu padre, en la barca de tu abuelo. En S’Agaró.

S’Agaró, dijo. Lo conozco bien, es mi segunda casa, la de todos mis veranos. S’Agaró, en la Costa Brava, playa sin pueblo, porque antes de que llegaran los veraneantes no había llegado nadie, no era nada, quizá un par de masías de tierras yermas por culpa de la sal. Y pinos y rocas. Y un pequeño cerro sobre el mar, demasiado bonito el lugar para que a principios de los años treinta no se construyera allí un pequeño hostal de once habitaciones, el Hostal de la Gavina, que con el tiempo fue creciendo y acabó convertido en un hotel de lujo, el mejor de toda la costa española, decían, aunque no perdiera nunca su humilde nombre. Allí se alojaban todos los

veranos grandes nombres de Hollywood como Ava Gardner, John Wayne o Frank Sinatra, allí rodaban películas Mankiewicz y Orson Wells, allí hizo Dalí algunas de sus surrealistas apariciones mientras descansaban de sus obligaciones grandes políticos, también princesas y monarcas, algunos llegados desde su reino con un nutrido séquito, otros venidos desde el exilio acarreando solo una maleta con la última tiara que les quedaba por vender. Fueron los años cincuenta y sesenta su época dorada, cuando más brillaron sus bruñidos bajo el sol, cuando más centellearon las joyas a la luz de sus velas. S'Agaró, convertido en epicentro del glamour, quizá nunca se ha concentrado tanto título rimbombante, tanto palmito del celuloide ni tantas fortunas en tan reducidísimo espacio, el que cubren el hostal de la Gavina y las imponentes mansiones de la urbanización colindante, unas pocas casas en las que, ese agosto de 1959, sesteaban un puñado de apellidos ilustres, algunos de los mimbres con los que se tejía el compacto entramado de la alta burguesía catalana, mi familia paterna —los Planadevall— capitaneando el selecto escuadrón. Y allí seguimos, es nuestro sitio, aunque ya no sea lo mismo. Porque en 1959 S'Agaró era tan hermoso como clasista. Algo no encajaba.

—Venga ya, ¿me está diciendo que veraneaba allí y era amigo de mi padre?

Me arrepentí enseguida: no había ido a casa de ese hombre para ser políticamente correcta, pero tampoco era necesario ofenderle nada más empezar. Por suerte, no se molestó. Bueno, sí se ofendió un poco, pero por otro motivo.

—Oye, amigo de tu padre yo no he sido nunca —se apresuró a aclarar—. La culpa de que le conociera fue de tía Conchita. Todo un personaje, mi tía.

—Seguro.

No dije más, 1959 ya era lo suficientemente lejano, teníamos por delante un buen trecho, como para andar perdiendo el tiempo con su parentela. Pero él hizo caso omiso a mi escaso entusiasmo. Me recordó a uno de esos vendedores que te asaltan por teléfono y simulan no pillar el significado de una gélida respuesta.

—Era buena mujer, mi tía —prosiguió impertérrito—, aunque confieso que yo aborrecía esa pose condescendiente que adoptaba con mamá y conmigo, de dama rica dirigiéndose a sus parientes pobres...

Se fue por las ramas de su árbol genealógico, en el que anidaban él y su madre, por un lado, y tía Conchita, su marido y sus hijos, por otro. Solo que, al parecer, la rama de tía Conchita y los suyos era más verde y más frondosa.

—Mamá era modista, ella y yo vivíamos aquí, en este mismo piso. Cuando yo era pequeño, este trozo de la Gran Vía se abría paso entre fábricas y descampados, la parte central ni siquiera estaba adoquinada, era una ancha franja de tierra por la que pasaban carros tirados por mulas y caballos, cargados de frutas y verduras de las huertas del Llobregat hacia los mercados de la ciudad. Puro extrarradio. Mis tíos, en cambio, ya se habían mudado a un gran piso en el Eixample, hasta doncella y cocinera tenían. Y coche, claro. Y eso que, entonces, pocos tenían coche.

Así estuvimos un buen rato, a vueltas con tía Conchita y su prole. De tanta explicación deduje que ricos, lo que se dice ricos de fortunón, no eran, aunque entonces a él se lo pareciera por la simple comparación con su casa, su paga y sus expectativas en la vida. Si tía Conchita había medrado en el escalafón social era porque su marido, un tipo oscuro y malcarado, con pocos estudios pero bien dotado para los chanchullos, había ganado dinero durante la posguerra con el estraperlo, un capital que había sabido invertir luego en varios negocios, que quizá no eran completamente legales pero sí prósperos. Y si el tío no era santo de su devoción, de sus primos tampoco guardaba un buen recuerdo.

—Víctor, que tenía mi edad, y mis dos primas pequeñas iban siempre muy peripuestos, con sus uniformes de colegios para niños bien y sus vestidos de domingo. A mi primo jamás le vi con agujeros en los guantes ni los pantalones por el tobillo porque había echado a crecer. Aunque esto último no lo hizo mucho, que tiraba a canijo y eso le daba mucha rabia. De niño yo le odiaba por su maldita caja de lápices de colores, nueva cada curso; en cambio, la mía era la misma año tras año, hasta que de tanto sacarles punta algunos lápices no podía casi ni cogerlos.

Además de lucir estuche, en el colegio el primo Víctor cumplió con lo que se esperaba de él, que no era sacar un expediente brillante, sino hacer amigos y contactos entre los hijos de la clase más acomodada de Barcelona, algunos de los cuales veraneaban en S'Agaró. Víctor era la punta de lanza, abriendo camino a la tropa familiar. Así que, para aprovechar las amistades del hijo, alquilaron una de las casitas que había en la zona de la playa. Al parecer tenía su gracia el chalecito, sin vistas al mar pero con un bonito porche y un pequeño jardín de rosales y una adelfa bajo la que tía Conchita, que odiaba la playa y el calor y la arena que se le pegaba a la piel, pasaba el día a la sombra leyendo y haciendo punto. Me describió la casa, intentó situarla, pero mi memoria fue incapaz de dar con ella, seguramente hace muchos años que fue derruida, el chalet reconvertido en apartamentos.

—Aunque, claro —me reconoció—, no tenía nada que ver con las mansiones de vuestra urbanización, esas estaban fuera del alcance de mi tío. Una vez me dijo que para tener casa en la urbanización no había que ser rico, había que haber nacido rico. No era cuestión de dinero, me aclaró, sino de apellido y rancio abolengo.

Paró en seco la mecedora y me miró alarmado.

—Perdón por lo de rancio, no quería ser impertinente.

Le hice una señal con la mano para que continuara, seguro que esto no era lo peor que iba a tener que escuchar. Tocaba aguantar y avanzar, porque cada minuto sentada en ese sofá, cada ir y venir de su balancín, era un auténtico tormento. Quería dejar a tía Conchita, el primo Víctor y el resto de la parentela en tierra, y volver a la barca lo antes posible.

—Y tía Conchita le invitó a pasar unos días con ellos... —apremié.

—En esos tiempos en que el accesorio imprescindible de una dama era una hucha petitoria para la Cruz Roja o el Domund, mi madre y yo éramos su obra de beneficencia favorita. Eso sí, siempre a pequeños pellizcos, porque tenía que sisarle a mi tío el dinero que dejaba

sigilosamente en el bolso de mi madre los domingos, cuando nos invitaba a comer a su casa. A mí me daba vergüenza, pero no teníamos más remedio que aceptar su limosna.

Porque, para mayor desgracia, era huérfano de padre. Toda su vida lo ha sido, desde antes de nacer. El hombre murió en la guerra civil, aunque debido a la cojera que le dejó la polio ni siquiera lo reclutaron. Una noche regresaba del trabajo y, mala suerte, se entrometió en un tiroteo entre los nacionales, recién entrados en la ciudad, y una facción rezagada de la FAI. No llegó a casa, donde le esperaba para cenar una esposa que aún no sabía que estaba embarazada.

—De mi padre solo heredé su apellido y, según dicen, también el físico. Mi madre, ni eso. Así empezamos la posguerra. —Esbozó una sonrisa irónica—. Comprenderás que las historias de Dickens nunca me han parecido nada del otro mundo.

Estuve a punto que decirle que a mí tampoco, así que podía dejarse de penurias infantiles e ir al grano, pero me contuve. Error garrafal, porque ese hombre parecía emperrado en contarme su vida de cabo a rabo, cuando a mí solo me interesaba un pedacito, el de los años que compartió con mamá. Yo quería que me hablara de mi madre y él, en cambio, aprovechó para presentarme a la suya, buena mujer sin duda, que al quedarse viuda y con un hijo se agarró a sus nociones de costura y se convirtió en modista. Así empezaron años de entrar en las casas por la puerta de servicio para dejar encargos o tomar medidas a las clientas, de rodillas para coger los bajos, la boca llena de alfileres, imposible abrirla para maldecir su suerte. Algunas de estas clientas se las proporcionaba tía Conchita de entre sus amistades, previo juramento de que no revelaría el parentesco. Luego, en casa, se dejaba la vista en el monótono movimiento de la aguja de una vieja Singer, sus pies accionando el pedal durante horas, porque tardó mucho en comprarse una máquina de coser eléctrica, no fuera a haber un corte de luz y no pudiera seguir trabajando. Empezó con simples arreglos y acabó haciendo vestidos de fiesta, con sus volantes y sus abalorios, que copiaba de los escaparates del paseo de Gracia y de alguna revista de patrones. Con eso pagó todas las letras del piso, las cuentas en el mercado y la educación de su hijo.

—Educación elemental, tampoco te creas, que no había posibilidades para el bachiller, y en este barrio la universidad nos quedaba tan lejos como Saturno. Así que empecé a trabajar a los catorce años, ayudando a mi madre con mi pequeño jornal.

Quizá *David Copperfield* no era su lectura favorita, pero yo estaba perdiendo un mediodía con un lacrimógeno relato de huerfanito pobre que ni me iba ni me venía. Empezaba a sospechar que en esa barca se puso a contar su vida, y mi padre, que nunca ha destacado en el noble arte de la paciencia, no pudo aguantarlo ya más y lo echó por la borda. *Ego te absolvo*, papá.

—En 1959 yo tenía veinte años. Trabajaba como mozo en la rotativa de *La Vanguardia*, y ese agosto era el primer verano que iba a tener diez días de vacaciones.

Un domingo que madre e hijo habían ido a casa de tía Conchita a ejercer de parientes pobres, Gabriel oyó hablar a las dos mujeres.

—Deja que el chico salga unos días de la ciudad, que le dé el aire de mar —decía tía Conchita —. Además, conocerá a los amigos de Víctor, de lo mejorcito de Barcelona, le irá bien rodearse

de esos muchachos.

La madre, que conocía la animadversión que su hijo sentía por el primo, no dijo ni que sí que no, que ya se vería. Pero él no se hizo ilusiones, y con razón, porque no habían salido aún del portal y su madre ya le estaba azuzando para que fuera.

—A ella le gustaba la idea. Yo, la verdad, no tenía especial interés. Si los amigos de mi primo eran igual de pedantes que él, prefería no conocerlos. Además, para ir a la playa tenía suficiente con coger la jardinera y bajar a la Barceloneta.

—¿Qué jardinera?

Un tranvía, así se llamaba popularmente al 33, que arrancaba en Sants y acababa su trayecto en el mar. Abierto por los laterales y adornado con banderolas, en verano llegaba a la plaza de España lleno hasta los topes, de forma que a menudo él y sus amigos tenían que hacer el viaje colgados en el exterior, asiéndose adonde podían. Al llegar a la Barceloneta, directos a las piscinas de los baños de San Sebastián, de Oriente o de los Astilleros. Estaban atestadas y había que pagar entrada, pero siempre era mejor que el agua sucia del mar, donde desaguaba la ciudad entera, o tener que tumbarse en la arena de la playa libre —la que no pertenecía a ninguno de los «baños»—, que a menudo hedía a basura fermentando al sol. Y luego, dependiendo del dinero que les quedaba en el bolsillo, se iban a comer una paella a los tinglados de la Barceloneta o sardinas en algún garito del Somorrostro.

—¿Te puedes creer que tu madre no había ido nunca a la Barceloneta hasta que yo la llevé? Ahora van los turistas, entonces íbamos los pobres. —Se detuvo un instante, se dio cuenta de que había adelantado acontecimientos—. Pero de esto ya hablaremos a su debido momento, ¿dónde estábamos?

Suspiré. Seguíamos exactamente en el mismo punto que hacía un cuarto de hora.

—Pensando si acepta la invitación de tía Conchita y se va a S’Agaró.

—La acepté, claro. Podría decir que fui por no decepcionar a mi madre, pero la verdad es que, en el fondo, tenía curiosidad por conocer cómo era aquello. Y no me refiero solo a S’Agaró y a esa Costa Brava de la que había oído hablar. También quería saber cómo era vivir en una casa con dos criadas y un coche en la puerta, las fiestas de los ricos... Reconozco que, al final, no solo acepté la invitación, sino que incluso fanfarroneé de ella ante mis amigos. Mi madre, a base de noches de insomnio, me hizo dos camisas muy vistosas, que me juró que eran iguales que las que lucía Mario Cabré en unas fotos del *¡Hola!*, porque para ella ese Cabré era el mejor torero, que supongo que quería decir que era el más guapo, porque mi madre de corridas no creo que entendiera mucho, que jamás fue a una plaza. El día de mi marcha ni siquiera durmió, cuando acabó de dar puntadas a mis camisas se puso a preparar un montón de rosquillas para mis primos. Subí al autobús, con la liviana maleta de cartón en una mano y la pesada bolsa de rosquillas en la otra, convencido de que podía ser un verano divertido.

—¿Y...?

—Me bastaron tres horas de viaje en la Sarfa para saber que había cometido un error.

Tres horas, lo que entonces tardaba el autocar en cubrir los 110 kilómetros de trayecto desde Barcelona a S'Agaró. Al llegar, vio a tía Conchita, resguardada del sol bajo un toldo, agitando alegre su mano. Junto a ella estaba el primo Víctor, visiblemente enfadado. No le costó imaginarse la escena: su primo gritándole a tía Conchita que cómo se le había ocurrido invitarle, justamente a él, su pariente pobre, el chusco de barrio al que no podía presentar a sus amigos sin que se burlaran. Y tía Conchita, toda ella testarudez e ingenuidad, respondiéndole sonriente que esos amigos suyos eran tan educados y encantadores que seguro que acogerían al recién llegado con la amabilidad de los buenos anfitriones.

—Esa noche mis primos devoraron las rosquillas y al terminar dijeron, con todo el desdén del que eran capaces, que se notaba que el anís era del barato. Aún no me había acabado el café y ya tenía claro que no iba a ser un verano divertido.

Se interrumpió y giró la cabeza. Detrás de su mecedora estaba la mesa con el hule de cuadros y la solitaria taza.

—Hablando de café, iba a tomármelo cuando has llegado y ahora estará ya frío. ¿Quieres uno?

Tomarme un café con ese hombre era lo último que me apetecía. Negué con la cabeza y miré el reloj sin disimulo. Llevábamos ya una hora conversando y mamá aún no había hecho su aparición en el relato. Estaba dispuesta a sentarme en ese sofá varios mediodías, los necesarios para que ese hombre hablara, se contradijera, se inculpara, confesara. No iba a serme fácil aguantar, tragarme la bilis, pero el fin justificaba el esfuerzo. El problema era que tenía que conseguirlo en tres semanas, quería que mi padre se fuera de este mundo sabiendo que su nombre estaba a salvo de sospechas, que el amante de mi madre iba a pagar por lo que había hecho. Tres semanas me habían parecido un plazo más que suficiente, pero para ello teníamos que llegar a 1984, el año de la desaparición de mamá, y ahora ya dudaba incluso de que nos diera tiempo a acabar ese maldito verano de 1959. Dispuesta a no perder ni un minuto, me levanté y fui tras él a la cocina, móvil en mano, no fuera a decir algo importante y no quedara grabado.

—¿Eres de las que no pueden separarse del teléfono?

—Solo en horas de trabajo —respondí secamente—, nunca se sabe cuándo puede llamarte un cliente.

Negó con la cabeza, desaprobando mi respuesta. Habría apostado que él ni siquiera tenía móvil. En mitad del pasillo, colgado en la pared, sí había un teléfono fijo, de plástico color crema y con marcador de disco. En otro sitio podía haber pasado por una reedición *vintage*, pero en este piso quedaba claro que era una auténtica antigualla.

—¿Funciona? —pregunté señalando el aparato.

—Pues claro. —Me miró perplejo—. ¿Por qué no va a funcionar?

Entramos en la minúscula cocina. Sus manos huesudas cogieron una vieja cafetera italiana, vertió el café ya hecho en un pequeño cazo y lo puso al fuego. Me alegré de haber rechazado la invitación, no tenía yo preparado el paladar para un café recalentado. Contemplé en silencio

cómo trasegaba con los cacharros, cómo preparaba la pequeña taza de loza blanca. Sus facciones parecían aún más pálidas bajo la lechosa luz del fluorescente. Pero ahí, bajo esa luz, algo que llevaba dos días siendo un presentimiento se convirtió en certeza: yo había visto al socio 7.953 antes de nuestro encuentro en el Ateneu. Dónde, no lo sabía, pero estaba segura de que esos rasgos no me eran del todo desconocidos. Esa certidumbre hizo crecer mi desasosiego, algo en mi interior me decía que no era un recuerdo agradable, reconfortante. ¿Era posible que mi madre me hubiera llevado con ella cuando iba a visitar a su amante, y su imagen se me hubiera quedado grabada en algún rincón de mi memoria? Y, en tal caso, ¿qué había visto yo, qué había podido entender, si solo tenía tres años? No lograba recordarle, y en cambio él sí me había reconocido nada más verme.

—Oye, ¿cómo supiste quién era yo?

Estaba vertiendo el café recalentado en la taza, la llenó hasta el borde antes de responder.

—Primero entró tu hija, tan parecida a Elena que pensé que estaba teniendo visiones. Y luego tú, detrás. Hasta que vi tus ojos no lo entendí. Eras la hija de Elena, no había otra explicación. Porque esos ojos... —Le tembló ligeramente la voz, dio un sorbo al café, evitó mirarme—. Siempre me fijaba en tus ojos cuando tu madre me enseñaba tus fotografías.

«La hija de Elena», dijo. Era la primera vez que alguien se refería a mí de esa forma, y casi no me reconocí en tal expresión. Pero lo que me emocionó de verdad fue saber que mi madre se había llevado consigo fotografías mías. Nunca había pensado en esta posibilidad, quizá porque yo no tenía suyas. Sentí un pinchazo de satisfacción, de orgullo. Pero se diluyó enseguida, lo desplazó la rabia. ¿Acaso esto era lo que había sido yo para mi madre, una colección de fotografías viejas guardadas en un álbum, como esas postales compradas en un lugar lejano, en el que pasamos unos días y al que no tenemos intención de regresar? Mi madre, mostrando fotos de un bebé, sin importarle que yo ya tuviera doce, quince, diecisiete años. Sin importarle que yo siguiera viviendo sin ella.

Él dejó el cazo en el fregadero y, tacita en mano, enfiló de nuevo hacia el saloncito. Me quedé atrás mirando su silueta recortada contra los ventanales del fondo. Aún hoy, a sus ochenta y un años, es alto, también lo es mi padre. De jóvenes, debieron de ser dos buenos gallos en sus gallineros. Cuando llegó al salón, se volvió.

—¿Qué pasa, no vienes? ¿O prefieres que sigamos hablando en el pasillo?

Cuatro rápidas zancadas y estaba sentada de nuevo en el sofá. Él, acomodado en la mecedora, reemprendió el relato. El móvil, huelga decirlo, seguía grabando desde mi regazo.

—Como era de esperar, los amigos de mi primo Víctor, tu padre entre ellos, resultaron ser tan arrogantes y presuntuosos como él.

Carraspeé intencionadamente, no iba a permitir que le faltara al respeto a mi padre. Lo pilló al vuelo.

—Disculpa, tienes razón. Pero no creo que puedas entender cómo me humillaban sus miradas despreciativas, sus risitas sobre mis modales poco sofisticados, sus bromas sobre mi ropa que,

pese a los esfuerzos de mi madre, bajo el sol de S'Agaró se veía barata y trasnochada. Esos chicos contaban anécdotas de la universidad, de viajes y de fiestas que a mí me parecían de otro mundo. Se movían con desenvoltura allí donde yo me sentía más cohibido. Quizá a mi primo se le veían un poco las costuras, pero sabía disimular. Yo, sencillamente, actuaba como un patán, y lo peor es que me daba cuenta.

Por primera vez, intuyó que fuera de su estrecho y sencillo mundo de barriada no era más que un perdedor. Mientras esos chicos llevaban el triunfo en su código genético, él se había forjado ya un sólido futuro como don nadie. Un breve viaje, apenas tres horas en autocar, y había dejado de ser el más chulo del barrio para convertirse en un tipo cohibido e inseguro, incapaz de soportar ese sentimiento de inferioridad que le supuraba por la piel y se le quedaba pegado a ella, como una costra que no conseguía arrancarse.

—Si aceptaban que jugara al tenis con ellos era solo para reírse cuando mi raqueta ni rozaba la pelota; en la playa se burlaban de mi brazada, un día llegaron a lanzar una pelota al agua y a ordenarme que fuera a buscarla, como si fuera un perro. Supongo que sí, que nadaba como un perro, pero eso no había importado nunca en la Barceloneta porque mis amigos no nadaban mejor.

Por suerte, se detuvo para llevarse la taza a los labios, si me hubiera contado un par de humillaciones más se le habría vuelto a enfriar el café. Habían transcurrido sesenta años desde entonces y aún le escocía recordarlo, pude sentir la amargura soterrada bajo un mar de palabras que pronunciaba con impostada indiferencia. Hablaba como si nada de eso ya importara, pero ese sentimiento de inferioridad seguía allí, royéndole por dentro. Me pregunté si fue eso lo que le llevó a seducir a mamá, si necesitó arrancarla de nuestro lado para nivelar su particular balanza. Me pregunté también cómo reacciona un hombre así cuando ella —su trofeo, el contrapeso necesario para su autoestima— decide abandonarle.

—Quizá ellos eran más ricos y más educados, pero yo era el más alto y fuerte del grupo; y un día, imitando el mismo aire de suficiencia que gastaban ellos, les dije que me importaban un carajo su tenis y su natación y su esquí, porque para un hombre de verdad no había más deporte que el boxeo y podía hacerles una demostración en cuanto quisieran, que para algo me entrenaba en un gimnasio.

—¿Fuiste boxeador?

—Bueno, reconozco que exageré, porque más que un gimnasio era un tugurio oscuro que atufaba a humedad y a sudor, donde un puñado de chavales pasábamos las horas dando puñetazos a un saco de arena. Todos soñábamos con unos pocos minutos de gloria en una matinal del Price —hizo una pausa, un suspiro—, pero, por supuesto, ninguno lo consiguió.

—Ya pasa, todos tenemos sueños incumplidos —corté rauda, dispuesta a impedir que se me fuera de nuevo por las ramas—. Pero, al menos en S'Agaró, sí que hubo pelea, ¿no?

—Sí. Tu padre invitó a la pandilla a dar un paseo en lancha. Por supuesto, el invitado era Víctor, no yo, pero nunca antes había subido en una de esas barcas rápidas y no pensaba

perdérmelo, eso era algo de lo que podría presumir cuando volviera a Hostafrancs.

Sentado en la mecedora, recordó sus cuchicheos cuando le vieron llegar, el primo Víctor murmurando una disculpa, algo parecido a un «lo siento, chicos, pero mi madre me mata si no le traigo...». Gabriel subió a la lancha con la cabeza alta y la mirada desafiante, convencido de que había encontrado la manera de tratarlos, de que la bravuconada del boxeo los mantendría a raya. Al principio todo fue bien. Hablaban entre ellos, no le importó quedarse al margen, tenía suficiente con sentir el aire y las salpicaduras de mar en la cara, era una sensación nueva para él, extraordinaria...

—Pero de pronto la lancha redujo velocidad, se paró, y todos parecían prepararse para saltar al agua. Miré a mi alrededor y no entendí nada, porque estábamos lejos de la playa, en mitad del mar.

—Me lo creo —le interrumpí—, a mi padre siempre le ha gustado bañarse en alta mar. Dice que no hay nada más relajante que flotar sobre el abismo.

—Ya, el abismo... El problema es que a mí ese abismo me aterraba. En la Barceloneta entrábamos en el mar andando desde la arena, jamás había sumergido la cabeza en el agua. Y, de repente, esos tíos empezaron a zambullirse de un salto desde la borda, vi cómo el mar se los tragaba durante unos segundos, justo para reaparecer unos metros allá, flotando sobre esa inmensidad azul.

Él se quedó atrás, en la barca. Hasta que se dieron cuenta de su ausencia, se percataron de su miedo. Ya no hacían carreras ni jugaban a ahogarse, ahora estaban todos pendientes de él, un coro de voces que, entre risas, le jaleaba para que saltara. Tenía que hacerlo, no había más remedio si quería mantener la cabeza alta y la mirada desafiante. Así que aguantó la respiración y saltó, aunque lo suyo más que un salto fue un ridículo paso en el vacío. Y de repente estaba sumergido en el mar, a su alrededor todo era espuma, el agua salada le entró en la nariz. Salió a la superficie tosiendo, asustado, ya no fue capaz de disimular. En dos brazadas se agarró a la escalerilla de la barca, necesitaba sujetarse a algo sólido. Cuando se calmó su respiración, volvió a oír los gritos: «cobarde», «nenita», «perrito», «marica»... Los habría ahogado allí mismo, pero para eso habría tenido que soltarse y no podía, su mano asía la escalerilla con todas sus fuerzas. Cuando regresaron todos a la lancha prosiguió el escarnio.

—Uno propuso organizar un concurso de salto desde un peñasco, en la cala que está junto a S’Agaró.

—¿La roca de la Conca? Sé perfectamente cuál es, a mi hija y a sus amigos les gusta ir a tirarse desde allí. Es un buen salto, unos cinco metros.

—¿Solo cinco? Yo lo recuerdo altísimo. Y ellos venga a burlarse. Que si iban a organizar un concurso infantil para que yo pudiera participar, que si no iban a dejar saltar a las chicas para que no me ganaran... Todos se reían. Y yo, callado, de espaldas a ellos, junto a la borda, mirando abajo. Mirando el maldito abismo.

Entendí que ese hombre volvía a estar en aquella barca, escuchaba las risas, sufría de nuevo

esa humillación que se le pegaba a la piel. No se reflejaba en su cara, pero podía oírlo en el ligero temblor de su voz. Me dije a mí misma que detrás de esa aparente frialdad había un hombre inseguro, con baja autoestima. Si yo lograba atisbar detrás de esta máscara, si conseguía sacársela, encontraría respuestas. De momento, sobre esa barca, quien sí consiguió que perdiera los nervios fue mi padre. «Eh, Gabriel, no te preocupes —le gritó entre risas—, daremos un trofeo especial para maricas, así podrás llevarte el primer premio.»

Y esa fue la gota que colmó el vaso.

—Me giré de golpe, mi brazo se disparó como un resorte. Oí un golpe sordo y el grito de Ricard. Sentí el dolor en mis nudillos. Ocurrió tan rápido que nadie pudo impedirlo, ni yo mismo.

Mi padre se llevó la mano a la cara, todos los demás permanecieron inmóviles. Solo se movía la barca, mecida por las olas. Unos finos regueros de sangre empezaron a escurrirse entre los dedos de papá y dos grandes gotas cayeron sobre su guayabera blanca. Me estremecí al imaginarme la sangre manchándole la pechera.

—Estábamos solos en mitad del mar, supe lo que venía a continuación.

También yo lo sabía. Nadie le rompe la nariz a mi padre y sale indemne.

—Tenías que haberlos visto, se lanzaron sobre mí como una jauría de perros rabiosos. Todos menos tu padre, él siguió de pie, inmóvil, su mano ensangrentada cubriendo la nariz. También mi primo participó en la zurra, quizá fue de los que más duro me arrearon, no fueran a dudar los demás de qué lado estaba. No eran chicos habituados a peleas, y al principio pude incluso defenderme.

Pero aunque los golpes eran desmañados y poco efectivos, había en ellos más fuerza y saña de la necesaria; según él, no solo estaban vengando su puñetazo, también estaban castigándole por su arrogancia, por esa insolencia del desheredado que osa subvertir, aunque sea por un momento y con un simple golpe, la jerarquía establecida. Tenían que devolverle a su sitio, y lo hicieron. Le pegaron, le gritaron. Y a él le pareció bien que gritaran, al menos ya no se reían. Él los había convertido en bestias, ahora estaban igualados. No sabe cuánto tiempo duró la paliza; cuando se cansaron tenía el pómulo abierto, el cuerpo molido, le sangraba una ceja.

—Pero levanté la cabeza y supe que no había acabado. Tu padre, que no se había movido, me miraba fijamente. Te juro que en sus ojos había más odio del que yo había podido sentir por él en el momento de atizarle el puñetazo. Ordenó que me sujetaran, y al instante dos de sus lacayos me agarraron por los brazos, un tercero me tiró del pelo para mantener mi cabeza en alto, no fuera a marrar el golpe. Y Ricard vino hacia mí, tres lentos pasos y lo tuve a mi lado... Reconozco que fue un buen golpe, el mejor de todos. En el momento en que su puño impactó en mi cara, sus esbirros me soltaron. Ya no tenía fuerzas, caí al agua como un saco. Sentí el escozor de la sal en mis heridas, oí el ruido del motor de la lancha alejándose. Me quedé ahí solo, como un despojo, intentando flotar sobre ese abismo que me aterraba.

No supe qué decir. No descartaba que ese hombre estuviera exagerando, pero algo me decía

que podía ser cierto. Conozco bien a mi padre y sé de lo que es capaz. No diré que tenga la costumbre de pelearse, jamás le he visto usar la violencia. Pero ha tenido enemigos en esta vida, supongo que es inevitable cuando se dirige un grupo empresarial importante como el nuestro, y ha acabado con todos ellos, no ha cejado hasta arruinarlos, hasta hundirlos sin compasión ninguna. Seguramente sea el cáncer el único enemigo al que no ha podido aniquilar. Y yo, lo admito, le he admirado por ello. Aunque si ese episodio de la barca era cierto, quizá se había pasado un poco.

—Pero estaba cerca de la playa, ¿no? —pregunté intentando rebajar la culpa de mi progenitor.

—Bueno, veía la arena y la línea de las casetas de baño. Un buen nadador habría podido llegar, pero yo no lo era. Tuve suerte, porque cuando ya empezaba a desfallecer, a pensar que no lo conseguiría, apareció un patín de pedales. Una pareja, que se había aventurado más allá de lo habitual para hacerse carantoñas, vino a rescatarme. Recuerdo perfectamente el patín avanzando hacia mí, tenía la forma de un gran cisne blanco, el cuello doblado, el pico remojándose en el agua. Me abracé a ese cuello y dejé que me arrastraran hasta la orilla. Fue mi salvación, estoy seguro de que sin ellos no lo habría logrado.

Esto último lo pronunció con firmeza, quería dejar claro que no había excusa, atenuante ni perdón para mi padre. Si estaba vivo era gracias a la suerte y a ese providencial cisne blanco. Yo, lo reconozco, no sentí por él empatía alguna, al contrario: por un momento imaginé cómo habría sido mi vida y la de mi familia si ese hombre se hubiera ahogado.

—Pensé que Víctor iría a casa —proseguía él, ajeno a la crueldad de mis pensamientos—, que contaría a mis tíos su versión de los hechos. Me tumbé en la playa sin saber qué hacer. Y allí me quedé, hasta que vino ella.

—¿Quién? ¿Mi madre? —pregunté esperanzada.

—¡No, mujer! Tía Conchita.

La vio aparecer a lo lejos, andando por la arena, zigzagueando ansiosa entre flotadores, toallas y bañistas, una mano en la frente, a modo de visera. Era evidente que le estaba buscando, muy nerviosa tenía que estar para aventurarse a pisar la playa, con lo que ella la odiaba. Cuando al fin vio a su sobrino, fue directa hacia él, se desplomó a su lado y le cogió del brazo, zarandeándole.

—Dime que no es verdad —le suplicó, los ojos bañados en lágrimas—, dime que no es cierto.

Por supuesto, no se refería a que el chico hubiera estado a punto de ahogarse, ni siquiera mencionó los golpes en su cara, su pómulo abierto o la ceja partida, todo eso ahora no le interesaba, su preocupación era otra. Tras todo un verano dedicado a hacer relaciones sociales, a tejer un enrevesado entramado de invitaciones cruzadas con los vecinos, dispuesta a reírles todas las gracias, necesitaba que su sobrino le asegurara que todo ese esfuerzo no había sido en balde. Necesitaba oír que él, su obra de beneficencia predilecta, no se había revuelto contra ella, que no le había pagado tanta caridad con un puñetazo en la cara del mismísimo *hereu* Planadevall. «Dime que no es verdad —había desespero en su voz—, dime que no es cierto...»

—¿Y qué le dijiste?

Los ojos del socio 7.953 se perdieron en algún punto a mi espalda.
—Lo siento —dijo al fin en un susurro—. Lo siento muchísimo, tía.

# CAPÍTULO 7

—¡Virgen del amor hermoso, pero si esto parece el Buckingham Palace!

Sentado en su mecedora, Gabriel Bonell pronunció estas palabras con voz aguda, imitando el tono afectado con el que hablaba su tía Conchita. No pudo evitar que se le escapara media sonrisa.

—Tenías que haberla visto, pobre mujer, andando por los pasillos de vuestra casa, siguiendo a ese mayordomo estirado que tenían tus abuelos. Intentaba disimularlo, pero se veía de lejos lo nerviosa que estaba.

Podía distinguir el grado de inquietud de su tía por la fuerza con que se mordisqueaba el labio inferior, comiéndose todo el carmín.

—Tía, límpiate los dientes, que los tienes rojos —le dijo, mientras los dos, de pie en el vestíbulo, esperaban que mi abuela los recibiera.

Ella sacó un pañuelito de su bolso y obedeció. Luego, se repasó la boca con el pintalabios. Sin la ayuda de un espejito, se le fue un poco la mano y perdió la simetría, por el lado izquierdo la boca parecía torcerse hacia arriba en una extraña mueca.

—¿Está bien así? —preguntó la pobre mujer, guardándose la barra en el bolso, no la fueran a pillar en pleno retoque.

—Estás perfecta, tía.

A mí, la imagen de esa pobre mujer esperando a enfrentarse a mi abuela con los morros mal pintados me llegó al alma.

—¿De verdad no le dijo que le había quedado mal?

—No, que se fastidiara, fue mi pequeña venganza.

Venganza por haber desaprobado la ropa que él se había traído, toda había sido descartada por tía Conchita, pieza a pieza, sin importarle el cariño que su hermana había puesto al coserlas.

—¿Y esta camisa, tía? —le dijo mostrándole la que le había hecho a imagen y semejanza de la que llevaba Mario Cabré en el *¡Hola!*

—Quita, quita..., ¿de verdad no tienes nada como Dios manda? Parece mentira, con lo apañada que es mi hermana para esto de la costura, en qué estaría pensando.

Al final le obligó a embutirse en un traje de su tío que le venía claramente pequeño, algunas costuras amenazaban con no resistir un movimiento brusco, pero eso a tía Conchita le pareció el menor de los males. Le arregló el nudo de la corbata y le repasó el pelo con la mano, justo antes

de dar un paso atrás, contemplar el resultado y soltar un suspiro de desánimo. Gabriel no pudo evitar pensar que tía Conchita, aun sin pretenderlo, podía ser tan cruel como su hijo.

—Y, sobre todo, sobrino, pórtate bien, sé educado y humilde, que vamos a lo que vamos.

Y a lo que iban era, por supuesto, a pedir disculpas. A que el muchacho suplicara clemencia, de rodillas si era necesario y los pantalones se lo permitían. Era el mismo día de la pelea, tía Conchita no perdió el tiempo. Ese mediodía envió a la doncella con un tarjetón —de color crema, con los nombres de los tíos impresos en una esquina— en el que se solicitaba a los señores Planadevall y a su hijo Ricard el favor de ser recibidos para presentar disculpas por el muy desafortunado incidente acaecido durante el paseo en barca. A la doncella le dieron órdenes expresas de no volver sin una respuesta. Y la respuesta se hizo rogar, porque la muchacha no regresó hasta casi dos horas después, tía Conchita consumida ya por los nervios, Víctor lanzando a su primo miradas furibundas, y la doncella al borde de una lipotimia porque la dejaron esperando fuera, a pleno sol. Regresó con otro tarjetón, también beige, pero de una cartulina de mejor calidad, más elegante, en el que, en un tono mucho más seco y escueto que la florida prosa empleada por tía Conchita, se les comunicaba que esperaban su visita a las siete de la tarde.

Sonreí para mis adentros. Mi abuela, Amelia Planadevall, fue mujer de costumbres y horarios estrictos. En Barcelona, durante el invierno, recibía a las seis de la tarde, en S'Agaró a las siete. En punto, un retraso de hasta cinco minutos la ponía de mal humor; más allá, la visita corría el riesgo de no traspasar la puerta. Me temo que en esto de la puntualidad he salido a ella.

—¿Conocía a mis abuelos su tía?

—Todo el mundo los conocía en S'Agaró. Creo que habían coincidido en alguna fiesta o cenando en el hotel, no sé muy bien. Lo que es seguro es que tía Conchita no había estado jamás en esa casa, porque lo miraba todo con ojos como platos. Quizá lo de Buckingham Palace fue exagerado, pero reconozco que la casa era espectacular, yo pensaba que mansiones así solo existían en las películas. ¿Todavía la tenéis?

Asentí. Por supuesto, todavía la tenemos. Ahora es de papá, cuando fallezca será mía. Y sí, no voy a negarlo, es efectivamente una mansión espectacular. No está anclada sobre las rocas como lo están algunas casas vecinas, ni tiene un mirador sobre el mar, pero es una de las casas más impresionantes de la urbanización. Un gran edificio de dos plantas, de paredes blancas y piedra, de estilo *noucentista*, rodeada por jardines, pérgolas y una gran piscina. Es un conjunto hermoso y armónico, coronado por un torreón. Un torreón que se distingue desde lejos, es el punto más alto de la urbanización y en él algunos han querido ver un símbolo de la arrogancia de nuestra familia. En realidad fue cosa de mi abuelo, que pidió al arquitecto que hubiera un punto en la casa, aunque fuera solo uno, desde el cual pudiera ver el mar. Cuando era niña me daba miedo subir por esa escalera, no solo porque sus peldaños eran empinados y estrechos y temía caerme, sino también porque había oído cuchichear al servicio sobre una mujer que deambulaba por la pequeña habitación de grandes ventanales en lo alto. Supongo que todas las mansiones tienen su fantasma, y el nuestro era la loca del torreón. La realidad es que, más que para contemplar

nosotros el mar, la torre ha servido para que todos nos contemplaran a nosotros, los Planadevall. Yo adoro esa casa, el calor de sus veranos, darme un chapuzón en su piscina al volver del mar, respirar el frescor de las noches en su jardín iluminado. A tía Conchita, por supuesto, le pareció maravillosa, empezó a pensar que había valido la pena que su sobrino se zurrara con el chico Planadevall para tener la excusa de entrar a cotillear.

—Creo que el que escribió *El gran Gatsby* pensaba en una mansión como esta, ¿no te parece, sobrino?

Pero a él ni le pareció ni respondió, porque por entonces aún no había leído *El gran Gatsby*.

—En realidad, entonces no había leído nada —me confesó, mientras mis ojos se iban a los centenares de libros que, amontonados en claro desorden, ocupaban la enorme estantería que cubría toda la pared a su espalda—, solo leía las noticias sobre fútbol y las crónicas de boxeo que aparecían en el periódico que me llevaba cada madrugada a casa.

El mayordomo los guio por el pasillo y los hizo detenerse frente a una gran puerta, que golpeó suavemente con los nudillos antes de abrir y anunciar la visita. Apuesto a que era el salón de té, con sus grandes ventanales abiertos al porche, a mi abuela Amelia le gustaba pasar allí la tarde porque decía que se estaba más fresco que en el jardín. A mi abuelo, el yayo Manel, en cambio, lo recuerdo jugando al mus con sus amigos en un saloncito contiguo, donde estaba la mesa de juego y el billar. Mis abuelos llevaban vidas separadas, quizá por eso vivían en casas con multitud de salones. Los necesitaban para no encontrarse, aunque de cara a la galería siempre fueron un matrimonio perfecto. Eran como dos bailarines que se ignoran entre bambalinas, pero que cuando sube el telón, y bajo la luz de los focos, danzan juntos un memorable *pas de deux* en mitad del escenario.

—Oímos una voz de mujer, «que pasen», dijo, en un tono tan frío que ya antes de entrar intuimos que no lo tendríamos fácil. Si mi tía esperaba que la recibieran como a una amiga que va a tomar el té, iba lista. Tu abuela, que estaba en uno de los sofás, no hizo siquiera el gesto de levantarse ni de ofrecernos asiento, toda seria y envarada; no me quitó el ojo de encima, vigilándome, como si pensara que a un descuido suyo le podía robar el cenicero de plata.

Sí, *envarada* es un buen adjetivo para la abuela Amelia, ella se mantuvo siempre erguida, decía que las espaldas curvadas mostraban servidumbre y poca ambición. *Intuitiva* sería otro buen adjetivo, porque calaba a las personas al primer vistazo. Y vio que Gabriel tenía alma de ladrón. Al final no fue el cenicero de plata lo que le robó, sino a la nuera, la madre de su nieta, un buen botín. Y también le robó la paz, y la frente altiva y ese aire de superioridad moral que tuvo que recomponer a base de orgullo, porque dicen que mamá se llevó con ella muy pocas cosas, pero dejó muchas tras de sí. Dejó vacío y silencio, y una mancha indeleble en el honor de la familia que papá y la abuela tuvieron que tapar con una gruesa capa de cal viva. Entre los dos hicieron desaparecer a mamá mucho antes de que de verdad desapareciera. Mientras escuchaba a ese hombre, me imaginaba el salón de té y a la abuela sentada en el sofá mirando a ese chico de arrabal disfrazado con la ropa de su tío, la cara desfigurada por los golpes recibidos, los nudillos

pelados por los puñetazos propinados. ¿Cómo imaginarse que iba a ser justamente él, ese pobre diablo, quien trajera la vergüenza a nuestra familia? Por intuitiva que fuera, es imposible que mi abuela vislumbrara lo que se estaba fraguando en ese salón. Gabriel había rememorado la escena:

—Tu padre, en pie detrás del sofá, tenía el ojo derecho amoratado y la nariz hinchada, aunque no rota. Mi cara no tenía mejor pinta, pero claro, eso era un detalle que no importaba a nadie. Nada más entrar, tía Conchita se apresuró a agradecer que nos hubieran recibido, parloteó un poco, sin sentido ni trascendencia, muy propio de ella, hasta que consideró que ya tocaba ir al grano. Entonces anunció que yo tenía algo que decirle a Ricard y se giró hacia mí, toda teatral, como una presentadora dando paso a la siguiente estrella de la velada. Era mi turno, el discursito lo llevaba ensayado, mi tía me lo había hecho repetir una y otra vez.

El hombre paró el ir y venir de su mecedora y, concentrado, cogió aire. Engoló algo la voz, como seguramente hizo ese día, y empezó:

—Ricard, te ruego me perdones. Mi comportamiento de hoy es absolutamente injustificable y me siento muy avergonzado, tanto por el daño físico que te he causado como por la segura preocupación que he provocado a tus padres, a quienes presento mis sinceras disculpas por ello. Y, si me permiten, aprovecho para pedir perdón también a mis tíos, que han tenido la amabilidad y el buen corazón de acogerme en estos días de vacaciones, por la mancha que mi actitud supone en su buen nombre, mancha que espero que no les sea tenida en cuenta por cuanto únicamente yo soy culpable de lo sucedido.

—¡Venga ya! —protesté yo incrédula—. No puedes acordarte de lo que dijiste hace sesenta y un años.

—Bueno, quizá no fueron exactamente estas palabras —concedió—, pero te aseguro que fueron parecidas.

Acabó su disculpa y, pese al calor de esa tarde de agosto, un silencio gélido los envolvió a todos, un silencio roto solo por el rumor de unos chapoteos en la piscina. Mi abuela Amelia consultó el reloj y se dirigió al mayordomo, aún de pie junto a la puerta.

—Roberto, dígales a mis hijas que salgan ya del agua, es hora de empezar a arreglarse para la cena. Recuérdeles que hoy tenemos invitados y que la cena será de largo. —Y, ya solventado el tema doméstico, se dirigió al visitante—: Joven, en esta familia no estamos acostumbrados a dirimir diferencias a puñetazos, esto es cosa de bárbaros, borrachos y comunistas, y espero por su bien que no esté en ninguno de estos grupos. Por educación y por deferencia a sus tíos, yo le acepto las disculpas. Pero la última palabra, por supuesto, la tiene Ricard.

Mi abuela Amelia fijó la vista en su taza de té, dando por terminada su intervención en esta escena. Estoy segura de que le daba igual si ese asunto no se arreglaba, no sería su hijo quien quedaría excluido de la vida social. Papá, sin moverse de su posición, erguido tras el sofá de su madre, dejó vagar su mirada a través de los ventanales, más allá de la piscina, quizá valorando si esa disculpa era ya suficiente humillación. Le conozco y puedo imaginármelo; él sabe dar

gravedad al momento, gestionar los tempos, robar planos, erigirse en el actor principal de la escena.

—He tenido la fortuna de recibir de mis padres una sólida moral católica —dijo al fin, tras esos segundos de teatral silencio— que me obliga a perdonar las ofensas, tal como hizo Jesús con quienes le ofendieron. Por tanto, Gabriel, acepto tus disculpas.

Papá avanzó unos pasos, se plantó en mitad del salón. Como los toreros, la estocada siempre luce más si se da en el centro del ruedo.

—Y, para que veas que es cierto, estás invitado a salir de nuevo en barca. Mañana mismo, si quieres, vamos todos a la Conca a saltar de la roca, no puedes irte sin probarlo.

Alargó la mano, que quedó en el aire. Vacía, sin que la mano de Gabriel aceptara el envite.

—¿Qué te pasa? —insistió papá—. Venga, será divertido. Somos amigos, ¿no?

No, no lo eran, se odiaban, y Gabriel, sentado frente a mí en su mecedora, no se había molestado en ocultármelo:

—Y esa sonrisa suya —me dijo cerrando con fuerza los puños—, confieso que en ese momento lamenté no haberle roto de verdad la nariz, con gusto habría rematado allí mismo la faena.

Sí, esa sonrisa. Sé perfectamente a cuál se refería. Es la sonrisa de cuando papá se sabe triunfador. En realidad, ni siquiera es una sonrisa, es poco más que un esbozo, porque nunca ha hecho ostentación de sus victorias, jamás le ha hecho falta alardear de ellas. He visto muchas veces esa sonrisa en su cara. Y me encanta.

En cambio, a tía Conchita la sonrisa se le borraba de la cara, horrorizada por el feo que su sobrino le estaba haciendo al chico Planadevall.

—Gabriel, venga —le apremió dándole un codazo.

Y él, qué remedio, extendió el brazo y encajó su mano en la de mi padre.

—Me la estrechó con fuerza, con toda su rabia, y me hizo daño. Pero conseguí aguantar como si nada, como si ni siquiera lo notara.

Sentí el punto de orgullo que se colaba en su voz al contármelo, el mismo orgullo con que había narrado la pelea en la barca. Era sin duda uno de esos tipos que no saben canalizar su furia y su frustración más que con el uso de la violencia. Necesitaba el enfrentamiento físico para quitarse de encima ese sentimiento de inferioridad, para recuperar su autoestima, no sabía gestionarlo de otra forma. De nuevo me pregunté cómo reacciona un hombre así cuando su amante le abandona para regresar con su familia. Con su esposo. Con el enemigo. No era una mala cosecha para ser el primer día.

Miré mi reloj, tenía que irme, me esperaban en el despacho.

—¿Mañana a la misma hora? —le pregunté.

Él asintió, me acompañó al recibidor y, mientras contemplaba en silencio cómo me ponía el abrigo y recogía mi bolso, llamó al ascensor.

—No hace falta, bajo andando —dije.

Y me lancé escaleras abajo sin un adiós siquiera. No podía esperar ni un segundo más, en ese piso me ahogaba. Necesitaba salir y respirar hondo, aunque fuera el monóxido de carbono del denso tráfico de la Gran Vía.

Cogí un taxi, durante el trayecto intenté centrarme en los portales, las tiendas de comestibles, las sucursales bancarias, los restaurantes. Pero no los veía. Veía el mar, y a papá y a mí, frente a la playa de S'Agaró, en la barca. Yo tengo pocos años, los justos para saber nadar. El agua está tranquila, papá detiene la lancha y se zambulle en el mar. Yo me quedo en cubierta, me da miedo estar sola en la barca y también me da miedo saltar al agua, pero no puedo llorar porque papá no lo soporta. Él me grita para que me lance, me repite que está allí esperándome, que no me pasará nada. Pero yo miro hacia abajo y siento el vértigo de ese azul sin fondo. No me atrevo, estoy paralizada; yo, como Gabriel, también temo que el mar me engulla hacia lo más profundo. Y papá, desde el agua, sigue gritándome para que salte, su voz cada vez más crispada. Y entonces sí, entonces sí me entra de verdad el pánico. Pero ya no al abismo, sino a que papá pueda pensar que yo no soy perfecta, que no merezco ser su hija, terror a que él también, como mamá, deje de quererme y me abandone. Y eso me asusta aún más que lo que hay bajo ese azul oscuro. Así que me acerco a la borda, respiro hondo y salto. Por unos segundos me engulle el mar, hasta que decide retornarme a la superficie, bajo la luz del sol. Pero papá aún no sonríe, me pide que vuelva a hacerlo. Dos, tres, muchas más veces, hasta que por fin me dice que ya es suficiente y subimos los dos a la barca y me coge en brazos.

—Dame un besito de princesa, papi —le suplico.

Y él acerca sus labios húmedos a la punta de mi nariz, porque él, que lo sabe todo, me dice que es así como se besa a las princesas.

—¿A cuántas has besado?

—Solo a ti, preciosa, ¿para qué quiero más?

Y yo respiro aliviada y orgullosa de ser su hija y de que me quiera. Y es curioso, pero, después de tantos años, recuerdo perfectamente que, cuando me dejó en el suelo, me sujetó por los hombros y, muy serio, mirándome fijamente a los ojos, me dijo: «No tengas nunca miedo a nada y, sobre todo, no permitas que nadie, jamás, te llame cobarde».

# CAPÍTULO 8

Esa tarde me fui pronto del despacho, tenía la cabeza espesa y me costaba concentrarme. Acababa de pasar un par de horas hablando con un desconocido que fue el amante de mi madre. Y probablemente también su asesino. No creo que nadie pueda reprocharme que estuviera un pelín tensa.

Dejé el coche en el despacho y fui andando a casa de papá, necesitaba estirar las piernas y que me diera el aire, aunque supiera que ese frío húmedo de las noches barcelonesas se iba a colar en mis finos zapatos. Efectivamente, tenía los pies helados antes de llegar al primer semáforo.

—¿Le preparo una manzanilla, señorita, que me llega congelada? —se apresuró a exclamar la buena de Pepita mientras me ayudaba a despojarme del abrigo—. ¿Se quedará a cenar?

—No, hoy no, le he prometido a Ariana que cenaríamos juntas.

Era mentira, mi hija se iba a cenar con su padre, pero esa tarde yo no tenía ganas de hablar con nadie y el plan de estar sola en casa me parecía fantástico, apenas un peldaño por debajo del absoluto nirvana. Pero mejor no decírselo a Pepita, no fuera a insistir.

—¿Cómo ha pasado mi padre el día?

—Como ayer, ni mejor ni peor. Come muy poco, dice que no tiene hambre. Si sigue así...

Pepita no acabó la frase, no era necesario. Ella también había envejecido en estas últimas semanas y tenía la tristeza pegada a los ojos, como legañas. Acompañar a mi padre en sus últimos días iba a ser su postrer servicio a la familia, después regresaría a su pueblo, donde tiene una hermana y un pisito que le tocó en herencia, que ha ido arreglando para tenerlo listo cuando llegara el momento. Hace años que podría haberse jubilado, pero Pepita lo ha ido posponiendo, acumulando excusas. Y papá y yo hemos fingido que nos las creíamos, hemos simulado incluso que, a sus más de setenta años, aún nos era imprescindible. Bueno, quizá no hemos fingido apenas, porque ni papá ni yo podíamos concebir esta casa sin ella. Mil veces me ha contado cómo entró por primera vez, por la puerta de servicio, de la mano de una prima lejana y con diecinueve años recién cumplidos —los mismos que tiene ahora Ariana—, tan niña que todos los uniformes le venían holgados y hubo que hacerle uno a medida. Durante años, no se lo quitó más que los jueves para salir, ilusionada y peripuesta, y regresar al cabo de unas horas tras un plan de cine y chocolate con churros con amigas, porque pretendientes no surgieron nunca. Siempre volvió a casa antes de lo que le tocaba, a tiempo de acostarme y darme el beso de buenas noches. Intuyo que yo he sido su consuelo de muchas penas y desilusiones, igual que ella ha sido mi cobijo tras muchas de mis decepciones. Las dos fuimos víctimas de la huida de mi madre: yo me

vi obligada a buscar el calor maternal en sus brazos, ella se vio obligada a acogerme en los suyos y brindarme más cariño del que una tata está obligada a ofrecer. Puse mi mano sobre sus hombros y le di un beso. A las dos se nos humedecieron los ojos.

—¿Y de usted, señorita, quién se va a ocupar? Justo ahora...

Calló de nuevo, tampoco esta frase era necesario acabarla. Yo habría preferido que ni siquiera la empezara. No me gustan las preguntas para las que no tengo respuesta.

La dejé en el *office* de la cocina y me encaminé al dormitorio de mi padre. Como cada día a estas horas, él estaba ya en la cama, fatigado del esfuerzo que le suponía haber pasado un rato levantado, aunque no hubiera hecho otra cosa que mirar por la ventana. Debe de haber sido duro para él contemplar a través de los visillos un mundo al que sabía que ya no iba a volver. Ya solo volvía a la cama. Una cama grande, en la que desde que mamá se fue ha dormido solo. Es el mismo dormitorio que estrenó de recién casado. Es curioso que eliminara todo rastro de mi madre en la casa, pero haya mantenido intactos los muebles del dormitorio, el lugar donde tuvo más intimidad con ella; yo, en cambio, fue lo único que me apresuré a cambiar cuando Alberto se marchó de casa.

—Hola, papá.

Me acerqué a él para darle un beso en la mejilla, y luego me lo dio él en la nariz. Era el ritual que seguíamos desde hacía un par de semanas, cuando, cogiéndome la mano, me dijo que se arrepentía de no haberme dado todos los besos de princesa que me merecía. Pobre papá, ya esa noche era un saco de huesos bajo una piel casi traslúcida. Tanta angustia daba que pensé en eliminar todos los espejos de la casa para que no pudiera verse reflejado en ellos. Me senté junto a él en la cama mientras la enfermera salía sigilosamente de la habitación

—Tienes que comer más, papá.

—No tengo hambre —gruñó—. Y no me sermonees, que aún soy tu padre. Además, ¿qué más da? Día más o día menos...

—No da igual, aún tienes que ver muchas cosas antes de irte de este mundo.

No hizo ni caso, supongo se tomó mis palabras como la típica estupidez que se suelta cuando no se sabe ya qué decir. Pero era verdad, necesitaba que aguantara como mínimo esos veinte días que habían pronosticado los médicos. Al paso que iba la conversación con Gabriel Bonell, necesitaría tiempo para llevarlo a ese punto entre mi espada y la pared, y cuando tal cosa sucediera quería que papá estuviera aún vivo, para que se fuera con la tranquilidad de saber que su nombre estaba libre de toda sospecha.

Me quedé con él charlando de todo y de nada. En realidad hablaba yo, porque a papá le agotaba, y además llevaba tanto tiempo encerrado en ese piso que poco tenía que contar. Al cabo de un buen rato entró la enfermera con la cena: un plato de caldo que mi padre tragaría a pequeños sorbos y una pequeña rodaja de pescado hervido que todos sabíamos que apenas probaría. Al principio me sorprendió que Pepita hubiera cedido a la enfermera las tareas que más intimidad con papá requerían, como ayudarle a comer, ducharle o acompañarle al baño. «Pero,

señorita, ¿cómo voy a ponerle yo al señor la cuchara en la boca —me contestó cuando le mostré mi extrañeza—, no ve que eso sería humillarle?» Tenía razón, como siempre. Me pregunto cuántas veces esa sensibilidad suya, que ni papá ni yo hemos sabido apreciar lo suficiente, ha hecho que las cosas en esta casa fluyeran de la forma más conveniente para todos.

Antes de irme se me ocurrió echar un vistazo en la biblioteca, quizá habría otro volumen susceptible de ser un escondite, otra matrioska. Me di cuenta al instante: los libros no estaban en el mismo orden que la última vez, todos habían sido removidos. Salí disparada hacia el *office*. Encontré a Pepita cosiendo un dobladillo.

—¿Se puede saber qué buscabas en los libros de la biblioteca?

Levantó la vista de la costura, dejó la mano con la aguja a medio gesto y me dedicó su mirada más inexpresiva, una mirada que conozco bien: es el aviso de que no voy a sonsacarle ni una palabra. Cuando pone esa cara, hablar con ella es como hablarle al paragüero del recibidor.

—Nada, señorita, ¿qué voy a buscar? Le dije a la chica que sacara el polvo de los libros, eso es todo.

—¡No me vengas con esas! Sabes que ya nadie va a tocarlos hasta que vengan a vaciar el piso.

—Justamente. No quiero que un extraño piense que esta familia vivía en una pocilga.

Por supuesto, la casa de mi padre dista muchísimo de ser una pocilga, aunque sí es cierto que, desde hace ya tiempo, una buena parte de las estancias no se abren más que para airearlas y sobre alguno de sus muebles se acumula una ligerísima, casi imperceptible, capa de polvo.

—Ya. Y tenías que mandar limpiar justo la biblioteca. ¿Y por qué no la porcelana del salón de invitados, que lleva meses cerrado?

—Todo se hará, pero por algún sitio había que empezar.

Suspiré. Daba igual, no hacía falta que Pepita me confesara lo sucedido, podía reconstruir perfectamente la escena.

—Le contaste a papá lo del libro escondido, y él te ordenó averiguar si había más, ¿verdad? No quiere que yo los encuentre. ¿O quizá tenía miedo de que, dentro de alguno, ella me hubiera dejado alguna nota?

Esto último lo dije alzando la voz. Me arrepentía de haberle contado lo del libro a Pepita, había confiado en ella porque siempre me había guardado los secretos. Contárselo fue una forma de volver a mi infancia, y ahora me sentía rabiosa, como lo habría estado de niña si me hubiera traicionado. Y las niñas rabiosas no piensan lo que dicen.

—¡Pues que sepas que ya he conocido al socio 7.953! Se llama Gabriel Bonell y fue el amante de mamá, el tipo con el que se fugó.

En mi cara, una expresión de triunfo. La de Pepita palideció, la aguja tembló en su mano.

—Señorita, por favor, ni mencione su nombre —balbuceó, casi no le salía la voz—. Es un hombre malo.

Me hizo gracia: yo me estaba comportando como una cría, y ella corría a recuperar su papel

de vieja niñera.

—¿Malo como el hombre del saco, al que siempre amenazabas con llamar si no me acababa la cena? ¡Por favor, que ya he crecido!

Pero Pepita no se lo tomó a broma. Había abandonado la aguja a su suerte; su mano se agarraba ahora a la pequeña cruz que colgaba siempre de su cuello, el único adorno, un sutil toque dorado sobre la sobriedad de sus sempiternos jerséis oscuros.

—Era un mal hombre, y peligroso. De noche se movía por el barrio chino, a esas horas en que solo hay gentuza. Y tenía amigos delincuentes, que huyeron de España porque los buscaba la policía —contraatacó, justo un segundo antes de darse cuenta de que había hablado de más.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

Pepita recompuso inmediatamente su cara de paragüero, pero yo no estaba para monsergas. Disparé a lo seguro.

—O me lo cuentas tú o le pregunto a papá si es cierto lo que me has dicho. Y le digo de dónde he sacado la información.

Le estaba cogiendo el gusto a eso del chantaje, era la segunda vez en cuarenta y ocho horas que utilizaba esta estrategia. Si con Marta había funcionado, con Pepita el éxito estaba más que asegurado. Suspiró resignada antes de arrancar:

—A los pocos meses de irse la señora, el señor contrató a un detective para que la buscara, y en el informe se hablaba de ese hombre. —Y, antes de que se lo preguntara, añadió—: El señor lo dejó sobre la mesa de la biblioteca, no pude evitar verlo.

Cierto, si algo no ha podido evitar nunca Pepita es que sus ojos lean todo lo que papá y yo dejamos sobre las mesas. O dentro de los cajones, que a menudo tampoco puede evitar abrir. Tuve que hacer un esfuerzo por no sonreír.

—¿Y qué más decía el informe?

—Que malvivían en París, estaba la dirección del piso. Eso era todo, que yo recuerde.

La dirección de mi madre en París... Mi padre la supo desde el principio, pero jamás me lo dijo. Siempre actuó como si él tampoco supiera dónde se encontraba su esposa, como si estuviera tan perdido como yo. Y ahora resultaba que me había mentido donde más me hería.

—Déjelo estar, señorita. Hágame caso y quítese a ese mal hombre de la cabeza.

Exactamente eso era lo que ya no podía hacer. No iba a confesarle a Pepita que le había localizado y que hablaba con él. Al menos, no esa noche.

—Oye, al limpiar la biblioteca ¿encontraste más libros escondidos, alguna nota, alguna foto?

—No, señorita, de verdad que no.

Cogió de nuevo la aguja y volvió a dar puntadas, rápidas y enérgicas, como si en acabar esa labor le fuera la vida. Reparé en que era el dobladillo de una falda suya, negra. También ella se preparaba para lo que se nos venía encima.

Estaba en el dintel de la puerta de la cocina cuando me detuvo su voz.

—¡Señorita, deje el pasado en paz! Piense en su padre. Usted ha sido siempre una buena hija,

no lo estropee en el último momento.

Sus palabras se me enroscaron en el cuello, como un fino pañuelo de cuyas puntas unas manos invisibles tiraran suavemente. No pregunté a qué se refería, cogí mi abrigo y salí a toda prisa. Que dejara el pasado en paz, exactamente lo mismo que me había pedido Gabriel Bonell en nuestro primer encuentro en el Ateneu. Plantada en mitad de la acera, un escalofrío me recorrió la espalda.

Bueno, quizá el escalofrío lo recuerdo ahora con más dramatismo del debido, quizá no tuvo otra causa que el frío de la calle, porque en el rato que había durado la visita a mi padre la temperatura fuera había caído tres o cuatro grados. Por suerte, vivo a escasas manzanas, así que anduve a paso rápido hasta mi edificio y, alterada como estaba, agradecí la calidez con que me acogió mi casa. Calor de hogar, eso era lo que necesitaba para tranquilizarme, aunque últimamente este calor se haya reducido al que emana de los radiadores y a Rocco, que vino a mi encuentro trotando alegre por el pasillo, impidiéndome el paso hasta que le hube hecho unas cuantas carantoñas. El piso estaba a oscuras, salvo por la fina línea de luz que surgía bajo la puerta del cuarto de Ariana. Consulté el reloj, ya eran las nueve, me sorprendió que aún se encontrara en casa. No me sorprendió que estuviera encerrada en su habitación, se enclaustra incluso cuando está sola y no hay nadie que pueda molestarla. Llamé con los nudillos y, asumiendo que el absoluto silencio podía considerarse como una respuesta afirmativa, abrí y entré.

—Buenas noches, cariño.

Mi hija estaba tumbada en la cama, móvil en mano. Entendí que no había contestado porque entre mis palabras y su oído se interponían unos enormes auriculares rojos. Di tres pasos, hasta situarme allí donde podía verme.

—¡Joder, mamá, qué susto! ¿Por qué no llamas antes de aparecer así, de golpe?

No se levantó a darme un beso, pero al menos tuvo el detalle de sacarse los auriculares.

—He llamado y no me has oído, no sé por qué has de llevar ese trasto en la cabeza cuando estás sola en casa.

—Porque si no lo uso, me pegas la bulla de que meto demasiado ruido y de que los vecinos se quejan.

—¿Quizá porque el volumen está excesivamente alto?

Error, escalada de hostilidades, mejor abortar la conversación.

—¿Tú no cenas hoy en casa de tu padre? Tendrías que ir yendo.

—Cena cancelada. Victoria está enferma, tiene gripe.

Por si no lo he dicho antes, cara-rata se llama Victoria. Toda una premonición, quizá yo debería llamarme María Derrota.

—¿Y qué? ¡Ni que se estuviera muriendo! Que la deje en la cama con el termómetro en la boca, y os vais vosotros dos a cenar, padre e hija, mano a mano.

—Da igual. Cenaremos otro día, cuando se encuentre mejor y podamos ir los tres.

Así me lo dijo, la mar de tranquila. Y yo es que me sulfuro, en serio. Si me olvido de clicar los yogures al hacer la compra online, o los vaqueros zarrapastrosos que dejó ayer tirados en su habitación no están hoy limpios y colgados en su armario, su vida se torna un completo desastre por mi culpa. En cambio, su padre destroza la familia para irse con Minnie Mouse y no pasa nada. Al contrario, buen rollito. Confieso que me molesta mucho la facilidad con la que Alberto ha conseguido incorporar a su nueva pareja a su faceta familiar. Ariana no solo no es ningún obstáculo en su relación, sino que esa tal Victoria —dieciséis años más joven que yo, sin hijos y experta en marketing digital— ha asumido un papel de colega enrollada que Ariana, tan arisca de habitual, acepta encantada. Siempre ha sido la niñita de papá, pero desde el divorcio le parece que todo lo que hace su padre roza la perfección. Hasta el punto de que él le da plantón para quedarse en casa con su novia y a Ariana le parece lo más normal. En fin, adiós a mi noche en el nirvana.

—Pues no sé qué hay de cenar, no contaba contigo.

—Da igual, no cenaré, estoy gorda.

—Tú lo que estás es atontada perdida —dije yo por lo bajo, aunque podía haberlo dicho a gritos porque Ariana se había vuelto a colocar los auriculares.

Me dirigí a la cocina, me serví una copa de vino tinto y saqué de un cajón una barrita dietética. Mi cena. Porque yo sí que he engordado, últimamente parece que cualquier desliz, por venial que sea, se me pega a la cintura con cinta adhesiva. Nunca hasta ahora me había importado cumplir años, no soy de las que vendería mi alma por volver a los veinte, pero no me acostumbro a estos cambios en mi cuerpo, cada vez menos sutiles. Y la Minnie esa, que no tiene ni los cuarenta... Sí, ya sé que eso no tiene más mérito que el haber nacido más tarde y que todo le llegará, pero aun así jode un poco, la verdad.

Me acabé la barrita, apuré la copa y me serví otra, que se vino conmigo al dormitorio. Últimamente, syrah y garnacha son dos de las compañías que más aprecio. Quizá tiene razón Marta en eso de que tendría que buscar pareja, pero no se me ocurre dónde, porque eso de conocer hombres por internet no está hecho para mí. No es que me parezca mal, es solo que se me antoja parecido a rebuscar en esos montones de ropa en rebajas: nunca encuentras lo que necesitas, pero acabas comprando algo por no salir con las manos vacías.

A falta de compañía, del cajón de la mesita de noche saqué el retrato de mi madre, el que llevaba ese hombre en su cartera. Con la punta de mi dedo índice recorrí el óvalo de su cara, su nariz pequeña, los pómulos que seguro que besé alguna vez aunque no lo recuerde. Luego, me miré al espejo. No había rastro de ella en mí. No eran solo los ojos, esa primera decepción, tan segura como había estado siempre de que ambas veíamos el mundo a través del mismo azul de nuestras pupilas, convencida de que, si alguna vez nos cruzábamos, nos bastaría con reflejarnos mutuamente en ellas para reconocernos. Pero no, no había ningún rasgo físico que me uniera a ella. Era como si mi cuerpo, al no tenerla a mi lado, hubiera crecido desorientado, sin saber a quién tenía que parecerse.

—¿Te pasa algo? —Ariana había entrado en mi dormitorio, por supuesto sin llamar a la puerta ni pedir permiso.

—No, ¿por...?

—No sé, parece que estés a punto de llorar.

—Pues no, estoy bien. —Puestos a mentir, me dio por exagerar—: La mar de feliz, en realidad.

Su mirada se desplazó a la mesita de noche y pareció entretenerse haciendo inventario de lo que había sobre ella: una lámpara, el retrato de mi madre, la copa de vino vacía y una caja de somníferos.

—Ya, bueno, supongo que cada uno busca la felicidad como puede. —Y, antes de que yo pudiera estrangularla, añadió—: Saco a pasear a Rocco. En mi ausencia sé buena, contén tu alegría y no montes un botellón, que no son horas.

Ni le contesté. En un concurso de materiales corrosivos, primero estaría su lengua y luego el ácido sulfúrico. En cuanto oí el portazo, me fui a la cocina y me serví una segunda copa. ¿O era ya la tercera? De repente me entró mucho calor, uno de esos sofocos que me chamuscan viva, maldita menopausia. Salí a la terraza a ver si el frío de la noche lo apaciguaba. Abajo, en la calle, vi salir a Rocco a la carrera, directo al árbol que hay frente a nuestra portería. Le tengo dicho a Ariana que lo lleve siempre sujeto con la cadena, pero ella ni caso. Y entonces, de repente, unos metros más allá, justo en la estrecha franja oscura que quedaba entre dos farolas, vi que algo se movía. Era un hombre, desde arriba no podía verle la cara, oculta por la oscura capucha de su sudadera. Me dio mala espina, era evidente que no era un transeúnte. Estaba al acecho, mirando la luz que acababa de encenderse en nuestro portal. Y esa noche fría no había nadie más en esa tranquila calle de ese barrio residencial. Solo ese hombre y mi hija, que salía ahora, ajena al peligro. El encapuchado se dirigió rápidamente hacia ella, en cuestión de segundos se plantó a su lado. Y yo, impotente, cinco pisos por encima de sus cabezas, no pude hacer otra cosa que chillar:

—¡Ariana, cuidado!

Pero el tubo de escape de una moto que doblaba en ese momento la esquina ahogó mi grito. No me oyó. Nunca sabrá el pánico que sentí; un miedo ancestral, distinto a cualquier otro, un terror que creo que no había sentido jamás. Nunca lo sabrá y es mejor así, porque Ariana se dirigió directa hacia el encapuchado y le echó los brazos al cuello. Se dieron un beso largo —exageradamente largo, me pareció— antes de largarse calle abajo, el perro trotando tras ellos con la correa arrastrando por el suelo.

Entré en casa y me sentí muy sola.

# CAPÍTULO 9

Al mediodía siguiente volví a ese piso de la Gran Vía. Gabriel Bonell me esperaba, iba a hablarme, yo solo tenía que escuchar. Escuchar atentamente y esperar. Mantenerme al acecho de cualquier desliz, del menor error. Yo era ese leopardo en la rama de la acacia que aguarda a que la gacela se distraiga para saltarle encima. Una dentellada mortal, estaba segura de poder hacerlo, porque yo era una abogada implacable y él un pobre diablo, un ladronzuelo que había convertido a mi madre en su mejor botín. Y, aun así, seguía sintiendo ese extraño desasosiego. Veía el reflejo de su cara arrugada en los espejos, oía el crujido de su mecedora en cada silencio, notaba el peso de sus ojos clavados en los míos. Ya me acostumbraría, me dije, no podía pretender que el haber conocido a ese hombre, que el oírle hablar de mi madre, no me afectara. Respiré hondo —dos, quizá tres veces— y llamé al interfono. Ni siquiera preguntó, solo oí el chasquido de la puerta al abrirse. Compuse lo que me pareció una amigable sonrisa y entré. Entiendo que no tuviera buena relación con mi padre, y lo siento de veras, pero quizá —sugerí, nada más sentarme en el sofá— tendríamos que abreviar e ir directamente al momento en que conoció a mi madre.

Confié en que no se enfadara: si no había tiempo para recordar peleas en blanco y negro, aún menos lo tenía para malgastarlo en broncas actuales. Por suerte, él ni se inmutó.

—No hace falta abreviar nada —contestó con la parsimonia de siempre—, porque conocí a Elena justo al día siguiente.

Reconozco que no me esperaba esa respuesta. Siempre había imaginado a mamá conociendo a su amante en una fiesta de sociedad mientras mi pobre padre, en albis y con un whisky en la mano, discutía de política o de economía en otro rincón del salón. Supongo que me había dejado llevar por la clásica historia de la mujer casada que se deja seducir por los almibarados piropos de un apuesto desconocido. Error tras error, era evidente: ni él tenía pinta de haber sido nunca un rico dandy, ni mamá era una esposa aburrida cuando se conocieron. Y primera noticia de que ella veraneaba en S’Agaró antes de casarse con papá. Gabriel debió de notar mi sorpresa, porque se apresuró a aclarármelo.

—Tus abuelos tenían una casa en el paseo, ¿no lo sabías? Era un chalet pequeño, con un tejado inclinado de pizarra, como si fuera de montaña pero frente al mar. ¿Te acuerdas de tus abuelos maternos?

No, de ellos no, también se desvanecieron en cuanto desapareció mi madre. Pero sí me acuerdo del chalet, me parecía una gran casita de muñecas y de niña me encantaba, pese a que la

recuerdo siempre cerrada, como abandonada. Un día que pasábamos por delante le dije a mi padre que esa era la casa que más me gustaba de todo el pueblo. Simuló no hacerme caso, pero poco tiempo después supe, por las habladurías de siempre, que papá la había comprado. Me hizo ilusión, pensé que la había adquirido para mí, pero callé, sus motivos tendría para no decírmelo, quizá fuera una sorpresa. Pero la sorpresa fue que al verano siguiente el chalet ya no existía, en el solar una cuadrilla de albañiles levantaba un bloque de apartamentos. Y ni una palabra, silencio; solo por eso ya debí de imaginarme que esa casa tenía algo que ver con mi madre. Seguramente, si tanto me gustaba era porque había estado allí de pequeña visitando a mis abuelos, jugando en ese jardín que yo ya solo recuerdo abandonado y lleno de hierbajos. Por eso papá, al menor comentario mío, la compró y la demolió. Si yo guardaba algún remoto recuerdo de mi familia materna, quedó sepultado bajo los escombros.

—Adivina de quién fue la culpa de que Elena y yo nos hiciéramos amigos —dijo Gabriel, arrancándome de mis cavilaciones.

Me limité a encogerme de hombros, no estaba de humor para jugar a las adivinanzas. Además, de haberlo sabido, ya hace tiempo que le habría retorcido el pescuezo. Esbozó una sonrisa, que en su cara fue casi un redoble de tambores, antes de anunciar el nombre de la culpable.

—Elizabeth Taylor.

Pues bueno, no me pareció nada del otro mundo. Hasta donde sé, más de una pareja se ha conocido en el cine.

—Una película romántica, supongo.

—No, nada de películas. Me refiero a Liz Taylor en persona.

Guardé silencio por unos momentos, sin acabar de comprender.

—Es broma, ¿no? —dije al fin.

—Pues no. —Para mi sorpresa, parecía hablar completamente en serio—. Como comprenderás, después de la paliza en la barca yo no tenía intención de volver a salir con mi primo y sus amigos, así que le dije a mi tía que me dolía la cabeza y me quedé en casa. Aunque al final la excusa acabó siendo cierta, porque esa mañana ella estaba excitadísima, no podía estarse quieta y callada aún menos. Y es que la gran noticia había corrido como la pólvora por todo S’Agaró: Elizabeth Taylor estaba hospedada en el hostal de la Gavina, acompañada de su nuevo marido, Eddie Fisher. ¿Te suena la historia?

Sí, me sonaba de haberlo oído, aunque para mí no era más que una anécdota de un verano remoto. Al parecer, por entonces la pareja de recién casados levantaba mucho morbo y expectación, no solo porque la actriz había enviudado de su anterior marido hacía escasamente un año, sino porque el tal Eddie Fisher, además de ser un conocido cantante y actor, había sido el mejor amigo del difunto y, aún más grave, era también el flamante marido de otra rutilante estrella, Debbie Reynolds, de la que se divorció cuando se supo su *affaire* con la Taylor. Podría haber sido el argumento de una de sus películas, pero no: era real, era uno de los grandes

escándalos de Hollywood, la carnaza que había alimentado a los *paparazzi* durante esos últimos meses. Y de repente habían aparecido todos allí —la actriz, sus hijos y Eddy—, instalados en el hostal de la Gavina, bandadas de periodistas y fotógrafos revoloteando en la puerta, esperando poder captar una imagen de la pareja. Años después, mi abuela Amelia aún contaba, no sin sorna y quizá exagerando un pelo, que muchas familias habían enviado a sus doncellas a reservar mesa para cenar en el hostal, deseosos de ver de cerca a la estrella. El resultado fue que en la puerta de servicio del hotel se había formado una larga cola de criadas llorando ante el temor de tener que informar a sus señores de que no habían conseguido mesa porque el restaurante estaba completo. Más que la anécdota en sí, a mí me hacía gracia cómo lo contaba mi abuela, esa mujer de moral estricta y misa diaria, que adoptaba un tono de disgusto cuando hablaba de la Taylor, a quien consideraba el epítome de una vida licenciosa, pero sin poder evitar que por las comisuras de sus labios se le escapara su admiración por la actriz, para acabar siempre diciendo que esa Liz era una fresca, sí, pero que a artistaza y a guapa no la ganaba nadie, la muy puñetera.

—... así que por la tarde, harto de aguantar a mi tía, cogí la cámara y el libro y...

—Perdón —interrumpí, era evidente que me había perdido algo—, pero ¿qué cámara? ¿Y qué libro?

Gabriel suspiró.

—Mi cámara fotográfica, con la que pretendía hacerme reportero. Pensé que conseguir una foto de la Taylor me abriría puertas en el periódico, me ayudaría a progresar —resumió con tono de hastío, dejándome claro que el plan había acabado en fracaso y que no quería hablar de ello —. Y el libro que me llevé para matar el rato, *Buenos días, tristeza*, de Françoise Sagan, que elegí porque era el más ligero de cuantos había en la estantería, pero, sobre todo, porque mi tía lo había dejado a medias exclamando que era una vergüenza que una chica tan joven hubiera escrito tamaña inmoralidad, por muy francesa que fuera. Cuando llegué a la puerta del hostal de la Gavina solo había unos pocos curiosos, porque la actriz estaba en el rodaje y los *paparazzi* se habían tomado un descanso. Así que decidí andar un rato por el camino de ronda. —Se detuvo un segundo, como si le hubiera surgido una duda repentina—. ¿Todavía es tan bonito ese paseo?

Pues claro, es precioso. El camino de ronda de S'Agaró es mi paseo favorito. En realidad, no es más que un pequeño eslabón del sendero que, bordeando el Mediterráneo, va desde el cabo de Creus hasta Blanes, de punta a punta de la Costa Brava, un sendero suspendido sobre el mar, encaramado a peñascos y cobijado por los pinos. El de S'Agaró no es agreste como otros tramos del camino, el nuestro es un paseo construido sobre las rocas. Pero eso no le resta belleza, al menos no para mí, que me conozco cada una de sus piedras, que he pasado muchas tardes de mi adolescencia compartiendo confidencias sentada en su balaustrada, que recibí mi primer beso en esa glorieta anclada sobre un farallón. Me calma pasear por ese camino, especialmente a primera hora de la mañana, cuando la bruma marina aún no se ha disipado y todo —las rocas, los arbustos, mi pelo— se impregna de salitre. Pero eso no iba a contárselo a ese hombre.

—Cuando estoy en S'Agaró, salgo cada mañana a correr por allí con mi perro —fue toda mi

respuesta—. Desde la playa grande hasta la cala de la Conca, ida y vuelta.

—Pues a la Conca llegué yo también, tenía que hacer tiempo hasta que regresara la Taylor. Entonces las primeras horas de la tarde se dedicaban a la siesta, después tocaba arreglarse y salir de paseo, así que en la cala no había casi nadie. Ya de lejos me llamó la atención la figura de una chica, sola, sentada en la arena. Era menuda, llevaba un vestido blanco, la cabeza cubierta por un sombrero de paja, tenía el cuerpo curvado sobre un libro...

He llegado cientos —miles, quizá— de veces a la Conca por el camino de ronda, así que pude imaginarme la playa y esa menuda mancha blanca. Noté cómo se me aceleraba el pulso. Por primera vez en cincuenta años, alguien me iba a hablar abiertamente de mi madre. Quizá esa iba a ser mi única oportunidad de conocerla, aunque —ironías de la vida— fuera a través de las palabras de ese amante que la arrancó de nuestro lado.

—Te parecerá una tontería —proseguía Gabriel—, pero si me llamó la atención fue porque entonces no estaba bien visto que una chica estuviera sola, y menos en la playa. Pensé que mi aparición podía incomodarla, pero ella no pareció intranquilizarse: levantó la vista, me lanzó una mirada desinteresada y volvió a su libro. Así que me tumbé en la arena y saqué el mío, aunque no tenía ganas de leer. En realidad, no tenía ganas de nada. Estaba harto de S'Agaró, si no regresaba a Barcelona era por mi madre, por ahorrarle a la pobre el disgusto que tendría si le contaba lo sucedido con Víctor y sus amigos.

Temí que fuéramos a empezar con un nuevo capítulo de *David Copperfield* ahora que teníamos a mi madre sentada allí, a escasos metros, sobre la arena. Quería que Gabriel se levantara ya, que fuera a hablar con ella, que me la presentara de una maldita vez. Pero él se quedó un buen rato mirando el mar, el libro tirado a su lado, la cámara en la bolsa. El sol aún quemaba, así que se levantó y se metió en el agua.

—Me adentré más de lo habitual, hasta el extremo de la cala. Y allí estaba la famosa roca. No había nadie en el agua, pensé que era un buen momento para intentarlo. Si conseguía saltar, podría salir en la barca al día siguiente y callarles la boca a esos idiotas. No me fue fácil subir, había que agarrarse a los salientes, me llené pies y manos de arañazos y cortes. Pero, si fue difícil subir, una vez arriba tuve claro que no iba a ser capaz de saltar.

Desde lo alto, el mar se veía más oscuro, casi negruzco por culpa de las rocas que cubrían el fondo, sombras que temblaban y se ondulaban, como un espectro, al paso de las suaves olas. Gabriel volvió a sentir el vacío bajo sus pies, un vacío que se apoderaba de su estómago y le subía hasta la cabeza.

—Me acojoné, lo reconozco.

—Bueno, al menos esa vez nadie iba a llamarle cobarde.

—No hizo falta, ya me lo dije yo. Y eso es siempre lo peor, porque de ti mismo es muy difícil defenderte.

Me estaba poniendo nerviosa el tipo este, ya empezaba a cargarme tanto salto y tanto complejo, mientras mi madre permanecía allí leyendo sola en la arena... Pero él seguía a lo suyo

y no tuve coraje para detenerle.

—Me maldije por haber subido, y más cuando vi que alguien se acercaba nadando. Era esa chica, la que leía sola en la arena. Nadaba bien, mejor que yo, y venía directa hacia la roca.

Se quedó allí, flotando frente al peñasco, mirando hacia arriba, esperando a que Gabriel se lanzara.

—Y yo tenía claro que no iba a hacerlo, era incapaz. Pero ella no se marchaba; al contrario, se acercó cada vez más, sin dejar de observarme.

Al final, ante la persistencia de la muchacha, se vio obligado a bajar por donde había subido, aunque ello supusiera que otro habitante de S'Agaró le considerara un cobarde. Pero si trepar había sido un ejercicio de equilibrio sobre los salientes, el descenso fue un calvario, con los dedos de sus pies tanteaba la pared de piedra hasta encontrar un nuevo punto de apoyo, con sus manos se agarraba adonde podía. Descendió hasta que una ola le bañó los tobillos; entonces se soltó, como un pesado fardo, y de poco que cayó sobre la chica. Ahora estaban los dos en el agua, muy cerca. A Gabriel le deslumbró el sol destellando sobre los hombros mojados y bronceados de ella, sin más abrigo ni resguardo que las tiras del bañador. Dudó si decirle algo, pensó en justificarse por tan penoso descenso, pero, antes de que se decidiera, ella se giró hacia la roca y puso su pie allí donde Gabriel había dado el último de sus pasos. Por donde él acababa de bajar, ella empezó a subir.

—No me lo podía creer, se suponía que las chicas no saltaban desde las rocas. Me alejé nadando de espaldas, lentamente, sin perderla de vista. Era ágil, y no era la primera vez que trepaba por allí, sabía dónde poner el pie. Y una vez arriba, sin pensarlo dos veces, se lanzó al agua. No se tiró de cabeza ni fue un salto impecable, pero lo hizo con una confianza en sí misma que me impresionó. Reconozco que me sentí humillado. Me senté en la toalla y me puse a leer el libro. Si lo que había pretendido esa chica era ridiculizarme, quería dejarle claro que la ignoraba completamente.

Y, efectivamente, mamá salió del agua mientras él leía con avidez una página cualquiera, elegida al azar. Bueno, tampoco con tanta avidez, porque de reojo la vio irse hacia su toalla, ponerse el vestidito de rizo blanco y el sombrero. Gabriel pensó que esa chica lo hacía todo con gracia, también calarse la gran pamela de paja. Ella no le dedicó ni una sola mirada: si él hacía esfuerzos por simular que la ignoraba, a ella la indiferencia le salía de forma natural. «Otra tonta presumida —pensó—, esta especie por aquí abunda.» Decidió que Liz Taylor estaría a punto de regresar al hostal de la Gavina, si quería una buena foto tenía que llegar antes que los *paparazzi* para conseguir un sitio en primera línea, junto a la puerta principal. Iba a recoger sus cosas cuando el sombrero de paja, dando tumbos a merced del viento, pasó junto a él. En un gesto reflejo, alargó el brazo y lo agarró al vuelo.

—¡Venga ya! —protesté—. Esta escena está muy vista.

Pero Gabriel se limitó a mirarme sorprendido.

—Pues no sé a cuánta gente habrás conocido tú persiguiendo un sombrero. Yo solo he

conocido a Elena.

Mamá llegó corriendo. Le obsequió con una sonrisa, nada forzada, de agradecimiento.

—¡Gracias! Temía que acabara en el mar. Mi madre se habría enfadado, ya he perdido dos en lo que va de verano por culpa de la tramontana, o el gregal o... ¿Eres de aquí?

—No, soy veraneante. De Barcelona.

Le molestó que esa chica le hubiera tomado por el hijo de un pescador. Se irguió, sacó pecho. A ella, contra todo pronóstico, la respuesta pareció decepcionarla.

—Lástima, entonces no sabrás qué viento sopla hoy. Los de aquí lo saben, aquí los vientos tienen nombre. En Barcelona, en cambio, solo decimos que hace aire, ni siquiera nos preocupamos por saber de qué lado sopla, ¿a que no? ¿O tú te levantas por la mañana, te asomas al balcón y piensas: mira, hoy sopla garbí? Pues la gente de aquí sí lo hace. Es fantástico, ¿no te parece?

A Gabriel no le pareció fantástico, le importaban un rábano los vientos y sus nombres. Pero algo en el desparpajo y en la naturalidad de la muchacha le hizo gracia. Ahora, sin el destello del agua cegándole, la reconoció. Se habían visto el domingo anterior, a la salida de misa, el hermano de ella —un tal Ramón— se entretuvo hablando con Víctor y sus amigos, haciéndose el simpático. La chica y Gabriel se habían mantenido al margen del pequeño grupo, uno a cada lado, haciendo ostensible que no les interesaba para nada la conversación. Pero Gabriel no había podido evitar mirarla de reojo: de complexión menuda, el pelo castaño claro recogido en una cola, a sus diecisiete años parecía atrapada en un físico algo aniñado, en un cuerpo que se hacía el remolón en eso de transformarse en mujer. Los finos rasgos de su rostro ovalado anunciaban, no obstante, la belleza que iba a desprender. Ya en ese primer encuentro algo en ella, que no era esa hermosura que se vislumbraba, había llamado la atención de Gabriel; era un atractivo distinto, que emanaba quizá de su mirada, o de su cuerpo algo altivo, o puede que de la forma como desdeñó unirse a la conversación de los chicos, un atractivo que Gabriel no era capaz de definir, pero que, pese a su aparente fragilidad, daba a esa chica un aire indómito. Como un precioso gatito salvaje que no quiere ser domesticado.

—¿Un gatito salvaje?

No pude evitar interrumpirle. Llevaba toda la vida imaginándome a mi madre, a veces como una mujer sofisticada y cosmopolita, otras veces como la madre dulce y afectuosa que siempre había soñado tener. Y ahora me venía este con que era una gata salvaje.

—No me malinterpretes, pretendía ser un halago. Es que había algo como felino en ella. Aunque la verdad es que esa tarde, en la playa, tu madre era poco más que una chiquilla que me hablaba de los vientos y de sus nombres, y yo no sabía qué decirle, así que le devolví el sombrero, ella se lo plantó de nuevo en la cabeza y parecía que eso iba a ser todo. Pero entonces lo vio y soltó un grito.

—¿Vio el qué?

Gabriel se levantó de la mecedora y yo agradecí que, aunque fuera por un momento, cesara el

crujido de ese maldito balancín. Se dirigió hacia la pared del fondo, directo a uno de los estantes; pese al abigarramiento con que se apilaban los libros, sabía perfectamente dónde encontrar el que buscaba. Volvió con un pequeño ejemplar en la mano, de papel amarillento, en la portada el dibujo descolorido de una pareja sonriente, de fondo un velero navegando sobre el mar azul. El libro de la Sagan, un bestseller de la época. Lo hojeé brevemente, era una edición de 1955.

—¿Lo estás leyendo? —le preguntó mamá a Gabriel—, ¿te gusta?

Él recordó el comentario de su tía sobre lo licencioso e inmoral del librito, y por un momento pensó que el grito de la chica había sido de reprobación. Pero la expresión de su cara, el mismo tono con que había formulado sus preguntas, sugerían entusiasmo. Así que, ante la duda, decidió responder con cautela.

—Justo estaba empezando a leerlo. Es de mi tía, a ella le pareció indecoroso. Pero yo siempre prefiero formarme una opinión por mí mismo.

Engoló algo la voz al soltar la última frase, como si fuera un hombre de mundo con opinión propia y cabal sobre todo. Mamá le contempló admirada.

—¡Qué interesante!, yo también intento tener mi propio criterio, por eso mi madre se queja de que no hago más que llevarle la contraria. Fíjate que, de este libro, ella dijo lo mismo que tu tía y me lo prohibió, tuve que leerlo a escondidas, ¡mi madre es tan anticuada y aburrida! ¿Te puedes creer que no me deja ponerme pantalones? Dice que no son propios de una chica decente. ¡Y, en cambio, mira Cecilia!

—¿Qué Cecilia?

—¡La protagonista del libro! Tiene diecisiete años, los mismos que yo, y lleva pantalones, fuma, conduce, se emborracha de whisky, ¡de whisky que le sirve su propio padre, imagínate! Mamá dice que los borrachos son todos pobres del Barrio Chino, pero ella no sabe nada del mundo, porque los del libro se emborrachan pero son ricos y guapos y veranean en la Costa Azul, y salen de noche y van a bailar a una *boîte* en Saint-Tropez, que debe de ser como S'Agaró pero mucho más moderno. Y yo aquí, encerrada en este pueblo, con esta gente tan poco interesante.

Gabriel, que no sabía lo que era una *boîte*, intentaba entender la perorata de la chica. Demasiado esfuerzo, se le olvidó sonreír, no podía estar en todo. Mamá se dio cuenta de que el semblante del muchacho se había tornado serio.

—¡Uy, perdona, lo de poco interesante no iba por ti! Al contrario, un chico que lee un libro como este es raro de encontrar. Porque estoy segura de que a toda esta pandilla que corre por aquí solo les importan los coches, los guateques, jugar al tenis... Justo ahora están todos en un campeonato de tenis, la pesada de mi madre quería que fuera para que mi hermano me presentara a sus amigos, ella quiere que frecuente a los chicos de la urbanización, pero me he negado a ir, no voy a pasarme la tarde viendo jugar a esos memos. Lo hacen cada año, esto del campeonato, y hasta ahora siempre ganaba el mismo, ese Ricard Planadevall. Mi hermano Ramón le idolatra, una vez le invitó a una fiesta en la piscina de su casa y volvió dándose más pisto que si hubiera

ido a una recepción en el Pardo, pero es que mi hermano es muy pánfilo. Aunque este año el tal Ricard no podrá participar, parece que ayer se vio obligado a pelearse con unos tipos que dijeron algo feo de su familia, eran cinco contra él, pobre, y de poco le rompieron la nariz. —Negó con la cabeza, en un gesto claramente desaprobador, antes de sentenciar—: Son unos salvajes, todo lo arreglan con peleas, les falta educación y les sobran puños, ¿no crees?

Por suerte para Gabriel, era una pregunta retórica; ella se detuvo un instante, como si hubiera caído en la cuenta de algo. Él se temió lo peor. Pero no, tuvo suerte.

—Oye, ¿y tú por qué no has ido al campeonato? ¿No te gusta el tenis?

¿Qué podía decirle, que no sabía jugar? ¿Que esos chicos le odiaban? ¿Y que le odiaban precisamente porque era él quien había estampado el puño contra la nariz de Ricard Planadevall?

—Sí, me gusta el tenis. Pero solo juego por diversión, jamás participo en campeonatos. Creo que la competición, en cualquier deporte, no es más que una pelea pasada por la pátina de la civilización.

—¡Caray!, jamás me lo había planteado, qué interesante...

Le contemplaba embelesada, Gabriel nunca había visto antes esa expresión en la cara de una chica, ¡y ahora una muchachita guapa y rica se la estaba dedicando a él! Agradeció al cielo su buena memoria: pocos días antes de venir a S'Agaró, en *La Vanguardia* habían publicado una entrevista que llevaba esa misma frase como encabezamiento. No es que le interesara el artículo, pero el rodillo de la imprenta había tenido la buena idea de atascarse justo en esa página, Gabriel había pasado un buen rato arreglándolo, leyendo una y otra vez el titular. Un titular que entonces le pareció completamente absurdo, ni siquiera tenía claro qué era eso de la pátina, aunque ahora estuviera dispuesto a reconsiderar tal opinión viendo los destellos de admiración en los ojos de la chica. Unos ojos que escrutaban su cara. O, más concretamente, escrutaban las magulladuras que la trifulca en la barca había dejado en ella. El embeleso desapareció de sus ojos, sustituido por un velo de desilusión.

—No me digas que tú también eres de los que se mete en peleas.

—¿Yo? ¡No! ¿Lo dices por esto? —Señaló la brecha en la ceja mientras componía un gesto con el que pretendía parecerse a James Dean—. Ayer por la noche tuve un accidente con la moto, fui a Sant Feliu a tomar una copa y al volver...

—¿Al The Hole in the Wall? —le interrumpió ella entusiasmadísima, olvidando toda preocupación por la ceja de Gabriel—. ¿Estaba Xavier Cugat? Dicen que va cada noche, ¿le viste?

No tenía ni idea de dónde estaba ese lugar, ni siquiera habría sabido pronunciarlo, pero no era el momento de admitirlo. Asumió que era un local nocturno y sacó pecho.

—Sí, Cugat estaba.

—¿Y Liz Taylor?

Al oír el nombre, él masculló un taco. Se había olvidado de la fotografía, adiós a su carrera de reportero. Para cuando llegara al hostal de la Gavina, los *paparazzi* habrían copado ya la entrada.

—Lo siento, he de irme, se me ha hecho tarde, no recordaba que tenía un recado pendiente.

La chica pareció desilusionada, quizá esperaba que él le contara anécdotas de su noche con Cugat. Gabriel pensó que podía preguntarle a su tía qué era el The Hole in the Wall y, con la lección aprendida y alguna historia inventada, podría pasar otra tarde con esa chica tan simpática. Total, se había quedado sin amigos y aún le quedaban tres días antes de regresar a Barcelona.

—Vendré otra vez mañana por la tarde, esta cala es un buen sitio para leer tranquilo. —El chico agitó el libro antes de guardarlo en la bolsa—. Bueno, eso siempre que me des tu palabra de que no es indecente.

—Palabra —respondió mi madre toda seria y levantando la mano a modo de juramento—. Y, oye, siento lo de antes ahí en la roca, no quería atosigarte, no sabía que tenías vértigo. A mi madre también le pasa, la pobre no puede asomarse a un balcón alto sin marearse. Bueno, saltar desde un peñasco no es importante, lo importante es tener los pies en el suelo, ¿no te parece?

No le dijo que era un cobarde, no se rio de él. Gabriel se lo agradeció en silencio y, envalentonado, iba a autoproclamarse como el hombre con los pies más enraizados de toda la Costa Brava cuando unos gritos le interrumpieron. Solo entonces se dieron cuenta de que se habían quedado solos en la cala, una indecencia. Los gritos provenían del sendero que une la Conca con Platja d'Aro, que por entonces era poco más que un extenso pinar. Era extraño que viniera alguien a esas horas en que el sol declinaba. Gabriel suplicó al cielo que no fuera su primo y su pandilla o, aún peor, cualquiera que conociera a Elena y pudiera ir a sus padres con el cuento de que la habían visto sola con un chico en la playa. Pero no, pronto supo que no había nada que temer: entre gritos y risas, llegaron dos niños que corrieron hacia el agua. Detrás, tres adultos: dos hombres —uno parecía español, el otro era claramente extranjero— y una mujer. Menuda, voluptuosa, vestida con unos pantalones azules ceñidos y blusa blanca, la cabeza protegida por un vistoso pañuelo azul con topos claros. Era imposible no fijarse en ella.

—Qué guapa es —susurró Elena—, y qué estilo tiene, como en las películas.

Y él, la mirada clavada en la Taylor, no pudo hacer más que asentir con la cabeza. Encandilados, apenas prestaron atención a lo que les decía el hombre que había venido directo hacia ellos. Les pedía que se marcharan, que, por favor, respetaran la intimidad de la estrella y su familia. El personal del hotel había conseguido sacar a los niños por la puerta trasera esquivando a los fotógrafos, que seguían en la puerta principal esperando a la actriz. Aguardarían aún un buen rato, porque ella avanzaba por la arena, sonriente, los zapatos en la mano, sus ojos violeta siguiendo las cabriolas de sus hijos en la orilla del agua. Al pasar junto a los dos jóvenes les dedicó una sonrisa que más parecía una disculpa por haberlos privado de la intimidad de una cala desierta. Luego se sentó, apenas a unos metros de ellos, se recostó sobre sus codos, hundió sus pies en la dorada arena de la Conca. El azul del pañuelo relucía bajo los últimos rayos de sol, sus ojos de gata perseguían las carreras de los niños en la orilla. Bellísima. Mi madre y Gabriel, en silencio, como hipnotizados, recogieron sus cosas. Él metió el libro en la bolsa y se la colgó al hombro. Solo entonces, al notar su peso, se acordó de lo que llevaba en ella.

Le temblaban las piernas cuando se acercó a Liz Taylor, la cámara en la mano. No pudo dar más de cuatro o cinco pasos sin que el mismo hombre de antes le agarrara por el brazo e hiciera un gesto para arrebatársela. Gabriel se tambaleó, cayó de rodillas sobre la arena, su cuerpo protegiendo la cámara. Cuando levantó la cabeza, se encontró con la actriz, que, apenas a un par de metros de él, contemplaba la escena. Y viéndola tan cerca, aún de rodillas, suplicó:

—Por favor, por favor, solo una foto, como recuerdo.

El hombre le agarró por el cuello y tiró de él obligándole a decidir entre levantarse o morir asfixiado.

—*Stop!*

Liz Taylor lo dijo con la voz suave de quienes saben que no necesitan más para que se les obedezca, y Gabriel notó de inmediato cómo las manos del hombre se relajaban. La actriz hizo un par de preguntas, que el tipo respondió visiblemente contrariado. Al fin, de mala gana, el guardaespaldas se dirigió a Gabriel:

—Está bien, dice que podéis hacer la foto. Pero, para asegurarnos de que no la vas a vender a los *paparazzi*, os la haré yo. —Y, señalando a mi madre, añadió—: A los tres; si salís vosotros, nadie querrá publicarla.

No era esa la instantánea que necesitaba para irrumpir en la redacción del periódico pidiendo trabajo, supo que ahí acababa su carrera como reportero. Pero, a decir verdad, lo que pensó en ese momento fue que tardaría unos días en revelar el carrete, que para entonces ya no estaría en S'Agaró, y que si esa chica quería esa foto con la Taylor no tendrían más remedio que verse en Barcelona. Sonrió y le entregó la cámara al guardaespaldas.

—Cierto, muy guapa —dije yo.

Me refería a la Taylor, aunque mis ojos no podían separarse de mamá. Gabriel había sacado la fotografía de un cajón, y la escena era tal como él la había descrito. La actriz, sentada en medio, con su pañuelo azul de topos. A su izquierda Gabriel, jovencísimo. Y mamá, con su vestidito de rizo blanco, la pamela de paja en la mano. Liz Taylor y mi madre miraban sonrientes a la cámara. Gabriel, la cabeza ligeramente arqueada, miraba encandilado a mi madre.

# CAPÍTULO 10

Hay personas que rezuman clase en todos sus gestos. Otras miden sus gestos para aparentar clase. Montserrat Vaqués ha sido siempre de estas últimas, por eso desde que se casó se hace llamar Sita de Guasch. No diré su edad, sé que a ella no le gustaría. Es hipócrita y chismosa. Es simple, generosa y a mí me parece entrañable.

—¡No sabes la ilusión que me hace que hayas venido a verme, Carolina, cielo! —me dijo, mientras sus labios, arrugados y repintados, dejaban dos besos flotando en el aire—. El lunes fuimos con Enrique a visitar a tu padre, pobre, qué entereza tiene, cómo le admiro. Y tú, ¿cómo estás? Tan guapa como siempre, no hay más que verte.

—Eso tú, que cada día estás más joven.

Al menos en cuestión de hipocresía estamos a la par. Ese viernes me recibió en lo que ella, toda orgullosa, denominó su saloncito. Una estancia que, pese al cambio de decoración, reconocí de inmediato: la habitación de juegos de los seis niños Guasch-Vaqués, allí había pasado yo muchas tardes de domingo en que mi padre, no sabiendo qué hacer conmigo, me llevaba a visitar a sus mejores amigos para que me entretuviera con su prole. De ahí venía mi amistad con Marta y mi confianza con Sita, su madre. En el espacio que antaño ocupaba el circuito del Scalextric, la cocinita y la mesa donde montábamos los puzles, había ahora una librería, un pequeño sofá —en el que me ofreció asiento—, una mesa de café y dos vitrinas: una exhibía su colección de figuritas de cristal de Swarovski, la otra lucía atestada de marcos de plata con fotografías de boda de sus hijos, bautizos y primeras comuniones de sus nietos. Fotos de familias perfectas, de niños sonrientes con jerséis de rombos, pichis azules y calcetines con borlas. Porque de momento ni un solo Guasch-Vaqués se ha salido un milímetro ni de la estética familiar ni del camino trazado, allí ha estado siempre la matriarca para impedirlo, aunque Sita —y no quiero quitarle mérito— lo ha tenido fácil: solo las veleidades heavymetaleras de Marcos (penúltimo de sus vástagos y último de los humanos en darse cuenta de que *Dark Mercurians* no iba a ninguna parte) hicieron peligrar su impecable currículum. Frente al sofá, encajado entre las dos vitrinas, había un sillón orejero, retapizado en cretona crema con florecillas, en el que se arrellanó mi anfitriona.

—¿Te gusta? —La sonrisa satisfecha con la que miró a su alrededor me obligó a mentir, aunque fuera con un vago asentimiento de cabeza—. Primero eran los niños, que ocupaban hasta el último rincón, y ahora Enrique, que desde que se jubiló va de aquí para allá por toda la casa. Y oye, yo necesito también mi espacio, tengo derecho a tener mi privacidad, ¿no te parece? Dime, ¿de verdad te gusta?

—Es muy tú, Sita, se nota que está decorado a tu gusto —respondí, esta vez sin mentir ni un pelo.

Ella respondió al supuesto cumplido con el alegre tintineo de las varias pulseras que bailan siempre en su muñeca. En sus delgados dedos, de perfecta manicura, lucían también unos cuantos anillos, que entrechocaban y hacían los coros a los brazaletes. En cuanto a joyas y perifollos se refiere, Sita de Guasch ha sido siempre ferviente practicante del cuantos más, mejor. Pero esa tarde el mayor brillo no provenía de los abalorios, sino de sus ojos. Mujer de olfato fino, se olía que, por fin, en su vida iba a haber alguna emoción más allá de las furibundas partidas de *bridge* de los martes. Y no andaba desencaminada: yo había decidido que era el momento de empezar a contrastar con terceros la historia que Gabriel Bonell había estado contándome, mediodía tras mediodía.

No es que con él avanzáramos rápido, precisamente: tras el encuentro con Liz Taylor en la Conca, había dedicado las últimas charlas a recordar las otras tardes que pasó con mi madre en la cala; antes de regresar a Barcelona, él le había prometido que iría a esperarla a la puerta del colegio un miércoles —único día que ella no tenía tenis, piano ni francés— para llevarle una copia de la foto. En su relato, Gabriel había mencionado a dos amigas de mamá: una tal Nuria, de la que yo no había oído hablar jamás, y Montserrat, a la que llamaban Montsita. Inmediatamente supe que se refería a Sita de Guasch. Incapaz de resistir la tentación, la había llamado para preguntarle si podía pasar a saludarla.

—Por supuesto, cielo, ya sabes que esta es tu casa —se había apresurado a contestarme—, pero Marta hoy no viene a vernos, va a esa gimnasia en la que se cuelgan como acróbatas de circo.

Yoga aéreo. Marta se apunta siempre a cualquier novedad que huela a tendencia *wellness*. Palabras como *bulgur*, *espirulina*, *mindfulness* o *vipassana* salen de su boca con la misma asiduidad que el nombre de sus cuatro hijos.

—Mejor, yo con quien quiero hablar es contigo.

Sita de Guasch puede ser simple, pero no tonta. Sabía que detrás de esta visita inesperada había algo importante, algo que no podía contarle por teléfono. Y ahora me miraba expectante desde el sillón floreado.

—Pues tú dirás.

—No sé si te lo ha dicho Marta, pero el pasado sábado, sin querer, me contó algo que yo ignoraba: que mi madre desapareció hace treinta y cinco años, y que la policía llegó a interrogar a mi padre como posible sospechoso de esa desaparición.

Sita inició un gesto de protesta, que me apresuré a cortar; no sé si su alegato iba en defensa de mi padre o de la metepatas de su hija, pero en ambos casos habría sido largo, así que opté por defenderlos yo misma.

—Tranquila, Marta hizo muy bien en contármelo porque sé que mi padre es inocente, y justamente por eso, para limpiar su nombre de toda duda, he contratado un detective para que

busque a mi madre y, si de verdad ha muerto, para que encuentre pruebas que incriminen a su amante.

—¡Fue él! ¡Él la mató! —me interrumpió Sita con un entusiasmo que, dado que estábamos hablando del posible asesinato de mi madre, consideré excesivo—. Te lo digo yo, que conocí a ese tipejo. Elena se dio cuenta de su error, decidió abandonar a ese hombre para regresar contigo y con tu padre. Y pagó por ello.

Me cogió la mano, en lo que quiso ser un gesto de consuelo. Se lo agradecí, lo necesitaba. Sé que una persona no puede evaporarse sin dejar rastro, permanecer oculta más de treinta años mientras la busca la policía. Pero yo la había imaginado siempre de fiesta en fiesta, viajando de aquí para allá. Y ahora me costaba admitir que estaba muerta. Aunque no la hubiera visto desde hacía cincuenta años.

—En todos esos años, ¿te escribió alguna vez? ¿Te telefoneó?

—No, y mejor así. No me puso en la tesitura de tener que decirle que no quería saber nada de ella. Yo ya no podía ser su amiga después de lo que os hizo a tu padre y a ti.

Desde luego, no iba a ser Sita quien se arrimara a alguien socialmente caído en desgracia; su mundo está anclado a unas normas, y quien las rompe queda excluido de él, sea quien sea, sin clemencia ni perdón. Me consta que intentó lavar el pecado original de su amistad con mamá a base de criticarla abiertamente en cualquier ocasión en que se terciase.

—Dile a tu detective que encuentre pruebas que incriminen a ese tipejo.

No era una sugerencia, era una orden. O puede que una súplica. Fuera lo que fuera, aproveché la ocasión para lanzar el anzuelo.

—Lo haré, Sita. Pero, tras tantos años, precisaremos de tu colaboración, de tu memoria; necesito que me cuentes todo lo que recuerdes de ese hombre y de su relación con mi madre, cualquier cosa que pueda ayudar en la investigación.

No me pareció prudente decirle que la investigación la llevaba yo misma y que para ello iba cada mediodía a casa de Gabriel. En cambio, la idea de colaborar con el investigador privado le pareció magnífica.

—¡Por supuesto, cuenta conmigo! Hay noches que no sé lo que he hecho por la mañana, pero tengo buena memoria del pasado, a veces yo misma me maravillo de los detalles que recuerdo. —El fulgor de sus ojos crecía por momentos—. ¿Crees que tendré que ir a declarar al juzgado?

—Espero que no, Sita, no quisiera que esto fuera una molestia para ti. —Por unos segundos el fulgor quedó ensombrecido por un velo de alarma, en esta diversión inesperada veía reducirse su tajada—. Aunque, claro, si lo que me cuentas es relevante, no sé si podré impedirlo.

—Ningún problema, cariño, yo por ti y por tu padre declaro lo que haga falta. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio, cuéntame cómo le conociste. ¿Te importa si te grabo con el móvil? Para que te escuche el detective.

Sita de Guasch se aclaró la garganta como si estuviera a punto de salir a escena, una diva que

inicia su actuación. Cogió aire y se lanzó.

—Acabábamos de empezar el último curso de bachillerato en el Sagrado Corazón de Sarriá. Elena había vuelto de vacaciones ilusionada porque había conocido a un chico en S'Agaró, un chico especial y distinto, decía... Desde luego, en eso último no mentía. Nos contaba cada día cómo se habían encontrado en la playa con Liz Taylor, que se habían hecho una foto con ella y que él le había prometido que vendría a traérsela un miércoles a la salida de clase. Pero ni el chico ni la fotografía aparecían, cada miércoles un chasco, por el colegio llegó a correr el rumor de que todo había sido invención suya. Hasta que a finales de septiembre, o quizá era ya octubre...

Gabriel había sido más concreto: fue el 7 de octubre, lo recordaba porque era el cumpleaños de su madre. La invitó a almorzar en un restaurante de la calle Elisabets, porque Joan, el dueño, le conocía y le fiaba. Luego, un café al sol en la terraza del Zúrich. Allí se despidieron con un beso: su madre se fue a Ribas y Casals a mirar telas para una clienta; él fue Ramblas abajo, hasta las floristas, compró un pequeño ramo y regresó a la plaza de Catalunya para coger el ferrocarril hacia la parte alta de la ciudad, en su bolsillo la foto desde la que Liz Taylor y mi madre le sonreían.

Guardaba desde agosto el papel en el que ella le había escrito el nombre del colegio y la dirección, pero esa parte de la ciudad le era tan desconocida que tuvo que pedir ayuda a un vecino, cobrador de autobús, para llegar hasta allí. El primer día se perdió, pero el 7 de octubre ya se sabía el camino porque era el tercer miércoles que iba, los dos anteriores había huido al abrirse el portón de la escuela, intimidado por el macizo edificio de piedra que se intuía tras el muro, los coches caros que esperaban en la puerta, las niñas impecablemente uniformadas que salían en fila de a dos, en perfecto orden y silencio. Se sentía de nuevo cohibido por ese mundo tan ajeno, tan distinto a ese viejo piso donde él había cursado primaria, a unos pocos portales de su casa, dos maestras y un puñado de niños. También los dos miércoles anteriores había comprado flores, y los dos ramos acabaron en una papelera, ni siquiera se los regaló a su madre por no dar explicaciones. Le daba más miedo ese gran portón del Sagrado Corazón, y lo que intuía detrás de él, que saltar al mar desde aquella maldita roca. Pero ese miércoles de octubre, ayudado por el vino de la fonda, se había prometido no escapar. Y, aunque estuvo a punto de fallarse otra vez, hizo un esfuerzo y aguantó frente a la puerta, de pie —posado marcial, casi— en la otra acera, el ramo en su mano sudorosa, el corazón latiéndole como si en lugar de estar plantado en mitad de la calle llevara un buen rato corriendo por ella.

—... salíamos todas del colegio —seguía contándome Sita— y aún estábamos en fila cuando Elena dio un grito. Allí estaba él, en la acera de enfrente, tan tieso que daba risa, en la mano un pequeño ramillete de flores baratas; margaritas, creo. Traje y corbata y repeinado con gomina, pero aun así... Mira, si no hubiera sido por las flores, lo habríamos tomado por uno de los chóferes que esperaban a alumnas para llevarlas a casa o al tenis o adonde fuera. El tipo había tardado casi un mes en venir a verla, y ella, en lugar de menospreciarle, tan pronto se rompió la

fila corrió hacia él y aceptó el ramo con una sonrisa. En aquella época, regalar y aceptar un ramo, aunque fueran unas simples margaritas, significaba algo; ¡entonces todo significaba algo, no como ahora, que se meten en la cama y al día siguiente si te he visto no me acuerdo!

Él sacó la famosa fotografía de un bolsillo de su chaqueta y se la dio. Mi madre la miró durante unos segundos y se giró triunfante hacia sus compañeras. Al fin tenía la prueba de que no mentía. Al cabo de un instante estuvo rodeada de un enjambre de chicas que gritaban entusiasmadas reclamando la fotografía que iba pasando de mano en mano. Y mamá y ese tipo en el centro, ajenos al griterío, hablando como si estuvieran solos.

—De la foto casi no te sé decir, porque yo estaba tan horripilada que cuando llegó a mí apenas le eché un vistazo...

Ese mediodía, Gabriel me había hablado de sus nervios, de su miedo a que Elena ya le hubiera olvidado, o que estuviera enfadada por haber tardado tanto en reunir el valor necesario para esperar a que se abriera la cancela del colegio y ella apareciera, casi irreconocible en su uniforme azul marino de impecable cuello blanco almidonado. Y me había hablado también, con una voz que aún desprendía alivio y agradecimiento, de la sonrisa de ella, y de cómo había aceptado el ramo sin dejarle disculparse apenas, y casi mejor porque él solo pudo farfullar algo parecido a que ese colegio era el más grande y elegante que había visto jamás. Ni se percataron del revuelo de jovencitas a su alrededor hasta que una voz se impuso por encima del griterío.

—¡Señoritas, guarden la compostura, recuerden que mientras visten este uniforme representan al Sagrado Corazón! —gritó una de las monjas, que había salido alertada por el barullo; y, cuando se hizo el silencio, se encaró con ellos—. Y usted, señorita Ribé, ¿puede decirme qué sucede?

—Nada, madre Viladas. Es mi primo, que ha venido a traerme una fotografía que nos hicimos con Elizabeth Taylor este verano.

Mintió delante de toda la clase, eso lo recordaban bien Gabriel y Sita. Pero mientras para él era una muestra del desparpajo que tenía mi madre para salir de situaciones comprometidas, para Sita fue la primera señal de que esa historia acabaría en escándalo.

—Su primo, dijo que era, ¡imagínate! —Sita hizo aspavientos con los brazos, sus pulseras resonando como platillos, realzando la gravedad del embuste—. Tan tranquila, delante de todas, aun sabiendo que en el Sagrado Corazón la mentira se consideraba un pecado y tendría que confesarse. Ya te puedes imaginar los murmullos, hubo quien se persignó. La madre Viladas, por supuesto, no la creyó: observó a ese Gabriel en silencio, para mí que le caló desde el primer momento.

También él, horas antes, me había hablado de esa mirada de la madre Viladas, que definió como dura y despreciativa. E interminable. La monja mandó deshacer el corro y el pequeño ejército de uniformes oscuros enfiló hacia sus casas. Gabriel esperaba quedarse solo con Elena, pero Nuria y Montsita se les unieron.

—Por supuesto que no iba a dejar a Elena con ese tipo allí, en medio de la calle, a la vista de

todos —me contó Sita toda orgullosa, como si además del honor le hubiera salvado la vida—. No estaba bien visto que una joven paseara a solas con un chico si no eran novios formales, ¡y aun así! Y eso que, te lo aseguro, no me gustaba nada la idea de que pudieran verme con él, por eso agarré a Nuria para que se viniera también con nosotros. Piensa que cerca del Sagrado Corazón hay otros colegios, los chicos de los jesuitas bajaban por la misma calle, todos acabábamos haciendo el mismo trayecto. No es que nos mezcláramos, eso no, pero había miradas y sonrisitas, más de una pareja acabó surgiendo de ese camino compartido. ¿Y qué iban a pensar de nosotras esos chicos educados y de buena familia si nos veían con ese patán? Teníamos una reputación que mantener, pero eso a Elena parecía no importarle lo más mínimo, estaba encantada de hablar con él en plena calle. Parloteaban y parloteaban, y Nuria y yo a su lado, por no dejarla sola y empeorar su situación. Ya te digo, un horror...

Gabriel recordaba el camino junto a Elena y a las dos amigas, una a cada lado, muy metidas en su papel de carabinas. Una, Nuria, le miraba con curiosidad; la otra, Montsita, desdeñosa y altanera, andaba en silencio con paso apresurado, en todo el rato únicamente le hizo una pregunta, a mala fe.

—¿Y tú qué estudias, si puede saberse?

—En estos momentos, la mejor manera de no volverme loco por andar acompañado de tres bellezas como vosotras.

Elena y Nuria rieron la ocurrencia, Sita le miró con desprecio. Anduvieron un poco, hasta la parada del 64, el tranvía rojo que unía Sarriá con el centro de Barcelona. Cuando llegó, el tranvía fue tomado al asalto por la chiquillería vestida con los distintos uniformes de los colegios de la zona alta. Sita se horrorizó aún más cuando vio que Gabriel subía con ellas, eso ya pasaba de la raya. Se acomodaron como pudieron y el tranvía inició su descenso por la calle Muntaner, a cada poco el rechinar de los frenos en plena bajada. Gabriel sonreía a Elena, intentaba ser cortés con las otras dos muchachas, pero no podía evitar ver, más allá de los cristales del tranvía, la fila de elegantes edificios que desfilaban ante sus ojos, las niñeras empujando grandes cochecitos adornados con lazos, las mujeres impecablemente vestidas, más incluso que su madre cuando iban los domingos a comer a casa de tía Conchita. Veinte años llevaba Gabriel viviendo a los pies de Montjuïc, se conocía perfectamente ese pequeño montículo coronado por una vieja fortaleza militar, sus tapias agujereadas tras tantos fusilamientos durante la guerra. En cambio lo ignoraba todo del Tibidabo, la otra montaña, la de verdad, con su basílica y el parque de atracciones en lo alto, y esa gente tan distinguida que vivía en su ladera. Más que otra montaña, le pareció otra ciudad. Otro mundo.

—Nuria fue la primera en apearse —proseguía Sita—. La muy tonta se despidió educadamente de Gabriel, le hizo un guiño a Elena y se bajó del tranvía. Nosotros paramos en la siguiente. Elena me susurró que me fuera, pero por supuesto me quedé con ellos, andando a su lado hasta que llegamos a su casa.

—¿Dónde vivía mi madre? —interrumpí curiosa.

—En la calle Platón, esquina con Muntaner, ¿sabes dónde te digo? Tiempo después, en los bajos hubo un bar que estuvo de moda, Tris-Tras o algo así se llamaba.

Casi, Sita: el Zig-Zag, reducto de tantas noches a mis veintipocos años. Algún beso que otro di en la penumbra del portal contiguo, sin sospechar que era la puerta que muchos años antes había cruzado cada día mi madre, con su uniforme azul marino y su cuellecito blanco. Al parecer, también fue allí donde se detuvo la pequeña comitiva: Sita, mamá y Gabriel. Era evidente que los dos últimos esperaban a que la amiga se fuera y los dejara solos, pero ella aguantó impertérrita. Hasta que Gabriel se dio por vencido y se despidió.

—¿Te puedes creer que, cuando ya se iba, se giró y le preguntó a tu madre si le importaba si venía a esperarla cada miércoles para acompañarla a casa? Un caradura, oye, como si no hubiera puesto a Elena ya en evidencia, ¡y delante de toda la clase, nada menos! Susurré a Elena que, ahora que ya tenía la foto, podía enviarle a tomar viento sin contemplaciones, pero, para mi sorpresa, ella se ruborizó y le dijo que sí, que bien. ¡Ni te imaginas la riña que tuvimos allí mismo, en plena calle, cuando el tipo se fue! Me echó en cara que no los hubiera dejado solos, que le hubiera puesto mala cara a Gabriel, que hacía muy mal en ser tan soberbia con él solo porque no había tenido las mismas oportunidades que nosotras, que ese chico era mucho mejor que la mayoría de los muchachos con los que habíamos tratado hasta entonces. Una sarta de estupideces, intenté hacérselo ver, pero Elena no razonaba, nunca la había visto así de enfadada.

—Y ese tal Gabriel ¿volvió el miércoles siguiente?

Ya sabía que sí, me lo había contado él mismo. Pero tenía curiosidad por conocer la versión de Sita.

—¡Por supuesto! Él era un halcón y había encontrado un pajarillo, un polluelo indefenso, su intención era lanzarse en picado sobre la presa. —Levantó un brazo, los dedos curvados y tensos como garras, y lo dejó caer con fuerza sobre su regazo, provocando un estruendo de pulseras y esclavas—. Pero no contaba con el revuelo que su visita había provocado, supongo que fue la propia madre Viladas la que dio la alarma. En el Sagrado Corazón nos formaban para ser mujeres distinguidas y educadas, nos repetían constantemente que no éramos chicas de instituto, a las que considerábamos ordinarias, con poca clase y de moral relajada. Así que las monjas no iban a permitir que un chico viniera a buscar a una de sus alumnas a la puerta del colegio, ¡y ese chico, además! Al día siguiente, le pidieron a Elena que fuera al despacho de la madre superiora, y luego me llamaron a mí. Por supuesto, aclaré que había acompañado a Elena por no dejarla sola, porque me pareció mi obligación como amiga, no porque conociera a ese muchacho ni aprobara esa amistad. Y conté todo lo que sabía. No es que fuera una chivata, entiéndeme, es que creo que le estaba haciendo un bien a Elena, sobre todo cuando los avisé de que él tenía previsto volver cada miércoles.

No me costó imaginarme a la joven Montsita Vaqués frente a la madre superiora, contando hasta el menor de los detalles, adornándolos para mayor gloria de la traición. Todo un anuncio de lo que de mayor, ya convertida en Sita de Guasch, ha llegado a ser.

—El resultado fue que esa semana Elena apareció por primera vez en la pizarra como «marcada», que significaba mal comportamiento. Yo, en cambio, aparecí como «distinguida», y Elena no me habló en un par de semanas, me evitaba incluso. Estaba enfadada porque la madre superiora había llamado a su casa, y ahora Ramón, su hermano, vendría a buscarla cada día. Recuerdo a Elena el miércoles siguiente, estirando el cuello para verle mientras su hermano la cogía del brazo y la metía en el coche. Y ese Gabriel plantado en la acera, sin entender nada, viendo cómo el vehículo arrancaba. Y todas las chicas de bachillerato observando, ninguna quería perdérselo, y muchas pasaron luego por delante de él y le hicieron burla, pero yo ni eso, me limité a ignorarle, y aunque intentó hablarme ni le saludé. Solo Nuria dijo que le daba pena, y es que era muy tontona esa chica... Tres miércoles más vino Gabriel, y los tres se fue con el rabo entre las piernas, sin poder acercarse siquiera a Elena, su hermano ya se ocupó de eso. Durante esas semanas ella estuvo muy triste. Pero al cuarto miércoles él ya no vino y ella pareció haberle olvidado: volvió a estar contenta, volvió a hablarme. Por Navidad ya todos pensábamos que esa historia había acabado, que no había sido más que una tontería sin consecuencias, pero...

—¿Pero?

—De alguna manera, siguieron en contacto. Y créeme que, aún hoy, me pregunto cómo.

Sonreí. Por primera vez, era yo quien sabía un secreto de mi madre. Un secreto que ni su mejor amiga conocía.

# CAPÍTULO 11

De pequeña, tenía una libreta en la que apuntaba preguntas sobre mi madre. Pensaba que algún día podría hacérselas a alguien que la hubiera conocido. Las apuntaba porque no quería que se me olvidaran. Acabó siendo una lista muy larga. Nunca tuve a quién preguntar.

—Oye, Sita, ¿por qué mi madre se enamoró de ese chico?

Esa es la pregunta que le hice. La única, quizá, que no había estado jamás en la lista, ni se me había ocurrido. No hasta que conocí a Gabriel. Sita tardó en contestar, se entretuvo dando un sorbo al poleo menta que había pedido a toque de campanilla. Aguantó la taza en el aire durante unos segundos, luego dio otro sorbo. Estaba pensando. Yo no creía que fuera una pregunta tan difícil de responder; al fin y al cabo, los amores adolescentes suelen tener unos motivos bastante simples, ¿no?

Pues no.

—En realidad —respondió al fin Sita—, no creo que tu madre estuviera enamorada de ese Gabriel. Creo que lo que de verdad le gustaba de él eran sus circunstancias. Ya sabes, eso de que uno es él y sus circunstancias.

En cualquier otro momento, oírla citar a Ortega y Gasset felizmente repantingada en su sillón de cretona floreada me habría hecho gracia, pero ese día no estaba para monsergas.

—Pero ¿qué circunstancias, Sita? Era pobre, de un barrio obrero, trabajaba de mozo en la rotativa de un periódico, y si estaba en S'Agaró era por la caridad de sus parientes.

Se apresuró a levantar la mano dándome el alto, las pulseras resbalando por su antebrazo con un nervioso tintineo.

—¿Cómo sabes que trabajaba en un periódico? ¿Y lo de sus parientes?

—Me lo acabas de contar tú, hace un momento.

Sita me lanzó una mirada cargada con toda la suspicacia de la que es capaz. Que es mucha.

—¿De verdad te lo he contado yo?

No, claro que no, ella no había dicho nada de eso. Había sido Gabriel y yo acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Por supuesto, Sita, ¿cómo iba a saberlo si no? —Le cogí la mano, solícita. Estaba fría, al simple tacto costaba distinguir la piel del metal de sus muchos anillos—. Tranquila, si estás cansada podemos dejar esta conversación para otro día, yo estaré encantada de volver cuando me digas.

Calló, dudó. No era la primera vez que olvidaba las palabras que había pronunciado minutos

antes. Pensé que debe de ser triste no poder confiar en tu propia memoria, en tu propio cerebro. Removió sus brazos enérgicamente, sus pulseras montaron una escandalera. Por un momento me sentí culpable. Solo por un momento, porque Sita, erguida en el sillón orejero, cogió fuelle y siguió hablando.

—Cielo, exactamente a esas circunstancias me refería: el chico pobre, huérfano de padre, con una madre buena y abnegada... Sufrimiento, eso es lo que vendía de sí mismo, ¡a saber qué había de verdad en esa historia! Porque el tipejo tenía ojo, sabía por dónde entrarle a la gente y engatusarla. Y eso es lo que hizo con Elena, ¡engatusarla! Porque la pobre era muy romanticona, pero no en el sentido rosa, ella no buscaba un príncipe azul; Elena estaba enamorada de ese ideal romántico del débil, del oprimido, del perdedor. ¡Se le olvidaba que veníamos de una guerra en la que esa gentuza nos habría fusilado sin piedad, de haber podido! Que había más bondad en el Barrio Chino que en la Bonanova, llegó a decir un día, así de confundida estaba. Yo le pedía que se callara, que la iban a oír y tendría problemas. Y no es que Elena fuera tontita, de eso nada, lo que pasaba es que leía mucho, ese era el asunto. ¡Como una especie de Quijote, el seso sorbido por tanta novelucha! Y es que la pobre leía novelas extrañas, a veces me dejaba alguna y me parecían un horror de tan sórdidas y duras. Novela social, decía ella que eran, con ese nombre ya me dirás, con razón no me gustaban. Ojo, que no es que yo no leyera, ¡eh!, y cosas mejores que Elena, porque yo adoraba a Pearl S. Buck y sus historias de China, tan exóticas y maravillosas que le dieron el Nobel, no te vayas a creer. Pero Elena era muy tozuda y leía las novelas sociales esas que eran, no sé qué decirte, como de Dickens pero en moderno... Oye, ¿de qué te ríes?

No me reía, pero sí se me había escapado una sonrisa. ¡Dickens, la de veces que había pensado en él mientras escuchaba a Gabriel! Desde luego, si a mamá le gustaban estas historias, ese hombre lo había tenido fácil para camelársela, podía imaginármelo contando su triste vida de huerfanito. Pobre mamá, tan joven e idealista, dispuesta a compensar con su amor adolescente tanto infortunio.

—Por lo que dices, mamá era muy ingenua.

—¡Uy, ni te imaginas! Recuerdo que cuando leyó *Matar a un ruiseñor* dijo que quería estudiar Derecho para defender a los negros, ¡ya me dirás tú qué tontería, si entonces el único negro que había en Barcelona era Baltasar en la cabalgata, y encima era betún! La cabeza llena de pájaros, eso es lo que tenía por culpa de tanta novelucha.

Me abstuve de decirle que *Matar a un ruiseñor* tiene poco de novelucha y mucho de clásico, no se me fuera a enfadar.

—¿Y de dónde le venía la afición por este tipo de literatura? ¿Del colegio?

—¡Por supuesto que no! —Sita saltó airada, la mera insinuación de que el Sagrado Corazón tuvo algo que ver le pareció una ofensa—. La tontería de tu madre venía de una tía soltera a la que Elena adoraba pese a que era una...

Tuve la sensación de que iba a decir algo fuerte, pero se contuvo, supongo que se dio cuenta de que, en el fondo, estaba hablando de mi familia y aflojó. Aunque al final, después de pensarlo

durante unos segundos, fue implacable y dictó lo que, para Sita, es el peor de los veredictos:

—Digamos que era una mujer que vivía fuera de las normas.

Mi tía abuela Clara. Seis horas antes, no sabía siquiera de su existencia. Y ahora ya era la segunda vez que oía hablar de ella. Gabriel me la había presentado ese mediodía, él la había descrito como una de las mujeres más interesantes y encantadoras que había conocido en su vida. Era evidente que Sita y Gabriel no compartían opinión respecto a mi tía abuela, porque si algo tengo claro es que para Sita el vivir fuera de las normas jamás será un piropo.

—Caray —bromeé—, ignoraba que tenía elementos subversivos en mi genética.

—¡Ay, cielo, no te preocupes, que no los has heredado —corrió a tranquilizarme—, que más formal que tú no hay nadie!

—Pues mira, para lo que me ha servido, ojalá me hubiera desmelenado.

Me miró con cara de no entender. No esperaba que lo hiciera, que comprendiera mi rabia cuando pienso en mi matrimonio. Cuando sufro los desplantes de mi hija. Cuando veo en mi cuerpo esas primeras señales que avisan de que la vejez está a la vuelta de la esquina. Tanto cumplir las normas para que todo acabe yendo por el pedregal. A mis cincuenta y tres años, si de algo me arrepiento es precisamente de no haberme desmelenado.

Algo de lo que no pudo arrepentirse la tal Clara Ribé, al menos así me la había retratado Gabriel: guapa, alegre e independiente, no mostraba el menor interés en casarse y tener hijos. Impensable en unos tiempos en que renunciar voluntariamente al matrimonio y a la maternidad solo se concebía si iba asociado al hábito de monja, como un escapulario. Decoro, austeridad, invisibilidad, agradecimiento por sentarse a la mesa de algún hermano el domingo, una propina a los sobrinos por Navidad: ese era el manual de la perfecta solterona. Nada que ver con tía Clara, por lo que me contaban.

—... y esa mujer insistiendo con eso de tener un sueldo, ¡ya me dirás qué había de malo en trabajar como esposa y madre y que la mantuviera el marido, como hacían todas! —continuó Sita, encantada de tener oportunidad de criticar a dos carrillos, hasta que se dio cuenta de que quizá había metido la pata—. Que ya sé que hoy es distinto, las mujeres trabajan, tú misma, Carolina, siempre en el bufete, pero claro, ahora eso ya da igual, es hasta normal, pero hace sesenta años no había ninguna mujer de buena familia que trabajara, eso no era de recibo. En cambio, Clara Ribé no paró hasta que consiguió que su padre, tu bisabuelo, le dejara tener un empleo, ¡el disgusto que se llevó tu bisabuela, pobrecita, adelgazó varios kilos de tantos ayunos que hizo para que el Señor le quitara a su hija esas ideas de la cabeza! Intentaban controlarla, claro, pero ella se las arreglaba para escabullirse de la vigilancia paterna, más de una vez la habían visto acudiendo sola a una cena con amigos, y eso era un escándalo, porque una mujer que salía sola de noche, sin ir acompañada por su padre o su marido, o era una fresca o era algo peor. Y es que Clara Ribé daba mucho que hablar, recuerdo que una vez la señora de González-Anzizu, siempre tan educada, fue a pedirle que participara en una colecta para construir escuelitas en África, y ella le contestó que, si solo les iban a dar la Biblia y el catecismo, casi era

mejor que esos negritos no aprendieran a leer. ¡Pobrecilla González-Anzizu, casi le dio un infarto! Desde luego —sentenció Sita a modo de resumen—, esa mujer no daba buen tono a la familia.

La familia, su imagen y buen nombre. A esto y al *bridge* ha consagrado Sita su vida. Si hubiera un concurso de salvaguarda de los valores de la alta burguesía, ella se clasificaría para la gran final, aunque fuera por descalificación de la mayoría de los concursantes. Tía Clara, me temo, habría sido la primera expulsada.

—Esa Clara hablaba muy bien francés, había pasado la guerra en Lyon, donde aún tenía amigas. —Bajó la voz, como si temiera que pudieran oírnos—. Parece que alguna le enviaba libros prohibidos por la censura española, ¡imagínate!, y ella se los dejaba luego a Elena, pobrecita mía, con la excusa de que practicara el francés. Una adolescente era, y su propia tía ponía esos libros en sus manos. Elena me contó una vez que, por si en Correos abrían el paquete, se los enviaban escondidos dentro de otros libros, manuales de mecánica y cosas así, a los que arrancaban las páginas, ¿te lo puedes creer?

Por supuesto que me lo creía, mi madre aprendió bien la técnica. Lo de esconder libros dentro de otros libros creo que puede considerarse como la primera tradición de los Ribé de la que tengo noticia.

—Unos amigos suyos fundaron una editorial y empezó a echarles una mano, como para distraerse, pero luego ya trabajó en serio y pidió un contrato y un sueldo y todo. ¡Y oye, se lo dieron! Según Elena, el trabajo de su tía era leer libros franceses para decidir si los publicaban, y traducirlos, yo no sé muy bien, pero en una editorial sí que trabajaba, de eso me acuerdo. Elena la admiraba, no había más que verle la cara cuando nos hablaba de su tía. Tenía un despachito en el edificio de la editorial, por la calle Trafalgar, creo, y hasta allí iba Elena, un día por semana, a que tía Clara le diera clases de francés.

El jueves, *jeudi*. Ese era su día. Lo que ignoraba Sita era que, desde finales de octubre de 1959, también Gabriel acudía los jueves a clase. Y todo porque mi madre llegó un día a la editorial rabiosa con su familia porque no le dejaban hablar con él.

—Incluso me envían a Ramón para que me recoja a la puerta del colegio, el tonto de mi hermano haciendo de policía, ¿te lo puedes creer, tía? Y ni siquiera conocen a Gabriel, todo esto lo hacen solo porque es pobre, es muy injusto. No nos dejan ser amigos, con lo encantador que es.

A tía Clara, que su sobrina no aceptara a rajatabla las imposiciones sociales y familiares le pareció una bendición. Una pequeña victoria frente a su parentela, y en sus manos estaba echar más leña al fuego.

—Pues si quieres verle, dile que venga aquí. Puede estar con nosotras mientras te doy clase, y luego nos iremos los tres a merendar.

La cara de mi madre se iluminó por un momento, hasta que cayó en la cuenta de que había un pequeño contratiempo.

—¿Y cómo se lo digo a Gabriel? Ramón no me deja ni acercarme.

—Tranquila, sobrina —tía Clara se recostó en la silla y encendió un cigarrillo—, seguro que encontramos una solución.

Y la solución fue la buena y sentimental Nuria. Se resistió un poco, tenía miedo de que las monjas la pillaran, pero al final, llevada por el romanticismo, se avino a colaborar. El tercer miércoles en que el coche de los Ribé se llevó a mi madre, dejando a Gabriel solo y plantado en la puerta del colegio, Nuria esperó a que la bandada de jovencitas se desperdigara y se acercó al muchacho.

—Dice Elena que te esperará aquí mañana —le dijo mientras le tendía el papelito con la dirección.

Al día siguiente, un cuchicheo al oído de la amiga, antes de formar la fila.

—Es guapo y tiene unos ojos preciosos, pero parecían muy tristes.

Por supuesto, al día siguiente Gabriel apareció por la editorial, sin entender qué significaba esa placa en la puerta ni qué tenía que ver con Elena. Le recibió tía Clara, toda sonrisas.

—¡Pasa, chico, no te quedes ahí pasmado! Los amigos de mi sobrina son siempre bienvenidos.

Y así, desde ese primer día, empezó a forjarse un ritual, su pequeño ritual de los jueves. Tía Clara daba clase a su sobrina, luego le pasaba textos, páginas enteras de libros que la jovencita traducía con auténtico deleite. Según Gabriel, tenían las dos una pasión extraña, casi reverencial, por las palabras. A menudo se embarcaban en discusiones, que a él se le antojaban enrevesadas y larguísimas, sobre si era mejor, más precisa, una palabra u otra.

—Si las dos significan lo mismo, ¿por qué discutís? —les preguntaba Gabriel perplejo.

—Las palabras son como las notas —le respondió un día mi madre—, según la que elijas creas una canción u otra. Para traducir, lo primero es escuchar al autor, empaparte de su voz, para poder elegir las palabras y mantener su melodía. ¿A que sí, tía?

—Así es —tía Clara le devolvió el ejercicio corregido, apenas unos pocos cambios—, y tú tienes buen oído para las palabras. Podrías llegar a ser una magnífica traductora si quisieras.

Mientras su sobrina hacía los ejercicios, tía Clara empezó a dar clases a Gabriel. No es que a él le interesara —¿cómo imaginar entonces que acabaría viviendo en París?—, pero no podía negarse, aunque las risas de las dos mujeres a costa de su pronunciación hicieron que más de una vez odiara ese idioma y sus erres malditas. Luego bajaban a merendar a la granja La Catalana: chocolate con churros los dos jóvenes, café con leche y madalena para tía Clara.

—Un día, sin venir a cuento, me dio un trocito de su madalena —había rememorado Gabriel —. Me pidió que cerrara los ojos y la saboreara. Me preguntó qué me recordaba. Yo, por supuesto, no entendí de qué iba todo aquello. Cuando era pequeño, mi madre hacía madalenas y rosquillas algunos domingos por la mañana; el olor a masa y a anís invadía toda la casa mientras yo jugaba por el pasillo con mi coche de latón rojo. Así que eso contesté: que la madalena me recordaba a mi coche de latón rojo. Pensé que acababa de decir la mayor de las estupideces, me

avergoncé al instante de mi respuesta. Pero tía Clara se puso a aplaudir, al parecer había acertado. Entonces se levantó y empezó a recitar en voz alta, en francés. Era Proust, claro, pero yo no tenía ni idea. Todos en el local contemplaban la escena en silencio, perplejos. Al acabar, la dueña vino hasta nuestra mesa. Por supuesto, ella tampoco había entendido ni una palabra, pero en esa época todo lo extranjero era sospechoso, así que, airada y en alto para que la oyeran, nos pidió que habláramos en cristiano y nos comportáramos como era debido, o llamaría a la policía. ¡Cómo se puso tía Clara, la que se lio! Empezó a llamarlos analfabetos a todos, gritaba que España era un país de catetos ignorantes, y así seguiríamos si no nos abríamos al mundo. Eso ofendió a algunos parroquianos que se unieron a la discusión, todos en nuestra contra. Aunque ella no se achantaba, ni por asomo, seguía llamándolos catetos e incultos, y eso, en boca de una mujer, era mucho insulto para aquellos hombres. Ya uno había salido en busca de un urbano cuando Elena le tiró de la manga y me señaló: tenía razón, si la policía venía, los padres de Elena se enterarían de todo, nuestros encuentros de los jueves podían salir a la luz. Tía Clara se dio cuenta del riesgo y calló de golpe, dejó un billete sobre la mesita de mármol blanco, cogió el abrigo y el bolso. Nos íbamos, Clara Ribé claudicaba. Y yo entonces ya la conocía lo suficiente para saber que esa retirada le dolía, era un sacrificio que hacía por nosotros, y le agradecí infinitamente el gesto. Al cabo de muchos años leí *À la recherche du temps perdu*, al pasar la página me encontré de bruces con ese párrafo y... —Había emoción en su voz, en sus ojos, en el ligero temblor de sus manos—. Fue hermoso recordar ese momento.

Gabriel guardó silencio, era evidente que se había ido lejos. No sé si a esa pequeña cafetería de barrio, contemplando de nuevo la actuación de tía Clara, o a la tranquilidad de la tarde de lectura, años después, en su pequeño apartamento de París.

—Por supuesto, ya no volvimos a esa granja. Y como no había otro sitio cercano donde merendar, desde ese día al acabar la clase seguíamos en el despachito y charlábamos durante un buen rato, a menudo nos quedábamos solos en la editorial de lo tarde que se nos hacía.

—¿Y de qué les hablabas tú? ¿De las bobinas de papel que acarreabas en la imprenta de *La Vanguardia*?

La pregunta iba cargada de un soterrado desprecio, lo reconozco. Pero es que la amistad de Gabriel con mi madre empezaba a ser un cáliz amargo. Y la connivencia de esa tal Clara, sangre de mi sangre, me sacaba de quicio. Por suerte, él no pareció tomárselo mal.

—De música, yo les hablaba de música. Por aquella época empezaba a ir a conciertos. Había un local cerca de aquí, El Pinar. Allí tocaban bandas amateurs, grupos que pretendían imitar lo que nos llegaba de fuera, de Inglaterra principalmente.

Según Gabriel, El Pinar, en el Poble Sec, era un local popular, ni por asomo tenía eso que hoy se llama glamour, pero fue allí donde los Sírex y los Mustangs empezaron a hacerse un nombre, sus conciertos en las tardes de domingo atraían a chicos de otros barrios, incluso venían de la zona alta. A menudo la clientela se dividía entre seguidores de los Sírex y seguidores de los Mustangs, y la tarde acababa con una buena pelea.

—Mis amigos y yo éramos de los Sírex por la simple razón de que eran de aquí, de Hostafrancs, y en este barrio si un vecino se subía una vez a un escenario ya era una celebridad. No es que fueran grandes conciertos, seguramente entonces ni siquiera eran buenos, pero a nosotros nos hacían sentir distintos, modernos. Allí vi los primeros vaqueros, en El Pinar todo parecía, no sé, como nuevo, fresco. Eso es lo que empecé a contarles a Elena y tía Clara, porque otra cosa no podía. Y les encantaba, te aseguro que nunca he tenido un público tan atento. Creo que llegó un momento en que yo salía de fiesta no porque tuviera ganas, sino porque necesitaba información, anécdotas que contar el jueves siguiente. A Elena le gustaba que le describiera el ambiente, cómo vestían las chicas, cómo bailaban y se movían, era evidente que les tenía envidia. Cien veces le dije que la invitaba a ir un domingo, las mismas cien veces que negó con la cabeza, sabía que sus padres jamás se lo permitirían. Una lástima. Hasta que un día tía Clara cometió otra de sus maravillosas locuras: trajo un tocadiscos portátil, guardado parecía un maletín. Dijo que si no podía llevar a Elena a un concierto, sí podía llevar el concierto hasta Elena. Esa misma tarde, antes de entrar a trabajar, me fui a Discos Castelló, que estaba junto a la rotativa, en la misma calle Tallers, ¿conociste esa tienda?

Asentí; en mi juventud, Castelló era uno de los pocos motivos por los que los chicos de la zona alta estábamos dispuestos a bajar hasta las Ramblas, al menos a plena luz del día. Gabriel pareció satisfecho con la respuesta, así que decidí no aclarar que siempre fui de acompañante, porque mis gustos musicales no han ido nunca más allá de lo que suena en todas las emisoras de radio. Lo que ahora se llama *mainstream*, vamos.

—Bueno, por entonces ni siquiera era una tienda, era poco más que un mostrador dentro de una portería; pero los Castelló tenían fama de ser los que más sabían de música. Y yo, claro, empecé a comprar todos los discos que ellos me recomendaban. Bueno, todos no, porque eran un lujo que no siempre podía permitirme, yo ni siquiera tenía tocadiscos. Aun así compré bastantes, lo que fuera con tal de bailar con Elena. Y, de paso, le soltaba una explicación sobre por qué esa canción era buena, revolucionaria, histórica... Ella me miraba encandilada, aunque yo solo repetía lo que los Castelló me habían contado, no sabía más.

Ese mediodía, al oír la historia de labios de Gabriel, no había prestado atención a estas últimas palabras. Ahora, a la luz de los comentarios de Sita, todo tomaba otro cariz: ese hombre era un gran embaucador, alguien capaz de construirse un personaje a medida, con las hechuras necesarias para engatusar a la cándida de mi madre. Un farsante que había sabido camelarse también a tía Clara, peaje necesario para mantener el contacto con la sobrina. Tía Clara y su cariño por Gabriel, no sabía si tildarla de ingenua o de completa descerebrada. Culpable, en cualquier caso, por haber regado una semilla negra, una simiente que nunca debía haber germinado. Culpable de haber mantenido encendida una llama que, sin ella, se hubiera extinguido sin dejar humo. No solo le dio alas a Gabriel, también le puso hasta música para que sacara a mi madre a bailar.

—En cuanto se iba el último de sus compañeros, se apresuraba a sacar el tocadiscos del

armario, lo montaba y ponía los discos que yo le traía, los que me habían recomendado en la tienda: Chuck Berry, Jerry Lee Lewis, Little Richards... A Elena le entusiasmaba, tenías que verla bailando y saltando, no paraba de reír, hubo días que acabamos exhaustos de bailar el *Tutti Frutti*. ¡Ah, y el twist! Los de Castelló me aseguraron que con ese no fallaría.

Y no falló, a mi madre le encantó, lo pusieron diez veces seguidas, pero no sabían cómo se bailaba de tan nuevo que era. Así que se inventaron su propia versión del baile, tan animada que no podían practicarla en el pequeño despachito y tenían que salir, enfebrecidos, al pasillo de la editorial. Otros días, más tranquilos, tía Clara traía discos de Édith Piaf, de Brassens, Trenet o Montand, que acababan cantando a coro, con Gabriel esforzándose por seguirlas al menos en el estribillo.

—Tía Clara era fantástica —me había dicho Gabriel a modo de despedida en el rellano—, algo alocada para esos tiempos, pero yo le agradecí siempre esa locura. Ella me regaló algunas de las mejores tardes de mi vida.

Había mucho cariño en su voz, añoranza seguramente. No en la de Sita, ella lo tenía claro.

—Era una loca esa Clara Ribé, una desgracia tener a alguien así en la familia. Y a Elena le llenaba la cabeza de ideas poco apropiadas, le decía que para ser feliz no era necesario casarse y tener hijos, que las mujeres tenían que trabajar y cosas por el estilo. Elena me lo repetía en voz baja y con admiración, y a mí, qué quieres que te diga, todo aquello en boca suya me parecía pecado y le decía que tenía que contárselo al padre confesor, pero entonces se enfadaba conmigo y dejaba de hablarme durante unas horas, porque tenía carácter tu madre, ¡vaya si lo tenía! Pobre niña, andaba perdida, con todas esas ideas y novelas en la cabeza, que en eso la convirtió la excéntrica de su tía, en una jovencita confundida. Una nefasta influencia fue esa tía Clara. De verdad creo que nada de lo que pasó luego hubiera sucedido si esa mujer no hubiera existido.

Sita tenía razón, había de tenerla. Clara Ribé debía ser culpable para que mi madre fuera la víctima, porque así es la vida, un constante juego de contrapesos. Una pobre víctima de esa tía y de sus libros, de sus traducciones de francés, de su tocadiscos, de sus madalenas de los jueves... Odiaba a tía Clara porque intuía que había mucho de ella en mi madre. Y seguramente había algo de ambas en Ariana. Pero no había nada de ellas en mí. Yo seguía sin parecerme a nadie. ¿O quizá no?

—Oye, Sita, ese hermano que iba a buscar a mi madre al colegio, Ramón, has dicho, ¿sabes si sigue vivo? Estaría bien si el detective pudiera hablar con él, quizá pueda dar alguna pista.

—Olvídalo —me ordenó al instante Sita en un tono que no admitía réplica—. Ramón Ribé murió joven, mucho antes de que desapareciera tu madre.

Me quedé perpleja por la reacción, pero decidí hacer caso y no insistir. Me estaba ya poniendo el abrigo cuando se me ocurrió una última pregunta.

—Y oye, Sita, por curiosidad, ¿qué música le gustaba a mi madre?

—¡Uy, pues la misma que a todas! Los boleros, las canciones románticas... Fíjate que discutíamos a menudo porque le gustaba mucho Lucho Gatica, esa del reloj que no ha de marcar

las horas era su favorita, la canturreaba siempre. Y yo contraatacaba con esa que dice que solamente una vez amé en la vida, será que yo ya sabía que iba a ser mujer de un único amor —suspiró encantada de que los designios se hubieran cumplido—. Cosas de jovencitas, imagínate.

—¿Y el rock and roll, el twist, el blues...?

—¡Por Dios, no! Eso era música para chicas de instituto.

—Gracias, Sita, me ha encantado charlar contigo.

Me ofreció las dos mejillas, yo las besé con cariño. Adiós, hasta la próxima, yo sabía que no tardaría en volver. Ella también lo sabía, no se empieza una conversación así para dejarla a medias.

Me entretuve en la portería revisando emails desde el móvil, contestando un par, los demás podían esperar al lunes. Salí a la calle y dejé que el aire frío me golpeara la cara. Estaba cansada, mentalmente cansada. Ni recordaba cuándo me había tomado la última tarde libre. Levanté la mano y paré un taxi.

—Al paseo de Gracia, por favor.

Necesitaba darme un capricho, hacerme un mimo. Gastarme una cantidad indecente de dinero, si era necesario. Aunque nunca he entendido qué indecencia hay en gastarse el dinero que una ha ganado honradamente. Y, por cierto, tampoco es indecente la fortuna que se hereda de un padre al que has adorado y al que jamás has faltado al respeto.

Entré en una de mis tiendas favoritas, se me acercó una dependienta que ya me conoce y me saluda solícita por mi apellido. Me ofreció una copa de champán que me bebí casi de un trago. Dicen que los animales huelen el miedo de sus presas. No sé cómo huele un mal día, la moral baja, la tristeza enquistada; pero sé que también huelen, ella lo olisqueó. Me tenía allí, a su merced, con la yugular expuesta. No me arrepiento, esas estanterías con bolsos de lujo, esas perchas con hermosos vestidos me tranquilizaron. Me encerré en un probador y dejé que el espejo fuera amable conmigo. Lo necesitaba.

Llegué a casa cargada de bolsas, me encontré con mi hija en la puerta. Por supuesto, yo entraba y ella salía, siempre nos movemos en direcciones opuestas. Se estaba poniendo un anorak sobre la sudadera vieja, las botas manchadas por el barro que había dejado la lluvia de la mañana. Me dio un beso rápido, cumplió el trámite.

—¿Sales? Pensaba que cenaríamos juntas.

—Ya he cenado, tanto estudiar me ha dado hambre.

—¿Y adónde vas?

—Por ahí, a tomar algo.

—¿Con el encapuchado?

—¿Qué?

—Nada —suspiré—. Que vayas con cuidado.

Se fue, oí el trote de sus botas escaleras abajo. ¿Adónde iba mi hija? No lo sabía. Ni lo que hacía, ni lo que pensaba. Lo ignoraba todo de ella, al final del día no tenía más que el roce frío de

su beso. Esas éramos ahora Ariana y yo, casi dos desconocidas. Nosotras y nuestras circunstancias. Un equipo nefasto.

# CAPÍTULO 12

Reconozco que el divorcio tiene algunas ventajas: te sientas en el sofá y no has de compartir con nadie la botella de vino. Eso tiene sus consecuencias, claro. Y parecía que todas se acumulaban en mi cabeza cuando me desperté el sábado. Me tomé un analgésico y me volví a encoger bajo las sábanas. Imposible conciliar de nuevo el sueño, mis sienes redoblaban como tambores en Semana Santa.

Me puse un batín y salí en procesión por el pasillo. El día estaba nublado, mis ojos hinchados agradecieron esa luz triste y espesa. Ariana aún dormía, había regresado muy tarde a casa. Abrí la puerta de su dormitorio: una pierna bajo el edredón y la otra colgando a un lado de la cama, el pelo revuelto, la ropa amontonada en un rincón. A veces me parece imposible que ese cuerpo de mujer sea mi hija, hace apenas dos días era una niñita con coletas que se me tiraba encima para que le hiciera cosquillas. Husmeé: el cuarto olía a marihuana. No quiero que fume en casa, y esa hierba aún menos, se lo he dicho cien veces, pero Ariana hace lo que quiere. En todo, sin excepción. «Es un espíritu libre», me dijo una vez Martita para consolarme, como si poniéndole una etiqueta bonita el problema se disipara. Ahora al menos sé que no todo es culpa mía, algo de esta rebeldía estaba ya programada en su código genético: Ariana es como tía Clara y mi madre juntas, revueltas y *reloaded*. Es una mujer Ribé versión Generación Z. Ojalá estuviera aquí su abuela para entenderla, para explicármela, porque para mí es indescifrable.

Verena estaba en la cocina, el pequeño televisor en marcha. Telepromoción. Ahora tocaba un estuche con dos plumas estilográficas. Pensé que no iban a vender muchas, nadie escribe ya con pluma, todo lo bonito y elegante va quedando en desuso. Yo sí la utilizo, me gusta oír el rasgueo áspero de la punta sobre el papel. Pluma estilográfica, hasta el nombre es elegante. A su lado, la palabra *bolígrafo*, el boli, me parece una auténtica ordinariez.

—Buenos días, Verena.

—Buenos días, señora, ¿le preparo el desayuno?

Asentí con la cabeza mientras me sentaba en un taburete, junto a la barra. La cocina ha sido siempre el lugar del desayuno, el sitio de los mordiscos rápidos y de las miradas furtivas al reloj, pocas palabras y mucha urgencia por empezar el día. Quizá por eso, desde que Alberto no está en casa, nos hemos acostumbrado a cenar también aquí. Sé que debería haber insistido en mantener las costumbres, en cenar con mantel puesto y conversación reposada. Lo intenté al principio, pero en la mesa retumbaba el silencio y el ruido metálico de los cubiertos se nos hacía insoportable. Y ni Ariana ni yo nos movimos de nuestras sillas, asignadas en un protocolo

familiar de años; ninguna de nosotras se atrevió a ocupar esa silla que se interponía entre nosotras, quedamos separadas por un vacío, haciendo la ausencia más evidente, más flagelante. Lo mismo sucede en el salón, a veces me parece que en el sillón de Alberto está aún la marca de sus hechuras, el molde de su cuerpo, porque ni mi hija ni yo nos sentamos jamás en él. En la cocina, en cambio, difícilmente coincidíamos los tres, cada uno presa de su propio horario matutino. Allí la ausencia se nota menos. Por eso nosotras, en un acuerdo tácito, hemos establecido en la cocina nuestro campamento base.

—Aquí tiene, señora.

Verena puso un mantelito individual frente a mí y, sobre él, un zumo de naranja recién exprimido y dos tostadas con aguacate y queso fresco. Dicen que el aguacate es antioxidante. Comida antioxidante, crema *antiaging*, terapia antiestrés, jóvenes antisistema... Estoy contra algo, luego existo, esta es la nueva filosofía. También yo me estoy convirtiendo en un producto *anti:* antisocial, antipática, antigua..., antípodas de lo que yo solía ser. Las tostadas tenían buena pinta.

—Gracias, Verena.

Verena. Ecuatoriana. Encantadora. Quizá no debería haber dicho que es ecuatoriana, qué más da de dónde sea. Verena es encantadora y ya está. Lleva nueve años con nosotros. Con nosotras, quería decir. Antes se quedaba a dormir, pero desde hace un año nos deja la cena preparada y se va, no necesito que nadie se quede a contemplar cómo me aburro sola en casa. Verena tiene su propia familia: vive con su marido, dos hijos, una nuera, un nieto y tres periquitos. Me gana por goleada.

Me entretuve leyendo el periódico en la tablet, hasta que Ariana asomó la cabeza. Seguramente no había dormido ni cinco horas, pero tenía buen aspecto. Mejor que yo. Últimamente todo el mundo tiene mejor aspecto que yo.

—Buenos días, cielo.

Sí, *cielo*, me lo había pegado Sita. Mi hija me miró raro, pero no dijo nada. Bueno, a mí no me dijo nada.

—¿Puedes hacerme un café con leche, Vere, porfi?

Su voz era gutural, resaca pura. En esto sí ha salido a mí.

—Claro, mi niña —Verena está siempre dispuesta a mimarla, la tiene muy consentida—, ¿y una tostada, un yogur?

—No tengo hambre.

—¿Almorzarás en casa?

Ariana negó con la cabeza mientras se sentaba junto a mí en la barra de la cocina.

—Hoy tengo comida con papá y Victoria.

Lo dijo sin mirarme, la vista fija en algún punto indefinido, como si hablara sola o estuviera lanzando la información al espacio sideral. Lo hace cuando tiene que decirme que se va con su padre. Sé que le incomoda y lo siento por ella, supongo que ha de ser difícil quedarse atrapada

entre dos progenitores que andan a la greña. Alberto cree que deberíamos llevarnos bien, por la niña. Todo es por Ariana, yo le importo una mierda. En el fondo, lo que quiere es que me sienta culpable, aunque no lo sea: yo no he roto el matrimonio, yo no me he ido de casa, yo no he impuesto a mi hija una nueva pareja. Es muy fácil dinamitarlo todo y luego pedirme que sonría por el bien de Ariana. Es de agradecer que piense en ella, pero podía haberlo hecho cuando se citaba con Minnie Mouse en ese hotelito de Castelldefels mientras yo le creía en el despacho, en esas supuestas reuniones de equipo que me parecían una repentina y desmedida afición al *team building*. Encuentros que se alargaban hasta las tantas, apurando el tiempo de estar con ella, retrasando al máximo el momento de llegar a casa, de meterse en nuestra cama sin hacer apenas ruido, sin encender la luz, como los delincuentes. No creo que se avergonzara jamás. Y ahora resulta que yo sí tengo que avergonzarme por estar enfadada, por tener celos de la buena relación de mi hija con la parejita feliz. Se supone que siempre hemos de querer lo mejor para nuestros hijos, pero algunas veces es un bocado difícil de tragar. Y este, a mí, se me hace bola.

—¡Genial! Me alegro de que Victoria se haya recuperado ya de la gripe.

Un esfuerzo patético. Fue oír el tono falso de mi voz y jurarme que nunca más iba a intentarlo. Mejor centrar mis esfuerzos en buscar algún plan con Ariana, aunque fuera un ratito.

—¿Quieres hacer algo hoy? No sé, dar un paseo o ir de compras.

—Mamá, ya fuiste ayer de compras. Viniste cargada de bolsas.

—Para ti, me refería.

—Paso, no necesito nada.

Anticonsumo. Añádase a los *antis* en boga.

—¿Alguna exposición interesante que quieras ver? —Se me estaban agotando los recursos, y Ariana lo sabía—. O un cine por la tarde.

—No puedo, a las cinco he quedado con unos colegas de la facu, tenemos que hacer un trabajo.

—Podéis venir aquí, no será por espacio.

—Vamos a casa de uno.

—¿Y dónde vive ese uno?

Me miró con la cara de agobio que pone cuando sobrepaso el tiempo de conversación que me ha sido asignado. En este caso, apenas un minuto. Al menos se dignó contestar.

—Vive en Gracia.

Ariana estudia Comunicación Audiovisual en una universidad pública y tiene amigos que viven en Gracia. Y sale de copas por Gracia. Y viste como si ella también viviera en Gracia. Y fuma porros y se echa a los brazos de un encapuchado, que no sé si es de Gracia, pero por la pinta merece serlo. Ni el encapuchado ni sus nuevos amigos de la facultad han venido jamás a casa, al menos que yo sepa. Cuando mi hija iba al colegio —privadísimo, carísimo, inglesísimo — teníamos el piso siempre lleno de amiguitos suyos, monísimos y educadísimos todos. Y permanentemente hambrientos, Verena no daba abasto en preparar meriendas. A mí me habría

gustado que Ariana estudiara en alguna de esas universidades privadas adonde van ahora todos esos niños que nos vaciaban la nevera. Pero se negó en redondo, de repente se declaró antipija (otro *anti* que añadir a la lista). Y a su padre, pijo de manual, le pareció requetebién. Y es que desde el día en que salió por la puerta con tres maletas y unas cuantas cajas, a Alberto todo lo que hace su hija le parece requetebién. Ariana cogió la taza del café con leche y se levantó. Fin de la reunión familiar.

—Voy a darme una ducha.

Lo que, en nuestro dialecto particular, podía perfectamente significar «hasta mañana»; difícil que saliera ya de su cuarto hasta que su padre pasara a recogerla. La vi alejarse por el pasillo arrastrando las zapatillas.

—No sé qué le pasa a mi hija, Verena, pero está insoportable.

—Y pues ¿qué le va a pasar? Nada, es la edad.

—¿Y tu nieto? ¿Ya tiene un año?

—Casi, señora, a puntito de cumplirlo. Una ricurita está hecho, mire.

Me mostró la ricurita en el móvil: un bebé rubicundo y sonriente, arquetipo de querubín si no fuera por su piel olivácea y su buena mata de pelo oscuro. Tenía razón Machín cuando protestaba porque nadie pinta angelitos negros. Seguramente su canción fue uno de los primeros himnos antirracistas.

Me duché yo también y me vestí para salir a la calle. En la cocina, Verena se apresuraba a recogerlo todo, era sábado y podía regresar al mediodía con su pequeño querubín moreno.

—Adiós, Verena.

—Adiós, señora, que tenga muy buen día.

Me despedí de Rocco, que movió la cola y me lamió la mano. Y de Ariana, que había salido ya de la ducha y andaba por su cuarto a medio vestir y con los auriculares puestos. Tuve que subir mi tono unos cuantos decibelios.

—¡Adiós, salgo a dar una vuelta!

—Vale, *ciao*.

Tomé los ferrocarriles catalanes —la única modalidad de transporte subterráneo que practico — y bajé en plaza Molina. No fue premeditado, iba pensando en mi padre y me apeé sin darme cuenta. Aún soltera, en esos años en que los sábados no me levantaba antes de las doce, me arreglaba deprisa y hacía ese trayecto para ir a buscar a papá al Círculo Ecuestre. De allí nos íbamos los dos dando un paseo hasta el Majestic, parada obligatoria para que él se tomara un dry martini antes de volver a casa, donde Pepita nos esperaba con la mesa puesta. Era nuestro paseo, el momento de contarle mis cosas. Dicen que, cuando un hijo se casa, los padres tienen la sensación de perderle. Pero también los hijos pierden cosas importantes en ese paso de unos brazos a otros. Al final, como ya intuía el día de mi boda, los brazos de mi padre son los que jamás han dejado de sostenerme, aunque yo sí dejara de ir a recogerle los sábados. Seguí la ruta, llevaba puesto el piloto automático. Han hecho reformas en el Majestic, el bar de la planta baja

está en el mismo sitio, pero es distinto. Y no hay nadie, ahora las copas se toman en la terraza de arriba. En estos últimos años, en Barcelona han florecido los *rooftop bars*, las *rooftop pools*, las *rooftop parties*... De repente, a todos nos encanta estar en las alturas, defender un canapé del ataque de las gaviotas nos hace felices.

No subí a la terraza, mi padre no lo habría hecho. Así que seguí andando, en dirección a ninguna parte. Llegué a la plaza de Catalunya, seguí por Portal de l'Àngel hasta la tienda donde habíamos estado con Ariana el sábado anterior. Justo hacía una semana, allí había empezado todo. Entré para comprobar si todavía estaba el vestidito negro, cruzado y simple, y salí con él metido en una bolsa. Ya buscaría la manera de que Ariana se lo pusiera el día del entierro. La recordé sacando el libro de mi bolso, la vi guiándome entre el gentío, camino de la biblioteca. Sin saber cómo, estaba de nuevo en la puerta del Ateneu.

Casi me di de bruces con Gabriel Bonell. Yo solté un taco, él mantuvo su flema habitual.

—¿Has encontrado otro libro escondido y vienes a devolverlo?

—No, yo no... —me aturullé—, qué casualidad, pasaba por aquí.

Enarcó una ceja, di por hecho que no me creía y eso me irritó. ¿Qué pensaba, que estaba espiándole? ¿Que me había hecho la encontradiza? ¿Que no podía pasar un día sin oír un pedacito de historia? En esto último quizá —solo quizá— tenía algo de razón.

—Estaba de compras —señalé la bolsa para dar veracidad a mi mentira—, y había pensado en ir a comer a un peruano que está cerca, por eso pasaba por aquí.

No tenía que haber dicho esto último, tanta explicación solo me hacía parecer culpable.

—Y tu hija, ¿hoy no viene?

—Tenía un compromiso.

Clavó en mí su mirada extraña. Era una mirada que parecía trepanarme el cerebro, decodificar mis pensamientos. A menudo tenía la sensación de que, más que investigarle yo a él, era él quien me acechaba a mí. Observaba mis movimientos, mis reacciones, y sacaba conclusiones. Yo lo intuía, pero no sabía qué pretendía con ese juego en el que nos habíamos enzarzado. Plantado detrás de él estaba el hombre con quien jugaba al ajedrez el sábado anterior. De edad parecida a la de Gabriel, era una versión bajita y rechoncha de su contrincante. Sus ojos, ligeramente achinados, también estaban clavados en mí, parecía escanearme. Pocas veces me he sentido tan escrutada. Gabriel le señaló.

—Los sábados vamos siempre a comer juntos, es nuestro momento de relax tras una semana de duro ajedrez. —Hizo una pausa, como si valorase una opción; finalmente se decidió—. Almorzar sola en un restaurante no es agradable, ven con nosotros si te apetece. Pero nada de peruanos ni de comidas extrañas, ¡eh! Nosotros vamos aquí cerca, un menú sencillo. No tiene estrellas ni soles ni lunas, no sé si a una mujer como tú le va a gustar.

La propuesta me pilló por sorpresa. Gabriel parecía decirlo en serio, pero no me apetecía lo más mínimo.

—Gracias, pero no quiero molestar, seguro que tiene cosas de qué hablar con este señor.

Al sentirse aludido, el hombre de los ojos achinados esbozó una sonrisa y, con un gesto lento, extendió su brazo y me tendió la mano.

—Me llamo Joaquim, pero puedes llamarme Quim, lo hacen todos. Para mí sería un placer almorzar con la hija de Elena.

Me quedé completamente descolocada.

—¿Conoció a mi madre?

Se limitó a asentir con la cabeza, también lentamente. Pensé que se movía como si estuviera sumergido en una sustancia muy densa. Fue Gabriel quien contestó en su lugar:

—Quim acompañó a tu madre al aeropuerto el día que regresó a Barcelona, él fue la última persona que la vio antes de su desaparición.

Me quedé helada. Desde el primer momento de mi investigación, pensaba que tenía que saber quién fue esa última persona, que tenía que localizarla y hablar con ella..., y ahora resultaba que era un amigo del principal sospechoso. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que era demasiada casualidad, ¿le había interrogado la policía? Forzosamente tenía que saber algo. Quizá fue testigo. O cómplice. No es fácil hacer desaparecer un cadáver, se necesita ayuda, y dos hombres lo habrían tenido más sencillo. Dos apacibles ancianos que juegan cada mañana al ajedrez. A la porra el ceviche.

—Pues os agradezco la invitación, para mí también será un placer comer acompañada.

Cruzamos las Ramblas, nos metimos por unas callejuelas y, antes de que me diera cuenta, estaba sentada en una mesa al fondo de un pequeño local. Uno de esos bares de toda la vida, con su barra de metal y mesas de formica. Un cubículo cerrado a cal y canto a cualquier atisbo de diseño. Seguramente por eso no había en él ni un turista, estaba medio vacío y el menú —muy simple, unos pocos primeros y otros tantos segundos— escrito exclusivamente en español. Ni inglés ni francés ni ruso ni japonés. Ni siquiera catalán. Quizá para compensar, sobre la mesa unos rectángulos de papel, que hacían las veces de mantel, nos deseaban buen provecho en varios idiomas. Como única decoración, pegado en la pared tras la barra, había un póster del Club Deportivo Numancia que acumulaba temporadas. El conjunto se me antojó un prodigio de resistencia, una especie de molusco cañí encerrado en su caparazón a la espera de que pasara la ola de gentrificación, moderneo *foodie* y hipsterismo de segunda tanda que barre la zona.

Quim se sentó a mi lado, Gabriel enfrente. El camarero nos trajo dos botellas antes de que tuviéramos tiempo de pedirlas: vino de la casa y gaseosa. Aún andaba con resaca, así que pedí agua. Durante los primeros minutos, los dos hombres no me hicieron ni caso; se enzarzaron en una discusión sobre una jugada y yo, que a duras penas distingo el alfil de la torre, fui incapaz de pillar el intríngulis. Tuve que esperar a que el camarero nos sirviera el primer plato para que callaran y yo pudiera meter baza. Lancé la pregunta sin rodeos, directa al objetivo; quizá no tendría una segunda oportunidad.

—Quim, por curiosidad, ese día que acompañó a mi madre al aeropuerto, ¿la vio coger el avión?

Se intercambiaron una mirada fugaz. Yo aparenté tranquilidad, como si fuera la pregunta más normal del mundo, lo primero que se pregunta a un desconocido.

—No. La dejé en la puerta de la terminal porque había mucho tráfico, imposible aparcar. Nos despedimos allí mismo, que ya se apañaba con las maletas, me dijo. Llevaba el billete en la mano. Entró por la puerta y la perdí de vista.

Nos quedamos los tres en silencio, ellos concentrados en sus respectivos platos. Yo valoraba las opciones: quizá Quim mentía, era un cómplice que había acordado con Gabriel recoger a mi madre y llevarla a otro sitio. O ni tan siquiera la había recogido y era una mera tapadera para el amigo. ¿Era él la famosa coartada de Gabriel? Vaya filfa, incluso si Quim había dejado a mamá en la puerta de la terminal, cualquiera podía haberla esperado en el interior. Cualquiera que viviera en París. Cualquiera que supiera que iba a coger un avión. Cualquiera que quisiera impedir que se marchara. Cualquiera que no quisiera que volviera con su familia, que viniera a verme. Cualquiera que estuviera rabioso por ser abandonado. No, cualquiera no. Solo una persona cumplía con todas estas condiciones, y la tenía enfrente, mirándome. Y hablándome, como si nada.

—Quim y yo nos hicimos amigos por culpa de tu madre.

—Es verdad, por ella vengo aguantando a este pesado desde hace... ¿En qué año fue todo aquel lío de las cartas? ¿Tú te acuerdas?

—1961.

—Pues eso, ¡echa cuentas!

Cincuenta y nueve años. Cuentas echadas.

—¿Qué cartas? —pregunté.

—Las que me escribía tu madre —respondió Gabriel—, el lunes te lo cuento.

—¿Y no puede contármelo ahora? Si a Quim no le importa, claro.

Y allí, sentados al fondo de ese restaurante anacrónico, con toda la plantilla del Club Deportivo Numancia observándonos sonriente desde un póster acartonado por humos y años, Gabriel Bonell retomó la historia donde la habíamos dejado. Los encuentros semanales en la editorial duraron hasta el final de ese curso, el último de bachiller de mi madre. Pero, a medida que se acercaba la graduación, ella empezó a estar de mal humor. Quería ir a la universidad, Filosofía y Letras era lo que deseaba estudiar. Estaba emperrada en ello, pero sus padres no le dejaban, les parecía que no era propio de una señorita, que la influencia de tía Clara estaba llegando demasiado lejos. Justo por entonces hubo las primeras protestas de estudiantes contra Franco. Tímidas, claro, pero dieron que hablar. Y mis abuelos no iban a permitir que su hija se metiera en semejante ambiente. Tocaba presentarla en sociedad, buscarle un buen partido y casarla, esa era toda la carrera que querían para su hija. Y, entretanto, que hiciera el Servicio Social de la Sección Femenina de la Falange y, si aún tenía tiempo libre, que bordara el ajuar, o aprendiera a jugar al *bridge* o se paseara por el club de tenis, que allí se juntaba la flor y nata de

la sociedad barcelonesa y era donde debía estar, no escondida en un aula. Y mi madre, claro, con el disgusto y la llantina encima. Pero mis abuelos no cedían.

—Al final la solución, algo salomónica, vino de tía Clara. Propuso que su sobrina se marchara un año a Francia con la excusa de perfeccionar el francés. Ella tenía amigas en Lyon que podían ofrecerle alojamiento. La realidad es que Elena esperaba que en ese tiempo cambiaran de opinión y la dejaran matricularse el curso siguiente. Y, entretanto, la idea de salir de casa y ver mundo no era mal plan, mucho mejor que aquello del Servicio Social o quedarse en casa aprendiendo a bordar y practicando escalas en el piano. Se fue a principios de agosto, la acompañó su madre, porque consideraron que era demasiado joven para viajar sola. De hecho, aprovecharon para ir a París y a la Provenza, quince días de turismo por Francia antes de llegar a Lyon. Así que ese año no hubo verano en S'Agaró. Me quedé solo, sin más compañía que el retrato que encontraste en mi cartera y que no quieres devolverme.

Recordé las palabras escritas en el dorso: «Para que me recuerdes hasta mi regreso. Con cariño, Elena». Gabriel, viendo que ese día tampoco lo iba a recuperar, prosiguió el relato.

—Yo, la verdad, no entendía esa fijación con lo de hacer una carrera. En mi barrio nadie iba a la universidad y éramos felices, o eso nos parecía, que para el caso es lo mismo. Qué quieres que te diga, eso de que una chica estudiara yo también lo veía fuera de lugar, no le encontraba el sentido, saber filosofía no iba a servirle de nada cuando nos casáramos y tuviéramos hijos. —Se detuvo un momento, como sorprendido de sus propias palabras—. Sé que ahora suena estúpido, pero entonces era joven e ingenuo y no sabía cómo funcionaba el mundo. Y de verdad estaba convencido de que éramos novios y de que íbamos a casarnos.

Quim puso su dedo índice sobre la sien y lo hizo girar repetidamente.

—¡Estaba enamorado! —se defendió rápidamente Gabriel—, y ella también lo estaba de mí.

Recordé las palabras de Sita y las solté sin más.

—Quizá ella de lo que de verdad estaba enamorada era de tus circunstancias.

Se hizo el silencio sobre la mesa. Me di cuenta de que le había tuteado por primera vez, quizá para que doliera más el golpe. El semblante de Gabriel se ensombreció. Apretó los puños, la mandíbula. Me lo imaginé así, sobre la barca de mi padre, justo antes de asestarle el puñetazo. Sus ojos se clavaron en los míos. Su mirada me turbaba, me producía mucho desasosiego. No era nuevo, me sucedía desde el primer día. Aun así, le aguanté el envite, puse en mis ojos toda la frialdad de la que fui capaz. No me costó ningún esfuerzo.

—Te equivocas completamente. —Su voz era ahora gélida, casi amenazante—. Elena estaba enamorada de mí. A pesar de mis circunstancias.

Pensé que no era una persona a la que pudieras llevarle la contraria. Pensé que seguramente tenían razón los que le tachaban de iracundo y violento. Pensé que eso era exactamente lo que necesitaba para ir conociendo a ese hombre, entender sus reacciones. Pensé que era una estúpida, porque no me había acordado de sacar el móvil y grabarlo. Lo rebusqué en el fondo de mi bolso y lo puse sobre la mesa.

—Perdonad, pero tengo a mi padre muy enfermo, y quiero oír el teléfono si me llaman —me excusé, aprovechando para cambiar de tema—. Lo que no me habéis contado todavía es todo eso de las cartas y qué tuvo que ver mi madre con que os hicierais amigos.

Gabriel, visiblemente malhumorado, no hizo siquiera el amago de contestarme, su atención fija en el bistec que tenía en el plato. Así que el pobre Quim se vio en la obligación de dejar su estofado y ponerse a contar.

—Este y yo trabajábamos juntos en la rotativa de *La Vanguardia*. Éramos dos de los más jóvenes, pero no éramos amigos. Ahora que finge que no nos oye, te diré que me parecía un completo idiota. Era el típico chulito de barrio, siempre fanfarroneando.

—¿Chulito de barrio? Pero ¿qué dices? —saltó Gabriel en defensa propia—. ¿De qué fanfarroneaba yo, a ver?

—De todo lo que hacías. Y de lo que no hacías pero te inventabas, también. Que si ibas a conciertos en El Pinar y a bailar a Piscinas y Deportes, que si habías conocido a Liz Taylor, que si eras amigo de los Sírex, que si estudiabas francés, que si habías tenido un combate de boxeo y habías ganado...

—Todo eso era verdad, te enseñé la foto de la Taylor.

—Yo también la he visto —tercié.

—Pero ¡no eras amigo de los Sírex! Algunos eran de tu barrio y, sí, los conocías, pero ya está. —Quim se giró hacia mí y me hizo un guiño—. Siempre ha sido un exagerado, todo lo que cuenta tienes que rebajarlo. Y por la rotativa iba siempre con la máscara de chulillo puesta, intentando impresionar. Una lástima, porque al natural, sin tantos aditivos, siempre fue un buen tipo.

La segunda vez en veinticuatro horas que se referían a Gabriel como alguien que fingía ser quien no era, un muchacho forjándose una imagen a base de mentiras. El Gran Embaucador que había encandilado a mamá. Ahora, además, era un tipo que estaba empezando a cabrearse con su amigo.

—¡Al menos yo me relacionaba con los demás, no como tú! Siempre aparte, como un ser superior que no quería mezclarse con la plebe, y todo porque estabas estudiando el bachillerato y decías que algún día ibas a dejar la rotativa para ser periodista. ¡Joder, eso sí que era ser pedante y fanfarrón!

—¡Yo no era pedante! Lo que pasaba era que vuestras conversaciones de taberna no me interesaban lo más mínimo.

—¡Míralo, el erudito!

Me vi obligada a interrumpir, no fuera la bronca a mayores.

—Ya veo, menuda pareja, un chulito y un pedante. Y los dos habéis evolucionado hasta ser un par de viejos cascarrabias. Felicidades a ambos, cincuenta y nueve años muy bien aprovechados.

—No somos viejos... —gruñó uno bajando el tono.

—Ni cascarrabias... —refunfuñó el otro aún más bajo.

Me di cuenta de que discutir formaba parte de su relación, se distraían con eso, rompían la monotonía. Eran como un matrimonio de años. Solo que en ellos las discusiones no dejaban cicatrices, solo un silencio momentáneo que me apresuré a romper.

—¿Y puede alguien explicarme de una vez qué pinta mi madre en todo esto?

—Pues que un día, en mitad de la faena —empezó a contarme Quim—, este se me acercó y me preguntó si le podía hacer un favor, que tenía un problema. No dije ni que sí ni que no, por precaución, a ver qué era lo que me pedía. Y entonces me soltó lo único que no me esperaba oír.

Un segundo de silencio, dos segundos, tres... Quim se tomaba su tiempo en masticar un pedacito de carne estofada. Yo no tardé nada en ponerme nerviosa.

—Pero ¿qué te dijo?

—Que si le podía ayudar a escribir una carta sobre el existencialismo francés. ¡Ves, exactamente la misma cara que pones tú ahora es la que puse yo entonces! Lo primero que pensé fue que, con el ruido de las planchas, le había entendido mal. Pero me repitió la pregunta y, sí, había oído bien: el chulito de barrio quería que le diera una lección sobre los existencialistas.

—Mucho bachiller y mucha leche, pero no tenía ni idea, hablarle del existencialismo fue como hablarle en finés.

—Es verdad, eran demasiado recientes para que los estudiáramos en la academia...

—Ya ves, mucha pedantería y pocas nueces.

—... y demasiado peligrosos para el régimen, algunas de sus obras estaban prohibidas, esto era lo poco que sabía de ellos. Incluso llegué a sospechar que era una trampa y que querían denunciarme por subversivo o algo así. Un poco paranoico sí que estaba.

—Tenías tus motivos, pobre, pero yo entonces no lo sabía.

Ahora los dos habían cogido el hilo de la historia y tiraban de él con rapidez, pisándose las palabras, los recuerdos; la conversación se pobló de nombres desconocidos, de anécdotas que no venían al caso pero que les provocaban una carcajada, un par de golpes en la mesa. Hubo momentos en que me costó seguirlos, en que yo me quedé sentada en esa mesa del Raval mientras ellos se escapaban a la rotativa, apenas cuatro o cinco calles más arriba. De mi madre, poca cosa saqué en claro. Solo que ella y Gabriel se habían carteado durante los diez meses que estuvo en Lyon. Al principio, ella mandaba cartas de amor que él devolvía redoblando el almíbar, plagadas de tópicos y algunos ripios, de los que riman *corazón* con *emoción*, esas eran todas las musas requeridas. Pero mi madre, animada por la amiga de tía Clara con la que vivía, empezó a ir de oyente a clases de Filosofía en la universidad. Y a tomar café en el bar de la facultad. Y a leer en su biblioteca. Y a hacer amigos. Amigos que discutían de política y de filosofía. Amigos que, como era de rigor en esa época, idolatraban el existencialismo y a Sartre, a Camus, a la Beauvoir y a toda su cuadrilla. Mi madre quedó impactada por esas universitarias que lucían desparpajo y el pelo cortado a lo *garçon*. Y, poco a poco, en sus cartas se diluyeron el azúcar y los amoríos, y ganó líneas, párrafos enteros, su entusiasmo por la vida universitaria y por esas teorías que oía sentada en el último banco de esa gran aula. Gabriel se quedó solo

enviando versos, se dio cuenta de que o la seguía por esos entresijos filosóficos o la perdía. Pero no podía seguirla, no sabía cómo. O sí, quizá tenía a alguien a quien recurrir. Un tipo de su edad, que trabajaba también en la rotativa del periódico y que, a trancas y barrancas, se estaba sacando el bachillerato. No tenía otra opción, le pidió ayuda. Quedaron a la salida. Allí mismo, de madrugada y bajo la luz de una farola, Quim leyó la última carta de Elena. La carta para la que Gabriel no tenía ya respuesta.

—La verdad es que tu madre escribía bien —me reconoció Quim, apurando las últimas cucharadas de su estofado—, aunque con eso del existencialismo tenía una empanada mental considerable. Pero ya te he dicho que yo en ese tema tocaba de oídas.

—Y me dijo que no podía ayudarme, que me espabilara.

—¡No te lo dije así!

—Casi.

—Entonces me puso una carita de desespero que, la verdad, me tocó la fibra.

—¿La fibra? —se rio Gabriel—. Lo que te tocó fue los cojones, porque sabías que tu imagen de bachiller iba a caer del pedestal, adiós a tu pose de superioridad.

—Mira, si llego a saber el lío en que te metía, no te ayudo.

Porque, a falta de conocimientos propios, Quim tuvo una idea. Él iba a menudo a estudiar a la biblioteca del Ateneu porque en su casa, con cuatro hermanos menores, el silencio era un hecho insólito. Y en el primer piso del Ateneu se organizaba cada mañana una tertulia: profesores de universidad, críticos literarios, historiadores, incluso decían que Josep Pla se dejaba caer a veces, aunque Quim no le vio nunca. A su alrededor, un corrillo de oyentes entre los que, de vez en cuando, él se hacía un sitio.

—Son intelectuales —le confesó en voz baja a Gabriel, como quien confiesa un pecado—, quizá ellos puedan ayudarte.

Y allí se encontraron a la mañana siguiente, Quim acarreando unos cuantos libros, Gabriel con la carta manoseada en el bolsillo. Esperaron a que acabaran las charlas, a que los oyentes se dispersaran. Solo quedaron un puñado de tertulianos recogiendo sus abrigos y ellos dos, plantados en mitad del saloncito, tiesos como dos palos de escoba.

—¿Os pasa algo, muchachos?

Codazos, cuchicheos entre ambos.

—Eh, habla tú, que eres el estudiante.

—No, habla tú, que es tu novia.

Al final apenas habló ninguno, lo justo para explicar que tenían que responder a esa carta que les tendía Gabriel, que les bastaba con unas cuantas frases que impresionaran a la muchacha. Uno de los tertulianos la leyó en voz alta; hubo algunas risitas, algunos párrafos fueron objeto de ligero escarnio, otros fueron apreciados. Pero, en general, el interés de la chica por la literatura y la filosofía, y la desenvoltura con que escribía, despertaron admiración.

—¿Y dices que solo tiene dieciocho años? ¿Y que está yendo a la universidad de oyente en

Francia porque sus padres no la dejaban estudiar aquí?

—Sí, señor.

—¿Y es tu novia?

—Sí, señor. Y la quiero mucho. Y yo no sé nada de todo eso de la existencia y la esencia, que dice que una precede a la otra, pero no sé quién a cuál, y que estamos marcados o determinados o algo así, pero por nuestros actos y no por nuestra naturaleza, que no sé ni qué significa eso, pero ella lo dice mucho y debe de ser importante. Miren, yo es que no lo entiendo ni sé por qué tengo que meterme a entenderlo, pero me da mucho miedo perderla.

Le interrumpió una carcajada general.

—¡Tranquilo, muchacho, que vas a deslumbrarla!, tú déjanos a nosotros.

Y así, el Gran Embaucador fue salvado una vez más. Esta vez por un grupito de Cyranos que le escribieron las cartas. Lo hacían porque les divertía, y porque les daba pena el muchacho y les hacía gracia la chica y sus pensamientos cada vez más profundos, más elaborados. Les gustaba la espontaneidad con que exponía lo que iba aprendiendo, la facilidad con que parecía asimilarlo. Y la sencillez con que se introducía por vericuetos sobre la libertad de los individuos y su responsabilidad individual, sacando conclusiones que eran a veces un despropósito, otras un peligro en aquella España franquista. Y otras, una visión tan fresca y aguda sobre la sociedad y los humanos que ese grupo de intelectuales no podían menos que admirarla. Los días en que llegaban los dos jóvenes con una nueva carta casi se la arrancaban de las manos, la leían en voz alta, hacían bromas amables sobre esos párrafos cursis y románticos que jamás desaparecieron, pronunciaban solemnemente aquellos que dedicaba a contar sus avances filosóficos. Y le sonreían a Gabriel, con una mueca entre la ternura y la complicidad, cada vez que ella incluía en sus textos una alabanza sobre la rapidez con la que él entendía todo lo que le contaba, la extraordinaria sagacidad con la que respondía.

—¡En una carta llegó a decir que Gabriel era la prueba evidente de que la formación académica estaba sobrevalorada! —se rio Quim recordándolo.

—¿No te daba vergüenza engañarla de esta forma? —pregunté.

—No, la verdad, solo quería salir del apuro. Pero luego, claro, empecé a temer que a su vuelta me calaría rápido.

—¿Y lo hizo?

No, no le caló porque Gabriel era embaucador, pero no estúpido. Y pidió ayuda a su corte de intelectuales, que, además de redactarle las cartas, empezaron a aleccionarle sobre el significado de lo que contestaba. Gabriel había decidido instruirse, aunque fuera por su cuenta. Se hizo socio del Ateneu, cambió la penumbra del gimnasio por la luz de las lamparillas que pueblan las mesas de su biblioteca. Filosofía y literatura, eso era lo que le gustaba a Elena y en eso se centró. Leyó todo lo que le recomendaban sus mentores de la tertulia, el propio Quim, algún bibliotecario cargado de paciencia que le ayudaba en sus elecciones. *La Colmena* de Cela, *El Jarama* de Sánchez Ferlosio, Ana María Matute con esas *Primeras memorias* que acababan de ganar el

Premio Nadal, le entusiasmaron. Escribió sobre ellos a Elena y lo hizo él mismo, no quiso que nadie le corrigiera esos párrafos, que quizá quedaron toscos pero reflejaban todo su ingenuo entusiasmo. Le confesó que otras lecturas se le habían atragantado, como *El extranjero* de Camus, y Elena se lo perdonó porque a ella tampoco le había gustado. Empezó a ir por el mundo con un libro en la mano, cualquier momento era bueno para abrirlo y devorar unas pocas páginas. Así lo resumió Quim:

—Habrá en el mundo quien haya leído más que él, pero yo no le conozco. Empezó entonces, y ya no lo ha dejado nunca. Tiene un trastero lleno de cajas repletas de libros.

Recordé la librería de su casa, atestada de volúmenes apelotonados.

—Y los que dejé en París cuando me vine —terció Gabriel con un puntito de añoranza—. No podía traérmelos y los vendí a un librero de viejo. De todas formas, como nunca he tenido espacio ni presupuesto, la mayoría los sacaba de las bibliotecas. Ya ves, hace un rato este decía que era un chulo de barrio y, de repente, héteme aquí reconvertido en una rata de biblioteca. En un flojo y un lánguido, en eso me convertí. ¡Yo, que aspiraba a ser campeón del mundo de los pesos pesados!

—Tranquilo, que pesado lo sigues siendo —se rio Quim—. Y tanto entrenamiento también sirvió de algo, recuerda aquel derechazo que le soltaste a ese tío en París muchos años después.

—Sí, fue bueno aquel, ¡a ese imbécil sí le rompí la nariz! Y merecía que le rompiera también el cráneo, lástima que me lo impidió la Gendarmerie. Imagínate cómo le dejé la cara —dijo dirigiéndose a mí con orgullo— que me llevaron detenido, hubo hasta juicio, yo sentado en el banquillo de los acusados.

Violento. Siempre dispuesto para las trifulcas callejeras. Y con antecedentes policiales, así me lo había descrito Pepita. Y ella siempre sabe lo que se dice.

—¿Y por qué la pelea?

—Porque estábamos en un bar y ese tipo empezó a acercarse a Elena, a importunarla, a ponerle la mano en el brazo, en la espalda. Le dije que la dejara en paz, se dio cuenta de que éramos españoles y empezó a llamarme *immigrant moche*, algo así como inmigrante piojoso.

—Tenía toda la razón del mundo en sacudirle —secundó Quim—. Lo habría hecho yo mismo, pero soy lento de reflejos, siempre llego tarde. Y hablando de eso —consultó su reloj—, tengo que irme, me espera Martina, la hija de mi sobrina, le he prometido que estaría allí cuando despertara de la siesta y que bajaríamos al parque.

Hizo un amago de sacar la cartera, pero le interrumpí. Necesitaba una excusa para volver a quedar con ellos. Tenía que volver a ver a Quim, tenía que hablar con él a solas.

—Dejadme que os invite, ya pagaréis vosotros otro sábado, que me ha encantado el sitio. Y la compañía, claro.

No les di tiempo a protestar, me levanté rauda de la mesa, me acerqué a la barra y pedí la cuenta. Mientras esperaba, vi cómo los dos hombres hablaban. Cuchicheaban algo. Sobre mí, estaba segura. Intenté adivinar qué decían, leerles los labios, pero se interpuso el corpachón de

un camarero que recogía los platos vacíos. Daba igual, mi móvil había quedado sobre la mesa, grabando. Nos despedimos en la misma puerta, ellos dos se marcharon juntos, uno al encuentro de su sobrina nieta y el otro, me dio la impresión, sin más plan que acompañarle. Tuve la sensación de que Gabriel tomaba especial cuidado en que no me quedara a solas con Quim. Una lástima, pero ya encontraría otra oportunidad para hablar con él, para que me explicara cómo fue esa despedida en el aeropuerto. Para desbrozar todas las mentiras que pudiera contarme y averiguar por qué mamá no había cogido ese avión.

Me senté en un banco de la plaza del Bonsuccés y saqué el móvil, tenía curiosidad por saber qué habían dicho de mí. Escuché mi voz invitándolos al almuerzo y el ruido de mi silla al levantarme. Unos segundos de silencio, los justos para que yo llegara a la barra, para asegurarse de que no podía oírlos. Luego, la voz de Quim, hablando bajito, nervioso, atropellado.

—Olvídate de esta historia, estás loco, ¡loco! Es lista, si sigues hablando con ella, descubrirá la verdad.

—La verdad ya la sabe. Quizá aún no quiere reconocerlo, pero la sabe.

Ruido de platos, la voz del camarero preguntando si habíamos comido bien, yo regresando a la mesa.

Fin de la grabación.

Mi mano, súbitamente temblorosa, tiró el teléfono al fondo de mi bolso, quedó perdido entre ese montón de objetos y papeles que acarreo siempre. Oculto bajo una capa de indiferencia. Como quien sofoca el fuego echándole encima una manta.

# CAPÍTULO 13

Esa tarde de sábado, con Gabriel y Quim desvanecidos ya entre la gente, ni tenía prisa ni tenía plan. En estos casos, pasear por la ciudad siempre me ha parecido una buena alternativa.

Anduve tres callejuelas y llegué al Macba, la plaza tomada por skaters y patinetes, una caballería de asfalto que me obligó a cruzar rauda la explanada, entre el zumbido de sus ruedas y el golpeteo seco de los saltos contra el cemento. Subí por Joaquín Costa, crucé la plaza de la Universidad y decidí seguir por Enric Granados, es un paseo agradable. Pero no lo era esa tarde, no conseguía disfrutar de él; andaba rápido, sin interrumpir mi paso para husmear en las tiendas, me irritaban los semáforos que me obligaban a pararme. Algo dentro de mí me pedía estar en movimiento constante, como un funambulista que teme perder el equilibrio si se detiene en mitad del alambre. No podía sacarme de encima ese desasosiego que me acompañaba desde hacía días y que esa tarde parecía avivarse, quizá porque, al ser sábado, no había podido ocultarlo bajo una gruesa capa de expedientes y reuniones. Era una angustia parecida a la niebla: etérea, envolvente, no sabía de dónde provenía ni podía quitármela de encima. No se puede luchar contra la niebla, solo puedes esperar a que escampe. Crucé la calle sin mirar y casi me atropelló una bicicleta, el ciclista me dedicó un par de tacos. Me apresuré aún más. De repente no quería ya pasear, pero tampoco quería irme a casa. No quería estar sola, pero tampoco quería hablar con nadie. Y, para no hablar con nadie, es importante apagar el móvil. Error mío, no lo hice. Oí cómo sonaba desde lo más recóndito de mi bolso.

Me costó dar con él, pero lo agarré a tiempo antes de que se cortara la llamada. Era Alberto, mi exmarido. Estuve a punto de devolverlo a las profundidades del bolso, fuera lo que fuera lo que tenía que decirme, seguro que no me alegraría la tarde: solo oír su voz ya me pone de malhumor. Quizá sería más exacto decir que me deprime, me remueve, me deja hecha polvo, esa es la realidad. Iba a colgarle sin más, pero recordé que mi hija había estado con él ese mediodía, quizá la llamada tenía que ver con ella. Contesté.

—Hola, dime.

Fui algo seca, pero a alguien que va a ponerte de malhumor tampoco hace falta saludarle muy efusivamente, creo yo. Me preguntó cómo estaba papá, le noté nervioso. Treinta segundos de charla insustancial eran veinticinco segundos más de los habituales, como si no se atreviera a entrar en materia. Empecé a asustarme.

—Oye, ¿le ha pasado algo a Ariana?

—No, tranquila, está bien.

Se aturulló un poco:

—Este mediodía se lo hemos contado ya a la niña, pero quiero que lo sepas por mí.

Que se lo habían contado a Ariana, pillé el matiz del plural. Fuera lo que fuera, intuí que no quería saberlo.

—Victoria y yo...

Cara-rata y Alberto. Definitivamente, no quería saberlo.

—... vamos a tener dos hijos. Gemelos.

Ratoncitos.

No dije nada. El silencio entre nosotros se alargaba. Por mí, lo habría hecho durar el resto de mi vida.

—Carol, ¿estás ahí?

No quería, pero estaba ahí, sí. Y tenía que decir algo, enhorabuena y todo eso, es lo apropiado en esos casos. Supongo que felicitar al futuro padre es lo que tocaba. Pero, por una vez, no fui capaz de hacer lo que tocaba.

—Sinceramente, Alberto, me alucina que a tu edad te dejes meter en estos líos, menudo ridículo. Si te aprieta el instinto paternal, podrías cuidar más de la hija que ya tienes. Pero es tu vida, por supuesto, y eres libre de cagarla como más te plazca.

—Te agradezco el consejo, pero solo quería que lo supieras.

En su voz ya no había nervios, ahora era suave, paternalista. La voz asquerosa de quien está dispuesto a perdonar las flaquezas de su contrincante, porque sabe que acaba de asestarle un buen golpe y que esas flaquezas son por su puñetera culpa. Me enfurecí aún más.

—Pues ya me lo has dicho, mensaje recibido. ¿O quieres algo más? ¿Que haga de madrina, quizá?

—No, tranquila, el puesto está ya ocupado. Se lo hemos pedido a Ariana y ha aceptado. Está encantada con la idea de tener hermanos.

Cuchillos, noté cómo se clavaban en mi estómago. Penetraban en mi cuerpo fácilmente, como si yo no fuera más que un monigote de trapo.

«Vete a la mierda.»

Creo que esto último solo lo pensé, no llegué a decirlo, pero no estoy segura. En cualquier caso, no quería seguir hablando con él, incluso mi orgullo se batía en retirada. Colgué.

Estaba en mitad de Enric Granados, me senté en un banco. Un peso invisible me oprimía el pecho, cada vez con más fuerza; respirar era difícil, sentía que si no reaccionaba iba a ahogarme.

Pero por la calle pasa gente, pueden verte. Por eso en un banco de la calle no puedes gritar, ni llorar, ni tirarte de los pelos hasta arrancarte mechones enteros. Un banco de la calle es muy mal sitio para sentarse inmediatamente después de que tu exmarido te diga que va a tener ratoncitos. Necesitaba respirar, pero no podía, como si una mano me tapara la boca. «Victoria y yo vamos a tener dos hijos, gemelos.» En un gesto reflejo, empecé a rascarme el antebrazo con fuerza, con rabia, agradecí el dolor que me causaban mis uñas largas, esmaltadas e hirientes. «Victoria y

yo.» «Dos hijos, gemelos.» La voz de Alberto resonaba dentro de mí, el anuncio de su paternidad como un eco que se propagaba en un espacio irreal, todo se me desdibujaba. Nada existía ya, ni la calle ni la gente que paseaba por ella, ni el frío de la tarde ni mi brazo. Solo su voz, que a fuerza de repetirse fue cambiando de tono, y dejó de ser la suya para ser la de ese médico —bata blanca, barba espesa, mirada fija en los papeles sobre su mesa— que nos anunciaba que el tratamiento había fallado de nuevo; y también mi voz, extrañamente aguda, nerviosa, gritando que se acabó, que ya no estaba dispuesta a volverlo a intentar. No tendríamos más niños, aunque una única hija fuera un magro resultado para un matrimonio tan perfecto. Alberto insistió al principio, dijo que no podíamos rendirnos mientras hubiera opciones, porque soñaba con una familia numerosa, con un hijo varón al menos. Pero yo no podía enfrentarme ya a más frustración. Y al final él aceptó y claudicó, puso su brazo sobre mis hombros y me besó. Yo sonreí. Y los dos reímos las gracias de Ariana, le hicimos muchas fotos que pusimos en bonitos marcos, porque era necesario que la cría ocupara todo el espacio posible, incluso en la estantería. Fotos de niña sola, en las que sé que Alberto veía los huecos. No sé si mi exmarido me culpó en silencio, pero yo sí le culpé a él: por hacerme sentir defectuosa, por convertirme en el objeto de su resignación. Es horrible sentir que alguien se resigna a ti, te deja un regusto a fracaso pegado al paladar. Durante años confié en que mi cuerpo, tan sano y fuerte, se revolviera contra ese diagnóstico absurdo, pero cada mes la misma decepción, hasta que dejamos de hacer el amor y casi ni me importó. Jamás volvimos a hablar de ello, nunca quise saber si él seguía echando de menos a los hijos que no tendríamos. Tampoco él me lo dijo, hasta esa llamada. Bueno, no lo había dicho, pero le conozco y noté su alegría, su emoción, que no se esforzó en disimular. Seguía rascándome con rabia, las uñas me erosionaban la piel; el dolor me reconfortaba.

Sentada en ese banco, pensé que, con el nacimiento de los niños, Alberto y Victoria ya no serían solo pareja, ahora también serían una familia. Él reconstruía en otra casa lo que había destruido en la nuestra. Mi matrimonio era una derrota a plazos, una colección de fracasos por fascículos. Y ahora tocaba una nueva entrega. Vi a Minnie Mouse luciendo embarazo en la fiesta de verano del Club de Polo, a mi exmarido paseando el cochecito por el Turó Park, los niños tambaleándose sobre sus primeros esquís en la nieve de la Cerdanya... Lugares y actos sociales a los que tantas veces había acudido con Alberto y que ahora evito con excusas más o menos creíbles. Quedarme en casa es siempre mejor que coincidir en público en desigualdad de condiciones: ellos dos felices de la mano, yo con una solitaria copa en la mía. Afrontando sola esa humillación inevitable de los cuchicheos a mi espalda, de los silencios abruptos al acercarme a un corrillo, convertida otra vez en la comidilla de esa caterva de bocas hambrientas. Ya los veía salivando, mi vida transformada de nuevo en un jugoso bocado, la guinda tras el divorcio. Y el rumor de esos *pobrecitacarol* —así, todo junto, como si ese fuera ahora mi nombre— que yo no oiría pero intuiría, y no podría soportarlo, porque no aguanto que me compadezcan, no me resigno a ser el hazmerreír de nadie. Fijé la vista en mi antebrazo: un pedazo de piel enrojecida, en el centro una pequeña herida. Hacía mucho tiempo que no me rascaba con tanto desespero.

—Dejadme en paz —murmuré—, dejadme todos en paz.

Mi ruego quedó allí, perdido en la acera, porque no había nadie a mi lado para escucharlo. Estaba sola en ese banco, nadie quiere sentarse junto a una mujer con ojos de loca. Tenía manchas de sangre en la manga de mi camisa, que arrugué para esconderla bajo el jersey. Mejor marcharse, recogí la bolsa que había dejado en el suelo. La bolsa con el vestido negro, cruzado y simple, que le había comprado esa mañana a Ariana para el entierro. Y vi a mi hija con el mismo vestido, pero que no era de luto, sino de alegres colores, de pie sosteniendo a los niños junto a la pila bautismal. Sonriente, una copia exacta de mi madre en esa maldita foto.

La traición de los que más queremos es siempre la más dolorosa.

Paré un taxi, iba a darle la dirección de mi casa, pero sentí que necesitaba el calor de un beso, de un abrazo. Y solo había un sitio donde pudieran dármelo. Me abrió la puerta Pepita.

—¡Señorita, qué alegría! No sabía si vendría hoy.

*Alegría* era una palabra que no se correspondía con la realidad. Ni con la mía ni con la suya, bastaba con vernos la cara para saberlo. Le di un abrazo, ambas lo necesitábamos.

—¿Cómo está papá? ¿Todo bien?

Negó con la cabeza mansamente, entregada ya a la desgracia inevitable.

—Tiene muchos dolores, la enfermera dice que esta noche apenas ha dormido. Y desde ayer que no ha comido nada, si sigue así... pocos días le quedan, señorita.

La imagen de Gabriel cruzó fugaz por mi cabeza. Papá tenía que aguantar, tenía que irse de este mundo sabiendo que estaba libre de sospecha, que la verdad había salido a la luz. Esa verdad que yo ya sabía, había dicho Gabriel. No había pensado más en él ni en esa frase extraña, y recordarlo ahora, en casa de mi padre, me hizo sentir culpable. Dejé el abrigo, el bolso y la bolsa con el vestido de Ariana en el recibidor. No había avanzado ni un par de metros por el pasillo cuando la voz de Pepita me detuvo.

—Tendría que comprarle al señor un traje nuevo.

—¿Y para qué quiere mi padre ya un traje?

Pregunté sin pensar, la respuesta era obvia.

—Para la mortaja, señorita. Ha adelgazado mucho y todos le van muy anchos. Él, que ha sido siempre tan elegante, el último día ha de estar presentable.

La mortaja. El nudo de la soga corrió unos milímetros, apretó un poco más mi cuello. A menudo, los detalles más nimios son los que dan magnitud a la tragedia.

Encontré a papá levantado, sentado en un sillón del salón, vestido con pijama y batín, las piernas cubiertas por una manta. Intentó ponerse en pie cuando me vio entrar, pero le fallaron las fuerzas y tuvo que limitarse a abrir los brazos para acogerme en su regazo. Me senté a su lado y, en cuclillas en el suelo, dejé caer mi cabeza sobre la suave angora de la manta, sentí el roce de sus delgados dedos acariciando mi pelo, mi espalda, como cuando era niña. Pensé que quizá era la última vez, que quizá no habría ya más oportunidad para sus caricias. Me invadió una tristeza infinita. Mala idea haber ido a verle: si pones un vaso lleno bajo un grifo que gotea, no tarda en

rebosar. Cada caricia, una gota. Dos gotas, tres, cuatro lágrimas, cinco... No podía evitarlo, ni siquiera hice el gesto de enjugármelas. Sentía cómo salían de mis ojos una a una, espesas, como de mercurio. Las notaba luego resbalar lentamente, mejilla abajo, hasta la comisura de mis labios. Fue un llanto suave, un llorar tranquilizador.

Creo que en estos últimos treinta años solo había llorado una vez: el día que Alberto hizo la mudanza, cuando le vi marcharse acarreando tres maletas y varias cajas, haciendo que todo fuera ya irreversible. Oí el portazo y me quedé sola: Ariana no estaba, el muy cobarde quiso irse en su ausencia alegando que era mejor evitarle sufrimientos, como si la niña no fuera a notar el vacío a su vuelta. Cuando oí el rumor del ascensor en su último descenso hasta el parking, el llanto se me agolpó en la garganta y en los ojos. Pero me contuve, no hubiera olvidado algo y subiera de nuevo al piso. Esperé unos minutos, hasta que desde la ventana vi salir su coche y enfilar calle abajo. Entonces descubrí que se puede llorar mucho y durante mucho rato. Horas y horas. Me recuerdo entre sollozos bebiendo una botella de agua a morro. Temía secarme, quedarme sin lágrimas. Necesitaba seguir llorando. No había vuelto a llorar desde entonces. La mano vieja y huesuda de papá seguía acariciándome el pelo.

—Carolina, hija, ¿qué te pasa?

¿Qué decirle, que no quería que muriera, que no soportaba la idea de quedarme sola? ¿Que me sentía culpable por visitar al amante de mi madre? ¿Que tenía dentro de mí un presentimiento oscuro, una angustia de la que no conseguía zafarme?

Oí el rumor de las zapatillas de Pepita acercándose por el pasillo, me traía una taza de manzanilla. Todo como cuando yo era pequeña, cuando los disgustos tenían fácil arreglo. Levanté la cabeza de las rodillas de mi padre y tomé pequeños sorbos de la infusión. Estaba muy caliente, me quemaba la lengua, pero reconfortaba. Todo en casa de mi padre me aliviaba: su presencia y la de Pepita, la madera que crujía a mi paso, los armarios y cajones que guardaban nuestros secretos, los pesados cortinajes que nos mantenían a cobijo del resto del mundo. Deseé poderme quedar allí toda la vida. Levanté la vista y miré a papá: demacrado y ojeroso, toda la vida era en su caso un puñado de días. Hay momentos en que todo converge en un profundo desastre.

—Alberto va a ser padre —murmuré, al fin—. Dos niños, gemelos.

Les conté la llamada, reproduje las palabras de Alberto, me ahorré las mías. No había más que explicar. Pepita, en un gesto reflejo, cogió la cadena que lleva al cuello, se acercó la crucecita a los labios y la besó, es lo que hace siempre que tiene noticia de una desgracia. La vi hacer esfuerzos para amarrar un par de lágrimas. Pobre Pepita, ella sí es llorona: aún recuerdo sus ojos húmedos mientras abrochaba mi traje de novia, el ligero temblor en sus manos al ponerme el velo, enfundada ella en el traje más elegante que jamás ha vestido, apurada por no desentonar en ese segundo banco de la iglesia que ella consideró inadecuado para alguien del servicio, por lo que tuve que insistirle para que lo ocupara. «Ideales, son ideales», exclamaron los invitados al vernos bailar el vals, mientras Pepita, desde una esquina, sacaba un pañuelito de su pequeño

bolso y se enjugaba más lágrimas. Veinte años duró ese ideal de cartón piedra. En todo ese tiempo, no me preguntó jamás si era feliz. Tampoco lo hizo mi padre. Daba igual si ese decorado hacía aguas y habíamos naufragado en ellas, los tres sabíamos que no era esa la cuestión. Somos unos maestros en este arte de aparentar y callar.

Y ahora yo me había plantado ante ellos sin careta ni disimulos. Imperdonable. Los obligaba a saber, a asumir, a compartir mi pena, a padecerla también, como quien transmite un virus. Me arrepentí de haber ido a verlos, había sido egoísta, había pensado solo en mí, dejar que mi padre muriera sin saber lo de los ratoncitos habría sido lo mejor. Pero ya era tarde. Ahora me miraba con unos ojos hundidos en tristeza, como no los había visto nunca, ni siquiera en esos días de sufrimiento atroz antes de que los médicos aceptaran darle morfina. Intenté remediarlo, hice un esfuerzo por sonreír, me sequé los ojos con la manga de mi jersey, me aseguré de que los arañazos en mi brazo no quedaran expuestos a la sagaz mirada de Pepita.

—Estoy bien, papá, no te preocupes, es solo que la noticia me ha cogido por sorpresa. Además, ¿qué importa que Alberto tenga hijos con esa? Lo que haga él no ha de afectarme, es su vida y por suerte ya nada tiene que ver con la mía.

Pepita asintió vigorosamente. Papá, en cambio, no modificó su expresión.

—No sabes cómo me duele, hija, dejarte así, que nunca me ha vencido nadie y, justo ahora, este maldito cáncer que me puede. No es por mí, que a mi edad ya toca retirada, pero abandonarte así, tan triste, sola, tú que toda la vida has sido alegre y ahora, mi pobre niña, mírate. Me siento tan impotente...

Conozco muy bien a mi padre. La impotencia no es un sentimiento que haya anidado jamás en él, ni con el que le resulte fácil convivir. Me maldije por haber sucumbido a la tentación de ir a llorar a su regazo, bastante tenía él con su sufrimiento como para añadirle la carga del mío.

—No estoy sola, papá. Tengo a Ariana. Y a mis amigos y mi trabajo. Y Pepita puede quedarse una temporada, salvo que tenga mucha prisa por irse a su pueblo.

—¿Yo, prisa? ¡Ninguna, señorita! Como si quiere que me quede años cuidándola, que yo de aquí no me voy mientras alguien de esta familia me necesite.

Le cogí la mano, se la besé. De joven, su abnegación y generosidad con nosotros me parecía algo natural. Ahora sé que su entrega ha sido extraordinaria, al irse mi madre hizo todo lo posible por suplirla, por llenar su vacío de la mejor manera posible. Me enderecé y fingí animarme.

—Venga, no os preocupéis por mí, esta noche dormiré como un lirón y mañana me levantaré la mar de feliz.

Tampoco esto nos lo creímos, pero Pepita volvió a asentir, esta vez también mi padre fingió. Estábamos entrenados para simular, interpretábamos tan bien nuestro papel que seguíamos representando la función dentro de casa, sin público. Habíamos llegado a un punto en que necesitábamos seguir el guion para estar tranquilos.

Nos pasamos la tarde hablando de todo un poco. Bueno, de todo menos de Alberto y los ratoncitos, ni de mis lágrimas, ni de la enfermedad de papá ni de su muerte. Obviamos todo eso,

soslayamos lo más importante. No éramos actores de comedia, pero tampoco había que pasarse con el drama.

Ese sábado no iría de cena. Marta y Salva estaban esquiando, Cuca y su marido tenían un compromiso. Mejor, esto me liberaba de inventarme una excusa para quedarme en casa. A quien sí mentí fue a Pepita y a mi padre, y a las ocho me levanté para irme con el pretexto de que debía arreglarme. Que saliera con mis amigos pareció tranquilizarlos.

—Me voy, papá, pero prométeme que cenarás. Has de comer.

Mi padre guardó silencio. Yo insistí.

—¿Me lo prometes?

—No. Solo pensar en la comida ya me dan arcadas. Así que no te lo prometo, ya sabes que yo no te miento.

—Inténtalo al menos.

—¿Lo de mentir?

—No, papá, lo de comer.

Le di un beso. Su piel reseca olía a medicina. Estaba ya en la puerta del salón cuando me asaltó una duda. Una duda que no me había planteado hasta la llamada de esa tarde.

—Papá, ¿por qué no te volviste a casar?

—¿Y traerte una madrastra a casa? ¿Es que de pequeña Pepita no te leyó cuentos?

—¿De verdad no querías tener más hijos? Un varón, el *hereu*.

—No. —Me guiñó el ojo—. Cuando la *pubilla* sale tan perfecta, no hay que tentar a la suerte.

—Papá, ¡que acabas de decir que no mientes nunca!

Bajé por la escalera, una bonita escalinata de mármol con pasamanos de madera encerada y brillante. Un pasamanos por el que me deslizaba de pequeña, con los consabidos gritos de Pepita y el suspiro resignado de mi abuela Amelia. Porque papá y yo vivíamos en el mismo edificio que mis abuelos. Un inmueble señorial, de piedra blanca, en una calle tranquila por encima del paseo de la Bonanova y con un hermoso jardín trasero. Lo mandó construir mi abuelo, solo tres plantas: en la primera se instaló la familia, en la segunda viviría papá, su único hijo varón, cuando se casara, mientras que en la tercera, la buhardilla, estaban las habitaciones para el servicio, que entonces era numeroso. El abuelo no quiso construir más plantas para sus dos hijas, y mis tías entendieron el mensaje perfectamente: tía Teresa conoció en S'Agaró a un banquero suizo y formó su familia en Ginebra, y tía Amelita, viendo que se quedaba para vestir santos, decidió convertir la expresión figurada en literal y se ordenó monja. Así que papá, cuando se casó, no hizo más mudanza que trasladarse al piso de arriba, mientras mis abuelos siguieron viviendo en la primera planta, desde la que la abuela Amelia dirigió el rumbo de la familia hasta que, con el alzhéimer, se olvidó de dónde estaba el timón. El abuelo y papá podían ser grandes hombres de negocios y dirigir con pulso firme la empresa, pero en los asuntos domésticos y sociales mandaba ella, los dos hombres jamás cuestionaron sus decisiones, ni siquiera aquellas con las que, en su fuero interno, no estaban de acuerdo. Controladora y chapada a la antigua, yo la quería

y odiaba a partes iguales. Cuando murió lloré mucho, pero no pude evitar tener la sensación de que todos nos liberábamos de su peso. Entonces el yayo Manel hacía años que había fallecido, yo tenía veinticinco y andaba ya ennoviada. Papá guardó esa primera planta vacía para mí, pensando que nos instalaríamos allí tras la boda. Pero Alberto se negó en redondo, siempre necesitó poner distancia con mi padre. Papá no insistió, al contrario: nos regaló un piso en un hermoso edificio que se construía cuatro calles más abajo. Habló con la promotora para que unieran las dos viviendas de la cuarta planta, cambiaron planos y acabados. Un piso precioso, luminoso, tan grande como el que papá nos ofrecía, solo que lejos de él. Nunca me lo ha echado en cara. Fue su regalo de bodas, aunque lo puso únicamente a mi nombre. Y el piso de mis abuelos quedó definitivamente vacío, porque nunca ha pensado en alquilarlo ni venderlo, no ha querido extraños en la finca, que nadie que no fuera de la familia paseara por ese jardín. Y ahora será mío, y también el piso de mi padre, y esa buhardilla abandonada en la que pueden fácilmente construirse cuatro apartamentos. Y los venderé todos y ese edificio no será ya más de los Planadevall. Igual que la casa de S'Agaró y su torreón. Emblemas familiares que ya no tienen sentido, símbolos de una saga en liquidación, conmigo convertida en el último eslabón de la cadena, porque a mi hija el concepto de saga familiar le es completamente ajeno, no le interesa en absoluto. Sentí cómo crecía mi angustia mientras bajaba el último tramo de escalones. Había entrado esa tarde buscando cobijo, y ahora escapaba de allí, a toda prisa, buscando un respiro. Inspiré profundamente y enfilé hacia casa.

Cuando llegué solo estaba el perro, como loco por salir tras un día encerrado en el piso. Es el único momento en que me hace carantoñas y me da lametones. A Ariana, en cambio, se los da siempre, puede pasarse horas quieto a su vera mientras ella estudia o tiene la nariz pegada a alguna pantalla. La segunda opción de Rocco es Verena, yo soy solo la tercera, la última disponible, no queda nadie por debajo de mi escalafón. Pero esa noche, si quería salir, debía conformarse conmigo, y lo sabía. También yo tenía que conformarme con él, estábamos a la par. Cogí la correa y bajamos a la calle.

Al regresar del paseo puse música, me serví una copa, dejé que se llenara la bañera y que el vaho borrara mi imagen del cristal. Me desnudé y me sumergí en agua caliente y sales. Noté el escozor de la herida en mi brazo. Un whatsapp de Ariana me anunció que no vendría a dormir, que se quedaba en casa de una amiga, ni siquiera me decía su nombre. Mi hija no me contaba ya nada, lo ignoraba todo de ella, incluso el nombre de sus amigas. Diecinueve años y se había convertido en una extraña, al menos para mí, quizá a su padre sí le explicaba cosas, quizá Victoria estaba delante cuando se las contaba y ahora ella sabía más de mi hija que yo misma. Sentí una punzada de celos. Ariana quería a Victoria, como mínimo le caía bien. Mejor que yo, eso es seguro. Y ahora cara de rata iba a pagarle ese cariño con dos hermanastros. Era agradable cerrar los ojos y sumergirse en el agua caliente. Pensé que debía de ser una sensación parecida a estar dentro del útero materno. El útero de una madre desconocida, que no había hecho por mí

más que expulsarme de su vientre, parirme y largarse. Tiré con fuerza del tapón y dejé que el agua se marchara por el sumidero. Me quedé sola, desnuda, en la blanca bañera. Tirité de frío.

Ariana iba a tener dos hermanastros. Pensé que *hermanastro* era una palabra muy fea. Y *padrastro, madrastra, hijastra, abuelastro*... Estábamos poblando el mundo de palabras horribles, el gobierno debería encargar a algún poeta que rebautizara este entresijo de nuevas relaciones familiares. Que les pongan el nombre de árboles, por ejemplo. Que un padrastro sea un sauce y una madrastra una encina o una palmera. Cerré los ojos e intenté hacer una lista de palabras bonitas, pero estaba triste y no se me ocurrió ninguna. Bueno sí, una: *Orfidal.* A mí me parece hermosa, elegante, con un toque clásico. Podría ser el nombre de un dios griego. O una marca de joyería carísima. O, ya puestos, el nombre de un precioso pueblecito de la Toscana o del Empordà.

Me sequé, me puse el pijama. Abrí el cajón de mi mesita de noche y cogí el blíster. *Orfidal*, dudo que haya otro medicamento con un nombre más distinguido. Lástima que ya me había acabado el vino, casi me supo mal tomármelo con simple agua del grifo.

# CAPÍTULO 14

El lunes siguiente llamé al timbre de la Gran Vía diez minutos antes de lo habitual. Plantada en el rellano, no le di tiempo ni a acabar de abrir la puerta. Me daba igual si me oía la vecina que nos espiaba tras la mirilla. Tenía la pregunta ardiéndome en la boca desde que la palabra *hermanastro* se había clavado en mi cerebro, y de eso hacía ya casi cuarenta y ocho horas. No podía esperar ni un segundo más a soltarla:

—¿Mamá y tú tuvisteis hijos?

Gabriel, medio oculto aún tras la puerta entreabierta, me lanzó una de sus miradas escrutadoras. Una vez más, tuve esa extraña sensación de que era él quien me interrogaba a mí, él quien penetraba en mi cabeza y no al revés. Su silencio me puso aún más nerviosa.

—¿Y eso a qué viene? —respondió al fin cauteloso.

—A nada —contesté tajante; no iba a contarle lo de los ratoncitos ni el terrible fin de semana que había pasado desde que nos despedimos en el Raval—. Simplemente, se me ha ocurrido que quizá tengo hermanastros y no me he enterado.

—Pues si los tienes, yo tampoco lo sé. Aunque no lo descartaría, conociendo a Ricard.

Decidí hacer caso omiso del comentario sobre papá. Sabía que había mantenido algunas relaciones tras la marcha de mi madre, aunque ninguna seria. Al menos, no lo suficientemente seria como para presentarme a la interfecta. Y si hubiera tenido hijos con alguna de ellas, me habría acabado enterando tarde o temprano, porque en esta ciudad todo se sabe, y un hijo ilegítimo de padre rico no suele quedarse calladito.

Gabriel Bonell acabó de abrir la puerta, no sin antes lanzar un vistazo a la mirilla de la vecina de enfrente. Frunció el ceño.

—¡Así se quede ciega de tanto mirar por ese maldito agujero, vieja cotilla! Y tú —ordenó, dirigiéndose a mí— entra de una vez, que a esa no hace falta entretenerla, para eso ya tiene la tele encendida todo el santo día. Anda, pasa...

Me dejó sola en el pequeño recibidor. Respiré hondo un par de veces. Luego, me quité el abrigo, solté el bolso, cogí el móvil y conecté la grabadora: mi pequeño ritual de cada mediodía. Le vi alejarse por el pasillo, oí el crujido de la mecedora al final del trayecto. Estaba delgado, pero para su edad seguía teniendo un cuerpo fuerte, atlético. Quizá papá y él fueron feroces contrincantes en el pasado, pero ahora, por desgracia, la pelea habría sido claramente desigual. Cuando llegué al salón, vi que había retirado de la mesa el hule de cuadros, en su lugar un jarrón con unos lirios azules.

—Bonito ramo. Muy vangoguiano, si me permites la expresión.

Agradeció el cumplido con un ligero gesto de cabeza. Me senté en el sofá, los dos de nuevo frente a frente.

—¿Te gustaría?

—¿El qué? ¿El ramo?

—¡No, mujer! Haber tenido hermanastros.

—No lo sé, no me lo he planteado.

Mentira, me había pasado todo el domingo considerando esa posibilidad. Y lo tenía claro: no quería tener ningún vínculo con ese hombre, y menos un medio hermano con sus hechuras y su apellido. Tampoco una hermanastra con el encanto y la belleza de mamá, que una cosa es que no me dejara ni pizca de su gracia en herencia y otra muy distinta que la hubiera reservado enterita para otra. Pero pensé que era buena ocasión para lanzarle un dardo.

—Mira, hermanastros no sé, pero sí me habría gustado tener hermanos. Haber crecido con un padre y una madre y otros niños en casa, una familia tradicional, llámame carca. Pero es que, entiéndeme, eso de la familia monoparental se lo inventaron mucho más tarde, igual que el divorcio. De pequeña, yo no tenía casilla que marcar: no tenía madre, pero no era huérfana, me criaba un padre solo que no era viudo... Cuando ni siquiera tienes una palabra que te defina, creces sintiéndote rara de narices. Y no es agradable, te lo aseguro.

Él ni se inmutó. A estas alturas, yo ya tenía claro que no iba a pedirme perdón jamás, no iba a conseguir de él ni una simple disculpa. Me daba igual, allá él con su conciencia, no era eso lo que yo buscaba. Como tampoco esperaba que Victoria me pidiera perdón por haberse llevado a Alberto. Al parecer, todo el mundo parecía creerse con derecho a meter mano en mi vida y robarme a alguien sin importarle un carajo mis sentimientos.

—También para Elena fue muy difícil. Era tu madre, pero no podía estar contigo, no podía abrazarte, apenas sabía de ti. Y sufrió mucho, créeme. Una fotografía al año es muy poca información cuando de una hija se trata. Y además ella...

—Espera, espera —interrumpí—, ¿qué es eso de una fotografía al año?

Supe que le había pillado en falta, aunque no sabía qué falta era. Él, siempre tan seguro, titubeó un instante e intentó escurrir el bulto.

—Todo llegará, no nos avancemos, que pierdo el hilo.

—¡Ni hablar! ¿Me estás diciendo que durante todos esos años alguien cercano a mí mantuvo contacto con ella y no me lo dijo? ¿Alguien que le estuvo enviando fotos mías sin yo saberlo? —Intentaba contenerme, pero me temblaba la voz de rabia—. Dime quién era, ¡dímelo!

Gabriel suspiró. Había interrumpido el ir y venir de la mecedora.

—Recuerda nuestro pacto: no puedes juzgar a nadie hasta conocer toda la historia.

—Y no lo hago.

—Mentira. Acabas de hacerlo.

Desde luego, acababa de hacerlo. Fuera quien fuera quien envió las fotografías estaba juzgado

y sentenciado, y me importaba un carajo la estúpida promesa. Pero no sabía quién podía ser. Alguien en quien mi madre tuviera mucha confianza para pedirle las fotos, y con quien papá y yo tuviéramos un trato frecuente para que pudiera hacérmelas sin levantar sospechas... ¿Sita, quizá? Rechacé la idea, no es de las que se la juegan por una amiga caída en desgracia. No tenía intención de pasarme las dos horas de visita jugando a las adivinanzas.

—Oye, vengo a tu casa, te escucho, estoy confiando en ti. Pero ya veo que no es recíproco, tú no confías en mí ni siquiera para desvelarme algo tan simple como el nombre de la persona que enviaba las fotografías. Seguro que te lo has inventado para justificar a mi madre, quieres convencerme de que estaba pendiente de mí cuando en realidad nunca le importé lo más mínimo. Tranquilo, puedo asumirlo, llevo cincuenta años haciéndolo. El problema es que ahora pienso que todo lo que me has contado no es más que una sarta de mentiras, y yo una estúpida crédula que ya va siendo hora de que deje de perder el tiempo.

Cogí el móvil de mi regazo, como si fuera a levantarme. Por unos segundos pareció evaluar si yo estaba yendo de farol y, finalmente, sin abrir la boca, se levantó de la mecedora y se marchó por el pasillo hasta el dormitorio. Encendió la luz —un pedacito de corredor se iluminó con un reflejo amarillento y mortecino, se diría que en esa habitación no había más que una triste bombilla— y oí el rumor de un cajón al abrirse. Cuando reapareció, traía algo entre las manos. Lo dejó en la mesita, frente a mí. Era una caja de bombones de latón dorado, antigua.

La abrí. Dentro había quince fotografías. Quince retratos míos, posando tras un pastel en mis sucesivos cumpleaños: en la primera soplaba cuatro velas, tan de cerca que la punta de una de mis coletas rozaba la mantequilla de la tarta; en la segunda, vestida con el uniforme del colegio, cogía aire para soplar cinco; en la tercera exhibía una sonrisa mellada tras seis velas... Y así todas, salvo la última, la de mi decimoctavo cumpleaños. En esa estaba yo de pie en el salón de casa, con mi primer vestido largo, tul blanco y escote palabra de honor, que habíamos comprado con papá en Nueva York. Mi puesta de largo. Recordaba perfectamente el momento en que me habían sacado esa fotografía, justo antes de salir hacia la fiesta.

—¡Espere, señorita! Déjeme que le saque una foto para mi álbum, que está guapísima, mismamente una princesa.

Y yo había posado para Pepita y su vieja cámara, como en cada aniversario, porque sabía que a ella la hacía feliz y porque mi padre decía, entre risas, que Pepita no había fotografiado jamás nada que no fuera yo y mi pastel de cumpleaños, que solo para eso se había comprado la pequeña Kodak.

—¡La muy cabrona!

—¡Carolina, no juzgues, lo has prometido! Además es injusto, ella fue la única persona que tuvo piedad de Elena, supongo que al vivir en vuestra casa vio algunas cosas, oyó muchas otras y sabía que... —Se detuvo, se mordió la lengua—. No sabes cómo esperaba Elena esas fotos, cómo las miraba, las comparaba con las de años anteriores, que si habías crecido, que si tenías más o menos largo el pelo, lo alegre que era el rojo de tu uniforme... Esas fotos eran su tesoro, vivía

esperando a que transcurriera el año, a que llegara tu cumpleaños, toda ella un manojo de nervios aunque supiera que, entre que Pepita revelaba el carrete y echaba el sobre al correo, aún tardaría un par de semanas en llegar.

—Pero ¿por qué no me lo dijo?

—¿Pepita? Pobre mujer, no la culpes, estaba muerta de miedo, no podía decirte nada porque temía que tu padre la pillara y montara en cólera. Además, poco habría podido decirte porque nada sabía, solo nuestra dirección. Aún no sé cómo la averiguó, la verdad.

Yo sí lo sabía. El informe del investigador privado contratado por mi padre, Pepita incapaz de resistir la tentación de leerlo. Papá no había sabido qué hacer con esa dirección anotada por el detective. Pepita, en cambio, sí.

—Acompañaba cada fotografía con una breve carta, contaba que habías pegado un estirón, que ya sabías nadar, lo estudiosa que eras, que ese invierno habías pasado el sarampión... Siempre pedía a tu madre que no le escribiera, que los sellos franceses levantarían sospechas y que, si tu padre se enteraba, la despediría. Perdería el contacto contigo y eso la aterraba. La verdad es que eso también horrorizaba a tu madre, saber que Pepita cuidaba de ti la tranquilizaba, era su único consuelo.

Me imaginé a Pepita yendo a buscar el carrete revelado a la tienda, la vi copiar con su letra tosca una dirección ininteligible en francés en el sobre inmaculado, introducir la fotografía y la carta, y humedecer la goma con la punta de la lengua antes de cerrarlo cuidadosamente y ponerle los sellos, con la cara de Franco los primeros años, del rey después. La vi bajar a la calle, a tres manzanas hay una estafeta. Vi el sobre entrar por la ranura, caer en la saca, primera etapa de su viaje a París, hasta el buzón que mi madre abría desde hacía días, nerviosa, decepcionada por no encontrar más que publicidad. Contemplé la caja de chocolates franceses, en su interior había varias capas de papel de seda, perfectamente dobladas e impolutas. Era evidente que mi madre había guardado las fotografías con mimo, como si fueran un tesoro. Nadie abandona un tesoro.

—Y si tan importantes eran estas fotografías para ella, ¿a santo de qué te las dio?

Otra vez un pequeño titubeo, un ligero envaramiento de su cuerpo, la segunda vez en poco rato.

—Las dejó en París, como tantas otras cosas. Me las dio antes de irse, que ya vendría a por ellas, me dijo, pero por motivos obvios no tuve ocasión de devolvérselas.

¡Mentiroso! Ninguna madre dejaría lo único que tiene de su hija en manos de un amante al que abandona. No lo haría, salvo que se viera forzada a hacerlo. Allí había algo extraño, lo intuía. Gabriel debió de darse cuenta, porque se apresuró a recoger las fotografías y a encerrarlas de nuevo bajo la tapa de latón dorado con el logo de los *chocolats*.

—Por cierto, ¿tú ya has comido? —me preguntó Gabriel.

—Cuando regrese al despacho. Tengo unas barritas dietéticas, con eso me apaño. —Gabriel hizo un gesto de asco, era evidente que las barritas no aparecían en su menú degustación.

—Ya decía yo que te veía delgaducha.

—¡Qué va, si he engordado! La edad no perdona. —Mis ojos se dirigieron a la foto que había en la estantería, plantada frente al revuelto de libros, ellos dos con la salida del sol sobre los tejados de París—. Mamá sí que era delgada.

—Más que delgada, Elena tenía el cuerpo de una adolescente. Si hubiera nacido unos años más tarde, habría podido ser modelo, cuando se pusieron de moda las mujeres delgadas, como la inglesa esa famosa, cómo se llamaba...

—¿Kate Moss?

Me miró perplejo.

—No sé quién es esa, yo me refiero a otra. ¿Tibli? No, espera. ¡Twiggy! ¿Sabes quién te digo? Causó furor a finales de los sesenta. Tu madre se parecía a ella, aunque en 1959, cuando la conocí, el tipo de mujer que triunfaba era mucho más curvilíneo, con un buen pecho y cinturilla, ya me entiendes, como la Loren o la Hayworth. Y, claro, Elena estaba algo acomplejada. Pero le duró poco, porque volvió de Francia irreconocible. No sé qué pasó durante ese año, pero a su regreso era otra. Transmitía seguridad, felicidad, ganas de comerse el mundo. Yo a menudo pensaba que no era posible que tanta personalidad cupiera en un cuerpo tan pequeño. Y es que tenía razón, no cabía y se le desbordaba por la mirada, en los gestos, incluso en la forma como caminaba. No hacía nada diferente de las demás, pero de una forma natural lo acababa impregnando todo de ese *je ne sais quoi* que la hacía distinta y que te impedía apartar tu mirada de ella, que te hacía permanecer a su lado. Lo siento —concluyó—, pero después de sesenta años aún no he conseguido saber qué era exactamente eso que la hacía especial, simplemente ¡tenía *charme*!

Sí, *charme* era una buena definición, esa había sido mi sensación al verla en esa foto de París. Y me había sentido orgullosa de ella, y a la vez dolida porque yo no lo he heredado, y ella se había ido sin darme la oportunidad de admirarlo. Yo no tengo sus ojos, ni su cara, ni su personalidad. Tampoco he tenido nunca su rebeldía. No he heredado nada de mi madre, solo un segundo apellido que casi nunca utilizo.

—Ya tenía encanto ese primer verano —prosiguió Gabriel—, pero de Lyon regresó guapísima, aunque en su casa tuvieron un buen susto al verla. Se había cortado el pelo, se había comprado pantalones, insistía en llevar vestidos negros, decía que así vestían las francesas, que era moderno. ¡Su padre puso el grito en el cielo!

—¿Por un vestido negro?

Pues sí, porque entonces el negro se reservaba solo para el luto, no estaba bien visto llevarlo si no era por esta causa. Y los pantalones seguían sin ser propios de una dama, había incluso quien creía que las mujeres podían perder la virginidad por llevarlos, para los curas eran una incitación al pecado y cargaban desde el púlpito contra las frescas que los usaban. A mamá le requisaron todo el equipaje que se trajo de Francia, solo pudo esconder a tiempo un vestido de fiesta, negro, largo, que a ella se le antojaba muy elegante y en el que se había gastado todos sus ahorros en una tienda de segunda mano. Mamá se enfureció con sus padres, amenazó con volverse a Francia

y no regresar jamás, animada por tía Clara, que fingía escandalizarse por el provincianismo de su familia. En resumen: tras un año en Lyon, mamá volvió a Barcelona cambiada y guapísima, con el pelo corto y el cerebro borracho de teorías filosóficas y de libros de Sartre y de Camus y a saber de cuántas cosas más.

—Y, lo que era aún mejor —explicó Gabriel con una sonrisa pícara—, convencida de que yo era una especie de filósofo en ciernes, el único chico en toda la ciudad con quien podía hablar del existencialismo y de la esencia de las libertades individuales y la no trascendencia y todo eso que traía en la cabeza, que ya casi ni me acuerdo. Porque yo, por supuesto, me limité a repetir lo que los tertulianos del Ateneu habían escrito en mis cartas, lo poco que había aprendido en las clases que me habían dado. Y si la conversación se complicaba —me guiñó el ojo—, siempre podía cortarla con un beso.

Gabriel Bonell, definitivamente convertido en el Gran Embaucador. Si esperaba que le riera la gracia, se llevó un buen chasco. Así que siguió contando cómo mis abuelos tampoco atendieron los ruegos de mi madre cuando pidió quedarse en Barcelona ese verano y la obligaron a marchar con la familia a la playa. Ellos también habían visto el cambio en su hija, intuían que tenían una joya, y uno de los mejores lugares para lucir las alhajas era, sin duda, S'Agaró. El plan de mis abuelos era muy simple: guardarropa nuevo para su hija y nada de quedarse en el porche leyendo ni de pasar las tardes sola en la Conca. Mi madre iba a acompañar a su hermano a todas las fiestas, a los campeonatos de tenis y de esquí náutico, iría a tomar champán en los jardines del hostal de la Gavina, iba a frecuentar a los muchachos de la urbanización. Si había que exponerla al mundo y a sus mejores postores, el verano de la Costa Brava era el mejor escaparate, era allí donde se pujaba por las mejores piezas.

—¿No estás exagerando un pelo? —le corté mosqueada—. Así dicho, más que un sitio de veraneo parece un mercado de ganado. O de esclavos, si me apuras.

Gabriel frunció el ceño. Una vez más, constataba que no le gustaba que le llevaran la contraria.

—Bueno, no lo digo yo, lo escribió la propia Elena en una de sus cartas. Decía que en esas fiestas se sentía como un caballo en un concurso y que temía que en cualquier momento alguien se acercara para levantarle el belfo y examinar su dentadura. Por supuesto, en cuanto tuve vacaciones, para allá que me fui.

Temí que tía Conchita y el plomo de primo Víctor volvieran a adueñarse del relato, pero por suerte Gabriel decidió no repetir la nefasta experiencia y se alojó en una modesta pensión, en mitad de un kilométrico pinar junto a la playa. Porque eso era Platja d'Aro entonces, una playa larguísima bordeada por un gran bosque de pinos entre los que se escondían unas cuantas casas de pescadores, algunos chalets y los primeros hotelitos. Ni rastro aún de los rascacielos ni de los bares y las discotecas, el centro era poco más que un par de cafeterías y unas galerías, las Neptuno, al otro lado de la carretera. Gabriel preguntó en un par de hoteles y, aunque eran poco más que simples hostales, sus habitaciones seguían teniendo un precio prohibitivo para su exiguo

presupuesto. Por suerte, el recepcionista de uno de ellos tenía un familiar que acogía turistas. En realidad era una casa en la que alquilaban sencillas habitaciones con derecho a baño comunitario, pero a Gabriel le pareció más que suficiente.

—Desde allí hasta la Conca, donde habíamos acordado vernos por las tardes, no había más de diez minutos en moto. —Hizo una pausa; entornó los ojos, como si intentara hacer memoria—. ¿Te he dicho que ese invierno me había comprado una moto?

Negué con la cabeza.

—Una Ossa 125, roja, preciosa. Bueno, vieja y parcheada por todos lados, no te creas, tardé todo un día en llegar a Platja d'Aro porque el motor se recalentaba y tenía que ir parando. La compré que era poco más que la carrocería, y con un amigo mecánico nos pasamos todo el invierno arreglándola, buscando las piezas que faltaban, trucándola. Yo solo pensaba en la cara que pondría Elena cuando me viera aparecer montado en ella.

Una moto que era pura fachada, bajo la chapa reluciente poco más que chatarra, piezas de desguace y alambres. No se me habría ocurrido mejor vehículo para el Gran Embaucador.

—A mamá le debió de encantar, claro.

Gabriel sonrió. Me di cuenta de que no solía hacerlo, solo cuando algún recuerdo le tocaba la fibra. Y ese, vista la sonrisa, le conmovía. Me contó cómo se encontró con mi madre en el Zúrich, tres horas por delante para dar vueltas con la moto, mientras tía Clara —que aceptó ejercer de coartada— se metía en el cine para echar la tarde, y de paso contarle luego a su sobrina el argumento de la película, ya que se suponía que habían ido juntas a verla. Les hizo prometer que irían con cuidado, si tenían un accidente les iban a pillar la mentira. Y que no fueran por el centro, porque podían verlos. Así que, para no pasear a mamá por Barcelona, Gabriel se la llevó al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? —resoplé con sorna—. Qué romántico, por lo menos no la llevaste al puerto de mercancías...

—La verdad es que no se me ocurrió.

La vieja Ossa zumbó por la salida de la Gran Vía, pasaron justo por delante de casa de Gabriel, aunque a él le dio apuro y no se lo dijo. Mamá detrás, sentada de lado, como se sentaban las señoritas entonces, los brazos de ella alrededor de la cintura de él, el pecho de una contra la espalda del otro para protegerse del aire. Dejaron atrás la ciudad. Viejas naves despintadas, desguaces, talleres. Luego las huertas alrededor del río Llobregat. Y Gabriel asfixiaba a la pobre Ossa, pensando solo en esos brazos que envolvían su pecho, en ese cuerpo pegado al suyo, la carita de Elena apoyada en su hombro, los ojos cerrados, su pelo corto alborotado por el viento. Se desvió justo antes de llegar al aeropuerto, por un camino que bordea la valla allí donde empieza la pista de aterrizaje. Paró la moto, se sentaron en la hierba. A mi madre las historias de su estancia en Lyon se le acumulaban en la garganta, se atropellaba al contarlas. Gabriel sonreía y escuchaba, él no tenía nada que explicar.

—Oye —mamá interrumpió de golpe sus explicaciones—, ¿y ese ruido?

Él no contestó, se limitó a tumbarse sobre la hierba, ella le imitó. El ruido se iba acercando, cada vez más fuerte, atronador. Y un avión que se les antojó enorme pasó sobre ellos, el tren de aterrizaje a escasos metros de sus cuerpos, a punto de tomar tierra en la pista que se extendía al otro lado de la valla. Mamá gritó, mitad miedo y mitad excitación, y se echó a aplaudir cuando oyó el chirrido de las ruedas frenando sobre el asfalto. Gabriel, envalentonado, acercó sus labios a los de ella y la besó.

—Sí —me aclaró Gabriel, por si tenía dudas—, fue nuestro primer beso de verdad. Ahí, junto a la valla del aeropuerto y cuando aún retumbaban los motores del avión. Quizá fue poco romántico, pero funcionó. Yo la besé y ella me prometió que siempre que viera un avión pensaría en mí.

No dije nada. Reconozco que me sentí incómoda, aun cuando ese beso no fuera todavía una infidelidad frente a papá. Parecía que Gabriel iba a seguir contando sus escarceos amorosos bajo los aviones en vuelo rasante, pero por suerte se interrumpió él mismo.

—¿Y esto a qué venía? Ayúdame, que hoy ando muy disperso.

—Que te habías comprado una moto.

—¡Ah, sí! ¿Y antes dónde estábamos?

—Estábamos en que cogiste unos días de vacaciones y te instalaste en una casa de huéspedes en Platja d'Aro.

—¡Eso! En casa de Tere.

—¿Qué Tere?

—La sobrina de los dueños de la casa en la que me hospedé. Simpática, buena chica, un encanto.

Empecé a irritarme. Decir que estaba disperso era quedarse corto, tantas divagaciones estaban convirtiendo esa conversación en un auténtico embrollo.

—Ya, oye, como vamos justos de tiempo, mejor dejamos a un lado a tu amiga Tere y todo lo que no es importante en la historia.

Gabriel me miró fijamente durante unos segundos.

—En realidad Tere es importante en la historia, en la historia de mi vida al menos. La quise, y mucho. Estaba a punto de casarme con ella cuando me escapé con Elena a París. Y mira, aún hoy de vez en cuando me pregunto cómo habría sido mi vida si me hubiera casado con ella. Creo que habríamos sido felices, al menos razonablemente felices. Y quién sabe, quizá ahora seríamos unos orgullosos abuelos de unos cuantos nietos, si no hubiera sido por...

Calló en seco. En su voz había tristeza, como si realmente lamentara no haber vivido esta vida imaginada junto a Tere. Caí en la cuenta de que me había preguntado muchas veces si mi madre había podido ser feliz al lado de ese hombre, pero no me había planteado jamás si él fue feliz con mi madre.

—¿Si no hubiera sido por...? —le conminé a seguir.

Negó con la cabeza.

—Ya lo he dicho antes, hoy no hago más que perder el hilo, que a esta historia todavía le faltan unos cuantos capítulos para llegar ahí. Centrémonos, agosto de 1961, y esta vez no me interrumpas.

Y no lo hice. Me contó que, por culpa de los calentones de la pobre Ossa, llegó a Platja d'Aro cuando ya oscurecía, imposible que mamá estuviera aún esperándole en la Conca, como habían acordado. La mañana siguiente se le hizo larguísima, le parecía que el sol se había encallado en lo alto del cielo. Por fin, a las cuatro, cogió la moto y se plantó en la cala. Ni rastro de mamá, pero se tranquilizó pensando que aún era pronto. Se sentó en la arena, la mirada fija en las últimas piedras del camino de ronda, por donde tenía que aparecer ella de un instante a otro. Pero el momento no llegaba, pasó una hora larga y Gabriel, que estaba derritiéndose al sol, se metió en el agua. Se acercó a la roca desde la que había intentado saltar, desde allí podía ver el camino, pero no venía nadie. Iba ya a salir del agua cuando llegó una barca. La reconoció al instante: era la lancha de mi abuelo, papá al mando, la guayabera desabrochada, el torso moreno, la gorra de capitán ladeada en su cabeza. La barca iba cargada de jóvenes, Gabriel la vio acercarse a la orilla, el motor al ralentí. Entonces se dio cuenta de que mamá estaba en ella, de pie en la punta de la proa, con un bañador de rayas, la mano en la frente a modo de visera. Buscaba a alguien en la arena.

—Oye, ya no puedo acercarme más —oyó gritar a mi padre—. ¿Está esa amiguita tuya o no?

Y mamá negó con la cabeza y la lancha empezó a retroceder, viró para volver a mar abierto, y en su maniobra pasó cerca de Gabriel. Los reconoció, eran los mismos que le habían propinado la paliza hacía dos veranos, incluido su primo Víctor. Había otra chica en la barca, extraño porque mi madre siempre se quejaba de que no tenía amigas en S'Agaró. Sintió cómo le inundaba la rabia, ¿qué demonios hacía Elena, su Elena, con esos idiotas, en lugar de estar esperándole en la arena? No podía acercarse a la barca, no podía arriesgarse a que le reconocieran. Pensó en marcharse al día siguiente, volver a Barcelona inmediatamente. También la barca se iba, empezaba a retroceder, mamá aún con la vista fija en la arena, aunque no pudiera distinguir ya más que figuras difusas. Y entonces Gabriel tuvo la certeza de que le estaba buscando. Y no podía permitir que ella se fuera sin saber que él sí había estado allí, en la Conca, esperándola. Tenía que llamar su atención, y rápido. La barca ya salía de la cala cuando uno de los chicos señaló la roca.

—Mirad, uno que va a saltar.

La barca ralentizó la marcha, todos se volvieron hacia el farallón. Gabriel, en lo alto, esperó a que le vieran. Tenía las rodillas y las manos llenas de arañazos por culpa de la velocidad con la que se había encaramado. Se quedó de pie arriba esperando a que mamá se girara, tenía que estar seguro de que le veía.

—Pues no, ahora va y no se tira —rieron algunos—, a ver si se quedará ahí arriba a pasar la noche.

—¡Venga, salta ya, cobarde!

—Será gallina.

Y entonces mamá se giró y miró hacia lo alto del peñasco. Desde la barca los chicos no podían distinguir su cara, dos años después ni siquiera se acordaban de él. Pero era imposible que Elena no le reconociera. Ella sabría que era él, el cobarde incapaz de saltar desde allí arriba.

—Venga, vámonos —dijo uno—, que mojado me entra frío.

Y Gabriel vio la lancha alejarse, y a mamá en la popa agitando la mano. Y vio a la otra chica acercársele por la espalda, colocarse a su lado, intentando averiguar a quién saludaba.

Gabriel detuvo el vaivén de la mecedora y suspiró.

—Entonces la reconocí. Y supe que nos habían fastidiado las vacaciones.

# CAPÍTULO 15

—¡Por supuesto que me acuerdo de ese verano en S'Agaró! ¿Cómo no lo voy a recordar, si fue cuando conocí a mi marido?

Sita esbozó una sonrisa, y por un momento se llevó las dos manos a las mejillas, como si temiera ruborizarse, en un gesto que, a su edad, aún pretendía ser coqueto. El alegre tintineo de las pulseras al regresar a su regazo puso melodía a sus palabras.

—Agosto de 1961, el año próximo hará sesenta años que nos conocimos, fíjate qué casualidad, justo el otro día le decía a Enrique que teníamos que festejarlo, que a estas edades hay que celebrarlo todo, ¿no te parece? Entiéndeme, no estoy hablando de organizar una fiesta como la de nuestras bodas de oro, ni mucho menos, que esa estuvo la mar de bien, ¿verdad? —Asentí presta, y por complacerla habría añadido que no solo la mar de bien, sino que fue estupendísima, pero pareció conformarse con mi cabezazo y me lo ahorré—. Pero sí me gustaría hacer algo especial, aún no sé, quizá un pequeño crucero, aunque sea los dos solos por el Mediterráneo, eso sería bonito, ¿no? Muy romántico, fíjate, podríamos decir que nos enamoramos en una barca en la Costa Brava, y sesenta años después seguimos navegando juntos por el mismo mar.

Sonrió satisfecha de sí misma, no tuve claro si por haber mantenido el navío a flote durante tanto tiempo o por lo florida y cursi que le había quedado la frase. Para confirmar su triunfo, lanzó una rápida mirada a la vitrina de sus trofeos, las fotos de sus hijos y nietos, dignos oficiales y grumetes de esa pequeña armada que Sita capitanea con orgullo. Me había vuelto a ofrecer asiento en el pequeño sofá, ella en el sillón de cretona floreada a juego con las cortinas, entre nosotras la mesita de café, vacía salvo por un libro de Agatha Christie en una edición antigua y manoseada.

—¿Releyendo a los clásicos, Sita? —bromeé al sentarme.

—Ay, reina —suspiró—, lo único bueno de envejecer es que se te olvida quién es el asesino.

Me incliné hacia ella y cogí una de sus manos, huesuda y llena de máculas. Estaba fría, pese a que en esa habitación hacía calor. Noté las protuberancias de sus muchos anillos, tan fríos como su piel.

—Qué envidia, Sita, sesenta años y seguís enamorados —ella se arrellanó satisfecha en la butaca, un gato a punto de ronronear, iba a serme fácil sonsacarla—, tienes que contarme cómo os conocisteis. Porque tú no veraneabas en S'Agaró, ¿verdad?

—No, yo no. —Por un momento pareció incómoda, como si le doliera tener que admitirlo—.

A mi padre el calor le molestaba una barbaridad, así que cada verano nos trasladábamos al Montseny, a Tona, buscando el fresco del monte. Mis padres alquilaban una casa, Villa María se llamaba, frente al balneario Codina, y cada día íbamos todos a tomar las aguas, que por cierto eran malísimas y sabían a huevo podrido. Éramos un buen grupo de veraneantes, gente bien de Barcelona, no te creas, y organizábamos excursiones y cenas. Pero, claro, yo a los diecinueve años me moría por ir a la playa, y más a S'Agaró, que entonces era casi como Hollywood. En la casa de Tona no había teléfono, teníamos que llamar desde el bar de la plaza Mayor, que era también el cine, y donde no te cobraban la llamada si hacías gasto. Si querías telefonear unos minutos a Barcelona, tenías que pedirte un bocadillo de jamón y un vaso de vino, esa era la tarifa mínima. La suerte fue que ese año mi hermano mayor, que, siguiendo la tradición familiar, iba para oftalmólogo, suspendió varias asignaturas y papá se enfadó con él. Como castigo, decidió no cerrar la óptica en agosto y poner a mi hermano a trabajar en la tienda, a ver si espabilaba. Porque tú sabías que mi padre tenía una óptica, ¿no?

Negué con la cabeza. Me di cuenta de que hasta ese día jamás había oído a Sita hablar de sus padres ni de su vida antes del matrimonio. En cambio, ya convertida en señora de Guasch ha dejado rastro en todas partes. Probablemente Sita no habla de sus orígenes porque teme que le desluzca todo lo que ha conseguido después.

—Pues sí, una óptica en el centro, junto a la plaza Universidad, mi hermano la cerró hace unos años cuando se jubiló, porque nadie de la familia ha tenido interés en continuar el negocio, una pena. Ahora hay un horno, de esos que te ofrecen diez tipos de pan distinto pero nunca tienen el normal, el de toda la vida, que es el que tú quieres, y te acabas llevando a casa un pan rarísimo, de semillas de amapola o de espelta de esa que, hija, yo no sé tú, pero a mí me sabe a todo menos a pan. Eso sí, el horno es monísimo, entras a por una *baguette* y acabas tomándote tu café con pastitas allí sentadita... —Se dio cuenta de que se iba por las ramas y reculó—. Una lástima lo de la óptica, igual alguno de mis nietos habría podido continuar, pero ya no hay opción.

—Es normal, Sita, los negocios familiares no suelen pasar de la tercera generación. Mira mi padre, también él vendió la fábrica hace ya un tiempo.

—¡No es lo mismo, reina! —protestó al momento—. Tu padre hizo muy buen trato vendiendo la fábrica a esos estadounidenses. Siempre se le han dado bien los negocios, dice Enrique que no solo porque es listo, sino también por ese temple, esa seguridad que ha tenido en todo, que la poseía ya de jovencito, que cuando le conocí acababa de cumplir los veintitrés y ya andaba y se comportaba con un aplomo que no casaba con su edad. Me impresionó cuando le vi, fíjate, ya desde el principio me impactó.

—¿A quién conociste antes, a papá o a Enrique?

—¡Uy, a los dos a la vez! Mira, quizá tendría que hacer el crucero de celebración con ambos, como si fuéramos un trío. —Soltó una risita, le hizo gracia su ocurrencia; yo me abstuve de recordarle que para cuando llegara la efeméride papá ya no estaría—. Entraron los dos en el

jardín del hostal de la Gavina, vestidos de esmoquin, guapísimos, se giró todo el mundo a mirarlos pensando que eran dos artistas de cine. Y yo también, pasmada que me quedé. Fíjate cómo son las cosas, reina, que si esa noche no llegan a tener esa cena de gala en el hostal, igual yo no habría conocido a Enrique.

—Y te habrías casado con otro —bromeé—. Con un veraneante de Tona, quizá.

Ante tal posibilidad, Sita arrugó la nariz y agitó su brazo, como si espantara un mosquito, mientras sus muñecas resonaban como un sonajero.

—Ay, hija, yo sin mi Enrique, ¡es que no me lo puedo imaginar! —proclamó dramáticamente —. Y fíjate cómo es la vida, que tampoco tus padres se habrían casado, que si Ricard tuvo opción de conquistar a tu madre fue porque Enrique y yo empezamos a tontear. —Durante unos segundos pareció sopesar lo que acababa de decir—. Aunque, bueno, de eso ya no estoy tan segura, porque Ricard siempre ha conseguido lo que ha querido.

—Siempre, no. Mamá se fue.

El semblante de Sita se ensombreció de golpe, apartó su mirada de mí y la fijó en la portada amarillenta de *Maldad bajo el sol*.

—Eso no cuenta —dijo al fin—. Tu madre enloqueció.

—¿De amor, quizá?

La pinché aposta, con malicia. Si quieres que un caballo corra, no hay nada mejor que clavarle las espuelas.

—¿Elena enamorada de ese pelagatos? ¡De eso nada, reina! Tu pobre madre enloqueció de tanta tontería que le metieron en su cabecita, que no la tenía donde debía estar, que era en su casa, con su marido y su hija, y ocupada en las labores propias de una señora como ella. Es que ni le veíamos el pelo, no aparecía ni por las mesas petitorias, ni por el *bridge*, ni por las reuniones de damas de la parroquia, ni venía a las mañanas del Polo —suspiró vencida por tanto ultraje—. Era como si despreciara todo eso, ¡ella, la esposa de un Planadevall! Un papelón para tu familia, ya me dirás si eso no es estar loca.

—Sita, no querer ir a las reuniones de las damas de la parroquia no es estar loca.

Me lanzó una mirada dubitativa.

—Bueno, loca quizá no —concedió—, pero descentrada sí que estaba. Y ya ese verano de 1961 empezó a mostrar los primeros síntomas. Volvió de Francia a principios de julio, y no me pareció que le pasara nada raro. Bueno, me contó que allí en Lyon había ido a clases en la universidad, que quería matricularse en Filosofía y Letras, pero esas ideas estrafalarias en ella ya ni siquiera eran extrañas. Pero luego, en S'Agaró, empezó a comportarse de una forma inusual para una chica de diecinueve años, y sus padres sospecharon que no estaba muy fina, ya me entiendes.

Se llevó el dedo índice a la sien, por si yo tenía alguna duda de dónde estaba el problema.

—¿Por qué?

—Pues porque apenas salía, prefería quedarse en casa leyendo, y se iba por las tardes sola a la

Conca, ya me dirás, su madre desesperada porque no estaba bien visto que una chica fuera sola a una playa, y menos a una cala solitaria, que entonces a la playa se iba solo un ratito por la mañana, no como ahora que mis nietos se pasan el día entero en bañador, jugando a eso del vóley y a las palas, como si no tuvieran casa... Bueno, qué te voy a contar, seguro que tu hija hace lo mismo. Además, Elena estaba enfadada porque no la dejaban matricularse en la universidad, la misma tontería de siempre, que mira que era cansina tu madre con esa murga. Vamos, que tus abuelos querían que luciera, y ella tozuda con que quería estar sola y que la dejaran en paz.

No era difícil adivinar los motivos por los que mamá quería pasar las tardes en la Conca. Pero había algo que no cuadraba.

—Pero si quería estar sola, ¿por qué te invitó?

—¡Uy, no fue ella, fueron sus padres! Ya te he dicho que estaban preocupados, así que decidieron invitar a alguien para que la sacara de casa.

Mis abuelos maternos llamaron una tarde a la óptica y dejaron el recado al hermano de Sita, ese lumbreras que acumulaba suspensos: que Elena los tenía intranquilos, dijeron, que la veían decaída y que invitaban a Montsita a pasar unos días en S'Agaró para ver si así se animaba.

—¡La ilusión que me hizo cuando mi hermano me lo contó! No que tu madre estuviera triste, eso no, entiéndeme, pero yo quería ir a S'Agaró, claro que sí, que aún recordaba la foto de Elena con Liz Taylor, la envidia que me dio, seguro que ese verano también habría unos cuantos famosos en el hostal de la Gavina, porque siempre los había. Bueno, aún los hay, no hace mucho mis nietas estaban como locas porque andaba por allí la Lady Gagá esa.

—Lady Gaga, Sita. Que aquí las gagás somos tú y yo.

—Tú aún no, bonita. Pero ya te llegará, ya.

Al día siguiente toda la familia de Sita fue a tomar el aperitivo al bar de la plaza, incluso sus tíos, para hacer más gasto y poder llamar a S'Agaró. Hablaron las dos madres, y mi abuela materna insistió tanto que al final la otra dijo que bueno, que si era por hacerle un bien a Elenita podía ir. Bajaron a Barcelona y le compraron a Sita un par de bañadores y un vestido antes de acompañarla a la Sarfa.

—Pero ¿mamá sabía que ibas?

—No, reina, sus padres no se lo dijeron. De rara que la veían, tuvieron miedo de que no quisiera, así que fue una sorpresa. Tenías que haberle visto la cara cuando me vio aparecer por la puerta del jardín, con tu tío Ramón detrás cargando mi maleta.

Pude imaginarme a mi madre contando los días que faltaban para que Gabriel cogiera vacaciones y apareciera por la Conca. Contando los días para volver a estar con él después de esos besos bajo el ruido atronador de los aviones. Y de repente aparecía Sita por el jardín. Precisamente ella, su amiga más cotilla, la que había despreciado a Gabriel, la que se había chivado a las monjas del Sagrado Corazón, la que seguro que no iba a encubrirla. Todos sus planes desmoronados en un segundo. Y podía imaginarme a esa Sita de diecinueve años, exaltada, imposible de frenar, como una leona que olfatea una presa. Porque para ella, que no

tenía más horizonte que encontrar un buen marido, S'Agaró debía de ser lo más parecido a un coto de caza. Y, ese verano de 1961, la mejor oportunidad para abatir un buen ejemplar. Desde luego, no iba a ser la pánfila de su amiga Elena quien le estropeara el plan.

—Hicieron bien en invitarme tus abuelos, porque era una lástima que Elena se encerrara en casa, con lo guapísima que había vuelto de Francia. Y no es porque se hubiera cortado el pelo, que llevaba un corte muy moderno y muy atrevido, que aquí no llevaba nadie, como el de Audrey Hepburn en *Sabrina*, ¿lo recuerdas? Aunque ella decía que no, que era como el de una francesita jovencita que había escrito una novela famosa, que no nos dejaron leer en el colegio, ¿sabes cuál te digo?

Lo aposté todo a un título, sabiendo que no iba a perder.

—*Buenos días, tristeza*, de Françoise Sagan.

Sita me miró con admiración.

—Caray, pues sí, esa misma. Que mira que tu madre estaba obsesionada con esa escritora, que decía que a nuestra edad ya había escrito una novela de éxito, y tenía recortes de fotografías de revistas francesas e intentaba imitarla en el vestir y en todo, pero, claro, esa Sagan salía en las fotos con pantalones y fumando, y a tu madre no la dejaban, y ella volvía a ponerse de morros. —Sita se detuvo en seco, como siempre que se va tan por las ramas que ya no recuerda cuál era el tronco—. Pero, oye, ¿de qué estábamos hablando?

—Del corte de pelo de mamá —acudí en su ayuda.

—Ah, sí, que reconozco que estaba guapísima, pero llegan a verla en el Sagrado Corazón y a las pobres monjas les hubiera dado un patatús. Pero no era solo eso, era que... —Movió un brazo, con el consiguiente tintineo de sus pulseras, como si fuera desechando adjetivos que no acababan de encajar—. Mira, a ver si te lo sé explicar: volvió que se creía más francesa que las propias francesas. Para mí que se consideraba superior, y mantenía una pose así como distante, como si nada de lo que sucedía a su alrededor le interesara, y decía que los chicos de S'Agaró eran unos simples y le aburrían. ¡Los hijos de algunos de los mejores apellidos catalanes la aburrían! Y oye, entre nosotras, la aburrida de verdad era ella, porque solo quería hablar de cosas serias y rarísimas que había oído en la universidad francesa esa, que a mí me sonaban a chino mandarino, te aseguro que eran un tostón, y en cuanto yo empezaba a hablar de algún tema normal me miraba así como con arrogancia y me decía que era una frívola. Hasta que, al tercer día, ya harta, le dije que vale, que quizá yo era una frívola, pero que no había ido hasta allí para quedarnos las dos encerradas en casa, así que íbamos a salir y a ir a fiestas. Vamos, que de Francia volvió atontada perdida, que eso ya lo había vaticinado mi madre, que dijo que una chiquilla como Elena, que tenía ya ideas raras, en el extranjero no harían sino acabar de estropearla.

—Bueno, no debió de ser tan grave, bien que salisteis porque conocisteis a Enrique y a papá mientras tomabais una copa en el hostal de la Gavina.

—¿Te he dicho que entraron vestidos de esmoquin? Pues sí, hija, qué guapos los dos. Tenían veintitrés años, tu padre recién había acabado Ingeniería Industrial y mi Enrique iba para médico,

como mi suegro. Estábamos con Elena y su hermano en el jardín del hostal de la Gavina, yo me había puesto farruca con que quería ir a tomar algo al hotel, por si veía alguna estrella de cine o un príncipe o alguien de las revistas, y Ramón enseguida se ofreció a acompañarnos. A Elena, por supuesto, no le gustó el plan. De hecho, mi aparición tres días antes no le había hecho ni pizca de gracia, como si mi presencia le molestara. Pero suerte tuvo de mí, aunque nunca me agradeció suficiente que ese día la forzara a arreglarse y a salir, que llevaba un vestido precioso, lo recuerdo perfectamente, era blanco con unas cenefas de colores en los bajos que le sentaba de maravilla. Parecía una actriz, pero de las extranjeras, de lo guapa y moderna que lucía, que más de uno se la miraba pensando que era famosa. Y allí estábamos, a la puesta de sol, con nuestro champán en la mano, y entonces entraron ellos dos, Enrique y Ricard, a tomarse una copa antes de la cena, que tu padre con esa planta y ese esmoquin impresionaba de verdad. Y la seguridad con la que hizo su entrada, sabiendo que todos le miraban. Enrique a su lado quedaba algo deslucido, pobrecito mío, que nunca ha sido un hombretón, pero a mí me gustó desde el primer momento, yo siempre explico que lo nuestro fue un flechazo, como en las películas.

—Qué bonito... —respiré profundamente, fingiendo estar conmovida.

—Pues sí, hija. Porque él me miró a mí, que yo también le gusté desde el primer día. Y entonces Ramón dijo que los conocía, que eran de la urbanización y que nos los iba a presentar. Y tu madre como que se encogió de hombros y casi les dio la espalda. Yo le di un codazo y le dije: «Pero ¿qué haces, tonta?», y ya no pude decirle más porque los teníamos allí, a nuestro lado. Ramón hizo las presentaciones y ellos nos invitaron a otra copa de champán. Enseguida vi que a Ricard le había hecho gracia tu madre, pero ella casi no dijo nada en todo el rato, así que tuve que explicar que acababa de llegar de Lyon, por justificar esa pose así como de desdén que ponía, que yo temía que nos fueran a dejar de lado por su culpa. Y Ricard le dijo algo en francés y ella le contestó, y yo no lo entendí, pero él se rio. Elena, en cambio, se giró hacia mí y dijo que teníamos que irnos, que nos esperaban para la cena. Me quería morir, pero creo que a tu padre eso de que no le hiciera caso aún le hizo más gracia, que se la comía con los ojos, y ella venga a mirar el mar o la punta de sus zapatos. Nos despedimos, nos dijeron que nos esperaban allí al día siguiente, Enrique me lanzó una sonrisa divina, fíjate que aún me acuerdo de esa sonrisa. Yo por entonces ya estaba enamorada, créeme, y le pedí a Ramón que, de camino a casa, diéramos una vuelta por la urbanización para ver las casas donde vivían esos dos. ¡Hija, cuando vi la vuestra, tan enorme y con ese torreón, es que me caí de espaldas! Di que la de los Guasch, aunque más sencilla, es también bonita. Lástima que le tocara en herencia a mi cuñado, aunque te digo que nosotros en el apartamento estamos la mar de bien.

Hechas las presentaciones entre las dos futuras parejas, pensé que había llegado el momento de hacer una elipsis en la historia, porque yo no tenía fuerzas, tiempo ni interés en saber todo lo que Sita le había dicho a Enrique al día siguiente. Porque no tenía la más mínima duda de que habían vuelto al hostal de la Gavina. Quizá mamá no quería ir, pero menuda era Sita para dejar pasar ese tren.

—Apuesto a que papá os sacó en barca —apunté, centrando el tiro.

—¡Ay, sí! Nos invitaron, yo creo que Ricard se quería lucir ante tu madre. Yo sabía que ella pondría problemas, así que me busqué un aliado. Le dije a Enrique que los padres de Elena no nos dejarían ir si no venía también el hermano. Tu pobre tío Ramón era un chico más bien tímido, flacucho, una de esas personas grises que no llaman la atención. Buen muchacho, eso sí, pero ya me entiendes, que hasta había dejado la carrera de Medicina a medias porque le daba angustia la sangre, ya me dirás qué tontería, que yo creo que era una excusa porque muy listo no era y tuvo que abandonar. Por supuesto nadie le hacía caso, no solían invitarle a ningún lado, así que cuando le dije que los chicos de la urbanización nos ofrecían pasar todo un día en barca, se puso como loco. Y claro, en cuanto vio que su hermana ponía morros fue corriendo a decírselo a tus abuelos, que él también tenía claro que si Ricard nos invitaba era por Elena, y si ella no iba, los demás nos quedaríamos en tierra. Y vaya si fue Elena, a regañadientes pero fue, tus abuelos la obligaron. ¿Te puedes creer que yo nunca había subido a una lancha? ¡Hija, me sentí como una estrella de cine! Éramos unos cuantos, Elena y yo las únicas chicas, fue fantástico. Tu padre llevaba el timón y una gorra de capitán, que no sé cómo Elena no cayó rendida a sus pies allí mismito. Di que ella también estaba muy guapa, con un bañador de rayas que se había comprado en Francia, que a su lado el mío, que lo estrenaba ese día, parecía anticuado. Y tu padre no le sacó el ojo de encima en toda la tarde, y ella como pensativa, mirando el mar. Y al llegar a S'Agaró nos dijeron que esa noche había una fiesta y que si queríamos ir. Me esperaba cualquier excusa por parte de Elena, una negativa rotunda. Pero, para mi sorpresa, sonrió y dijo que sí.

—Supongo que los encantos de papá empezaban a hacer efecto.

—Eso mismo pensé yo, pero ¡no! ¿Te puedes creer que, en cuanto llegamos a casa, me encerró en la habitación y me soltó que íbamos a salir esa noche a cambio de que la dejara en paz todas las tardes? Y de malas maneras me lo dijo, pero yo no quise discutir, que lo importante era que había aceptado salir. Y oye, nos llevaron a una fiesta en el jardín de los Peña-Umbert, sabes la casa que digo, esa que hoy es de unos alemanes, y nos lo pasamos divinamente, ¡lo que llegamos a bailar las dos! Que yo pensé que ya se le había pasado el enfado, pero ¡qué va! Cuando nos dijeron de quedar el día siguiente, rápidamente Elena dijo que no podía, que tenía un compromiso con una amiga que había hecho en Francia, y que ya nos veríamos, ¡pobre, mi Enrique, qué decepción! No era justo, Elena no podía hacernos eso, me daba igual lo que hubiéramos acordado.

Sita intuyó que mamá quería pasar la tarde en la Conca, así que, rompiendo el pacto y en un susurro, le dijo a Enrique que iban a estar en la cala. Al día siguiente la dejó marchar, mamá no le dijo adónde iba, pero llevaba el bañador puesto y Sita supo que había acertado. Al cabo de un rato también ella salió y enfiló hacia la Conca, para hacerse la encontradiza con mamá y con los chicos, como si todo fuera una gran coincidencia.

—Y suerte que fui, porque cuando llegué a la cala no estaba sola. —Hizo un parón algo teatral—. Y tú, Carolina, te vas a quedar de piedra cuando te diga quién estaba allí.

El nombre de Gabriel salió de sus labios y yo, claro, no me quedé de piedra, pero lo fingí, no fuera a levantar sospechas. Puse ojos como platos, abrí la boca y solté un taco. Vista la cara de satisfacción de Sita, fue una actuación convincente.

—Pues sí, reina —prosiguió excitadísima—, el mismísimo Gabriel ese, ¿te lo puedes creer? Que para mí que iba cada verano por allí a ver si pillaba algún alma cándida, que un perro de caza siempre busca presa. Y ese quizá no era de pedigrí, pero el olfato lo tenía fino. Ni siquiera estaba en S'Agaró, imagínate cómo era el sujeto que ya ni sus tíos le invitaban, seguro que se avergonzaban de tenerle de pariente. Y la buena de Elena, que quería estar sola en la Conca, va y se lo encuentra, que también es mala suerte, pobrecita mía.

—Quizá habían quedado para verse —sugerí, por ver la reacción.

Sita me miró dubitativa.

—Pero ¿cómo se las apañó ese vivales para quedar, si hacía casi dos años que no se veían? Pero, bueno, lo importante es que le chafamos el plan. Primero llegué yo, que me quedé pasmada cuando los vi juntos, allí sobre la arena, hablando tan tranquilos. ¿Te puedes creer que Elena se me encaró y me preguntó que si la había seguido? Y yo le dije que no, que había decidido dar un paseo hasta la Conca por si veía a algún famoso, que al fin y al cabo ella había encontrado allí a Liz Taylor, y corría el rumor de que estaban pasando unos días en el hotel Luis Miguel Dominguín, un torero, y su mujer, que era una actriz italiana, aunque tú quizá los conozcas porque son los padres de uno que cantaba y que a Marta y a ti os encantaba de jovencitas, que ahora no me sale el nombre...

—Miguel Bosé.

—¡Ese! ¿Te acuerdas de la perra que os dio a Marta y a ti con la canción aquella del amante bandido, que no parasteis en todo el verano de ponerla en ese radiocasete viejo que teníamos en el apartamento? Pues sus padres pasaban unos días en el hostal de la Gavina y, como excusa, le dije a Elena que había ido a ver si me los encontraba, pero ella me contestó, toda airada, que quería estar sola. Que ya me dirás, sola no estaba porque tenía a ese pesado al lado y al menos yo le hacía de carabina, que agradecida debería estar de que yo hubiera aparecido. Y entonces llegaron Enrique, Ricard y dos amigos más. Y yo por un lado feliz, porque venían hasta allí para vernos, un detalle muy de agradecer. Pero por otro lado sufría porque nos encontraban con ese pelagatos, ya me dirás si no era un apuro, hija, que lo habría fulminado ahí mismo, créeme.

Y Gabriel, en reciprocidad, la habría ahogado. Si Sita no escondía su desagrado hacia él, ese mismo mediodía Gabriel tampoco se había cortado hablando de ella, en un tono que, tantos años después, aún desprendía resentimiento. Sentado en su mecedora, me había contado la misma escena, solo que desde el lado opuesto. Él sentado en la arena con mamá, los demás estorbando. A medida que Sita hablaba, volvía a oír la voz de Gabriel. El negativo de la misma fotografía.

—Primero llegó la pesada de Montsita, que ya me extrañaba a mí que Elena hubiera podido quitársela de encima, y luego vi llegar a tu padre y a unos amigos. Y cuando vimos que esa metomentodo los saludaba con la mano, tuvimos claro quién se había ido de la lengua.

—Y para empeorar las cosas —proseguía Sita—, resultó que los chicos ya conocían a ese Gabriel. Y fíjate que venían hablando y riendo, pero cuando le reconocieron callaron de golpe, que ya antes de que llegaran a nuestro lado me olí que íbamos a tener problemas.

—Imagínate a tu padre —Gabriel parecía encantado de recordar el momento— cuando me vio allí tumbado junto a Elena.

—Y Ricard que se plantó junto a nosotros, sus tres amigos detrás, y sin decirnos ni hola ni nada se encaró con ese tipejo y le preguntó que qué hacía un gallina como él en S'Agaró.

—Y me levanté, tu padre y yo frente a frente, a menos de un metro, y contesté que poco cobarde debía de ser yo cuando le había roto la nariz de un puñetazo, que gallina era quien, en lugar de pelear, mandaba a todos sus esbirros contra un solo hombre indefenso, para machacarlo a golpes y tirarlo al mar.

—¿Te puedes creer que ese pelanas se puso chulo, cuando lo que tenía que haber hecho era callarse e irse? —Sita todavía se escandalizaba al recordarlo—. Y yo, hija, con el corazón en un puño, que temía que allí iba a haber pelea. Pero no, por suerte tu padre siempre ha sido muy señor, y no estaba dispuesto a pelear con ese don nadie. Así que, en lugar de enzarzarse, le dijo que tenían una cuenta pendiente en lo alto del peñasco, ¿sabes cuál te digo?

Asentí con la cabeza, no iba a contarle a Sita que hacía días que oía hablar de ese pedrusco. Gabriel, en ese punto, estaba tan excitado que había detenido el vaivén de la mecedora y, brazos en jarras, a punto había estado de ponerse en pie.

—Que, si tan hombre era, que saltara desde la roca, me dijo Ricard todo bravucón. Y los demás le rieron la gracia, los muy imbéciles. Pero yo encantado, había soñado con eso cientos de veces...

—Tu padre se fue hacia la orilla —proseguía Sita— y todos los demás detrás jaleándole, al menos parecían tomárselo a broma y eso me tranquilizó. Y Gabriel también se fue hacia el mar, pero Elena le agarró del brazo y le dijo que a ella le daba igual si no saltaba, ya me dirás qué cosas de decir, ahí delante de todos. Pero él se soltó y se metió en el agua.

—Nadamos hacia la roca —había recordado Gabriel—. Recuerdo perfectamente que, antes de empezar a subir, aún en el agua, me dijo todo burlón que, cuando estuviéramos arriba, le hiciera el favor de no ponerme a llorar como una nenita. Siempre tan simpático, tu padre.

—Nosotras nos quedamos en la orilla —me contaba Sita—. Elena me cogía el brazo, de puros nervios, y repetía bajito: «Le da miedo saltar, le da miedo saltar», y al final le tuve que decir que a ella qué más le daba, que por nosotras como si se ahogaba ese pobre diablo. ¿Y te puedes creer que se giró y me dijo que yo sí que era un diablo? ¡Válgame el cielo, yo que había dejado Tona y me había venido a S'Agaró por ayudarla! Iba a soltarle una fresca, pero entonces Ricard saltó al agua de cabeza, perfecto, que tu padre saltaba como un campeón, y yo aplaudí a rabiar. Luego Gabriel se acercó al borde y se paró...

—... todos me gritaban desde el agua, venga, cobarde, decían, salta si eres hombre, y yo allí de pie, sobre la roca...

—... el tipejo giró la cabeza hacia nosotras, se aseguró de que Elena le miraba...

—... Elena estaba en la orilla mirándome, y yo pensé que todo dependía de ese salto, de ese instante.

—... y saltó.

—... y salté de cabeza, el cuerpo tieso como un palo.

—Reconozco que fue un buen salto, casi como el de tu padre —concedió Sita a regañadientes —. Y Elena, con el agua hasta las rodillas, se puso a aplaudir como una loca.

—Tenías que haber visto a tu madre cómo aplaudía. —Gabriel, en su mecedora, había disfrutado recordándolo—. Y la cara de Ricard y de los otros, que les podía la rabia, aún me río cuando me acuerdo.

A mí, la verdad, este episodio también me dio algo de rabia. No me gusta que mi padre pierda. Y menos ante ese hombre. Y aún menos si lo que estaba en juego era mi madre. Ese mediodía, sentada frente a él, había protestado airada.

—¡Venga ya! Eso es trola, nadie con pánico a zambullirse en el mar salta de cabeza desde esa altura, por mucho que la chica de su vida le esté mirando.

Gabriel había sonreído, como un pillastre que explica a sus amigos la última de sus trastadas.

—Bueno, no te lo he contado hasta ahora, porque tampoco se lo conté en su día a tu madre, también para ella fue una sorpresa. Pero había dejado el gimnasio, era evidente que el boxeo no iba a llevarme a ninguna parte. Y Quim, a quien tú has conocido ya medio achacoso, pero de joven era muy deportista, me contó que él iba a nadar a las piscinas del Natación Montjuïc. Y me apunté, porque pensé que si volvía a S'Agaró con Elena necesitaba nadar bien, que el tenis y el golf y todo lo demás que hacían ellos no eran opción, pero nadar sí. Y allí que me iba, cuando me levantaba, y Quim me ayudó a meter la cabeza en el agua, a respirar, y le vi saltar desde el trampolín y le pedí que me enseñara. Empezamos desde una palanca bajita y poco a poco fuimos subiendo, hasta el trampolín más alto. Y, cosas de la vida, acabó gustándome. Y aunque no me hubiera gustado, habría valido la pena tanto entrenamiento solo por ver la cara de entusiasmo de tu madre y darle en los morros al soberbio de tu padre.

Mi padre podría ser soberbio, pero él no se quedaba corto en eso de ser pedante. Al menos, eso opinaba Sita.

—Tendrías que haberle visto salir del mar, hija, todo fanfarrón, como si en vez de un salto desde una roca hubiera ganado un oro olímpico, de tan tieso que iba por la arena. Y a Elena se le caía la baba, que no sé por qué le aplaudía, porque el salto de tu padre fue aún mejor y a él ni le felicitó. Y la cara de enfado que ponía el pobre Ricard, que cogió su toalla y la camisa y se fue, y los demás detrás, y ahí ya me di cuenta de que si queríamos pasar un verano divertido con esos chicos tan guapos y simpáticos teníamos que quitarnos de encima a ese pelanas fachendoso de Gabriel.

—¿Y qué hiciste?

—¡Uy, reina, pues lo que tenía que hacer!

Y lo que tenía que hacer era chivarse a los padres de su amiga. Se enfadaron muchísimo, porque ellos también pensaban que se habían librado de Gabriel, que su hija ya le había olvidado, y de repente volvía a aparecer y en el peor momento. Porque Sita también les dejó muy claro el interés del chico Planadevall por su Elenita, y cómo se había ofendido al verla con ese pelagatos.

—Esa tarde en la Conca triunfé —a Gabriel la sonrisa se le había borrado ya de la cara—, pero intuí que esa victoria iba a pasarme factura, sobre todo cuando vi la mirada que me lanzó la mala pécora de Montsita, que veía marchar a Ricard y a sus amigos con cara de impotencia, pensando que los mejores partidos de la zona se le escurrían como la arena entre los dedos... Al final lo consiguió, se casó con ese tal Guasch, que era un tontainas que no sabía hacer otra cosa que ir detrás de Ricard riéndole las gracias, pero para ella eso y el dinero de su familia ya eran virtudes suficientes. Una arpía era esa Montsita, capaz de manipular y hablar mal de cualquiera por conseguir lo que le convenía.

Sí, Sita siempre ha conseguido lo que se ha propuesto. Ha sido una trepa social y también es la mayor chismosa que he conocido nunca. Puedo hacer una lista de sus pecados, y será larga, pero le daré siempre mi absolución. Porque no soy capaz de condenar a quien tantos domingos me puso delante una taza de chocolate y privó a sus seis hijos del mejor croissant para dármelo a mí. Agradeceré siempre que comprara siete entradas para ver *E. T.* o *La guerra de las galaxias*. Que me llevara de la mano a entregar la carta a los Reyes Magos y luego le soplara a mi padre lo que había escrito en ella. Quizá incluso fue Sita quien, año tras año, compró las dos muñecas, siempre idénticas, que Marta y yo les pedíamos. Fue ella quien me ayudó a elegir el vestido de novia, las flores de la mesa, las invitaciones... Pepita cubrió muchos vacíos de puertas para adentro, Sita hizo lo propio de puertas afuera, en esos asuntos que ella consideró que no eran propios de un hombre, por muy padre que fuera, ni de alguien del servicio. La adoro, y por eso ese mediodía me encendí al oír que Gabriel la llamaba arpía. Mi mano golpeó con fuerza mi muslo, el móvil brincó y cayó al suelo.

—¡Eh, tú, basta! —Mi voz sonó dura, necesitaba envolverla en acero para contener la rabia—. No la conoces apenas, así que no la juzgues.

Gabriel me contempló pensativo durante unos segundos.

—Bien —dijo al fin—, veo que empiezas a entenderlo.

# CAPÍTULO 16

El hogar debería ser ese espacio en que nos sentimos acogidos, cómodos, nuestro cobijo. Debería ser. Pero hay días en que mi casa me repele, no hay química entre nosotras. En esos días malos me repugnan sus paredes blancas, los muebles impolutos, la impecable decoración de la interiorista; mi casa es uno de esos lugares que requiere orden, donde cualquier nimiedad fuera de sitio lo estropea todo, igual que un simple papel arrojado al suelo rompe la armonía de una galería de arte o de un museo. Antes me gustaba mi casa, en cambio ahora toda esta perfección me parece forzada, un decorado. El rechazo es mutuo, esos días tengo la sensación de que la casa me observa, acusadora: me mira mientras deambulo por sus pasillos y piensa que ya no soy digna de habitar en ella, soy ese papel que ensucia el conjunto. Es un hogar de espacios enormes, deshabitados. Alberto se fue y los dejó vacíos; es curioso, porque en realidad apenas se llevó nada, solo su ropa y algunos CD, unos pocos libros, cuatro trastos absurdos y una foto de Ariana. Solo la foto. Dejó el marco de plata, que quedó allí, en una repisa del salón, sin inquilinos.

No se llevó ninguna foto mía, por supuesto dejó la de nuestra boda. Tampoco yo la quería, así que la tiré a la basura. Durante todo este tiempo he tenido esos dos marcos vacíos, eran mi particular monumento a la soledad, debería haberles hecho ofrendas. He decidido que en uno pondré un retrato de mi padre de joven, para que con el tiempo me ayude a olvidar este cuerpo cansado y enfermo que dentro de unos días depositaremos bajo tierra. En el otro pondré la pequeña fotografía de mi madre, la que robé de la cartera de Gabriel, la única que tengo. Yo relleno mis marcos con fotografías de muertos. Alberto pondrá en los suyos las fotos de sus hijos, y en su casa habrá juguetes en el suelo y lápices de colores desparramados sobre la mesa. Y besos y risas. Mejor no jugar a buscar las diferencias, no sea que encuentre demasiadas.

Esa noche, en el blanco y frío salón de mi casa, tenía a Ariana a mi lado, cosa extraña. Pero estar junto a alguien no es lo mismo que estar con alguien, al menos en mi familia. Mi hija tenía la vista fija en su tablet, en la pantalla algún episodio de *Stranger Things* o *Dark Mirror*, o quizá era esa del *Mandalorian* que le encanta. Pero yo tenía ganas de hablar con ella. Acababa de llegar a casa, el tiempo justo de quitarme los tacones y servirme una copa de vino. Tenía la cabeza abotargada, estaba triste, necesitaba el calor de alguien querido. Debería saber que son malos síntomas para empezar una conversación con Ariana. Porque cualquier conversación con ella puede derivar en pelea, y no hay que saltar nunca al ring si no se está en plenitud de facultades.

—Oye, ya sé que no es cosa mía, pero me llamó tu padre para contarme lo de los gemelos y,

bueno, quería preguntarte, ya sabes..., ¿cómo llevas eso de tener hermanastros?

De acuerdo, de todos los temas de conversación posibles este era el peor, yo también sé entonar el *mea culpa*. Además, confieso que hice un notorio hincapié en la palabra *hermanastros*, me esforcé en dejar a los dos ratoncitos en el escalafón que les correspondía, cobijados bajo un vocablo tan feo que hiciera imposible que mi hija pudiera amarlos. Ariana se dignó apartar la vista de su tablet para mirarme.

—A mí me da igual. Es su vida, y si eso hace feliz a papá, yo no tengo nada que decir.

Su voz era cortante, estaba claro que no quería hablar de ello. Señal de que los gemelitos no le gustaban ni un pelo. Suele escudarse en el silencio cuando lo que hace su padre no le gusta, así no tiene que reconocerlo. Pude haberlo dejado ahí, pero insistí. Quería oírselo decir. Segundo error garrafal.

—Una cosa así no puede darte igual, Ari. O te hace ilusión o te disgusta.

Mi hija endureció su gesto.

—Pues mira, ya que preguntas, sabes lo que de verdad me disgustó un montón, ¿eh? —me soltó rauda, como si hubiera estado esperando el momento para darme el bofetón—. Que le colgaras el teléfono a papá cuando te llamó.

—¿Eso te dijo? ¡Yo no le colgué!

—Sí lo hiciste, yo estaba a su lado.

—¿Y se puede saber por qué me llamó si todavía estaba contigo? —me indigné.

—Porque yo se lo pedí. Son sus hijos, así que es cosa suya contártelo, yo no quería estar en medio.

Yo grité, Ariana no. Ella mantenía su postura gélida, yo me estaba comportando como una adolescente.

—Bueno, quizá sí que mi reacción fue un poco visceral —intenté excusarme bajando el tono —, pero me pareció que lanzarlo así, de sopetón y por teléfono, no era manera de decirlo.

—Y cómo querías que te lo dijera, ¿eh? ¿Habrías preferido que te invitara a cenar y te lo soltara a los postres?

No, tampoco. Simplemente, habría preferido que no me lo hubiera dicho, no saberlo, esa era la respuesta. Así que guardé silencio. También Ariana. Cogió la tablet y se marchó a su cuarto.

Fui a la cocina a por otra copa de vino. Había buscado calor familiar, pero visto el fracaso iba a tener que conformarme con la manta del sofá. Cogí el móvil, como cada noche, para guardar la grabación de ese mediodía en mi ordenador. Siempre lo escucho de nuevo, por si se me hubiera pasado algún detalle. Le di al «play» y la voz de Gabriel surgió nítida, cargada de orgullo mientras explicaba su salto, ese salto ensayado durante más de un año en una piscina gélida, esperando el momento de impresionar a mamá, de callarle la boca a mi padre. Le salió bien la jugada, logró ambos objetivos al primer intento. Su único triunfo, al menos ese verano. Porque ese mismo día Sita contó lo sucedido a mis abuelos. Y no solo ella: alguien hizo correr la voz de que la niña de los Ribé tenía un novio obrero y que se veían a solas en la cala. Un rumor que fue

la comidilla de la colonia de veraneantes, un obús directo a la reputación de mamá. ¿Quién prendió la mecha de los comentarios? Papá, quizá, en venganza o para forzar a los Ribé a tomar cartas en el asunto. Y las tomaron, por supuesto. De nada sirvieron los gritos y llantos de mamá, salvo para horrorizar más a sus padres, a la propia Sita, que no daba crédito a la locura de su amiga. Esfuerzos inútiles los de mi madre, tanta rabieta para nada: otra vez control férreo sobre ella, o salía acompañada por alguien o se quedaba en casa, Sita y el hermano ejerciendo de policías. Y prohibidísimo pisar la Conca, no había motivo para ir hasta allí cuando podía bañarse en la playa grande, la de Sant Pol, enfrente de casa. O, aún mejor, salir en barca con esos muchachos tan simpáticos de la urbanización.

—¿De verdad que estas flores son del chico Planadevall? —preguntó mi abuela, incrédula.

—Eso pone en la tarjeta —respondió una victoriosa Sita.

Había otro ramo, idéntico, para ella de parte de Enrique, los dos amigos las invitaban a salir en barca, a una fiesta, a bailar... Mamá, morruda, decía que nanay, que si no había otra alternativa prefería quedarse en casa.

—No seas tonta, Elenita —la animó Sita—, encerrada en casa seguro que no verás a Gabriel, pero si salimos tienes la posibilidad de encontrarle, quién sabe. Pobre chico, hazlo por él, salgamos ya antes de que se vuelva a Barcelona.

Sita sonreía al contármelo, aún hoy se congratula por la pericia con la que había manejado la situación, es evidente que ya entonces se le daba bien eso de manipular. Porque esa tarde salieron por fin a pasear, mi madre girándose cada vez que oía el ruido de una moto, estirando el cuello por si daba con Gabriel. No le vio porque él, ignorante de lo que sucedía, seguía pasando todas las tardes sentado en la arena de la Conca esperándola. En cambio, las dos muchachas sí se encontraron a papá y a Enrique, ya se había cuidado Sita de que Ramón los informara de que saldrían a dar una vuelta. Los dos galanes las acompañaron en el paseo y las invitaron a un helado. Que si querían salir esa noche, les propusieron los chicos. Con Ramón, claro está, se apresuraron a aclarar al ver sobresalto de ellas ante una invitación tan descarada. Sobresalto que, en Sita, se transformó en entusiasmo cuando oyó que pretendían llevarlas al Hole in the Wall, ese local del vecino Sant Feliu de Guíxols que cada verano aparecía en alguna nota de los ecos de sociedad, porque era frecuente ver por allí a Xavier Cugat y a Abbe Lane, su mujer por aquel entonces. Xavier Cugat, con su orquesta y sus maracas, con sus lujos y sus chihuahuas, nacido en Girona, a pocos kilómetros de ese agujero en la roca, era el emigrante que triunfaba en Hollywood, la imagen patria del sueño americano. Y, por si tanto logro no fuera suficiente, Cugat era también el amor platónico de la madre de Sita, que no se perdía ninguna de sus películas ni de sus escándalos amorosos. La chica no cabía en sí de la emoción.

—Va, sí, Elena, por favor, pide permiso y vamos —suplicó a su amiga temiéndose lo peor.

Pero no era necesario tanto ruego, porque la cara de mamá había mutado súbitamente: el día que conoció a Gabriel, él le dijo que había estado en el Hole in the Wall; si no le permitían ir a la

Conca, quizá le encontraría allí. Que sí, se apresuró a responder, hablaría con sus padres para que las dejaran salir de noche, algo que ninguna de ellas había hecho aún.

—Ponte guapísima, Elenita —la arengó Sita toda emocionada mientras se repasaba el pelo—, no sea que nos encontremos con algún famoso.

Y mamá se arregló, claro, pero no para esos famosos que le importaban un bledo. Tampoco se arregló para papá, aunque él le dijo que estaba preciosa cuando pasaron a recogerlas en su coche. Mi abuela salió a hablar con los dos muchachos, por asegurarse de que las niñas marchaban en buena compañía, pero sobre todo para retenerlos unos minutos y que los vecinos los vieran, que ya había sufrido bastante por culpa del pelanas ese de la playa. La mujer necesitaba dar en los morros a todas esas lenguas viperinas, y el *hereu* Planadevall era un derechazo en plena mandíbula.

—¡Sobre todo, a las doce en casa! —gritó para que las vecinas la oyeran, no fueran a pensar que su hija era una casquivana que salía más allá de esa hora que ya rozaba el límite del decoro.

—Sí, mamá, descuida, que yo me encargo —respondió Ramón igual de alto, luciéndose en su papel de hermano protector.

Al fin se la sacaron de encima y arrancaron, ellos cinco en un coche —Ricard y Enrique delante, las dos chicas y Ramón, aún aturdido por tan inesperada invitación, en el asiento trasero —, otro coche detrás con más amigos, y cerrando la comitiva, a unos metros de distancia, la Ossa roja de Gabriel, que, desesperado, había decidido montar guardia en la esquina para ver a Elena. Y la vio, sí, pero entrando en el Hole in the Wall, toda peripuesta, más guapa que nunca, y le dio mucha rabia. Y más cuando quiso entrar pero no le dejaron, que ese local era pequeño y no podían permitir que el espacio lo ocupara un cualquiera, y ya se veía por su aspecto que él allí no pintaba nada. Así que esperó fuera, a cincuenta metros de la puerta, sentado sobre la barandilla, a su espalda el agua del mar que batía rítmica y suavemente cada tres segundos —los contaba, no tenía otra cosa que hacer— contra las rocas que cierran la playa de Sant Feliu. Hasta que poco antes de la medianoche salió mi madre con papá al lado, detrás Enrique y una Sita entusiasmada que pedía volver a la noche siguiente. Echaron a andar en dirección hacia él, Gabriel tuvo el tiempo justo de dejarse caer hacia atrás y agazaparse entre las rocas. Por suerte, había poca luna y la escasa luz de las farolas no iluminaba más allá de la acera. No le vieron, pero Elena sí vio la Ossa roja. Su corazón dio un vuelco: si estaba la moto, tenía que estar él. Le buscó con la mirada, pero en la calle solo había un par de vecinas que aún tomaban el fresco en la puerta de su casa, dos abanicos batiendo el aire, como dos alas. En su regazo, un plato con las últimas rajas de sandía.

—¿Quieres un trozo? —le preguntaron a Elena, que las miraba fijamente.

Negó con la cabeza, no quería sandía y, delante de todos, no se atrevió a preguntarles si sabían adónde había ido el muchacho que conducía esa moto. Lástima, porque le habrían señalado las rocas tras las que le habían visto esconderse precipitadamente, otra muestra del extraño comportamiento de los jóvenes de Barcelona. Porque entonces Sant Feliu era todavía un

pueblo eminentemente pescador, que chismorreaba, entre asombrado y mordaz, sobre los lujos y costumbres de los veraneantes del vecino S'Agaró, y que observaba —atónito y escandalizado, a menudo con un rápido gesto de persignación— a las primeras turistas extranjeras que llegaban a su playa. Si estaba allí la moto, debió de pensar mamá, es que Gabriel iba a ir al Hole in the Wall, quizá él entraba cuando ella salía, porque, con lo pequeño que era ese local, de haber estado dentro le habría visto. Necesitaba volver, pero esa noche era ya imposible, faltaban minutos para las doce y habían prometido no regresar a casa más tarde de esa hora. No fueran a convertirse en calabazas.

—¡Sí, por favor, volvamos mañana! —secundó mamá la petición de Sita—. Quizá tendremos más suerte y estará Xavier Cugat, me encantaría verle.

Lo dijo justo en el momento en que, sin saberlo, pasaba junto a Gabriel, agazapado tras las rocas. La voz de ella y, sobre todo, el entusiasmo que le imprimió llegaron con claridad a sus oídos; todavía esta misma tarde, al recordarlo, noté que le escocía. En todos estos años, a Gabriel ni se le ha pasado por la cabeza que mamá vio su moto, que esta era la razón por la que pidió volver a ese local. Sita, en cambio, lo captó al vuelo. En esos últimos días había oído a Elena hablar tantas veces de la Ossa roja de Gabriel que la moto aparcada a pocos metros de ellos no le pasó desapercibida, y en cuanto oyó la viveza con que su amiga se sumaba a la propuesta, ató cabos. Papá no, claro, él qué iba a saber de esa moto roja solitaria, pero, aun así, sin querer remachó el clavo:

—De acuerdo, volveremos mañana, pero donde hay que ver a Cugat es dirigiendo la orquesta en el Waldorf Astoria de Nueva York, a mi madre le entusiasmó, dice que es el mejor baile del mundo. Cuando me case, llevaré a mi esposa a cenar allí.

Puedo imaginarme a mi abuela Amelia con su vestido largo, la estola de visón y las joyas, cruzando la puerta *art déco* del hotel neoyorquino. También puedo imaginarme a Gabriel, rabioso porque él ni siquiera sabía qué carajo era el Waldorf Astoria. Fue la gota que colmó el vaso.

—Lo siento, pero me marcho —le dijo la mañana siguiente a Tere, la chica de la pensión, con gesto hosco—, prepárame la cuenta.

La muchacha le miró sorprendida. Le gustaba ese chico tranquilo de Barcelona, siempre con un libro en la mano, que almorzaba mientras leía el periódico y desaparecía luego toda la tarde, sin que ella, ducha en tirar de la lengua a los huéspedes (incluso a los extranjeros, a base de mímica si no había más remedio), tuviera siquiera una pista de adónde iba. Regresaba triste, cenaba solo, lo que le ponían en el plato, justo antes de arrancar la moto roja y desaparecer de nuevo. Volvía tarde, también solo. Le gustaba ese muchacho desde el mismo momento en que entró en la casa preguntando si tenían una habitación libre. En estos cuatro días habían hablado poco, pero siempre había sido amable. Por eso le sorprendió el tono áspero de esa mañana.

—Pero ¿por qué quieres irte? ¿Con este buen tiempo, dónde vas a estar mejor que en la playa? Cualquiera diría que te hemos tratado mal para que quieras dejarnos así, de sopetón. Oye, si no

estás cómodo en la habitación, hay una mejor que mañana queda libre, puedo pedirle a mi tía que te cambie.

Gabriel le cortó el discurso. Que no era eso, que la habitación era agradable, pero él en la Costa Brava no encajaba, ni siquiera le dejaban entrar en el *jaldegal*, o como demonios se pronunciase. Tere se echó a reír.

—¿El Hall in the Wall? ¡Ah, por eso no te preocupes! El portero es amigo mío, aquí en invierno somos pocos y nos conocemos todos. Si quieres, esta noche te acompaño y verás cómo entramos. Eso sí —le sonrió picarona—, antes tendrás que invitarme a cenar. ¿Te gustan las pizzas?

Gabriel no había comido jamás pizza, eran una novedad, un esnobismo de gente rica, y le sorprendió que esa muchacha de pueblo se lo propusiera. Pero estaba dispuesto a probarla si con ello conseguía entrar en ese maldito local. De acuerdo, ya no quería la cuenta, quedaron para la cena. Y valió la pena, porque Tere no era una belleza, pero esa noche daba el pego, Gabriel no pudo ocultar su sorpresa cuando la vio bajar: maquillaje, pelo suelto y, lo más impactante, unos bonitos pantalones que le sentaban muy bien. Nadie habría dicho que era una chica sencilla que ayudaba a su tía en esa modesta pensión.

—¿Qué tal? —preguntó ella, toda coqueta, mientras giraba sobre la punta de sus zapatos—. ¿Te gustan mis pantalones? Se los olvidó una alemana que pasó aquí un par de noches. ¿A que parezco una turista?

Una turista quizá no, su piel bronceada y su pelo oscuro no dejaban margen al engaño, pero sí pasaba por una catalanita moderna, buen material para devolverle el golpe a Elena. En la Pizza Brava, a pocas calles de la pensión, con las mesas esparcidas bajo los pinos y los farolillos de verbena, fue su primera cena. Tere acababa de cumplir veinte años, era divertida y un poco descarada. No tenía ni de lejos el *charme* de mi madre, pero sí el desparpajo de quien llevaba ya tres veranos atendiendo a turistas que, además de divisas, traían también nuevos aires. Quería trabajar en un buen hotel, estaba segura de que ese turismo incipiente era un futuro prometedor, aunque de momento no hacía más que ayudar a su tía en verano. Y estudiar inglés y francés.

—Yo también estudio francés —aseguró Gabriel haciéndose el interesante—. *La pizza est délicieuse, je l'aime beaucoup.*

Tere rio encantada, convencida de que los chicos de Barcelona tenían más gracia, y más porvenir, que los hijos de los pescadores con los que se había criado. Y se fueron luego a Sant Feliu, al Hole in the Wall, y a Gabriel se le aceleró el pulso, habría apostado a que no los iban a dejar pasar, a que esa chica era tan mentirosilla como él. Pero no, llegaron y ella saludó al portero, que le sonrió; se le torció el gesto al ver al acompañante, pero decidió franquearles el paso. El local hacía honor a su nombre, era poco más que una cueva en la roca, el interior pintado de blanco, humedad y calor, poca luz y mucho humo de cigarrillos. Le sorprendió que la música provenía de un tocadiscos. Era la primera vez que Gabriel entraba en un local así, nada que ver con esas salas de baile con orquesta que aún reinaban en Barcelona, y le pareció un lugar

extraño, como un guateque pero con desconocidos. Se acomodaron en un extremo de la barra, la angostura del local no daba para más; él pidió un ron con Coca-Cola, pensó que así impresionaría a Tere.

—¿Y a ti qué te pido? —le preguntó.

Pero ella se dirigió al camarero y le soltó:

—Un sidecar.

Gabriel tuvo que esperar a que les trajeran las bebidas para enterarse de que un sidecar, además de aquellos asientos que se añadían al lateral de una moto, era un cóctel de coñac. Le pareció la mar de sofisticado y se lo guardó en la memoria para lucirse en El Pinar o en el baile del sábado en Piscinas y Deportes. Esa jovencita estaba resultando un dechado de modernidad, al menos a los ojos de Gabriel, que empezaba a sentirse un poco pazguato. Tere hablaba, él sonreía y asentía, los ojos fijos en la entrada. La espera se le hizo eterna, empezó a pensar que Elena no vendría. Hasta que vio aparecer a Sita abriendo la comitiva. Entonces se acercó aún más a Tere y le rio las gracias.

—Imagínate, reina —me había contado Sita esa misma tarde—, que llegamos al Hole in the Wall y allí estaba él, y encima con una chica. Ya ves tú, le costó solo tres de días encontrar a otra, que esa no era tan guapa como tu madre, pero era toda pizpireta, pantalones y todo llevaba, a saber de dónde la sacó. Yo fui la primera en verlos y se lo dije a Elena, que allí estaba ese Gabriel con otra, y ella alargó el cuello y estuvo un rato mirándolo, como si no diera crédito, pero era evidente que estaban juntos porque hablaban y reían, y él le acariciaba incluso el pelo. Pobrecita Elena, ¡qué desengaño tuvo!, pero, oye, es lo mejor que podía pasarle, porque esa noche por fin le hizo caso a tu padre, que hasta entonces estaba de un distante con él que a mí me daba apuro, pobre Ricard. Y, chica, lo de ver a ese mamarracho tonteando con otra fue mano de santo, que de repente venga a hablar con tu padre, y el Gabriel ese miraba de reojo, y yo a él, y cuando veía que se acercaba mucho a la chica o le cogía la mano, avisaba a Elena por lo bajito, «fíjate, fíjate», le decía, y ella miraba y yo veía cómo le subía la rabia, y volvía a sonreírle a tu padre, a coquetear con él. No habían transcurrido ni quince minutos y ya tuve claro que esa pueblerina era el mejor remedio para liberar a la tontuela de Elena de tanto pájaro en la cabeza.

Ese mediodía, balanceándose en su mecedora, Gabriel también había rememorado esa escena. Con su expresión imperturbable, el tono de su voz me había pasado desapercibido; en cambio ahora, sentada en el sofá de casa, le escuchaba en mi móvil y me daba cuenta de lo quejumbroso que era. Gabriel era consciente de la ventaja que esa noche le había concedido a mi padre. Porque había que ser muy bobo para creer que esa estrategia de celos podía funcionar. De vuelta a la pensión, tuvo claro que la había pifiado, que lo único que había conseguido era lanzar a mamá a los brazos del enemigo.

—Si no hubiera sido por mi estúpida actuación con Tere, tu madre jamás le habría hecho el menor caso a Ricard. Y menudo uno para no aprovechar la oportunidad, es de los que les basta una grieta para echarte la casa abajo.

Yo habría preferido decir que papá es de los que les basta un ladrillo para construir un palacio entero, pero en el fondo estábamos de acuerdo, todo es cuestión de perspectiva. Igual que Sita tenía su propia perspectiva del comportamiento de Gabriel esa noche:

—Tenías que haberle visto, pavoneándose con la chica esa, una zafia disfrazada de moderna, menudo ridículo. Ricard le vio y puso mala cara, que yo pensaba que iba a encararse con él. Pero le dije que no lo hiciera, que lo mejor que podíamos hacer era ignorarle. Y mira, sé que tu padre reconoció que yo tenía razón, y creo que fue en ese momento cuando nos hicimos amigos, porque se dio cuenta de que yo podía ser su mejor aliada. Y lo fui, no lo dudes.

Esto último lo dijo con orgullo, para Sita su amistad con papá ha sido siempre importante. Intuyo que aún más lo fue entonces, un aval muy conveniente para que la aceptaran en ese círculo tan cerrado de la alta burguesía catalana.

—Volví con Tere al Hole in the Wall la noche siguiente —proseguía Gabriel, la grabación de su voz surgiendo desde mi móvil—. Y la siguiente, pero ellos ya no vinieron. Le pedí que me llevara a otros bares, por entonces no había muchos porque Platja d'Aro era poco más que pinos y mar, así que con la moto hacíamos rápido la ronda, pero ni rastro. Y yo me consumía pensando que Elena estaba con Ricard, con ese idiota...

—¡Eh —ahora era mi voz, simulando enfado—, protesto!

Gabriel había detenido el vaivén de la mecedora, ya no se oía su crujido.

—Protesta aceptada. Pero nunca supe dónde se metían, la verdad.

Yo también tenía curiosidad, así que se lo había preguntado a Sita esa misma tarde.

—Uy, reina, después de esa noche tu madre no quiso ni oír hablar de ese Hole in the Wall, y a mí ya me pareció bien, porque ni rastro de Cugat y la Abbe Lane, ni sus chihuahuas, así que no tenía mucha gracia estar en ese tugurio. En cambio, tu padre dio un par de fiestas, maravillosas, que casi me muero la primera vez que entré en esa preciosidad de casa y de jardín, que no pude evitar decirle a Elena por lo bajito que si se casaba con Ricard sería dueña de todo aquello, y ella me miró como si hubiera soltado la mayor de las tonterías. «Antes andará el hombre por la Luna», me contestó muy segura de sí misma. Y mira, no, primero se casó ella con tu padre, que lo de la Luna no fue hasta unos años después.

Podía imaginarme perfectamente a Sita de fiesta en nuestro jardín de S'Agaró, en el centro de un grupo de jóvenes bailando el twist en el césped, riendo bajo el porche, sentados junto a la piscina. Seguro que entonces la abuela Amelia ya controlaba que nadie se propasara. En mis fiestas, años después, lo hacía: se sentaba junto a la ventana de su habitación, en el piso de arriba, pertrechada con un silbato y dos pequeñas cartulinas, una amarilla y una roja. Seguía el mismo criterio que en el fútbol, al que era muy aficionada: mis invitados podían ser expulsados de la fiesta por acumulación de dos amarillas o por roja directa, dependiendo de lo grave que fuera la falta, siempre según la estricta moralidad de ella. Era capaz de pasarse días organizando una decoración maravillosa para la terraza o encargando el mejor surtido de canapés para luego cortarnos el rollo en plena jarana a base de pitar faltas. Con los años y el devenir de su demencia,

se olvidó de las tarjetas; aun así, y por si acaso, cuando yo celebraba una fiesta en S'Agaró me aseguraba de que la ventana de su dormitorio estuviera bien cerrada, no fuera a recuperar súbitamente la memoria. A la abuela Amelia yo la quise y la temí a partes iguales.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunté rabiosa tras una fiesta en la que expulsó a un francés monísimo que habíamos conocido en la playa, solo porque consideró que me ceñía demasiado al bailar.

—Porque, me guste o no, eres hija de tu madre, y con esta genética hay que controlarte de cerca.

Que yo recuerde, esa fue la única vez que la abuela Amelia se refirió a mamá en mi presencia.

Gabriel no volvió a estar con ella en los días que le quedaban de vacaciones, pero eso no significa que no los aprovechara.

—Mira, reconozco que con Tere me lo pasé bien. Era alegre, sencilla... No sé, normal. Porque Elena, tanto criticar a todos por frívolos, y de repente ella la más frívola del grupo, ya ves, todo eso de la filosofía y del existencialismo de repente le importaba un carajo, ¡menuda farsa!

—Perdona —salté como un muelle—, pero para farsa la tuya, que te escribían hasta las cartas.

—Pero ¡lo mío era por amor! Y lo suyo era por... ¿Cómo lo decís ahora? ¿Posturitas?

—Postureo.

—¡Eso!

Me quedé sorprendida. Era la primera vez que...

—Oye, ¿estás criticando a mi madre?

—¿Yo? ¡No! Bueno, un poco sí. Pero es que esas noches llegué a odiarla, la verdad.

Sentí que era un paso importante: ese hombre acababa de mostrar sus sentimientos de forma espontánea. La primera vez que no medía las palabras de su discurso, ni que fuera por un momento. Solo un instante, porque corrió a retomar la historia. Él siguió yendo a la Conca cada tarde, pero mamá no apareció. Él espió su casa, pero nunca salió sola; si ella advirtió su presencia, plantado en la acera de enfrente, fingió no haberle visto, ofendida por la escena de esa desconocida con pantalones. Él sentía que tenían que reconciliarse antes de irse, obtener su perdón, porque en Barcelona sería aún más difícil. Pero ¿cómo hacerlo, si no podía acercarse a ella? Tenía que idear un plan, y con urgencia, porque habían pasado ya los diez días de vacaciones. Tocaba regresar a la imprenta.

Esa última noche dejó a Tere en su casa, le prometió que regresaría el siguiente verano, reconoce que le dio un beso, o más bien se lo arrancó ella. Incapaz de conciliar el sueño, para distraerse se entretuvo releyendo los periódicos que, día tras día, había ido amontonando sobre la silla, pero le costaba concentrarse. Recordaba la voz de mamá, tumbada a su lado junto a esa valla del aeropuerto, prometiéndole que pensaría en él cada vez que viera un avión. No volaban muchos entonces, así que a Gabriel la promesa no le pareció gran cosa, él pensaba en ella cada minuto del día. Pero esa noche de agosto, tumbado en la cama de la pensión, esas palabras eran todo lo que tenía. Y a ellas se aferró.

—Era temprano —me había contado Sita—, Elena y yo aún dormíamos cuando oímos los gritos de tu abuela desde el porche. Saltamos las dos de la cama y abrimos el ventanal para ver qué sucedía. El jardín estaba lleno de avioncitos de papel de periódico, estaban por todos lados, en el suelo, clavados en el seto, entre las hojas de los árboles, sobre las sillas... ¡En cada rincón, más de doscientos! Primero pensé que habían sido unos pillastres, una trastada de críos, hasta que vi la cara de Elena, que los contemplaba emocionada. Y aunque ella lo negó, aún hoy estoy convencida de que fue cosa de ese Gabriel.

Por supuesto que fue cosa suya, se notaba el punto de orgullo en la voz que salía de la grabadora de mi móvil.

—Doscientos cuarenta avioncitos hice, los conté y aún me acuerdo. En plena madrugada, me pasé dos horas doblando páginas de periódico sentado en un banco. Cuando tenía unos cuantos, los hacía volar sobre la verja y volvía a doblar, hasta que se me acabó el papel. Luego tuve que aguardar más de tres horas, que en esa familia no eran de madrugar en verano. Hasta que oí un alboroto, los gritos de la madre, y al momento se abrió una de las ventanas del piso de arriba y se asomaron Elena y Montsita, el pelo revuelto, aún en camisón. Y te aseguro que valió la pena haber esperado todo ese rato solo por ver la sonrisa que le iluminó la cara.

Mientras hablaba, Gabriel había cogido un papel, un folio con algunos garabatos que no debían de importar gran cosa, porque se entretuvo doblándolo con precisión, pliegue tras pliegue, hasta que lo convirtió en un avión.

—De verdad que esa mañana pensé que Ricard no tenía nada que hacer con Elena, que era yo quien iba a ganar esa partida.

Se levantó, abrió la ventana y, dándole impulso, lanzó el avioncito, que se alejó mecido por el viento.

—Ya ves —concluyó sombrío—, todos cometemos errores de cálculo.

Luego, el rumor de sus pasos alejándose por el pasillo, malhumorado, dando la reunión por concluida.

Fin de la grabación.

# CAPÍTULO 17

La mañana siguiente no fui capaz de concentrarme en los problemas del despacho, es difícil cuando se te aparecen escuadrones de avioncitos de papel por todas partes. Yo recordaba la casa de mis abuelos maternos con los postigos cerrados y el jardín asilvestrado, abandonada desde hacía años. Pero podía imaginármela iluminada por el primer sol de la mañana, con mesa y sillas en el porche, el olor del café del desayuno y centenares de aviones clavados en los geranios, colgados de un árbol como racimos de frutas. Y una jovencita de pelo corto, con un ligero camisón blanco, contemplándolos sonriente desde la ventana. Me fastidia reconocerlo, pero me parece bonito. Cursi, pero bonito.

Me pregunto si mi padre lo supo, lo de los avioncitos. Probablemente no, él habría contrarrestado el golpe a su manera. Regalándole a mamá un billete de avión para ir a cualquier lugar que le hubiera apetecido, por ejemplo. De acuerdo, lo reconozco: mi padre tiene muchas virtudes, pero detallista no es. No me costó muchos años darme cuenta de que, en mis cumpleaños, si mi reacción al desenvolver el regalo era alborozada, papá lanzaba una mirada de aprobación a Pepita, que sonreía con la satisfacción del deber cumplido. Cuando cumplí veintiún años empezamos a ir juntos a una joyería, donde yo podía elegir la pieza que más me gustara, así él se ahorraba tener que pensar en ello. Fue un buen entrenamiento, porque tampoco Alberto era romántico, mejor decirle a las claras qué me gustaba, acompañarle a la tienda si era necesario, no fuera a equivocarse. No voy a jugar ahora a la pobre niña rica, no soy tan hipócrita: he tenido siempre lo que he querido, no he echado de menos que me lanzaran avioncitos de papel.

Al mediodía cogí mi abrigo y salí del despacho. Una semana antes, Gabriel me era un completo desconocido; ahora, sentarme un par de horas en su viejo sofá era una de las pocas cosas inamovibles de mi vida.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó dando impulso a su mecedora.

—Fin de tus vacaciones, volviste a Barcelona después de utilizar los parterres de mis abuelos maternos como pista de aterrizaje.

Sí, regresó a la ciudad y volvió a los turnos de noche en la rotativa. Mamá, por su parte, perdió otra vez su batalla por ir a la universidad, mis abuelos no iban a permitir que su hija, ese patito feo y desgarbado que había mutado en cisne y centraba ahora todas las miradas, se ensuciara las blancas plumas con una pátina de intelectualidad y modernidad que en nada la favorecía. Eso sin contar con la evidente desgracia que habría supuesto que la niña, de naturaleza influenciable, se relacionara con esos movimientos de protesta estudiantil contra el régimen

franquista que empezaban a hacerse oír en las aulas universitarias. Ni hablar del asunto, si su Elenita quería estudiar que hiciera un curso de puericultura o de gestión del hogar, que le sería útil. Piano y francés también estaban permitidos, formaban parte de una educación esmerada. Mamá exigió —y ahí sí se hizo fuerte— que las lecciones de francés se las diera tía Clara en su despacho de la editorial, como antaño, no iba a aceptar otra profesora, aunque tras su estancia en Francia ella lo hablaba casi tan bien como su tía. Pero no era mejorar el francés lo que en realidad quería. Pretendía, sí, tener un espacio donde encontrarse con Gabriel protegidos de miradas reprobadoras y lenguas viperinas, volver a bailar twist y rock and roll en los pasillos vacíos de la editorial. Pero sobre todo anhelaba aprender a traducir novelas, quería que tía Clara le enseñara el oficio: ser capaz de oír la voz del autor, su tono, la cadencia de las palabras, y mimarlas, conservarlas como quien cuida un tesoro. Porque mamá tenía un plan: iba a ser traductora, iba a traducir a Sartre y a Simone de Beauvoir y a Camus y a la Yourcenar. Iba a seguir la estela de su tía, ella era su guía, el raíl por el que quería circular.

Así que volvieron las tardes en la editorial, y las visitas de Gabriel y la camaradería con tía Clara. La música en el pick-up y las continuas visitas de él a Castelló para comprar los discos recién llegados y pavonearse luego, dándoselas de entendido. Volvió a contarles historias de fiestas y conciertos. Y no solo las contaba, ahora también se las mostraba, porque aunque había renunciado a su carrera de reportero gráfico, volvió a sacar la cámara para retratar parrandas, parranderos y, sobre todo, a sus amigos los Sírex, que no habían conseguido grabar aún su primer disco, pero arrastraban ya a un buen puñado de seguidores hasta El Pinar del Poble Sec, el Capsa de la calle Aragón o el Tropical de Castelldefels. Gabriel les imitaba las poses, el peinado y la ropa, para regocijo de las dos mujeres, que celebraban tanta modernidad. Todo volvió a ser como antes, salvo por algunos detalles. Uno fue los besos, que tía Clara permitía y que mamá, algo azorada, consentía. Otra novedad fue la participación de Gabriel en las conversaciones sobre literatura. Ya no era ese joven que las escuchaba, entre admirado y desubicado, cuando las dos mujeres se enzarzaban en interminables debates sobre libros y autores. Porque Gabriel no había dejado de ir al Ateneu, a su hermosa biblioteca, a escuchar a los tertulianos del primer piso. Letraherido ya de por vida, hurgaba por las estanterías de las novelas y de los ensayos, se dejaba aconsejar por el bibliotecario, se abalanzaba sobre los libros que este tenía sobre la mesa, especialmente los recién llegados, con ese olor a papel recién impreso que tanto le gustaba.

—¿Por qué no huelen así los periódicos cuando los sacamos de la imprenta? —le preguntaba a menudo a Quim mientras inspiraba con la nariz metida entre las páginas de la última novedad editorial.

Desde entonces no ha dejado de leer, aunque admite que, todavía hoy, cuando termina un libro no puede evitar pensar si les habría gustado a mi madre y tía Clara.

—Tras tantos años —me había confesado en voz baja—, una parte de mí aún sigue leyendo para impresionarlas.

Así pasó ese otoño de 1961, empezó el invierno. A principios de 1962 le ascendieron en la

rotativa de *La Vanguardia*. Seguía teniendo un sueldo modesto, pero empezaba a ser suficiente para plantearse comprar un pequeño pisito en alguno de los nuevos barrios que surgían en el extrarradio de Barcelona, solo se necesitaba dinero para la entrada, para el resto bastaba con firmar un montón de letras. Se reía ahora al reconocer que, enamorado como estaba, había creído seriamente que mamá podía aceptar su propuesta. No le dio tiempo a preguntárselo porque Sita tenía otros planes. Para ella y para su amiga Elena. Me los había contado esa tarde cuando fui a visitarla.

—Créeme cuando te digo, Carolina, que ese invierno fue el más divertido de mi vida. —Los ojos de Sita brillaban al recordarlo, sus muñecas parecían cascabeles—. ¡Es que fue volver a Barcelona y no parar!

Fiestas y guateques todos los fines de semana, y papá y sus amigos estaban invitados a todas. Y las dos chicas también, claro, porque aunque Sita y Enrique no estaban aún prometidos, él ya no quería ir con nadie que no fuera ella.

—Yo creo —Sita bajó la voz, como quien confiesa una falta imperdonable— que si no me lo pidió antes fue porque sus padres no estaban muy conformes, ellos querían para su hijo alguien con un apellido más rimbombante, ya me entiendes, no la hija del óptico de la plaza Universidad. Y ahí Ricard se portó de maravilla.

Porque fue papá quien introdujo a Sita en sus círculos sociales como si fuera una buena amiga de los Planadevall, quizá intuyendo que iba a serlo, aunque entonces no se conocieran más que de unos días en verano. Y actuó así por hacerle el favor a la chica, sin pedir nada a cambio, aparte, claro está, de que arrastrara a mamá a todas las fiestas, ya pasaba él a buscarlas con el Tiburón, un Citroën, que entonces era un coche que, en palabras de Sita, se hacía mirar. A ella, por supuesto, le encantaba montarse en él, que la vieran apearse de ese coche en la puerta del cine, del Salón Rosa, en el paseo de Gracia, o de Bikini.

—Bikini todavía existe —interrumpí.

Sita torció el morro.

—Uy, nada que ver. Entonces era una sala de fiestas con orquesta, y una terraza siempre muy animada con un minigolf, que no había otro en toda Barcelona, creo que fue el primero de España. ¡Y los sándwiches, que nos entusiasmaban!

—¿Qué sándwiches?

—Hija, pues los de jamón y queso, que en todas partes los llaman *mixtos* y nosotros, los catalanes, los llamamos *bikinis* porque los hacían allí, en esa sala de baile, te los servían con la copa. Una delicia calentitos, ni te imaginas lo bien que entraban con el champán. Fíjate que de vez en cuando le pido a la chica que nos prepare un par de bikinis, abrimos una botella de cava y ponemos música en el salón. Y bailamos un rato Enrique y yo, como en los viejos tiempos, mientras la artrosis nos deje.

—¿Y mamá aceptaba ir con vosotros?

—¡Ya me encargaba yo de eso, por la cuenta que me traía!

Sita llamaba a mi abuela y le contaba el plan, y ella se ocupaba de convencer a mamá, las clases de francés con tía Clara fueron siempre una buena moneda de cambio. Porque mis abuelos maternos lo tenían clarísimo: no había mejor partido que mi padre, así que mamá o salía con él o no salía, no fuera a entablar amistad con otro indeseable.

—Y, claro, ante la disyuntiva, pues salía, que eso de la literatura y la filosofía le servía para dárselas de lista, pero aburrido lo era un rato. Y Elena en el fondo era una chica alegre y divertida, le gustaba bailar y los guateques, y además acababa siempre siendo el centro de atención, porque tenía...

—Tenía *charme*.

Sita me miró suspicaz.

—Tal cual. Pero eso no creo que te lo haya dicho el detective.

—No, claro que no —intenté cambiar de tema—, en realidad todavía no me ha dicho nada. No sé si llegará muy lejos, está investigando a ese Gabriel, pero tras tantos años es difícil.

—¡Fue él, algo ha de encontrar! —me cortó Sita tajante, olvidándose completamente del *charme*—. Te digo que ese hombre la mató cuando ella decidió volver contigo y con tu padre.

No era la primera vez que me lo decía, y en mi interior volví a agradecérselo. La seguridad de Sita me daba fuerzas, porque a veces las mías flaqueaban. Había momentos, durante mis charlas con Gabriel, en que debía hacer esfuerzos para recordar que era el asesino de mi madre, para no empatizar con él, para que no se me escapara más sonrisa que la necesaria para que él pensara que le creía. Ya llegaría el momento de sacarle de su error. Sita, ajena a mis dudas, proseguía con las suyas:

—Que fíjate que aún hoy no sé cómo esos dos, Elena y ese Gabriel, después de lo de S'Agaró, pudieron volver a verse, si ella nunca salía a solas.

—Quizá se lo encontró en Bikini o en alguno de esos sitios por los que ibais —aventuré, por disimular.

Sita me miró desdeñosa, como si acabara de decir la mayor de las sandeces.

—Por supuesto que no, solo faltaría. Eran locales finos, no dejaban entrar a cualquiera.

El desprecio que Sita sentía por Gabriel era evidente. Y mutuo, porque él también había sido despectivo al hablar de ella ese mediodía:

—Claro que sabía que Elena salía de vez en cuando con Ricard, ella misma me lo contaba, pero lo hacía por su amiga Montsita, porque esa chica necesitaba carabina para salir con el tontainas del Guasch. Buena pieza la tal Montsita, lanzó las redes en S'Agaró y pescó a la primera. No un gran atún, ese era tu padre, pero era lista para saber que ese Guasch era bocado más que suficiente para ella, no era cuestión de devolverlo al mar. Yo me consolaba pensando que Ricard tenía la compañía de Elena en público, pero yo tenía sus besos en la intimidad. Me habría gustado llevarla a El Pinar, a algún concierto, pero sus padres no iban a dejarla salir conmigo, estábamos condenados a vernos a escondidas, al abrigo de tía Clara, al menos hasta

que yo prosperara algo más en el trabajo y ganara el sueldo suficiente para mantener una familia, aunque fuera sin lujos.

—Y en un piso del extrarradio —remaché irónica.

—Bueno, ya sabes que la felicidad no depende tanto de la geografía como de la historia.

Pero, ya entonces, Gabriel intuía que esa relación no era más que otro acto de rebeldía de mamá, un divertimento de niña rica, y que en realidad lo que quería era demostrarle a tía Clara que podía ser tan liberal y moderna como ella. Intentaba imitarla en todo: la manera como vestía, su desparpajo y su aplomo al hablar de asuntos de los que por entonces las mujeres no solían opinar, su negativa a ocupar las horas en cosas propias de las señoritas de la alta sociedad...

—Elena adoraba a tía Clara, y esta me tenía simpatía, siempre supe que esa mujer era mi mejor aliada. Hasta que pasó una desgracia, pobre tía Clara.

Esa noche, tumbada en el sofá de casa, volví a escuchar la grabación de ese mediodía. Recordé los ojos de Gabriel húmedos de lágrimas, la vista escapando por la ventana, mientras bajito, poco más que un susurro, repetía una y otra vez, al compás de la mecedora: «Pobre tía Clara, pobre tía Clara, pobre tía Clara...».

—¿Quién es esa tía Clara? ¿Y a qué viene tanto drama? —La voz de Ariana, apoyada en el marco de la puerta del salón, me sobresaltó—. Por cierto, ¿él sabe que le grabas?

Ignoraba cuánto rato llevaba ahí escuchando. Aún tenía la chaqueta puesta, no la había oído entrar.

—¿Qué dices de grabar a quién? —intenté disimular, pero me aturullé demasiado—. Estaba viendo un vídeo que me han pasado, una tontada.

Ariana se echó a reír.

—Mamá, mientes fatal. Además, ya sé que hablas con Gabriel Bonell, me lo dijo él.

—¿Qué? —Me quedé atónita—. ¿Has ido a su casa?

—No, mamá, a su casa vas tú. Yo fui con Álex al Ateneu y le encontré jugando al ajedrez.

—¡Oye, se supone que por las mañanas estás en la facultad!

—Los jueves salgo a las doce, ya lo sabes —respondió con retintín—. Tenía curiosidad por hablar con él. ¡Joder, ese tío fue el amante de mi abuela, es que es muy fuerte! Y le conocimos por ese libro escondido, mira que es casualidad, que esto pasa en una peli y no te lo crees. Y tú, ¿por qué vas a verle?

Era una pregunta fácil. Podía haberle hablado de la desaparición de mi madre, de las falsas acusaciones contra papá, de mi decisión de desenmascarar a Gabriel. Pero lo resumí todo en cuatro palabras equivocadas.

—Quiero saber la verdad.

Ariana, toda seria, fijó en mí una larga y escrutadora mirada.

—¿La verdad? ¿Y hasta dónde estás dispuesta a llegar? —dijo al fin.

Noté cómo se me aceleraba el pulso, sentí que algo me oprimía el pecho. Por disimular, estiré el brazo e hice el gesto de dejar el móvil sobre la mesita. Mi mano temblorosa chocó con la copa,

que cayó al suelo. Un charco de vino tinto se extendió a mis pies. Ariana enfiló hacia la cocina a buscar algo con que secarlo. La detuve con un grito.

—¡Déjalo! Ya lo haré yo.

Le lancé una mirada acusadora. Todo ese desastre, las manchas en mis zapatos nuevos, las salpicaduras en el impecable blanco del sofá, mi gesto trémulo, los cristales rotos, absolutamente todo era culpa suya. Ariana se encogió de hombros y se largó a su cuarto.

Recogí el estropicio. Al día siguiente, Verena se encargaría de limpiar los rastros que aún quedaban. Puse la tele, las noticias. Un médico hablaba de los contagios por coronavirus. El primer muerto, en Valencia. No era exactamente el tipo de noticia que te levanta el ánimo, así que cogí el mando y, con un golpe brusco del pulgar —como si el pobre aparato tuviera la culpa —, apagué el televisor. Estaba muy enfadada, con Ariana y, sobre todo, con Gabriel, ese hombre no tenía ningún derecho a hablar con ella, me juré que al día siguiente iba a pegarle unos cuantos gritos. No quería a mi hija mezclada en este asunto, fuera lo que fuera. Pero no era solo enfado, había algo más. Tenía la pregunta de Ariana aún clavada en mis oídos. Aunque, más que una pregunta, me había parecido una advertencia. «¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar, mamá?» ¿Qué sabía mi hija, qué le había contado Gabriel? Me acerqué a la habitación de Ariana, iba a preguntárselo, pero cuando estuve frente a la puerta no me atreví. Me quedé con el puño en el aire, mis nudillos no llegaron a llamar.

—¿Vas a salir con Rocco? —grité desde el pasillo.

—¡No!

Respuesta escueta, pero suficiente. Me pregunté si habría reñido con el encapuchado. No hay mal que cien años dure, y en la juventud a menudo no dura ni cien horas.

—Vale, ya le saco yo. Tardaremos al menos media hora.

—OK.

Di aposta la información. Me apetecía pasear, salir de allí, esa noche mi casa me resultaba especialmente fría e inhóspita. Pero sobre todo quería que Ariana supiera que no era solo una vuelta a la manzana, que tenía media hora disponible y podía aprovechar mi ausencia para salir de su cueva, calentarse cualquier cena que le viniera en gana y volver a su cuarto. Esperaba que lo hiciera, porque esa noche no me apetecía nada cenar con ella.

Me puse el abrigo, cogí la correa del perro y salimos los dos hacia la calle.

# CAPÍTULO 18

«Espejito, espejito, ¿quién es la más bella?»

No es un cuento infantil, es una pregunta recurrente. Me la hago cada mañana al entrar en el edificio donde está mi bufete, unas décimas de segundo antes de mirarme de reojo en el gran espejo del vestíbulo mientras espero el ascensor. Siempre me contemplo en él, lo tengo por costumbre. Creo que me visto cada mañana pensando en ese espejo. Necesito mirarme y verme impecable, sentir que encajo en ese edificio, en ese ambiente. Eso me tranquiliza.

Pero ese miércoles mi aspecto en el espejo era deplorable, toda una bofetada a mi ego. Ninguna novedad, el espejito llevaba ya unos días lanzándome la misma respuesta, daba igual que yo llevara puesto mi mejor traje, mis tacones más altos o hubiera dedicado diez minutos más de lo habitual a maquillarme y a arreglarme el pelo. Mi reflejo mostraba una mujer cansada, ojeras mal disimuladas, espalda curvada. Había algo en mí que desprendía pesadumbre. Utilizo esta palabra, *pesadumbre*, y no *tristeza*, porque la siento más plomiza, más acorde con ese ánimo que me lastraba. Decidí darme una segunda oportunidad, me miré al espejo e intenté sonreír. Una patética mueca pintada en *rouge* Dior.

—Buenos días, Carolina.

Me rodeaban varios hombres, todos con perfecto uniforme de Madelman ejecutivo, mientras esperábamos el ascensor. Uno de ellos se había colocado a mi vera, su rostro sonriente aparecía ahora en el espejo, justo detrás de mi reflejo. Era Claudio, un abogado del bufete, aún no es socio, pero lo pretende. Uno de esos tipos que exhibe siempre esa expresión confiada de quien afronta el día como una nueva oportunidad de comerse el mundo. La reconozco a la legua, la he visto en mi cara durante años, reflejada en ese mismo espejo del vestíbulo.

—Parece que ya lo tenemos aquí, ¿eh? —me dijo.

La gente que ansía comerse el mundo es muy pesada, necesita hablar, entablar conversación —o un monólogo al menos— con cualquier persona a su alrededor, con una especial y enojosa preferencia por sus superiores. Deben de pensar que soltarnos el rollo allí donde ni el espacio ni la educación nos deja escabullirnos, nos acerca. Pues no, lo que sucede es que nos fastidia. Y más a los superiores apesadumbrados, que anhelamos vestíbulos vacíos y silenciosos. Eché un rápido vistazo al número luminoso sobre la puerta del ascensor: bajaba, pero estaba aún en el cuarto piso. Sin escapatoria. Me volví hacia él, no sabía de qué me hablaba.

—¿Quién está aquí?

Me mostró el titular del periódico que llevaba en la mano.

—El coronavirus ese, parece que va en serio. Un muerto, ya. Y ayer vi a gente con mascarilla por la calle.

—Serían turistas japoneses —contesté con cierta desgana—, esos se la ponen por la contaminación.

El ascensor abrió sus puertas, grandes fauces deglutiendo a los siete ejecutivos que esperábamos frente a ella. Solo conocía al colega preocupado por el virus, los otros cinco no eran del bufete. Los miré de reojo, es mi juego particular: a los desconocidos les asigno una profesión, un cargo, un sueldo. Confieso que empiezo mejor el día cuando siento que encabezo el pelotón. Y es que, en estos edificios, la competitividad empieza nada más entrar en ellos, no en vano la primera muestra de estatus es la deferencia con que te saluda el conserje. Porque no hay ningún conserje en el mundo que corra a abrirle la puerta a una secretaria, ni desea buenos días con una ligera inclinación de cabeza a un simple asociado. Los conserjes de estos edificios olfatean el poder a la legua, y todo en ellos —el tono de voz, la sonrisa, la cortesía— se adecua a este estímulo. Claudio, superestimulado por mi condición de socia, seguía locuaz, ni siquiera el hecho de estar apretujados en el ascensor le hizo cerrar la boca.

—Parece que ese bichito es especialmente letal con la gente mayor, dile a tu padre que vigile, que salga de casa lo menos posible.

Quiso ser un comentario amable, lo sé. Pero me he ganado fama de antipática entre mis subordinados y de vez en cuando me gusta recordárselo, no sea que piensen que con la edad estoy perdiendo facultades.

—Se lo diré de tu parte. Aunque si le conocieras sabrías que está muriéndose de cáncer y que le quedan pocos días de vida, así que no está para paseos ni creo que ese bichito le preocupe lo más mínimo.

Ni me giré a mirar a Claudio, pero en el silencio denso del ascensor pude oír el crujido del periódico entre sus dedos crispados. Me arrepentí un poco —solo un poco— de mi respuesta brusca; podía haberla compensado con una mirada amable, pero clavé mi vista en la luz parpadeante que anunciaba la planta. Me molesta que gente con la que no tengo una especial relación de amistad mencione a mi padre. Todo el mundo parece conocerle, aunque en realidad no sea más que de oídas. Él es el gran empresario Ricard Planadevall y yo soy su hija, una condición que arrastro siempre conmigo, incluso en este bufete que he fundado yo, donde me he partido los cuernos y donde nadie, absolutamente nadie, puede negar que me he ganado mi reputación peldaño a peldaño, hasta lo más alto. Y en este edificio lo más alto es la planta décima, la mía. Es un inmueble con fachada de cristal, imagen de la modernidad y eficiencia que queremos ofrecer. Porque vendemos soluciones a problemas legales, claro, pero también esa apariencia de éxito y glamour que sale en Netflix: la vida real de los abogados no se parece a la de las series, pero eso el cliente no tiene por qué saberlo.

Llegamos a la planta décima y bajamos los tres que aún seguíamos en el ascensor: Claudio, yo y un chaval con pinta de becario asustado, embutido en un traje y corbata que, sobre su cuerpo

todavía aniñado, parecía un disfraz. Los dejé atrás: en el ascensor subíamos juntos, pero desde el momento en que cruzábamos la puerta del bufete cada uno tenía su puesto asignado, su lugar en el escalafón. Además, yo tenía prisa, faltaban cinco minutos para que llegaran unos clientes ingleses. Isa, mi secretaria, me recibió con una sonrisa.

—Buenos días —dijo tendiéndome un papel—. Tienes varias llamadas de ayer por la tarde. No quise pasártelas, para no molestarte.

Me sentí un poco culpable. Todos daban por hecho que mis ausencias eran para estar con mi padre, ni se imaginaban que al mediodía me escapaba para hablar con el amante de mi madre y que pasaba parte de la tarde en casa de Sita. Yo, que no dudé en dejar a Ariana en manos de niñeras para volver al bufete mucho antes de finalizar mi baja por maternidad, que he ido tantas veces al trabajo llevando conmigo catarros, fiebres y antigripales, ahora estaba descuidando mis obligaciones profesionales. La historia de mi madre me arrastraba, como el sedal tira del pez que ha mordido el anzuelo. En mi cabeza seguía la pregunta que mi hija me había lanzado la noche anterior: ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar? No lo sabía. Pero, igual que el infortunado pez, yo no podía ya liberarme, aunque algo en mi interior me pidiera olvidarlo todo, volver a esa bendita ignorancia que nos permite modelar la vida a nuestro antojo, como si fuera plastilina. En cambio, la verdad es rígida, no deja margen de movimientos, cobijarse en ella es como meterse en un ataúd.

Me mareé ligeramente, a la tensión acumulada por la enfermedad de mi padre se unían ahora las pocas horas de sueño. Llevaba varias noches sufriendo la misma pesadilla: alguien me obligaba a andar, descalza y sola, en la oscuridad más absoluta; no sabía dónde estaba ni quién me forzaba a ello, pero intuía que andaba muy cerca de un precipicio, el ruido de las olas retumbando contra las rocas bajo mis pies, el eco repitiendo el bramido hasta hacerme imposible distinguir de qué lado procedía. Un paso y otro y otro más, cada uno podía ser el último. Hasta que me despertaba, presa de la angustia, entre sudores, las sábanas revueltas y la boca seca.

—Carol, ¿estás bien?

Isa seguía frente a mí, su mano aún tendida sosteniendo el listado de llamadas. Pero quien había formulado la pregunta no era ella, sino Gerard Santcliment —alto, ojos grandes, pelo castaño, mofletes de chiquillo bien alimentado—, que me miraba con preocupación desde la puerta de su despacho, justo frente al mío. Fuimos compañeros en la facultad, mis amigas decían que yo le gustaba, que me buscaba en clase, en el bar, en la biblioteca. Nunca me preocupé por saber si era cierto porque por entonces apareció Alberto y Gerard perdió toda oportunidad. Hace más de veinte años abrimos este bufete junto con otros dos abogados, todos éramos jóvenes, talentosos y bien relacionados, dispuestos a demostrar que éramos algo más que cuatro apellidos jugando a los letrados. Hoy los cuatro hemos entrado en los cincuenta, pero Gerard sigue teniendo la misma pinta de chiquillo despistado y soñador.

—Carol, ya sabes que puedes contar siempre conmigo para lo que necesites, y más en estos días. Quédate con tu padre, yo puedo hacerme cargo de los clientes y te tendré al tanto si hay

algo importante.

Por supuesto que lo dijo con la mejor de las intenciones, y seguro que podía hacerse cargo de mis clientes, pero yo no quería. No había fallado nunca, jamás había pedido ayuda, y no iba a hacerlo ahora. Y parecía mentira que justamente él, Gerard, quien mejor me conoce en el bufete, pudiera pensar que la necesitaba. Y que me la ofreciera delante de Isa. Cogí bruscamente el papel con las llamadas.

—Gracias, pero no es necesario, me apaño perfectamente. Por cierto, los ingleses deben de estar a punto de llegar.

—¿No has visto mi mensaje? Han llamado para retrasar la reunión hasta las tres.

—¿A las tres? ¿Y el almuerzo?

—¿Almuerzo? ¡A ellos qué les cuentas, si son ingleses! A esa hora habrán hecho ya la digestión.

¡Mierda! Adiós a mi charla con Gabriel, imposible ir a su casa. Justamente ese día, que quería encararme con él, enfadada como estaba porque había hablado con Ariana. Me di cuenta de que no tenía su teléfono para avisarle. Entré en mi despacho, encendí mi ordenador, tecleé el nombre: Gabriel Bonell Tremolés. Sin resultado, lo más parecido era un ingeniero de Sinaloa, gajes del mundo global. Garabateé su nombre y su dirección en un pósit y le pedí a Isa que hiciera la búsqueda. Le costó menos de cinco minutos encontrar el número: en el inmenso océano de internet, Isa siempre conoce el caladero exacto donde echar las redes. Miré el reloj, seguro que Gabriel habría salido ya hacia el Ateneu.

—Ahora no le encontraré en casa. ¿Te importa pasármelo hacia las dos, antes de que lleguen los ingleses? Si lo hago yo, fijo que se me olvida.

No suelo pedirle a Isa que me asista en temas personales, igual que me parece fatal que otros socios pidan a sus secretarias que les reserven mesa para sus cenas privadas o les compren billetes de avión para la familia. De ahí mi disculpa, absolutamente falsa. Lo reconozco, quería que la primera vez que hablara con Gabriel por teléfono fuera a través de ella. Pequé de soberbia, pero tenía la impresión de que ese hombre no tenía ni idea de hasta dónde había llegado yo. Para él, yo no era Carolina Planadevall, yo solo era la hija de Elena y de Ricard. La hija del amor de su vida y de su peor adversario. Visto desde su perspectiva, mi genética debía de ser lo más parecido a un cuchillo de cocina clavado entre sus dos omóplatos.

La excusa que di a Isa resultó no ser tan falsa, después de todo, porque me perdí en un jaleo de contratos, informes y llamadas, y cuando descolgué el teléfono no sabía de qué me hablaba.

—Carolina, te paso al señor Bonell.

—¿A quién?

Así, de sopetón, por señor Bonell no me vino nadie a la cabeza.

—Gabriel Bonell, me has pedido que le llamara a esta hora.

—¡Ay, sí!, disculpa, Isa, pásamelo.

Oí el clic al colgarse su teléfono, y el silencio se apoderó del otro lado de la línea.

—¿Gabriel?

—No —contestó una voz—, soy su ayudante de cámara. Ahora le aviso, no se retire.

Era él, claro. Suspiré, me estaba llamando pretenciosa en mi cara.

—No tiene gracia, y no me refiero solo a esta pantomima del mayordomo.

—Era mi ayudante de cámara —me corrigió—. El mayordomo está dando instrucciones al mozo de cuadras para que me ensillen el caballo.

Quizá le había dado motivos, pero tanto escarnio no hizo más que incrementar mi enfado. Había pensado en manejar el asunto de su conversación con mi hija con mano izquierda, pero tanta bromita consiguió irritarme, así que saqué el tema con la mano derecha y bien desplegada, estilo bofetón. Sin preámbulos.

—¿Se puede saber por qué hablas con Ariana? Ella no pinta nada en esto. ¡Haz el favor de mantenerla al margen!

—¿Exactamente al margen de qué, Carolina?

Su tono era tranquilo, condescendiente casi.

—Al margen de la historia de mi madre, esto es algo entre tú y yo.

—Mira, no sé qué te ha dicho, pero fue ella quien vino a verme.

—¿Para qué? —Mi lengua parecía un látigo—. ¿Qué quería saber?

—Me hizo un par de preguntas sobre su abuela, nada especial.

—¿Solo eso, seguro? —insistí.

Tardó unos segundos eternos en responder. El corazón me latía con fuerza.

—¿Puedo saber qué te preocupa?

No, no podía decírselo porque no lo sabía ni yo. Era esa sensación de peligro que intuía por algún lado, como nos pone en alerta ese ligero olor a humo, aunque no veamos las llamas. Solo sabía que quería que mi hija estuviera al margen, a salvo, pero no sabía de qué. Demasiada ambigüedad, decidí dar carpetazo al asunto.

—Da igual, olvídalo, supongo que aprovechó que iba al Ateneu a recoger a ese amigo suyo, nada más.

—Un chico muy majo, por cierto.

A estas alturas, supongo que no será una sorpresa si digo que me molestó un montón que Gabriel hubiera conocido al encapuchado antes que yo. Por supuesto, no iba a admitir que mi hija no me lo había presentado.

—Buuuehh, ya sabes, a esa edad los amoríos duran poco.

—¿Qué edad tiene ahora Ariana?

«¿Y a ti qué te importa?», quise contestar.

—En mayo cumplirá veinte.

—Veinte. La misma edad que tenía Elena ese invierno.

—¿Ves?, lo que te decía, las historias de amor adolescente duran poco —remaché a mala baba —. Mira mi madre, mucha tontería contigo, pero acabó casándose con mi padre.

—Jamás se habría casado con él si no hubiera muerto tía Clara.

¿Tía Clara, muerta? Me quedé impactada por la noticia, como si acabara de suceder.

—¿De qué murió?

Hubo un nuevo silencio, llegué a pensar que se había cortado la llamada.

—Mejor te lo cuento cuando vengas.

—Es que en realidad te he llamado para avisarte de que me ha surgido una reunión y hoy no podré ir.

Su silencio fue aún más largo que el anterior.

—Si quieres dejarlo aquí, no hay problema —dijo al fin—. Lo entiendo perfectamente.

Habló lento, con voz grave, y cada una de sus palabras pareció tornarse sólida, como si me apedreara. ¿Qué demonios creía entender?

—No hay nada que comprender, hoy no puedo ir por culpa de unos clientes, eso es todo. Mañana a las dos estaré en tu casa, como cada día. Bueno —añadí con cierto retintín—, salvo que por una vez te tomes la molestia de venir tú.

—Ningún problema, si me das la dirección.

¿Estaba tonta o qué?, ese hombre no pintaba nada en mi casa. Pero recordé su piso oscuro, el pequeño comedor, los muebles viejos y sencillos. Recordé el hule de cuadros y la luz del fluorescente en la cocina. Fue vanidad, lo sé. Le di la dirección de casa y mi número de móvil antes de colgar. Luego, me zampé una ensalada que me habían traído los de Glovo, recogí unos cuantos papeles y me fui a la sala de reuniones.

La sesión con los ingleses salió perfecta. Gerard lo hizo muy bien y yo aún mejor. No es presunción, en el trabajo no soy fanfarrona, al contrario: me exijo siempre al máximo y cualquier fallo, por nimio que sea, me corroe durante semanas. Así que cuando digo que lo hice bien es que estuve excepcional, y la prueba es que convencí a esos directivos estirados de que nos encargaran la operación, una exorbitante factura. Estuve toda la tarde hiperactiva, eufórica, comprobar que seguía en plena forma me había reconciliado con la vida y conmigo misma. Salí tarde del despacho, y pese a que no me había retocado el maquillaje en todo el día y el traje estaba algo arrugado, me contemplé en el espejo del vestíbulo y, por primera vez en mucho tiempo, me vi estupenda.

Quien distaba mucho de estar estupendo era papá. Pese a los esfuerzos y mimos de Pepita, apenas comía, los huesos se le marcaban y las fuerzas le abandonaban. Le costaba incluso sonreír, y no porque el pobre no lo intentara, pero el amago de sonrisa se quedaba en mueca mientras los ojos le desaparecían tras esos pliegues de piel que los tapaban como un telón. La nariz, en cambio, se veía cada vez más imponente, era el último bastión de ese cuerpo recio y poderoso que ahora se descomponía y menguaba día a día. Tenía razón Pepita, había que comprarle un traje nuevo, con cualquiera de los que colgaban en su armario iba a parecer un fantoche. Le cogí la mano, largos huesos bajo un envoltorio de cuero viejo.

—¿Dónde está la crema?

—En el primer cajón —respondió la enfermera señalando la mesita de noche.

Encontré una caja de Nivea, de esas azules metálicas de toda la vida, seguro que era cosa de Pepita, que se aferra a los clásicos. Me senté en la cama, cogí las manos de papá y, mientras hablábamos, pasé un buen rato dándole crema, hasta que conseguí que sus dedos resbalaran entre los míos, escurridizos como pececillos. Lo hice por sentir ese pequeño contacto físico con él, a sabiendas de que en cuestión de pocas horas la piel volvería a ser áspera y seca, que la vejez y la agonía recuperarían rápido el terreno perdido, como hace la jungla salvaje con los campos abandonados a su suerte.

Pepita entraba y salía removiendo almohadas, trayendo vasos de agua y bandejas con caldos que nadie iba a probar. Durante unos días papá —que nunca ha tenido debilidad por el dulce— accedió a comer flanes, era lo único que conseguía tragar. Y Pepita entró en un frenesí por cocinarlos, la casa impregnada de ese aroma de leche y caramelo que por un breve tiempo había enmascarado el olor a enfermedad y a cerrado. Duró pocos días: papá dejó también de comer flanes y la nevera quedó repleta.

—Llévese unos cuantos, señorita, que es una pena tirarlos —me azuzaba Pepita mientras yo me abrochaba el abrigo—. Le pongo cuatro en esta bolsa, dos para la niña y dos para usted.

—¡Ni hablar! A Ariana no le gustan y a mí no me convienen, que engordan.

—¡Déjese de gorduras, señorita, que está usted estupenda! Lo que tiene son manías, como siempre. —Se me quedó mirando suspicaz—. A ver, ¿qué ha comido hoy?

Por supuesto, no iba a confesarle que desde el desayuno no había ingerido más que una ligera ensalada que me había traído un ciclista.

—Revuelto de espárragos y pollo a la plancha —mentí, y al ver que fruncía algo el ceño intuí que me había quedado corta—. Con patatas fritas, buenísimas. Y ahora cenaré merluza acompañada de verduras que me ha dejado Verena preparadas.

Pepita resopló. Despreciaba a Verena, sus dotes de cocinera no le merecían la mínima confianza. En realidad no había probado jamás un plato suyo, pero el simple hecho de que fuera ecuatoriana ya la predisponía en su contra. Que Ariana hablara con entusiasmo de la quinoa y el ceviche que Verena le preparaba (dos platos de los que Pepita ni siquiera había oído hablar) no ayudaban a mejorar la opinión que tenía de ella.

—¡A saber a qué llama verdura esa mujer! No quiero ni pensarlo, bastante sufro con saber que le da pescado crudo a la niña.

—Crudo no, Pepita, está cocido en jugo de lima.

—¿Sin fuego ni nada? ¿Qué cocido es ese, si puede saberse?

Discusión inútil, lo sabía por experiencia. Le di un beso, cogí la bolsa con los flanes y me marché.

En casa no me esperaba nadie, Ariana estaba en el cine, o al menos eso me había dicho por WhatsApp. ¿Los jóvenes aún van al cine? Pensaba que ya todo lo veían a través de las pantallas de la tablet y el móvil. En ellas vive mi hija, los auriculares puestos, abducida. Allí encuentra sus

ejemplos, sus referentes, lo que yo debería ser si consiguiera que me mirara un rato, que nos comunicáramos. No tengo ni idea de cuáles son los ejemplos y referentes que encuentra en las redes sociales. Solo sé que, el día que necesite decirle algo importante, tendré que grabar un tiktok y colgarlo, con un poco de suerte lo verá. Ella y yo vivimos en cajas estancas de cristal, nos vemos pero casi no nos hablamos, nunca nos tocamos. Yo no sé cómo acercarme a mi hija, es muy difícil abrazar a un cactus.

Verena me había dejado preparado un buen plato de verdura: brócoli, zanahoria, judía verde... Esta vez Pepita habría sido capaz de reconocer todos los ingredientes. Me serví una copa de vino y cené en la cocina, sin más compañía que la de Rocco, que desde una cierta distancia —el olor a brócoli nunca le ha parecido especialmente apetitoso— me observaba detenidamente, dispuesto a dedicarme algún lametazo en cuanto me acabara las verduras y él decidiera que era ya la hora de su paseo.

Yo, por algún motivo que no podía precisar, había perdido la energía de la mañana, ese *speed* que me había convertido en la empleada del día, y estaba cayendo otra vez en una especie de letargo, de desazón, de tristeza. Quería meterme en la cama, leer un rato, tomarme el Orfidal, dormir tranquila hasta el día siguiente. Habría dado lo que fuera por que el perro pudiera pasearse solo. Pero no, Rocco es listísimo, pero a tanto no llega. Así que al poco rato salíamos los dos a la calle, él liberado de la correa —justo lo que siempre le digo a Ariana que no haga—, olisqueándolo todo, feliz y a su aire. Ya pagaría la multa llegado el caso, pero no tenía ánimos para ir detrás de él de árbol en árbol.

El aire frío de la noche pareció resucitarme un poco, me sentaba bien andar, y sin darme cuenta me encontré en la plaza de la Bonanova, junto a la escalera de la iglesia y las columnas que la rematan. La parroquia de los Santos Gervasio y Protasio y Nuestra Señora de la Bonanova —este es el nombre oficial, quizá para no desentonar con sus feligreses, que tienen también largos apellidos— es *nuestra* iglesia. Sé que papá quiere que su entierro se oficie aquí, y me parece bien, a mí tampoco me gusta el tanatorio, a tanto rato por difunto, salgan deprisa que entra el siguiente, en cuanto te despistas estás despidiendo a un muerto que no es el tuyo. El entierro de papá será un evento social, el último en su honor, su ataúd presidiendo un gran mar de trajes negros y de apellidos buenos, antes de que la pesada lápida del panteón familiar se cierre sobre las rosas blancas que Ariana, ataviada con su vestidito negro, cruzado y simple, habrá dejado sobre la caja a modo de despedida. Así lo imaginaba esa noche, cobijada en ese atrio donde al cabo de unos días iba a recibir la larga hilera de pésames. Se me empañaron los ojos, y Rocco aprovechó mi descuido para dejar un buen rastro en mitad de un parterre. Odio recoger las cacas, llevar la bolsita —el brazo alargado, lo más lejos posible de mi nariz— hasta la papelera más cercana. Esa noche decidí dejarlas donde estaban; total, entre las flores no se veían mucho, y a mí me parece que esto es abono.

—¡Vámonos, Rocco!

Aún estaba en la plaza cuando sonó mi móvil. Era Sita. A punto estuve de no contestar, una

conversación con ella podía durar horas. Pero la noticia de la muerte de tía Clara me había dejado estupefacta.

—¿Te pillo en mal momento, reina?

—No, Sita, paseando al perro.

—¿Ya vas abrigada? Han dicho por la tele que esta noche bajarán mucho las temperaturas.

—Tranquila, si nieva tengo donde refugiarme.

Me di cuenta de que acababa de emplear ese tono sarcástico que utiliza a menudo Ariana cuando le digo que coja la bufanda, y me supo fatal.

—Dime, Sita, ¿pasa algo? ¿Estáis bien?

—¡Uy, sí! La mar de bien, Enrique durmiendo frente al televisor. Es solo que hoy no has venido y me ha extrañado, como estamos en plena investigación... He pensado que quizá a tu detective no le interesa lo que os cuento.

Pues vale, si le hacía ilusión el detective, allá que iba a sonsacarle lo que pudiese.

—Pero ¡qué dices, si le parece interesantísimo! Verás, yo le paso toda la información que tú me das, y a partir de ahí él hace indagaciones. —Me imaginé la cara de satisfacción de Sita, seguro que la palabra *indagaciones* había aportado a su vida más excitación que todas las partidas de *bridge* del último mes juntas—. Y, por cierto, me ha pedido que te haga una pregunta. Y es que dada la buena relación de mi madre con esa tal tía Clara, estuvo buscando su rastro por si hubieran mantenido contacto y alguno de sus descendientes tuviera alguna pista. Pero al parecer esa mujer murió joven, incluso antes de que mi madre se casara con papá. ¿Tú sabes si eso es cierto?

—Oye —cortó tajante Sita, claramente decepcionada—, dile a tu detective que se centre en lo que nos interesa, que le apriete las tuercas a ese Gabriel y le haga confesar. No veo a qué viene entretenerse ahora con historias de esa loca.

—Pero ¿de qué murió?

Sita pareció cavilar durante unos segundos.

—¿Estás segura de que ese detective que has contratado es bueno?

—De los mejores, eso me han dicho. Pero justo esta información no ha podido averiguarla.

Y era verdad. La detective era yo, y no había conseguido sonsacarle nada a Gabriel, quien ese mediodía, por teléfono, me había dado largas rehusando contestar. Justamente por eso me picaba la curiosidad. Sita suspiró, simulando rendirse a la obligación de hablar, aunque se notaba a la legua que se moría de ganas de hacerlo.

—Ya sabes que esa tía abuela tuya era de moral algo distraída, que se decía entonces. Distraidísima, la verdad. No solo trabajaba sin necesidad y salía sola y fumaba y muchas otras cosas que ya de por sí le daban mala fama, sino que al parecer tenía amantes. Sí, reina, como lo oyes, amantes, ¡una mujer, ya me dirás! —Asumí que, si estuviéramos hablando de mi tío, lo de los amantes a Sita no le habría parecido tan escandaloso—. Decían que si un pintor, que si un galerista, alguien de la farándula... Quizá tenía varios, vete a saber, porque rumores hubo

muchos. La cuestión es que tanto fue el cántaro a la fuente que al final se quedó embarazada, ya ves, madre soltera, la mayor de las vergüenzas, no como ahora, que las llaman *familias monoparentales* y hasta les dan becas y subvenciones y un montón de ventajas que no tienen las familias normales, las de toda la vida, hija, que esto es el mundo al revés. Suerte que voy a morirme pronto porque no sé yo dónde vamos a acabar.

—¿Tía Clara tuvo un hijo? —pregunté, en parte por interés y en parte por cortar la arenga de Sita.

—¡No! Eso habría sido una vergüenza para la familia, ni siquiera ella se habría atrevido a tanto, así que decidió abortar, que Dios la perdone, porque eso aquí estaba prohibido y era pecado, y lo de irse a Londres a solucionar el problema vino mucho después. Pero había sitios, por el barrio chino, donde realizaban abortos clandestinos. Para las mujeres de mala vida, supongo, y para las que se descarriaban, como la desgraciada de tu tía abuela.

—¿Y?

—Pues figúrate, no eran clínicas ni médicos, imagino que eran solo pisos mugrientos y matarifes que se ganaban así unas perras. Hubo quien explicó que a falta de instrumental los abortos los practicaban con agujas de hacer punto, vete a saber... El caso es que salió mal, tuvo una hemorragia y empezó a desangrarse. No podían llamar a una ambulancia porque habrían ido todos a prisión, así que la dejaron tirada en la calle, alguien avisó y la llevaron al hospital, al Clínico, pero ya no había nada que hacer, había perdido demasiada sangre. La mala suerte fue que en el hospital trabajaba mi Enrique, que hacía allí las prácticas. Cuando tu abuela anunció que su cuñada había muerto de un ataque al corazón, solo tardamos unas horas en saber la verdad, la noticia se expandió como una mancha de aceite. Su muerte fue el último y el mayor de sus escándalos.

Se desangró en una acera, sola y asustada, como un perro callejero. Con razón a Gabriel le había temblado la voz, se había negado a recordarlo, aún menos a contármelo. A Sita, en cambio, la voz no le había flameado ni un pelo; para ella, lo más terrible de esa historia no era la dureza de esa muerte, sino el hecho de que fuera conocida por todos, la vergüenza que llevó aparejada. Según los parámetros de Sita, la verdadera víctima había sido mi madre y su familia, porque ellos —a diferencia de tía Clara— no se lo tenían merecido. Y, por supuesto, soslayaba el detalle de que había sido su propio marido, el doctor Enrique Guasch, quien hizo correr la noticia.

—Pero mira, no hay mal que por bien no venga —su voz continuaba fluyendo entusiasmada por el auricular de mi móvil—, porque la muerte de esa mujer fue lo que dio el empujón final a la relación de Elena y tu padre, el domingo siguiente, en Santa Inés, ¿sabes dónde te digo?

Sí, conozco la iglesia de Santa Inés, escondida en la calle San Elías, a pocas manzanas de donde vivían mamá y Sita.

—Recuerdo que ese domingo el cura dedicó todo su sermón, más encendido de lo habitual, a la lujuria y a cómo Dios acaba siempre castigando a las ovejas que se descarrían por los caminos del pecado. Y yo, reina, veía a Elena, toda vestida de luto, dos bancos delante del nuestro, con la

cabeza baja, que mira que no la levantó en toda la misa, ni siquiera cuando fue a comulgar, y sus padres también allí, delante de todos, aguantando el chaparrón, sabiendo que todas las miradas estaban fijas en ellos. Ese escándalo habría podido acabar con la reputación de la familia si no hubiera sido por tu padre, que, sabes que te lo digo siempre, a bueno y a detallista no le gana nadie.

Ya sé que todo el mundo habla bien de los muertos, o de los que casi lo están, pero ni así se justificaba alabar a mi padre llamándole detallista. Sita, como siempre, tenía su propia visión del mundo y de los humanos que lo pueblan.

—Ese domingo en que los ojos de todos iban a estar puestos en Elena y en su familia, y no para bien precisamente —continuó, entusiasmada—, se plantó en nuestra parroquia, en Santa Inés. ¡Él, que siempre iba con sus padres a la iglesia de la Bonanova, que jamás había puesto un pie en la nuestra!

No solo cambió de iglesia, sino que ese domingo papá, delante de todos, saludó con deferencia a mi madre y a mis abuelos, dejó claro que estaba allí por ellos, para respaldarlos.

—Y, claro, ¡a ver quién era el bonito que se atrevía a criticarlos abiertamente, a darles la espalda, si el mismísimo chico Planadevall les daba la mano! Tenías que ver el fervor con que le abrazó tu abuela, como si se agarrara al último tablón en mitad del océano, pobre mujer, el disgusto que llevaba encima por culpa de esa cuñada loca. Y Ricard, que no le quitaba el ojo a tu madre, que se veía lo enamorado que estaba, que eso lo comentó todo el mundo, y la miraba serio, como diciéndole que allí estaba él para lo que le necesitaran. ¡Y vaya si le necesitaban, te lo digo yo, en ese momento no había una familia más necesitada de apoyo que los pobres Ribé!

Todos los feligreses se quedaron apelotonados en el atrio simulando hablar, y eso que de normal salían todos corriendo hacia la pastelería, porque los últimos en llegar tenían que hacer mucha cola y no siempre quedaba tortel de nata cuando les tocaba la tanda. Temí que Sita se encallara en prolijas explicaciones sobre feligreses y pastelerías, a veces es como la aguja de un antiguo tocadiscos atascada en un surco del vinilo.

—Y mi madre, ¿qué dijo? —apremié.

—Nada de nada, se quedó plantada con la cabeza baja, la espalda algo curvada, como si llevara encima un fardo, hija, con lo airosa que era de habitual, pero allí en la puerta de la iglesia estaba como pasmada, todos mirando y ella que no reaccionaba.

Fue mi abuela la que lo solucionó. Se acercó a mi madre, le pasó el brazo por la cintura y la empujó suavemente, lo justo para obligarla a dar un par de pasos y colocarse al lado de papá, el yerno soñado. Él le ofreció el brazo, todo ceremonioso, y mamá por fin levantó la vista del suelo, se irguió, puso su brazo sobre el de papá y sonrió. Una sonrisa algo forzada, me reconoció Sita, pero sonrisa al fin y al cabo, suficiente para que el público asistente diera por hecho el noviazgo.

—¡Carol, hija, no sabes qué alivio! —La voz de Sita, al otro lado del teléfono, repicaba ahora como cascabeles—. Y allá que fueron todos a saludarlos y a darles el pésame, porque, oye, lo de tía Clara no era culpa de los pobres Ribé, que ovejas descarriadas las había en otras buenas

familias. Y yo también fui, y de las primeras, y abracé a Elena, feliz porque pensaba que, por fin, lo había entendido.

—¿Entendido el qué?

—Que en esta vida no podemos salirnos de las normas, que tenemos que hacer lo que hay que hacer.

Las normas, claro, ¿qué, si no? Rocco, que finge ignorarlas, estaba en ese momento dejando su rastro en un portal.

—Oye, Sita, te tengo que dejar, el perro ya tiene suficiente paseo por hoy.

—¿Dónde estás?

—En la plaza Bonanova.

—¡Uy, tienes unos buenos diez minutos de vuelta! Déjame que te siga contando, reina, que creo que a tu detective le interesará.

Sita, completamente entregada a la causa, siguió ensartando recuerdos, uno tras otro, como cuentas de un collar. Su voz me acompañó durante todo el camino de vuelta. Rocco, unos metros por delante, me hizo apretar el paso, el animal tenía prisa por regresar a casa.

Envidio a quienes tienen ganas de llegar a su hogar. Es una bonita sensación, creo recordar.

# CAPÍTULO 19

Cuando esa noche entré en casa, me sorprendió que Ariana estuviera ya de vuelta, la suponía en el cine. Supe que había llegado porque su chaqueta estaba tirada de cualquier manera sobre la banqueta del recibidor. La recogí y la colgué del perchero. Sucia, desastrada, como si la hubiera arrastrado por el suelo. Lo pensé mejor y volví a dejarla sobre la banqueta hecha un gurruño. Allá ella si quería ir por el mundo arrugada y andrajosa, yo no iba a caer en la trampa de convertirme en su doncella.

—¡Hola! —grité aún desde el recibidor—. No te esperaba tan pronto.

No hubo respuesta, nada excepcional. Me asomé al salón: Ariana, sentada en el sofá, hablaba con alguien a través de la tablet. En la mesilla, junto al dispositivo, tenía una cerveza. No me gusta que beba alcohol en casa, aunque me reconozco un mal ejemplo, como en tantas otras cosas. Mi hija estaba sentada en una posición algo forzada, la cabeza reposaba sobre la mano. Y entre la mano y el moflete había una bolsa de guisantes congelados.

—¿Se puede saber qué haces con eso en la cara?

Ariana se giró hacia mí intentando esbozar una sonrisa. Esfuerzo inútil, tenía medio rostro hinchado. Se quitó los guisantes congelados de encima y aparecieron rascadas en el pómulo, que pese al hielo estaba ya tumefacto. El ojo derecho había desaparecido, engullido por esa mejilla inflada y por la tirita sobre una no menos abultada ceja. El corazón me dio un vuelco, pegué un grito.

—¡¿Qué te ha pasado?!

—Nada grave, mamá, solo es un golpe.

—Pero ¿cómo...?

—Un accidente, íbamos en moto con Álex. No ha sido culpa suya, un coche se ha saltado un stop. Al intentar esquivarlo la moto se ha ido al suelo y yo me he dado con la cara contra una farola.

Me acerqué a ella. De cerca, su aspecto era aún peor, ya se anunciaba la paleta de colores —morados, negros, amarillos— que transitarían por ese pómulo durante los próximos días. Bajo la tirita, en mitad de la ceja, se adivinaban un par de puntos. Me temblaba todo el cuerpo.

—Dios mío, Ari, lo que podía haber pasado...

—¡Ay, mamá, que no es nada! Joder, no dramatices.

De acuerdo, no iba a tomármelo a la tremenda. Pero el pánico que durante un momento había sentido no podía quedárseme dentro, tenía que salir. Y el escalofrío dio paso a la rabia, imposible

decir dónde acababa uno y empezaba la otra. Estaba tan ofuscada que ni siquiera lo noté. Es muy difícil controlar a una bestia cuando no la ves venir.

—Y puede saberse por qué vas en moto con ese atontado, ¡¿eh?! ¿A que llevabas ese casco que te compró tu padre, que ya te lo dije, muy *vintage* y muchas hostias, pero ni siquiera te protege la cara? —exploté, los nervios a flor de piel—. Seguro que ese Álex iba bebido, los dos ibais borrachos, mírate, ¿no lo ves? ¡Acabas de tener un accidente y lo primero que haces es tomarte una cerveza!

Mi arrebato pilló por sorpresa a Ariana. No sé qué se esperaba, pero no iba a tener mimos, que se fastidiara, tampoco yo los recibía cuando se los pedía. Abrió la boca, puso un ojo como un plato, el otro se mantuvo dentro de la honda cueva que formaban el pómulo y la ceja. No reaccionó, no se me encaró, cosa rara. Yo, idiota de mí, lo atribuí al golpe. Y dejé que la bestia siguiera aflorando por mi boca, a sus anchas.

—Cuándo piensas madurar, ¿eh? Pronto cumplirás veinte años, por el amor del cielo. ¿Y qué haces? ¡Nada! Todo el día encerrada en tu cuarto, viendo tonterías por alguna pantalla, estudiando lo justo para no suspenderlas todas. Eso y tomar cervezas por Gracia, ya me dirás qué pintas tú allí, en esas plazas llenas de gente haciendo botellón en el suelo, una pandilla de perroflautas, que así vas a acabar tú, que ya pareces una de ellos, que das grima, mírate qué pinta, señor, qué vergüenza.

No sé de dónde sacaba la bestia tanta fuerza; del susto, supongo. Yo era un volcán y la lava caía sobre nosotras, incandescente. Maldito accidente, ahora mi hija tendría un aspecto deplorable el día del entierro de papá. No iba a servir de nada el vestidito negro, esta niña tenía la facultad de fastidiarme todos los planes. Ni siquiera caí en la cuenta de que había alguien escuchándonos al otro lado de esa pantalla.

—Y justo ahora, que van a verte todos en el funeral, la nueva heredera Planadevall. Bien que vas a querer el dinero cuando yo me muera, ¿verdad? ¡Pues empieza a ganártelo honrando tu apellido al menos, ya que no sabes hacer otra cosa!

—¡Carolina, basta!

Una voz de hombre resonó junto a Ariana.

—¿Se puede saber a qué viene esto? —proseguía la voz—. Nuestra hija ha tenido un accidente, está asustada, no es momento de broncas.

Sí, la voz era la de mi exmarido. En el único ojo abierto de Ariana refulgió un destello de triunfo. Me incliné sobre la mesita y le di la vuelta a la tablet con ímpetu, tanto que casi vuelco lo que quedaba de cerveza. La cara de Alberto me contemplaba desde la pantalla. Hacía meses que no le veía, solo habíamos hablado por teléfono. No pude evitar pensar que estaba guapo. Yo, en cambio, llegaba del paseo con la cara helada y hecha unos zorros.

—Alberto, tú no te metas. Sabes perfectamente que tengo razón.

Vano intento de mantenerme firme, porque su presencia entre nosotras, en este salón que había sido también el suyo, tuvo el efecto inmediato de deshincharme. De golpe mi voz perdió el

*punch*, me convertí en uno de esos leones de circo que rugen sin ganas, solo porque lo exige el espectáculo. Detrás de su cara, colgado en la pared de lo que ahora es su casa, reconocí un cuadro que había estado en nuestro pasillo, justo al lado de nuestra habitación. Uno de los pocos objetos que se llevó.

—Si tienes razón o no, ya lo discutiremos en otra ocasión —remachó mi ex—, ahora no es momento.

—Pasa de ella, papá, que es una histérica. Y una egoísta, ya la has oído, le da igual que me haya hecho daño.

—Ariana, no le hables así a tu madre.

Lo dijo con ese tonillo hipócrita de quien en realidad está encantado de que le hables así a tu madre pero ha de disimular. O eso me pareció.

—Déjala, al menos me habla —gruñí yo—. Lo normal es que me ignore.

—¿De verdad vais a discutir a estas horas? —Papi perfecto intentaba poner paz, recuperó su tono más dulce para dirigirse a su niñita—. Venga, princesa, tómate un Nolotil, métete en la cama e intenta dormir. ¿Quieres que comamos juntos mañana, y así veo de cerca ese terrible monstruo en que se está convirtiendo la carita bonita de mi hija?

Le digo yo esa ñoñería a Ariana y me pega un bufido que me empotra contra la pared. Pero, como lo dijo papiguáis, se puso melindrosa.

—No te rías, papá, se está hinchando mucho, voy a estar horrorosa durante unos cuantos días.

—Cariño, es imposible que tú estés horrorosa ni un solo segundo.

La niña ya estaba horrorosa y él estaba siendo un maldito zalamero mentiroso.

—Seguro que mañana tendrá mejor aspecto —tercié yo, tan mentirosa como Alberto, sin más voluntad que acabar la conversación y apagar esa puñetera tablet—. Pero para eso lo mejor es que descanses, hija.

—Papi...

Mohín de niña triste, un ojito lloroso, el otro seguía parapetado tras el pómulo hinchado y la ceja hilvanada.

—Te espero mañana, hija, a las dos en la pizzería de siempre. ¿Vale?

—Vale.

Quien inventó las videollamadas es un cabronazo, los exmaridos no deberían poder entrar así en las casas, al menos a mí me revienta que Alberto aparezca por la mía cada vez que Ariana le llama. Pero, en compensación, me encanta poder echarle con solo apretar un botón. Me apresuré a hacerlo, la pantalla se fue a negro y nos quedamos solas Ariana y yo. Le tendí una mano para ayudarla a levantarse del sofá. Ella estiró la suya, depositó en la mía la bolsa de guisantes. Luego se levantó sola.

Renqueaba un poco, parecía que le dolía la pierna derecha, tenía agujeros y deshilachados en la pernera de los vaqueros, aunque quizá ya eran así antes del accidente. La seguí hasta la puerta de su habitación. Dejó entrar a Rocco, a mí me dejó fuera, aguantando esa bolsa de guisantes casi

descongelados que goteaba sobre el parquet del pasillo. Antes de cerrar la puerta, tuvo el detalle de dedicarme unas últimas palabras:

—Ya has oído a papá. Es mejor que te tranquilices, toda esta historia de Gabriel y de tu madre te está afectando demasiado. Y siento que yo no vaya a estar presentable para el entierro del abuelo, sé que para ti es un gran disgusto. A mí lo que de verdad me duele es que se muera.

Ahora sí, la puerta en todos los morros y sin turno de réplica. Mi hija es buena tergiversando la realidad, es una lástima que no haya querido ser abogada.

Me quedé en el pasillo sumida en un dilema: ¿se podían volver a congelar esos guisantes? Ante la duda los metí de nuevo en el congelador, aproveché para sacar unos cuantos hielos y me serví un gin-tonic, hoy necesitaba algo más fuerte. Camino de mi dormitorio, no pude evitar detenerme en el pasillo, allí donde había estado colgado el cuadro que ahora luce en el salón de mi ex. Es un cuadro abstracto, de fondo gris y figuras geométricas de colores oscuros, como un Mondrian lúgubre y de estar por casa. Bastante feo, la verdad. Pero Alberto se encaprichó de él nada más verlo; era de un pintor joven, nos dijo el galerista, poco conocido pero prometedor. Promesas incumplidas, como tantas otras. Hoy seguro que ese cuadro vale menos de lo que pagamos por él, ya no arrastra la expectativa de que el joven talento triunfe y se revalorice, a estas alturas seguro que ha dejado la pintura y es albañil o político o vete a saber qué. Si por Alberto hubiera sido, el cuadro habría estado en el salón, fui yo quien lo desterró al pasillo. En el salón tengo un Ràfols-Casamada, un Barceló y un Campano; en el comedor, un Genovés enorme; en el recibidor, dos pequeños Plensa, todos regalos de mi padre, que ha querido que yo tuviera mi propia colección (modesta, eso sí, comparada con la suya). ¿Qué se suponía que tenía que hacer, quitar una de esas obras para exhibir esa birria solo porque a él le gustaba? La realidad es que, en el hueco que dejó ese cuadro, no he colgado nada.

Estoy segura de que a Minnie Mouse tampoco le gusta esa pintura, le deja tenerla colgada sobre el sofá para que esté contento, ese es un truco muy sucio y rastrero. Pura competencia desleal, está dispuesta a aceptar cualquier cosa, incluso un cuadro feo, con tal de hacer feliz a Alberto. Pero me gustará ver dónde está este cuadro dentro de veinte años. Porque a mí me parece que nadie se esfuerza en hacer feliz al cónyuge cuando llevas más de veinte años aguantándolo.

Más de veinte años, sí... Habríamos celebrado nuestras bodas de plata esta primavera. ¿Celebrado? Quizá, no con una fiesta, pero sí con un viaje que nos habríamos esforzado en que pareciera romántico. A una isla, que siempre aportan un punto exótico. Entonces yo habría propuesto un resort en las Maldivas o en St. Barth, él habría propuesto una cabaña en la Isla de Pascua o una casita de pescadores en Korčula. Nos habríamos mirado a los ojos —sin acritud, pero con cansancio— y habríamos intentado recordar, por enésima vez, si siempre fuimos tan distintos. Mientras me ponía el pijama, me pregunté cuánto tiempo debía aún transcurrir para que mi cabeza dejara de calcular aniversarios que ya nunca existirán.

No sabía si mis padres hicieron muchos viajes juntos antes de que mamá nos abandonara.

Quizá incluso los acompañé en alguno y no me acuerdo. Seguro que fueron de luna de miel, a mamá le hacía ilusión viajar a Nueva York, la abuela Amelia decidió que fueran a Roma. Era una de las muchas cosas que me había contado Sita esa noche. Habíamos continuado la conversación durante todo el camino de regreso a casa, Rocco y yo andando lentos para darle tiempo a desgranar sus recuerdos, tantos que le costaba ponerlos en orden. No me había importado alargar el paseo, me sentaba bien el aire frío de la calle, más que la soledad de mi piso. Porque mientras hablaba con Sita, yo aún no sabía que en casa estaba Ariana con la cara hinchada y medio cubierta por una bolsa de guisantes. Mientras hablaba con Sita todavía creía que mi hija estaba en el cine y que yo iba a tener una noche tranquila.

—¿Y ya está? —le había preguntado tras oír el episodio en el atrio de Santa Inés—. ¿Con ese darle su brazo al salir de la iglesia ya se formalizó el noviazgo?

—¡No, no! ¿Cómo iban los Planadevall a dejarlo en un acto tan trivial? Hubo pedida, claro está, muy formal, como se hacían antes, y a tu madre le regaló un anillo con un diamante del tamaño de un garbanzo, que no te exagero. Pero antes tu padre tuvo otro detalle precioso, como de novela romántica, que lo recuerdo y fíjate que aún me emociono. En el Ritz, en un baile de beneficencia de esos que se celebraban antes, fantásticos, eran muy elegantes y además hacías caridad, una lástima que se hayan perdido, que ahora para un donativo te piden que envíes mensajes por el móvil, ya me dirás qué gracia tiene salvar así a los pobres negritos. Esa fiesta la organizaba el grupo de damas de tu abuela Amelia, que en eso eran las mejores, sus bailes eran siempre los más lujosos, si tenías la suerte de que te invitaran no podías perdértelos.

Recuerdo el grupo de damas, se reunían a menudo en el salón de la abuela Amelia, y Roberto, el mayordomo, les servía café y pastas. Cada día, cuando yo llegaba del colegio, Pepita me peinaba, me lavaba la cara y me arreglaba el uniforme antes de mandarme a saludar a la abuela, un tramo de escalones abajo. Odiaba las tardes en que mi visita coincidía con la de las damas: Roberto entreabría la puerta del saloncito y anunciaba mi presencia, entonces yo debía entrar toda seria y saludarlas a todas —mano y ligera genuflexión—, para acabar con un beso en la mejilla a mi abuela. Si ella me autorizaba, podía coger una pasta —solo una— con la punta de mis dedos, antes de salir y cerrar la puerta sin hacer ruido. A menudo no podía evitar oír a alguna de esas mujeres haciendo algún comentario sobre mí, qué guapa, qué educada, de dónde ha sacado esos ojos, es increíble que su madre no haya vuelto a dar señales de vida. Entonces me apresuraba, salía al descansillo y respiraba, allí un suspiro ya no era una falta imperdonable, y corría escaleras arriba en busca de Pepita, a quien regalaba la pasta de mi abuela a cambio del pan con chocolate de cada tarde, que prefería. No puedo imaginarme que ese grupo de cacatúas engalanadas y estiradas, con mi abuela de mascarón de proa, fueran capaces de organizar un evento divertido.

—En esas fiestas —había proseguido Sita— se reclutaba a un grupo de jovencitas de buena familia, con las que los caballeros podían bailar a cambio de un donativo, que por entonces era

de quinientas pesetas, un buen pico para una sola canción. Tu padre nos pidió a Elena y a mí si podíamos participar, y yo emocionada, tú dirás, porque a esas fiestas iba la flor y nata.

Sita aún recordaba sus nervios, la noche antes apenas pudo dormir, porque Enrique le había prometido varios bailes, iba a destinar la paga de ese mes a bailar con ella delante de todos. La abuela Amelia ejercía de anfitriona recibiendo a los invitados, rodeada de un nutrido corrillo de conocidos, los hombres de esmoquin y las mujeres de largo, con sus estolas y sus joyas. Se servían ya las primeras copas de champán antes de entrar al comedor, cuando llegó mamá con sus padres y su hermano Ramón.

—Ojalá la hubieras visto, Carol, elegantísima, con un vestido largo y ceñido, con sobrefalda y bordados, parecido al de Audrey Hepburn en *Sabrina*. Sabes el que te digo, ¿verdad? Seguro que se lo copió, porque a tu madre le chiflaba Audrey Hepburn, quizá porque físicamente se parecían mucho. Yo creo que intentaba imitarla, demasiado incluso; un día que íbamos a la ópera hizo enfadar a tu padre por un vestido como el de la Hepburn.

—¿Por un vestido?

—Tonterías de matrimonio, reina, y tu madre que era una exagerada y se lo tomaba todo a la tremenda, cuando él lo único que pretendía era que ella luciera.

Como lucía esa noche en el Ritz, que el grupo que envolvía a la abuela Amelia se abrió para dejarle paso, mamá andando hacia ellos muy erguida y avanzando con lentitud, como la princesa de una corte extranjera que llega para casarse con el príncipe, pero antes ha de rendir honores a la reina madre, a la que pronto destronará.

—La buena de Amelia y tu padre se intercambiaron miradas de aprobación, y es que no podía ser de otro modo, que no he visto yo mujer más preciosa que tu madre esa noche, como una joya.

Yo, andando de vuelta a casa, dejé que Sita fuera desgranando recuerdos de esa velada, los vestidos, la orquesta, el baile. No deja de sorprenderme que sea capaz de evocar tantos detalles; ya me lo advirtió esa primera tarde en que fui a su casa: muchas noches no se acuerda de lo que ha hecho por la mañana, pero el pasado lo tiene grabado a fuego. A menudo, mientras la escucho, pienso que Sita es una narradora extraordinaria, tendría que haber nacido en esos tiempos sin televisor en que las familias se sentaban a contar historias junto a la chimenea o alrededor del brasero. Me alegro de haber ido a su casa, de haberle preguntado. Algún día la enfermedad alcanzará estos recuerdos, dejará el pasado remoto también vacío, y entonces ya no quedará nada.

Pero por el momento se acuerda de todo, incluso de las ampollas en los pies que le hicieron esos malditos zapatos nuevos; Enrique le había pedido cuatro bailes, dos mil pesetas, su paga no daba para más. Mi madre tenía una cola de caballeros dispuestos a donar para la causa. Papá, como hijo de la organizadora, se había apuntado un baile con cada una de las chicas, y eso era un dineral. Hasta que en la lista le tocó el turno a mamá. Mi padre se acercó al director de la orquesta, le dijo algo al oído, y el hombre se lo hizo repetir, dudaba de haberle entendido bien. Luego, golpeando nervioso el atril con su batuta, intentó que se hiciera el silencio.

—Señoras y señores, ruego un momento de atención. Don Ricardo Planadevall nos ha solicitado una canción de Lucho Gatica, que con gusto interpretaremos, y anuncia que ha pagado diez mil pesetas para bailarla con la señorita Elena Ribé.

Y mi padre, satisfecho y entre aplausos, se acercó a mamá y la cogió por la cintura, mientras el cantante arrancaba a suplicarle al reloj que no marcara las horas. Mientras ellos bailaban en el centro de la pista, los invitados se acercaron a felicitar a la abuela Amelia, era una nuera muy bien elegida, quizá no pertenecía a la más alta burguesía, pero ya hacía meses que se hablaba de ella en los salones. Mi abuela materna, emocionada, rompió a llorar, mientras mi tío Ramón se acercaba a la barra y se pedía un whisky, satisfecho porque por fin la suerte parecía sonreírle. Mi abuelo paterno, Manel Planadevall, siempre tan cumplidor, se acercó a la caja de donativos, sacó el fajo de billetes de la cartera y, tras contarlos, depositó las diez mil pesetas para pagar la deuda del hijo. En esta vida todo tiene un precio, solía decir el yayo Manel, todo depende de si puedes pagarlo.

—Fue precioso, como esa escena del baile en *Lo que el viento se llevó*, Ricard avanzando por la pista, hecho un figurín, como Clark Gable. Elena, en cambio, con lo briosa que era para todo, se quedó allí en medio quieta, como avergonzada, ya me dirás, otra vez haciendo el papelón. —Sita, por supuesto, quiso reivindicar su pequeña parcela de mérito —: Y que sepas que fui yo quien le dijo a Ricard cuál era la canción preferida de Elena.

Lucho Gatica, le dijo... Me imaginé a mi madre bailando las grandes bolas de fuego de Jerry Lee Lewis por los pasillos de la editorial de tía Clara y me mordí la lengua.

—¿Y la boda?

—¿No te lo ha contado nunca tu padre?

—No se lo he preguntado jamás.

Así supe que la ceremonia fue en el monasterio de Pedralbes y el convite en la Fuente de los Leones, que es donde se celebraban las bodas de postín, más de cuatrocientos invitados, toda la alta sociedad catalana estuvo presente. El vestido de novia lo hicieron en Santa Eulalia, que según Sita entonces tenía las mejores costureras, porque en esos tiempos en Santa Eulalia se vendían telas y también ofrecían servicio de *atelier*, donde confeccionaban el vestido siguiendo las indicaciones de la clienta. O, en este caso, de la futura suegra de la clienta. En realidad, mi madre habría querido que lo diseñara Pertegaz, que había desfilado recientemente en Nueva York y salía en las revistas, pero el día que fueron a verle a su *atelier* en la Diagonal, el modisto había exigido «libertad creativa». Fue oír la palabra *libertad*, y mi abuela Amelia —que, por supuesto, se había arrogado voz y voto en esto del vestido— agarró el bolso con una mano y con la otra a su futura nuera.

—Pero ¿qué libertad ni qué ocho cuartos?

Y arrastró a mi madre hacia la puerta, airada y sin despedirse siquiera del pobre modisto.

—Muy clásico y elegante, el vestido —resumió Sita—. Seguramente no era del estilo que habría elegido Elena, pero por suerte tu abuela Amelia tomó las riendas, ella sabía los protocolos

que había que cumplir.

Y su memoria fue otra vez rescatando detalles del vestido, del ramo, de los invitados, de los testigos, del banquete, de los centros de flores, de la orquesta. Muy bonito, precioso todo. Pero yo llevaba ya días oyendo a Gabriel hablar de mi madre, empezaba a conocerla. Y además llevaba cincuenta y tres años en este mundo. Y no me refiero al planeta Tierra, sino a la parte alta de Barcelona. Escuchaba a Sita y podía leer entre líneas, sabía aplicar los coeficientes correctores, traducir a la cruda realidad. Y así, mientras andaba de vuelta a casa y el frío de la noche se me colaba bajo el abrigo, había visto a mamá dentro de un vestido almidonado hasta la exageración, que crujía a cualquier gesto suyo como alertándola de que no se moviera, de que ese día le tocaba estarse quieta, eran los demás los que venían a saludar a la nueva señora de Planadevall, rindiéndole momentánea pleitesía, mientras ella sonreía sin saber a quién, guapísima, una nueva perla para la sociedad barcelonesa, decían en alto los invitados; una nueva intrusa a la que despellejar, pensaban. Pocos amigos de mamá en la fiesta, no conocía a la mayoría de los invitados, habanos y joyas sobre el verde césped, amplios jardines encaramados sobre Pedralbes, en la falda del Tibidabo, la montaña rica y poderosa, en su ladera iba a vivir una vez desposada. La novia no pudo elegir ni el menú ni las flores, todo lo eligió quien ahora ya era su suegra. Y, acabada la cena, los novios abrieron el baile con un vals, mientras los centros de rosas blancas empezaban a marchitarse bajo el peso de las murmuraciones. En una de las mesas una mujer, rebozada en sedas y tafetanes, aseguraba que la pobre Amelia había tenido que encargarse de que a la novia le hicieran un armario completo en Santa Eulalia, dos costureras solo para ella, toda una colección entera de vestidos y trajes chaqueta, con sus zapatos y sombreros, porque la chica pretendía comprarse ropa ya hecha, pantalones incluso, en esos almacenes de la plaza Catalunya que ni recordaba cómo se llamaban de tan nuevos que eran.

—El Corte Inglés —apuntó una.

—¿Ingleses son? Caray, con razón venden pantalones para mujeres. ¿Y tú has ido?

—¡Mujer, cómo voy a ir! Si ahí puede comprar todo el mundo. No sé en qué pensaba esta chica, suerte de Amelia.

—Eso es influencia de los franceses —aclararon desde la mesa de al lado—, parece que sus padres, por hacerse los ricos, la enviaron un año a vivir a Francia, dicen que incluso se colaba en la universidad, en la Facultad de Filosofía nada menos, a saber qué escuchó ahí.

—¡Qué horror, pobre Amelia! Pero ahora la tendrá a mano, en el piso de arriba, para atarla en corto.

—Sí, van a vivir en la finca de los Planadevall, hace unos días Amelia me enseñó el piso ya amueblado, lo ha decorado ella y es para verlo. Todos los muebles buenísimos, de caoba, muy clásicos, una preciosidad. Pero el disgusto que llevaba encima la pobre mujer, porque la niña es respondona y se atrevió a decir que no le gustaban, que eran demasiado oscuros y recargados, ¿os lo podéis creer?

Cabezas negando, algún chasquido de lengua. Mientras, mis padres bailaban airosos, que papá

siempre ha sido un buen bailarín, sabe cómo coger a una mujer por la cintura y hacerla girar al ritmo del vals. Los invitados los miraban mientras pensaban que habría que invitar a la nueva a las veladas de *bridge*. A las tardes de té en el Salón Rosa. A las mesas petitorias y a algún comité benéfico.

—Pero todo esto cuando regresen del viaje de novios, ¿se sabe adónde van?

—A Italia. Venecia, Como y Portofino, y luego a Roma pasando por Florencia. Y con audiencia privada del papa y todo, que los Planadevall han removido cielo y tierra, que hay quien ni pagando lo consigue, pero al final ya está confirmado: ¡los va a bendecir el mismísimo Juan XXIII!

—¡Hija, qué emoción! Yo es que sería besarle el anillo y desmayarme.

—Pues me han dicho que ella, en cambio, puso mala cara porque quería ir a Londres, o quizá era a Nueva York, ahora no me acuerdo.

—¡Ay, Jesús, a ver si resultará que no es creyente!

Últimos compases, a los recién casados *El Danubio azul* se les hace eterno. Mamá gira la cabeza y su mirada se escapa más allá de esa pista de baile, de las caras de los invitados, de las velas que iluminan el sendero. Su mirada sobrevuela la ciudad, que se extiende a sus pies como una alfombra de luces, hasta zambullirse en el mar.

# CAPÍTULO 20

*Peor imposible* es una expresión que nunca debe pronunciarse cuando de Ariana se trata, porque todo lo que tiene relación con ella es siempre susceptible de empeorar. Y la mañana siguiente no fue una excepción: la cara de mi hija tenía peor aspecto y su humor rozaba lo infernal. Por suerte tenía prisa, así que desayunó en silencio un bol de cereales y cogió la chaqueta para irse a la facultad.

—Está toda sucia, hija; del accidente, supongo. Coge otra, que esta te la llevará Verena a la tintorería.

Cómo estaría de desastrada que, pese al mal humor, mi hija aceptó el consejo y volvió atrás, renqueando por el pasillo hasta su habitación. Salió de nuevo con un abrigo de paño azul marino que le compré hace un par de años, exactamente el mismo tiempo que llevaba sin ponérselo. Le quedaba estupendo, si obviabas que tenía la mitad de la cara tumefacta, estaba hasta mona. Por supuesto, no se lo dije; eso habría condenado al pobre abrigo al ostracismo más severo durante dos años más.

—*Ciao*, me voy.

—¿Almorzarás con tu padre?

—Sí.

—Dale recuerdos.

—De tu parte.

Si mi lengua había sido sarcástica, la suya duplicaba la carga.

—¿Quieres llevarte un par de analgésicos para el dolor?

—Tranqui, ya los he cogido. —Se metió la mano en el bolsillo del vaquero y sacó un blíster entero—. Tienes un arsenal de pastillas. Reconozco que en momentos así tener una madre yonqui es un lujo.

—¡Eh, yo no soy drogadicta! —protesté.

—Claro que no, mamá, por eso cada noche te duermes a base de pastillas y alcohol.

—¡Y tú esta noche has fumado marihuana!

Sí, al menos dos canutos, vi los restos en un cenicero sobre su mesilla cuando entré a arroparla; ella ya dormía, yo solo quería asegurarme de que el dolor no le impedía el sueño. Ariana no podía negar que fumaba porros, así que su respuesta a mi contraataque fue un portazo. Respiré aliviada, no estaba de humor para iniciar una discusión con mi hija. Una discusión para discernir quién era más drogadicta de las dos, ¿de verdad habíamos llegado a este punto? La

noche anterior, en silencio en su cuarto, contemplando su rostro hinchado, casi me había echado a llorar. ¿Y si no hubieran podido esquivar el coche? ¿Y si no hubiera llevado puesto el casco? ¿Y si...? De pie junto a su cama, había hecho listas: cinco buenos propósitos para mejorar nuestra relación, diez errores que no iba a repetir con ella. Y lo primero que hacía a la mañana siguiente era echarle en cara los porros, y ella me daba con la puerta en las narices. O sea, una mañana como cualquier otra, adiós a las listas. Es como si nosotras solo pudiéramos estar bien juntas si una de las dos está dormida. Por eso muchas noches voy a su habitación, entreabro la puerta y contemplo cómo duerme. A veces entro y me siento en la silla de su escritorio para verla mejor. Cuando duerme no frunce el ceño, parece feliz, satisfecha de ser ella y de estar aquí. Rocco, tumbado a los pies de su cama, bosteza y se despereza un poco, me mira con recelo, como a una intrusa, porque él es quien le vela el sueño. Si hago un poco de ruido —el crujido de la silla, el suave chirrido de la puerta—, Ariana no se despierta. Quiero pensar que me oye entrar, sentarme junto a ella, y que no le molesto, que sigue con su sueño tranquilo, quizá más apacible aún al saberme a su lado. Es uno de esos momentos en los que me reconcilio con mi hija y mi condición de madre. Lástima que a la mañana siguiente Ariana me acuse de ser drogadicta solo porque me tomo una pastilla y un par de copas de vino para dormir, sin pararse a pensar siquiera que, si lo necesito, en parte es por su culpa.

—Adiós, hija, que tengas un buen día —susurré a la nada.

A mi lado, Verena trasegaba con el lavaplatos, haciéndose la sorda. ¿Qué voy a contarle a ella, que es quien recoge cada mañana la copa y los blísteres vacíos? Me centré en el periódico y en mi tostada con aguacate. Una vez leí que la palabra *aguacate*, en algún idioma indígena sudamericano, significa «los testículos del árbol». Así que yo empiezo mis mañanas mordisqueando testículos y sorbiendo zumo de naranja, un inicio prometedor. Lástima que el día acostumbre a torcerse. Y precisamente ese día tenía muchos visos de acabar fatal.

—Verena, hoy vendré a comer con un invitado. Prepara lo que quieras, no es de compromiso.

—¿Ninguna preferencia, señora?

Iba a contestar que no, pero me acordé de Pepita.

—Es un señor mayor, así que nada de quinoas ni tartares ni tataquis. No sé, quizá una ensalada y un pescado al horno con patatitas. ¿Te parece?

—Claro, señora, igual iba a ir a la pescadería a comprar un poco de merluza para preparársela a la niña esta noche.

Media hora después, a medida que me acercaba al despacho, me fue volviendo el subidón del día anterior, mi autoconfianza había recargado la batería: la abeja reina regresaba a su colmena. Entré en el vestíbulo del edificio con paso decidido, había vuelto la luz. Porque la seguridad en mí misma es como la luz, me ilumina. Hasta hace un par de años la sentía siempre encendida, pero últimamente es como si alguien se entretuviera dándole al interruptor. Y cuando me quedo a oscuras no sé por dónde voy, no sé vivir en la penumbra.

—Buenos días, Carol.

Gerard Santcliment estaba a mi lado, no le había visto llegar. Sonriente, lleva siempre la luz con él. Eso es lo que más me gusta de este tipo encantador e inteligente, que ya no anda detrás de mí, sino a mi lado, por los pasillos de nuestro propio bufete. Siempre hemos hecho un buen tándem Gerard y yo. A menudo le digo que me gusta su luz, y él siempre responde que es solo reflejo de la mía. Yo callo, pero sé que yo tampoco habría subido tan alto sin él. Hay días en que sé que la luz que nos alumbra es toda suya. Pero no me ciega, al contrario, me ayuda a orientarme en la oscuridad. Le devolví el saludo y la sonrisa.

—Llegas tarde, tú, que eres tan madrugador.

—He tenido reunión con la tutora del pequeño.

—¿Y?

Puso los ojos en blanco, hace tiempo que el menor de sus tres hijos le lleva por la calle de la amargura.

—Se le está atragantando el último curso de la ESO, suerte tendremos si no repite.

—¿Tiene idea de lo que quiere ser?

—Rapero. Así que ahora solo habla en verso.

—¿Y es bueno?

—No, salvo que consideres que rimar *carajo* con *escupitajo* es pura lírica.

Le palmeé la espalda con complicidad; mal de muchos es consuelo de tontos, pero consuelo al fin y al cabo. Gerard se divorció hace años, siempre me habla de sus hijos, nunca de mujeres, sé que revolotea entre ellas, pero no se asienta en ninguna flor. Ya no recuerdo con qué soñábamos de jóvenes, tumbados en el césped del campus. Supongo que con el éxito profesional, con ser grandes abogados, porque la felicidad, a esa edad, la dábamos por descontada. Desgraciadamente, no nos damos cuenta de los errores que cometemos al hacer la lista de deseos hasta que estos se nos conceden.

—Oye, ¿te parece si comemos juntos hoy y hablamos? —me propuso—. Llevamos mucho tiempo sin hacerlo. En realidad, he pasado a buscarte varias veces, pero te habías ido ya, últimamente desapareces cada mediodía.

Me habría gustado almorzar con él, me habría sentado bien, pero tenía otros planes.

—Lo siento, pero me es imposible. De momento tengo todos los mediodías ocupados.

Me miró suspicaz. Me conoce bien, e intuyó que le escondía algo.

—¿Tiene que ver con tu padre?

—En realidad, tiene que ver con mi madre. Pero no preguntes.

La mañana fue tranquila, mucho trabajo, pero poco sobresalto. Antes estos días me aburrían, disfrutaba más cuando sonaba el teléfono y un problema imprevisto y urgente de un cliente me ponía a prueba, de golpe ante el precipicio. Ahora prefiero la rutina, la jornada apacible. Como no espabile, voy a acabar mis días jugando interminables partidas de cartas o de dominó.

Al mediodía salí con tiempo, quería llegar a casa y prepararme para la visita. Por eso renuncié a ir andando y cogí un taxi. Pero justo ese día el tráfico era infernal, un atasco tras otro.

—Mucho carril bici y mucha leche, pero ya ve, esto está cada vez peor —protestaba el taxista buscando mi solidaridad—. Yo obligaría a la alcaldesa a hacer el taxi unos días, que vea cómo está el percal, que desde el despacho todo es muy fácil.

Al final, con tanto embotellamiento, cuando llegué a casa Gabriel estaba ya en la puerta, repeinado y afeitado. Más elegante que de costumbre, aunque el abrigo tenía ya años. Anudada al cuello, una corbata. El dedo índice de su mano derecha sujetaba un cordel, del que pendía un pequeño paquete. Miraba hacia el interior de la portería, sin atreverse a entrar. Desde dentro, tras el mostrador, Jesús, el portero, le observaba con desconfianza.

—¡Qué puntualidad! —fue mi saludo mientras me apeaba del taxi.

Enseguida me di cuenta de que el imperturbable Gabriel estaba incómodo fuera de su hábitat. Algo azorado, se limitó a señalar el pequeño paquete.

—He traído postre. Para dos, he asumido que tu hija no estaría en casa.

Negué con la cabeza sin más, tampoco quería explicarle que Ariana estaba dándose un atracón de pizza con su papaíto del alma y la cara hecha un mapa. El envoltorio era Mauri, la conocida pastelería de la rambla de Catalunya.

—Buena elección.

Asintió con la cabeza.

—Tu madre iba a menudo, decía que le gustaba sentarse en la mesita junto al cristal y tomarse un café y un pastelito mientras veía a la gente pasar.

Di un respingo, solo hay una mesa junto a la ventana, no podía ser coincidencia. De pequeña, cuando iba con Pepita al centro, para la revisión del pediatra o a comprarme el uniforme, solíamos acabar merendando en Mauri. Y ella siempre insistía en que nos dieran esa mesa junto a la ventana, con la excusa de que tenía que vigilar el coche. Porque Pepita se sacó el carnet de conducir; decidió que, para llevarme al médico, recogerme en casa de alguna amiguita o los sábados hacer juntas los recados, era mejor no depender del chófer de papá. Aprobó a la quinta, y cómo lo consiguió fue siempre un misterio, porque jamás fue capaz de aparcar. Probablemente el examinador se compadeció de ella, y el resultado de tanta piedad fue que Pepita llegaba a los sitios y dejaba el coche en mitad de la calle, en doble fila, los intermitentes puestos. En la mismísima puerta de Mauri, allí donde pudiera verlo desde la mesita de la ventana, no fuera a venir un urbano. Siempre fue esa la razón que dio para exigir esa mesa, conmigo de la mano, yo convertida en su salvoconducto para estar ahí, su oportunidad de entrar en ese salón de té en el que, sola, sin la excusa de acompañar a la niña Planadevall, se habría sentido fuera de lugar. Eso es lo que yo había pensado hasta ahora. Pero ¿podía ser que lo que Pepita en realidad pretendía era darme un minúsculo trocito de lo que yo podría haber hecho con mamá si no se hubiera marchado? Igual que a mi madre le enviaba las fotografías de mis cumpleaños, a mí me llevaba a esa pastelería, a la mesa exacta que a mamá le gustaba. Pepita, con sus pequeños gestos, rellenaba pedacitos de los vacíos que mamá y yo cargábamos sobre nuestras espaldas. ¿Cuántas cosas más habría hecho para acercarme a mi madre, sin yo saberlo?

—¿He dicho algo inconveniente? —me preguntó Gabriel cauteloso, la bandejita de dulces de Mauri balanceándose sobre la acera.

—No, nada, disculpa. —Salí de golpe de mi estado de abstracción—. Venga, subamos.

Arriba, Verena —que se había puesto el uniforme de recibir— vino a nuestro encuentro en cuanto oyó la llave. Nos ayudó a Gabriel y a mí a sacarnos los abrigos, y cogió solícita el paquetito con el postre. Disimuló mejor que el portero, pero aun así vislumbré la sorpresa en su cara cuando vio al invitado. Y más cuando me acerqué a ella y, al oído, le susurré:

—Ni una palabra de esta visita a Ariana, ¿entendido?

Asintió con la cabeza y se apresuró hacia la cocina, es de las que saben cuándo estorban. Guie a Gabriel hasta el salón. La luz del sol entraba por los ventanales, calculé que, por lo bajo, era cinco veces más grande que su saloncito-comedor atestado de libros, con el sofá viejo y el chirrido de la mecedora, la pequeña mesa y el hule de cuadros. Echó un vistazo general, pero ni pareció impresionado ni dijo nada. Su mirada se posó en las pocas fotografías distribuidas por la estantería. Cogió una de ellas: papá —serio, como si fuera un acto oficial—, Ariana y yo sonrientes a su lado.

—Esta es de la primera comunión de mi hija.

No hacía falta aclararlo, el blanco vestido largo y la coronita de flores la delataban. Él seguía mirando fijamente el rostro de mi padre.

—La última vez que vi a Ricard fue en 1969 —dijo al fin—, pero le habría reconocido seguro, hay algo en él que no ha cambiado desde el primer día en que le vi. Ese aire...

No sé a qué aire se refería ni quería saberlo, viniendo de él un elogio no sería, y yo prefería tener la comida en paz.

—Ahora no dirías lo mismo —le corté—, el cáncer le ha dejado en los huesos. Hasta a mí me cuesta reconocerle.

Devolvió la fotografía a su sitio en silencio. La voz de Verena sonó a nuestra espalda.

—El almuerzo está listo. ¿Qué va a beber el señor?

El señor estaba claramente incómodo, aunque intentaba disimularlo. Se me quedó mirando, como si esperara que contestara por él, pero por toda respuesta le ofrecí la más neutra de mis expresiones.

—Lo mismo que tome la señora.

El salón de mi casa comunica con el comedor de recibir a través de una doble puerta corredera, grande, de madera blanca y pomos plateados, que abrí con un gesto más teatral de lo necesario, como un mago descorriendo las cortinas para mostrar que la chica ha desaparecido. Al otro lado nos esperaba la gran mesa, con sus dieciséis sillas —a algunos comensales más habíamos sentado en cenas de amigos, a base de añadir asientos y encoger los codos—, por lo que los dos servicios, en una esquina, quedaban tristes y desangelados. Me arrepentí de no haberle pedido a Verena que sirviera la comida en el pequeño comedor anexo a la cocina.

Como había hecho en el salón, Gabriel, en silencio, barrió con su mirada todo el espacio. A

falta de fotografías, sus ojos se posaron en un cuadro, el Genovés que ocupa una de las paredes laterales. Se aproximó a él, hasta ese punto tan cercano al lienzo en que ya no vemos sus típicas multitudes y corrillos, sino simples pegotes de pintura. Quien haya visto un Genovés sabrá de qué estoy hablando. Se alejó y se acercó varias veces contemplando el efecto.

—Tiene su gracia —dijo al fin por todo comentario.

Nos sentamos a la mesa. Verena nos sirvió la ensalada, agua y dos copas de vino blanco, luego se retiró a la cocina. No volvería hasta que yo apretara el pulsador que tenía junto a mi copa. Gabriel estaba tenso, su espalda no tocaba el respaldo de la silla y miraba el despliegue de cubertería con cierta aprensión. ¿Cómo mi madre había podido dejarnos por un hombre tan poco mundano? Durante todos estos años, yo había alimentado la idea del amante sofisticado, alguien más guapo, más rico y más educado que mi padre, porque no tenía sentido que nos dejara por alguien peor. ¿O quizá sí? Al fin y al cabo, Alberto me había abandonado para largarse con Minnie Mouse. Los dos comíamos en silencio.

—Ya sé cómo murió tía Clara, pobre —dije al fin para iniciar la conversación.

Quise ahorrarle el mal trago de tener que contármelo. Aun así, se le ensombreció el semblante, ya de por sí no muy alegre ese día. Ni siquiera me preguntó de dónde había sacado la información, tampoco yo se lo dije. A mí lo que me interesaba era saber cómo vivió él el noviazgo de mis padres, la boda. Si Gabriel y mamá habían seguido viéndose, si para ella el matrimonio fue una farsa desde ese mismo domingo en la puerta de Santa Inés. Él, en cambio, estaba poco hablador, tenía la vista fija en las hojas de canónigos y en los tomates cherry de su plato. Aún no había probado el vino. Le costó arrancar. Y cuando lo hizo, habló lento. Recordó el sobresalto de esa mañana cuando, todavía en la cama, llamaron a la puerta. Rosita, una de las tres hijas de los ultramarinos —allí donde hoy hay un locutorio—, había subido a avisarle, porque en aquel establecimiento tenían teléfono y dejaban a los vecinos recibir llamadas y recados. Y el recado era que una señorita había llamado, y que volvería a hacerlo al cabo de quince minutos porque necesitaba hablar con Gabriel. Una señorita, remarcó Rosita, que era una chiquilla, pero sabía distinguir perfectamente los hablares de la gente fina, simplemente porque eran distintos de los del barrio. Y Gabriel le había dado el número de los ultramarinos a una única señorita. Se vistió rápidamente y bajó. Esperó en la trastienda, entre cajas de envases vacíos de gaseosa, junto al teléfono negro de baquelita, hasta que volvió a sonar.

—Tu madre lloraba, apenas podía entenderla. Cuando conseguí comprender... —seguía con la vista clavada en el plato, con el tenedor removía las hojas de canónigos como si esperara encontrar debajo las palabras adecuadas—, Elena estaba destrozada, me dijo que ahora no podíamos vernos, que me llamaría. Yo casi no hablé, ni siquiera tuve tiempo para consolarla. Adoraba a tía Clara. Y esa muerte tan horrible...

Se hizo un extraño silencio en el comedor, solo el tintineo de los cubiertos contra la porcelana del plato.

—Parece mentira que alguien pudiera morir por un aborto —fue el comentario, simple y

torpe, que se me ocurrió.

—Morir, ir a la cárcel... Era la hipocresía de la época. Seguramente nadie se compadeció de ella, todos esos estúpidos estirados pensaron que le estaba bien empleado. Y la familia, claro, también quedaba manchada. Luego supe por Elena que el amante de tía Clara era un conocido galerista, un marchante que vendía cuadros a esos burgueses biempensantes para que decoraran sus sólidas y anchas paredes. Estaba casado, y el muy cabrón no quiso saber nada del niño ni de ella, que se las apañara. Y, claro, esos mismos que criticaron y condenaron a tía Clara siguieron comprándole a ese malnacido cuadros que hicieran juego con el sofá.

Yo me había acabado ya la ensalada, Gabriel jugueteaba con un tomatito cherry que hacía rodar con la ayuda del tenedor. Apreté el timbre con fuerza y al instante apareció Verena, que sustituyó los platos y me rellenó la copa de vino. Gabriel apenas había bebido. Luego se fue a la cocina para regresar al cabo de un par de minutos con una lubina al horno sobre un buen colchón de patatas. La troceó y la distribuyó en los dos platos. Olía estupendamente, pero creo que la conversación nos había quitado el hambre. Seguíamos en silencio.

—¿Tú cocinas? —pregunté al fin, por decir algo.

—Sí, qué remedio. Mi madre murió de neumonía poco después que tía Clara, en unos pocos meses las perdí a las tres: mamá, tía Clara y Elena, por entonces las tres únicas mujeres en mi vida. Me quedé solo en casa, tuve que espabilar con los fogones. Por suerte, porque si no en París nos habríamos muerto de hambre, que tu madre no sabía ni freír un huevo. Aunque si he de cocinar solo para mí me da pereza, no me lío.

—Y a mamá, ¿qué le gustaba?

—Comía poco, como un pajarito, aunque podías llevarte sorpresas. ¿Te gusta el arroz con bacalao?

—No recuerdo haberlo probado nunca.

—Claro, los ricos el arroz lo coméis con marisco —me soltó sarcástico—. Mi madre con bacalao lo clavaba, tenía la receta apuntada en su libreta. Fue lo que cociné para Elena la primera vez que vino a casa. Y le encantó.

—¿Antes o después de casarse?

Me mantuvo la mirada, no pestañeó.

—Después.

Me abstuve de hacer ningún comentario, ya sabía la respuesta: que no los juzgara. ¡Y una mierda, claro que podía juzgarlos! Mamá había dormido abrazada a mi padre después de estar con Gabriel, igual que Alberto, cuando llegaba de sus encuentros con Victoria, se metía en nuestra cama y me daba un beso, el muy cabrón. Papá y yo, menudo par de idiotas. Chafé con saña un par de patatas que aún quedaban en el plato.

—Tras esa llamada no volví a tener noticias de Elena durante un tiempo, más de un mes, que se me hizo eterno. Algo iba mal, estaba seguro. Incluso me pasé por la editorial, pero Elena no había vuelto por allí. Me planté frente a su casa esperando a que saliera. Y salió, sí, pero para

subirse al Tiburón azul de Ricard, que le abrió la puerta todo galante y sonriente. Cuando Rosita subió para avisarme de que había llamado otra vez esa señorita y me había dejado un recado, una cita para vernos, estuve a punto de no acudir, ya intuía lo que iba a decirme.

—Pero fuiste.

—Entonces aún no sabía que la esperanza es el peor de los motores, siempre nos lleva más allá de ese punto en el que deberíamos habernos plantado.

Mamá le citó en la editorial y no se anduvo con rodeos, llevaba el discurso preparado. Que esa vida de libertad con la que había soñado era una tontería, que había tenido la cabeza llena de pájaros, pero que la muerte de tía Clara le había hecho recapacitar y recuperar la cordura, que todos tenían razón, que tía Clara era quien se equivocaba, no había más que ver lo que le había sucedido. Mientras hablaba iba guardando sus cosas en una caja, escenificaba el final. Los diccionarios, algunas libretas, una traducción a medio hacer, eso metía en la caja, y a la vez le metía a él, a Gabriel, y a sus discos y sus besos, recuerdos de su particular rebelión de joven burguesita, objetos de un pasado incómodo que era mejor olvidar. Cerró la caja, con él dentro, aunque físicamente estuviera de pie en una esquina, en silencio. Emocionada, le contó cómo papá le había ofrecido el brazo en la puerta de la iglesia, delante de todos. Gabriel no le encontró el mérito.

—También yo le habría ofrecido mi brazo, en la iglesia y donde ella quisiera, pero entendí que con ese gesto el señorito Planadevall, como Juan Bautista, había conseguido lavar algún tipo de pecado original. Y eso yo, por mucho que la quisiera, no podría conseguirlo jamás.

Mamá le dijo que estaba segura de que Ricard le iba a proponer matrimonio, y que iba a aceptar. Ella no le miró ni un segundo, él permaneció en silencio.

—Le ayudé con la caja, le busqué un taxi. Me regaló el tocadiscos y algunos discos de tía Clara como recuerdo. Ni siquiera me dio un beso, se limitó a entrar en el coche. Por toda despedida, antes de cerrar la puerta, me soltó una última frase, una frase que lo resumía todo y contra la que yo no podía luchar.

Contuve el aliento. Intuía que no quería saberla.

—«Estoy haciendo lo que tengo que hacer.» Eso fue lo que dijo.

Las patatas estaban ya frías, restos de lubina desmenuzada en mi plato. Aun así, lo miraba fijamente, como si en decidir el próximo bocado me fuera la vida. Fue Gabriel quien volvió a la carga, quien remachó un clavo que ya empezaba a dolerme demasiado.

—Tu madre solo quería ser feliz, pero no sabía cómo. La muerte de tía Clara la dejó sin referente, confundida, y se aprovecharon de ello.

Esto último sobraba, mi padre no se había aprovechado de nada. Más bien al contrario, eran los Ribé quienes se habían aprovechado de él, pero no tenía ganas de polémica. Entendía no obstante que mamá estuviera confundida, aún no había cumplido los veintiún años cuando se casó. Me lo había dicho Sita la noche anterior.

—¿Veinte años solo, no era muy joven? —le había preguntado yo.

—Joven, ¿por qué? Yo me casé seis meses después. Entonces, cuando acababas el colegio ya no tenías mucho más que hacer. Sois vosotras, nuestras hijas, las que en esto de retrasar la edad de casaros y tener hijos os habéis pasado tres pueblos. Se dice así, ¿no?, se lo he oído a mis nietos. ¿O son cuatro pueblos?

No sé entonces, pero ahora es difícil saber lo que se quiere a los veinte años, no hay más que ver a Ariana, está a punto de cumplirlos y no la imagino tomando ninguna decisión importante, y aún menos acertada. Pero creo que yo, a esa edad, sí lo tenía claro, y ahora sé por qué: porque yo soy el resultado de hacer lo que se debía hacer. Y eso ha quedado impreso, indeleble, en mi ADN. Cumplir con mi deber, esta ha sido mi máxima, la pauta que ha guiado mis pasos. Pero ni en eso me asemejo a mi madre: lo que en mí ha sido convicción, en ella fue expiación. Nos parecemos, eso sí, en que a las dos nos ha salido mal.

Pulsé el timbre con fuerza, repetidamente, hasta que apareció Verena.

—¿Traigo el postre, señora?

—Sí, gracias.

De nuevo el trasiego de platos, la recogida de los cubiertos. El postre que había traído Gabriel resultó ser lionesas de nata.

—A tu madre le encantaban —me contó—. Si nadie la miraba, era capaz de ponerse una entera en la boca, decía que estaban más buenas cuando se comían de un bocado, aunque la nata le rebosara por las comisuras y corriera el riesgo de atragantarse.

—A mí no me gusta el dulce.

Aparté el platito con cierto desprecio. Fui grosera, me reconocí irritada. No sé qué había esperado, ¿que mamá cayera rendidamente enamorada de papá? Absurdo, sabiendo el final de la historia. Aun así, uno siempre espera ser fruto del amor, ¿no? ¿O esto que acabo de decir es una cursilada?

—En resumen: mamá puso cordura en su cabecita loca y se casó con papá. Supongo que el golpe dolió.

Fue queriendo, lo reconozco: la frase la pronuncié con un cierto tono triunfal, dejó tras de sí una estela de victoria. No me iba a achicar: obligación o no, mamá se había casado con mi padre y no con Gabriel, punto para el equipo Planadevall. Me di cuenta, no obstante, de que con esa simple frase, con ese tono, acababa de romper cualquier complicidad que Gabriel y yo hubiéramos podido tejer durante estos últimos días. Éramos dos bandos, papá y yo aliados frente a él, acababa de dejárselo claro. Se dio cuenta, estoy segura, pero permaneció impasible. Sita lo había descrito como un hombre colérico y bravucón. En cambio, no respondía a ninguna de mis provocaciones. ¿Tanto había cambiado con los años? ¿O conocía el juego al que yo estaba jugando y se mantenía en guardia? Él era un avezado ajedrecista, acostumbrado a plantear complejas estrategias para defender al rey. Y, en esta partida, él era el rey. Se tomó su tiempo para comerse una lionesa, lo que consiguió irritarme aún más.

—Lo de la boda me lo dijo mi primo Víctor un domingo que fui a casa de tía Conchita. Él

estaba invitado y no pudo callárselo. «Va a ser por todo lo alto», me soltó, «porque esa preciosidad lo merece y los Planadevall lo pueden pagar.» Me encogí de hombros, como si no fuera conmigo. Y ya no iba conmigo, en realidad, pero aun así me fijé en la fecha que ponía en la invitación. Cuando llegó el día, lo pasé pensando que quizá, en el último momento..., pero no, en la sección de ecos de sociedad del periódico venía la noticia, y no decía nada de que la novia hubiera salido corriendo. Casi media página, un listado interminable de invitados. La crónica acababa informando de que los recién casados se iban a Italia de viaje de novios, y serían recibidos en el Vaticano por el papa. Todo un honor, decía, para el joven matrimonio católico. No pude reconocer a Elena en esos pomposos párrafos. Pero a mí ya me daba igual. Aún pensaba en ella, claro, pero como algo del pasado, una historia que en realidad nunca habría podido ser.

Él se acabó sus lionesas, las mías se quedaron en el plato, seguro que Verena se las merendaría encantada.

—¿Café?

—No, gracias.

—Me tendrás que disculpar, pero yo tengo que volver al despacho.

Gabriel se apresuró a levantarse de la silla, a punto estuvo de tumbarla. Verena, que siempre está al quite, salió a nuestro encuentro con los dos abrigos en la mano.

Salimos de casa y en el ascensor no sabíamos qué decirnos. Iba yo a hacer algún comentario banal para rellenar el silencio cuando él me soltó la pregunta a bocajarro:

—¿Cuánto hace que te divorciaste?

—¿Y tú cómo sabes que estoy divorciada?

—No hay fotos de ningún hombre en la casa, aparte de las de tu padre.

—Podría ser viuda.

Volvió a negar con la cabeza.

—No se quitan las fotos de los seres amados que mueren, solo rompemos las de aquellos que queremos ver muertos.

Por un segundo pensé que tenía razón, lo primero que hice cuando Alberto se marchó fue romper la mayoría de las fotos en las que aparecía. Entonces caí en la cuenta de que Gabriel tenía una foto de mamá en su estantería, durante años había llevado otra en su cartera. Papá, en cambio, las hizo desaparecer todas.

—¿Nos vemos mañana? —me preguntó Gabriel cuando salimos a la calle.

No, necesitaba un respiro, recuperar mínimamente mi vida, tener unas horas para mí. El día siguiente era viernes, podía cogerme parte de la tarde libre, dar un paseo yo sola, sin mamá ni Gabriel ni papá ni Sita ni toda esta historia que había llegado del pasado dentro de un viejo libro y que amenazaba con ahogarme.

—No puedo, mañana imposible.

No mentí, de verdad que no tenía fuerzas para volver a ello el día siguiente. Pero papá se moría, no tenía mucho tiempo.

—Podemos quedar pasado mañana si quieres. Yo iré a comer con Quim como cada sábado, estás invitada, te debemos un almuerzo.

Asentí. Cuarenta y ocho horas de tregua, las necesitaba.

# CAPÍTULO 21

Cuarenta y ocho horas pasan rápido, y más si son de tregua. El sábado, a las dos en punto, empujé la puerta de ese pequeño restaurante del Raval donde habíamos almorzado el sábado anterior. Fin del alto al fuego, regresaba a las trincheras.

Me recibió el mismo olor a fritanga, el mismo póster del Deportivo Numancia clavado con chinchetas en la pared detrás de la barra, los jugadores perfectamente alineados para la foto. Los dos ajedrecistas estaban ya sentados a la mesa, en el mismo rincón, apuesto a que la tienen reservada semana tras semana, son hombres de costumbres arraigadas. Gabriel me recibió con el gesto neutro de siempre. Quim, en cambio, se esmeró en la sonrisa y se levantó para saludarme, un beso en cada mejilla.

—¡Qué alegría volver a verte! No siempre tenemos oportunidad de almorzar con una belleza como tú.

Cumplido de rancio galán. Ganas tuve de responder que estaba convencida de ello, no debían de compartir mesa a menudo con alguien menor de setenta años, pero me contuve: la sonrisa de Quim era cálida y afectuosa, sin rastro de compromiso, de las que desarman y te obligan a sonreír por puro mimetismo. A su lado Gabriel, tenso e inmóvil, parecía un tótem. No podían ser más distintos: alto y enjuto uno, chaparro el otro. Parecían fugados de un casting en algún lugar de la Mancha.

—¿Todo bien? —se interesó Quim mientras me ayudaba con el abrigo.

Pues no, nada iba bien. En esta última semana papá había empeorado, Ariana había tenido un accidente de moto, mi ex me había anunciado que iba a ser padre y yo, en sueños, andaba al filo de un precipicio cada madrugada. Y eso sin ahondar en detalles.

—Todo perfecto —respondí compitiendo en la amplitud de la sonrisa.

Tenía ante mí una segunda oportunidad para hablar con Quim, para sonsacarle información. El sábado anterior me había pillado por sorpresa, no esperaba conocer a la última persona que había visto a mi madre, la persona que supuestamente la acompañó al aeropuerto, un testimonio vital. Y aún menos me esperaba que esa persona fuera el íntimo amigo de Gabriel. En toda esta semana no había dejado de pensar en qué papel pudo jugar ese hombre en la desaparición de mamá. Pudo ayudar a Gabriel a cometer el crimen, o a desembarazarse del cadáver, o simplemente pudo mentir para protegerle. En el transcurso de esa última semana había asignado a Quim multitud de papeles, todos delictivos, todos imperdonables. Pero fue verle de nuevo e intuir que estaba equivocada: alguien tan alegre no podía haber participado en un asesinato, no

creo que se pueda sonreír de ese modo si has vivido más de treinta años reconcomido bajo el peso de la culpa. Pero Gabriel podía haber utilizado a Quim como coartada sin él saberlo. Si no, ¿por qué motivo le pidió que acompañara a mi madre a Orly, por qué no llevarla él mismo? La declaración de Quim a los gendarmes tuvo un efecto inmediato: alejó de Gabriel las sospechas y las trasladó al aeropuerto de llegada. A papá. Porque la Gendarmerie jamás habría investigado a mi padre, nunca habría vertido sobre él la vergüenza de la sospecha, si no hubiera sido porque Quim juró haber dejado a mamá en la puerta del aeropuerto, en su mano un billete a Barcelona. Quizá era cierto que la llevó, pero entonces la pregunta relevante era otra: ¿dónde estaba Gabriel cuando mamá se apeó del coche y entró en la terminal? Podía imaginármelo dentro, camuflado entre el gentío, controlando la puerta. Ella anda decidida hacia la zona de embarque, pero alguien la coge del brazo, la detiene, tienen que hablar antes de que cruce el control. Sí, pero ¿y luego qué? Nadie vio un forcejeo, nadie avisó a seguridad, de alguna manera Gabriel consiguió que mamá le acompañara y subiera a un coche voluntariamente, que renunciara otra vez a mí, a saber bajo qué mentira o amenaza. La sacó del aeropuerto, la alejó del avión que la devolvía a casa, la mató. Por desgracia, no podía preguntarle directamente dónde estaba ese día, eso le alertaría, le pondría en guardia, había que esperar. Pero cuando todo se aclarara, yo no iba a consentir que la defensa alegara que fue un crimen pasional, una reacción desesperada al verla marchar: de eso nada, estuvo todo planeado a sangre fría, todo perfectamente calculado. Por eso, al contrario que Quim, Gabriel no sonreía jamás, era un hombre devorado por sus demonios. Un hombre hermético, encerrado en sí mismo, acostumbrado a guardar silencio para no delatarse. Me sería difícil sonsacarle nada, no iba a inculparse. Así que tenía que ganarme la confianza de Quim como fuera: él no estaba en guardia y sería más fácil que soltara algún cabo del que tirar.

—¿Sucede algo?

Con tanto deambular por el pasado, tanto entrar y salir de la terminal de Orly, me había quedado en Babia, y los dos abuelos, sentados frente a mí, me miraban con cierta inquietud.

—No, nada. A ver, ¿qué tenemos hoy de comer?

Me pasaron el menú, supongo que era parecido al del sábado anterior. El dueño se acercó para informarnos de que también había paella.

—Tenéis que probarla, que la parienta la borda.

Accedimos los tres a la sugerencia, aunque yo suelo ser escéptica con las recomendaciones de los camareros, no sea que quieran colocarme lo que están a punto de tirar.

—Y qué, seguís con la historia, ¿no? —Quim no esperó respuesta—. ¿Y por dónde vais?

—Mis padres acaban de casarse. Septiembre de 1962, creo que fue.

No pude evitar un ligerísimo tono de triunfo. Papá y yo formábamos equipo, y esa boda nos colocaba por delante en el marcador. Gabriel aún no había abierto la boca, entretenido en doblar y desdoblar las esquinas de su mantelito de papel. Quim recibió la fecha con alborozo.

—¿1962? ¡Qué recuerdos! Fue una buena época, nos divertíamos mucho por aquel entonces.

—Cuidado con lo que dices, no vayas a desilusionarla —terció por fin Gabriel—. Carolina

cree que me pasaba el día encerrado en casa llorando porque Elena me dejó.

Quim soltó una carcajada mientras servía el vino. Gabriel hizo lo propio con la gaseosa. Daban por hecho que el primero no era bebible sin la segunda. Quim levantó la copa, le imitamos los demás, pero se quedó en gesto, nadie propuso un brindis. Di un sorbo y agradecí infinitamente la gaseosa. Quim se dirigió a mí:

—Pues quítate esa idea de la cabeza, este hombre lo superó así —chasqueó los dedos—, en un plis plas. ¡Entiéndelo, teníamos veintitrés o veinticuatro años, nuestro sueldecito, él tenía la moto, había guateques y chicas y música! A ti te parecen historias en blanco y negro, pero nosotros, pobres inocentes, creíamos que alrededor nuestro todo brillaba en tecnicolor.

—Tuvimos nuestro primer ascenso —terció Gabriel—, ya no éramos el último mono de la rotativa. Y nosotros, claro, nos veíamos ya de jefazos, un futuro prometedor.

—Bueno, prometedor pero lejano, tampoco había que engañarse, porque los chicos de barriada subíamos peldaño a peldaño, con esfuerzo, no teníamos quien nos diera un empujoncito.

Salieron a relucir algunos nombres de antiguos compañeros, apodos, anécdotas. Nada interesante para mis pesquisas, por suerte el soriano nos había traído ya la paella y me dediqué a comer. La parienta no la bordaba, pero era un zurcido muy aceptable. Hablaron también del Ateneu, que siguió siendo su punto de encuentro, el lugar donde pasaban las tardes. Quim contó cómo Gabriel tenía ya inoculado el vicio de la lectura y seguía arramblando con cuanta novedad llegaba a la biblioteca. Hablaba de su amigo con el orgullo del mentor que ve cómo su mejor alumno le aventaja. Fue también en esa época cuando Quim le inició en el ajedrez.

—Cada tarde echábamos una partida. Y a las pocas semanas ya me ganó alguna, el muy cabrón.

—Cada tarde no —le corrigió Gabriel—, porque muchas no aparecías por el Ateneu. Y luego, cuando nos encontrábamos en el trabajo y te preguntaba, nunca me decías dónde habías estado. Era tu secreto, ese lado oscuro tuyo que me tenía tan intrigado. —Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Estaba convencido de que tenía una amante, una mujer casada, y que no se atrevía a confesármelo. Y yo le pinchaba, que si tenía un lío de faldas me lo dijera, pero él nada, no soltaba prenda.

—¿Y era verdad? —le pregunté antes de responderme a mí misma—: Seguro que sí, en este país tener amantes es el deporte nacional.

Lo dije por Alberto, claro, pero Gabriel se removió incómodo en la silla, pensando quizá que el dardo iba dirigido a él. Quim, por toda respuesta, se encogió ligeramente de hombros y esbozó una media sonrisa picarona. Gabriel, al verla, soltó con estrépito su tenedor sobre el plato y señaló a su amigo:

—¿Ves?, esa era exactamente la cara que ponía, y la callada por respuesta.

La cara quizá era la misma, pero ahora Quim ya no callaba, se le enfriaba la paella, pero no parecía importarle. Era como Sita, cada recuerdo se fundía con otro, se enmarañaba con el siguiente, como ramas de una enredadera. Historias de sesión doble de cine, playa de la

Barceloneta en verano, a veces se escapaban a Castelldefels en autobús o con la Ossa. Amigas también hubo, varias, ninguna relación seria, sexo ni probarlo, porque todas eran chicas decentes y sabían que para eso había que esperar al matrimonio. Por eso algunas noches, con la paga recién cobrada en el bolsillo, al salir de *La Vanguardia* Gabriel y algunos colegas se daban una vuelta por el barrio chino, que en realidad de chino nunca tuvo nada, y menos entonces, cuando todas las putas eran de proximidad aunque algunas se las dieran de exóticas. Boxeo y matinales de lucha libre en el Price, baile con orquesta los domingos por la tarde en Piscinas y Deportes, allí se iba con zapatos recién lustrados y pelo engominado. Vidas de barrio, como tantas otras, nada especial. Hasta que Quim soltó esta frase:

—¡Y entonces descubrimos el San Carlos Club!

—¿El qué?

Gabriel me lanzó una mirada conmiserativa.

—Esta juventud —dijo, obviando mis cincuenta y tres tacos—, os creéis que la fiesta y la modernidad empezó con vosotros.

—Con nosotros no, pero pensaba que había empezado en Boccaccio.

Lo dije de verdad, no para pincharlos, pero la mención a la famosa discoteca barcelonesa les sonó a provocación.

—Entérate, Boccaccio y toda esa fauna de la Gauche Divine llegaron unos años después —puntualizó ofendido Quim.

—Además, Boccaccio era mucho..., ¿cómo lo dijiste?, ¡postureo!

—Pero ¿ibais? —pregunté curiosa. Ese par no me encajaban nada en el ambiente de los izquierdosos divinos, la verdad.

—¡No! —saltó rápido Gabriel, como si mi duda le hubiera ofendido—. Bueno, reconozco que lo intenté, pero no me permitieron la entrada. No es que me importara, pero decían que algunos escritores famosos iban por allí, Marsé y Goytisolo, y también García Márquez cuando estaba en Barcelona, y yo por entonces devoraba sus libros.

—¡Venga, no te las des de intelectual! —se rio Quim—, qué libros y qué narices, di que a finales de los sesenta Boccaccio era el sitio de moda y había muchas chicas guapas.

—¡Eh, que también había mujeres guapas en el San Carlos!

Sobre la mesa cayeron varios nombres, chicas que habían conocido allí. Se pasaron un buen rato discutiendo sobre el nombre de una de ellas, pero no llegaron a un acuerdo. En lo que sí convinieron rápidamente fue en el nombre del encargado, que de vez en cuando los invitaba a un cubalibre.

—¡El bueno de Morgan, qué personaje! —Quim dio un golpe en la mesa, a punto estuvo de tumbar mi copa; luego suspiró nostálgico—. Pasamos grandes noches en el San Carlos.

—Pero ¿qué era el San Carlos? —pregunté de nuevo, visto que no me hacían caso.

Ahora ya lo sé, al final me lo contaron: San Carlos Club fue su lugar de peregrinación, el agujero por el que atisbaron el mundo, allí donde se creyeron modernos, adultos y felices. Una

sala de conciertos que empezó como salón trasero de una cafetería, llamada Stadium, que durante el día servía cortados y croissants, incluso esa cosa tan novedosa que eran entonces los platos combinados. Estaba en Gran de Gracia, frente a la estación de Fontana.

—Ya no existe —aclaró Gabriel algo melancólico—, la última vez que pasé por allí había una sucursal de la Caixa. Pero, a principios de los sesenta, en Barcelona era el lugar al que acudir si te gustaba el rock and roll, las mejores bandas de la ciudad tocaban ahí.

En esa sala trasera de la cafetería cada fin de semana se congregaba más gente. Y claro, visto el éxito, lo remodelaron: desapareció la cafetería Stadium, adiós a los carajillos y los bollos, y lo reabrieron como San Carlos Club. Por entonces tocaban allí los King's Boys.

—Eran buenos, pero no tanto como los Sírex —se apresuró a aclarar Gabriel, no me fuera a confundir—. Nuestros amigos habían sacado ya un primer disco con una canción que sonaba por la radio, empezaban a ser famosos, y los del San Carlos los contrataron, ¡imagínate, los Sírex allí! Durante más de un año, cada sábado por la noche hubo concierto suyo, a cuál más glorioso. Incluso tienen una canción que se llama así, *San Carlos Club*.

La voz de Gabriel rezumaba entusiasmo y nostalgia a partes iguales, él y sus amigos de Hostafrancs en primera fila, sacando pecho, porque los del escenario eran vecinos suyos. Con el tiempo, además de los conciertos hubo también sesión de discoteca, allí escucharon por primera vez a los Beatles, los Rolling Stones, los Doors... Los ojos de Gabriel brillaban al recordar esos sábados por la noche, confesó que solo había fallado durante los dos meses que su madre estuvo enferma. Murió, y él se quedó solo en el piso, huérfano, sintiendo el peso de esa adultez irremediable que te cae encima cuando ya no hay nadie que te llame «hijo».

—Lo siento —murmuré, sin saber si tenía que darle el pésame tantos años después.

—No pasa nada, la vida siguió —atajó.

Desde luego que siguió, y a toda máquina, porque para un joven de veinticuatro años no había mucho tiempo para duelo y lamentos, fuera todo giraba muy rápido y no podía perdérselo. También giraban los discos en el pequeño tocadiscos heredado de tía Clara, poniendo música a los guateques de domingo en el piso de la Gran Vía, convertido en cuartel general de la pandilla. Por el San Carlos aparecieron unos chicos extraños, con sus parkas y cazadoras de cuero, pantalones y polos ajustados, mocasines, en la cabeza un buen flequillo y nada de gomina. En Inglaterra los llamaban *mods*, aquí simplemente eran raros, subversivos, un peligro. A Gabriel le entusiasmaron, intentó imitarlos en todo, incluso cambió su vieja Ossa por una Vespa.

—Tenías que haberle visto —se mofó Quim—, aparecía por el San Carlos hecho un figurín, se movía por allí como si fuera el cantante de uno de esos grupos que subían al escenario. Como iba tan moderno, y con estos ojos azules que tiene, algunas chicas creían que era extranjero, y entonces él se hacía pasar por parisino y les soltaba unas cuantas frases en francés, les prometía que si se tomaban un par de copas con él las invitaría a su casa y les enseñaría la torre Eiffel. ¡Ya ves, era una broma, pero acabó de verdad viviendo ahí!

—Fueron buenos años, sí...

La voz de Gabriel rezumaba nostalgia. Quizá sí fueron buenos tiempos, pero a mí me parecía que algo no cuadraba.

—Si tan feliz eras sin mamá, ¿por qué volviste a buscarla?

—¡Yo no fui a buscarla! —Gabriel se revolvió rápido—. Ni se me pasó por la cabeza, estaba casada, caso cerrado. Pero mi primo Víctor seguía siendo amigo de Ricard, coincidían en S'Agaró, fue por culpa suya por lo que volví a ver a Elena.

—¿Qué hizo tu primo? ¿Se casó y os encontrasteis en la boda?

—No exactamente.

El primo Víctor era un tarambana, a decir de Gabriel, pero su padre le había conseguido un buen cargo en la Diputación, en una época en que las relaciones sociales lo eran todo. Se gastaba el sueldo en coches, putas y alcohol, el orden variaba dependiendo de los meses, pero seguía codeándose con los ricos de Barcelona, aún más desde que, gracias a su cargo, podía facilitarles contactos y favores. Enamorado de la velocidad, Víctor se hizo asiduo de las carreras nocturnas por la carretera de la Rabassada, las luces de la ciudad apareciendo y desapareciendo en cada una de las innumerables curvas. En una frenó tarde, el coche derrapó, se salió del asfalto. Voló en el vacío, no muy lejos del hotel Florida. Era septiembre de 1964, hacía dos años y medio que mamá y Gabriel no se habían visto.

—Mi primo era un auténtico imbécil, pero reconozco que, cuando subió Rosita para darme el recado de mi tía, no podía creerlo. Esa noche, cuando en las planchas de la imprenta vi su nombre dentro del recuadro de una esquela, me impresionó.

Gabriel fue al entierro, claro. Llegó de los primeros al tanatorio, que al poco empezó a llenarse, muchos amigos y conocidos, incluso algunas autoridades y cargos públicos de segunda fila. Para que la presencia del pariente pobre no incomodara a los tíos, que recibían el pésame de unos y otros, se fue a una esquina, desde allí observaba el gentío. Y entonces los vio llegar a los dos. Papá y mamá, ella muy elegante con su traje chaqueta negro, guantes, el pelo recogido en un moño, no quedaba ni rastro de ese pelo corto que trajo de Francia. Ya no era esa jovencita que Gabriel recordaba, sino una mujer. Dieron el pésame a la familia, saludaron a unos cuantos conocidos, Gabriel la seguía con la mirada, incapaz de apartarla de ella.

—Entonces se giraron, creo que los dos me vieron a la vez, intuí un ligero sobresalto en Elena, nada en él pareció alterarse, salvo que la cogió por la cintura y la obligó, suave pero firmemente, a darse otra vez la vuelta, a darme la espalda. Llegaron otros a los que reconocí de ese verano en S'Agaró, Montsita y ese Guasch entre ellos. Hablaban alto, a alguno se le escapó una risa, solo tu madre permanecía callada. Yo esperé en mi esquina preguntándome si la rebelde Elenita iba a venir a saludarme.

Pero no, no se soltó del brazo de papá, si dejó el grupito fue solo para ir al baño, acompañada de Sita, papá se giró un par de veces para cerciorarse de que Gabriel —quieto en su rincón— no las seguía. Mamá no fue a saludarle, no le miró siquiera, pero Gabriel intuyó que ella estaba pendiente de su presencia. La mayoría de los asistentes habían entrado ya en la capilla; también

el grupo de amigos, algo rezagados, empezó a moverse. Entonces mamá se puso a rebuscar algo en su bolso, se quedó atrás, papá se impacientaba. Gabriel seguía cada uno de sus gestos esperando que algo sucediera, una señal. Un papelito, todo arrugado, cayó del bolso y quedó en el suelo, mamá no se agachó a recogerlo. Sacó por fin un abanico y, del brazo de papá, entró en la capilla.

—Si Ricard vio caer el papelito, no le dio importancia. Yo, en cambio, me abalancé sobre él en cuanto se fueron. Elena me reconoció luego que fue un impulso. Recordó que llevaba un bolígrafo en el bolso y no se le ocurrió un plan mejor. La nota la escribió encerrada en el baño y a escondidas de Sita, en un trozo de papel higiénico, ya ves tú, tan fina que ella era. Bueno, ni siquiera era una nota, solo apuntó el teléfono de su casa.

No dudé de que fue así, empezaba a conocer lo suficiente a mamá para creérmelo. Pero sentí una punzada de dolor, porque esa imagen que yo tenía de ella, de mujer asediada por un guapo galán dispuesto a aprovecharse de su inocencia y de su dinero, poco a poco hacía aguas. Mi madre resultaba tener más personalidad de la que yo había creído, más iniciativa de la que sospechaba y más ganas de abandonarnos de las que habría preferido saber.

—La llamé esa misma tarde, desde los ultramarinos —prosiguió Gabriel—. Dije que llamaba de la floristería y que necesitaba hablar con la señora por un encargo. Cuando se puso no pareció sorprendida, me dio rabia lo segura que estaba de que la llamaría. Tu padre no estaba en casa, pero aun así hablaba bajito. Que al casarse había tirado a la basura el papel con mi dirección y el teléfono, me dijo, porque le pareció que no era decente conservarlos. Pero que hacía tiempo que tenía ganas de verme, que pensaba en mí a menudo. Todo eso entrecortado con parrafadas sobre petunias y camelias cada vez que alguien del servicio pasaba cerca. Al final me encargó un ramo de gladiolos y me propuso vernos el miércoles siguiente. Le dije que vale, que escogiera el lugar.

—¿Y dónde te citó?

—En el último sitio que esperaba que me citara una señora del Tibidabo: en lo alto del funicular de Montjuïc.

—Y fuiste, claro.

Reconozco que mi voz sonó injustamente acusadora, todavía necesitaba culpar a Gabriel de lo sucedido. Al fin y al cabo, todo se podía haber evitado si se hubiera quedado en casa, si no hubiera acudido a la cita. Si no se hubiera vestido con esos vaqueros, que entonces eran aún novedosos. Y su mejor polo, la cazadora... Él se recordaba todo peripuesto, aunque me temo que no pasó de una mala copia de un *mod* inglés, porque por voluntad que le pusiera la versión original estuvo siempre fuera de su alcance. A mamá, claro, el disfraz le encantó.

—¿Siempre fingiste ser quien no eras para camelártela? —pregunté secamente.

Mal momento para hacer este comentario, lo reconozco. A Gabriel se le torció el gesto.

—Todos fingimos un poco para agradar, ¿no? O, como mínimo, para no desilusionar a aquellos que amamos.

—No todos lo hacemos. —Quise ponerme a mí de ejemplo, pero me pareció pedante y busqué

otro—. Mi padre, sin ir más lejos, nunca ha simulado, jamás le ha hecho falta.

Fue nombrar a papá y a Gabriel se le ensombreció aún más la cara. Habría sido mucho mejor ser pedante. Soltó un bufido.

—¿Ricard? Por supuesto que ha simulado, esa historia de ofrecerle el brazo a tu madre a la salida de la iglesia, sin ir más lejos. ¿O me dirás que Ricard es ese hombre cortés y afectuoso que fingió ser allí, delante de todos?

Desde luego, mi padre nunca ha sido afectuoso de forma convencional, los besos y los achuchones jamás han estado en su agenda.

—Se puede ser cariñoso de muchas maneras. Estoy segura de que papá jamás le faltó al respeto a mi madre.

Gabriel enarcó una ceja, su lengua escupió sarcasmo.

—Segura, ¿eh? Buena hija, pero pregunta a alguien que los conociera bien.

Se me tensó la espalda, como los gatos arquean el lomo.

—No necesito preguntar a nadie para saber cómo es mi padre, le conozco perfectamente y sé que, aunque pueda parecer arisco y severo, es un hombre bueno y generoso, y estoy segura de que él quiso a mamá. —Ya estaba, fin del alegato de defensa, podía pasar al ataque—. En cambio, tú, por lo que cuentas, no parece que la echaras de menos.

—No, la verdad es que la olvidé rápido —reconoció, se jactó casi.

Quizá sí. Pero, de nuevo, había un detalle que no cuadraba.

—Pues es curioso que, habiéndola olvidado, conservaras su retrato. Rompemos las fotos de quienes dejamos de amar, de aquellos a los que queremos olvidar, tú mismo me lo dijiste. Y tú, por lo que parece, no lo hiciste. Apuesto a que has llevado su retrato en tu cartera todos estos años, desde que te lo dio.

Ahora el punto era para mí. Gabriel lanzó un suspiro.

—Hasta que tú me lo robaste. ¿Piensas devolvérmelo?

Negué con la cabeza, no tenía la menor intención, era la primera y única fotografía que tenía de mi madre. Gabriel cerró la boca y concentró la vista en su plato, era evidente que no tenía ya ganas de seguir hablando. Maldita idea de meterme con él, ahora me quedaba con las ganas de saber cómo fue el reencuentro en lo alto de Montjuïc.

Quim, quizá por romper ese silencio incómodo, decidió no perdonar el postre. Hizo una señal al camarero y pidió tarta de Santiago y algo de chocolate.

—¿Todo eso vas a comerte?

—Es para compartir —se justificó.

Pensé que era mal momento para compartir nada, pero me callé. Quien no se calló fue Gabriel, no sé si dolido por estos últimos minutos de conversación o por el desprecio que un par de días antes le había hecho en casa.

—A Carolina no le gusta el dulce. Le llevé lionesas de nata y ni las probó.

—¿De verdad? —Quim compuso un gesto de sorpresa—. Con lo que le gustaban a su madre,

qué curioso. Aunque, bueno, supongo que no tiene nada que ver, porque a mi madre le chiflaban los caracoles y a mí me dan arcadas.

—Y a la mía las acelgas —terció Gabriel—, pero yo ni probarlas.

En esta comparativa gastromaternal, era mi turno. Pero no tenía mucho donde elegir.

—Pues yo solo sé que a mi madre le gustaban las lionesas de nata y el arroz con bacalao. Y, ya veis, el dulce no me entusiasma y lo segundo no lo he probado jamás.

Creo que Gabriel iba a iniciar una de sus diatribas sobre que los ricos no comemos bacalao, que la paella solo la tomamos con marisco y otras tonterías por el estilo, pero Quim, con un teatral gesto de asombro, le interrumpió.

—Gabriel, ¿es posible que no la hayas invitado nunca a comer tu arroz con bacalao? Pero ¡qué descortesía!

—Es que esta mujer cuando viene a casa siempre va con prisas, tiene que volver rápido al despacho.

—Pues invítala mañana, que es domingo.

Dudo que Gabriel tuviera intención de hacerlo, pero sí sabía seguro que yo no quería ir a comer a su casa, tiempo tendríamos el lunes de retomar la historia. Así que me apresuré a declinar la inexistente invitación.

—Gracias, pero imposible, los domingos tenemos almuerzo familiar con mi padre.

La verdad es que desde Navidad no íbamos a comer a casa de papá los domingos. El pobre a duras penas alcanzaba a engullir un plato de caldo y una fruta en todo el día, no tenía ya sentido sentarnos juntos a la mesa cuando a menudo no tenía fuerzas ni para sostener la cuchara.

—Aquí tienen los señores —interrumpió el camarero—, trufas y tarta de Santiago. ¿Le echo Meus Amores?

El hombre venía ya pertrechado con la botella, así que al primer asentimiento de cabeza soltó sobre el postre un generoso chorro. Aprovechamos para pedir los cafés. La conversación discurrió ya por otros derroteros, aunque si no hubiera sido por Quim nos habríamos quedado en silencio, porque a Gabriel y a mí nos había cambiado el humor y no estábamos para paliques. No me dejaron pagar, insistieron en devolverme la invitación. Ya en la calle, me despedí de Quim con un abrazo cariñoso. Con Gabriel mantuve las distancias. Tampoco él hizo ningún gesto.

—Nos vemos el lunes —fue toda su despedida.

—Sí, como siempre —respondí con sequedad.

Se fueron ellos por la calle del Carme hacia Sant Antoni, yo directa al parking. Había bajado en coche, ese día me había levantado vaga, con pocas ganas de paseo. Además, a las cinco tenía hora en la peluquería. Pagué el ticket, me metí en el coche, miré el móvil. Ninguna llamada, tres mensajes de WhatsApp, los tres de Martita. Que si me acordaba de que esa noche era la fiesta de Julia y que a qué hora me recogían. La típica fiesta de cincuenta años, malditas las ganas que tenía de ir, solo esperaba no tener que aguantar el consabido vídeo con los momentos estelares de la homenajeada, esa pantalla que muestra cincuenta años de vida perfecta, sin un solo drama, ni

siquiera una pequeña decepción, derrota ni error. Quizá tenía razón Gabriel: todos intentamos aparentar lo que no somos. Miré el tercer whatsapp: que me pusiera guapa, que Julia había invitado a la fiesta a varios divorciados de buen ver.

«¿Saben hacer avioncitos de papel?», tecleé.

Su respuesta me llegó al instante: un emoticono con unos ojos como platos.

# CAPÍTULO 22

—¡Uy, reina, esto que llevas es divino!

El comentario, el tono, el gesto..., todo podía haber sido de Sita. Pero no, era su hija Marta, de tal palo tal astilla. Eso tan divino era un vestido azul marino con la espalda al aire (de YSL, por si interesa el dato). Y la reina que lo llevaba era yo, que a falta de carroza me estaba subiendo a su coche, con Salva —su marido— al volante, porque muy amablemente me habían pasado a recoger por casa para ir a la fiesta de cumpleaños de Julia. Desde pequeñas, Marta ha admirado en voz alta mis posesiones —mis juguetes primero, mis *it bags* después—, quizá porque, encajonada entre cinco hermanos y madre de cuatro críos, no ha podido permitirse nunca grandes lujos. Yo, por mi parte, le he envidiado en silencio esa caterva de hermanos alborotadores, esa mesa inacabable de las celebraciones familiares y esa madre, Sita, que se desvivía por ellos. También Marta se desvive por sus hijos y, desde mi divorcio, parece que incluso por mí. Había intentado disuadirla de que pasaran a recogerme, sé perfectamente dónde vive Julia y, vistas mis pocas ganas de fiesta —si iba era solo por no hacerle un feo a la cumpleañera—, era mejor idea ir con mi coche para marcharme cuando me viniera en gana. En el mismísimo momento en que empezara el maldito vídeo, por ejemplo. Insistí repetidamente, sin éxito.

—¡Déjate de tonterías! —había protestado Marta cada una de las veces—. A nosotros no nos cuesta nada recogerte. Y tú mejor que no conduzcas, Carol, piensa que los fines de semana suele haber controles de alcoholemia en los túneles.

Pasé por alto el comentario, que me situaba directamente como delegada de grupo en Alcohólicos Anónimos. Y allí estábamos justamente, entrando en los túneles de Vallvidrera, Martita parloteando como siempre, yo sentada en el asiento de atrás mirando por la ventanilla, la vista fija en esos puntos de luz que separan los carriles. Había ido a la peluquería, me había maquillado —quizá en exceso— y llevaba puesto algo divino, al decir de mi amiga. Todo un esfuerzo cuando lo que me apetecía de verdad era el viejo pijama de franela y tragarme entera la tercera temporada de *The Crown*, esa serie maravillosa que me ha convertido en una fan de la princesa Margarita, porque hasta ese momento ignoraba que alguien divertido hubiera anidado jamás en Buckingham Palace. Mucho más entretenido seguir las desventuras de *Her Highness* que ir a la fiesta de Julia, me temía. Marta me miró por el retrovisor: nos conocemos desde bebés, lleva toda la vida leyéndome el pensamiento.

—¡Venga, anímate! La fiesta será divertida, ya verás.

Desde el divorcio me empuja a salir, igual que hacía Sita con mi madre muchos años atrás.

Esa noche mi amiga estaba contenta, se le notaba a la legua. Le gustan los saraos, ha salido a su progenitora. Son muy parecidas, Marta siempre ha sido una versión veinticinco años más joven de Sita, pero sin su chispa. Una buena copia, aunque de colorido más tenue, sin la personalidad del original. Quizá por ello, a diferencia de su madre, Martita no necesita ser el epicentro del terremoto, le basta con divertirse de vez en cuando, que la vida familiar —un marido, cuatro hijos, un yorkshire— transcurra plácidamente y que la foto anual no desentone en la vitrina materna. Durante años me he reído de la falta de ambición de mi amiga y ahora resulta que ha conseguido lo más difícil, que ha triunfado allí donde yo estoy fracasando estrepitosamente.

Salimos del túnel, se acabaron los puntos de luz, volví a prestar atención a Marta, que en ese momento parloteaba sobre alguien a quien se supone que yo también conozco.

—... fíjate, creo que no la vemos desde la fiesta de los cuarenta de Julia, justo hace diez años, porque luego se marcharon a vivir a Londres, que se fueron por un par de años y allí siguen, sus hijos ya más británicos que de aquí, supongo. Lo que te decía, esto será un fiestón, estará todo el mundo. To-do-el-mun-do.

Para Marta, todo el mundo se circunscribe a los socios del Club de Polo, los socios del Tenis Barcelona, los socios del golf del Prat, los que tienen una buena casa en el Empordà y los que la tienen en la Cerdanya. Parecen muchos, pero en realidad son solo unos cuantos, porque la mayoría ponemos la cruz en varias casillas. El resto de la humanidad es para ella un concepto abstracto, un amasijo de personas con las que no interactúa. Sí, en esto también ha salido a su madre.

Eso de que en la fiesta iba a estar to-do-el-mun-do me puso algo nerviosa.

—Oye, Alberto no está invitado, ¿verdad?

—¿Cómo va a invitarle viniendo tú? Tranquila, coincidí con Julia en el Polo y se lo pregunté.

—¿Así, a bocajarro? —Me alarmé un poco, porque Marta a veces es muy bruta.

—¡No, mujer! Salió el nombre de Alberto en la conversación, no sé a santo de qué, y aproveché.

Se removió algo inquieta en su asiento de copiloto. Salva centró su mirada en la carretera con más fijeza si cabe, la boca cerrada a cal y canto. Daba igual, yo sabía por qué santo había salido el nombre de Alberto en la conversación. Aún no habían nacido y los ratoncitos correteaban ya por el Polo. Y se deslizarían esta noche por los corrillos, sobre las mesitas con los canapés, corretearían por el suelo, entre tacones de aguja y suelas color de clavel reventón. Su futura existencia se propagaba rápido, como todos los chismes, como ese maldito virus chino. Me arrepentí de haberme puesto un vestido con la espalda al aire, me quedaba muy desprotegida para todos los cuchillos que se le venían encima. Decidí coger el toro por los cuernos.

—Supongo que ya sabéis que va a ser padre. De gemelos, parece.

Intercambio fugaz de miradas en la parte delantera del coche, les bastó un segundo. Esos dos se entienden a la primera, telepatía conyugal.

—Sí, lo sabemos. —Fue Salva, cosa rara, quien desprecintó su boca—. Coincidimos un día y

me lo comentó.

—Ya ves tú, a la vejez viruelas. Es el problema de la segunda juventud, que te pilla ya en la tercera edad. —Quise simular que me hacía gracia el asunto, aunque la tensión que se coló en mi voz dejó claro que no me hacía ni pizca—. A los cincuenta y seis y cambiando pañales, echad cuentas, tendrá más de setenta cuando los gemelitos empiecen a salir de noche y a dar quebraderos de cabeza. En menudo lío le ha metido esa, en cuanto nazcan los críos no tendrá tiempo ni para una partida de pádel.

Otro cruce de miradas en el asiento delantero. «Coincidimos un día», había dicho Salva... ¿Coincidir? ¡Y una porra! ¿Se creen que no sé que siguen quedando él y Alberto para jugar al pádel una vez por semana? Con el divorcio, el verbo *compartir* quedó en desuso entre Alberto y yo, lo sustituimos por otros más fáciles de conjugar en estas circunstancias: *repartir, adjudicar, distribuir, asignar*. Con los cuadros, las casas o los objetos fue fácil, pero con los amigos comunes no supimos cómo hacerlo, imposible asignarles un bando, así que, al final, lo dejamos en sus manos. Y ellos no han querido elegir. Nos alternan, hacen malabares para que no coincidamos en sus fiestas, guardan silencios espesos para no contarme que estuvieron cenando con Alberto, que estuvo divertido como en los buenos tiempos, que le ven feliz. Silencios que, de repente, interrumpen la conversación con mis amigos que también son suyos y no saben cómo manejar esta división inesperada. Silencios incómodos, como el que se creó dentro del coche. Y así, en silencio, llegamos a casa de Julia, un bonito chalet en Mirasol. En la puerta, recibiendo a los invitados, oficiaba uno de sus hijos, de traje y corbata, todo sonrisas y educación esmerada.

—¡Tú eres Bruno! —exclamó Martita alborozada—. Pero, bueno, qué mayor estás, si ya eres un hombre.

Siempre me ha parecido alucinante la capacidad de Marta para recordar los nombres de todos los hijos de amigos y conocidos, es la princesa del *Who is who* barcelonés, digna sucesora de su madre, la emperatriz Sita. Visto de cerca, el chaval tenía rastros de acné y aparatos de ortodoncia, estaba lejos de ser un hombre. Confié en que Julia le pagara por hacer de portero, porque aguantar ese mismo comentario de todas las invitadas que iban a entrar por esa puerta me pareció demasiado heroico para soportarlo gratis, también el amor filial tiene un límite. Cuando llegamos nosotros aún era capaz de sonreír y resistir estoicamente el achuchón, mientras muy amablemente nos informaba de dónde podíamos dejar los abrigos. Hicimos caso de las instrucciones, recorrimos el circuito: dejamos gabanes y bolsos al cuidado de una señora en una habitación reconvertida en guardarropía, accedimos al gran salón entre dos camareros que nos daban la bienvenida con sendas bandejas cargadas de copas: vino y cava en una, refrescos en la otra. Cogimos tres copas de la primera bandeja, en la que había ya grandes claros. La de los refrescos, en cambio, no mostraba ni un hueco.

—Salva, no bebas mucho, recuerda que hay controles de alcoholemia en los túneles.

No pude evitar soltárselo, aunque no estoy segura de que Martita me oyera, iba delante de nosotros abriéndonos camino hacia el corrillo más numeroso y compacto, asumiendo que Julia

estaría en el centro. Unos cuantos pasos, tiempo suficiente para echar un vistazo a la concurrencia, ya más de cien personas: mayoría abrumadora de conocidos, unos cuantos amigos, unos pocos desconocidos. Marta tenía razón: to-do-el-mun-do salvo Alberto y Minnie Mouse. «¡Que se jodan!», pensé durante una décima de segundo, el tiempo que tardé en imaginármelos felizmente arrebujados en el sofá bajo ese cuadro horrible. Fue como intentar apuñalar a alguien que está protegido por una campana de recio metacrilato.

—¡Julia, guapa, feliz cumpleaños!

Besos y felicitaciones a la cumpleañera, besos corteses al resto del corrillo, a otros invitados que se acercaban. Besos reales, besos solo esbozados, besos que se plantaban sonoros en la mejilla y otros que se quedaban en el aire. Muchos me preguntaron por mi padre, compusieron semblantes circunspectos y entonaron palabras de consuelo, justo un instante antes de girarse y saludar alegremente a un recién llegado. Aguardamos turno para dar el regalo, un colgante que Marta había comprado y que, si soy sincera, me pareció bastante feo. Me temo que también a Julia, aunque disimuló.

—¡Me encanta! Es precioso, pero no teníais que haberos molestado.

—¡Reina, que los cincuenta solo se cumplen una vez en la vida! —se apresuró a contestar Martita, que es un hacha en eso de soltar obviedades—. De parte de los tres: Carolina, Salva y yo.

La cumpleañera nos lo agradeció con otro beso, trámite necesario para poder abandonar nuestro colgante sobre la mesita y reiniciar el ritual, esta vez con un obsequio más pesado, perfectamente envuelto y con gran lazo. Me interesaba un rábano saber qué era, así que me alejé del corrillo pensando en los efectos curiosos que tiene el divorcio. Por ejemplo, que tus amigos asuman que han de incorporarte a sus regalos. Marta me llamó para preguntarme opinión y presupuesto, pero dando por hecho que me unía a ellos en eso del obsequio. Igual que daba por sentado que el llegar sola a una fiesta era un mal trago que debía evitarme. Al parecer, en cualquier actividad social la unidad no existe, dos es el pack mínimo indivisible. Da igual que nos manejemos solas en nuestra vida personal o laboral, en cuanto pisamos el terreno de lo social nos convertimos en esa pieza del Lego que, si no se junta con otras, no tiene ningún propósito ni sentido. Podemos criar solas a un hijo, levantar un negocio por nosotras mismas, pero necesitamos compañía para ir al teatro, o hacer una escapada en vacaciones, no sea que despertemos compasión. Autocompasión, también. Debería tener una trampilla en el cráneo para acceder a mi cerebro de vez en cuando y darle un buen baldeo con estropajo, a ver si de ese modo lo limpiaba de unas cuantas tonterías.

Estuve casi una hora saludando a unos y a otros, llegaron más invitados y el gran salón se llenó de gente; estaba también mi socio, Gerard Santcliment, que insistió en presentarme a su última conquista —joven, pelo largo, nerviosa por caerme bien—, demasiado parecida a la anterior para que yo no metiera la pata.

—Pero, Gerard, si ya la conozco —aseguré toda convencida—, me la presentaste una tarde

que vino a buscarte al despacho.

Sonrisa de desconcierto de la chica, Gerard puso los ojos en blanco, no es culpa mía si las elige que parecen clones. Por suerte, justo en ese momento hicieron acto de presencia los camareros con los primeros bocaditos, y los movimientos tectónicos que esto provocó en la concurrencia me permitieron escabullirme. Pistoletazo de salida para la incómoda gincana de siempre: aguantar la copa, coger un canapé de salmón, llevártelo a la boca, sonreír, soltar algún comentario simpático, intentar que nada se caiga, incluidas las migas que notas en la comisura de tus labios. Hacer todo eso a la vez es engorroso; el más mínimo fallo hace que el salmón tenga regusto a desastre.

—Me alegra mucho verte, Carolina —me saludó Sofía—. Hace tiempo que no vienes por el Polo, te echamos de menos.

Sofía está en la categoría de conocida, nunca hemos sido amigas, así que poco podía echarme de menos. Pero las conversaciones sociales están llenas de frases hechas, cual platos precocinados que calentamos al microondas cuando no tenemos otros más sabrosos que sacar a la mesa. Se lo agradecí con una sonrisa igual de convencional. En todo caso, esa mujer tenía razón, hacía mucho que no iba por el Club de Polo. Iría, si no fuera porque Alberto y cara-rata van a menudo, sé que almuerzan allí muchos domingos. Nada que no supiera la tal Sofía, que ahora era como una niña traviesa hurgando en el avispero con un palito, a ver si sacaba algún comentario suculento. Por ejemplo, que yo echara pestes de mi ex o soltara algún exabrupto contra la futura madre de los gemelos. Nada más lejos de mi intención, sé bien lo que no hay que hacer en reuniones como esta, así que mantuve impertérrita mi sonrisa.

—Sí, voy muy poco, tengo mucho trabajo en el despacho. Y los fines de semana intento pasar el máximo de tiempo con mi padre.

—Lo sé, alguien me dijo que está muy malito, chica, qué pena —decidió remover un poco más el palo—. Pero te veo fantástica, cariño, eres de admirar, porque a mí me pasa todo lo que a ti te está cayendo encima últimamente y, oye, créeme que me desmorono.

«Todo lo que te está cayendo encima», dijo. Mucha mala leche mezclada con fingida admiración y unas gotas de falsa compasión, bien agitado y servido frío: ese era el cóctel de la noche. Lo engullí de un trago, sin pestañear. Sí, esas fiestas son una dura gincana, y aguantar la sonrisa impertérrita sin enviar a nadie a tomar por saco es una de las pruebas más complicadas. Pero, como en el circo, siempre cabe el más difícil todavía, especialmente a partir de esa edad en que la menopausia hace su aparición. Porque mientras aguantaba la impertinencia, me dio un sofoco. Y de los gordos. Cuesta mucho aguantar una falsa sonrisa mientras sientes cómo se carbonizan todos tus órganos internos e intuyes que tu cara se está volviendo incandescente. Porque en ciertos momentos me convierto en un remedo chusco de esas zarzas bíblicas que ardían de forma espontánea: lo más parecido a mí es una barbacoa. Sentí las primeras gotas de sudor concentrándose en la nuca, era cuestión de segundos que empezaran a coger velocidad, en

descenso libre por mi espalda desnuda. Y los chorretones de sudor no son un buen accesorio para un *outfit* divino de YSL.

—Discúlpame, Sofía, pero me muero de sed, voy a buscar algo de beber.

Me fui hacia la barra, pillé por banda a uno de los camareros y le pedí una copa, lo que fuera mientras estuviera helado. Agarré el mojito que me sirvió como si me hubiera ofrecido el Santo Grial y me escabullí hacia el porche. El fresco de la noche y el hielo *frappé* de la bebida consiguieron bajarme la temperatura. Estaba bonito el jardín: Julia —o, más probablemente, una decoradora contratada por Julia— había dispuesto pequeñas estufas, parecidas a tornasolados champiñones, entre sofás y hamacas, sobre las que había dejado mantas de colores para protegernos del frío; había sembrado el césped de lamparillas, unos metros más allá estaba la piscina también iluminada, detrás la sombra de los árboles que marcaban lindes con el jardín vecino. Fuera no había nadie, ni la luna. Solo los pequeños puntitos brillantes de las estrellas, centenares, era como mirar la luz a través de un cedazo. Me tumbé en una de las hamacas, dispuesta a pasar allí la noche, tan ricamente.

—Te sugiero que te eches una de esas mantas por encima. Se agradece el fresco al salir, pero la humedad te acaba calando.

¿He dicho que no había nadie? Pues era mentira: había un hombre semioculto por una de las columnas. Dio un paso al frente y me llevé un sobresalto.

—Perdona, no quería asustarte, creí que me habías visto.

Entonces pensé que él ya estaba allí antes, pero quizá salió detrás de mí. Importa poco, en realidad. Alto, de mi quinta, primeras canas. Sin barriga, loable a estas alturas. Bien vestido, de un elegante *sport*. Más interesante que guapo. Manos grandes, cigarrillo entre los dedos.

—Me llamo José María —su voz era grave, pero no áspera— y soy poco sociable, ya lo ves.

—Carolina —me presenté—. Un animal social en horas bajas.

—Pues me alegro de que estés de bajón, es bueno ganar adeptos para la causa.

—¿Qué causa?

—La de las conversaciones tranquilas en el jardín mientras detrás de esos cristales nuestros amigos se pelean por unos centímetros de espacio vital y las últimas virutas de jamón.

Cogió una manta azul cielo, la desdobló y me cubrió con ella justo antes de sentarse en un puf junto a mi hamaca. Por supuesto, no le dije que estaba en momento sofoco y que la manta era absolutamente innecesaria.

Se apresuró a presentar sus credenciales: cincuenta y siete años, divorciado con dos hijas, asesor financiero, enamorado del Mediterráneo, feliz capitán de su pequeño velero. *Pas mal*, pensé. Era mi turno, desplegué mi mejor plumaje: cincuenta y tres años, divorciada con hija y perro, abogada, coleccionista de arte y prendada del mismo mar y de esa Costa Brava encarada al viento. Así tal cual lo dije, creo que no había sido tan cursi desde que, de adolescente, escribía ripios sobre amores no correspondidos en una libreta de Hello Kitty. Cursiladas aparte, pensé que cualquier aplicación de ligues nos habría dado un *match*. A él también debió de parecérselo,

porque sonrió. Una sonrisa franca, natural y refrescante, sin conservantes ni aditivos. Estiró el brazo hacia mí, una copa de vino blanco en su mano.

—Chin-chin.

Entrechocamos nuestras copas, no dedicamos el brindis porque Julia y sus cincuenta años nos importaban un pito y un *por nosotros*, así de primeras, estaba fuera de lugar. Me alegré de haber ido a la peluquería, me arrepentí de todo lo demás: me juré que la semana siguiente volvería al gimnasio, a la dieta, me hice cruces del tiempo que hacía que no me depilaba. Fingí ponerme cómoda, aunque en realidad fue un esfuerzo patético por parecer sexy, tumbada de costado en mi hamaca, en lo que imaginé un resultado parecido a la maja vestida con frazada azul por encima. Él seguía hablando, agradable y educado. Le pregunté por el velero —¿o sacó él el tema?— y me contó historias de navegaciones hacia Menorca con el lomo de los delfines centelleando a estribor bajo la luz de la luna. Era agradable oírle hablar, tenía el don de la palabra. Desde el salón nos llegaba el rumor de las voces, los gruesos cristales ejerciendo de sordina.

Al rato salieron algunos invitados a tomar el fresco y a fumar, se sentaron en los sofás al otro lado del porche, nos miraron con curiosidad y cuchichearon. Pude imaginarme los comentarios. Pues sí, la pareja de la esquina éramos un tipo guapo y yo, ¿qué pasa? Habría quedado mal hacerle una peineta a la concurrencia, pero al menos me di el gusto de celebrar algunas de las explicaciones de José María con unas risas más estentóreas de lo que tocaba, para que las oyeran bien. Que se fastidiaran todos, empezando por Alberto, ojalá alguien le fuera con el cuento. Porque que yo estuviera con otro tenía que fastidiarle, no podía dejarle indiferente. Ya empezaba a ser hora de que mi dado mostrara ese cinco que me permitía salir de casa y echar a correr por el tablero. Y este José María era un buen cinco, estaba segura.

Seguimos hablando, ignorando a los invitados que, en un constante goteo, iban saliendo al porche, hasta que las puertas del salón quedaron ya abiertas de par en par, la fiesta desbordaba hacia el exterior y nos fagocitaba. Deduje que ya habían proyectado el vídeo y me lo había perdido, una lástima. Dos grupos de altavoces, uno a cada lado del porche, se pusieron en marcha, la música subió unos cuantos decibelios, el *Dancing Queen* de Abba activó a la masa, *Billie Jean* la mantuvo en pie; ese DJ sabía lo que se hacía, pensé, en estas fiestas es mejor ir a los clásicos. El espacio a nuestro alrededor se estaba llenando de gente que bailaba, que reía, que vertía su copa sobre mi mantita azul cielo. José María y yo, sentados mientras charlábamos, éramos un pequeño islote en ese mar embravecido de caderas en permanente contoneo. En medio del bullicio, su voz me llegaba cada vez más cercana, su cuerpo cada vez más arqueado sobre mi hamaca, su torso se cimbreaba sobre el mío. Seguía hablando, ajeno a la fiesta, solo pendiente de mí, yo era el objeto de su deseo. Enlazaba un tema con otro, una anécdota le llevaba a la siguiente, como se enredan las cerezas en el cesto. Le escuchaba, pero solo a medias, porque mi imaginación había decidido adelantarse, hacer camino: me veía llegando con ese hombre a la próxima fiesta de cumpleaños, bailando con él en las verbenas de verano, yendo los dos a cenar un sábado cualquiera con los amigos de siempre. Nos veía bronceados, recién regresados de

algún destino exótico, saludando despreocupados a Alberto en el Club de Polo, mientras él, ajado y ojeroso, limpiaba los hocicos a los dos ratoncitos. Oía los comentarios de la gente a mi espalda y, victoriosa, sonreía, porque ya no había ningún *pobrecilla* agazapado en ellos.

Ahora el sofá del otro lado del porche lo ocupaban tres mujeres que, de pie sobre el canapé, movían brazos, caderas y pelambrera al ritmo de Gloria Gaynor, coreando cada *I Will Survive* con el puño en alto, cual juramento a sí mismas antes de proclamar a gritos que los cincuenta eran los nuevos treinta. No se lo creían ni ellas, pero reconozco que lo intentaban con ahínco y de eso debe de vivir su cirujano plástico (que deduje que era el mismo, no había más que verlas). La cara de José María estaba cada vez más cerca de la mía, su boca a escasos centímetros de mi oreja, pensé que, si quisiera, podría lamérmela, mi yugular expuesta a sus besos, y sentí una descarga eléctrica recorriendo mi cuerpo. Su voz me llegaba firme por encima del bullicio y de la música, y me hablaba solo a mí, en ese mundo paralelo del que nosotros éramos los únicos habitantes.

—... unos fondos buenísimos —me decía su voz ronca—, con un tipo de interés garantizado...

La conversación había dado un vuelco, habían desaparecido los delfines y las puestas de sol frente a la proa, ahora me hablaba de su trabajo, de unos fondos de inversión que daban un rendimiento increíble, muy por encima de la media. Me dije que eso le hacía más interesante, para una mujer deslumbrar a un triunfador siempre es más excitante. A. la inversa no suele funcionar, no me llamo a engaño, los títulos universitarios nunca han sido el principal encanto de una *trophy wife*. Pero José María no había salido corriendo cuando yo había desplegado mi plumaje de abogada de éxito, y eso merecía no solo mi agradecimiento, sino quizá también una cena, para conocernos mejor. Eso exactamente es lo que pensaba cuando vi a Marta abriéndose paso a codazos entre esa masa de cuerpos poseídos por Gloria Gaynor.

—¡Carol! ¿Dónde te has metido? Llevo rato preguntando por ti.

No le hizo ni caso a mi acompañante, cosa rarísima.

—Mira, te presento a José María.

—¿A Chema? Hija, no hace falta, le conozco perfectamente. Por cierto, majo, Patricia está dentro buscándote.

No se me pasó el tono ligeramente desdeñoso con el que Marta se dirigió a él. José María se levantó y le lanzó una mirada también despectiva. Luego se giró hacia mí y me dedicó la mejor de sus sonrisas. Pero esa vez ya no la sentí tan fresca, algún conservante llevaba encima.

—Ha sido un placer, Carolina. Luego nos vemos.

Dio tres pasos y quedó oculto tras una conga. Agarré a mi amiga del brazo, dispuesta a someterla a un tercer grado si era necesario. No lo fue, porque para sonsacarle algo a Martita basta con preguntar. Y, a menudo, ni eso.

—¿Quién es Patricia? ¿Y de qué conoces a José María?

Le chispearon los ojillos y puso esa carita suya de «te voy a contar una cosa horrible que te va a encantar».

—Reina, se nota que últimamente sales poco. Ese es el novio de Patricia San Juan, la hija del San Juan de los hoteles, pobre hombre, que parece que está que trina porque el Chema este va de rica en rica, vive del cuento, y ahora se ha camelado a su hija. Claro que Patricia nunca ha sido muy lista, ya con el primer marido se equivocó de lleno, ¿te acuerdas?, ese que se suponía que componía óperas, pero que en siete años solo le conocimos la música de un par de anuncios. Y ahora el Chema este, que vivirá de los San Juan mientras pueda. ¿Qué te contaba? Un rollo de unos fondos de inversión, ¡a que sí!

Asentí con la cabeza con desinterés, como si, efectivamente, la conversación hubiera sido un peñazo y me aburriera continuar hablando de ello. Pero Marta se vio obligada a seguir advirtiéndome.

—¡Oye, ni se te ocurra caer en la trampa! Se aprovecha de los contactos sociales de los San Juan para colocar fondos de un banco francés, o suizo, no sé, y él se saca una comisión. Y va diciendo que es asesor financiero o algo así, pero el marido de Emma me dijo que no tiene ni idea, vende esos fondos como podría vender calcetines, él hace el primer contacto y luego da tu teléfono a alguien del banco, alguien que de verdad entiende del asunto para que te expliquen el producto y te lo coloquen. Ya ves tú qué trabajo, atracar a los amigos de tu novia. En una fiesta arrinconó a Salva, se hizo el simpático, le soltó un rollo de sus travesías en velero, consiguió que le diera el teléfono para invitarle a navegar un día y luego no se sacaba a los del banco de encima, venga a llamarle, ¿te lo puedes creer? Claro, te ha visto a ti, la futura heredera de un fortunón, y no ha perdido ocasión, no le da ningún apuro. Y la tontita de Patricia va a casarse con él, este verano, en Formentera, creo. Esa chica siempre ha sido algo boba, acuérdate del vividor de su primer marido.

Suspiré, no quería volver a hablar del primer marido de Patricia San Juan. Y de su futuro marido aún menos, así que me levanté de la hamaca.

—Voy dentro, a buscar una copa.

—Ahora que acabo de salir, ¿tú quieres entrar? Vas siempre al revés del mundo, Carol, contigo no hay manera.

Me acompañó refunfuñando, me pedí un whisky. No suelo tomar, lo dejo para las grandes ocasiones, las grandes decepciones. ¿En qué momento me había convertido en una estúpida? ¿Qué clase de necesidad me había arrastrado a montarme esa fantasía absurda? Oía el parloteo de Marta, las voces de otras mujeres que se nos habían acercado, la música se me hacía estruendo, ahí dentro me ahogaba. Todos bailaban, a mí no me apetecía lo más mínimo. Aprovechando un descuido de Martita me escabullí de nuevo hacia el porche. Mi manta azul cielo estaba abandonada, hecha un gurruño, sobre la hamaca vacía. Me deslicé hacia el jardín, me aventuré más allá de la piscina y de los primeros árboles, allí donde ya no había lamparillas encendidas moteando el césped. Vista desde el porche, yo no podía ser más que una sombra. Ellos, en cambio, brillaban bajo los halógenos, junto a las velas. Desde mi oscuridad veía refulgir sus joyas, sus lentejuelas, el blanco nacarado de sus risas. Yo había sido una de ellos, en ese panal

había ejercido de abeja reina, pero ahora rehuía su compañía. Durante años, las pupilas de los demás habían sido los espejos en los que me había contemplado para saber quién era yo, mi imagen devuelta desde mil ángulos distintos, siempre cubierta por un sutil, vaporoso velo de admiración y envidia. Ya no. Ahora tenía la sensación de que esos mismos ojos me devolvían la imagen de una figura deformada, grotesca, como si me mirara en los espejos de una atracción de feria.

En venganza, entorné los ojos para contemplarlos. Al instante, ellos también se desdibujaron, como si estuvieran bajo el agua y yo los mirara desde la superficie. El porche de Julia convertido en mar, un mar en el que bailaban tiburones y hermosas sirenas, como esas que antaño entonaban bellos cantos para conseguir que los marineros se lanzaran tras de ellas y se ahogaran. Seres despiadados las sirenas, que pensaban solo en su divertimento, en su ventura, perversidad envuelta en belleza. Como mi madre, una sirena andando sobre el frío mármol del tanatorio. Un papel que cayó al suelo, una propuesta para encontrarse en lo alto del funicular de Montjuïc, ese fue su canto, sabía que Gabriel no dudaría en echarse al agua. ¿Qué pretendía, qué buscaba? Si ya estaba casada con papá, ¿por qué no dejó que Gabriel siguiera su travesía, sin causar más daño que el recuerdo hermoso de quienes siempre supimos que no nos estaban destinados?

Supongo que debía de estar muy borracha para torturarme con esta sarta de estupideces.

Me sacó de mis cavilaciones el chapoteo sordo de algo que había caído al agua. Era una botella de cava, imagino que estaba abandonada en el suelo, alguien le dio una patada y la hizo rodar hasta la piscina. Estaba vacía y quedó flotando; parecía un animal solitario con su largo cuello fuera, luchando por no ahogarse. Me dio pena, no quería que naufragara. Seguí sus vaivenes, hasta que estuvo lo bastante cerca del borde. La superficie de teca crujió bajo mis tacones cuando me aproximé. La agarré suavemente por el cuello y la deposité sobre el césped.

—Carolina, ¿se puede saber qué haces de rodillas por una botella? Como si no hubiera muchas más ahí dentro.

Era Gerard Santcliment. Me tendía la mano para ayudarme a levantar. Siempre me tiende la mano para levantarme. Ni rastro de su acompañante, como fuera que se llamara. Le enseñé la botella, tenía que justificarme.

—No podía permitir que se ahogara, se parece demasiado a mí.

—Veamos. —Fingió mirar la botella con detenimiento—. Hermosa, clásica, cuello esbelto, un interior delicioso y chispeante. Edición limitada, la que se descorcha en las grandes ocasiones. Pues sí, Carol, tienes razón, sois clavadas.

Quiso ser amable, pero yo no estaba de humor.

—Yo me refería a que está vacía, se hundía y no le importaba a nadie.

—Uy, uy..., anda, deja a tu hermana gemela en el suelo, que te acompaño a casa.

Me asió del brazo y tiró de mí, me obligó a levantarme; la piscina se tambaleó a mis pies, como si quisiera engullirme, pero clavé mis finos tacones en el césped, me enraicé en el suelo por unos instantes, los justos para que el jardín dejara de balancearse.

—Oye, ¿dónde has dejado a tu novia? Por cierto, ¿cuántos años tiene?

—Treinta y seis, creo. Y no es mi novia, es una amiga.

Treinta y seis. Como Minnie Mouse. *Tu quoque, fili mei?*

—¿Y puedo saber qué es lo que te gusta de ella?

—Que no me hace preguntas para las que no tengo respuesta. Anda, vamos.

Y echamos a andar hacia el porche, hacia esa masa de cuerpos danzantes. A medida que nos aproximábamos fueron recobrando sus formas, sus nombres. Así, de cerca, individualizados, impresionaban menos, unos cuantos eran incluso ridículos en sus movimientos sincopados; el alcohol —y quizá algo más— empezaba a hacer estragos, y los movimientos ya no se acompasaban con la música, sino con un ritmo interior furioso, más propio de un *haka* maorí que de cincuentones del *upper* Diagonal. Y yo respiré hondo, sonreí, me solté de la mano de Gerard. Podía andar sola, era terreno conocido, nadie sabe moverse por él mejor que yo. Me abrí paso entre ellos, me llamaron desde varios corrillos, que dónde me había metido todo este rato. Me dejé llevar, me reí, me mostré feliz... Si no era verdad, podía aparentarlo, soy una maestra en eso.

—Te he vuelto a perder, ¿se puede saber dónde te escondes?

Marta bailaba a mi lado, en la cabeza lucía un sombrero que no llevaba cuando llegamos a la fiesta. Tenía la sonrisa de estar pasándoselo bien. Bien de verdad.

—Estaba por ahí, hablando con unos y con otros.

Martita dio por buena la respuesta, se divertía demasiado para preocuparse por mí. El DJ atacó con una canción de cuando éramos niñas, *I Love to Love* de Tina Charles. Marta soltó un grito, me cogió del brazo zarandeándome con fuerza.

—¿Te acuerdas? ¿Cómo era?

De pequeñas —teníamos nueve o diez u once años— pasábamos las tardes de verano creando coreografías, queríamos ser cantantes, bailarinas o cualquier cosa que supusiera subirnos a un escenario y ser famosas. Esa canción nos encantaba. Conseguí que papá me regalara la casete, la poníamos decenas de veces, sin descanso, lo que tardábamos en rebobinar, y ensayábamos: un brazo arriba, el otro en la cadera...

—¡Sí, era así! Ahora una vuelta.

Y allí, en mitad de ese porche reconvertido en pista de baile, Martita y yo, cantando a voz en grito el estribillo de esa vieja canción —*I love to love, but my baby just loves to dance*—, empezamos a movernos al ritmo de un baile que habíamos inventado siendo unas niñas, cuando todo era fácil. Cuando la vida nos parecía poco más que una larga coreografía, sin más complejidad que enlazar con algo de gracia todos los pasos.

# CAPÍTULO 23

Hay despertares horrendos y los hay peores. El mío al día siguiente, domingo, no se lo deseo a nadie. Ni a mi peor enemigo, aún resultará que en el fondo soy una mujer compasiva.

Me duché. No desayuné, era incapaz de tragar nada, solo de pensar en un café se me revolvía el estómago. Me vestí. Confío en que me peiné. Seguro que no me maquillé, la ventaja de los domingos es que puedo lucir ojeras y mala cara sin que a nadie le importe. En realidad, nada de lo que hago los domingos le importa un pito a nadie, salvo a papá y a Pepita, que esperan mi visita. Le puse la comida al perro, pero para eso tuve que agacharme y me mareé un poco. Ariana se había ido a esquiar, así que ni siquiera tenía la opción de pasar el rato discutiendo con ella. A falta de distracciones, decidí leer el periódico con todos sus suplementos, esto era entretenimiento para un par de horas. A los diez minutos concluí que era incapaz de leer nada. Me calcé unas zapatillas deportivas, me puse un chaquetón, metí cartera, llaves y móvil en el primer bolso que encontré a mano, y salí a la calle.

La calle, qué mala idea: los domingos mi barrio se llena de críos con patinetes, angelitos cuajados de lazos y punto de abeja —«¡ay, qué cuquis!», exclamaría Marta al verlos— y padres que hacen tan buena pareja que jurarías que no discuten ni a puerta cerrada. También hay perros, todo Damas, ningún Vagabundo. Pensé en Gabriel, pobre, tanto querer explicarme su historia y resulta que se ha escrito ya un millón de veces, incluso en versión perruna. Pensando en perros, caí en la cuenta de que me había olvidado a Rocco en casa, culpa suya por no venirme detrás moviendo la cola, este bicho no puede pretender que yo esté a todo. Choqué con un cochecito, me atropelló un triciclo, una familia ataviada con mascarilla me miró mal porque estornudé tres veces, cosas de la alergia. Aún no había recorrido dos manzanas y ya tenía claro que, en mi estado y con mi ánimo, andar por las aceras esquivando al personal sin encararme con nadie se me iba a hacer muy cuesta arriba. Así que decidí ir cuesta abajo: me metí en el ferrocarril, en dirección al centro. Tenía unas cuantas estaciones para apearme, pude elegir cualquiera, pero no me decidí por ninguna, pura pereza. Hasta que no tuve más remedio que salir del vagón: plaza Catalunya, final de trayecto. Un lugar nada motivante un domingo por la mañana, solo tiendas cerradas, palomas y unos cuantos turistas inmortalizándose para Instagram. Visto el panorama, decidí acercarme al mar, aunque solo fuera para contemplar un horizonte que no acabara en la acera de enfrente. Podía andar por las Ramblas hasta Colón y el Port Vell, o seguir bajo tierra y tomar el metro. Hacía años que no lo cogía, se supone que la gente de mi barrio no lo utilizamos jamás, para eso tenemos los ferrocarriles catalanes, que son lo mismo pero son otra cosa.

Consulté el mapa de líneas, intenté hacerme una idea de dónde estaba cada estación. Y entonces lo vi, por casualidad, juro que no lo busqué: L3, la línea verde, estación de Paral·lel. Y de ella salía un enlace, una minúscula raya. El funicular de Montjuïc.

A la porra el mar, lo tenía muy visto. Pero nunca me había subido a ese funicular y hacía tiempo que no iba a Montjuïc, me pareció un buen cambio de planes. Al menos haría algo distinto, quizá incluso encontraría alguna exposición interesante en la Fundación Miró. Esa fue la excusa. Tonta, sí, pero como era solo para mí tampoco necesitaba disimular más. Dicho y hecho, al cabo de menos de quince minutos estaba en un andén esperando el funicular.

Y, claro, una vez allí, ¿cómo evitarlo? ¿Cómo no imaginarme a mamá aguardando en ese mismo andén en el que ahora, cincuenta y cinco años después, esperaba yo? Bueno, exactamente el mismo no, era evidente que esa estación la habían remodelado recientemente, el propio funicular olía a nuevo, como los coches cuando los sacas del concesionario. Todo reluciente, ni un grafiti, como si la alcaldesa hubiera cortado la cinta inaugural unas pocas horas antes. Fue una pequeña decepción, porque una tiene una idea romántica de los trenes cremallera que se encaraman por las montañas. Una tiende a lo novelesco y a lo sensiblero cuando piensa en el reencuentro de un amor de juventud. En cambio, esa estación y ese funicular me recordaron a uno de esos trenes subterráneos que unen las distintas terminales de un aeropuerto. En la escala de lugares románticos, oscila entre el cero y la nada absoluta.

Dejé que un grupo de turistas, holandeses, creo, tomara el primer vagón. Una pareja de japoneses —o coreanos, a saber— se instaló en el segundo. Yo me quedé en el tercero y último. Sola. Apoyada en el cristal del fondo, me entretuve viendo cómo nos alejábamos de la estación, la imagen de los raíles que quedaban atrás, el otro convoy que, tras cruzarse con el mío, se perdía túnel abajo. El trayecto fue corto, no sé si llegó a los cinco minutos. Arriba, la estación lucía igual de impoluta. «Maldita sea, para una vez que renuevan algo y tenía que ser precisamente este funicular», gruñí por lo bajo, con mi expresión de ciudadana contribuyente permanentemente insatisfecha. No había ni rastro de mi madre allí, era imposible imaginármela en ese lugar. Una pena.

Dejé que salieran los turistas, los niños holandeses echaron a correr como si les hubieran abierto la puerta de una jaula, los adultos detrás, más pendientes del mapa que de sus cachorros. La pareja de japoneses también se apresuró a bajarse. Les di unos cuantos segundos de ventaja y me apeé. Subí un tramo de escalera, luego otro. Arriba había un pequeño vestíbulo, con los torniquetes de entrada y las máquinas expendedoras de billetes. Había también una fila de sillas, desocupadas salvo por una, en la que estaba sentado un hombre que leía un libro. Levantó la cabeza para contemplar a los que salíamos, como si esperara a alguien. Pensé que quizá así, con un libro en la mano, había esperado Gabriel a mi madre, en ese mismo sitio, aquella tarde. Y esta vez sí pude imaginármelo. Y sin ningún esfuerzo, porque el hombre sentado con el libro en la mano era Gabriel.

—Ya veo que no eres de las que madrugan. Si llego a saberlo, no habría venido tan temprano.

¡La madre que lo parió!

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Me estás siguiendo?

Vale, era evidente que no me seguía porque él estaba allí antes que yo. Pero eso daba igual, creí que merecía una explicación. Él, en cambio, decidió que no.

—Tienes mala cara —fue toda su respuesta—, no parece que hayas dormido mucho.

—Ni mucho ni poco, duermo lo que me da la gana —mentí desafiante.

—Suerte que tienes, a partir de cierta edad nadie duerme lo que quiere. Yo, por ejemplo, hoy me he despertado temprano, y he pensado que quizá querrías tener un guía para recorrer el camino que hicimos con tu madre. Ya que has venido, mejor si te lo cuento sobre el terreno, ¿no?

Bien, este era el resumen de la situación: había empezado a visitar a Gabriel para conocerle, para saber cómo funcionaba su cerebro y poder manipularle, sonsacarle información y acusarle. Y dos semanas después seguía sin saber qué le pasaba por la cabeza, mientras él me tenía de lo más calada. Él era un lector avezado y yo, por lo visto, un libro abierto. He tenido fracasos en mi vida, pero este era de los estrepitosos.

—¿Y si no llego a venir?

—Pues me habría vuelto a casa a la hora de comer y santas pascuas. En realidad, si estoy aquí es porque tampoco tengo mucho más que hacer. Y porque no había vuelto a subir desde aquella tarde de 1964, y ayer, al recordarlo, pensé que ya tocaba. —Se me quedó mirando, y añadió con sorna—: Apuesto a que jamás habías cogido antes este funicular, los que vivís cobijados por el Tibidabo no os acercáis mucho por aquí. Supongo que por eso precisamente Elena eligió este lugar.

Debería haber salido en defensa propia y de mis vecinos: sí que venimos a Montjuïc de vez en cuando, para eso están las exposiciones en la Fundación Miró o el Teatre Lliure o los espectáculos del Grec, una delicia en las noches de verano, pero desistí, qué más daba lo que él pensara.

—¿Aquí os encontrasteis?

—No, a Elena la esperé en el andén. Y ese día no estaba así de vacío, porque tu madre tuvo la mala idea de citarme a las cinco de la tarde.

—¿Y?

—Pues que hay un colegio aquí al lado, la Escuela del Bosque, creo que se llama, y justo salían a esa hora. La estación se llenó de críos, al parecer el funicular era su transporte escolar.

Me pareció bonito el nombre del colegio, la Escuela del Bosque, podía haber sido una academia para elfos, la pizarra colgando de una seta. Pero no, los alumnos eran niños que gritaban y jugaban a correr, se daban pescozones. Las niñas, más formalitas, guardaban algo de compostura. Unas cuantas, reunidas en corrillo, lanzaron miradas furtivas a Gabriel, entre cuchicheos. Él, sonriendo, les brindó una reverencia, saludo que algunas recibieron con risas y un inocente sonrojo, pero otras quizá malinterpretaron porque le dieron la espalda con toda intención. Justo entonces el primer vagón del funicular asomó por el túnel. La revolución, todos

querían entrar los primeros para sentarse, empujones nada más abrirse las puertas, los pocos pasajeros que llegaban se las vieron y se las desearon para salir. Del último vagón se bajó mamá, abriéndose paso en medio del tropel de críos y carteras, divertida. Algunas de las chicas mayores se dieron la vuelta para mirarla, se demoraron en el andén para seguirla con la vista, hasta que el pitido anunció el cierre de puertas.

—Estaba muy guapa, como siempre. Llevaba un vestido con estampado de florecitas, y una sencilla rebeca por encima. Yo, como las niñas, me habría girado a mirarla si me la hubiera cruzado por la calle. Sonreía, yo también, pero estábamos tensos, no sabíamos bien qué decirnos. Ni siquiera me atreví a darle un beso en la mejilla, en realidad no sabía por qué demonios me había hecho subir hasta aquí.

Ya en la calle, la conversación desgranó temas banales, que si un cómo estás, que si tienes buen aspecto, se ve que la vida te trata bien. El sol brillaba y apetecía el paseo, aunque Gabriel, viendo la rigidez de ambos, sospechó que no irían muy lejos.

—Mira —me dijo cuando salimos a la calle señalando un espacio ajardinado frente a la salida del funicular—, justo aquí había un asentamiento de barracas.

Debí de poner cara de extrañeza, porque se arrancó en explicaciones; según él, en los años cincuenta las chabolas fueron el principal desarrollo inmobiliario en Montjuïc, había asentamientos por todos lados, extensiones de barracas construidas con chapas, uralita y cartones.

—¡Si me llegan a decir que algún día se celebrarían aquí unos Juegos Olímpicos, me habría muerto de la risa! Pero este asentamiento era pequeño, unas cuantas casas, por llamarlas así. Tres o cuatro niños, sucios y mal vestidos, salieron a nuestro encuentro, la mano extendida, nos pedían reales. Elena se paró, rebuscó en su monedero y les dio una peseta a cada uno, dudo que nadie se la hubiera dado jamás. Abrieron unos ojos como platos y salieron corriendo, gritando: «¡Peseta, peseta!». Al poco rato oímos unos gritos a nuestra espalda. Eran unos chicuelos, los hermanos mayores, supongo, que venían reclamando su peseta. Les hice un gesto para que nos dejaran en paz y no les gustó. Los gritos cambiaron de tono, alguno nos amenazó con el puño. Y mira, quizá no tenían más de trece o catorce años, pero eran unos cuantos y tenían cara de mala hostia. Nos separaban unos cien metros, no más...

—¿Y qué hicisteis?

—¡Echar a correr! Agarré a tu madre de la mano, la pobre iba con zapatos de tacón, pero debía de estar asustada porque corrió tanto como yo. Los oímos detrás de nosotros durante un trecho, luego pararon y nos dejaron marchar. Estábamos ya cerca de Miramar, que entonces eran los estudios de televisión, y había gente y algunos policías, esos chavales sabían cuál era la línea que no debían traspasar. Pero nosotros seguimos corriendo hasta la misma entrada del teleférico.

—No está mal, una buena carrera, para correr hasta allí había que estar en forma.

Lo dije pensando en mi madre, aunque Gabriel se lo tomó como un piropo.

—Sí, entonces lo estaba. No como ahora, que ya no puedo correr ni para coger el autobús.

Tanto da, ni huyo de nadie ni tengo prisa por llegar a ninguna parte.

Así que recorrimos el mismo camino, solo que a paso lento. Me contó que el problema era de la cadera, desgastada por los años, y que estaba en lista de espera para que le pusieran una prótesis.

—A Quim le operaron hace un par de años —me informó—, y le dejaron como nuevo.

—Por cierto —al oír su nombre, una idea me vino a la cabeza—, ayer al final no me contó nada de esa aventura suya con una mujer casada.

—Eso ya te lo contaré yo cuando llegue el momento. Es un buen amigo y no quiso hacerme un... ¿Cómo lo llamáis ahora a chafar los finales de las películas?

—*Spoiler*.

—Eso.

Cuando mi madre y Gabriel llegaron a la entrada del teleférico, sudorosos y jadeantes por la carrera, les entró la risa. Una de esas risas que son como la lluvia de primavera sobre la nieve: el mejor método de deshielo.

—¿Tienes un par de horas? —le preguntó Gabriel.

Mamá asintió, le dijo que los miércoles papá nunca cenaba en casa. Y es verdad, hasta hace pocos años mantuvo esta costumbre. Ella, claro, no podía cenar fuera sin su marido, pero al menos ese día no tenía que estar esperándole cuando regresara del trabajo, a las horas a las que él volvía ella dormía hacía rato.

Gabriel se acercó a la taquilla y compró dos billetes del teleférico, solo ida.

—Deja, ya pago yo —le dije sacando mi cartera.

—¡Y dale! Elena dijo lo mismo. Mira que sois pesadas las mujeres Ribé con eso de no dejaros invitar.

Me sorprendió el comentario, casi no me reconocí en él porque apenas uso mi segundo apellido, hasta ahora no sentía que tuviera sentido utilizarlo, quizá porque es difícil que las raíces crezcan en el vacío. Aunque dudaba que yo fuera una «mujer Ribé», porque no tenía nada que ver con mamá ni con tía Clara. Subimos a la gran cabina del teleférico, no fui capaz de dilucidar si era la misma de entonces. Traqueteó, se puso en marcha, se deslizó y quedó colgada en el vacío, balanceándose sobre el Port Vell. En la cabina iban más personas, así que Gabriel y yo nos colocamos en un rincón. Desde allí arriba se veía toda Barcelona a un lado, el mar al otro. Gabriel miraba por el cristal, sus ojos no parecían buscar ningún edificio en especial, solo vagaban sobre la urbe. Aproveché para contemplarle, vi las arrugas de su cara, el cansancio en sus ojos. Quise imaginármelo joven, a los veintipico años que tendría cuando subió a ese teleférico con mamá. Y le vi, aunque no a él, sino a alguien parecido a él, sus facciones en otro rostro, un rostro conocido, pero del que solo veía un esbozo, incapaz de identificarlo, como si intentara reconocer a una figura que avanzara hacia mí entre una densa bruma. Gabriel, ajeno a la fijeza con que le contemplaba, miraba ahora las piscinas del Club Natación Barceloneta, que, vistas desde lo alto, parecían de juguete. Habían sido los baños de San Sebastián, donde él y sus

amigos venían a nadar los domingos de verano, en el viejo tranvía decorado con banderolas. El teleférico dio un par de sacudidas antes de detenerse.

—¿Bajasteis? —le pregunté.

Asintió.

—Pues vamos.

Abajo nos esperaba una muchedumbre haciendo *footing*, paseando, patinando, vestida con trajes de neopreno y acarreando tablas de surf. Gente por todos lados. Estábamos a pocos metros de la arena. Al final había cumplido mi plan inicial, tenía el mar ante mí.

—Apuesto a que entonces no encontrasteis todo este gentío —dije esquivando un rickshaw cargado con dos turistas nórdicas, una estampa muy autóctona.

—Hasta donde recuerdo, no nos cruzamos con nadie. Y lo que había entonces ya no existe.

Los chiringuitos de la Barceloneta, eso es lo que ya no existe. Restaurantes de paella, pescadito y sangría, uno junto al otro, las mesas sobre la arena, sus camareros en la puerta mostrando el género y cantando el menú, sus gritos entreverándose con el canto de los gitanos que se acercaban desde el vecino Somorrostro, guitarra en mano, y rondaban por las mesas, podías elegir canción a cambio de una propina. También había que pagarles algo a los chavalines que te cuidaban el coche; si no, corrías el riesgo de que al acabar la cena te hubieran birlado las ruedas o el vehículo entero. Retazos de la Barcelona más auténtica, que los turistas se perdieron porque, cuando llegaron de la mano de ese extraño perro que se llamaba Coby, todo esto ya había desaparecido. Ahora las calles de la Barceloneta acaban en ese paseo marítimo construido donde antes estaban los viejos chiringuitos, sustituidos por ordenadas terrazas y *beach clubs* en los que sirven Aperol spritz, mojito, caipiriña y daiquiris de distintos sabores.

Gabriel y yo buscamos acomodo, difícil porque la gente estaba tomando ya posiciones para el aperitivo. Al final conseguimos mesa en una terraza decorada con tablas de surf y carteles con forma de flecha que indicaban la distancia que nos separaba de lugares tan remotos como Hawái o Bali. Un porrón de kilómetros, no sé de qué podía servirnos esta información, más útil habría sido señalar Sitges o Llavaneras, que están más a mano. Un camarero joven, con camiseta, bermudas y pinta de hablar mejor el ucraniano que el español, nos tendió la carta, pero no le echamos ni un vistazo. Gabriel pidió una caña y yo un zumo de tomate. No un bloody mary, recalqué. Ni bravas, ni guacamole, ni siquiera un poke. El camarero se fue pensando que era domingo al mediodía y estaba desperdiciando una mesa.

—¿No te gusta la cerveza? —me preguntó Gabriel cuando me sirvieron el tomate.

—Sí, pero ahora no me apetece.

Mamá sí pidió cerveza, el camarero les dejó las dos cañas y un platito de aceitunas sobre el floreado hule de la mesa, sus colores desteñidos por los años y el sol.

—¿Desde cuándo bebes cerveza, Elena? —le preguntó Gabriel.

—Pues ¡desde hoy! ¿Sabes que nunca había venido hasta aquí? Yo me moría de ganas, pero Ricard no quiere traerme, dice que no es lugar para nosotros.

Se sacó la rebeca, dejó los brazos desnudos al sol. Luego se quitó los zapatos y las medias, hundió los pies en la arena. Se recostó en la silla, los ojos cerrados, su cuerpo expuesto a la tibieza de la tarde. Respiraba hondo, como si quisiera llenar sus pulmones de calidez y de brea. Hablaron de todo y de nada, sin entrar en temas personales, ninguno de los dos se atrevía. Hasta que mamá le preguntó si tenía novia. Al recordarlo, a Gabriel se le puso cara de haber sido pillado en falta.

—Le dije que no tenía pareja. Aunque bueno...

—Bueno ¿qué?

—Nada serio, pero estaba Tere.

—¿La chica de Platja d'Aro?

Sí, esa Tere. Se la había encontrado una noche en el San Carlos Club, porque la muchacha pasaba los inviernos en Barcelona trabajando en la recepción de un hotel, estudiando idiomas, aprendiendo el negocio.

—Un encanto, me alegré mucho de volver a verla. Y más en el San Carlos, que allí todos me conocían, la primera noche ya le presenté a los Sírex, emocionadísima que estaba. Tere era la alegría personificada, todo parecía deslumbrarle, parecía una niña mirando las luces de Navidad. Incluso a mí me miraba así.

Pero Gabriel no quiso hablarle a mamá de Tere; al fin y al cabo, no era más que una buena amiga. Para evitar que siguiera preguntando, se lanzó él a pedir información. Y ella no se anduvo por las ramas: la vida de casada la aburría, se asfixiaba. Se veía obligada a pasar buena parte del tiempo con la abuela Amelia, que había asumido la responsabilidad de formar a la joven nuera para sucederla en sus numerosas obligaciones sociales. Odiaba a su suegra, pero tenía que acompañarla a las reuniones de la parroquia, a las actividades de las distintas asociaciones benéficas, a tomar café y pastas en casa de otras señoras igual de aburridas e invitarlas luego a casa en justa correspondencia, un suplicio. Nada de ir sola a ningún lado, si no estaba con su suegra estaba con Sita y alguna otra amiga, de las pocas que su familia política aceptaba, pero esos ratos no daban más que para salir al cine, de compras o a tomar un refresco al Salón Rosa. Lo de ir a la universidad ni siquiera se atrevía a plantearlo. ¿Cómo hacerlo, si incluso la lectura estaba cuestionada? Solo libros expresamente aprobados por el obispado. Y nada de autores extranjeros, porque se corría el peligro de que fueran judíos, masones, homosexuales o comunistas, o las cuatro cosas a la vez, si es que tanta depravación era posible. De vez en cuando mamá conseguía hacerse con algún libro «peligroso», pero tenía que esconderlo. Fue entonces cuando recordó cómo le enviaban los libros desde Francia a tía Clara y le copió el escondrijo.

—Las noveluchas románticas atontan a las mujeres —sentenciaba mi abuela, sin dar opción a réplica—, y los otros géneros literarios pueden confundirnos, porque el cerebro femenino no está preparado para la lectura, eso es cosa de hombres, lo nuestro son otros quehaceres.

Esos otros quehaceres, al parecer, eran la caridad y los actos benéficos, el tenis, las recepciones, la dirección del servicio doméstico y, sobre todo, tener hijos y encargarse de su

educación. Mamá admitió que ella no daba la talla en ninguna de estas actividades.

—Pero ¿tienes hijos? —preguntó Gabriel.

El semblante de mamá se ensombreció, su cara perdió la luz, como si el sol se hubiera escondido tras una nube. Dos años casada y aún no se había quedado embarazada. Mi abuela Amelia la miraba con reproche, no era para pasarse las tardes leyendo que su hijo le puso un anillo en el dedo. También los demás cuchicheaban, muy mona la muchacha, pero a ver si saldría defectuosa, menudo chasco. La misma Sita, que se casó un año después, ya tenía un hijo, ella sí estaba cumpliendo con su parte del acuerdo. Y los Planadevall necesitaban también su *hereu*, era lo mínimo que debía darles a cambio. Los ojos de mamá se humedecieron, hundió con rabia sus pies descalzos en la negruzca arena.

—Creo que la culpa de que no tengamos hijos es mía, porque no amo a Ricard lo suficiente.

Cuando Gabriel recordó esta frase, yo salté como un muelle.

—¡No dijo esto, es mentira!

Gabriel no se alteró por mi grito, se limitó a tomar un trago de su cerveza.

—Mi padre adoraba a mi madre, no ha dejado nunca de quererla —insistí, como si eso la obligara a ella a quererle.

Sé que es cierto, papá la amaba mucho, por eso jamás ha rehecho su vida, aun cuando nada se lo impedía ni nadie se lo habría reprochado. Y si eliminó todos los recuerdos y rastros de mi madre de forma sistemática e implacable no fue por odio ni por venganza, simplemente fue la única solución que papá encontró para sobrevivir.

Gabriel dejó el vaso de cerveza en la mesa. Cuando habló, me dio la sensación de que medía sus palabras aún más que de costumbre.

—¿La adoraba, dices? Yo creo que más bien la exhibía, que es distinto. La trataba como algo de su propiedad, como a uno de sus coches de lujo, o el último cuadro añadido a su colección. Y Elena callada, chitón, que Ricard era de bofetón rápido. La primera vez fue por una tontería, un vestido para la ópera, creo; luego le cogió el gusto, la pobre vivía atemorizada y...

—¡Mi padre jamás pegó a mi madre! —interrumpí, me temblaba la voz—. No sigas por ahí, porque no voy a permitirlo.

Papá fue un esposo ejemplar, igual que ha sido un padre perfecto, estoy segura de ello. Porque hay cosas que una sabe aunque no las haya visto. Hay cosas que una sabe aunque entonces no hubiera nacido siquiera. Hay cosas que una sabe que han de ser así, y punto. Gabriel clavó en mí su mirada. Aún me costaba mucho mantenérsela, esos ojos suyos me obligaban a batirme en retirada, pero esa vez se trataba de defender a papá, así que hice un esfuerzo y mantuve los míos firmes. Más de treinta segundos en silencio mirándonos desafiantes. Una eternidad.

—Hablando de mi padre, me voy a almorzar con él —dije al fin, levantándome.

Dejé un billete de veinte euros sobre la mesa y me fui, confié en que fuera suficiente para cubrir la cuenta, aunque en estas terrazas una nunca sabe. Gabriel vino detrás, en silencio, hasta que llegamos a Juan de Borbón. Había una parada de taxis, varios esperando pasaje, me acerqué

al primero y entré decidida, sin hacer siquiera amago de despedirme. Pero Gabriel me sujetó la puerta. Como se la había sujetado a mamá, que desde el interior del coche le decía adiós.

—Oye, Elena, déjame que te invite a comer un día.

Ella no lo pensó dos veces.

—Claro, ¿el próximo miércoles?

—¡Hecho!

—Pero ¿dónde?

En la Casa del Drapaire, tú dile esto al taxista. Y ella asintió. Sonrió. Yo, rabiosa, di un tirón a la puerta del taxi, casi le pillo la mano a Gabriel.

# CAPÍTULO 24

Era verdad que iba a comer a casa de papá. Le dije a Pepita que iría sola porque Ariana no regresaba de Andorra hasta la noche. Aprovechaba su ausencia, porque a mi hija no le gusta ir a visitar a su abuelo, dice que le angustia verle así, tan enfermo y cadavérico, que es la imagen de la muerte, que solo le falta la guadaña. Eso es cierto, pero también lo es que a ella nunca le ha gustado ir a casa de mi padre, ni siquiera cuando de pequeña, para entretenerla, le decía que era una princesa y le abría la puerta del gran comedor de recibir, con su larga mesa y sus lámparas de lágrimas y los cuadros y las porcelanas. Creo que, ya de niña, mi hija veía ahí solo polvo y tristeza, escombros del derrumbe, ni rastro de la felicidad rosa chicle que yo intentaba venderle. Para estas cosas, Ariana es más intuitiva que yo. Mucho más.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar, mamá?

Su voz, interpelándome, sonaba en mi cabeza, pesada y constante, como el badajo de una vieja campana tocando a muertos. Mi hija solo había visto a Gabriel un par de veces y sabía que esa era la pregunta. Yo llevaba casi dos semanas hablando cada día con él, y aún no sabía la respuesta. No sabía hasta dónde quería llegar. Hasta la verdad, había respondido yo. Y entonces otra voz, la de Gabriel, se mezclaba con la de Ariana y aseguraba que la verdad yo ya la sabía, aunque no quisiera reconocerlo. Ya que no podía taparme los oídos para no oírlos, saqué el móvil del bolso y marqué el número mágico, la muleta de siempre cuando siento que me tiemblan las piernas.

—Estoy de camino —dije cuando Pepita contestó—. ¿Todo bien?

Todo igual, me dijo. O sea, igual de mal, pero no peor, al menos con mi padre me esforzaba por ver la botella medio llena.

—No creo que el señor se levante de la cama para almorzar.

—Pues le haré compañía mientras come, y luego almorzaré yo. ¿Podemos comer juntas por una vez en la vida?

—Ya sabe que no, señorita.

Jamás ha accedido a comer conmigo, ni de pequeña, ni siquiera en el *office* de la cocina, en sus dominios. Yo almuerzo, ella me trae los platos; yo soy la señorita, ella es el servicio, y se niega a degradarme de rango con su presencia en la mesa. Suspiré resignada.

—¿Qué hay de comer?

—Canelones.

Adiós al régimen.

—Gracias, Pepita, no sabes cómo te adoro.

Antes, el almuerzo en casa de mi padre formaba parte del ritual del domingo, íbamos siempre los tres —Alberto, Ariana y yo— si no estábamos esquiando o en S'Agaró. Llevábamos el pastel, un massini, que es el favorito de papá y de Ariana. Es lo único en que coinciden abuelo y nieta, en el postre. Pensé que era raro que a Ariana, tan parecida a mamá, no le haya dado por las lionesas. En estas últimas semanas no he ido a comer a casa de mi padre, ¿para qué, si él no tenía ánimos ni para sentarse en la mesa? Y aún hace más tiempo que no llevo el massini. Voy eliminando pequeñas rutinas, pérdidas poco significativas, sufro minúsculos duelos, para que así, cuando el final llegue, no se acumule todo de golpe y no pueda soportarlo. Aunque, bueno, un día es un día.

—Perdone —le dije al taxista—, pero he cambiado de idea.

Estábamos aún subiendo por Roger de Llúria. Le hice girar por Provença y me apeé en la esquina con la rambla de Catalunya. La pastelería Mauri, un clásico. Aquí había comprado Gabriel las lionesas, aquí me traía Pepita a merendar y pedía que nos sentaran en esa mesa junto a la ventana. Cuando llegué, estaba ocupada por dos mujeres, posiblemente madre e hija. Podíamos haber sido mamá y yo tomándonos un pequeño aperitivo. Podíamos haber hecho muchas cosas mamá y yo, pero no hicimos ninguna. Pensar en todo lo que habría podido ser y no ha sido es una tarea titánica, inabarcable y agotadora, lo sé por experiencia.

—¿Quién va?

La voz de la dependienta me sacó de mis cavilaciones. Me apresuré a levantar la mano, no se me fuera a colar la abuela que tenía a mi lado. Siempre tengo la sensación de que las abuelas se me cuelan.

—¿Tienen massinis pequeños?

No, el más pequeño daba al menos para ocho porciones, pero me lo llevé igualmente, así Pepita tendría merienda para varios días. Le gustan los dulces, cuando le di el paquete se le iluminaron los ojos.

—¡Gracias, señorita, qué detalle!

Me di cuenta de que Pepita, encerrada en esa casa cuidando a papá, llevaba mucho tiempo sin tener alegrías, ni siquiera tan simples como un pastelito. O quizá el brillo de sus ojos radicaba, simplemente, en que por un momento todo volvía a ser como antaño. Me sentí responsable, le hacía poco caso, pobrecita. La abracé y le di un beso.

—Al final, el señor ha querido levantarse un rato, está en la biblioteca.

Le encontré sentado en su sillón preferido, el orejero de cuero viejo, cuarteado de tantas horas que ha pasado en él. Pijama y batín, una manta de viaje sobre las rodillas, zapatillas. Estos también eran detalles que ponían magnitud a la tragedia. Porque papá era de esos hombres que no se mudan de ropa cuando llegan a casa, nada de sacarse la corbata, nada de ponerse cómodo, a lo sumo se cambiaba la americana del impecable traje por una chaqueta más ligera, de punto. Jamás permitió que yo anduviera por casa en chándal.

—Pero, papá —protestaba yo—, si nadie me ve.

—¿Nadie? —se encolerizaba—. Te veo yo, te ve el servicio y, sobre todo, te ves tú, ¿o es que en esta casa no hay espejos?

Ese mediodía me recibió con las manos temblorosas y la cara tan demacrada como ya era habitual. Aun así, hizo un ímprobo esfuerzo por sonreír.

—Hola, cariño.

—Hola, papá.

Le abracé con fuerza, le besé ambas mejillas, necesitaba sentir el contacto con su cuerpo. Por suerte Pepita le había puesto colonia, conseguía ahogar un poco ese olor a enfermedad y a medicinas que desprendía su aliento y su piel. Hablamos un rato, o, mejor dicho, hablé yo, porque a él, que fue conversador imparable, orador brillante, ahora hasta los monosílabos le cansaban. Papá ya solo escuchaba y asentía. Todas las instrucciones sobre lo que he de hacer tras su muerte las había dispuesto hacía tiempo, porque este maldito cáncer no ha dado tregua, pero sí ha dado tiempo para dejarlo todo arreglado y bien atado. Solo faltaban las relativas a su entierro, pero ninguno de los dos nos atrevíamos a sacar el tema, ambos preferíamos pensar que todavía podíamos postergar esa conversación. Solo Pepita, siempre tan práctica, me había pedido que le comprara el traje de la mortaja. No lo había hecho aún.

Mientras yo le ofrecía conversación a papá, Pepita entró con una bandeja con dos platos: caldo de fideos y una pequeña rodaja de merluza hervida con media patata. Conseguir que de cada uno se comiera la mitad fue ardua tarea, pero lo logramos. De postre sacamos el pastel, le cortamos un pedacito pequeño y se lo comió entero, me prometió que más tarde repetiría. Pepita me miró contenta. Entendí que cuando estaba ella sola todo era más complicado, quizá porque papá estaba acostumbrado a dar órdenes al personal de servicio, no a que este le pusiera la merluza en la boca y le obligara a tragarla. Luego pidió volver a la cama, la enfermera le ayudó a acostarse mientras Pepita y yo desfilamos hacia el *office*, junto a la cocina. Efectivamente, en el horno estaba la bandeja de canelones, la bechamel en su punto, como todo lo que preparaba Pepita. A guisar le enseñó Matilde, una prima segunda de su madre, que durante años fue la cocinera de mi abuela Amelia; fue Matilde quien la hizo venir del pueblo cuando mi madre, embarazada, pensó que necesitaría más servicio. A mamá esa chiquilla asustada le cayó en gracia. Se quedó para siempre, mi vida no habría sido la misma sin ella en casa. Por ejemplo, en ese momento estaría comiendo algo ligero, que es lo que me pedían estómago y resaca, y no un plato de canelones. Aun así, reconozco que son probablemente los mejores canelones de toda Barcelona.

—Están riquísimos, Pepita.

Me preguntó por Ariana, se preocupa por la niña, aunque entre ellas no hay química. Pepita considera que mi hija es una malcriada, que su conducta y su aspecto no son propios de una joven de nuestra posición social. A veces me parece que ya solo Pepita cree y defiende las clases sociales, justo ella, que ha pasado toda su vida trabajando, sin reconocimientos ni títulos ni

despachos, precisamente ella, que tendría que acaudillar la sublevación. A menudo chasquea la lengua reprobadoramente en cuanto Ariana entra por la puerta y le ve las pintas; y mi hija, a su vez, sabe hacerla rabiar. Por ejemplo, alabando la comida de Verena —que cocina ceviche, tatakis, woks, muffins y brownies— en lugar de apreciar sus canelones.

—Ariana está en Andorra esquiando con unos amigos. Por cierto, menudo susto me dio el otro día.

Le conté lo del accidente de moto, y Pepita, como hace siempre en estos casos, cogió la pequeña cruz que llevaba colgada al cuello y la besó mientras levantaba los ojos al cielo.

—Dígale a la niña que venga a ver a su abuelo, que dentro de poco ya no podrá. Y a él le gustaría.

Tampoco es fácil la relación entre mi hija y mi padre. Él nunca ha sido el abuelo cómplice, como lo fue para mí el yayo Manel. Cierto es que tampoco se ha entrometido en su educación ni ha criticado abiertamente su aspecto, como habría hecho la abuela Amelia. Simplemente, papá ha mantenido una actitud distante con Ariana; no al principio, algo cambió durante la adolescencia. Primero lo achaqué al carácter de mi hija, fue una *teenager* respondona y provocadora —lo es aún—, y consiguió que papá perdiera los estribos más de una vez durante los veranos en S'Agaró. Pero ahora pienso que también debió de ser entonces, en la adolescencia, cuando Ariana empezó a parecerse a mamá. A ser una réplica casi exacta de esa muchacha que se bañaba en la Conca. Eso explicaría también el distanciamiento de papá, el dolor que le producía el reconocer en su nieta las facciones de la mujer que le abandonó, la mujer a quien se ha pasado la vida queriendo olvidar. Y explicaría también esas largas miradas que papá le dirigía, cargadas de ternura y melancolía, cuando Ariana, exhausta de tanto mar y de tanto baño, se quedaba dormida bajo el sol de la tarde en una tumbona junto a la piscina.

—No ha podido escaparse porque andaba muy liada con sus estudios, ha estado de exámenes —la defendí, sin mucho énfasis—. A ver si esta próxima semana venimos juntas un día.

Pepita cortó dos buenos pedazos del massini, aun así quedó más de la mitad.

—Eso, usted dígale a la niña que tenemos este pastel que tanto le gusta, a ver si con eso la convence.

Contemplé cómo Pepita, de pie, se comía la tarta, carita de niña traviesa, los ojillos relucientes, y crucé los dedos para que hubiera una buena pastelería en su pueblo, al que tenía previsto volver en breve, cuando papá falleciera. No habíamos vuelto a hablar de Gabriel y por un momento estuve tentada de contárselo todo, necesitaba compartirlo con alguien, quizá así se aflojaría ese nudo corredero que me atenazaba la garganta desde hacía días. Pero no, decidí no hacerlo. Era lo mejor, sobre todo para ella. Si me guardaba el secreto, Pepita sentiría que traicionaba a mi padre. Si se lo contaba a papá, me traicionaría a mí.

No obstante, las palabras de Gabriel, esa acusación de malos tratos, seguía martilleándome el cerebro. Y, de tanto amartillar, estaba consiguiendo crear un pequeño agujero en mi convicción, como esa gota constante que, con los siglos, termina agujereando la roca sobre la que cae. En mi

caso no habían pasado siglos, ni días, apenas unas pocas horas, pero las palabras de Gabriel ya me desasosegaban. Pepita podía eliminar esa duda, pero no podía preguntárselo así, a bocajarro. Aunque si me lo hacía venir bien, como quien no quiere la cosa... Cogí la cuchara y me llevé el último trozo de tarta a la boca.

—Qué rico este pastel. Papá aseguraba que debe su nombre a Angelo Masini, el *tenor angelical*, le llamaban. Lo contaba cada domingo cuando sacábamos el postre a la mesa, ¿te acuerdas? Seguro que es cierto, papá entiende de ópera. Fue culpa mía que dejara el palco, pero es que yo me aburría mortalmente, y al Liceo solo, sin compañía, no le gustaba ir. Pero con mamá sí que iba, ¿verdad?

Como era habitual, la simple mención a mi madre provocó en Pepita un súbito mutismo. Yo proseguí, como si nada.

—Seguro que iban, porque un día Sita me dijo que, una noche de estreno, papá y mamá tuvieron una trifulca por culpa de un vestido. ¿Tú te acuerdas de eso?

A sus setenta y dos años, Pepita tiene ya una memoria frágil para lo que ocurre en el mundo, pero no olvida nada, ni el menor detalle, de lo que ha sucedido dentro de esta casa. Aun así, negó con la cabeza. Sin especial convicción, porque miente fatal.

—¿Le apetece un café, señorita?

Me limité a asentir, no iba a permitir que me cambiara el tema. Decidí pasar a la coacción.

—Como tengo que ir un día a casa de los Guasch, aprovecharé para preguntarle a Sita, seguro que ella sabe qué pasó exactamente esa noche.

—¡Cómo va a saberlo, si no estaba! —saltó inocente; al momento intentó arreglarlo, aunque ya era tarde—. Déjelo correr, que fue una tontería, señorita.

Presionó con ímpetu el botón de la Nespresso, durante unos segundos el ruido de la cafetera llenó la cocina. Cuando me sirvió la taza, cogí a Pepita por la muñeca y la obligué a sentarse a mi lado.

—Anda, cuéntamelo. Ya sabes cómo es Sita de Guasch. Si no lo sabe, se lo inventará. Y si lo sabe, lo exagerará y lo dramatizará. Así que me fío mucho más de tu versión.

Aceptó la silla, ya podía sentarse a la mesa porque yo había acabado de almorzar, lo que quedaba del massini estaba ya de vuelta a la nevera.

—Son historias antiguas, señorita, ¿qué más da?

Daba, y mucho. Y Sita había estado en nuestra casa demasiadas veces para que Pepita —que no sé si escucha detrás de las puertas, pero lo oye todo— no intuyera el peligro que suponía dejar la historia a merced de su lengua viperina. Suspiró. Antes de empezar a hablar se quitó el delantal, siempre lo hace cuando va a decir algo que no debería salir de boca de un miembro del servicio.

—La señora Elena, junto con la señora Guasch y alguna otra amiga, habían ido al cine, al estreno de una película de la Hepburn.

—¿Katherine?

—No, la otra Hepburn.

Audrey Hepburn, la actriz a la que tanto se parecía mamá. La película era *Desayuno con diamantes*. Volvió entusiasmada, no dejó de hablar del film durante toda la cena, incluso le dijo a Pepita que fuera a verla, que no se lo perdiera. Y ella, obediente, al cine se fue el primer día que libró.

—Y qué quiere que le diga, una decepción, porque resultó que la chica esa que interpretaba la Hepburn era, ya me entiende, era... ¡una casquivana, señorita, eso es lo que era! Ya me dirá, mostrar tanto entusiasmo por una tarambana como esa no era correcto, por muy mona y simpática y elegante y protagonista que fuera.

Yo discrepaba, claro, pero la cuestión era otra.

—¿Y eso qué tiene que ver con el Liceo?

—Pues que los señores iban al estreno de *Madama Butterfly*, que hacía días que se hablaba de ello, porque habían corrido rumores de idilio entre los dos protagonistas.

—¿Entre Pinkerton y Cio-Cio-San? —bromeé.

—No, a esos no los conozco, yo me refería al tenor aquel y a la Caballé.

Noviembre de 1963, mis padres acababan de celebrar su primer año de bodas. Toda la alta burguesía catalana se preparaba para el gran estreno en el Liceo de *Madama Butterfly*, uno de los acontecimientos de la temporada operística. Aunque tampoco habría sido para tanto la expectación de no ser por los chismorreos que corrían por la platea, por los anfiteatros e incluso por algunos periódicos, que se hacían eco del rumor: Bernabé Martí, el conocido tenor que actuaba a menudo en el escenario barcelonés, estaba enamorado. Y no de cualquiera, sino de una joven y prometedora soprano catalana, llamada Montserrat Caballé, que iba a interpretar a la Butterfly. Se decía que él bebía los vientos por ella, que la historia de amor continuaba cuando se apagaban los focos. Todos querían ir a escudriñar a la cortejada, todos estaban seguros de que sabrían si ese beso al final del primer acto era solo teatro o era real.

—El señor estaba en la biblioteca, muy elegante con su esmoquin, el chófer esperaba abajo. La señora me llamó para que la ayudara con la cremallera, y fue entrar en la habitación y saber que íbamos a tener problemas.

—¿Por qué?

—¡El vestido, señorita, el vestido!

Que no era el que le habían confeccionado a medida y que Pepita le había planchado esa misma tarde, un vestido largo de satén verde, hecho ex profeso para lucir el collar de esmeraldas que le había regalado papá por su primer aniversario de bodas. En su lugar, mamá le pidió que le subiera la cremallera de un sencillo vestido negro, largo, el único que pudo salvar de la maleta que se trajo de Lyon. En lugar de las esmeraldas, un collar de perlas de doble vuelta. Como Holly Golightly en *Desayuno con diamantes*.

—Igualita que esa desvergonzada, señorita, que no me lo podía creer. Guapa estaba la señora, eso sí...

Y mamá se fue hacia la biblioteca satisfecha, creyéndose la más elegante. Y puede que lo fuera, pero no era lo que papá esperaba. Pepita, que aún estaba en el dormitorio poniendo orden, oyó los gritos. Primero de papá, luego de mamá.

—Que la señora le gritó al señor, encima, como si no hubiera provocado ya bastante con el vestido, que yo no daba crédito. Imagínese, señorita, que el señor le pidió que se vistiera como Dios manda, y ella le contestó que qué iba a mandar Dios, si de moda no entendía.

Y entones oyó un ruido seco, de algo cayendo al suelo. Papá la llamó, y Pepita entró en la biblioteca atemorizada; encontró a mi madre sobre la alfombra, la mano en la mejilla, los ojos llenos de lágrimas.

—Anda, Pepita, ayúdala a vestirse, y rápido, que por culpa de esta tonta aún llegaremos tarde.

Y ella ayudó a mamá a levantarse primero, a cambiar el vestido negro por el de satén verde después, y le puso las esmeraldas al cuello. Por último, la ayudó a secarse las lágrimas, a retocarse el maquillaje. Los vio marcharse en silencio, deprisa, porque iban justos de tiempo y aún tenían que recoger de camino a Sita y a su marido.

—Mucho mejor con ese vestido verde, que era divino. Y las esmeraldas, qué preciosidad, que el señor se las había regalado para que las luciera en el Liceo, ¿para qué, si no?

Pero yo ya no escuchaba, me daban igual el vestido y las joyas, por mí como si iba en harapos. He dicho antes que hay ciertas cosas que una sabe aunque no las haya visto. Tuve que rectificar: hay cosas que una creía saber, y resulta que se equivocaba.

—¿Le pegaba a menudo?

Me tembló la voz al preguntarlo. Pepita se levantó de la silla, recogió mi taza de café y, en silencio, se la llevó al fregadero.

—¡Va, dímelo!

Se volvió hacia mí, tenía la cara encendida.

—El señor ha sido siempre un hombre recto, y es lógico que haya querido que aquellos que estábamos a su alrededor también lo fuéramos. Ella, en cambio, era extraña, no era como doña Amelia, ni como las señoras de las casas donde servían mis amigas. Y eso al señor le dolía, y con razón. Y un hombre dolido no siempre puede contenerse, señorita.

Iba a protestar, a salir en defensa de mamá, en contra de mi padre. Nunca pensé que lo haría, pero estuve a punto. Si no lo hice fue porque Pepita, cosa rara, me interrumpió, en un tono que no admitía réplica.

—Y por desgracia el tiempo demostró que el señor tenía razón. Ojalá hubiera sido aún más estricto con ella, ojalá la hubiera atado más en corto. Quizá así nada de lo que pasó después habría sucedido. Que lo que esa mujer les hizo al señor y a usted, señorita, no tiene perdón de Dios.

—Dios quizá no, pero yo la habría perdonado si hubiera vuelto.

—Pues se habría equivocado, porque no lo merecía.

No quise seguir esa conversación, así que fui a despedirme de papá, que dormitaba en su

cama. La enfermera le había administrado un poco de morfina para paliar los dolores, y eso siempre le amodorraba. El dormitorio de mi padre es grande, sus muebles de caoba son oscuros, recios. También una de sus paredes está toda forrada de madera, sobre ella un solitario punto de color en la estancia: una marina, el único cuadro de la casa que no es de un pintor reconocido. Aun así, es uno de mis preferidos, lástima de ese grueso marco que lo estrangula, a menudo me gustaría arrancárselo, quizá así la luz de ese sol reflejado en el agua se desparramaría por todo el cuarto y dejaría de ser un dormitorio triste. Lo ha sido desde que mis padres se casaron, pero no recuerdo que papá haya querido cambiarlo jamás. Y ahora, en ese escenario tan grande y sombrío, su cuerpo se veía aún más consumido, perdido en esa cama, reclamando casi que le acomodaran en un estrecho ataúd. Me acerqué a él. Así, con los ojos cerrados, era ya la viva imagen de su propio cadáver. Tenía los brazos sobre la colcha; sin poder evitarlo le miré las manos, la piel amarillenta y reseca, como si las tuviera envueltas en pergamino. Esas manos jamás me habían pegado. Nunca. Y habría puesto las mías en el fuego por que eran incapaces de hacerlo. Que Gabriel mentía. Que mamá jamás tuvo nada que recriminarnos. La caja de Nivea seguía en el cajón de la mesita, pero esa tarde no me vi capaz. Me pregunté cuánto tarda el ser humano en asimilar la verdad.

—Me voy, Pepita, pasaré mañana cuando salga del despacho.

Se lo dije desde el quicio de la puerta de la cocina, ni siquiera entré. Pero ella se secó rauda las manos en un trapo y vino tras de mí por el pasillo.

—No se enfade con el señor, eran otros tiempos, esas cosas pasaban —me suplicó angustiada —. Y, sobre todo, no le diga nada, con lo poquito que le queda, que se marche tranquilo y en paz.

No respondí; las dejé ahí, en el descansillo, a ella y a su angustia por mantener a la familia unida, esa familia que no era la suya. O quizá ya sí, ya no tenía otra. Sé que se sentía culpable por haberme contado lo que debería haber callado. Y algo de razón tenía, porque solo con que ella lo hubiera negado, si hubiera sido su palabra contra la de Gabriel, papá habría quedado a salvo.

Escapé escaleras abajo, la mano agarrada a ese pasamanos por el que de pequeña me deslizaba a horcajadas, para desespero de Pepita y enfado de la abuela Amelia. Y de repente la madera del pasamanos me pareció muy vieja y gastada. Y aquellos tiempos, muy lejanos.

# CAPÍTULO 25

Salí de casa de papá con lágrimas en los ojos, no pude evitarlo. Tonta de mí, no había cogido gafas de sol y ahora no tenía cristales oscuros tras los que ocultarlas. Bajé la vista y emprendí la marcha, anduve rápido, como si me fuera la vida en llegar a casa. Y era verdad que en aquel momento sentía que me iba la vida en entrar en mi piso y cerrar la puerta. De un portazo. Y lo di, pero no sirvió de nada.

«¿Hasta dónde quieres llegar?»

Ya no era la voz de mi hija, sino la mía la que lo preguntaba incansable. Mi voz, sí, pero nerviosa, tensa, asustada, casi irreconocible. Era la mía porque no podía ser de nadie más, estaba sola en casa. Lo primero que hice fue encender todas las luces. Me había metido en un túnel lleno de sombras, y las necesitaba.

Me tumbé en el sofá. Rocco se puso a mi vera, supongo que llevaba tanto rato sin ver a nadie que consideró que hasta yo era buena compañía. Busqué alguna serie, alguna película que me entretuviera. Pero cuando intentas olvidarte de los problemas, mantener el móvil encendido y a mano es un error garrafal. El móvil es el moderno caballo de Troya, la forma más tonta de que se te cuele el enemigo en casa. Estuve a punto de no contestar, pero al final, vista la insistencia, claudiqué.

—¡Hola, Carolina, cariño! —La voz de Sita me saludó entusiasmada desde el otro lado de la línea, o de las ondas, o de lo que demonios nos conecte ahora—. No te quiero molestar, solo quería saber cómo está tu padre.

Le pasé el parte médico, lo más corto y sucinto que pude. Me ofreció las frases de rigor, qué pena este sufrimiento, qué pérdida tan grande para todos iba a ser su ausencia...

—Cualquier novedad te aviso —intenté cortarla.

—Espera, ya que te tengo al teléfono, quería preguntarte si hay novedades con eso del detective, como llevas dos días sin llamarme he pensado que quizá ya no necesitas más mi ayuda.

Me la imaginé cruzando los dedos, aguantando la respiración. No quise decirle que estaba asustada y enfadada, aún menos que me estaba planteando enviarlo todo al carajo.

—Por supuesto que todavía necesito tu ayuda —la tranquilicé—, pero hoy es domingo, los detectives también descansan.

—¡Hija, menos mal! Pensaba que habías tirado la toalla. Y eso nunca, Carolina, no hasta que hayamos logrado nuestro objetivo. Vamos a conseguir que ese hombre pague por lo que le hizo a

Elena. Allí donde la policía no pudo demostrar nada, tú, yo y tu detective vamos a triunfar. Estoy releyendo todos los libros de Agatha Christie, ya verás cómo de ahí sacaremos alguna idea.

Las palabras de Sita actuaron como un cubo de agua helada en la cara de un borracho: reaccioné, recobré el sentido. Esa mujer estaba en lo cierto. Bueno, quizá no en lo de Agatha Christie, pero sí en todo lo demás. Teníamos un objetivo y eso era lo único importante, toda la inmundicia que pudiera surgir por el camino eran daños colaterales sobre los que ahora, tantos años después, ya no valía la pena echar culpas ni pasar cuentas. Me lo había dicho Gabriel el primer día: no debía juzgarlos. A ninguno de ellos, tampoco a papá, no podía ser más severa con él que con los demás. Para poder juzgarlos a todos tenía que llegar al final. Y el final no era otro que el que Sita acababa de recordarme: averiguar qué le sucedió a mamá ese día de octubre de 1984, no había otro objetivo ni otra verdad que importara, por mucho que él, Gabriel, me lanzara cortinas de humo. Seguro que frente al tablero de ajedrez era un buen estratega, porque conmigo estaba jugando magistralmente su partida: había plantado frente a mí una barrera de peones que movía a su antojo y que me desviaban de mi propósito, el jaque al rey. Porque ni su animadversión por papá, ni su juvenil historia de amor con mamá, ni siquiera que mi padre la maltratara tenían nada que ver con la desaparición de ella quince años después de su marcha. En 1984, todo eso era ya pasado. La desaparición de mi madre solo tenía que ver con su entorno en aquel momento, y ese entorno era Gabriel, con su rabia y con sus celos y su no saber perder. Su no saber perderla. Sita tenía razón, ahora no podía dejarlo, me había metido en un túnel oscuro al que se le había taponado la entrada, imposible recular. Las únicas opciones eran pararme y quedarme encerrada y entre tinieblas para siempre, o seguir adelante hasta encontrar la salida. Hasta descubrir qué le había sucedido a mamá. Hasta entender cómo ese hombre había podido vivir con esa culpa desde entonces. Y conseguir que pagara por su crimen los años que le quedaban.

—Lo haremos, Sita, y cuento contigo porque somos un equipo —le dije de corazón, imitando lo que me imaginé era la voz de un jefe boy scout.

Iba a colgar, Sita ya se estaba despidiendo, cosa rara, pero no pude evitar hacerle la pregunta:

—Chafardeando por internet, he encontrado un artículo sobre Montserrat Caballé, y menciona el estreno de *Madama Butterfly* en Barcelona. Apuesto a que tú, que estás siempre en todos los saraos importantes, estuviste esa noche en el Liceo.

—¡Por supuesto! —Se lanzó en picado a dar explicaciones, podía imaginarme sus pulseras bailando animosamente en sus muñecas—: Y mira qué casualidad, justamente tus padres nos invitaron al palco, porque en el de mis suegros ya no cabíamos. Embarazada que estaba, era el primero y me encontraba fatal, pero no iba a perdérmelo por nada, que todos hablaban de ese supuesto idilio, que entonces el famoso era él, Bernabé Martí se llamaba, y a mí me gustaba mucho. Corrían rumores de romance con la Caballé, una desconocida entonces, e iban a cantar juntos, ¡*Madama Butterfly* nada menos! Y chica, esa noche en el estreno estaba todo el mundo —sonreí: to-do-el-mun-do, había dicho, el mismo énfasis que pone su hija Marta—, y más

excitados de lo normal, te lo digo yo que a estrenos he ido a unos cuantos. Salvo tu madre, que era especialista en llevar la contraria y esa noche estaba seria y tensa, como triste, no sé qué le ocurría, ya estaba así cuando vinieron a recogernos en coche con el chófer, con mucho retraso, algo impensable en tu padre, que me acuerdo porque me dio mucha rabia.

A Sita le dio rabia el retraso porque las noches de estreno en las Ramblas se formaba un atasco tremendo de vehículos, y con las prisas tuvieron que apearse antes y bajar corriendo entre los coches estacionados, con sus vestidos largos y sus tacones, una lástima, con lo bonito que era apearse en la misma puerta, en la alfombra roja de los estrenos, mientras esa gente que soñaba con entrar una noche en el Liceo esperaba en la otra acera para admirar los vestidos y las joyas, los esmóquines y los coches, sueños cumplidos en vidas ajenas. Y las modistas, que estaban allí para ver los trajes y hacer luego copias más sencillas para sus clientas.

—Lástima que yo esa noche no pude lucir mucho, porque tenía ya una buena barriga, pero tu madre estaba elegantísima con un vestido largo de satén verde, a juego con ese collar de esmeraldas impresionante que tu padre le regaló por su primer aniversario de bodas. Precioso, era precioso, cuando lo vi me quedé boquiabierta, más bonito de lo que Elena me había contado. «Qué maravilla», le dije, y ella ni mu, y tu padre se echó a reír, pero con esa risa forzada que ya veías que mucha gracia no le hacía, y dijo que a Elena no le gustaba porque no se lo quería poner, que había tenido que pedírselo de rodillas. Y bien que hizo Ricard en arrodillarse, porque esa noche todos los escotes refulgían, pero el de tu madre el que más.

Arrodillarse no fue exactamente lo que hizo papá para convencerla, pero me abstuve de aclarárselo. Seguramente Sita ya lo intuía, ninguna mujer está triste porque su marido le haya pedido de rodillas que se ponga una preciosa gargantilla.

—Llegamos que ya había sonado el segundo timbre, tan justos que tu padre y Enrique no tuvieron tiempo ni de sentarse, que fue llegar al palco y ya se apagaron las luces y se marcharon.

—¿Se marcharon? ¿Adónde?

Al bar del Círculo del Liceo. Ellos dos y unos cuantos caballeros más de los palcos del anfiteatro y del primer piso, un mutis en el mismo instante en que el público aplaudía la entrada del director de orquesta. Cuando sonaron las primeras notas, estaban ya camino del Círculo, al que se accedía —se accede aún— desde el teatro por una discreta puerta que un puñado de hombres —solo los varones podían entonces ser socios de ese club selecto— se apresuraban a cruzar. Así transcurrió el primer acto: el norteamericano Pinkerton y la japonesa Cio-Cio-San aquejados de amor sobre el escenario, también el tenor y la soprano entre bambalinas; puros y copas de coñac en el bar del Círculo, hasta que un ujier los avisó tocando la campanilla: diez minutos para que acabara el primer acto, había que ir enfilando hacia sus respectivos palcos, ya seguirían hablando después del entreacto. Papá y Enrique entraron sigilosamente, justo a tiempo de contemplar el beso final, el momento esperado, que si entre Pinkerton y Cio-Cio-San habría durado unos segundos, entre Bernabé Martí y la Caballé fue largo, larguísimo, para satisfacción del público, que aplaudió a rabiar. Minutos más tarde, en el Salón de los Espejos, el ya

confirmado romance acaparaba todos los comentarios, pero muchas miradas, con envidia mal disimulada, se dirigían a mamá y a ese collar de esmeraldas que papá lucía orgulloso del brazo, en la otra mano una copa de champán. Saludos, intercambio de cortesías, qué alegría encontrarlos, dé recuerdos a sus señores padres. Cuando sonó el primer timbre, el Salón de los Espejos empezó a vaciarse. Papá y Enrique acompañaron a mamá y a Sita al palco, y, galantes, les apartaron las sillas para que se sentaran. Enrique le dio un beso a Sita, quien, binóculos en mano, esperaba impaciente a que la función se reanudara. Papá quiso hacer el mismo gesto, pero mi madre apartó la cara. Los labios de él, rechazados, se movieron hacia el oído de ella.

—Ni se te ocurra volver a hacerme esto en público, ¿lo has entendido bien?

No debió de decirlo muy bajo porque Sita lo oyó perfectamente, aunque disimuló. Un instante después se apagaron las luces del teatro y los dos hombres volvieron a salir sigilosamente, lo mismo hicieron en el tercer acto, aunque regresaron a tiempo para los aplausos finales, una ovación memorable, de esas que convierten una función en una velada para la historia.

—Ya no hay noches como esas, ni en el Liceo ni en ninguna parte —se dolió Sita, a modo de resumen—, se ha perdido la elegancia. Antes, a la menor ocasión las mujeres nos vestíamos de largo y nos poníamos nuestras mejores joyas, pero ahora parece que eso está incluso mal visto. Mi hija dice que arreglarse demasiado es una vulgaridad, ya me dirás tú qué estupidez. Si no somos elegantes nosotros, ¿quién lo va a ser?

Pensé que algo de razón tenía. Cuando yo era pequeña, eran muchas las noches que mi padre salía vestido de esmoquin, pero ni Alberto ni ninguno de mis amigos lo usa nunca. Nuestra generación ha boicoteado con saña las costumbres de nuestros padres, de nuestros abuelos. Nada extraño, lo hacen todas las generaciones, supongo, pero después de haber derrocado esas costumbres no hemos sabido establecer nuevos símbolos que nos distingan como clase social, que nos identifiquen de puertas afuera. El resultado es que ya nadie nos mira, ahora son otros los que marcan las tendencias que todos quieren imitar. Incluso nosotros.

—Te prometo, Sita, que yo me pondría la gargantilla de esmeraldas incluso con chándal y para ir al supermercado si la tuviera —bromeé.

—¿Si la tuvieras? ¿No te la ha dado tu padre?

—¿No se la llevó mi madre?

Se dio cuenta demasiado tarde de que había metido la pata. Papá jamás me ha dado una joya de mi madre. De hecho, nunca me ha dado nada de ella, ni siquiera una mención, ni un recuerdo.

—Qué raro —titubeó Sita—, porque un día Ricard me dijo que Elena se marchó casi con lo puesto, ni una joya cogió, salvo esa medallita que ella llevaba siempre colgada al cuello, con tu nombre y la fecha de tu nacimiento grabados en el reverso. Se la regaló tu padre cuando tú naciste, y no se la quitaba nunca, era la única joya que le gustaba lucir.

Me alegré de que estuviéramos hablando por teléfono, así Sita no pudo ver cómo se me humedecían los ojos. A menudo son esos pequeños detalles los que más nos emocionan. La conversación languideció, Sita se dio cuenta de que no atendía a sus chismorreos y se despidió.

Casi no le dije adiós, solo pensaba en que si mamá de verdad me quería, aún tenía menos sentido que se hubiera marchado. Cuanto más sabía de esta historia, menos la entendía. Quizá por eso decidí centrarme en una pregunta mucho más mundana y menos dolorosa: ¿qué había sido de las joyas de mi madre? Habría tenido sentido llevárselas consigo para irlas vendiendo y tener con qué sobrevivir. Pero no, Sita aseguraba que las había dejado atrás, como todo lo demás de valor —el matrimonio, la hija, el hogar— que mi padre le había ofrecido. Tampoco podía imaginarme a papá entrando en una joyería para tasarlas y venderlas, menudo papelón, ya dio bastante que hablar todo el asunto, solo faltaba que por el Liceo apareciera otra con el collar de esmeraldas comprado de segunda mano. Entonces, ¿dónde estaban las joyas? Miré el reloj: eran las seis, media tarde de domingo por delante, y no tenía otra cosa que hacer que investigarlo.

—¿Aún estás aquí? —me preguntó papá cuando me vio aparecer de nuevo en su dormitorio —. Creía que te habías ido hace rato.

—Y me he ido, pero he vuelto porque te echaba de menos. Y, además, quiero hacerte una pregunta.

Pepita entró detrás de mí, tras nuestra conversación de ese mediodía intuía que mi regreso no podía traer nada bueno. Lanzó una mirada a la enfermera que claramente la invitaba a largarse, esperó a que saliera y cerró la puerta del dormitorio con nosotros tres dentro, ella siempre pendiente de que los extraños no tengan acceso a nuestros trapos sucios. Le agradecí el esfuerzo, aunque a mí, a estas alturas, ya me daba un poco igual. Mi padre se limitó a mirarme inexpresivo, aunque sabía que lo que venía a continuación, fuera lo que fuera, era importante. No iba yo a volver por una bagatela.

—Escucha, papá, me ha llamado Sita de Guasch. Hemos estado hablando de muchas cosas, ya la conoces, una vez que arranca no hay quien la pare. Recordando acontecimientos del pasado, me ha hablado del famoso estreno de *Madama Butterfly* con Montserrat Caballé.

Papá asintió, dejando claro que se acordaba, expectante por saber adónde nos llevaba todo aquello. A mi espalda oí cómo Pepita se me acercaba nerviosa.

—Déjelo, señorita, me lo ha prometido —suplicó en un susurro, convencida de que iba a echarle en cara a papá el bofetón.

—Tranquila, Pepita, es otra cosa.

—¿Qué cuchicheáis? —Mi padre intentaba incorporarse para oírnos, le obligué a recostarse otra vez sobre las dos almohadas.

—Nada, papá. Verás, Sita me ha contado que esa noche mamá lució una gargantilla de esmeraldas maravillosa, que le habías regalado tú y que acaparó tantas miradas como la propia Caballé. La pobre estaba convencida de que la tenía yo, me ha preguntado incluso si me la ponía, porque al parecer mamá no se la llevó. Ni ese collar ni ninguna otra joya. Si las vendiste o las regalaste, no tengo nada que objetar, pero si aún las conservas, me da miedo que estén tan bien guardadas que el día que tú no estés se pierdan porque yo no sea capaz de encontrarlas.

—No he tirado ni he vendido nada. Pepita tiene instrucciones de dártelo todo cuando yo no

esté, las joyas y lo demás.

—¿Lo demás? ¿Estás diciendo que tienes cosas de mi madre escondidas en esta casa? Quiero verlas. Y no cuando te mueras, ¡quiero verlas ahora!

Quizá me pasé con el tono duro de mi voz. Si a papá le dolió, no lo dijo. Se tomó un tiempo en pensar la respuesta.

—Supongo que tampoco pasa nada si lo adelantamos unos pocos días —accedió al fin.

—Pero, señor... —intentó protestar Pepita.

—Dale la llave, anda.

Supe que papá había acatado mi orden solo porque no se sentía con fuerzas para imponerse, que yo acababa de aprovecharme de su debilidad, pero callé, no reculé. El fin justificaba los medios. Pepita, a regañadientes, se acercó a la mesita de noche y del cajón sacó una llave. Era una llave grande, demasiado para ser de un joyero. Con ella en la mano, se dirigió al otro extremo de la habitación, a la pared forrada de madera en la que colgaba la marina encerrada dentro de su grueso marco. Oí un ligero chasquido justo antes de que la mitad de ese gran panel de madera se deslizara suavemente y quedara escondida tras la otra mitad, dejando al descubierto una puerta. Pepita puso la llave en el cerrojo, pero no abrió, se limitó a dejarla puesta y a retirarse, cediéndome el sitio.

Me sentí una idiota, tenía que haberlo adivinado. Abajo, en el que fue el piso de mis abuelos, el dormitorio principal está flanqueado por dos zonas de baño con vestidor, simétricas, una a cada lado de la habitación, una para cada cónyuge. En todos estos años, jamás, ni una sola vez, me había preguntado por qué el dormitorio de papá tenía un baño y un vestidor a un lado, mientras que enfrente solo había esa extraña pared forrada de madera.

Me acerqué a la puerta. La llave giró con suavidad, estaba perfectamente engrasada. También la puerta se abrió sin un chirrido. Con un simple paso, entré en lo que fue el espacio privado de mi madre.

Vestidos, chaquetas, abrigos de piel, zapatos, bolsos, sombrereras..., todo perfectamente ordenado, ni rastro de polvo, como si mamá se vistiera cada día con ellos. En el armario del fondo colgaban los vestidos de fiesta, largos, preciosos, reconocí el vestido de satén verde que lució esa noche del Liceo. Todas las perchas estaban acolchadas y forradas de raso blanco. En una esquina, cubierto con un guardapolvo de tela, estaba su vestido de novia, con tanto apresto que parecía recién almidonado. Ni el vestidor ni los armarios olían a naftalina o a alcanfor, sino a lavanda fresca, gracias a pequeños saquitos de tela cerrados con lazos de satén rosa, distribuidos por armarios y cajones. Sobre el tocador había una orquídea, viva, florida. En el baño anexo, las sales esperaban a que alguien llenara la bañera, un albornoz blanco colgaba de la percha y un juego de toallas —que yo jamás había visto, con las iniciales de mis padres bordadas en elegantes letras doradas— esperaba a que alguien quisiera secarse con ellas. Aquí se entraba periódicamente, se ventilaba, se limpiaba, se regaba la orquídea. Pepita se había encargado de que el vestidor de mamá se mantuviera durante cincuenta años exactamente como ella lo dejó.

Igual, pero tapiado. No sé qué me pareció más terrible, si ese esmero por conservar el vestidor en perfecto estado o el esfuerzo que habían hecho para ocultármelo. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Me senté frente al tocador, contemplé mi imagen en ese espejo en el que se reflejó mamá durante seis años. Nunca me había sentido tan cerca de ella como allí. Pensé que quizá alguna vez, mientras se arreglaba, me había sentado sobre sus rodillas y nos habíamos visto las dos reflejadas, su barbilla sobre mis bucles, sus brazos envolviendo mi pequeño cuerpo; durante unos segundos esperé, estúpidamente, a que se produjera el milagro de que su rostro reaparecía junto al mío. Pero no, solo yo me vi en el espejo, la imagen de una mujer madura. Sobre el mármol, junto a la orquídea, había un frasco de perfume, Diorissimo, en un envase antiguo. Lo cogí con manos temblorosas, vaporicé el aire y dejé que la nube de perfume me envolviera. Ahora ya sabía a qué olía mamá: a bergamota y a jazmín. Luego, lentamente, fui abriendo los cajones. Había cepillos, rulos, horquillas, dos peinadores de batista rematados con una sencilla blonda. Había un set de maquillaje, barras de labios, sombras de ojos, coloretes. Había varias limas, tijeritas, esmalte de uñas de distintos colores alineados en perfecto orden cromático, del simple brillo a un oscuro burdeos.

Al otro lado del tocador no había cajones. En su lugar había una única puerta, blindada, una caja fuerte empotrada en el mueble. También papá la tenía en su vestidor, allí guardaba relojes, gemelos, algo de dinero, poco más, porque los documentos importantes estaban en la caja fuerte de la biblioteca. Me sabía la combinación de papá, seis números, 150962, la apliqué a la cerradura que tenía junto a mí y también abrió. Justo en ese instante caí en que debía de ser la fecha de su boda.

De su interior, lentamente, saqué cajas y pequeños joyeros, los fui depositando sobre el mármol del tocador. Su anillo de casada y el diamante de compromiso estaban abandonados en una pequeña cajita. Un pequeño reloj de oro. Una pulsera rivière. Collares y pendientes de perlas, finos colgantes de piedras preciosas. En un estuche de la joyería Bagués apareció un hermoso broche modernista. En un cofre, descansando sobre terciopelo negro, estaba la gargantilla de esmeraldas y los pendientes a juego. Sita no había exagerado, era realmente impresionante.

—Coge lo que quieras —la voz de mi padre me llegó desde el dormitorio—, será todo tuyo cuando me muera.

Cerré el cofre de un manotazo. Salí del vestidor con paso decidido, los ojos fieros, las manos extendidas, las palmas vueltas hacia arriba, que quedara claro que no me llevaba nada. Él no era nadie para regalarme esas joyas. Si mamá estaba viva, eran suyas. Y si estaba muerta, yo las había heredado hacía mucho tiempo. Mi padre me había privado de los objetos de mamá, como me había despojado de sus recuerdos y de su historia. La única diferencia era que el ropero había tenido que tapiarlo, para todo lo demás le había bastado callar.

—¿Por qué me lo has ocultado todos estos años?

Quiso ser una pregunta, pero fue una acusación. Papá miraba las sábanas, no levantó la vista.

—Quería protegerte —dijo al fin—. Pensaba que todo lo relacionado con ella te dolería.

—Claro, era mucho mejor fingir que nada extraño sucedía —atajé irónica.

—Sabía que tú sabías, era imposible que no te llegaran los rumores. Pero no preguntabas, era como si no quisieras saber, y pensé que era mejor así. —Se paró a respirar, le costaba—. Creo que los dos nos sentíamos más cómodos en el silencio, y cada día que pasamos callados empeoramos la situación.

A punto estuve de gritarle que era mentira. Por supuesto que de pequeña había preguntado. A Pepita. A la abuela. De eso no se habla, me dijeron, ni se te ocurra molestar a tu padre con eso. *Eso* era mamá, porque *tu madre* eran dos palabras que tanto la una como la otra intentaban soslayar. Dos palabras que mi padre tampoco había pronunciado jamás. Y yo, una niña formal y obediente, no quise lastimarle con mis preguntas. Renuncié a saber.

—¿Y toda esa ropa? ¿Por qué la has guardado durante todo este tiempo?

Papá suspiró. Jamás le había visto tan fatigado.

—Es ridículo, lo sé, pero pensé que quizá...

—¿Quizá qué?

—Quizá, algún día, ella volvería.

—¡Papá!

—Lo siento, supongo que debí enseñártelo hace muchos años, al fin y al cabo tenías derecho a lucir sus joyas.

—¡Me importan un rábano las joyas! —Extendí de nuevo mis manos vacías frente a él—. A mí lo que me habría gustado es que hubiéramos podido hablar de mamá, saber algo de ella, que hubiera sido algo más que un enorme vacío.

—Quise hablarte, de verdad que deseaba hacerlo, pensé que cuando cumplieras veintiún años sería un buen momento, ya serías adulta. Pero pasaron cosas y todo se complicó.

Se detuvo, respiraba trabajosamente. Esa conversación estaba acabando con sus fuerzas. Pepita se acercó, le dio el vaso de agua que había sobre la mesita de noche. Esperé a que papá tomara un par sorbos. Mi corazón latía con fiereza, todo en mí era furia. En otras circunstancias le habría pedido que descansara, que ya hablaríamos en otro momento. Pero no quería dejarle descansar. ¿A los veintiuno, había dicho? Pues hacía treinta y dos años que me debía esta conversación, no iba a concederle ni un minuto más. Él devolvió el vaso a Pepita y me miró. Era la primera vez que me miraba a la cara desde que yo había abierto la puerta del vestidor.

—Pocos meses después de que cumplieras los dieciocho, recibí una carta de tu madre. Decía que ya eras mayor de edad y que quería verte, darte explicaciones, retomar vuestra relación. Y también quería hablar conmigo.

—¿De qué?

—De nuestro divorcio.

La noticia me dejó helada: mamá regresaba, sí, pero no a casa. Mamá quería recuperar su

papel de madre, no de esposa. Bueno, pensé, es lo que papá se merecía. Entonces recordé el vestidor, impecable, a mi espalda, esperando acogerla a su regreso. Recordé su soledad todos estos años, y sentí pena por él. Alguien me contó que en Mongolia ejecutaban a los reos atando sus brazos a dos caballos y espoleándolos en direcciones opuestas. Yo también empezaba a partirme en dos.

—Lo siento. —Al final, eso fue cuanto fui capaz de decir.

—Daba igual, en realidad el divorcio era lo único que tenía ya sentido. Desde que se aprobó la ley sabía que era cuestión de tiempo que ella apareciera. ¿Y qué iba a hacer? ¿Oponerme? —Movió la cabeza negando pesadamente—. Y, en cuanto a ti..., era tu madre, tenías derecho a decidir si querías verla.

—¿Y? —Papá se había parado a respirar, a mí me faltaba el aire—. ¿Qué pasó cuando vino?

—No vino. Me quedé solo en casa, era jueves y el servicio tenía el día libre. La estuve esperando durante horas, pero no llegó. Supuse que había pasado algo, que contactaría conmigo para fijar una nueva fecha. Pero ya no volví a saber nada de ella.

Su voz se apagaba, al final de la parrafada apenas era ya audible. Él, que había tenido ese vozarrón imponente, ahora no podía hablar más que entre susurros entrecortados. Donde hubo una gran catarata bajaba ahora solo un pequeño reguero de agua. Me senté en la cama, no podía enfadarme con él, ni siquiera cuando pensaba en los maltratos a mi madre. Me dolían como si me los hubiera infligido a mí, pero aun así no podía odiarle, no fui capaz. También él había sufrido, quizá todavía más que yo, al fin y al cabo yo nunca he tenido que cargar con sus remordimientos. Volví a coger sus manos resecas y ásperas, necesitaba sentirle cerca. Y, ahora que por fin habíamos empezado esa conversación evitada durante tanto tiempo, teníamos que acabarla, aunque él ya no pudiera con su alma y en sus ojos hundidos se reflejara toda la pena acumulada en estos años. Una tristeza inmensa.

—Meses más tarde vino la policía —prosiguió—. Tu madre había desaparecido. Sospecharon de ese hombre con el que se fugó, pero no pudieron acusarle. Tenía coartada, al parecer.

—¡Qué iba a tener! —apuntilló Pepita, a mi espalda y por lo bajo—, era un mal hombre.

—Entonces sospecharon de mí, la policía me interrogó, me preguntó dónde estuve ese día. Y yo solo pude contestar que me encontraba aquí esperándola, y que ella no acudió a la cita. Mis abogados se encargaron del asunto, yo moví mis contactos, al final me dejaron en paz.

Se ahogaba. Le faltaba el aire porque sus pulmones cansados, llenos de tumores, no funcionaban, pero también porque los recuerdos le asfixiaban.

—Por eso no te lo conté. Tuve miedo.

—¿Miedo de que te acusaran?

—No, cariño. Miedo a que no me creyeras.

Rebusqué en sus ojos hundidos, casi escondidos tras los pliegues de sus viejos párpados, y supe que no me estaba mintiendo. Que ya no iba a mentirme nunca más. Como si, en lugar de abrir la puerta de ese vestidor, hubiera abierto los postigos para que entrara la luz. Por fin,

cincuenta años después de su marcha, habíamos hablado de mi madre. Por fin esa palabra, durante tanto tiempo encerrada en nuestros obstinados silencios, había sido pronunciada en voz alta. Era el fin de nuestra noche eterna.

Del cajón de su mesilla de noche volví a sacar la caja de crema, le masajeé las manos durante un buen rato, en silencio. Me daba igual si esas manos habían cometido otros crímenes, lo importante era que papá no era culpable de asesinato, no tenía nada que ver con la desaparición de mi madre. Le creía, sabía que no mentía, y eso, tras la zozobra de esos últimos días, era cuanto necesitaba. No hacía falta hablar más, todo había sido ya dicho. Bueno, todo no. Yo también tenía mis secretos.

—Ahora me toca a mí confesarte algo, papá: de la desaparición de mamá me enteré no hace mucho. No solo no creí que tuvieras algo que ver, sino que decidí que no podía permitir que cayera sobre ti la sombra de la duda. Por eso contraté a un detective. Ha localizado a ese hombre, Gabriel, creo que se llama, aquí, en Barcelona. Se ha ganado su confianza, cree que en unos días conseguirá hacerle hablar, que le cuente la verdad, que se inculpe. —Y añadí en tono triunfal—: Tú y yo, juntos, le haremos justicia a mamá y conseguiremos que ese Gabriel acabe en la cárcel.

Las manos de mi padre se crisparon de golpe, sus dedos se escurrieron de los míos, se replegaron en un puño cerrado. La tristeza de sus ojos trocó bruscamente en alarma. Sus escasas fuerzas se concentraron de golpe en su mandíbula, en su cuello tenso.

—Olvídalo, Carol, ese hombre es peligroso —dijo claramente nervioso—. Despide a ese detective y déjalo correr.

Noté cómo la soga alrededor de mi cuello me apretaba un poco más, la losa sobre mi pecho aumentaba su peso. Que lo dejara correr, me suplicaba mi padre, que despidiera al detective. Pero no podía despedirle, porque era yo misma, ni podía olvidarme de todo este lío, porque este lío era mi vida. Ya no tenía más opción que seguir adelante. Aunque no fuera fácil. Aunque los caballos me despedazaran como a un criminal mongol.

# CAPÍTULO 26

Se me acumulaba el trabajo, los expedientes se apilaban en mi mesa, en las reuniones con mi equipo estaba ausente. Y lo peor es que se me notaba. En circunstancias normales habría trabajado más horas de las habituales para dejar claro que no permitía que mis problemas personales interfirieran en mi rendimiento laboral. Ahora, en cambio, que achacaran mi desidia a la enfermedad de papá me parecía una bendición. La verdad era mucho peor.

Ese lunes me pasé toda la mañana redactando un contrato que en otro momento no me habría llevado más que un par de horas, pero simulé estar muy atareada para poder echar de mi despacho a cualquiera que entrara buscando mi ayuda o un simple rato de cháchara. No salí de mi guarida hasta mediodía.

—No sé a qué hora regresaré esta tarde, quizá ni vengo —le dije a mi secretaria—. No me pases llamadas si no son muy urgentes.

—Claro, tranquila —me contestó con cara compungida—. Y muchos ánimos.

Hora punta en el ascensor, nos apretamos todos, nadie estaba dispuesto a esperar el siguiente, había prisa por pisar la calle. En el vestíbulo me crucé con un ejecutivo con la mascarilla puesta. Con un colega intercambié miradas y una sonrisita burlona, convencidos de que el mundo se estaba llenando de aprensivos. Ya en la calle, detuve un taxi.

—A la Casa del Drapaire.

El taxista me miró por el retrovisor.

—¿Adónde?

Le di la dirección de casa de Gabriel, evidentemente eran otros tiempos.

Ante la imposibilidad de concentrarme en ese maldito contrato, había dedicado unos minutos a buscar ese nombre, Casa del Drapaire, en Google. Primero pensé que Gabriel había citado a mamá en un restaurante, pero no. Resultaba que era un edificio, un mastodonte de seis escaleras, diez pisos de altura cada una de ellas, y yo llevaba dos semanas entrando cada mediodía por uno de sus portales. El espabilado de Gabriel no había dejado pasar la oportunidad y había citado a mamá en su mismísimo piso.

—Perdone, he cambiado de opinión. ¿Puede dejarme en la acera de enfrente, al otro lado de la Gran Vía?

El taxista se encogió de hombros, era evidente que lo mismo le daba. Y allí me dejó. Los ocho carriles de la avenida daban distancia suficiente para tomar perspectiva de ese gran inmueble que, según algunas crónicas de internet, fue durante años la fachada más ancha de toda

Barcelona. Construido en los años veinte, me lo imaginé como debieron verlo los barceloneses de la época: una obra faraónica allí donde la ciudad aún era poco más que fábricas y solares yermos. Me pregunté cuántos de esos transeúntes que pasaban junto a mí sabían que ese viejo edificio tenía un nombre: Casa del Drapaire, la casa del trapero, porque lo mandó construir un chatarrero de Sants del que se decía que había encontrado una fortuna escondida en un sillón comprado por cuatro chavos. Un edificio que nació con nombre propio, pero que, engullido por la ciudad, ha acabado siendo anónimo e invisible.

Gabriel me abrió la puerta con una sonrisa, afeitado y vestido con una camisa que habría apostado que era de estreno. No le dije ni hola.

—Le he dicho al taxista lo de la Casa del Drapaire —le solté sin más— y, oye, ni remota idea.

Emitió un ruido, a medio camino entre el suspiro y el gruñido. Ignoro si iba dirigido a mí o al gremio de taxistas.

—Qué les vas a contar, la mitad son extranjeros y la otra mitad solo llevan turistas, y esta casa no sale en las guías. —Cerró la puerta a mi espalda—. Pero entonces era conocida, tu madre no tenía otra dirección y llegó. Eso sí, como no tuve tiempo de darle el número del portal ni del piso, puse a Rosita, la chiquilla de los ultramarinos, a esperarla en la calle. «Una señora muy guapa y elegante, que se bajará de un taxi», le dije, «cuando llegue la acompañas a mi casa». La ventaja de este barrio es que con esas instrucciones no había pérdida, no iban a llegar más mujeres como ella, y menos en taxi. Yo era el dandy del vecindario, con eso está todo dicho.

—Oye —le interrumpí olfateando hacia el pasillo—, ¿a qué huele?

—Arroz con bacalao, le queda un par de minutos. Es lo que le preparé a tu madre ese primer día. Y ya va siendo hora de que lo pruebes.

La mesa estaba puesta, platos y cubiertos; en lugar del hule de cuadros habitual, un mantel blanco con puntillas en los bordes. Y copas.

—Si me lo hubieras dicho, habría traído vino.

—Tranquila, tengo —me contestó desde la cocina.

La botella estaba sobre el mármol. Un buen Penedés, esta vez no necesitaríamos gaseosa.

—Dame, ya lo abro.

Gabriel me tendió el sacacorchos mientras él se centraba en la cazuela, que tapó con papel de aluminio. Olía estupendamente. En realidad, ese aroma era lo mejor de la cocina, vieja y bastante deteriorada; las puertas de un par de armaritos estaban ligeramente desencajadas, la formica de los cajones descantillada, el mármol se había tornado amarillento. Necesitaba una buena reforma, y desde hacía años.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Este piso lo compró mi padre al casarse, lo pagó mi madre a base de enhebrar agujas, y yo lo heredé. Lo bien que me fue, pude alquilarlo durante los años que estuve en París, era poco lo que sacaba de renta, pero ayudaba. El último inquilino estuvo más de quince años, murió justo

cuando yo me jubilaba, así que pensé que era una señal y decidí regresar. Creo que aquí, en Barcelona, no habría sabido vivir en otro sitio.

Aunque a su regreso de París esas calles habían cambiado tanto que realmente fue como si se hubiera instalado en un barrio desconocido. El denso tráfico de la Gran Vía poco tenía que ver con ese camino de tierra de su infancia por el que transitaban carros tirados por mulas y caballos que traían a la ciudad las verduras de las huertas del Llobregat.

—Te aseguro que para los barceloneses esto era el fin del mundo. O de la ciudad, como mínimo. Aunque cuando vino tu madre, el barrio ya estaba mucho más civilizado y la Gran Vía adoquinada. Aun así, ella no había puesto un pie en Hostafrancs hasta que vino a verme.

Igual que yo, al menos en eso nos parecíamos.

—¿Y le gustó tu piso a mamá?

La pregunta, lo reconozco, tenía mala baba. Acostumbrada a vivir en casa de papá, a la pobre se le debió de caer el alma a los pies.

—Le encantó la biblioteca. Estuvo un buen rato mirando libros, daba gritos de alegría cada vez que veía alguno que le gustaba. «¡Este me lo tienes que dejar!», me decía entusiasmada, «¡y ese, y aquel también!».

A Gabriel le costó arrancarla de la estantería, que ya entonces debía de rebosar, y sentarla a la mesa. Le sirvió el arroz. Mamá se llevó el tenedor a la boca y cerró los ojos.

—Está exquisito —le dije a Gabriel nada más probarlo.

Lo estaba de verdad, él sonrió y agradeció el cumplido. Brindaron por el reencuentro, por los viejos tiempos, por tía Clara. La conversación fluyó plácida, sin silencios incómodos, como la de dos buenos amigos.

—¿Quieres más?

—No, gracias —rechacé la oferta—, estoy a punto de reventar.

—No he comprado postre, ahora ya sé que no eres de dulce. ¿Café?

Dudé, recordé el café recalentado en el puchero.

—Para los invitados hago una cafetera nueva —me aclaró al instante.

—¿Me has leído el pensamiento?

Se echó a reír, señaló la estantería a su espalda.

—Ya sabes que lo leo todo. También los pensamientos.

Sí, muchas veces había tenido esa sensación, cuando sus ojos se clavaban en los míos con tal intensidad que parecía rebuscar en lo más recóndito de mi cerebro, más allá de esa línea tras la cual ni yo misma me aventuraba. Sentía que él exploraba esa zona agreste de la que brotaban mis temblores, la ansiedad, los malos sueños. A veces me preguntaba qué había conseguido saber ese hombre de mí que yo me esforzaba por ignorar.

—¡Eh! —Gabriel chasqueó sus dedos frente a mi nariz—. ¿Hago café o no?

—Sí, por favor. Espera, te ayudo a quitar la mesa.

Apilé los platos en el fregadero —no había lavavajillas—, mientras él ponía agua y café

molido dentro de la cafetera. La clásica cafetera italiana, no esperaba otra, las modernas cápsulas aquí habrían estado completamente fuera de lugar.

—La verdad es que pasé toda la semana dudando de si Elena iba a aparecer o no, preparé arroz para dos temiendo que iba a comérmelo solo. Estaba tan nervioso que incluso bajé un par de veces a la calle para cerciorarme de que Rosita montaba guardia. Hasta que a las dos y diez oí cómo el ascensor paraba en este piso, la voz de la chiquilla, luego el timbre. Cuando abrí estaba tu madre, sonriente, plantada en el descansillo.

El relato de la entrada de mamá en el piso se vio momentáneamente interrumpido por el gorjeo del café, parecía que hubiera una bandada de palomas discutiendo dentro de la cafetera. El aroma se extendió por la cocina, se escampó por el pasillo. Hacía tiempo que no sentía ese olor tan intenso, los tiempos modernos nos facilitan la vida, pero nos privan de ciertos placeres. Gabriel lo sirvió en dos blancas tacitas de porcelana.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

Volvimos al salón. Allí, Gabriel se sentó en una silla, por entonces no tenía aún la mecedora. Mamá se acomodó enfrente, en el sofá, exactamente donde me siento yo cada mediodía. Sus ojos recorrieron la habitación hasta que dieron con un objeto conocido.

—¡El tocadiscos de tía Clara! —soltó un grito, se puso en pie de un salto—. ¿Aún tienes aquellos discos fantásticos?

—Los tengo mejores.

Y era verdad, porque en el San Carlos Club sonaba lo más moderno, recién llegado de Inglaterra y de Estados Unidos, nada que ver con las coplas, los boleros y esas canciones románticas y ramplonas de la radio. En el San Carlos, Gabriel remoloneaba junto al que ponía los discos, una actividad que entonces ni siquiera tenía nombre porque eso de bailar en salas de fiesta al son de música grabada era una novedad. Él tomaba nota de canciones y carátulas, y luego, lista en mano, peregrinaba hasta Discos Castelló. Mamá quiso poner a prueba la fanfarronada, había oído hablar de un grupo nuevo.

—Hay unos ingleses, no recuerdo el nombre...

—¿Los Beatles?

—¡Sí, esos! ¿Tienes alguno suyo?

—Los tengo todos.

Hasta donde yo sé, al top 5 de mi padre se encaraman Nino Bravo, Tom Jones, Barbra Streisand, Julio Iglesias y *Mis manos en tu cintura*, de Adamo. Si a mi madre le gustaba el rock, reconozco que Gabriel lo tuvo fácil. Rebuscó entre los vinilos, dio con él, en la carátula una fotografía de los cuatro de Liverpool saltando sobre un muro.

—Mi preferido, te va a encantar —anunció Gabriel mientras ponía el pequeño disco en el plato, una única canción en cada cara.

Silencio, un ligero chisporroteo y, de repente, la música atronando en la habitación. *Well,*

*shake it up, baby, now, shake it up, baby, twist and shout...* Gabriel me la canturreó, por si tenía dudas.

—Ponla otra vez —pidió mamá cuando acabó la canción.

Gabriel devolvió la aguja al primer surco y los Beatles arrancaron de nuevo. Y mamá se levantó y empezó a bailar, con gracia, como todo lo que hacía ella. Bailó por todo el salón, siguió por el largo pasillo.

—¡Otra vez! —aulló feliz desde el recibidor.

—Espera, te pongo una que también te gustará. ¿Sabes inglés?

—¡No!

—Lástima. Dice algo así como «quiéreme, ya sabes que te quiero...». Bueno, eso me han dicho.

Sí, algo así. *Love, love me do. You know I love you. I'll always be true. So please, love me do...* Y mamá brincó y rio enfebrecida, hasta que tuvo que parar porque se ahogaba de tanto salto y tanta risa. Entonces, con una mano en alto y la otra sobre el primer libro que encontró, que resultó ser un ejemplar de *Rayuela*, mamá juró formalmente que sí, que los quería y que iba a amarlos para siempre. A los Beatles, claro. Y también juró solemnemente que no se lo pasaba tan bien desde esas tardes en que recorrían a ritmo de twist los pasillos de la editorial de tía Clara, y que iba a volver a la Casa del Drapaire cada miércoles, estaba decidida. También Gabriel se desmelenó, ni en el San Carlos había bailado tanto. Sacó una botella de ron y dos Coca-Colas, dos vasos, y mamá, que nunca había tomado más alcohol que vino, champán y un poquito —un culín, decía ella— de Marie Brizard, a punto estuvo de escupir el primer sorbo. Aun así, le dio una segunda oportunidad al ron con cola, y una tercera, y una cuarta...

—¿Tienes más? —preguntó tras apurar la quinta oportunidad.

—Espera, que voy a buscar otra botella.

Y puso más hielo en el vaso. Y ron. Y sus labios sobre los de mi madre. Y al poco rato ya no se oyó música, solo el raspar, áspero y monótono, de la aguja sobre el último surco del disco.

Nos quedamos en silencio, intenté no imaginarme la escena. Gabriel me miró, como pidiendo disculpas. O como dando a entender que no había para tanto.

—Sabías que este momento debía llegar. Aunque, en realidad, creo que tampoco tiene mayor importancia.

—Para ti quizá no, pero seguro que papá no opinaría lo mismo. ¡A nadie le gusta que le traicionen, entérate!

Estaba irritada, no podía evitarlo. Al fin y al cabo, ¿por qué tenía que disimular? Me molestaba que ese hombre y mi madre se hubieran acostado juntos, que ella hubiera sido infiel a mi padre. Gabriel clavó en mí sus ojos, dos taladros.

—Tu exmarido es un idiota, a mí me pareces una mujer estupenda.

Creo que enrojecí un poco, pero no por el piropo, sino por el coraje que me daba que ese hombre me descifrara tan fácilmente.

—Gracias, pero a mi marido le dejé yo.

Gabriel no tenía por qué meter la nariz en mi vida, era yo quien tenía que hacerlo en la suya. Él bastante me había fastidiado la existencia abriéndole la puerta de ese viejo y triste piso a mamá.

—Hablando de maridos —dije, por cambiar de tema—, papá no debía de ser tan posesivo ni la abuela tan controladora cuando dejaban marchar a mamá sola cada miércoles.

—Bueno, digamos que tu madre supo ingeniárselas bien.

Papá no comía ningún día en casa, él tenía el despacho en la fábrica, en Sabadell, y si venía a Barcelona era para algún almuerzo de negocios. Mamá comía siempre sola, lo prefería a ir al piso de abajo, parece que el almuerzo con mi abuela se le atragantaba. Pero eso no significaba que pudiera desaparecer sin que nadie supiera dónde estaba, tenía que dar explicaciones. Y no podía inventarse una excusa distinta cada semana. Si de verdad quería ir a casa de Gabriel todos los miércoles, tenía que solventar ese problema. Y la solución de nuevo fue Nuria, su compañera de colegio, la amiga que años atrás había accedido a llevarle la nota a Gabriel a la salida del Sagrado Corazón. Una pánfila, había dicho Sita. Desde luego, buena la había hecho esa tontona con su servicio de mensajería. Y ahora, además, reincidente.

—¿Te acuerdas de mi amiga Nuria, la del colegio? —preguntó mamá a mi padre, como quien no quiere la cosa, mientras desayunaban—. La conoces, vino a nuestra boda. Pues ha acabado la universidad y da clases de Historia en un instituto.

—¿Y no se ha casado? No era fea, que yo recuerde.

—Se casará el año que viene, su novio también es maestro, se conocieron en la universidad.

Papá movió la cabeza reprobatoriamente.

—Pobre chica. ¿Ves?, esto es lo que les pasa a las que van a la universidad, que pierden el tiempo y la oportunidad. Esa Nuria podría estar ya casada con un hombre de provecho, ya me dirás tú qué vida podrá darle un simple maestro.

—Cuánta razón, justamente ese es el problema. Están ahorrando para los muebles, pero no les llega. Así que ha organizado un club de historia para señoras los miércoles al mediodía, que es el día que ella tiene libre en el instituto. Solo para amigas, comeremos juntas y después nos hablará sobre algún episodio histórico. Me ha preguntado si me gustaría asistir.

—¿Y tú para qué quieres saber de esas tonterías?

—Para nada, es por ayudarla, pobrecita. Son cien pesetas al mes.

—¡Caray con la maestrilla, ni que tuviera que amueblar el palacio de La Zarzuela! ¿Y Sita también irá?

—¡No!, ni se lo vamos a decir, Nuria no quiere que se sienta obligada, pobre Sita, con el segundo hijo recién nacido, ya me dirás cómo se las apañaría para ir.

Y con eso y cuatro zalamerías, mamá consiguió permiso para desaparecer los miércoles y cien pesetas mensuales, que el primer mes invirtió en dos gruesos volúmenes de anécdotas históricas,

que Gabriel le custodiaba en su librería y que ella hojeaba de vez en cuando, por si papá preguntaba.

—¿Y esa Nuria se prestó a hacer de alcahueta?

Mucha disciplina y mucha misa, pero me parecía a mí que esa promoción del Sagrado Corazón estaba resultando algo disoluta. Aunque, en su defensa, hay que apuntar que mamá tuvo que rogárselo repetidamente, que le hiciera el favor, que al fin y al cabo lo único que debía hacer era mentir —un poquitín, Nuria, solo un poquitín— si por mala suerte se cruzaba algún día con mi padre.

—Está bien —claudicó al fin la pobre amiga—. Conste que creo que te estás metiendo en un lío, pero lo hago porque aún me acuerdo de los ojos que tenía ese chico, tan bonitos, y lo tristes que estaban esa tarde por no verte...

Desde entonces, mamá salía los miércoles a la una en punto de casa y cogía un taxi, directa a casa de Gabriel. Él, mientras tanto, se esforzaba en cultivar esa falsa imagen de hombre moderno, intelectual y jaranero, sobre todo desde que se enteró de que algunos *mods* que pululaban por el San Carlos vendían su ropa en una tienda de segunda mano cercana al mercado de Sant Antoni.

—Yo seguía yendo a buscar discos a Castelló, escuchábamos música, los Beatles la volvían loca. Y The Mamas & the Papas. ¡Y los Sírex, que eran ya famosos! Le hablaba de los conciertos en el San Carlos, Elena quería saberlo todo, de la música y de la gente, cómo vestían, cómo bailaban. Me habría encantado llevarla a un concierto, pero decía que no, que le era imposible salir por la noche si no era con su marido. Un día llegó con una bolsa, adivina qué había dentro.

Me encogí de hombros.

—¿Lionesas? —aventuré al fin, a falta de una idea mejor.

—No, ¡unos pantalones! En eso se gastó Elena las cien pesetas de las supuestas clases de Historia. Tenías que haberla visto contemplándose en el espejo, desde todos los ángulos, con una expresión entre admirada y aturdida, como si hasta entonces no hubiera sabido qué aspecto tenía. Me pidió que le hiciera fotos, muchas fotos. Y al mes siguiente apareció con una falda corta, creo que fue la primera mini que vi en mi vida. Y al otro con un sombrero que parecía...

Me daba igual lo que parecía el sombrero, todo eso no acababa de creérmelo.

—¿De verdad papá no le dejaba ponerse pantalones? —pregunté interrumpiendo el desfile de modelos.

—Según Elena, quien se lo impedía de verdad no era él, sino esa vieja, Amelia. Le había hecho prometer a Ricard que no permitiría que esa nuera alocada la avergonzara en público vistiendo de forma poco decorosa. Algo así fue la frase, o al menos de ese modo lo contaba Elena, que cuando quería imitarla cogía un mechón de su pelo y se lo ponía bajo la nariz, a modo de mostacho. *La grande censeure*, la gran censuradora, apodaba a su suegra. No se tragaban, y era mutuo.

Eso sí podía creérmelo, yo también había sufrido la censura de mi retrógrada abuela y la

connivencia de papá, que jamás salió en mi defensa. Un hombre que nunca se ha doblegado ante nadie, que ha hecho siempre lo que le ha dado la gana y que jamás ha dado su brazo a torcer, resultaba que tenía también su talón de Aquiles: su madre. Papá sentía por la abuela Amelia una mezcla de adoración y temor, era como si su madre le intimidara; necesitaba siempre su aprobación. Y, por extensión, que yo mereciera también la aprobación sin fisuras de mi abuela. Y no era fácil, hasta en el atuendo más impecable encontraba una arruga por la que gruñir. Agradezco al cielo que mi abuela Amelia y Ariana no hayan coincidido sobre la faz de la Tierra, estar en medio de ambas habría sido un auténtico infierno.

—Así que Elena se compraba ropa, una prenda al mes, y cuando llegaba se cambiaba, se quitaba su elegante y perfecto traje de señora y se vestía con esa ropa que iba adquiriendo y que yo le guardaba aquí en casa. Tendrías que haberla visto cuando se ponía pantalones, «mírame, mírame», decía, y me pedía que pusiera la música más alta, y arrancaba a bailar como una loca, o fingía ser modelo y posaba para que le hiciera retratos. Otros miércoles llegaba más seria, y pasábamos la tarde en la cama o en el sofá, hablando y leyendo. Se leyó muchos de mis libros, otros se los pedí prestados en el Ateneu, venía siempre con un bolso grande para llevárselos a casa, allí leía a escondidas. Apenas salíamos de aquí, tenía pánico a encontrarse con alguien, solo de vez en cuando íbamos a dar una pequeña vuelta por estos andurriales de aquí detrás, jamás por la Gran Vía, no fuera a pasar algún conocido de Ricard yendo o viniendo del aeropuerto. —Gabriel dirigió la mirada hacia la ventana, señaló la colina de Montjuïc—. Aquí detrás hay una calle de pequeñas casas, Fontflorida se llama, antes de que construyeran ese bloque se veía desde aquí. A tu madre le encantaba, la recorríamos de punta a punta, era nuestro paseo, ida y vuelta, decía que en una de esas casitas sería fácil ser feliz.

—Eso significa que no lo era, ni siquiera contigo.

—Muy sagaz —me respondió con retranca—, aunque reconozco que a mí me costó darme cuenta. Los primeros meses la veía contenta, y yo, como un bobo, pensaba que era por mí. Pero no, otra vez lo de siempre: lo que hacía feliz a Elena no era estar conmigo, sino la transgresión que eso suponía. Esas visitas no eran por amor, eran por rebeldía, aunque quizá ni ella misma se diera cuenta de la diferencia. Mira, recuerdo uno de los últimos días que vino a casa, yo le había conseguido en el Ateneu el libro de la Beauvoir, ese que encontraste en la librería de tu padre. ¿*Memorias de una chica normal*, se titula?

—No, *Memorias de una joven formal*.

—Ay, esta cabeza mía...

El primer volumen de memorias de Simone de Beauvoir. Familia burguesa, estricta educación católica... En ellas explica cómo se rebeló contra toda esa carga, eligió ser libre, ser escritora, tener amantes. «Es maravillosa esa mujer, maravillosa», decía mi madre, los ojos relucientes. Y Gabriel asentía, no sin cierta tristeza, porque por entonces ya tenía claro que si Elena se había convertido en su amante era solo para demostrarse a sí misma que ella también podía hacer todas

las cosas que hacían las mujeres como la Beauvoir. Aunque mamá solo pudiera hacerlas una vez por semana.

—Ya ves, pronto me di cuenta de que en este delito yo no era más que un cooperador necesario, pura comparsa.

—Pero tú sí eras feliz con ella.

—¿Cinco horas a la semana? No sé qué porcentaje es eso, pero no batía récords de felicidad precisamente. Había cumplido ya veinticinco años, muchos de mis amigos tenían novias formales, empezaban a casarse, y yo con Elena no podía soñar siquiera con eso. Me di cuenta de que necesitaba a alguien con quien poder estar todos los días, discutir cada noche si era necesario, tener hijos, una vida normal.

—¿Y esa chica de Platja d'Aro? ¿Cómo se llamaba?

—Tere, se llamaba Tere. Y sí, empecé a salir con ella. Al principio nos encontrábamos los sábados en el San Carlos, poco a poco fuimos quedando antes para ir al cine, o a cenar. Era alegre, cariñosa. Pero sobre todo era real, con ella podía hacer planes fuera de las cuatro paredes de mi casa. Tere era un faro, la guía. El problema es que Elena era el sol, brillaba demasiado, lo eclipsaba todo. Es imposible ver la luz de un faro a pleno día.

Intenté evitarlo, pero no pude: sentí un poco —una brizna— de pena por Gabriel, esperando cada semana esas pocas horas que mi madre le daba, las mínimas necesarias para poner la nota de color a su perfecta vida de señora burguesa. A cambio, ella le pintaba a él de gris las muchas horas restantes. Gabriel le abría una puerta para que volara fuera de su matrimonio, y ella le encerraba en una relación que no iba a ninguna parte. Hasta que la transgresión, a fuerza de repetirla, se convirtió en costumbre, se diluyó la excitación del principio, y Gabriel intuyó que era mejor cortar y convertir esa historia en algo que fue bonito mientras duró, antes de que el tedio le bajara de una patada del pedestal. Fácil de pensar, pero difícil de cumplir, no estaba preparado para decirle a Elena que no quería volver a verla, necesitaba que alguien le diera un empujón.

—Y, por suerte, me lo dieron.

—Tere, supongo.

—No, cuatro tipos. Paul, John, George y Ringo, no sé si te suenan.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¡Ahora sí que estamos todos! Solo nos faltaban los Beatles sobre al escenario.

—¡Espera, no corras tanto! —me detuvo Gabriel—, que primero actuaron los teloneros.

—¿Quién?

No contestó, pero sus ojos brillaban como dos farolillos verbeneros. No podía ser... Agarré el móvil. Google. «Teloneros Beatles Barcelona.» «Buscar.»

Pues sí: los mismísimos Sírex.

—¡Caray!

Una sonrisa melancólica se instaló en el rostro de Gabriel, los dos farolillos se perdieron más

allá de la ventana.

—Tenías que haber visto la Monumental, llena hasta la bandera. Y eso que incluso el mismo día del concierto corrieron rumores de que el gobierno quería cancelarlo, porque para Franco los grupos de rock eran bandas de delincuentes y maleantes. Pero no, tuvimos suerte, cuando abrieron las puertas de la plaza entramos todos en tromba, nerviosísimos, excitados. También ella lo estaba, no dejaba de hablar. La recuerdo perfectamente, vestida con unos pantalones rojos y un jersey blanco, de la emoción me cogía la mano tan fuerte que me hacía hasta daño.

—¿Mamá en un concierto contigo, y con pantalones?

—Tu madre no, Tere.

La entrada la compró para mamá, claro. Si tenían que pasar juntos una noche, si tenían que salir algún día de entre las paredes de ese piso de la Gran Vía, tenía que ser para ir a ese concierto. Gabriel removió cielo y tierra para conseguir las dos entradas, los de Castelló le echaron un cable, cuatrocientas pesetas cada una, que para él era un dineral. Por suerte era un sábado, ni siquiera tuvo que pedir fiesta. Pero lo vio en la expresión de mamá cuando, emocionado, le mostró las entradas: ella no iba a atreverse, no iba a plantarle cara a su marido, dijo que si se enteraba la mataría. Y tampoco podía mentir, no podía correr el riesgo de que alguien la viera...

—¡Pues, oye, a la mierda! Invité a Tere, que aceptó entusiasmada. La recogí con la Vespa, y mira, sintiendo su cabeza pegada a mi hombro, pensé que quizá había tenido hasta suerte. Que se fastidiara tu madre, que se quedara sola en casa leyendo el libro de la Beauvoir, soñando con una vida que solo podía tener a ratos.

Cuando los Sírex pisaron el escenario, la histeria hizo ya su aparición en las gradas. También Tere, puesta en pie, coreaba las canciones y el nombre de Leslie, el cantante, ese que, según Gabriel, no era de Hostafrancs pero merecía serlo. Chicos de barrio como él, nacidos para ser perdedores, pero ahí estaban, sobre el escenario, revolviéndose con furia contra el destino, que esa noche, más que tocar música, tocaron el cielo.

—Y yo, ¿qué había conseguido yo en todos esos años? Nada, solo una historia que no llevaba a ninguna parte.

Si esa noche hubiera tenido una escoba, cuántas cosas habría barrido Gabriel. A mamá, la primera. Allí, en ese concierto con Tere, se dio cuenta de que quería tener una vida propia, no ser el accesorio colorido de una vida ajena. Todo esto pensó Gabriel esa noche, y rápido. Tan rápido que cuando las luces se apagaron de nuevo y salieron los Beatles, ya había tomado la decisión. En la grada creció la histeria, hubo quien se desmayó antes incluso del primer compás, la Monumental parecía a punto de venirse abajo cuando McCartney se acercó al micro.

—*One, two, one, two, three! Well, shake it up baby now, twist and shout...*

Ya es mala suerte, justo tuvieron que empezar con esta, la favorita de mi madre. Gabriel recordó los saltos de mamá por el pasillo, sobre el sofá, tres veces seguidas tuvo que ponerle esa

canción en aquella primera cita. Ahora, en cambio, tenía a Tere su lado, bailando feliz, moviendo sus pantalones rojos al compás de la música. Feliz de estar allí, de estar con él.

—Lo siento, Elena —dijo Gabriel sin mover los labios—, pero lo nuestro se acabó.

Y se levantó con el *Can't Buy Me Love* y cogió a Tere de la cintura. Poco afecto para una noche tan mágica, ella quería más y le abrazó, y él notó su cuerpo cálido, tangible, un cuerpo que no iba a desaparecer al cabo de unas horas. Tere era alguien a quien asirse para seguir adelante. Un faro que al fin brillaba rutilante, ahora que se había puesto el sol.

—Es curioso, porque Tere siempre se refirió a ese concierto como la noche en que empezamos a ser novios. Para mí, en cambio, fue siempre la noche en que acabó mi historia con Elena. La decisión estaba tomada, aunque ejecutarla no me iba a ser tan fácil, claro... Recuerdo que al día siguiente salí a por el periódico, en plena calle busqué la crítica del concierto. La verdad es que deseaba que fuera una crónica buenísima para que, cuando Elena la leyera, le doliera en el alma no haber venido.

—¿Y fue buena?

—No, ¿cómo iba a serlo, si en este país una guitarra eléctrica era un arma de Satán? ¡Me dio una rabia! Aún la guardo, espera.

Detuvo la mecedora y se levantó. De entre los libros de la estantería sacó una carpeta, de esas de cartón marrón cerradas por gomas en las esquinas. Dentro había un montón de hojas de periódico. Rebuscó entre ellas y extrajo un recorte: *La Vanguardia* del 4 de julio de 1965. Cogió las gafas que tenía sobre la mesa y las encajó sobre su nariz.

—Te la leo, escucha: «Los Beatles son sencillamente un grupo rítmico-vocal, comparativamente uno de los mejores, pero sin ninguna otra trascendencia». Qué te parece, ¿eh? ¡Sin ninguna trascendencia, escribió el profeta! —Era evidente que se estaba volviendo a sulfurar, como entonces—. Pero eso no es lo peor, en lugar de hablar del concierto, que es lo que debía hacer, fíjate lo que escribió: «Cierto que han influido en la juventud de Inglaterra, primero, y de casi todo el mundo, después, pero no de modo nocivo. Al contrario, hay pruebas de que, gracias a la moda de los grupos rítmicos que ellos han impulsado, la delincuencia juvenil y el gamberrismo han decrecido en Inglaterra, y se comprende muy bien, pues el tipo clásico de joven suburbial, semigolfo, que antes frecuentaba taberna y cuchitriles, está ahora muy ocupado ensayando en un sótano con su grupo, perfeccionando su técnica de la guitarra o de la batería, estudiando su poco de música, invirtiendo su dinero en complejos electrónicos y demás instrumental, etc. Porque este prototipo de joven inadaptado, delincuente en potencia, ha descubierto que el mejor camino para obtener ascendencia sobre los suyos y para alcanzar la notoriedad en general es llegar a destacar como miembro de un grupo vocal-guitarrístico-electrónico. Esto es un hecho irrefutable, que se da incluso en nuestras latitudes».

Cincuenta y cinco años después, ese artículo aún conseguía sulfurar a Gabriel. Él quería una crítica gloriosa, que chorreara tópicas alabanzas, al estilo de «fue una noche inolvidable, un concierto para la historia, quienes no estuvieron ayer en la Monumental lo lamentarán siempre».

Eso quería Gabriel, que mamá lo lamentara de por vida. Y, en lugar de eso, se metía con los chicos de barrio y los tildaba de delincuentes.

—Tu madre vino el miércoles siguiente, como si nada —prosiguió Gabriel—. Pero yo ya había tomado la decisión, no tenía sentido seguir viéndonos. No la dejé ni hablar. Le dije que quería acabar con esa historia, que estaba harto de que solo pudiera dedicarme unas horas, las migajas, como quien echa pan duro a las palomas.

—¿Y...?

—No protestó, lo entendió. Creo que incluso se sintió liberada de su juramento sobre la sagrada *Rayuela*. Que le parecía bien, que ella estaba casada con Ricard ante Dios y eso no podía ya cambiarse, que lo que hacíamos no era correcto, que tenía remordimientos de conciencia. Y volvió con aquella tontería de que no se quedaba embarazada porque no amaba lo suficiente a Ricard, o quizá era un castigo divino por su mala conducta, y se mortificaba con eso, a lo mejor si dejaba ese adulterio...

Pobre mamá, sé lo que es eso. Yo no tenía su presión social, pero aún recuerdo la decepción cada mes cuando descubría que me había venido la regla. Fracaso tras fracaso. Pero en mi caso no era castigo del cielo ni falta de amor, era mi maldito útero que no aguantaba un embarazo. Quizá es una tara genética, al final resultará que sí he sacado algo de ella.

—Quédate mi ropa, yo no puedo llevármela a casa —pidió mamá—. Puedes regalársela a alguien, o dejarla en la parroquia.

Gabriel se limitó a asentir con la cabeza, quería que todo acabara rápido, como el exalcohólico quiere que el tipo que está a su lado apure el último trago de cerveza, no vaya a caer en la tentación.

—¡El libro! Las memorias de Simone de Beauvoir. —Mamá cayó en la cuenta de que estaba escondido en la librería de papá, a medio leer.

—Tranquila, ya me lo devolverás cuando lo acabes. Déjalo abajo en los ultramarinos, Rosita me lo subirá.

Se dieron un último beso, que ni siquiera desbordó pasión.

—La verdad —me reconoció Gabriel— es que fui incapaz de tirar la ropa de tu madre y la guardé, aun sabiendo que no iba a regresar.

—¿Escondida tras una pared falsa, quizá?

—¿Perdona?

—Deja, era una broma sin gracia. Y, eso sí lo sé, ella no te devolvió jamás el libro.

—No, venció el préstamo y tuve que pagárselo a la biblioteca del Ateneu. Pasado el tiempo me confesó que no me lo devolvió porque no lo acabó. No leyó nunca las diez últimas páginas.

—¿Y eso?

—No quiso leerlas. Si lo acababa, tenía que devolvérmelo, así habíamos quedado. Pero se resistía a romper ese último nexo entre nosotros, por si algún día necesitaba una buena excusa para volver a vernos. Así que guardó esas últimas páginas sin leer.

—Pues con libro o sin libro, es evidente que os volvisteis a ver. ¿Otro reencuentro en un tanatorio? ¿Quién fue el muerto esta vez?

No respondió al instante, tenía los ojos fijos en sus manos. Me di cuenta de que le temblaban ligeramente, también la voz cuando habló.

—Es mejor dejarlo para mañana. Yo... Oye, lo siento, pero hoy no puedo.

Alzó la mirada y clavó sus ojos en los míos.

Y, como en mis pesadillas de madrugada, sentí el precipicio, el peligro inminente de un paso en el vacío. Me levanté del sofá tan bruscamente que el móvil, que estaba como siempre en mi regazo, cayó al suelo.

—Cuidado, se te va a romper la grabadora.

Me dio igual que supiera que le grababa, no pensaba disculparme. Él me siguió por el pasillo, me observó en silencio mientras me ponía el abrigo. Un silencio denso, como una nube negra un instante antes de que estalle la tormenta. Tenía yo ya la mano en la puerta cuando me hizo una pregunta. La pregunta que yo llevaba días haciéndome, y que no era capaz de responder.

—Carolina —su voz temblaba—, ¿estás segura de que podrás soportar la verdad?

Me lancé escaleras abajo sin decir adiós.

# CAPÍTULO 27

Esa misma tarde, Pepita me recibió con una sonrisa.

—Tenemos visita —anunció satisfecha—, han venido los señores Guasch.

—Pues volveré dentro de un rato.

La sonrisa se le esfumó de la cara.

—¿Cómo va a hacerles ese feo? —me recriminó abriendo aún más la puerta—. Ande, señorita, pase, que estarán encantados de verla.

Suspiré resignada. Tenía las palabras de Gabriel clavadas en el cerebro, y acudía a casa de mi padre para buscarles un contrapeso, algo que apuntalara mis fuerzas. Desde hacía días, todo dentro de mí se tambaleaba, como si anduviera por una calle desierta en pleno seísmo, sin saber dónde estaba el epicentro ni dónde el cobijo. Y, tras mi conversación con Gabriel ese mediodía, el sismógrafo marcaba unos grados más en la escala de Richter, así que no estaba del mejor humor para aguantar a Sita. Pero Pepita, ajena a mis temblores, mantenía la puerta abierta, sin importarle que el frío de la escalera se colara en casa. Señal de que no iba a ceder, esta batalla yo la tenía perdida.

—Está bien —gruñí mientras entraba y me desabrochaba el abrigo.

Los encontré a los tres en el saloncito, sentados alrededor de la mesita; Pepita, que sabe hacer los honores, había servido a los Guasch un buen pedazo de massini. Papá había hecho el esfuerzo de levantarse de la cama y vestirse para la ocasión. Hacía días que no le veía con otra ropa que no fueran pijamas y batines, y ciertamente Pepita tenía razón cuando decía que todo le quedaba enorme. Por supuesto, yo aún no le había comprado el traje, como si demorando la compra consiguiera retrasar todo lo demás. Cuando entré, Sita se levantó alborozada, las pulseras tañeron en sus muñecas cual campanas en la fiesta mayor.

—¡Carolina, cielo, qué alegría verte! —exclamó con el mismo tono de sorpresa que si acabáramos de cruzarnos por casualidad en una calle de Kuala Lumpur.

—Lo mismo digo, Sita. Y tú, Enrique, ¿cómo estás?

Los besé a todos, me senté con ellos. Pepita insistió en traerme un trozo de pastel, yo insistí en que no lo hiciera, que no tenía hambre. Ella torció el morro, su deber era alimentarme.

—A ver, señorita, ¿qué ha almorzado hoy?

—Arroz con bacalao.

Tenía la cabeza en otros menesteres, así que lo solté sin pensar, la pura verdad. Al instante noté su sobresalto.

—Jamás lo había probado —me apresuré a explicarle a Sita, para que lo oyera la otra—, pero, oye, es buenísimo. ¿Tú sabes prepararlo, Pepita?

Podía contestar que sí. O que no. O salir por peteneras.

—Al señor no le gusta el bacalao.

Y se fue zumbando hacia la cocina. No regresó con mi pedazo de massini, esa fue la prueba definitiva de que mi almuerzo había puesto el dedo en alguna llaga.

—¿Y de qué estabais hablando? No quisiera interrumpir.

—¡No, bonita, qué vas a interrumpir! —se apresuró a tranquilizarme Sita—. Solo hablábamos del coronavirus ese, que está ya por aquí, que hay muertos y todo. Mira que los chinos llevan ya más de un mes encerrados en casa, imagínate, que no pueden salir para nada, solo de uno en uno, para comprar en el supermercado y vuelta a casa, ya me dirás tú, ¡qué exageración! Que les decía yo que como me encierren y no pueda ir a mi *bridge*...

—Tranquila, aquí no van a hacernos eso.

—Hija, estos socialistas son capaces de todo, ¿no ves que son amigos de la China comunista?

El pobre Enrique me lanzó una mirada que solo podía interpretarse como una súplica de que no discutiera de política con su mujer. Le guiñé el ojo, mensaje recibido.

—A mí me da igual que me confinen —terció mi padre—, ¡total, para lo que hago, ni notaré la diferencia! Pero supongo que dentro en un ataúd sí que me dejarán salir, ¿no? ¡A ver si al final seré el único de nosotros que podrá salir de casa!

—¡Papá, este humor negro tuyo no tiene gracia! —No me gustaba esa conversación, ni siquiera en tono de broma, así que me apresuré a cambiar de tema—. Por cierto, Sita, tenías razón. Las alhajas de mamá estaban aquí, bien guardadas. El collar de esmeraldas incluido.

Sita se removió nerviosa en la silla, sus pulseras tintinearon suavemente.

—Ay, Ricard, perdóname si metí la pata. Estaba convencida de que tu hija tenía las joyas; si hubiera sabido que las guardabas tú, me habría callado.

El verbo *callar*, en boca de Sita, suena a ciencia ficción. Aun así, me supo mal verla compungida.

—Tranquila, iba a regalármelas dentro de unos días, por mi cincuenta y cuatro cumpleaños, ¿verdad, papá? Considera que a esta edad ya tendré la madurez suficiente para lucirlas.

Papá me lanzó una mirada divertida, parecía que esa tarde estaba dispuesto a tomárselo todo a broma. Sita, por supuesto, no captó mi sarcasmo.

—Oh, Ricard, siento haberte estropeado la sorpresa —dijo toda cariacontecida, un instante antes de recobrar la sonrisa y girarse hacia mí—. Y tú, Carolina, ya conoces el dicho: nunca es tarde si la joya es buena.

Le reímos la gracia y se quedó la mar de satisfecha, cuesta muy poco hacerla feliz.

—Por cierto —intervino su marido dirigiéndose a papá—, el otro día me encontré a Josep Recasens en el Ecuestre, me preguntó por ti, me dio recuerdos. Está fastidiado, algo del riñón.

Los dos hombres se enzarzaron en un repaso de los achaques de sus amigos, porque, según

papá —siempre tan competitivo—, era la única carrera que ya podía encabezar. Sita aprovechó la ocasión al vuelo. Me agarró del brazo y me obligó a levantarme.

—Carolina y yo vamos a hablar de cosas de mujeres, ahora volvemos.

Papá me lanzó una mirada cariñosa. En mi boda, le pedí a Sita que me ayudara con algunos detalles, así que estoy segura de que pensó que íbamos a hablar de su entierro. Y eso le gustó, que no fuera a presenciarlo no quería decir que no le preocupara que todo saliera perfecto. Sita cerró la puerta del saloncito tras de sí.

—¿Dónde podemos hablar?

—En la biblioteca.

La habitación estaba en penumbra, la pequeña lamparita sobre la mesa de trabajo de papá provocaba más sombras que luz. Pero no me apetecía encender otra bombilla.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué de qué, Sita?

—¡Reina!, ¿de qué va a ser? Me dijiste que el detective no trabajaba el fin de semana, pero hoy ya es lunes. ¿Alguna novedad?

Negué con la cabeza.

—¿Ni una pista?

Negué otra vez. Ella puso los ojos en blanco, toda dramatismo.

—¿Y tú estás segura de que ese detective sabe lo que se hace? Porque en los libros de Agatha Christie parece fácil: para descubrir al asesino hay que buscar quién tenía el móvil y la oportunidad. Eso es todo, móvil y oportunidad, no hay que pensar más. Y, en nuestro caso, ambos señalan a ese tipejo. Debió de pillarla preparando las maletas, los dos solos en casa. Y, en cuanto al móvil, Elena abandonaba a ese hombre para volver contigo y con tu padre, él quiso retenerla, está más claro que el agua.

—No tan claro, Sita, no tan claro... Venía a verme, sí, pero también a divorciarse.

—¡Jesús! —La pobre mujer dio un bote—. ¿Eso te lo ha dicho el detective?

—No, me lo ha dicho mi padre.

Sita calló, valorando la noticia. Móvil y oportunidad. Las dos sabíamos que esta información cambiaba el escenario ligeramente.

—Suerte que Elena no llegó a venir —dijo al fin, zanjando la conversación—, la buena de doña Amelia habría puesto el grito en el cielo.

Sí, exactamente ahí, en el cielo, es adonde dirigía mi abuela todos sus gritos, que eran muchos, horrorizada como estaba con esa democracia que, como había pronosticado desde el principio, nos había traído libertinaje y esas indecorosas costumbres extranjeras, o al menos eso afirmaba ella. El día que se aprobó la Ley del Divorcio se encerró en casa e hizo estricto ayuno, quizá para que allá arriba, en ese cielo donde ponía sus gritos y al que dedicaba tantos esfuerzos y plegarias, tuvieran claro que ella nada tenía que ver con ese nuevo desvarío. Solo espero que, desde donde esté, no me haya visto firmar los papeles del mío.

—Oye, Sita, dime, ¿mamá se divertía con mi padre?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Pues de las fáciles, creo. Dos opciones: o se divertía o se aburría. Tú me dirás.

Intentar que Sita marque una única casilla es misión imposible.

—Pues ni lo uno ni lo otro, diría yo. Ya te conté que tu madre se volvió rarita, que el año en Francia, las novelas y la nefasta influencia de esa tía suya la dejaron alelada perdida. La verdad es que yo pensé que con el matrimonio se le había curado la tontería, pero nanay, al cabo de un par de años volvió a adoptar ese tono de ligero desdén, como si nuestras conversaciones la aburrieran, como si ella se considerara intelectualmente superior o algo así. Y tú me perdonarás, reina, pero un poco pesada sí que era, que nos reuníamos las amigas y en cuanto podía se ponía a hablar de libros. Y nosotras ni los habíamos leído ni teníamos intención, y cambiábamos de tema. Porque no es que las demás fuéramos tontas, créeme, pero es que lo que Elena leía era aburridísimo, yo prefería seguir con mis libros de Pearl S. Buck y de Agatha Christie, aunque me mirara por encima del hombro. A mí me daba igual, pero a tu padre esos aires que se daba le crispaban, y con razón.

Le conozco y me lo imagino. Papá y yo, en esto, somos iguales, necesitamos que nos admiren. Parecemos muy seguros de nosotros mismos, pero esa seguridad se fundamenta en la opinión ajena. Una seguridad frágil. Que su mujer no le admirara, que pudiera considerarse intelectualmente superior, tenía que herirle en lo más hondo. Y las personas como nosotros, cuando nos hieren, atacamos. Quizá no es una defensa muy legítima, pero no sabemos responder de otra manera.

—A Ricard y a doña Amelia les habría gustado que Elena se integrara más en las actividades propias de las damas, en la organización de actos benéficos y en los eventos sociales —proseguía Sita ajena a mis cavilaciones—. Tu madre asistía a reuniones, sí, qué remedio le quedaba, porque tu abuela se lo pedía, pero no hizo amistades, mantenía siempre las distancias con todas. Al final incluso conmigo. Como si tuviera otra vida y esta, la que compartía con nosotros, no le interesara.

¿Parecía que tuviera otra vida? Sita no sabía cuánto había dado en el clavo.

—¡Y mira que lo tenía todo para ser feliz, que para eso era la señora de Planadevall! Pero Elena era la eterna insatisfecha, de las que se casa con un príncipe azul y está de morros porque el azul no es exactamente del tono que quería. Tu pobre padre, cargado de paciencia que estaba. Y la llevaba a los mejores sitios, a los más caros. —Se detuvo de golpe, las pulseras tintinearon nerviosas en sus muñecas—. Oye, ¿le interesa esto a tu detective?

—Tú cuéntame, por si acaso.

Y me contó, por supuesto que me contó, menuda era. Cenas y fiestas, algunas escapadas a los Alpes para esquiar con el grupito de amigos de papá. Mamá odiaba esos viajes, ni sabía esquiar ni quiso aprender. También fueron a Mónaco, y a Mallorca un par de veranos. En Barcelona, los sábados cena en el Finisterre o el Tritón, que a mi padre y a Enrique siempre les ha gustado el

buen marisco, hasta que con la edad empezó a sentarles mal y a darles la noche, y tuvieron que dejarlo. También cenaban en el Orotava, el Bonanova y el Reno, y luego abrieron el Via Veneto y se convirtió en el predilecto de papá.

—¿Y en verano? No me dirás que desde S'Agaró no ibais a Platja d'Aro.

—¡Sí, claro que íbamos! Aunque todas esas discotecas que aparecieron nos pillaron algo mayores, ya era 1966 o 1967.

Eché cuentas rápido.

—¿Mayores? Pero si tú y mamá teníais veinticinco o veintiséis años.

—Sí, y yo tres hijos, tú también recién nacida, para discotecas estábamos... Pero, bueno, alguna escapadita para ver el ambiente sí que hacíamos.

El ambiente de Platja d'Aro de finales de los sesenta debió de ser digno de ver. Y de vivirlo. Me supo mal que mamá solo lo disfrutara de refilón. Porque esa playa larguísima bordeada de pinos se convirtió en pocos años en la meca del turismo, donde crecían grandes bloques de apartamentos y hoteles, donde surgían galerías comerciales y discotecas. Algunas, como Paladium o Tiffany's, forman parte también de mis veranos juveniles.

—La más famosa entonces era Maddox, junto a la playa, muy moderna, toda blanca, y esos pódiums donde subían chicas a bailar, que yo eso no lo había visto jamás, que entrabas allí y no parecía España, créeme. Y no solo por la decoración y por las luces, sino porque la mitad de los que había allí eran extranjeros, esas alemanas y holandesas tan rubias y con esas faldas tan cortas, que todos se las miraban, porque entonces no era como ahora, que hoy las chicas van en verano con esos pantaloncitos que enseñan todo el culo, que yo no sé cómo sus madres las dejan salir así. Mucha modernez había en Maddox, porque era del Regás ese, ¿sabes quién te digo?

—Perfectamente, Sita. Te recuerdo que tu hija y yo fuimos asiduas del Up & Down.

Oriol Regás, entonces también propietario de Boccaccio, el flautista de Hamelín de esa cuadrilla moderna y transgresora —hasta donde se podía— que surgió a mediados de los sesenta en Barcelona y que alguien bautizó como la Gauche Divine.

—No me dirás que erais de ese grupito —la pinché.

—¡Hija, eso no, por quién nos tomas! Nosotros íbamos a Boccaccio y a Maddox porque estaban de moda, pero con ellos no nos mezclábamos. Que esos de la Gauche Divine eran de moral algo relajada, que aún me acuerdo de esa foto de la Gimpera desnuda anunciando el Boccaccio, qué escándalo, hasta nuestro párroco se vio obligado a hablar del asunto un día en misa, que ya intuía él que esa foto era el primer paso para el descarrilamiento general que vino después. Y yo me vi obligada a confesarme, tuve que decirle que había ido a la *boîte* esa, que antes a las discotecas las llamábamos *boîtes*, y me cayó una buena penitencia. Además, a mí esos de la Gauche Divine, pues qué quieres que te diga, ni fu ni fa. Entre tú y yo, para mí que no eran más que un grupito de gente bien, que decían que eran arquitectos o fotógrafos o editores, pero no sé yo cuándo trabajaban, si todas las noches estaban de fiesta hasta las tantas, y total, tanto trasnochar para nada, porque se pasaban las horas bebiendo y riendo entre ellos, mientras el resto

los mirábamos sin entender de qué iba todo aquello. Pero tu madre insistía en ir a Boccaccio, a ella le gustaba porque a veces se encontraba a escritores de esos que leía, como el Marsé y ese sudamericano que vivía en Barcelona entonces, que de repente se hizo muy famoso porque publicó la novela esa de los cien años, ¿sabes quién te digo?

—¿Gabriel García Márquez?

—¡Justo! Mira, otro Gabriel, qué casualidad, ni que hubiera tantos. Y un día coincidimos con él, que Elena dio un grito cuando le vio y se fue directa a hablarle allí, en la barra, toda sola, sin pedirle siquiera a tu padre que la acompañara. Ya me dirás, una señora casada hablando con un hombre de noche y en una *boîte*, delante de todo el mundo, y lo peor es que creo que él también estaba casado, pero claro, él era extranjero y escritor, un bohemio, y ya se sabe. Y un buen rato que estuvieron de cháchara, a saber qué le contaba el García Márquez ese a tu madre, que para mí que incluso coqueteó con ella, aunque luego Elena dijo que solo habían hablado de sus libros y de literatura y de Colombia, porque él era colombiano. Era, ¿no? Porque creo que ya ha muerto, pero no sé, con mi poca memoria...

Se tomó un respiro, esperando mi respuesta a su duda. Extasiada como estaba yo con la imagen de mamá hablando con Gabo, acodados ambos en la barra de esa mítica discoteca, creo que ni siquiera procesé la pregunta. Sita debió de pensar que la desmemoria nos ataca cada vez más jóvenes, porque soltó un suspiro moviendo pesarosa la cabeza.

—Ya veo que tú tampoco lo sabes. En fin, da igual, el caso es que nosotros nos sentamos en una mesita, y yo ya veía que Ricard se estaba poniendo nervioso, y no era para menos. Hasta que al final se hartó, cruzó la pista decidido, agarró a tu madre por el brazo y se la llevó de un tirón. Fin de la conversación, aunque Elena se resistía y tu padre tuvo que arrastrarla, allí en medio, todos mirando, un papelón. ¿Y te puedes creer que el escritor ese les fue detrás? Que Ricard tuvo que explicarle a gritos, claro, porque con esa música tenías que hablar a gritos, que Elena era su esposa y que tenía que estar con él en la mesa, no parloteando con desconocidos en la barra, por muy famosos que fueran. Y entonces se acercaron otros gauchedivinos de esos, o como se llamaran, e hicieron corro en mitad de la pista, que eran unos cuantos, y tu padre cada vez más enfadado, que yo pensé que iban a llegar a las manos, incluso mi Enrique se levantó por si Ricard necesitaba ayuda, y eso que él es de poca bronca, que yo no le he visto pegarse nunca con nadie.

—¿Y hubo pelea?

—No, reina, por suerte vino el Regás y habló con sus amigos, supongo que no quería líos dentro de su local. Y mientras tanto Elena, enfadadísima, se fue a la calle, que estaba ya parando un taxi cuando la enganchó tu padre y se la llevó a casa. Estuvo días sin salir, ni a misa fue el domingo, ni se me ponía al teléfono, yo creo que de tan avergonzada que estaba por su comportamiento.

Dudé de si Sita lo decía de verdad o se hacía la tonta. Ahora que yo sabía lo que sucedía en casa, adivinaba que lo único que avergonzaba a mamá eran los cardenales, el ojo inflado. Me pregunté si papá también se avergonzaba cuando, pasada la furia, se daba cuenta de lo que había

hecho, si al día siguiente podía desayunar tranquilo con ese rostro marcado frente a él. Me vino a la cabeza Ariana, tan parecida físicamente a su abuela, con la bolsa de guisantes pegada a la cara, el pómulo hinchado, los dos puntos en la ceja. Si Sita no quería hablar abiertamente del maltrato de papá, yo casi se lo agradecía, pero aun así no pude dejar de preguntar.

—Oye, Sita, ¿por qué crees que mi padre reaccionó así?

—¡Pobre de ti que le digas nada, ya me fui bastante de la lengua con lo de las joyas! —Me llevé el índice a los labios para tranquilizarla—. Además, la culpa era de tu madre, que por mucho que le gustaran los libros de ese colombiano, lo de hablar con él tanto rato, con ese entusiasmo, no era correcto, Carolina, al menos no en esos tiempos. Ahora es distinto, las mujeres hacéis lo que os da la gana, pero entonces había unas pautas que seguir, y tu madre se las saltaba cada dos por tres. Pero no se daba cuenta de que era ella la que salía perdiendo, porque esa fue la última vez que fuimos a Boccaccio, Elena ya no se atrevió a proponerlo más. Aunque quizá no tuvo tiempo, porque lo de García Márquez debió de ser en primavera de 1969, porque recuerdo que yo estaba embarazada de Carlitos, y en su bautizo Elena ya había desaparecido con ese tipejo.

En 1969 yo tenía ya tres años. Y, sucediera lo que sucediera esa noche en casa, yo estaba allí, durmiendo en mi pequeña camita, con la luz encendida de una lamparilla porque me daba miedo la oscuridad, abrazada a un pequeño osito blanco, Patuc, sin el cual me era imposible conciliar el sueño. Mi habitación estaba delante de la de mis padres, me pregunto si esa noche —y esas otras noches de las que nadie aún me había hablado— oí algo, si me despertaron los gritos, los golpes, el llanto. O quizá jamás hubo gritos ni llanto, solo ruidos sordos, moratones y el desamor y una rabia dura que le creció por dentro, como un tumor negro, hasta que acabó odiándonos a todos.

Iba a seguir preguntando a Sita, pero se abrió la puerta de la biblioteca.

—Chicas, ¿se puede saber que son tantos secretitos? —interrumpió Enrique asomando la cabeza—. Carolina, tu padre está cansado, mejor nos vamos y le dejamos reposar.

Sita fue a despedirse de papá, besos y abrazos, un ritual que bajo la batuta de esa mujer puede ser interminable.

—Cariño, vamos... —apremiaba su marido cada par de minutos.

Lo oí cinco veces. A la quinta lo consiguió.

—Adiós, Ricard, hasta la semana que viene.

Nadie sabía si la semana siguiente papá seguiría vivo, pero no íbamos a poner objeciones a la cita. Los acompañé hasta la puerta, Pepita ya aguardaba en el recibidor con los abrigos.

—Adiós, Pepita, gracias por el pastel —se despidió Sita recogiendo su visón—, y, por cierto, qué bonito gesto ese de las fotografías.

Y, sin darle opción, se le acercó aún más y le plantó un sonoro beso en cada mejilla. La pobre Pepita se quedó estupefacta.

—¿Se puede saber qué le pasa a la señora Guasch? —me preguntó tras cerrar la recia puerta —. ¿Y de qué fotografías hablaba?

—Y yo qué sé, ¿no ves que la pobre está gagá? Y, por cierto —la agarré del brazo, no fuera a escabullirse—, tú le preparabas arroz con bacalao a mi madre, ¿a que sí?

—No sé, señorita, hace tantos años que ya no me acuerdo de lo que comía la señora. —Dio un tirón intentando zafarse, pero no la solté. Remilgada sí que era, la puñetera.

—Te acuerdas perfectamente, no me mientas.

Me miró muy seria.

—¿Quién le ha contado lo del arroz?

—Un pajarito.

—Ni pajaritos ni pajarracos. Era un secreto entre la señora y yo.

Supe que había hablado más de la cuenta, y que ahora, para arreglarlo, me tocaba mentir.

—La verdad es que no me lo ha contado nadie. Pero has pegado tal brinco cuando lo he dicho antes que lo he deducido. Y, dime, ¿se lo preparabas a menudo?

Aún la tenía cogida del brazo, pero ahora ya suavemente. Llegados a este punto, ambas sabíamos que no se escaparía.

—Cada semana, todos los miércoles. No sé qué le dio con ese arroz, no lo había pedido nunca y de repente resultaba que los miércoles en esta casa no se podía comer otra cosa. Bueno, ella, porque el señor al mediodía no venía nunca. Si al menos hubiera sido los viernes, en Cuaresma habría tenido el almuerzo resuelto. Pero ¡no, ella testaruda con que lo quería los miércoles!

—¿Desde siempre?

—No, siempre no. —Pensó un momento—. Empezó a pedirlo justo cuando dejó de ir a unas clases, de Historia creo que eran, porque mientras hizo ese curso todos los miércoles comía fuera.

—¿Y por qué era un secreto?

Pepita se encogió de hombros.

—Yo no sé, me pidió que no se lo dijera al señor, supongo que porque a él no le gusta el bacalao y ya está. Es que a la señora Elena le encantaba hacer cosas a escondidas —explicó bajando la voz y con tono claramente reprobatorio—, como leer libros que ocultaba con rapidez cuando llegaba el señor. Y quien hace las cosas a escondidas es porque sabe que no debería hacerlas, ¿o no?

Se soltó definitivamente y se fue por el pasillo. Por primera vez en cincuenta años, Pepita y yo habíamos tenido una conversación sobre mi madre. Aunque hubiéramos necesitado algo tan absurdo y banal como el arroz con bacalao para derribar esa barrera.

Cuando entré en el dormitorio de papá, la enfermera estaba ayudándole a acostarse. Me acerqué a la cama.

—¿Cómo estás?

—Ya ves, cansado de tanto bailar.

Hice un esfuerzo para no sonreír, porque me había jurado que esa tarde estaría seria y seca con él. Dirigí intencionadamente mi mirada al gran panel de madera, que volvía a estar en su

sitio y ocultaba de nuevo la puerta del vestidor. Pero eso no significaba que no pudiera sacar el tema.

—Si Sita no me hubiera hablado de las esmeraldas, ¿no me hubieras contado nunca lo de esa habitación? Imagínate que alquilo este piso y la descubren los inquilinos, menudo ridículo.

—Ya te dije que Pepita tenía instrucciones de mostrártela cuando yo faltara. —Hizo una pausa esperando a que la enfermera acabara de acomodarle bien los almohadones; ella se dio cuenta, aceleró la faena y salió de la habitación—. ¿Así que vas a alquilarlo?

—No sé aún, de momento es tu casa.

Habíamos hablado muchas veces de la herencia que me dejaba, pero nunca me había preguntado qué iba a hacer con ella. El dinero, las acciones, los fondos de inversión eran impersonales, asépticos, ni papá ni yo teníamos ningún sentimiento ligado a ellos. Lo mismo pasaba con la mayoría de los inmuebles, puras inversiones. Pero unos pocos me llegaban cargados de historias familiares, de recuerdos.

—¿Y la casa de S'Agaró? —insistió.

—¡Ay, papá, ya te he dicho que no sé!

Sí lo sabía. Pensaba venderla, ¿qué, si no? Sin mi padre, esa mansión no tiene ya sentido. La construyó mi abuelo, el yayo Manel, y ha sido desde entonces, junto con Industrias Planadevall, la principal enseña de la familia. Papá vendió la empresa hace unos años a unos estadounidenses, ahora me tocará a mí vender la casa a unos rusos, o a unos alemanes, o a quien tenga los millones necesarios para comprarla. No sé qué debió de sentir papá al recoger sus cosas del despacho, al despedirse de sus subordinados. No le importó que la gran multinacional absorbiera nuestra empresa y que el nombre desapareciera: si él ya no iba a mandar en la fábrica, prefería que no llevara nuestro apellido. A mí, en cambio, vender la casa de S'Agaró me rompe el corazón, es entre sus paredes donde encuentro la calma, como si esas piedras me dijeran quién soy. Pero Ariana y yo estaremos mejor en un chalet más pequeño, más moderno, desde el que podamos ver el mar sin necesidad de encaramarnos por esa empinada y estrecha escalera hasta el torreón. La venderé con todo lo que hay dentro, los muebles y los recuerdos de ese pasado esplendoroso de orquesta en el jardín y cenas de gala en sus salones. Nada de eso se mantiene, todo lo que esa casa representaba se nos ha ido desintegrando, como hojas caídas que esperan las lluvias para pudrirse. La última gran fiesta en ese jardín fue la de mi boda, y tampoco mi matrimonio existe ya. Creo que justamente por eso papá se había resistido a venderla, esas paredes le recordaban ese mundo extinguido, habían sido su particular cruzada para mantenerlo, si no vivo, al menos sí en estado vegetativo. Y, con su obcecación por no vender, ahora me dejaba a mí la triste misión de darle el cerrojazo definitivo.

—Cuida de Genís y de Remei —me pidió papá—. Son buena gente, les dejo un pellizquito para que se acuerden de mí y vivan tranquilos.

Genís y Remei, el matrimonio que guarda y cuida la casa de S'Agaró todo el año, gente noble y honrada, nacidos en el vecino Sant Feliu de Guíxols, enraizados a ese trozo de costa como los

pinos enraízan en sus peñascos. Vinieron hace unos días a despedirse del patrón. Sabían que ya no volverían a oír los timbrazos nerviosos e insistentes de papá desde el salón pidiendo cualquier menudencia, ni sus gritos porque no había toallas limpias junto a las tumbonas de la piscina. Mi padre nunca ha sido amable con el servicio, pero todos le han respetado siempre. Y no me refiero a ese respeto que resulta obligado de la firma de un contrato de trabajo, sino al que se gana con el tiempo. Quizá por eso salieron de la habitación de papá con lágrimas en los ojos. «Pobre señor, maldito cáncer», murmuraba Remei mientras seguía a Pepita hasta la cocina. Allí les sirvió unas pastas y un moscatel, hablaban en voz baja cuando yo entré, obligándolos a ponerse en pie; me di cuenta de que a Genís le costaba levantarse de la silla, también ellos habían envejecido. Los saludos de rigor, en sus ojos las condolencias adelantadas.

—Ya nos dirá lo que quiere hacer con la casa —dijo al fin Genís mirando al suelo, como avergonzado por atreverse a formular una pregunta que, con mi padre aún vivo, no tocaba.

—Y vosotros, ¿qué haréis?

En mi pregunta iba ya implícita la respuesta a la suya. Se cruzaron rápidas miradas con Pepita, entendí que habían estado hablando de eso, de su futuro. La muerte de papá no era asunto solo de mi incumbencia.

—Tenemos un pisito en Sant Feliu, que compramos hace tiempo. Así que por nosotros no sufra, nos irá bien jubilarnos. —Paró un segundo, lanzó un suspiro—. Ya no somos lo que éramos, señorita.

Y no supe si Genís se refería a ellos dos, o en ese plural estábamos todos incluidos: mi padre, la casa, los protocolos sociales, el ambiente de S'Agaró, mi familia, yo misma... Todos nosotros, cada uno a su manera, habíamos formado parte de un mundo que había perdido ya su fragancia, de él solo quedaba el olor a flores marchitas. Por mucho que Pepita me jurara que ventilaba y que cambiaba a menudo el agua de los jarrones, ese era el olor que yo percibía cuando entraba en casa de mi padre. Él, desde la cama, me hablaba de la herencia. Yo le respondí sin pensar.

—Papá, ya sabes que la mejor herencia es ser tu hija.

Cien veces se lo había dicho ya antes, pero esa vez fue oír mi voz y el corazón me dio un brinco. Aguanté la respiración. No sé qué esperaba que papá dijera, no sé qué era lo que yo necesitaba oír. Pero no dijo nada. Y el silencio se me hizo insoportable, solté lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Y a mamá le gustaba la casa de S'Agaró?

De sopetón, tras tantos años de silencio, le había lanzado una pregunta sobre mi madre. ¿Y por qué no? ¿No habíamos abierto ya la puerta del vestidor? Pues las íbamos a abrir todas. Papá, si se sorprendió, logró disimularlo.

—Le gustaba el mar. No es que la casa le pareciera fea, eso no, pero creo que nunca se sintió a gusto en ella. Verdad es que tu abuela Amelia no se lo puso fácil, ya sabes lo rígida que era con las normas y los protocolos.

Hizo una pausa para respirar, el médico nos había dicho que se le estaban empezando a

encharcar los pulmones. Cualquier esfuerzo, incluso hablar, le fatigaba, y la visita de los Guasch le había dejado baldado.

—Tu madre se refugiaba en la habitación del torreón, en ella pasaba las horas. Miraba el mar, decía, pero creo que en realidad huía de nosotros, también leía a escondidas. Yo la dejaba, aunque me molestaba que estuviera siempre allí arriba sola, incluso el servicio murmuraba.

—Espera, espera, ¿estás diciendo que mamá era la loca del torreón?

Papá desvió la vista avergonzado.

—Me temo que sí, creo que fue una de las doncellas de tu abuela quien empezó a llamarla así.

De pequeña, había oído a las criadas cuchichear sobre una mujer, la loca del torreón. Poco más que murmullos, alguna broma creyendo que no las oía, pero la idea del fantasma de una vieja loca que había vivido en esa habitación alimentó algunas de mis pesadillas infantiles. Pasaron años hasta que me atreví a subir por esa empinada escalera, a girar la llave y abrir la pesada puerta. Pero no encontré rastro de esa mujer, solo una pequeña estancia cuadrada, un par de sillas y una mesita, alguna telaraña porque ya no subía nadie allí, apenas el servicio para limpiar. Desde lo alto del torreón se ve nuestro gran jardín, los pinos vecinos y más allá el azul sin fin. Bonita vista, sí, pero no me pareció que mereciera el esfuerzo de subir tantos escalones. Por supuesto, a Ariana, de pequeña, le encantaba ir a jugar, allí instalaba su cuartel general, algo que enervaba a mi padre, que no entendía que teniendo tanto espacio abajo tuviera que encerrarse ahí arriba. Ahora mi hija ya no sube, en realidad no sé si le gusta esa casa. No creo que entienda lo que significa. Y, si lo entiende, no quiere formar parte de ello.

—Buenas noches, papá. Descansa.

Me había sido imposible mantener mi enfado con él, le quería demasiado. Bien, probablemente ese era el gran contrapeso que buscaba, no necesitaba más. Le arreglé el embozo, le di un beso en la frente y me levanté. Volvía a dejarle solo en esa cama inmensa, de madera oscura, que jamás ha querido cambiar. Yo, por el contrario, tras el divorcio pensé que con unos muebles y unas sábanas nuevas, que no me recordaran a Alberto, podría conciliar el sueño. Me equivocaba, claro. Con la luz apagada, qué más da el color del edredón. Estaba ya en la puerta de la habitación cuando oí la voz de papá a mi espalda.

—Escúchame, Carol, despide a ese detective. Tu madre no aparecerá.

—¿Cómo lo sabes?

Fingí una cierta ligereza, no quería que notara cómo se me aceleraba el pulso.

—En su día, yo también contraté a un par de detectives. Si la encontraban, yo quedaba libre de sospecha. Pero nada, ni rastro. Hay una orden de búsqueda de la Interpol, si alguien con el nombre de tu madre diera señales de vida en cualquier lugar del mundo, la policía lo sabría. En estos años no ha renovado el pasaporte ni el DNI, no ha abierto una cuenta corriente, no ha utilizado una tarjeta de crédito, no ha pagado impuestos, no la han ingresado en un hospital, nada de nada. Y la única manera de no dar ni una sola señal de vida es estar muerto.

Se había fatigado un poco, demasiado larga la parrafada, y tuvo un ataque de tos. Le vi tan

mayor y cansado que sentí un vacío inmenso en mi interior, como si estuviera hueca.

—Supongo que tienes razón —concedí—. Pero ¿y su familia? Si aún vivían en Barcelona, quizá mamá fue a verlos o les contó algo. Tenía un hermano, creo.

Fue mentar a mi tío materno y a papá se le ensombreció el rostro.

—Ramón murió hace muchos años —zanjó tajante—. Y tus abuelos cortaron toda relación con tu madre cuando se fue.

No dijo más, eso es todo lo que iba a saber de mi familia materna: que mis abuelos no quisieron saber nada de su hija ni de su nieta, que dejaron de veranear en S'Agaró y, al cabo de los años, papá compró su pequeña casita —con el jardín donde un día aterrizaron doscientos cuarenta avioncitos de papel— y la derribó para construir apartamentos. Y de mi tío sabía que era un chico tímido y poco dotado para nada, que vio el cielo abierto al emparentar con los Planadevall y luego murió. Y que todos se llamaban Ribé. Que nunca vinieron a verme. Y que mi padre tampoco quería hablar de ellos.

—Despide a ese detective, hija.

Y ahí me envalentoné. Pensé que era ahora o nunca. Y nunca ya no era opción.

—¿Hay algo que te dé miedo que descubra? Si lo hay, prefiero oírlo de tu boca.

Dudé de si eran imaginaciones mías, pero me pareció que papá se ponía tenso. Lo que sí es seguro es que no respondió. Y el silencio, en este caso, era una mala respuesta. Insistí.

—¿Tuviste algo que ver con la desaparición de mamá?

—No, hija. Te juro que no sé qué le pasó. Solo sé que la estuve esperando aquí, en casa, y que jamás llegó.

Y le creí. De acuerdo, le creí como durante tantos años había creído que ese panel de madera era una pared, o que papá había sido un buen esposo. Mentiras, decepciones, pero aun así, en ese momento, volví a confiar en él. Si no puedes fiarte de tu padre, ya no puedes confiar en nadie.

Fui a despedirme de Pepita, pero en la cocina solo encontré a la enfermera, que al verme se levantó para regresar a su puesto de guardia en el dormitorio. A Pepita la encontré en el recibidor, esperándome.

—La señora Guasch no está gagá, está muy lúcida —me dijo plantada en medio, impidiéndome llegar a la puerta—. Y ha dicho algo de unas fotografías. A mí no me mienta, señorita, no existe tal detective, eso ya lo sé desde hace tiempo. Es usted quien habla con ese hombre.

Una vez más, tuve que reconocer que bajo ese aspecto anodino se esconde un cerebro muy perspicaz. Era una lástima que no pudiera llevarla los mediodías a casa de Gabriel.

—¿Qué más da quién hable con él? Lo importante es tirarle de la lengua y averiguar qué le hizo a mamá y que lo juzguen y lo condenen por ello. Sí, él me ha hablado de las fotografías, y te agradezco el gesto que tuviste con mi madre. Además, ahora esas fotografías en su casa son una prueba, la única que tenemos. —Puse mis manos sobre los hombros de Pepita cariñosamente—.

Y no sufras, Sita de Guasch lo sabe, pero no dirá nada, y menos a papá. Este es un secreto entre las tres.

Vale, las dos sabíamos que Sita hace con los secretos lo mismo que un aspersor con el agua: escamparlos en todas direcciones. Aun así, fue todo lo que se me ocurrió decir para tranquilizarla. Se había pasado la vida temiendo que papá descubriera lo de las fotografías, entendí que no quisiera fastidiarla en el último momento. Le di un beso, al que ella no respondió. Se limitó a quedarse ahí, de pie en el recibidor. Su mano subió por su pecho buscando a tientas la crucecita que le colgaba del cuello. Por toda despedida, se la llevó a los labios y luego la encerró en su puño con fuerza. Era lo que hacía siempre que creía que alguien en esa casa, o la casa entera, necesitaba la protección del cielo.

Cuando llegué a mi piso, Ariana rondaba por la cocina a la búsqueda de algo que llevarse a la boca. Parecía de buen humor, así que aproveché.

—¿Quieres que pida sushi para cenar?

—Vale.

Vale, en labios de mi hija, es un bien escaso, una oportunidad que no se puede desaprovechar, así que desenfundé mi teléfono con rapidez. Me acordé de incluir nigiris de anguila, sus favoritos. Puse mantel en la mesa del comedor pequeño, esa noche no íbamos a cenar en la barra de la cocina. La mesa incita a la charla, la barra a la prisa. No recordaba la última vez que me senté con Ariana a la mesa. Cuando llegó el repartidor, ella y Rocco vinieron trotando por el pasillo.

—Mmmm, son de anguila —dijo abriendo la cajita de los nigiris.

Nos sentamos a cenar, me habló de sus clases, del fin de semana de esquí en Andorra. Media hora juntas y aún no me había pegado una coz, así que decidí aprovechar ese inusual estado de gracia.

—Oye, Ari, tendrías que ir a visitar a tu abuelo.

Mi hija estaba a punto de coger un California maki, pero detuvo el gesto, los palillos se quedaron suspendidos en el aire.

—¿Y exactamente a qué abuelo quieres que visite?

—¡A cuál va a ser! A tu abuelo Ricard. El paterno, que yo sepa, no se está muriendo.

Se me quedó mirando fijamente, como sopesando la respuesta. Luego centró la mirada en la bandeja de sushi y cogió el maki.

—Vale, iré mañana —fue finalmente toda su contestación.

Seguimos cenando, pero ya Ariana apenas habló, lo hice yo por ambas, compulsivamente. De un tema iba a otro, estaba incluso dispuesta a discutir con tal de que no hubiera silencios. Un *horror vacui* auditivo. Saltando de rama en rama, llegué a S’Agaró.

—He decidido vender la casa, si a ti te parece bien. Creo que es demasiado grande para nosotras dos, podemos buscar una casa bonita, con jardín y piscina, pero más pequeña. Si estás cansada de S’Agaró, podemos mirar en otra zona.

—A mí me da igual.

En realidad, yo casi prefería un cambio de aires. Vendida la casa, temía tener que enfrentarme todo el verano a la imagen del torreón, visible desde casi todos lados.

—¿Qué tal Pals? —propuse—. No estaríamos solas, porque tú tienes amigas allí y yo también.

—¿Pals? Pues tienes razón, solas no estaríamos, porque papá y Victoria se acaban de comprar una casa allí. He de ir un día a elegir los muebles de mi habitación.

Dejó la noticia sobre la mesa, pilló el último maki y se levantó.

—Me voy a mi cuarto.

Yo rellené mi copa con el vino que quedaba y me fui a mi dormitorio. Oía a Ariana hablar y reír tras la puerta, seguro que estaba chateando con alguien. Durante sus silencios, mis pasos resonaban por el pasillo. Me desmaquillé, me puse el pijama, me metí en la cama con la tablet y me tragué —además del Orfidal— los dos últimos capítulos de *The Crown* antes de apagar la luz. Con suerte dormiría unas pocas horas hasta que me despertara algún sofoco. Me asaltan en mitad de la noche, a menudo ya no vuelvo a conciliar el sueño. Y entonces, en la oscuridad, veo salir a los lobos, tengo jaurías aguardándome bajo la almohada. Ya no intento espantarlos: he aprendido a esperar el alba en su compañía. Por la mañana, abro las cortinas y entra la luz. La luz espanta las fieras. O al menos así había sido hasta ahora.

A oscuras, recordé mi conversación con papá, su negativa tajante cuando le había preguntado si había tenido algo que ver con la desaparición de mi madre. Y, aun así, había notado su nerviosismo al mencionar al supuesto detective. Algo escondía. También a Gabriel le había temblado la voz ese mediodía cuando había rehusado proseguir. Pese a saber, como lo sabía yo, que no podíamos ya dejarlo, como no puede detenerse una balsa arrastrada por los rápidos de un río, aunque se oiga, cada vez más cerca, el estruendo de la catarata. Papá y Gabriel, los dos guardaban secretos. Me preguntaba qué sentirían ellos por la noche, a cuál de ellos acosaban las bestias. Esa fue la carnaza que eché a mis lobos esa madrugada.

# CAPÍTULO 28

Al día siguiente salí del despacho a tiempo para llegar puntual a casa de Gabriel. No quería que él pensara ni por un solo segundo que le tenía miedo, que no iba a seguir adelante. Estaba dispuesta a escuchar lo que fuera que el día anterior no se había atrevido a contarme, que difamara a papá si con eso se creía más hombre. Yo no iba a desviarme de mi objetivo, no iba a cejar en mi empeño de descubrir qué le sucedió a mi madre, no iba a permitirle esa victoria. Ese mediodía pisé la calle sintiéndome fuerte, convencida de que mis hombros podrían cargar con toda la inmundicia que él echara sobre nosotros. Es fácil ser valiente mientras se está lejos del peligro.

Cuando al cabo de un rato llamé a su interfono me temblaba la mano, estaba aterrada.

Tampoco él tenía mejor aspecto, nada más verle intuí que no había dormido apenas. Tenía más ojeras de las habituales y una palidez inusual. Se me quedó mirando con una gravedad que no le había visto antes. Suspiró resignado —como si hubiera estado deseando que yo no apareciera— antes de apartarse para dejarme entrar.

—Anda, pasa.

Se alejó por el pasillo mientras yo me sacaba el abrigo. Al momento oí el crujido acompasado del balancín que, como un preciso metrónomo, marcaba cada mediodía el ritmo de nuestra conversación. Yo, también como siempre, me senté frente a él en el sofá. El móvil, con la grabadora en marcha, lo dejé en mi regazo. Me daba igual que supiera que le grababa. A Gabriel tampoco pareció importarle. Permanecimos los dos en silencio, sentados uno frente al otro pero sin mirarnos. Yo contaba las idas y venidas de su mecedora. Una, dos, tres...

—¿Por dónde íbamos? —preguntó él justo cuando contaba diez.

Respiré aliviada, una docena y me habría puesto a chillar.

—Nos quedamos en que, tras el concierto de los Beatles, mamá y tú dejasteis vuestra relación adúltera. —Podía haberme ahorrado el adjetivo, pero me di el gusto de decirlo—. Y que no volvisteis a veros en varios años.

—Sí, casi cuatro. Fueron buenos años esos.

Años en que Gabriel se fue amoldando a Tere poco a poco, como el colchón coge la forma del cuerpo que se acuesta cada noche en él. La chica seguía teniendo la misma chispa y esa espontaneidad que ya le habían encandilado el primer verano, aunque entonces Gabriel acabara lanzando avioncitos al jardín de mamá. Pero ahora mi madre había desaparecido de su vida y la relación con Tere fue haciéndose cada vez más seria, si *seria* es la palabra que puede aplicarse a

esos años livianos en que lo único importante era amarse en casa y divertirse en la calle. Y no en cualquier calle.

—Tuset Street, claro, porque a finales de los sesenta parecía que todo sucedía allí. Bares, tiendas, agencias de publicidad, diseño... ¿Tú has visto fotos de Carnaby Street y el Swinging London? ¿Sí? Pues ese era el aspecto de los que pululaban entonces por la calle Tuset, o al menos eso nos creíamos, ¡porque nosotros éramos tan paletos que, cuando se puso de moda, tuvimos que buscar la calle en la guía! Y el primer día, fue llegar y quedarnos alucinados, como decís ahora, ¡hasta el San Carlos Club parecía anticuado! A Tere y a mí se nos veía el plumero de lejos, pero nos daba igual, ella podía pasarse horas observando a la gente yendo y viniendo, se fijaba en cómo vestían, lo que bebían, cómo se movían... Yo sacaba fotos, esa gente me fascinaba. Si podíamos, nos sentábamos en la terraza del Anahuac o del Ischia, y si no, pues nos acomodábamos sobre mi Vespa y veíamos el espectáculo desde allí.

Le dejé deambular un rato por ese Tuset al que quitaron la condición de calle para convertirla en *street*, porque sentí que esos recuerdos alegres e inocuos relajaban un poco la tensión. Maniobra dilatoria, porque los dos sabíamos que nos entreteníamos en esas aceras para no acercarnos a ese punto al que ambos temíamos llegar.

—Ahora esa calle vuelve a estar de moda —dije, por aportar algo a la conversación—. Hay restaurantes y discotecas. Aunque, claro, nada que ver con lo que fue entonces.

—¿Tu hija va?

—¿Ari? No. Según ella, los locales de Tuset son para pijos —respondí agriamente—. Mi hija prefiere salir por esos tugurios de Gracia y el Raval, ¿no le viste la pinta?

—Sí, muy moderna. A Elena le habría hecho feliz esa nieta.

Lo dijo a modo de cumplido, pero a mí ese comentario me sentó como una patada.

—Ariana y yo somos la noche y el día, así que deduzco que yo a mi madre no le habría gustado un pelo. He salido a mi padre, qué voy a hacerle. Menuda decepción se habría llevado mamá conmigo si hubiera regresado —añadí sarcástica—, todo eso que se ahorró desapareciendo.

—Te pareces a Elena mucho más de lo que crees. Eres luchadora e independiente, has triunfado por ti misma. Yo creo que ella habría estado muy orgullosa de ti. Y no solo lo creo yo, Quim piensa lo mismo. Y él conoció bien a tu madre, se hicieron muy amigos en París, sabe lo que se dice.

Quim quizá sí, pero yo no supe qué decir. En mi fuero interno le agradecí el comentario, porque llevaba días pensando en si mi madre y yo habríamos encajado. Aunque quizá yo sería distinta si ella hubiera sido la encargada de educarme. ¿Cómo sería yo si hubiera tenido cerca a alguien que discurría por la vida como un río? Porque así me imaginaba ahora a mamá, como un río de aguas a veces bravas, a veces mansas, que se desbordaba, salía de sus márgenes e inundaba campos y calles para volver luego a su cauce. Yo, en cambio, había crecido entre estrictos raíles de ferrocarril.

—No sé qué pesa más, si la genética o la educación —me pregunté en voz alta.

Gabriel, por toda respuesta, miró por la ventana, quizá buscando esa calle de la Font Florida que tanto gustaba a mi madre y que ahora quedaba oculta tras ese bloque de ladrillos rojizos. En el saloncito se había hecho el silencio, ni siquiera se oía el crujido de la mecedora. Finalmente, fui yo quien lo rompió con lo primero que me vino a la cabeza.

—Hablando de Quim, dijiste que me contarías su historia con esa mujer casada.

Gabriel esbozó media sonrisa, se dio un ligero impulso y la mecedora se balanceó de nuevo.

—Bueno, al final resultó que no era exactamente eso. La verdad es que nos veíamos menos. No es que nos peleáramos ni dejáramos de ser amigos, pero ahora yo tenía a Tere y pasaba muchas tardes con ella, ya no tenía tiempo para las partidas de ajedrez del Ateneu. Y por la noche, cuando salíamos de la rotativa, no volvíamos juntos a casa porque Quim se había alquilado un pequeño piso en una de esas callejuelas detrás de Correos y marchaba Ramblas abajo. Tampoco venía los sábados por la noche con nosotros al San Carlos, siempre ponía excusas. Yo le advertía que las mujeres casadas eran mal negocio, bien que lo sabía, pero él se limitaba a sonreír sin darme explicaciones.

Hasta que una noche Quim no fue a trabajar. Ni la noche siguiente, cosa extraña, porque era cumplidor como él solo. Alarmado, Gabriel fue a su casa, convencido de que le encontraría enfermo en la cama. No estaba. Llamó al timbre del vecino, que no quiso siquiera abrir la puerta y, a gritos, le dijo que se largara, que en esa escalera no querían tener nada que ver con degenerados de su calaña. Solo entonces Gabriel cayó en la cuenta. Y yo también.

—¿Quim es gay?

—Bueno, Quim es gay ahora. Entonces era simplemente un maricón, un desviado, un mariposón... Por supuesto, lo ocultaba, ni yo lo sabía.

—Pobre, no debía de ser fácil en esos años.

—No, no lo era. Existía una ley, tú que eres abogada habrás oído hablar de ella, la Ley de Vagos y Maleantes.

—¡Oye, que yo estudié la carrera en los ochenta! Para entonces llevaba años derogada.

—Pues suerte que tuviste, habrías acabado en el calabozo solo por deambular por la calle de madrugada, y tu hija, con eso del botellón, ya ni te cuento. Quim siempre dice que nació cincuenta años antes de lo que le tocaba, que no saben los jóvenes de hoy la suerte que tienen de haber llegado a este mundo tan tarde.

—Pero ¿la ley esa se metía con los gais?

—Gais, traficantes, proxenetas, mendigos, vagabundos... Todos en el mismo saco, todos delincuentes. Hace cincuenta años ser maricón era a la vez un vicio y un delito, y ambos problemas se curaban a base de mamporros o internamiento en campos de concentración, que se llamaban *centros de rehabilitación* porque sonaba mejor.

A Quim le tocaron las palizas, quizá porque en los centros de rehabilitación no cabía ya ni un alfiler. Había conocido a un chico, un asturiano que había llegado a Barcelona buscando algo

más de libertad de la que tenía en su pueblo. Trabajaba de camarero en las Ramblas, en uno de esos locales que no cerraban en toda la noche, y para allá que iba Quim al salir de la rotativa, a tomarse un par de cervezas en la barra mientras esperaba a que el otro acabara el turno para irse los dos a casa. Nunca supieron quién los denunció, Quim sospechó siempre de un tipo que iba también al bar y que se le insinuaba al asturiano, aunque quizá fue pura mala suerte de que algún sereno aburrido se fijara en la pareja. Fuera quien fuera, lo cierto es que una noche la policía estaba esperándolos en el rellano de casa, se abalanzaron sobre ellos y los esposaron. A Quim le quitaron las llaves y entraron en su piso.

—¿Sin orden de registro?

—¿Orden de registro? —respondió Gabriel burlón—, en tiempos de Franco la policía entraba y punto. Aún gracias que lo hicieron con las llaves y no de una patada en la puerta. Le pusieron el piso patas arriba, hasta que encontraron una prueba, justo lo que necesitaban.

—¿Cuál?

—¡Un pintalabios! ¿Te lo puedes creer? No era de Quim, era de su hermana, que había estado de visita, se había retocado antes de salir y se lo había olvidado en el baño. Y acabó en manos de un guardia civil chusquero, que lo mostraba triunfante a sus colegas, como si hubiera encontrado el arma homicida de un asesino en serie. Se los llevaron a comisaría, encerrados en un calabozo con lo peorcito de la ciudad; durante tres días y tres noches los sacaron de ahí solo para vejarlos y apalearlos, hasta que vieron que si los rehabilitaban un poco más quizá los mataban. Quim nunca ha hablado de esos días ni yo le he preguntado.

Al cuarto día, Gabriel aún dormía cuando sonó el timbre de su casa. Era Quim, pero costaba reconocerle. Pese a que era ya primavera, llevaba el cuello de la gabardina subido y un sombrero de media ala calado hasta las cejas, solo se le veía un poco de la cara, y ese poco Gabriel habría preferido no verlo. Quim arrastraba una pierna y la maleta. Allí mismo, en el recibidor, se lo contó todo atropelladamente, cabizbajo, como quien confiesa un crimen. Se iba a Francia, dijo, porque en España estaba ya fichado, no tendría opción ni de encontrar un trabajo, seguro que la policía habría informado ya al periódico e iban a despedirle. Tenía unos primos que habían emigrado a París, ellos podrían alojarle mientras se buscaba la vida.

—Pobre Quim —murmuré horrorizada, recordando esa sonrisa bonachona y esos ojillos rasgados que, aun a mi pesar, me habían hecho sentir cómoda desde nuestro primer almuerzo—. Y tú, ¿qué le dijiste?

Gabriel se retorcía las manos. Le reconocí el ademán, es el gesto de cuando está incómodo con lo que viene a continuación.

—Le dije que cómo era posible que hubiera caído en ese vicio.

Su amigo le miró con una expresión de tristeza que Gabriel aún no ha podido arrancar de su conciencia.

—Duelen más respuestas como la tuya que los golpes de la policía —respondió Quim sin alterarse—, pero no espero que lo entiendas. Siento haber venido a molestarte, pero necesito un

favor.

Que hablara con el capataz de la rotativa para cobrar su finiquito, eso fue lo único que le pidió a Gabriel. Le dio un papel en el que le autorizaba a cobrarlo y otro con la dirección de la peletería donde trabajaba su hermana, ella le haría llegar el dinero junto con otras cosas que iba a tener que enviarle cuando Quim tuviera un sitio donde ponerlas. Luego se fue, marchaba esa misma noche a París. Solo, porque el asturiano, con el cuerpo molido a palos, se volvía a su casa.

—No fui capaz de pedirle el dinero al capataz —me confesó Gabriel—, porque efectivamente la policía fue con el chisme y por la imprenta corrió la voz. Como San Pedro, le negué todas las veces que me preguntaron por él, aseguré a todos que ni sabía que era maricón ni le había vuelto a ver, que tampoco éramos tan amigos como parecía. Me creyeron porque Tere me acompañaba a menudo hasta la puerta de la rotativa y la había presentado como novia a buena parte de los compañeros.

—¿Y dejaste a Quim sin su dinero?

Negó con la cabeza, la mirada aún fija en su regazo.

—No. Calculé cuánto tenían que pagarle, lo que le tocaba por las dos últimas semanas de trabajo que aún no habíamos cobrado, y lo puse de mi bolsillo, mejor eso que confesar que le había visto. Llamé a su hermana. Era una chica menuda, nada más salir de la peletería, en medio de la Diagonal, se deshizo en lágrimas.

—¿Tapbioles y Pirretas?

—¿Qué?

—La peletería. En la Diagonal, junto al paseo de Gracia.

—Ah, sí, supongo que era esa —Gabriel levantó los ojos sorprendido por la interrupción—, ¿importa?

En realidad no, era un detalle absurdo, qué más daba dónde trabajara la hermana de Quim. Pero de pequeña había ido muchas veces a esa peletería que hoy ya no existe, era de las pocas salidas que me gustaba hacer con mi abuela. Íbamos dos veces al año, en coche, con el chófer, la primera al final del invierno, a llevar sus abrigos de piel a guardar en las cámaras refrigeradas, y volvíamos en noviembre a recogerlos. Las empleadas me dejaban acariciar las pieles, envolverme el cuello con una larga estola de visón, contemplarme en aquellos grandes espejos de marcos dorados. Quizá una de esas chicas tan amables era la hermana de Quim.

—No sé qué le ha pasado a mi hermano, era un buen chico —le dijo la muchacha a Gabriel, sorbiéndose los mocos—. Es mejor que se haya ido a París, no quisiera que se enterara mi novio, justo ahora que vamos a casarnos. ¡No vaya a creer mi Jose que es una tara de familia, a ver si no querrá tener hijos conmigo por si acaso también salen... salen así, ya me entiendes!

Gabriel no respondió, pensó que no era asunto suyo y, además, no tenía claro que el tal Jose no tuviera cierta razón. Se limitó a entregarle el sobre con el dinero. Ella, a cambio, le dio un papelito con la dirección de sus primos en París, por si quería escribirle.

—Seguro que no lo hiciste —aposté.

Gabriel negó con la cabeza.

—Quería hacerlo, de verdad, pero lo fui dejando, no sabía ni cómo empezar, qué decirle, cómo disculparme, y al final el papelito con la dirección se quedó allí, en el cajón de mi mesita de noche, por si acaso, porque a Tere le hacía ilusión ir a París de viaje de novios. Entonces lo habitual era ir a Mallorca, pero a su familia le iban bien las cosas, su padre nos regalaba el viaje y para su hija, la niñita de sus ojos, no iba a escatimar en gastos.

—¿Así que os casasteis?

—No, no dio tiempo. Iba a ser el 21 de septiembre de 1969 en la iglesia de Platja d'Aro. Allí íbamos a vivir, yo dejaba *La Vanguardia* y me mudaba a la costa. Tere y yo íbamos a llevar juntos el hotel.

—¿Qué hotel?

El hotel de la familia de ella, recién estrenado, con una pequeña piscina y a dos manzanas del mar, allí donde antes estaba la humilde casa de huéspedes en la que Gabriel se había alojado. A finales de los sesenta, en Platja d'Aro las grandes pinedas desaparecían a la misma velocidad con que se levantaban nuevos hoteles y bloques de apartamentos, algunos apiñados en rascacielos de hasta veinte pisos. Y la familia de Tere, con su casita de pescadores reconvertida en pensión modesta, se encontró de golpe en mitad de todo ese barullo. Duró poco el pasmo, el padre no era hombre que dejara pasar las oportunidades: hizo caja vendiendo algún terrenillo, hasta entonces yermo y sin valor, y la invirtió en construir el coqueto hotelito Brisamar, en el que Gabriel, el futuro yerno, tenía una habitación reservada cada fin de semana de verano. Los viernes iba a trabajar a la rotativa cargado con un ligero petate y a la salida, de madrugada, se encaminaba a la estación de autobuses, donde esperaba hasta las siete de la mañana a que saliera la primera Sarfa. Dormía durante el trayecto, descansaba lo justo para poder pasar el resto del día echando una mano, porque su futura familia política no se había contentado con el hotel y, en ese solar junto a la calle principal donde antes tenían el huertecillo, habían abierto también una cafetería, que arrancaba temprano con desayunos de croissants y café con leche, y cerraba a las tantas con el consabido chocolate con churros, aunque la hora punta eran las tardes, cuando las mesas de la terraza se llenaban de grandes copas de helado coronadas con montañas de chantilly en las que la madre de Tere clavaba bengalas y sombrillitas de colores. Con tanto lío, ese yerno que venía de Barcelona, bien plantado y con don de gentes, trabajador y por el que su hija bebía los vientos, les llegaba como maná caído del cielo. Y él, felizmente enamorado de Tere, estaba encantado, no podía creerse tan afortunado. Aunque la suerte se la ganaran con el sudor de la frente, porque en verano el trabajo era agotador.

—Pero encontrabas hueco para escaparte a S'Agaró, supongo.

—¿Yo? No. ¿A qué?

—A ver a mamá —aventuré.

Gabriel negó vigorosamente con la cabeza.

—Te juro que no me acerqué a S'Agaró ni pisé la Conca. Estaba feliz con Tere, no tenía

necesidad de saber nada de Elena, para mí era agua pasada. Ni siquiera leía ya los ecos de sociedad de *La Vanguardia*, ¿qué me importaba a mí si iba a un baile de beneficencia o si su nombre estaba entre los asistentes a una cena de gala? Si los hubiera leído, me habría enterado de tu nacimiento, de tu bautizo. Pero no, en esos cuatro años ni supe ni quise saber nada de tu madre, ya casi ni pensaba en ella. Quizá por eso todo me pilló por sorpresa.

—¿Qué es todo?

Gabriel volvía a tener los ojos clavados en sus manos, entrecruzadas sobre su regazo. Ralentizó la cadencia de su mecedora, como si con ello quisiera ralentizar también el tiempo. Como si tuviera miedo de llegar allí donde esta historia nos llevaba. Notaba sus nervios, era un animal acorralado. Acorralado entre lo que sucedió ese verano de 1969 y yo.

—Era un domingo de principios de junio —arrancó por fin lentamente, como si un peso invisible lastrara sus palabras—, aún había pocos huéspedes y el hotel estaba tranquilo. Era el cumpleaños de la madre de Tere, ese mediodía teníamos comida familiar. Aprovechando la calma, Tere propuso que nos escapáramos un par de horas, su padre nos dejaba el coche para ir a dar una vuelta por Sant Feliu, con la condición de que nos encargáramos de comprar el postre en una pastelería que había en la Rambla.

—La Vienesa —puntualicé—, aún existe.

Gabriel hizo caso omiso a mi interrupción. Se había puesto en marcha y avanzaba, lento pero decidido, hacia su objetivo. En el paseo de Sant Feliu, como cada domingo, había sardanas, y Tere se unió a uno de los corros; luego, Rambla arriba hasta la pastelería, que estaba llena cuando entraron. Tere pidió la vez.

—¿El último?

—Servidora.

Fue mamá quien respondió, quien se giró. Estaba allí, apenas a un metro de ellos.

—¿Sola? —pregunté.

—No. Con tu padre. Y Pepita, con cofia y a cargo del cochecito en el que tú dormías, vestida de domingo y con un lazo rosa en el pelo. Ahí supe de tu existencia. —Sus dedos huesudos se retorcían ahora, como sarmientos viejos, los ojos aún fijos en ellos—. Vi el gesto de sorpresa en el rostro de Elena, como ella debió de verlo en el mío. Un saludo con la cabeza, una sonrisa, tan ligeros ambos gestos que Ricard, que no se había dado la vuelta, ni reparó en nosotros. Podía haberlo dejado así, sin más, pero sentí que no era suficiente. Y lo siento, te juro que lo siento, pero ¿cómo iba yo a saberlo?

Hizo una pausa, cogió aire. A mí empezaba a faltarme.

—Supongo que fui demasiado vanidoso para callarme, para no presentarles a mi novia. Tere, a mi lado, sonreía encantada. Expliqué nuestros planes de boda, lo de nuestro pequeño hotel junto a la playa, el Brisamar, insistí tontamente en que vinieran a verlo.

Papá le escuchaba con mal disimulado desdén, pero esa vez a Gabriel le dio igual, no era a él a quien se lo estaba contando. Se lo contaba solo a mi madre, que le miraba con ternura, como se

miran los juguetes de nuestra infancia cuando, ya adultos, los encontramos polvorientos en una caja en el desván. Eso iba a ser todo, un par de cortesías más y Gabriel y mamá saldrían de allí, cada uno por su lado, llevándose consigo algo de melancolía y el postre del domingo. Pero justo entonces alguien decidió intervenir y cambió el curso de los acontecimientos.

—Fuiste tú, Carolina. Sí, tú. Despertaste, te removiste en tu cochecito, hiciste un puchero. Pepita intentó hacerte callar, pero tú querías salir de la sillita, que te cogieran en brazos. Tenías tres añitos, una muñeca. Tere se agachó, te hizo un par de carantoñas y tú dejaste de lloriquear y sonreíste.

Hablaba muy lento, retorcía con fuerza sus largos dedos, su mirada obstinadamente fija en ellos.

—Es una ricura —alabó Tere, sabiendo que eso es lo que quieren oír todos los padres—. ¡Y qué ojazos tiene, qué preciosidad! Fíjate, cariño, qué gracia, del mismo color azul que los tuyos, yo que siempre digo que nadie los tiene como tú.

Se hizo un silencio sepulcral, ni siquiera roto por el crujido acompasado de la mecedora, a la que Gabriel había olvidado darle impulso. Yo no podía hablar, no me salían las palabras. Ni a ellos, inmóviles en mitad de la pastelería. Solo Tere, ajena al huracán que acababa de desencadenar, sonreía mientras me ponía recto el lazo.

—¿Quién va? —preguntó la dependienta de La Vienesa.

Iba yo, era mi turno. Me temblaba la mano cuando extendí mi brazo hacia Gabriel. Le cogí la barbilla, le forcé a levantar la cara, a mirarme. Y allí estaban, eran mis ojos, color océano. Los ojos que toda la vida había soñado ver en el rostro de mi madre, y que me había negado a reconocer en la cara arrugada de ese pobre viejo.

—Carolina, hija...

No sé si dijo algo más. Yo solo sabía que tenía que escapar de esa voz y de esos ojos y de esa casa. Instantes después de que él pronunciara esas dos palabras, yo estaba ya en la calle.

# CAPÍTULO 29

Hay palabras que te desgarran por dentro. En mi caso, dos únicas palabras.

—Carolina, hija... —había susurrado Gabriel.

Me había levantado del sofá. Había corrido por el pasillo. Había abierto la puerta del piso, pero no recuerdo si llegué a cerrarla tras de mí. No esperé el ascensor, bajé de dos en dos los escalones. Cuando alcancé la calle, no tenía más plan que seguir corriendo, huir, puro instinto animal. Intentaba escapar de esa voz que pronunciaba mi nombre, de esos ojos color de mar bajo la tormenta. Pero no fui muy lejos, ni siquiera llegué a la esquina. Se me encharcó la vista, se detuvieron mis piernas, y un pinchazo agudo en el abdomen, como si acabaran de atravesármelo con una aguja de hacer punto, me obligó a llevarme los brazos al estómago. Me quedé allí, encorvada, intentando respirar, estorbando a la gente que pasaba por la acera. Me debían de mirar extrañados, pero mis ojos llenos de lágrimas no los veían, eran incapaces de ver nada que no fueran esas imágenes que se me echaban encima, sepultándome como un alud. Imágenes de papá, centenares. Y el tacto de su mano, el olor de su *aftershave*, el confort de su regazo. Sentí sus brazos levantándome en volandas, cogiéndome delicadamente por la cintura en ese vals de mis dieciocho años, ayudándome a andar por el pasillo de la iglesia, yo toda vestida de blanco. Oí su voz y la cadencia de sus pasos, que yo era capaz de distinguir entre la multitud, antes de que la enfermedad le obligara a arrastrar los pies. Vi su sonrisa de triunfador, su mirada de orgullo el día de mi graduación. Papá era para mí eso y mucho más. Lo era todo. Salvo que, de repente, ya no era mi padre. Gabriel me había hecho una pregunta, y ahora yo ya sabía la respuesta: la verdad me era absolutamente insoportable.

Un grito, un aullido casi, escapó de mis labios.

—¿Se encuentra bien, señora?

El propietario del pequeño supermercado pakistaní vino hacia mí corriendo y me agarró del brazo, supongo que temía que me desplomara frente a su establecimiento.

—El estómago —dije por toda explicación.

El contacto físico con ese hombre me devolvió a la acera. Al instante, el cemento, el tráfico, los peatones cayeron sobre mí como una tupida malla que no me dejaba moverme, que me asfixiaba. Me sentí minúscula ante la inmensidad de la avenida, los autobuses, los edificios, una angustia tremenda. Necesitaba huir de allí.

—Por favor —le supliqué—, necesito un taxi.

Se quedó a mi lado hasta que vio acercarse una luz verde. Hizo señas al taxista, me abrió la

puerta del coche y me ayudó a subir. El chófer me miró por el retrovisor no sin cierta aprensión.

—¿No tendrá el coronavirus ese?

El pakistaní fingió no entenderle y cerró la puerta. Ni siquiera le di las gracias.

—¿Adónde vamos? —me preguntó el taxista de mala gana.

No quería encerrarme en el frío e inmaculado vacío de mi casa, y no me veía capaz de sentarme junto a mi padre, al borde de su cama, y fingir que todo era igual que hacía un rato. Detrás, una furgoneta nos apremiaba a golpe de claxon. A falta de mejor refugio, di al taxista la dirección del bufete.

—¿Va todo bien, Carolina? —me preguntó preocupada mi secretaria nada más verme la cara.

Eché un vistazo al interior de mi despacho. Estaba todo igual que lo había dejado ese mediodía. Mis papeles, mi estilográfica, mis pequeñas manías esparcidas sobre la mesa. En la puerta, un rótulo: C. PLANADEVALL. SOCIA. Mi apellido, mi cargo, mi estatus. Al menos, allí la vida parecía inmutable.

—Todo bien, Isa, gracias. Pero no me pases llamadas ni dejes entrar a nadie, voy a intentar sacar trabajo, que tengo un buen atasco.

Cerré la puerta, me derrumbé en la silla. En el taxi, había echado cuentas: mamá y Gabriel habían roto a principios de julio, yo nací a finales de marzo del año siguiente. Lo había contado cincuenta veces, y cincuenta veces había obtenido el mismo resultado: menos de nueve meses, perfectamente posible. ¡Qué perspicaz esta detective, que ni siquiera había caído en ello! O sí, y había mirado para otro lado, a cualquier lado que no fueran esos malditos ojos azul marino. Ni su cara ni sus gestos, que ahora ya sabía a quién me recordaban, al final de nada había servido tanto esfuerzo para evitar reconocerme en ellos. Me acerqué a la ventana, fuera empezaba a oscurecer, el cielo semejaba un lienzo de Rothko, mitad añil y mitad carmesí.

—¿Y ahora qué?

Me lo pregunté a mí misma, bajito, porque en ese edificio moderno no pueden abrirse las ventanas y gritar a pulmón. Me lo pregunté durante horas, perdí la noción del tiempo, fuera oía pasos, la gente empezaba a irse a casa. Yo seguí allí dentro, encerrada en mi despacho, confusa, perdida. Había sido instruida para saber qué debía pensar, qué podía decir, cómo comportarme en cualquier momento y circunstancia. Cualquier momento, menos aquel en que descubriera que mi vida era pura filfa, un teatrillo de andar por casa. No me habían adiestrado para tal revelación, y ahora, sin un manual de instrucciones al que aferrarme, ignoraba qué debía hacer, cómo reaccionar. «¿Y ahora qué?», seguí preguntándome.

Me dolía el cuerpo, las articulaciones, la cuenca de los ojos, como si tuviera fiebre. Me dolía todo, pero sobre todo el engaño, e hice culpable a mi padre, él era quien me había mentido. No podía dejar de imaginarme la escena, era imposible que no hubiera oído el comentario de Tere. Y desde ese momento, hacía ya cincuenta años, había simulado no saber, se había esforzado en fingir que la mentira era verdad y que la verdad no existía. Tanto empeño había puesto en ello que hasta hacía poco yo había creído que ser hija suya era lo único inalterable en mi existencia.

Y le odié por ello durante un buen rato. Pero con el paso de las horas, dentro de ese remolino en mi cabeza, otro sentimiento se fue imponiendo, aunque al inicio fuera de forma tosca, como pintado a brochazos: papá tenía razón, verdad y realidad no eran lo mismo. Y nuestra realidad estaba en ese mundo que mi padre había mantenido en pie, en el que nos habíamos cobijado y en el que podíamos seguir viviendo. Una realidad en la que yo era hija de mi padre. Porque cada realidad tiene sus habitantes, y estos se hacen sus propias verdades a medida.

Y en esta realidad nuestra, por supuesto, no había lugar para Gabriel. Yo había sido una estúpida cuando había decidido no hacerles caso a papá y a Pepita cuando me pedían, con desesperación incluso, que dejara mis investigaciones, me había reído de ellos cuando proclamaban que ese hombre —ese tipejo— era peligroso. Y lo era, solo que yo no sabía que el peligro estaba en ese crujido de la mecedora que marcaba el avance de la historia, en sus ojos hundidos entre los pliegues de sus arrugas, en esa palabra que había salido de su boca. «Hija», había dicho. No iba a permitir que lo repitiera. Él no iba a ser mi padre, no le iba a dar la menor oportunidad de serlo, esa plaza ya estaba ocupada y lo seguiría estando aunque papá falleciera.

Un suave golpeteo de nudillos me devolvió al despacho.

—Adelante.

Gerard Santcliment asomó la cabeza.

—Siento interrumpir, ya me ha dicho Isa que estás liada. Pero, oye, mañana vienen los de Qunstram con los posibles compradores coreanos, y me gustaría que estuvieras. Nadie lleva mejor que tú estas operaciones. Eso, claro está, siempre que creas que te vas a poder hacer cargo. —Me lanzó una mirada afable—. ¿Cómo está tu padre?

—Acabándose. Cuestión de días, parece.

Mi socio movió la cabeza pesaroso.

—Lo siento mucho, Carol. Por ti, claro, pero también por este país. Quedan pocos hombres como tu padre, empresarios de los pies a la cabeza, que llevan los negocios en la sangre y en el apellido. Con él y unos pocos más, se acaba una forma de ser empresario, créeme.

Agradecí el cumplido de Gerard con una sonrisa tan afectuosa como la suya.

—¿A qué hora será la reunión mañana?

—¿Con Qunstram? A las once.

—Cuenta conmigo —respondí contenta de tener algo nuevo que echarme al cerebro.

—Perfecto. Y luego tendríamos que hablar de cómo nos organizamos si nos mandan a todos a casa.

—¿A casa? ¿Por qué? —Abducida como estaba en mis historias, no sabía de qué me hablaba.

—Carol, ¿en qué mundo vives? Esto del coronavirus pinta mal, en Madrid mañana cierran las escuelas. Dicen que los hospitales no dan abasto y que podrían confinarnos en cuestión de días.

—Bueno, pero podremos venir a trabajar, ¿no?

—Ni idea, nadie sabe nada. Mejor prepararse por si acaso, mañana lo hablamos. Ahora vete a casa y descansa; no me gusta decírtelo, pero tienes mala cara.

Me dirigió una última sonrisa mientras cerraba la puerta. Gerard tenía razón, papá había sido un gran hombre. No era mi padre biológico, pero eso era culpa de mi madre, no suya, así que no había motivo para que yo no siguiera siendo su orgullosa hija. Una hija criada y educada a su imagen y semejanza, yo era el rastro que él dejaba en este mundo. Su heredera, y no solo en lo económico. Y ahora era el momento de demostrarlo, tenía que hacer con papá lo que él había hecho tan bien conmigo: callar y fingir. Callar la verdad. Fingir que no pasaba nada, que todo seguía igual. Vivir en nuestra realidad, ni más ni menos. Seguro que yo podía hacerlo unos pocos días si él había podido hacerlo tantos años. Guardaría para siempre su secreto, él ni siquiera sabría que ahora era ya el nuestro. La verdad era dolorosa, pero lo sería menos si todos fingíamos ignorarla.

Aun así, decidí quedarme en el despacho. Por un día que no fuera a visitar a papá no pasaba nada, aún estaba demasiado aturdida, emocionalmente alterada, para arriesgarme a salir de mi particular refugio. Gerard tenía razón, estaba agotada, debía descansar. Pensé que estaría bien desaparecer del mundo, aunque fuera solo durante unas horas. Pero no, el mundo es tozudo y no está dispuesto a darme este respiro. Al menos no mientras mi hija forme parte de él.

—¿Vienes ya o no? —me soltó Ariana nada más cogerle la llamada.

—¿Adónde?

—¿Cómo que adónde? ¡A casa del abuelo! ¿No me pediste ayer que viniera? Pues aquí estoy, esperándote.

Sí, se lo había pedido, pero ya ni me acordaba.

—Hoy no puedo ir, dale un beso de mi parte.

—¡Eh, a mí no me dejes colgada! Que Pepita está empeñada en que cenemos aquí.

—Genial, quédate tú, así no estarán solos.

—Ni de coña.

—Ari, ¿no te estarán oyendo? —pregunté alarmada.

—No sé, estoy sola en la biblioteca, pero en esta casa nunca se sabe, fijo que Pepita escucha detrás de las puertas. Espera, veo una sombra...

—Déjate de bobadas, anda. Haz compañía al abuelo, sé una buena nieta. —Sabía que el plan le parecía un horror, pero aun así insistí—: Y quédate a cenar, hazme ese favor. Hay cosas peores en la vida.

—Puede, pero tampoco me interesan. Además, hace años que el abuelo no tiene interés en hablar conmigo, le caigo como el culo. —Por el tono, era evidente que mi hija se estaba poniendo de un tremendo mal humor—. Al menos ya no me lo tomo como algo personal, ahora creo que es porque me parezco a la abuela Elena, debe de pensar que soy su reencarnación. Pero tengo suerte, al menos a mí no me zurra, no como a ella.

Me quedé helada.

—¿Qué has dicho?

Silencio.

—Ariana —siseé—, ¿qué acabas de decir del abuelo?

—Lo has oído perfectamente —respondió al fin desafiante.

Mal momento había elegido mi hija para provocarme.

—Quién te ha dicho esa mentira, ¿eh?

Otro silencio, esta vez no tan largo.

—No es mentira, mamá, y lo sabes. Igual que sabes otras cosas.

Hablaba lento, sus palabras caían como gotas de mercurio: lentas, plomizas y oscuras. Creo que fue eso lo que me puso en alerta, lo que me hizo presentir el peligro. Nos habíamos adentrado en un campo de minas y ahora las dos medíamos nuestros pasos para no saltar por los aires.

—¿Ah, sí? —respondí cauta—. ¿Y qué se supone que sé?

—Dímelo tú.

—Sé muchas cosas, pero ahora no sé a cuáles te refieres.

Guardó unos segundos de silencio, yo no podía respirar.

—Olvídalo, mamá —dijo al fin—, dejémoslo estar.

Se batía en retirada. Y justamente por eso comprendí, sin atisbo de duda, que Ariana lo sabía. Sabía quién era mi verdadero padre e intuía la potencia de la deflagración. Si la carga explosiva que tenía en su boca hubiera sido menor, la habría hecho estallar sin contemplaciones. Se lo agradecí y a la vez me dio rabia, me había perdonado la vida porque yo le daba pena, y no hay forma más humillante de sobrevivir que esa. Ignoraba de dónde había sacado mi hija esa información, pero no tenía ningún derecho a saberla. La rabia me subió desde el estómago y fui incapaz de contenerla.

—Bien, olvidémoslo pues —respondí cortante—. Y de lo que también te vas a olvidar es de salir esta noche. La ciudad está llena del virus ese, así que no hay más plan que quedarte con el abuelo y luego directa a casa.

—¡Y una porra!

—¡Ni porra ni porros! ¿Me has oído? Dile a Pepita que nos quedamos las dos a cenar, dentro de cinco minutos salgo del despacho y voy para allí. Mientras tanto, compórtate como lo que tendrías que ser siempre, una nieta cariñosa y orgullosa de su familia, ¿entendido?

No hubo respuesta, se limitó a colgarme. La conocía lo suficiente para saber que, aun a regañadientes, iba a quedarse en casa de papá, al menos hasta que yo llegara. Ahora también ella estaba furiosa, pero daba igual. Si Ariana conocía la verdad, había decidido no verbalizarla. Con eso tenía suficiente, al menos de momento. Era obvio que teníamos una conversación pendiente, pero sería cuando yo quisiera, no iba a cederle el mando. Iba a esperar a que papá muriera, a acabar con Gabriel. Aprovecharía una noche tranquila, sentadas las dos en el sofá. «Qué poco importa la genética —le diría indiferente, como quien habla del tiempo—, lo verdaderamente importante es el cariño, la educación que recibimos, ¿no te parece, hija?» Eso le diría, reduciría la carga explosiva, toda bomba puede convertirse en poco más que un petardo si se moja bien la

dinamita. Después, tendría que asegurarme de que entendiera que era mejor para ambas guardar silencio de por vida. Callar y disimular.

—Ariana, hija —dije para mis adentros—, bienvenida a la familia.

Recogí mis cosas y salí del despacho, convencida de que podría manejar la situación. Pasé por delante de la pared acristalada del vestíbulo, en la que tengo la costumbre de mirarme de reojo cada mañana cuando entro a trabajar, para comprobar que encajo en este mundo, que este es mi territorio. En cambio, nunca había sentido la necesidad de un espejo a la entrada del edificio familiar de la Bonanova. No hacía falta, sabía que yo pertenecía a esa casa. Y ahora resultaba que era la casa la que me pertenecía a mí. Puede sonar parecido, pero no lo era, el orden de los factores alteraba el resultado, lo percibí nada más llegar y empujar la pesada verja.

—Buenas noches, señorita —me saludó Pepita visiblemente satisfecha—. No sabe lo contento que se ha puesto el señor al ver a la niña.

—Pues Ariana dice que su abuelo frunce la nariz cada vez que la ve —respondí, a modo de broma, mientras ella me recogía el abrigo.

—¡Tonterías! Aunque motivos tendría el señor para hacerlo, desde luego, menuda pinta, y no lo digo por la cara que lleva por el accidente. Esta niña podría ser muy mona si fuera arregladita.

—Déjala, está en la edad de querer ser distinta, igual que todas —la defendí sin mucho convencimiento—. Y mi padre, ¿cómo está?

—Como ayer, señorita. No ha pasado mala noche.

Eso, en los tiempos que corrían, era un excelente parte de guerra.

Ariana y papá estaban en el saloncito de diario, él no había querido que su única nieta le viera acostado. En el sillón parecía menos consumido que postrado en su gran cama. Aliviada, comprobé que mi hija hablaba sobre la universidad, papá fingía escucharla con interés. Ariana estudia Comunicación Audiovisual, todo eso a él le debía de sonar a chino. Aun así, los dos se esforzaban, la una en contar, el otro en asentir. Los contemplé satisfecha: una típica escena de abuelo y nieta, que nadie viniera a decirme lo contrario. Papá me vio en el quicio de la puerta y sonrió. Y, si yo aún tenía alguna duda, esa sonrisa corroboró mi decisión. Supe con toda certeza, como había sabido siempre, que ese hombre me adoraba. Y el hecho de que no fuera mi padre biológico y él lo supiera convertía ese gesto en algo más maravilloso. Porque tenía que ser muy difícil querer así al fruto de la relación de tu esposa con otro hombre. Y más si ese hombre era Gabriel y, en venganza, había dejado el rastro de sus ojos en mi cara, para recordárselo cada día.

—Hola, papá. Hola, Ari.

Les di un beso a cada uno. Papá hizo un esfuerzo por devolvérmelo, mi hija no.

—Bueno —dije—, aquí estamos por fin, toda la familia reunida.

Ariana resopló sin disimulo.

—Se quedarán a cenar, ¿verdad, señorita? —me preguntó Pepita.

—Claro que sí, nos quedamos las dos.

—Yo no tengo hambre —saltó rauda mi hija, encarándoseme—. Acabo de merendar, Pepita

me ha dado un pedazo de pastel.

—El último trozo del massini del domingo, que se lo estaba guardando —se justificó la otra con voz lúgubre, viendo cómo se le escapaba la niña—. Y era un pedazo pequeño.

Mi hija intentó protestar, pero la atajé antes de que hablara.

—Nos quedamos, Pepita, pero prepara algo ligero, a mí también me conviene cenar poco. Desayunar como una reina, almorzar como una princesa y cenar como una mendiga, esa es la mejor dieta, y yo intento cumplirla.

—Los mendigos no cenan cada noche barritas dietéticas y una botella de vino caro —masculló Ariana.

Yo, en venganza, señalé acusadoramente la sudadera de mi hija.

—Hablando de mendigos, podrías haberte puesto un jersey bonito, y no esta cosa zarrapastrosa.

Ariana me fulminó con la mirada y cayó en un silencio hosco. Iba a quedarse, pero dejando claro que estaba enfadada por tener que cenar allí, por no poder salir corriendo hacia su habitación, o simplemente por ser mi hija, a saber. Se quedó al margen de la conversación, pendiente del móvil. Yo le cogí el relevo, le conté a papá historias, planes, tonterías. Cuando estaba con mi padre, pensaba que quizá era la última vez que podía hablar con él, que era nuestra última charla, y entonces era incapaz de encontrar temas adecuados, todos me parecían banales y superficiales, y como a él le costaba hablar, la conversación fluía a trompicones. Esa tarde, además, intentaba que no notara mi estado alterado, mientras hacía todo lo posible para convencerme de que las dos palabras que había oído ese mediodía no tenían, en realidad, la menor importancia. Yo debería haber sido hija de Ricard Planadevall, llevaba su apellido, él me había criado y me había educado. Verdades sólidas e indiscutibles, que oponía a las palabras pronunciadas por Gabriel. Como una compacta barrera de peones blancos frente a la salida desesperada del rey de negras.

—La cena está a punto. ¿El señor va a comer con las señoritas? —nos interrumpió Pepita al cabo de un rato.

Él negó con la cabeza.

—Venga, sí, papá, cena con nosotras —intenté animarle.

Volvió a negar, esta vez más enérgico.

—Mejor cenad vosotras, yo comeré algo en mi cuarto y me acostaré.

Entendí que no quería que Ariana le viera mientras la enfermera le ayudaba con la cuchara, demasiado tembloroso el pulso para aguantarla en equilibrio.

—Como prefieras. —Me incliné para darle un beso—. Que descanses, hasta mañana.

También Ariana se levantó y acercó sus labios a la mejilla de papá.

—Buenas noches, abuelo.

No dijo hasta mañana, porque no tenía intención de volver al día siguiente. Para ella, había cumplido ya por unos días. Lo que, para papá, significaba que quizá era la última vez que la veía.

Mi hija se retiraba ya de su lado cuando él la cogió por la muñeca.

—Oye, Ari, prométeme que cuidarás de tu madre.

—¡Eh! —protesté riendo, simulando que todo era broma—, que ya soy mayorcita para valerme por mí misma. Y pobre de mí si ha de cuidarme esta, que no sabe ni cuidarse a sí misma, ya le ves la cara, menudo golpetazo se dio.

Papá no me hizo ni caso, tenía la mirada fija en Ariana, la mano alrededor de su muñeca.

—De verdad, cuídala. No sabes cómo me duele marcharme y dejarla tan sola.

—No está sola... —empezó a protestar mi hija, visiblemente incómoda.

Papá endureció su gesto, también su voz.

—Sí, lo está desde que tu padre la dejó para irse con esa pelandusca, que debió de pensar que era millonario, ya ves, pobre chica, ahora sabrá que si algo tenía Alberto era gracias a nosotros.

—Papá tiene un trabajo y un buen sueldo, no le debe nada a nadie —saltó Ariana desafiante —. Y ella no es una pelandruna o pelun... Eso que has dicho. Se llama Victoria y es buena tía. Se quieren, van a casarse y pronto tendrán dos hijos. Mis hermanos.

—Hermanastros —corregimos papá y yo al unísono.

—¡Hermanos y punto, joder!

Ariana levantó la voz, se soltó de la mano de su abuelo con cierta violencia.

—¡Ariana, más respeto por tu abuelo!

—¿Y él? ¿No tendría que empezar él por respetar a papá?

Pese a su debilidad, el abuelo estaba tan alterado como la nieta. Y aunque no podía gritar, su voz ronca no dejaba lugar a dudas.

—Tu padre es un mentiroso, un mal hombre que engañó a tu madre y la dejó —sentenció lentamente—. Ningún respeto merece quien así actúa, y punto.

Estaba acostumbrado a finiquitar cualquier discusión con frases lapidarias como esta, sus puntos eran siempre puntos y finales. Eso era porque no discutía con su nieta.

—¿Papá un mentiroso? ¿Y no es más mentiroso quien mantiene un matrimonio que ya no funciona?

Ariana, permanentemente enfadada conmigo y siempre dispuesta a defender a su papaíto, no entendió que la rabia de su abuelo tenía que ver con Alberto, sí, pero también con mamá y con Gabriel, y con viejos rencores que nunca habían cicatrizado. Mi hija no suele captar las sutilezas, aunque tengan el tamaño de un portaviones.

—Niña, la vida no es hacer siempre lo que nos da la gana —volvió a sermonear papá lentamente y parando para coger aliento—, asumimos compromisos y deberes que debemos cumplir, tenemos composturas que mantener, y eso es importante que lo aprendas. Mira tu madre, ella es tu mejor ejemplo —aspiró con fuerza—, una auténtica señora, una perfecta Planadevall.

Iba a darle las gracias a papá por el cumplido, mientras alargaba el brazo para asir a Ariana y arrastrarla hacia el comedor. Pero no fui lo bastante rápida. Mi hija se apartó de mí bruscamente

y chasqueó la lengua. Aunque quizá lo que oí en realidad fue el clic de la espoleta al iniciar la deflagración.

—Sí, claro, mamá es una Planadevall de pura cepa, no hay más que mirarla a los ojos, ¡ay, no, esperad! Justamente a los ojos no, que en eso ha salido a su padre.

Silencio sepulcral. Ninguno de los cuatro supimos qué hacer ni adónde mirar. Incluso Ariana se quedó petrificada, como si acabara de darse cuenta de las consecuencias de esas palabras que aún resonaban en el saloncito. Pepita ahogó un grito, papá se agarró con fuerza a los reposabrazos de su sillón. Eso fue todo durante unos largos segundos. Permanecimos inmóviles, silentes, conscientes de que acabábamos de desobedecer la regla más elemental: callar y disimular. La primera en recuperarse fue Ariana.

—Eh, yo... no quería decirlo, de verdad, abuelo, lo siento —balbuceando, recogió la mochila que tenía sobre una banqueta y echó a andar hacia la puerta—. Me marcho. Tú quédate a cenar, mamá, mejor yo no... Adiós, abuelo.

Se escabulló con rapidez, no tardó nada en llegar a la puerta de la calle. En el silencio del salón, oímos el chirrido de la verja al cerrarse.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —preguntó papá.

No sabía cuándo se había enterado Ariana, así que respondí solo por mí.

—Desde hace unas horas.

—¿El detective? —aventuró papá.

Negué con la cabeza.

—No existe tal detective, papá.

Hice hincapié en la última palabra, porque hay cosas que han de contarse con calma y dejando claro desde el inicio que nada va a cambiar cuando acabe el relato. Papá se recostó en el sillón y cerró los ojos. Yo empecé por el principio. Por el libro escondido en la biblioteca, el encuentro en la sala de ajedrez, la fotografía en la cartera, mi primera visita a casa de Gabriel. Su relato, desde la pelea en la barca. Papá escuchó en silencio, los ojos cerrados. Esbozó una ligera sonrisa cuando conté la frustración de Gabriel al ver a mamá saltar desde la roca, movió disgustado la cabeza cuando relaté los encuentros en la editorial y la permisividad de tía Clara, abrió los ojos sorprendido cuando le hablé de los avioncitos de papel aterrizando en el jardín.

—¿Y esa tontería le hizo gracia a tu madre?

—Eso parece.

—Yo le compraba joyas, ¿sabes? Siempre me asombra lo mucho que llegué a quererla y lo poco que conseguí entenderla.

Luego, la muerte de tía Clara, la boda, el truco del papel lanzado al suelo del tanatorio, el reencuentro en lo alto del funicular de Montjuïc, los miércoles en casa de Gabriel, las cien pesetas gastadas en compras furtivas...

—¿Y por qué no le dejabas a mamá ponerse pantalones, si puede saberse?

—A mí me daba igual, pero ya conocías a tu abuela Amelia, me hinchaba la cabeza con que

Elena no se vestía ni se comportaba adecuadamente. Y tu madre vaya otra, terca a más no poder.

—Ariana se parece mucho a ella.

Papá suspiró derrotado por la fuerza de la genética.

—Ni te imaginas cuánto.

Seguí con el relato de Gabriel, no hablé de los malos tratos, me callé también que había interrogado a Sita, no quería que papá se enfadara con ella. Pepita escuchaba de pie junto a la puerta, sus dedos aprisionando la pequeña cruz que colgaba de su cuello. No me importaba que lo oyese todo, al fin y al cabo ella sabía más de esa historia que yo. Hasta ese mediodía, sabía más de mí que yo misma. Llegué al encuentro en la pastelería de Sant Feliu, las palabras de Tere, el descubrimiento.

—Él ignoraba que tenía una hija. Hacía casi cuatro años que no veía a mamá, seguramente cuando lo dejaron ella ni siquiera sabía que estaba embarazada. Si no hubierais coincidido ese domingo en La Vienesa, él no lo habría sabido nunca. Ni tú. Ni yo.

Papá volvió a cerrar los ojos.

—Siento que te hayas enterado por él —dijo al fin con un hilo de voz.

Sí, también lo sentía yo. Pero ¿qué podía reprocharle a un hombre que, tras toda una vida pendiente de mí, estaba a punto de morir? Poca cosa, la verdad.

Nos quedamos ambos en silencio, sumidos en nuestros respectivos pensamientos. Hay muchas cosas en qué pensar cuando descubres que no eres hija de tu padre. Muchos sentimientos que apuntalar para que no se desmoronen. Papá siguió un buen rato con los ojos cerrados, como si le lastimara la luz. No los abrió siquiera cuando rompió el silencio.

—¿Estás hablando con él porque crees que soy culpable de la desaparición de tu madre?

—No, papá, al contrario, estoy hablando con él porque sé que eres inocente.

Oí unos pasos ligeros a mi espalda entrando en el saloncito.

—Disculpen, pero creo que el señor debería cenar y acostarse —dijo la enfermera tímidamente—, lleva ya mucho rato levantado.

—¿De verdad no quieres que cenemos juntos, papá?

—No, hija —y él también hizo una especial inflexión al pronunciar esa palabra—, esa mujer tiene razón, estoy agotado. Demasiadas emociones para un moribundo como yo.

Le ayudamos a levantarse, le acompañamos —la enfermera sujetándole de un brazo, yo del otro— hasta su habitación. Pepita trajo una bandeja con el caldo de fideos y una pera cortada en pequeños cachitos, que depositó en una mesita junto a la cama.

—Idos vosotras, yo ya me apaño con la ayuda de María.

Entendí que María era la enfermera y que prefería que ella, una desconocida, le ayudara a comer, seguro que le daba menos apuro.

—Como quieras, papá.

Le di un beso, acerqué mi nariz a sus labios para que me lo devolviera. Ya en el quicio de la puerta, me giré para contemplarle. Él también se me quedó mirando. Nunca hemos necesitado

muchas palabras para entendernos él y yo, estamos cortados por el mismo patrón. La suya fue una mirada de esas que te envuelven y te dan calor, como una manta en el sofá. Confié en que él hubiera recibido igual la mía, porque la necesitaba. Estaba enfermo y cansado. Yo aún no me resignaba a perderle. Igual que sé que él jamás se habría resignado a perderme a mí.

# CAPÍTULO 30

En la cocina reinaba el silencio, solo roto por el rasguño del estropajo en la sartén en la que Pepita acababa de prepararme una sencilla tortilla a la francesa.

—Le he puesto el servicio en el comedor pequeño.

—Déjate, mejor ceno aquí.

Me derrumbé en la silla junto a la mesa de la cocina, de repente me sentía muy cansada. Pepita puso un pequeño mantelito, cubiertos, servilleta y una copa, que llenó de vino tinto. Me conoce y sabía que lo necesitaba.

—Aquí tiene, señorita, que aproveche.

Por la manera brusca en que depositó frente a mí el plato —con la tortilla y una rebanada de pan con tomate—, tuve claro que estaba enfadada. Y que no iba a hablarme si no era yo la que rompía el hielo. Pero yo no tenía prisa, agradecía el silencio. Las últimas horas habían sido muy intensas y necesitaba unos minutos de relax, si es que en un día como ese tal cosa era posible. El momento en que había sumergido mi mirada en los ojos de Gabriel parecía ya lejano, aunque hubieran transcurrido poco más de seis horas. Aún hacía menos tiempo que había decidido no hablar jamás de ello con nadie, pero gracias a Ariana no había hecho otra cosa. Cené en silencio mientras Pepita, de espaldas, fingía estar atareada en sus quehaceres.

—Estamos muy calladas —dije cautelosamente, una vez que hube tragado el último bocado de tortilla.

No había acabado de hablar y Pepita ya se había girado, como accionada por un resorte mecánico.

—¡La que tenía que haber estado calladita es la niña!

—No, Pepita, el problema es que habéis callado todos. Si me lo hubierais dicho hace tiempo, hoy no habríamos tenido esta escena. Pero, claro, en esta casa la verdad no importa, lo realmente importante es que no se sepa.

—No estará culpando al señor, ¿verdad? —se escandalizó—. Lo que hizo la señora Elena no tiene perdón ni remedio, pero el señor se ha portado con usted como un auténtico padre, eso téngalo siempre presente. Y usted es una señora de los pies a la cabeza, una Planadevall como la copa de un pino, y que nadie lo ponga en duda. Y usted menos que nadie, señorita. Quizá fue concebida en pecado, pero está libre de toda culpa. A diferencia de esos dos —di por hecho que se refería a mamá y a Gabriel—, que deberían arder en el infierno.

—Supongo que tú sí lo has sabido todo este tiempo, desde el encuentro en la pastelería.

—Al momento no, la verdad. Sí que pensé que esa mujer llevaba razón, que tenía usted los mismos ojos que ese hombre, una casualidad, porque otra cosa no se me pasó por la cabeza, Dios me librara de pensar mal de la señora... Pero luego sí, claro, luego oí la discusión y até cabos.

—¿Qué pasó luego, Pepita? Solo sé que mamá se marchó poco tiempo después.

—Se marchó esa misma noche, si es que quiere saberlo.

—Sí que quiero. Quiero saberlo todo. Y si no me lo cuentas tú, me lo contará él.

Fue mentarle, y de los ojos de Pepita saltaron chispas.

—Es un mal hombre, ya le dije que era peligroso, pero no me ha hecho caso. Y, ¡ea!, aquí tiene el resultado. No hable más con él, porque lo único que quiere es echar estiércol sobre esta familia y sobre el señor. Y la culpa es suya, señorita, por darle cuartelillo.

—Pues explícamelo tú.

Retiró mi plato con otro gesto brusco, los cubiertos que había depositado en él cayeron al suelo, el estrépito al chocar contra las baldosas resonó en el silencio de la casa. Me agaché a recogerlos. Aún estaba en cuclillas cuando lo dijo.

—La señora Elena fue infiel, faltó al más elemental respeto que una esposa ha de tener por su marido. El señor estaba en su derecho de hacer lo que hizo.

Me levanté lentamente, dejé los cubiertos en el plato. La miré a los ojos y me aguantó firme la mirada, casi desafiante. Le cogí el plato de la mano y lo dejé sobre el mármol, cogí otra copa del armario y la botella de vino. Dejé ambos en la mesa, frente a mi copa. Serví vino en las dos y le señalé la silla.

—No, señorita, no me voy a sentar —dijo negando enérgicamente con la cabeza.

—No soy ya la señorita. Soy la señora de esta casa, y te digo que te sientes.

Dudó unos segundos, luego se quitó el delantal y se sentó. Obedeció mi orden porque Pepita nunca ha perdido de vista su condición de miembro del servicio. Yo sí, con ella casi siempre me olvido, pero no esa noche.

—Venga, empieza— le ordené.

Dejó caer las manos en su regazo, señal de claudicación.

—Salimos de la pastelería con el brazo de gitano, uno grande porque ese fin de semana estaban también doña Amelia y don Manuel. Volvimos a casa en silencio, yo ya noté que algo andaba mal, con esa tensión que se palpaba en el coche, pero usted se había despertado de mal humor y bastante tenía con conseguir que se callara. Cuando llegamos a casa, el señor me ordenó que mandara preparar las maletas porque volvíamos a Barcelona esa misma tarde. Antes de comer se encerró a llamar por teléfono.

—¿A quién?

—No lo sé, yo no escucho tras las puertas —respondió algo ofendida—, pero creo que fue a esos dos hombres que vinieron.

—¿Qué hombres?

—No sé quiénes eran, no los había visto jamás y no los volví a ver. Pero el señor estuvo

esperándolos, nervioso. Eran dos, y no dos caballeros precisamente, usted ya me entiende, que justo por eso me llamaron la atención, no eran la clase de amigos que tenía el señor. Los recibió fuera, junto a la verja, ni siquiera los hizo entrar en casa. Yo los vi por casualidad, estaba en la cocina preparándole la merienda. No es que mirara mucho, no fuera a pensar el señor que le espiaba, pero —bajó la voz como si temiera que papá nos oyera desde su cuarto— yo juraría que les dio un fajo de billetes antes de que se fueran. Luego entró en casa y dijo que nos íbamos al cabo de media hora. Yo a usted le di el doble de merienda, la atiborré para que hiciera una buena siesta todo el viaje, pero la verdad es que luego me arrepentí porque en ese coche había un silencio inquietante. El señor conducía serio y muy muy rápido, yo estaba asustada de lo mucho que corría, pero Dios me librara de decir nada. Y la señora tampoco abrió la boca, estuvo todo el rato mirando por la ventanilla. Pasaba algo, eso era seguro, pero ¡cómo iba a saber yo, señorita, lo grave que era el asunto!

Llegaron a casa, entre papá y Pepita subieron las maletas, porque como no tenían intención de regresar hasta el día siguiente habían dado fiesta al resto del servicio. Pepita las llevó al dormitorio de mis padres, y desde allí oyó que, en la biblioteca, mamá le decía algo a papá, aunque no lo entendió. Pero sí le llegó, alta y clara, la respuesta.

—¡Cállate, puta!

A Pepita le tembló ligeramente la voz al recordarlo.

—Que lo que me asustó no fue la palabra, que también, sino el grito del señor, que en este piso tan grande y silencioso estalló como un trueno.

Mamá entró en el dormitorio, estaba pálida, parecía aún más menuda de lo habitual. Pidió a Pepita que dejara la maleta, ya la desharía luego, quería estar sola. Así que Pepita se fue para la biblioteca, donde yo intentaba en vano que papá me subiera a su regazo. La sala estaba en penumbra.

—¿Le abro las ventanas, señor, le corro las cortinas? —preguntó Pepita.

—No, está bien así. Y llévate a la niña. Pero antes tráeme hielo. Mucho hielo.

Pepita cumplió con el encargo, regresó con una cubitera llena hasta arriba, que colocó junto al mueble bar, del que papá había sacado ya un vaso y la botella de whisky. Luego me cogió de la mano, me llevó hacia la puerta. Pero antes de salir me giré, con toda la inocencia que dan los tres añitos.

—Papá, ¿iremos a los caballitos mañana?

Y mi padre, en lugar de prometerme que sí, que iríamos y me subiría al coche de los bomberos y podría tocar la campana, giró la cara, nos dio la espalda.

—¡He dicho que te la lleves, joder!

Pepita me arrastró a mi cuarto, cerró bien la puerta. Tenía claro que algo sucedía y, fuera lo que fuera, quería mantenerme al margen. También yo parecía intuirlo, porque estaba inquieta y lloriqueaba todo el rato. Pepita tuvo que leerme cuentos y hacerme polichinelas para calmarme, y aun así lo suyo le costó. Salió un par de veces, a por agua y unas galletas, sigilosa, porque el piso

seguía en silencio, mamá en su habitación, papá en la biblioteca, sentado en el sillón, ya en la segunda botella de whisky, la mirada perdida en la nada. La segunda vez, cuando Pepita volvía de la cocina, le vio venir por el pasillo tambaleándose y entrar en su dormitorio. Oyó el chasquido del pestillo por dentro. Y Pepita corrió hacia mi cuarto, justo enfrente del de mis padres, no quería que yo estuviera sola si había gritos. Y los hubo, y muchos. La voz de papá llegaba alta, enturbiada por el alcohol. Increpaciones, insultos, «maldita puta» repetido una y otra vez, como un eco inacabable. A Pepita le pareció que mamá intentaba explicarse, quizá negarlo todo, pero fuera lo que fuera lo que dijo solo logró enfurecerle más. Entonces le pareció oír golpes, el crujido de la cama al caer alguien con fuerza sobre ella. Pepita, a mi lado, se puso a cantar, cada vez más alto, para que yo no oyera.

—Le cantaba zarzuelas, trocitos de *La Revoltosa* y de *La verbena de la Paloma*, también algunas coplas, que ya sé que hablan de celos y amores rotos y no son canciones para niños, pero me perdonará usted, señorita, que yo de canciones infantiles no sé porque nunca me las cantaron. Y pasaba el rato y seguían los gritos y los golpes, hasta que en el dormitorio de los señores cesó el ruido, y también usted se durmió y todo quedó en silencio. Entonces oí abrirse la puerta del dormitorio, miré por la rendija y vi salir al señor, completamente desnudo, que yo no quería verle así, señorita, válgame el cielo, pero cómo iba a saberlo. No había pasado ni una hora cuando desde la biblioteca me llegó el estrépito de un vaso al estrellarse contra la pared, y me lo encontré dormido en el sillón borracho perdido, y me dio miedo, así que volví a su cuarto, señorita, y me quedé a su lado, sentada en el suelo, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—No sé, por si acaso.

No quiso decir en voz alta que temió que papá, borracho y sabiendo que yo no era su hija, quisiera hacerme daño. No hizo falta que lo verbalizara, tan claro era que se vio obligada a disculparse.

—Que eso lo pensé solo esa noche, y que Dios me perdone por haber dudado ni un segundo de un hombre como él.

Se llevó la mano a la pequeña cruz, tiró de ella y se la acercó a los labios.

—¿Y mamá? ¿La viste marcharse?

Sí, Pepita la vio marcharse. De hecho, fue la única que le dijo adiós. No la oyó salir de su habitación, pero sí entrar en la mía de puntillas. Vestida para salir a la calle, arrastrando una pequeña maleta. La habitación estaba en penumbra, salvo por la luz que entraba del pasillo. Pepita aún recordaba el sobresalto de mi madre cuando la vio allí, sentada junto a mi camita. Mamá pensó que Pepita iba a gritar, a delatarla. Y a punto estuvo de hacerlo, se levantó con esa intención. Entonces le vio la cara, desfigurada por los golpes. No avisó a papá, no le salió la voz. En silencio, se limitó a interponerse entre mi madre y yo.

—Tranquila, no voy a llevármela conmigo, no sé adónde voy ni si saldré adelante. Ni siquiera sé si hago bien marchándome. Pero es que no puedo quedarme aquí, no quiero que sea así como

me conozca mi hija. Algún día se lo explicaré... Déjame que me despida de ella, anda.

Y Pepita se apartó. Mamá se acercó hasta mi cama, se quedó un rato mirándome y me dio un beso. Eso fue todo. Pepita me aseguró que no derramó ni una lágrima. Pero sí oyó su voz, ya desde la puerta, la maleta en la mano.

—Necesito que cuides de ella, que te quedes a su lado, que procures que sea feliz. Puedes hacerlo, porque adoras a Carolina y ella te adora a ti. ¿Me lo prometes?

Pepita, en silencio, asintió.

—Y por favor, Pepita, guarda el secreto. Mientras allí fuera crean que es hija de mi marido, todo irá bien, estoy segura de que él la criará como tal, a la niña no le faltará de nada. Ella no tiene la culpa, solo yo la tengo, solo yo he de sufrir las consecuencias.

Y se fue, tan silenciosa que no crujió el suelo ni se oyó puerta alguna, como si se hubiera desvanecido en el aire. La maleta que llevaba era tan pequeña que Pepita llegó a creer que la señora se marchaba solo por un par de días, hasta que todo se calmara, ¿qué otra cosa podía hacer entonces una mujer sola? Al cabo de unas horas, cuando el alba empezó a colarse por los ventanales de mi cuarto, Pepita se fue al suyo, se desvistió y se puso el camisón. Quería poder decir que no había visto ni oído nada. Apenas había acomodado la cabeza en la almohada cuando oyó pasos y, desde la habitación de matrimonio, le llegó el grito furioso de papá.

—Y así fue como se marchó la señora.

Seguía sentada junto a la mesa de la cocina, las manos sobre la falda, la cabeza gacha, su copa de vino intacta. Durante todos estos años, yo había creído que cuidaba de mí al servicio de mi padre, y ahora resultaba que lo hacía cumpliendo lo que le prometió a mi madre.

—Lo que hizo papá fue una salvajada —dije al fin—. Pero mamá podía haber ido a la policía a denunciarlo, no tenía por qué marcharse.

—¿A la policía? Eso es ahora, entonces habría tenido que explicar los motivos. —Yo iba a decir que nada podía justificar esa paliza, pero Pepita me detuvo—. Eran otros tiempos, señorita, que un marido pegara a su esposa no era nada del otro mundo, pero una mujer infiel podía acabar en la cárcel. No puede usted juzgarlos a ninguno de los dos, como si todo eso hubiera sucedido esta mañana, no sería justo y lo sabe. Quizá el señor tenía que haber contenido su furia, pero lo que hizo la señora fue muy gordo. Era una mujer débil de carácter, cayó en la tentación, fue una mala esposa. Pero aún estaba a tiempo de ser una buena madre, podía incluso haberlo compensado dándole al señor un hijo varón, qué menos, y ni eso quiso hacer por el bien de esta familia.

Ni se dio cuenta de lo que estaba diciendo, decidí que no valía la pena ofenderme ni enfadarme.

—Podía haberse divorciado y quedarse por aquí cerca, venir a verme —insistí.

—¿Cómo iba a hacer eso, señorita, si en este país no había divorcio entonces? —me corrigió Pepita devolviéndome a la realidad—. Tenía que quedarse en esta casa, en su sitio, no tenía otra alternativa.

—Sí, huir.

—Eso no era una alternativa, eso fue un gran error y bien que lo pagó.

—¿Cómo lo pagó?

Pepita se removió incómoda en la silla. Fue el primer movimiento que hizo en todo ese rato.

—Yo no sé nada, solo lo que decían...

—¿Y qué decían, a ver? —apremié con poca paciencia, pero en un día como el que llevaba no creo que nadie pudiera reprochármelo.

—Pues decían que ese hombre vivía de ella y que la había obligado a meterse a... —levantó los ojos, su mirada imploraba perdón por lo que iba a decir— a mujer de la calle, señorita, a eso se dedicaba la señora Elena, decían.

—¿Quién lo decía?

—Las otras chicas de servicio, cuando íbamos al cine o al baile del Price los jueves, que lo habían oído de sus señoras. Y yo, ya me disculpará, señorita, pero ¿cómo iba a defenderla sabiendo lo que sabía?

Otra vez los susurros a nuestro paso. Historias que todos modelaban como plastilina, pero cuya certeza adquiría la textura de una roca. Chismes de salones con cristalería buena, murmuraciones de cocinas con olor a sanfaina.

—Estoy segura de que es mentira —salté vehemente—, Gabriel no lo habría permitido.

Nadie había pronunciado hasta entonces su nombre, había sido un ser anónimo, un simple *él* o *ese hombre*, *ese tipejo*, en un intento de hacerle menos presente entre nosotros. Fui yo quien pronunció su nombre alto y claro, y además lo dije para defenderle, instintivamente, y creo que fue precisamente esta espontaneidad lo que más nos cogió por sorpresa —o quizá debería decir lo que más nos asustó— a las dos.

—Olvídele, señorita, no se encariñe con él, que ha dedicado su vida a destruir esta familia.

Los ojos de Pepita centelleaban rabiosos, ya no había rastro de servidumbre en ellos. Cimbreó su cuerpo hacia mí, apuntó con el dedo índice a mi nariz, y añadió:

—Y no olvide que, si usted ahora hace daño al señor, ya no tendrá tiempo de pedirle perdón.

—Tranquila, no quiero hacerle daño.

—Pues deje de visitar al otro.

—No puedo, tengo que ir, he de llegar al momento de la desaparición de mamá. Si no, todo lo que he hecho hasta ahora...

Iba a decir que todas estas tardes en el sofá serían inútiles, que todo el dolor que se estaba generando sería en vano, pero Pepita se me adelantó.

—Déjelo correr, señorita. Hágame caso.

No sé si las palabras de Pepita fueron una súplica o una orden. Dejarlo correr era una opción, quizá incluso era la opción más sabia. Pero no era la mía. Habría sido como tirar de la manta y dejar puesto un último velo. Vivir con dudas para siempre.

—No, lo siento, pero no voy a dejarlo correr. Durante años todos me habéis mentido, en lo

referente a mamá todo ha sido silencio. Por primera vez sé cómo era ella y qué pasó. No sé si me gusta, pero siempre es mejor que la duda. Y ahora quiero saber cómo murió. Creo que es lo mínimo que una hija ha de saber de su madre. —Vi que Pepita iba a protestar, así que me apresuré a zanjar el tema—: Y, hablando de hijas, me voy a casa a pegarle una buena bronca a la mía.

Me levanté de la silla, Pepita permaneció sentada en la suya, la cabeza baja, rendida a algún presentimiento funesto. Suele ser al revés, yo la que estoy sentada y ella en pie limpiando, arreglando, sirviendo. Contemplada desde mi altura, me sorprendió lo menuda y vieja que se veía. Su pelo recogido en el moño era gris y ralo, el jersey azul marino, sin adornos, se encogía sobre su espalda encorvada. Su mano derecha aferraba aún la crucecita que colgaba siempre de su cuello. No le veía los labios, pero creo que empezó a musitar una oración.

—Amén, Pepita, amén.

Cuando llegué a casa, Ariana estaba esperándome en el salón. Que no hubiera salido fue una sorpresa. Que se levantara del sofá con cara de preocupación me dejó estupefacta.

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó nada más verme.

—Sedado, por suerte para él —gruñí.

—¿Y tú?

—A punto de sedarme, también.

Me encaminé a la cocina, ella me siguió. Contempló en silencio cómo me preparaba un gin-tonic bien cargado. No quería tener una bronca con mi hija, el día ya iba bien servido de emociones fuertes, pero de allí a sonreírle y perdonarla había un trecho muy largo, empinado y sinuoso.

—Supongo que te lo contó Gabriel el día que fuiste tú sola a verle al Ateneu. —Intenté contener mi enfado, pero fracasé—. Realmente, hay que ser un hijo de puta para decírtelo.

—Eh, no llames puta a mi bisabuela —intentó bromear mi hija, pero vio que no era buena idea y volvió a ponerse seria—. Gabriel no me dijo nada, no hizo falta. Ya el primer día, cuando me agaché a recoger las piezas de ajedrez y le vi de cerca, esos ojos, su cara... Mamá, ¿de verdad no te diste cuenta?

Negué con la cabeza, convencida. No recuerdo cuándo empecé a esforzarme por acallar en mi interior la sospecha, pero seguro no fue ese primer día. En cambio, Ariana lo había tenido claro.

—Yo me fui del Ateneu con la impresión de que le había visto antes, o de que se parecía mucho a alguien cercano, no podía quitarme esta idea de la cabeza. Y de repente, caí: se parecía a ti. Y no son solo los ojos, mamá, ¡es que sois clavados! Si volví a verle fue solo para comprobarlo, y ya no tuve ninguna duda. Se lo pregunté directamente, y me respondió que no era asunto mío. Eso fue todo.

Gabriel había escapado con vida del primer asalto, pero yo me negaba a bajar del ring.

—¿Y lo de que el abuelo pegaba a la abuela? Ya me dirás quién te ha venido con ese cuento, sino él.

Se mordisqueó el labio. Es lo que hacía de pequeña cuando traía malas notas.

—Ari... —la apremié para que le delatara.

—Prométeme que no te enfadarás si te lo cuento.

Ni hablar, no iba a prometerle nada, tenía derecho a enfadarme todo lo que me diera la gana.

—Tú cuéntame y ya decidiré yo si me enfado.

Ariana suspiró, consciente de que, por una vez, no tenía escapatoria.

—He oído las grabaciones. Sabía que le grababas con el móvil, acuérdate de que te pillé una noche aquí, en el salón, escuchándolas, y vi que las guardabas en tu portátil. Tenía curiosidad. Así que ahora cada día, cuando llego de la uni, escucho la del día anterior.

—¡¿Qué?! —No daba crédito—. Pero ¿cómo se te ocurre hurgar en mi ordenador?

—¿Ves? Sabía que te ibas a enfadar. Pero no es justo, solo entro en tu portátil para eso, y tengo derecho, también son mis abuelos, ¿o no?

—¿Qué derecho ni qué narices? —Estaba indignada—. ¡Eso lo decidiré yo! Además, ¿cómo sabes mi contraseña?

—Mamá, por favor, Ariana2000 —puso los ojos en blanco—, ¿no se te ocurrió algo más original? Entré al segundo intento, no hay que ser un hacker precisamente.

No pregunté cuál fue el primer intento, me limité a suspirar, rendida ante mi obvia ingenuidad.

—Gracias por avisar, la cambiaré esta misma noche.

—¡Eh, no me hagas esto, que estoy superenganchada!

Me lo soltó tal cual, como si estuviéramos hablando de cancelar la suscripción a un canal en mitad de una serie. Me asustó darme cuenta de lo superficial que podía ser mi hija. Di un par de sorbos al gin-tonic, pero no conseguía calmarme.

—Oye, supongo que tienes claro que todo lo que has oído en esas grabaciones forma parte de la intimidad de nuestra familia, y que jamás hay que hablar de ello con nadie. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Claro, ¿por quién me has tomado?

—¿Por la bocazas que no ha podido callarse hace un rato, quizá?

Soltó un bufido, dejando claro que le aburría sobremanera volver a ese tema.

—Ya te he dicho que lo siento mucho, en serio. Pero es que el abuelo me ha calentado la boca con esa manía que tiene de meterse siempre con papá.

—Sí, habría sido mejor que se hubiera metido conmigo; como eso no te afecta lo más mínimo, habríamos podido tener la cena en paz.

—El abuelo en lo que tiene que meterse es en sus asuntos.

Mi hija, una postadolescente que no tiene más asuntos en su vida que aprobar alguna asignatura, tomar cervezas con los amigos y subir fotos a Instagram, se atrevía a hablar con esa ligereza de su abuelo. Había decidido no pelearme con Ariana esa noche, pero es de sabios cambiar de opinión y el gin-tonic me estaba soltando la lengua. Aun así, intenté no gritar, no

perder los estribos, mantenerme fría. Al fin y al cabo, el filo de los cuchillos tiene siempre un tacto helado.

—Oye, ya eres mayorcita para ir endilgando a los demás las culpas de todo lo que haces, ¿no te parece? Esta tarde te has comportado como una estúpida, eres una cría inmadura que dices lo que te da la gana, sin preocuparte de si haces daño, porque siempre se te ha perdonado todo. Culpa nuestra, de tu padre y mía, un par de idiotas que nos hemos dedicado a irte detrás suplicando tu cariño, en lugar de darte un par de bofetadas cuando te las merecías. Y así has salido, una egocéntrica a quien le importa un rábano lo que sucede fuera de su anorak. ¿Te has parado a pensar por un momento en el daño que le has hecho al abuelo? Y a mí, ¿eh? ¡Es mi padre, solo yo tenía derecho a decidir si se lo contaba o no, tú no pintabas nada en esta historia!

—Eh, tampoco es tan grave —intentó defenderse mi hija, aunque sin la convicción de otras ocasiones—. Además, creo que os he hecho un favor, así tendréis ocasión de hablar del asunto, puede ser un buen final.

«Un buen final», dijo la muy cretina. Me contuve para no agarrarla por los hombros, para no zarandearla y aclararle que esto no era el maldito guion de una serie, que lo que había sucedido esa noche en casa de su abuelo era real, y que en la vida real las palabras que decimos tienen consecuencias, porque después de joderla bien jodida nadie grita ¡corten! y nos vamos todos a tomar unas cañas, no te quitas con una esponjita la sangre que una maquilladora se ha entretenido en pintar. En la vida real una herida te desangra, las palabras duelen, la amargura te cala dentro...

—¿De verdad crees que el abuelo, después de tantos años intentando guardar el secreto, no habría preferido morir con la tranquilidad de creer que lo había conseguido? No eres más que una niñata, Ari, incapaz de pensar en los demás cuando haces las cosas.

La vi entornar los ojos, apretar los dientes, es lo que hace antes de embestirme. Calcular cuán débil soy, cuánto la necesito, cuánto la quiero. Cálculos para saber cuánto daño va a causarme cuando me diga que no me soporta y que quiere irse a vivir con su padre, porque con él y con Victoria todo es distinto, ellos no la cuestionan, con ellos es feliz. Por eso, antes de que hablara, clavé mis ojos de mar embravecido en los suyos. Los clavé muy fuerte para que leyera bien mi respuesta, para que supiera que esta vez iba a ser distinta. En esta ocasión iba a contestarle que me parecía genial que se fuera, que yo tampoco la soportaba. Que al día siguiente Verena la ayudaría a hacer la maleta, y que seguro que su padre y cara-rata estarían encantados de tener más manos para ayudar a preparar biberones y cambiar pañales. Que le convenía pasar de hija única a hermana mayor de familia numerosa. Y que ya nos veríamos, que me llamara de vez en cuando, pero no era necesario que lo hiciera cada día. Eso iba a responderle, y quería que lo supiera de antemano. Y Ariana lo leyó en mis ojos y abrió la boca, pero las palabras se le quedaron pegadas a los labios, entre la perplejidad por mi respuesta y la duda de si seguir adelante con su envite. Y entonces sonó su móvil. Lo agradecí. Estaba cansada y en ese momento ya solo quería beberme en paz lo que quedaba del gin-tonic.

—Cógelo, anda.

No se hizo de rogar. Oí una voz masculina. Asumí que era el encapuchado.

—¿Estás abajo? —respondió mi hija en voz baja—. No sé, espera.

—Va, vete, que por hoy las dos ya hemos hablado más de la cuenta. Por cierto, ¿vas a contarme algo de él algún día?

—¿De quién?

—¿Cómo que de quién? De ese con el que hablas bajito, el de la capucha que te espera siempre abajo.

—Álex, mamá, se llama Álex.

—Pues dile a Álex que lo siento, pero que ahora le toca a él aguantarte un rato.

Ariana no supo si tenía que reír o enfadarse. Ante la duda, se limitó a decirle al encapuchado que bajaba en un segundo. Efectivamente, fue el tiempo que tardó en encaminarse hacia la puerta. Antes de salir, se giró.

—Oye, no creo que importe mucho quién puso la semillita, como me decías de pequeña. Y es muy bonito que el abuelo Ricard te haya querido tanto aun sabiendo que no eras su hija. —Se quedó pensativa un momento, como valorando lo que acababa de decir, y finalmente asintió vigorosamente con la cabeza—. Sí, seguramente es lo más bonito que ha hecho el abuelo en su vida.

Y así, con esta sentencia, salió de casa. Me acerqué a la ventana, la vi salir del portal, darle un beso al tal Álex. Pensaba que se irían, como siempre, calle abajo, pero Ariana levantó la cabeza y, lenta como soy de reflejos, me pilló espiando. Saludó con la mano, también el chico. Respondí. Era evidente que ese día todos estábamos dejando de tener secretos.

# CAPÍTULO 31

Esa noche apenas dormí, recuerdo las horas en vela viendo cómo cambiaban los dígitos luminosos en el despertador. Nada nuevo, hace tiempo que duermo mal, incluso con la pastilla. Me ayuda a conciliar el sueño cuando me acuesto, pero no evita que me despierte de madrugada, en plena oscuridad. La hora de los lobos. Esa noche no soñé con paseos junto al acantilado, ya sabía qué escondía el mar que rugía allá abajo, pero fue peor. Esa noche soñé con el dormitorio de papá, cuando aún era el de mis padres; lo veía desde mi habitación infantil, llena de peluches, una casita de muñecas y paredes que debían de ser de cristal porque podía observarlo todo: la puerta del vestidor de mamá abierta de par en par, la maleta en el suelo a medio deshacer, y los golpes y los gritos, llegaba hasta mí el tufo a whisky, sentía los temblores de un cuerpo bajo las sábanas, los pasos torpes de alguien andando a tientas, desnudo, por la oscuridad del pasillo. Veía los cuerpos, pero no les veía la cara, intentando desesperadamente mantener una última duda, la remota esperanza de que esa mujer acurrucada por el miedo no fuera mi madre y que ese borracho no tuviera el rostro de papá. Me desperté de golpe, el corazón latiendo con fuerza y la boca seca. Intenté tragar saliva, pero sabía a agua estancada, a marisco podrido. Me levanté y fui al baño. Puse la cara bajo el grifo y dejé que el agua me llenara la boca. Escupí.

Me fui temprano al despacho, Ariana aún estaba en la ducha. No me esperé para darle los buenos días, ya se encargaría Verena de prepararle el desayuno y aguantarle las brusquedades matutinas.

—Sigues teniendo mala cara —me soltó Gerard Santcliment en cuanto me vio entrar en la sala de reuniones.

No me lo tomé a mal, sabía que era todo preocupación, nada de crítica. Me molestó, eso sí, que todo mi esfuerzo maquillándome y arreglándome hubiera dado tan magro resultado.

La reunión con Qunstram y sus compradores coreanos fue muy bien. Hacía días que no me concentraba tanto en el trabajo y lo agradecí, por un rato me liberé del desasosiego, de la sensación de que la verdad se me escapaba y dejaba tras de sí un poso de duda. Una duda que era cada vez más sólida, no supe cuánto me pesaba hasta que, por un rato, me olvidé de ella. Durante las tres horas que duró la reunión caminé ligera, como el alpinista cuando llega al refugio y se desembaraza de la mochila. Disfruté de cada segundo de la negociación. También Gerard estaba satisfecho cuando al fin se cerró la puerta del ascensor con nuestros clientes dentro, camino de la calle.

—Mira que hace años que te conozco —me dijo cogiéndome del brazo por el pasillo, de

vuelta a nuestros despachos—, pero me sigue maravillando lo buena que eres. Venga, vamos a comer a algún restaurante escandalosamente caro, invita el despacho.

—Gracias, pero no puedo, tengo cosas que hacer.

—¿Trabajo? Ya lo harás luego, anda, no puedes rechazar mi invitación.

—No insistas, en serio.

Gerard se me quedó mirando, alzó una ceja inquisitiva.

—¿Puedo preguntar qué es eso tan urgente que no puedes aplazar?

Bien, si quería saberlo, allá él.

—Comprarle un traje a mi padre. Para su mortaja, ha adelgazado tanto que todos le van muy holgados y no quiero que, en su última aparición en público, aunque sea dentro de una caja, parezca un fantoche.

Enrojeció, se le trabó la lengua.

—Joder, Carol, lo siento, de verdad, ¿quieres que te acompañe?

—¿Para qué, para probártelo? —intenté bromear, me sabía mal tanto apuro—. No me sirves de modelo, ya te he dicho que papá se ha quedado en los huesos.

Le pasé la mano por la barriga. No es que Gerard esté gordo, pero sus abdominales hace tiempo que están a cobijo bajo unas pequeñas lorzas. Le sientan bien, no obstante, a mí me parece más guapo el Gerard de hoy que aquel joven flaco y larguirucho de la universidad. No le hice caso entonces, porque yo buscaba el hombre perfecto. Que la perfección no existe lo aprendemos tarde y mal, a golpes, y solo entonces nos damos cuenta de que unos kilos de más o de menos y una nariz larga o chata son imperfecciones que podríamos haber soportado de por vida. Otras, por desgracia, no.

—Mira que eres mala —gruñó Gerard metiendo barriga—. Anda, te veo luego. Acuérdate de que a las cuatro y media tenemos reunión por lo del virus. ¡Que se nos viene encima una muy gorda!

—Eres el tipo más apocalíptico que conozco. —Me medio eché a reír, no estaba de humor para una risa entera—. Si yo te contara mi vida, ¡eso sí que es terrorífico, y no el Covid este!

—Carol, lo de tu padre es triste, pero es ley de vida... —empezó todo serio.

Le atajé rápido, no estaba para sermones.

—Lo sé, ley de vida. Pero somos abogados, así que los dos sabemos que a veces las leyes son una pura mierda.

¿Qué decirle sino eso? No iba a contarle que estaba triste porque había descubierto que todos estos años había vivido engañada, como si mi existencia hubiera transcurrido en un gran plató junto a un puñado de magníficos actores. Y que, de repente, por culpa de un libro abandonado, me había colado en el *backstage*, me había dado de bruces con las tramoyas de los decorados y los focos.

—Oye, una película de hace unos años, *El show de Truman*, ¿la viste? —Gerard me miró sorprendido, asintió con la cabeza—. ¿Te acuerdas de cómo acababa? Llevo rato intentando

recordarlo.

—Creo que el pobre Truman se adentraba en el mar en una barca, y navegaba durante la tormenta hasta que topaba con el horizonte, que no era más que un telón del decorado, y se daba cuenta de la farsa. ¿Puedo saber a qué viene esto?

Navegar, salir de su realidad, hasta darse de bruces con la verdad, pobre hombre. Y después ¿qué? Ventajas del cine, que detiene la historia y enciende las luces de platea cuando quiere. Quizá la verdad había defraudado a Truman, quizá quiso volver a su amable vida de mentira, pero para cuando decidió regresar ya habían desmantelado el plató y todo el atrezzo, ya habían despedido a los actores y estaba solo. Si alguien está pensando en hacer la secuela, yo puedo dar ideas para el guion. Le sonreí a Gerard, no quería que se preocupara por mí.

—Nada, olvídalo, cosas mías. Nos vemos luego.

Ese mediodía le compré un buen traje a papá, negro. Camisa blanca, corbata granate, pensé que iría bien un toque de color, que haría juego con las rosas de las coronas. Podía haber ido de compras por la tarde, al salir del despacho, pero algo me había impelido a ir a por el traje justo al mediodía. «Ya estará hecho», me había dicho a mí misma. Pero no, en realidad quería una excusa para no ir a casa de Gabriel. Y necesitaba imperiosamente que esa excusa tuviera que ver con ser la irreprochable hija de Ricard Planadevall. Necesitaba dejar sentados ciertos principios, ciertas prioridades. Quizá papá no era perfecto, pero yo había decidido continuar viviendo iluminada por su luz y aprender a huir de sus sombras.

—Me quedo este —dije al dependiente señalando el traje.

El hombre asintió aprobando mi elección.

—Lana fría, de entretiempo —me explicó solícito—. Su padre podrá lucirlo toda la primavera.

—Genial, se lo diré.

Cuando salí de la tienda me invadió una fuerte sensación de irrealidad. Era como si el mundo se hubiera dividido en dos: los demás y yo. Ellos, los otros, salían de restaurantes, se despedían con besos, subían a taxis, pasaban por delante de mí llevando de la mano niños y bolsas del supermercado. Yo estaba sola, y en mi mano llevaba una percha con una mortaja. Levanté la cara hacia el cielo. No sé qué esperaba ver ahí, quizá una señal divina o puede que un cable suelto de ese enorme plató en que había despertado. Pero solo vi un cielo encapotado y un par de gotas que cayeron sobre mi frente. Noté cómo impactaban en mí, duras y frías.

—Lo que faltaba —murmuré fastidiada, subiéndome el cuello del abrigo y apretando el paso.

Durante la reunión de la tarde, mientras Gerard hablaba del virus y del teletrabajo, no pude evitarlo y pensé en Gabriel. Me pregunté si me habría estado esperando. Si le dolería mi ausencia. Si crujiría su mecedora en el silencio de ese pequeño salón. Si alguna vez había pensado en mí como su hija. Intenté quitármelo de la cabeza, pero era imposible. El problema era que, en ese juego de contrapesos que yo había establecido entre papá y Gabriel, uno tenía que ser bueno, el otro malo. Y, poco a poco, notaba que tenía que esforzarme para mantener el peso en el

plato correcto de la balanza. También me tenía que esforzar para atender a lo que se decía en la reunión.

—Es necesario —nos explicaba Gerard— que todos tengamos instalado en nuestros portátiles un programa de videollamadas, los de informática están en ello, irán pasando por todas las mesas. Y acceso en remoto a nuestros documentos, hay que colgarlo todo en la nube.

Resultaba casi enternecedor el ardor con que Gerard organizaba el bufete frente a un potencial confinamiento. Varios de mis colegas le contemplaban escépticos, casi con sorna. Unos pocos mostraban síntomas de preocupación. Yo, lo confieso, no opiné: en ese momento, todo, incluso lo que unos días antes me habría parecido absolutamente imposible, me parecía ahora perfectamente plausible. La vida da muchas sorpresas, y que fueran a encerrarnos en casa por culpa de una pandemia ya ni siquiera me parecía de las peores.

Fui a casa de mi padre esa tarde, le di el portatrajes a Pepita antes de entrar en el dormitorio de papá y sentarme junto a su cama. Estuvimos hablando de todo y de nada en particular. Fingimos que todo seguía igual. Ambos hemos alcanzado la excelencia en el arte de echar tierra sobre lo que no queremos ver, una destreza en la que los Planadevall hemos logrado una maestría innegable. Quizá no llevo su sangre, pero tengo su mentalidad inoculada hasta en la última de mis neuronas. A la hora habitual me despedí con el beso habitual, con la promesa habitual de volver al día siguiente. Él insistió en llamarme hija, yo insistí en llamarle papá, los dos hicimos lo posible por devolver nuestras vidas al punto de partida.

Cuando llegué a casa, Ariana jugaba en el salón con Rocco.

—¿Qué tal el día? —le pregunté, por limar asperezas.

—Sin novedad. Esta tarde he ido a que me sacaran los puntos.

¡Mierda! Se me había olvidado completamente que mi hija tenía visita con el médico.

—Lo siento, Ari, se me ha pasado. Me habría gustado acompañarte, de verdad. ¿Por qué no me lo recordaste ayer?

—¿Ayer? —respondió sarcástica—, bastante suerte tuve con que no me partieras la otra ceja. Iba a decírtelo esta mañana, pero ya te habías ido. Me ha acompañado Álex, aunque podía haber ido sola, no me ha dolido nada.

—Ven, que te vea.

Vino hacia mí, yo fui hacia ella. Puse mis manos en su cara, la obligué suavemente a girar la cabeza en dirección a la luz para ver mejor la herida. Pensé que hacía mucho tiempo que no ponía mis manos en Ariana, no sé si es normal que una madre no toque a su hija, que ya no recuerde lo suave que es su piel. En estos últimos años nos hemos relacionado solo a embestidas, quizá por ello ya únicamente nos reconocemos por el ruido de nuestras astas entrechocando. Bajé mis manos hasta sus hombros y la atraje hacia mí. No fue un abrazo, pero se le pareció mucho. Noté su repentina rigidez, pero no se separó. Al contrario, su cuerpo se inclinó ligeramente, como queriendo facilitarme el gesto, y se lo agradecí. Un rechazo suyo, en ese momento, me

habría dolido mucho más de lo que ella podía imaginarse. Rodeé con mis brazos el ángulo de sus hombros, la dureza casi pétrea de sus juveniles omóplatos. Aspiré su aroma.

—Oye —la aparté un poco—, ¿te has puesto mi perfume?

—No. Bueno, sí, unas gotas.

—¡Solo faltaría que te lo pusieras a chorro! ¿Y a santo de qué? Si tú no usas ni colonia.

Dudó un momento, pero respondió.

—Una vez Álex y yo te vimos por la calle, y él dijo que eras elegantísima y que tenías mucha clase. He pensado que le gustaría que yo oliera como tú.

Y quizá me lo invento, puede que no sean más que simples ganas de creérmelo, pero yo diría que había una nota de orgullo en su voz. Y en mí también. Orgullo de pensar que mi hija podía estar orgullosa de mí.

—Puedo dejarte ropa, y todos los bolsos que quieras.

—Eh, ¡no te pases!

—Bueno, puedes arreglarte un poco cuando salgas con él, ¿no? ¿Y por qué no le dices un día que suba?

—Mamá, no empieces...

Y así, nos perdimos en una discusión trivial y cotidiana, y todo volvió a estar en su sitio. No sé qué pensó ella del abrazo, a mí me sentó bien.

El día siguiente, jueves, no trajo grandes cambios. Papá siguió empeorando, yo seguí trabajando. También seguí repitiéndome que no podía sospechar de mi padre, que no podía vacilar en eso, pero la duda continuó abriendo pequeñas brechas en mi cabeza, como hace la carcoma con la madera vieja. Iba a tener que vivir toda la vida con ese peso. Con el peso de la duda. Y, aún peor, con el peso de la culpabilidad que esa duda me causaba. Quizá por eso, cuando salí del despacho no me vi con fuerzas de visitar a papá, mejor llamar y avisar de que no me esperaran. Por supuesto contestó Pepita, y advertí enseguida su angustia.

—Hoy ha pasado un día muy malo, señorita. Se ahoga, le falta el aire. Y se le va la cabeza.

—¿Qué dice la enfermera?

Pepita se limitó a chasquear la lengua, era evidente que para ella esa mujer era una extraña y que su opinión no contaba en esta casa.

—Hemos llamado al médico, llegará dentro de un rato. ¿Y usted cuándo vendrá, señorita?

Había súplica en su pregunta.

—Estoy de camino.

Hacía frío, un hilo de vaho salía de mi boca, inusual en marzo. Guarecí las manos en los bolsillos y eché a andar.

Efectivamente, papá estaba más demacrado que el día anterior, algo que, antes de entrar en su habitación, habría jurado que era ya imposible. Sus manos volvían a ser retales de cuero viejo. La piel de la cara, en cambio, era amarillenta, fina y translúcida, como un velo caído sobre una calavera. También tenía amarillentos los ojos, el hígado no funcionaba. Aunque lo peor era esa

dificultad para respirar; abría la boca, pero parecía que el aire no llegaba a sus pulmones. Me senté en la cama, el somier crujió, y papá abrió los ojos.

—Hola, papá.

—Hola, hija.

Eso fue todo lo que nos dijimos, él no podía hablar más, y yo no sabía qué decir. Daba igual, ya habíamos pronunciado las dos palabras más importantes, las únicas que necesitábamos de verdad oír. Al cabo de un rato llegó el médico. Le dio más calmantes, papá no tardó en adormilarse, agotado por el esfuerzo que le suponía seguir viviendo. El doctor fue claro en su diagnóstico: el encharcamiento de sus pulmones había empeorado, iban a ponerle oxígeno para ayudarle a respirar. Una ayuda temporal, no alargaríamos mucho la agonía.

—¿Cuánto le queda? —me forcé a preguntar, porque en realidad prefería no saber la respuesta.

—Dudo que pase del fin de semana.

Estábamos a jueves. Efectivamente, habría preferido no saberlo.

Esperé hasta que trajeron el respirador, vi cómo conectaban a mi padre a una máquina. Salí de su habitación. El pasillo estaba a oscuras, en ese gran piso no había más luz que la lámpara junto al sillón en el que leía la enfermera, y la de la cocina. La silueta de Pepita, chaparra y encorvada, con un sencillo jersey y falda oscura, se recortaba bajo el marco de la puerta. Pensé que hacía muchos años que no vestía de otra forma, quizá desde que se quitó ese bonito vestido malva que le regalé para que lo luciera en mi boda y que estaba segura de que aún guardaba en algún rincón de su armario.

—Hasta mañana, Pepita.

—Buenas noches, señorita.

Cuando llegué a casa, Rocco vino a recibirme. También este piso parecía a oscuras, pero el anorak de mi hija estaba tirado sobre la banqueta, señal de que estaba en casa.

—¿Ari?

—¡Ven a ver esto, mamá! —me gritó desde el salón.

Estaba pegada al televisor, algo raro en ella, que todo lo ve por la tablet. En la pantalla aparecían imágenes de coches de policía cruzados en una carretera, sus luces impregnando nuestro blanco salón de un extraño color azul.

—¿Qué está pasando?

Igualada y otros tres municipios cercanos estaban siendo confinados en ese momento. Los mossos d’Esquadra cortaban todos los accesos a la zona, nadie iba a poder entrar ni salir de ella en unos cuantos días.

—Es como en la Edad Media, mamá, cuando había una epidemia de peste y cerraban las puertas de las murallas con todos dentro.

Curiosamente, a mi hija la noticia, más que preocuparla, parecía entusiasmarla.

—Y acabo de recibir un mensaje de la uni, que mañana no vayamos a clase, que ya nos

avisarán cuando podamos volver. Álex dice que no iremos en toda la semana próxima.

Misterio resuelto, por eso estaba feliz como una perdiz mientras el presentador, con semblante serio, explicaba que los hospitales del país no daban abasto, que estábamos en una situación límite, que el gobierno se planteaba tomar medidas drásticas, como las que se estaban adoptando en ese momento en Igualada. Yo miraba el televisor y me costaba entender lo que ese hombre contaba. ¿Setenta mil personas confinadas en sus casas, a menos de una hora de Barcelona? ¿Iba en serio? Hablaban de muertos, del colapso del hospital comarcal. Me quedé en shock, con el abrigo aún puesto mientras veía la noticia en bucle, las sirenas de esos coches de policía iluminando la noche, marcando los límites del redil. Miré por la ventana: por la calle transitaban vehículos, grupos de amigos, una pareja entraba en el pequeño restaurante italiano de la esquina. En Barcelona parecía una noche cualquiera, pero a setenta kilómetros de mi ventana esas luces azules anunciaban el inicio de algo desconocido. Solo entonces entendí que eso del coronavirus iba en serio. Ariana, en cambio, decidió que no iba con ella.

—Me voy a dar una vuelta —anunció, ya con el anorak puesto.

—¿Cómo que vas a salir? ¿No estás viendo lo de este virus?

Me miró sorprendida, y algo de razón tenía. Las dos llevábamos todo el día fuera de casa hablando con unos y con otros, nadie nos había dicho siquiera que nos pusiéramos una mascarilla. La vida no podía cambiar tan radicalmente. Al menos eso creíamos esa noche.

—Mamá, no exageres.

Se fue dando un portazo. Todo había vuelto a la normalidad, al menos en casa. Fuera, una bruma sombría y espesa empezaba a oscurecerlo todo.

# CAPÍTULO 32

—¿Fuiste ayer a ver a Gabriel?

La pregunta de Ariana me obligó a levantar la vista de mi tablet, enfrascada como estaba con las noticias de la epidemia. Tras el cierre de Igualada la noche anterior, el coronavirus se había apoderado definitivamente de los titulares de todos los periódicos.

—No, no fui. Así que no hace falta que metas la nariz en mi ordenador.

—¿Y no piensas volver a ir?

—No creo.

Estábamos en la cocina desayunando, y, ya que no me dejaba leer, intenté centrar toda mi atención en la tostada con aguacate, como si calcular la medida exacta del siguiente mordisco fuera la decisión más importante del día. Mi hija se había levantado temprano pese a no tener clase, cosa extraña. Todavía en pijama, despeinada y legañosa, llevaba un rato dándole vueltas a la cuchara dentro de su tazón de cereales, remoloneando. Y yo, que la veía con el rabillo del ojo, intuí que esperaba a que Verena, que estaba con nosotras preparando desayunos y cafés, nos dejara solas un instante. Efectivamente, fue salir Verena de la cocina y atacar.

—Mamá, esta noche he estado pensando.

—Cariño, con que lo hicieras durante el día ya me daría por satisfecha.

Me dedicó una mueca. Soltó la cuchara dentro del bol de cereales, señal de que esta conversación le interesaba y de que nada iba a salvarme.

—Yo no creo que Gabriel matara a la abuela. Y creo que tenemos la obligación moral de ir hasta el final del asunto.

—¿Tenemos? De eso nada, tú aquí no tienes voz ni voto. Y yo ya he llegado al final del asunto, se acabó.

—Pero ¡nunca sabrás qué le pasó a la abuela!

—Hija, asúmelo: en la vida no todas las historias terminan con ese último gran episodio de la última temporada.

Es evidente que no lo asumió, porque siguió insistiendo.

—Mamá, piénsalo; si no continúas hablando con Gabriel, todo esto no habrá servido para nada.

—Te equivocas, Ari, me ha servido mucho. Saber que mi madre quiso volver a verme para mí ya es todo un consuelo.

Sí, era el mejor bálsamo a esa pesadumbre que había caído a plomo sobre mí durante tantos

años. Para alguien como yo, tan necesitada de la aprobación y de la admiración de todos, el rechazo de mi madre me había causado siempre un dolor intenso. O quizá era al revés, y mi obsesión por gustar a todos no era más que un mecanismo para compensar ese rechazo materno. Que ella volviera conmigo había sido siempre mi mayor deseo, aunque reconozco que, a medida que Gabriel avanzaba en la historia, a medida que yo iba conociendo a mamá, me habían empezado a invadir las dudas. ¿Y si yo no le hubiera gustado? ¿Y si la hubiera decepcionado? O, aún peor, ¿y si tras tantos años esperando, ella me hubiera decepcionado a mí? ¿Qué habría pasado si se hubiera plantado frente a mí para contarme los maltratos de papá? Pensé en las reacciones de Ariana cada vez que oye un comentario en contra de su padre, ¿qué no habría hecho yo a su edad en defensa del mío?

Mi hija cogió el bol de los cereales y lo dejó en el fregadero.

—He oído las grabaciones, mamá, y apuesto a que él no lo hizo. Y estoy segura de que tú también lo sabes. O al menos tienes dudas razonables, ¿no es eso lo que decís en los juicios? Tú sabrás si quieres vivir con ellas para siempre, o si prefieres hacer un último esfuerzo, ahora que aún estás a tiempo. Y dicho esto, si me disculpas, me voy a la ducha.

Reconozco que tardé un poco en reaccionar.

—¡Yo no tengo dudas! —mentí a voz de grito, porque para entonces Ariana ya había salido de la cocina.

—¡Vale, pues me alegro por ti! ¡Ah, y por cierto, este fin de semana estaré con papá!

Su voz me llegó desde el fondo del pasillo, al minuto oí el rumor del agua en su baño.

Yo seguía poniendo la mano en el fuego por mi padre, pero sabía que había algo de obligación filial en tanta convicción. Y, ocupada como estaba en mantener a flote mis certezas, no me había preocupado de lo que creía mi hija. Me había embarcado en esta historia para limpiar el nombre de mi padre frente a todos, y ahora resultaba que el recuerdo que de él tendría su única nieta llevaría por siempre la mancha de la duda. Un rotundo fracaso. La duda es como la niebla: te envuelve, es imposible defenderte de ella, solo la luz del sol la disipa. Y lo único que yo había conseguido era que la niebla alrededor de papá fuera cada vez más espesa.

Maldije el día que encontré el puñetero libro. Maldije el día que dejé que mi hija me arrastrara hasta la biblioteca del Ateneu. Me acabé la tostada con aguacate y me fui a casa de mi padre.

Conectado a la máquina, su respiración había mejorado. Pero todo lo demás estaba igual de mal, incluido su aspecto, como si el desenlace pudiera suceder en cualquier momento. Papá se encontraba sumido en una especie de letargo. Decidí quedarme con él esa mañana, confiando en que notaría mi presencia. Avisé a mi secretaria para que anulara un par de reuniones y me pasara las llamadas. Quien me llamó al poco rato fue Gerard.

—Me acabo de enterar de que no vas a venir, ¿cómo está tu padre?

Se lo conté brevemente, no quise entrar en detalles.

—Carol, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Sí, lo sabía. Hace muchos años que lo sé. De repente sentí la necesidad de apoyarme en algo

tan sólido como su brazo.

—Cuando esto acabe —le pedí—, tienes que llevarme un día a comer a ese restaurante peruano del que me hablaste.

—¡Hecho! —Pude imaginarme su sonrisa, amplia y acogedora—. Cuando esto termine, vamos adonde quieras. Pero mejor a cenar, solos tú y yo. Hace más de treinta años que nos conocemos, y creo que no lo hemos hecho nunca. Ya toca, ¿no?

Tenía razón en ambas cosas: no habíamos cenado jamás solos, y ya tocaba hacerlo.

—Sí, perfecto. Cuando esto termine.

Cuando acabara la enfermedad de mi padre y su entierro y su duelo, a eso nos referíamos. Y quizá él también se refería al virus, que el día anterior había sido promocionado a rango de pandemia. Todo esto acabaría algún día, pero antes, me gustara o no, tenía que terminar otra cosa. Por una vez, Ariana tenía razón.

—Pepita, me escapo un rato al despacho —mentí ese mediodía.

Adonde de verdad me escapé fue a la Gran Vía, a la Casa del Drapaire, a ese maldito piso. A medida que me acercaba, los nervios se iban apoderando de mí. Ya en el rellano, iba a llamar al timbre cuando oí el rasguño de una mirilla abriéndose a mi espalda. La vecina fisgona de siempre. Oí el chasquido de un cerrojo, se abrió la puerta. Suspiré. No estaba yo de humor para cotilleos.

—No sé si es buena idea entrar en ese piso —dijo una voz a mi espalda.

Giré sobre mis talones. Era una mujer regordeta, de mofletes rosados y pelo mal teñido, embutida en una bata de cuadros. Por el pasillo de su casa llegaba el sonido del televisor a todo volumen.

—Para mí que este hombre está enfermo. Ya sabe, el Covid ese del que hablan en el telediario. Lleva desde el martes ahí encerrado, tres días enteros sin salir ni para tirar la basura siquiera, él que ha sido siempre de horarios fijos. —Lo dijo satisfecha, era de las que se deleitan con la desgracia ajena—. Usted tampoco venía por aquí desde el martes. ¿Son familia?

«Y a usted qué le importa», quise responderle.

—Sobrina segunda —dije. Lo consideré una distancia suficiente.

La mujer me miró de arriba abajo, con detenimiento y una creciente admiración.

—Caray, aún resultará que es de una familia de posibles este hombre.

Le di al timbre, que resonó en el interior de la vivienda oscura. Nerviosa, ya iba a llamar de nuevo cuando oí un rumor de zapatillas arrastrándose por las baldosas. Se acercaron los pasos, se abrió la puerta. Gabriel estaba pálido, unas negras ojeras delataban que llevaba noches sin dormir. Y sin comer, probablemente. Me miró de forma absolutamente inexpresiva. No fría, sino vacía. Yo llegaba hasta su puerta temiendo una escena lacrimógena, y esa inexpresividad me dejó completamente fuera de juego. También la vecina debió de notarlo.

—¿Lo ve? Está rarísimo —susurró tras de mí, bajito para que él no la oyera.

—¿Se puede saber qué cuchichea, maldita cotilla? —Ahí su cara cobró vida, era evidente que

esa mujer conseguía ponerle de mal humor al instante.

—No hablaba con usted —le gruñó la vecina—, sino con su sobrina segunda. Muy guapa y elegante la señora, jamás habría dicho que es familia suya.

Si ella supiera... La mujer se metió en casa y cerró de un portazo. A Gabriel el pequeño rifirrafe parecía haberle activado los músculos de la cara, la expresión de los ojos. Me franqueó el paso en silencio. A diferencia de otros días, no se marchó por el corredor en dirección a su balancín, sino que se quedó en el recibidor, esperando a que me sacara el abrigo. Mejor, porque yo tampoco quería avanzar por ese pasillo sin poner antes los puntos sobre las íes.

—Mira, hay una cosa que quiero que esté clara: dejar embarazada a mi madre no es lo mismo que ser mi padre. Yo ya tengo un padre, y no hay sitio para otro, no es un cargo que pueda duplicarse con facilidad. Así que, por favor, no vuelvas a llamarme hija. He venido porque de quien sí soy hija es de Elena Ribé y sigo empeñada en saber qué le sucedió, por qué desapareció hace treinta años. Y para eso necesito conocer el final de la historia. Nada más.

Lo solté de corrido, en un tono frío, dudé de cómo se lo iba a tomar. Si esperaba amor filial, sentía decepcionarle. Siguió callado durante unos segundos, pero por su expresión deduje que no se había enfadado.

—No me veo capaz ni de cuidar de un gato —dijo al fin con voz neutra—, así que con una hija como tú no sabría ni por dónde empezar.

Y ahora sí, enfiló en dirección al salón. Yo le seguí, aliviada por haberme ahorrado la escena, pero con mi ego un punto dolido, no voy a negarlo. El caso es que volvíamos a estar frente a frente, como si nada hubiera cambiado. Como si no hubiera más relación entre nosotros que ese espacio entre la mecedora y el sofá, y las palabras que llenaban ese vacío. Pero sí la había, y antes de continuar la historia quise disipar una duda.

—Si yo no hubiera encontrado ese viejo libro y hubiera aparecido por el Ateneu, ¿tú habrías venido alguna vez a buscarme?

Pareció sorprendido, como si acabara de preguntarle algo muy obvio.

—Por supuesto que no, ¿para qué?

—¿No tenías curiosidad?

—Bueno, sabía cosas de ti, lo poco que aparece en internet, que eres abogada, que te va bien. Una sobrina de Quim me ayudó hace años a buscarte, de vez en cuando me traía alguna noticia nueva, alguna foto, no sé muy bien de dónde las sacaba, la verdad. Pero venir a verte ni se me ocurrió, tampoco habría sabido qué decirte. Como bien has dicho, tú ya tienes un padre, y por lo que parece lo ha hecho bien, seguramente mucho mejor de lo que lo habría hecho yo.

Entendí que tampoco debía de ser fácil para él sentarse cada día frente a una hija que jamás iba a serlo. Me pregunté cómo se iba a sentir cuando llegáramos al final de la historia y yo saliera por esa puerta. Puse el móvil sobre la mesilla, accioné la grabadora. Pero había cosas que no quería grabar.

—Hablé con Pepita, me contó lo de la paliza, puedes saltártelo.

—¿Qué paliza? —preguntó sarcástico—. ¿La que Ricard le dio a Elena, o la que me propinaron a mí? Porque ese día recibimos los dos.

Suspiré resignada.

—Pues cuéntame la tuya, anda.

Gabriel se dio impulso y puso en marcha su balancín. Ese domingo, tras el encuentro en la pastelería, celebraron el cumpleaños de la madre de Tere en el comedor del hotel. La mujer sopló las velas, la familia alargó la sobremesa. Gabriel apenas intervino en la celebración, aún bajo el impacto de saber que tenía una hija. Una hija que llevaba el apellido Planadevall. Ya se levantaban cuando la chica de recepción vino a decirle que dos hombres preguntaban por él, estaban fuera, en la calle. Ahora, al contarlo, se reía por no haber sospechado, porque en La Vienesa había fanfarroneado estúpidamente del hotel, había repetido el nombre, Brisamar, varias veces, era presa fácil de localizar. Pero, en shock como estaba, no cayó en la cuenta. Salió a la calle, uno de los hombres fue hacia él con una sonrisa, la mano extendida, como si se conocieran. Gabriel, sin pensar, le tendió la suya. Tardó un segundo en comprender que acababa de fastidiarla, lo mismo que tardó ese hombre en retorcerle el brazo, en inmovilizarle. El otro matón se abalanzó sobre él, le soltó un par de puñetazos en el estómago, otro en la cara. Gabriel no podía defenderse, el brazo parecía que se le iba a romper. Querían meterle dentro del coche, el maletero abierto, esperándole. Pero en ese momento salieron el padre y los dos hermanos de Tere. Gente recia, el padre había sido pescador. Había sobrado champán del cumpleaños, se lo llevaban para la cafetería. El padre estampó una botella en la cabeza del que sujetaba a Gabriel por el brazo, un hermano golpeó con otra al segundo matón en las costillas, como si tocara el gong. Soltaron a Gabriel, corrieron hacia el coche, por suerte no llevaban armas, o al menos no las sacaron. «Volveremos a por ti», gritaron mientras arrancaban. No dijeron de parte de quién venían, no hizo falta. Tampoco yo tuve que preguntárselo a Gabriel. Eran los dos hombres que vio Pepita en el jardín, el fajo de billetes era el pago por los servicios que debían prestar. Evidente, aunque esa tarde de junio de 1969 no todos lo tuvieron tan claro.

—¿Se puede saber qué querían esos tipos? —El padre de Tere miraba preocupado a su futuro yerno mientras sus hijos le ayudaban a levantarse.

—Me pedían el dinero y el reloj —mintió Gabriel—, habría sido mejor no resistirse.

Tere y su madre, alertadas por el griterío, salieron en ese momento. La mujer se retorcía el delantal y mascullaba entre dientes que ese pueblo ya no era el mismo, que antes de que llegaran los turistas eso no pasaba. Tere callaba. A Gabriel le limpiaron las heridas, no eran tan graves como parecían y bastó con alcohol y algunas tiritas. Tere seguía callada. Solo habló cuando acabó la cura y se quedaron solos.

—Esa mujer que nos hemos encontrado hoy en la pastelería es la de la foto que llevas siempre en la cartera, ¿verdad?

Gabriel bajó la vista. No sabía que Tere hubiera visto el retrato. En realidad, no sabía siquiera por qué llevaba aún esa fotografía encima.

—Al principio no he caído —prosiguió Tere—. Pero los ojos de la niña, ahora la paliza... Creo que me hago una idea.

—Cariño, déjame que te explique.

Pero Tere no le dejó explicarle nada, salió corriendo. Gabriel intentó seguirla, le dolía cada uno de los movimientos que hacía, pero aun así fue tras ella unos cuantos metros, hasta que una mano le asió fuertemente por el brazo y le detuvo.

—Es una mala idea que te vayas en autobús así, todo magullado, mejor te bajo yo ahora a Barcelona —le dijo su suegro con semblante serio.

Gabriel intentó convencerle de que no era nada, de que podía marcharse al día siguiente con la Sarfa tal como tenía previsto, pero el hombre se empecinó en llevarle, estaba decidido a ahorrarle al yerno un viaje tan pesado en estas condiciones. Y cuanto antes se fuera, mejor. Gabriel metió sus cosas en la bolsa, no pudo despedirse de Tere, se fue con la creciente sensación de que no iba a volver nunca al Brisamar. Su suegro condujo en silencio los ciento diez kilómetros hasta Barcelona. Al llegar al inicio de la calle Aragón, detuvo el coche. Ni siquiera giró la cabeza para mirarle.

—Que lo de hoy no ha sido un robo lo he tenido claro desde el principio, esos eran dos matones. No sé en qué líos andas metido, pero esa gente no se anda con hostias. A mi familia nos ha costado mucho levantar el hotel y la cafetería, y no quiero que una noche nos rompan los cristales o que arda todo por culpa tuya. Y de mi hija ya puedes olvidarte. —Apretaba el volante con fuerza—. Ni se te ocurra volver a Platja d'Aro, porque lo de esos dos tipos serán caricias comparado con lo que mis hijos y yo te haremos. ¿Estamos?

—Oiga, no es lo que cree...

—¡¿Estamos?!

—Sí, señor.

—Lárgate.

Y Gabriel, con el cuerpo molido y el petate al hombro, se encontró tirado en la otra punta de la ciudad, sabiendo que acababa de perder a Tere y todo ese futuro que ella representaba.

—Pensé en volver a Platja d'Aro el fin de semana siguiente, dar explicaciones, al fin y al cabo yo no había sido infiel, pero ¿quién me decía que esos tipos no estarían montando guardia? No es que tuviera miedo por mí, pero podían hacer daño a Tere, o destrozar el hotel, en eso tenía razón mi suegro. No sabía qué hacer. Ni siquiera tenía la opción de ir a la policía.

—¿Por qué no?

—¿Cómo un desgraciado como yo iba a acusar al gran empresario Ricard Planadevall de querer matarme, o apalearme como mínimo, sin contar mi historia con Elena? Y eso suponía meterla a ella en un embrollo muy gordo, porque entonces la infidelidad de la mujer era delito y podía ir a la cárcel.

—Y si el infiel era un hombre, ¿también era delito?

Pareció sorprendido, no sé si por la pregunta o por la respuesta.

—No, si era un hombre, no.

—Pues vaya.

Gabriel pasó toda esa noche en vela, en parte por el dolor de huesos, en parte por la sorpresa de saber que tenía una hija con Elena, y en parte devanándose los sesos sobre cómo salir de ese lío. En la oscuridad de su cuarto, que todo lo agigantaba, se convenció de que era cuestión de tiempo que esos matones le encontraran, que le esperaran en algún callejón oscuro y desierto una noche a la salida de la rotativa. No podía vivir con ese miedo para siempre. No se le ocurría más solución que marcharse de Barcelona, al extranjero, a ser posible. Del cajón de la mesita de noche sacó el papelito con la dirección de los primos de Quim en París. Aún no le había escrito, pero quizá podía llevarle la carta en mano. Y entonces, justo cuando asomaba la luz lechosa del alba, sonó el timbre y su estruendo le hizo saltar de la cama, el corazón en un puño. Pensó que eran ellos, los matones, y permaneció a oscuras y en silencio, rezando para que creyeran que aún estaba en el hotel de la playa. Hubo otro timbrazo, luego se hizo el silencio. Esperó un buen rato antes de acercarse sigilosamente a la puerta y abrir la mirilla. El rellano estaba en penumbra, pero vio a alguien sentado en la escalera, un cuerpo menudo acurrucado contra la barandilla, una pequeña maleta a sus pies.

—Fue un milagro que tu madre llegara hasta aquí, y no lo digo solo porque consiguió salir de casa sin que Ricard se enterara. Para una mujer no era fácil andar sola en plena noche, tardó en encontrar un taxi, y entretanto cualquier guardia o un simple sereno podía haberle dado el alto y haberla obligado a regresar a casa. Mi portal lo encontró cerrado, la portera no lo abría hasta las ocho. Aguardó hasta que salieron los de los ultramarinos, ellos madrugaban para ir al mercado de verduras del Born. Pese a la cara desfigurada, la dejaron entrar sin decir nada, en este barrio cada uno iba a lo suyo y procurábamos no meternos en la vida del vecino.

Pensé en la chafardera del rellano, pero me mordí la lengua.

—Le abrí la puerta, claro, no hizo falta que me contara nada, bastaba con verle la cara. Tampoco a ella le costó adivinar qué me había sucedido a mí. Que se iba, me dijo, lo más lejos posible. Venía solo a disculparse, a darme explicaciones, a despedirse. En realidad, creo que vino porque no tenía otro sitio adonde ir.

Y Gabriel, que acababa de perder a Tere y esa vida tranquila que habían planeado juntos, que ya no le quedaba más que un trabajo monótono y el miedo a que le apalearan una noche en cualquier esquina, que ya no tenía más futuro que una dirección escrita en un papelito, cogió a mamá de la mano y le dijo:

—A París, Elena, vámonos juntos a París.

Y ella asintió. Sin pensar, la expresión vacía, como una autómata.

—¿Quieres que vayamos a recoger a la niña? —preguntó Gabriel.

Mamá le miró, y en sus ojos él reconoció esa mirada vidriosa de los animales en el matadero mientras se desangran.

—¿Recoger a Carolina? ¿Para llevarla adónde? —Negó con la cabeza—. No sabemos qué va

a ser de nosotros.

—¿Y de ella?, ¿qué será de ella si la dejas con Ricard?

—Mi marido la adora, no le hará daño. Sé que la cuidará y la educará como a una hija mientras todos crean que lo es. Por eso tampoco vendrá a por mí, tendrá miedo de que hable, de que la verdad salga a la luz, porque su orgullo le obligaría a repudiar a la niña. Y no está dispuesto a hacerlo, la quiere demasiado.

De nuevo, esa expresión del animal que siente que se le escapa la vida, que solo ve el cuchillo del matarife manchado de su sangre. Él se preguntó si Elena sería capaz de vivir sin su hija. Ella leyó la pregunta en sus ojos, y se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Gabriel llamó por teléfono a la estación, salía un tren a París esa misma noche. Hizo rápido la maleta, una grande, metió todo lo que pudo, incluidos los pantalones y la faldita corta y el resto de la ropa que Elena había dejado en su casa cuatro años antes y que aún guardaba en el fondo de un armario, porque intuyó que la ropa de señora rica que ella llevaba en esa pequeña maleta no iba a servirle para gran cosa en esa nueva vida de inmigrantes.

—Tengo que ir al banco y a casa de mi tía. Tú quédate aquí.

A mi madre la idea de quedarse sola la llenó de angustia.

—¿Y si vienen y tú no estás? Aquí es el primer sitio donde me buscarán, Ricard necesitará poco tiempo, un par de llamadas a sus amigos de la comisaría, para saber dónde vives.

Tenía razón, debían irse los dos de allí. Gabriel puso en una bolsa las cuatro cosas que tenía en la nevera, y deambulando por el piso hizo una lista de lo que quería que su tía le mandara a París cuando tuviera un sitio donde ponerlas. Era una lista corta: ropa de invierno, los discos, el tocadiscos de tía Clara y poco más, porque las fotos de su madre se las llevaba en la maleta, y las de Tere, desperdigadas por toda la casa, mejor no tenerlas, no eran más que restos dolorosos de la promesa de una vida feliz que ya nunca sería. Tampoco los libros, eran demasiados, pero sí incluyó en la lista la caja con todas las fotografías que había hecho a lo largo de los años en El Pinar, en el San Carlos Club, en Tuset Street... Esa había sido su vida, y no quería olvidarla. Antes de salir, dio un último vistazo a la que había sido su casa todos los días de su existencia. No sabía si volvería.

—Venga, vamos.

Salió mamá al rellano con su maletita, salió él con la suya. Cerró de un portazo.

—Doña Engracia, le dejo una bolsa con unos pocos tomates y unas costillas —le dijo a la portera—, yo me voy una temporada, vendrá mi tía a hacerse cargo de mis cosas. Y un favor, doña Engracia, se lo pido por mi madre, que ya sabe que le tenía mucho aprecio: si vienen unos hombres preguntando por mí, dígales que me ha visto salir con la maleta y un billete de avión en la mano, ¿de acuerdo? Sobre todo, dígales lo del billete de avión, ¡no lo olvide! ¡Ah! —señaló a Elena—, y a ella no la ha visto, ni hoy ni nunca.

La portera, boquiabierta, apoyada en el mocho, los miró a los dos de hito en hito, pero para

cuando fue a decir algo ellos estaban ya en la calle.

—¿No dijiste que iríamos en tren? —preguntó mamá.

—Sí, justamente. Que monten guardia en el aeropuerto si quieren.

La calle ya bullía, por suerte en ese barrio se madrugaba para ir al trabajo, así que con las prisas matutinas nadie les prestó atención. Se metieron en una cafetería y pidieron dos cafés y algo de comer. Desayunaron en silencio, Gabriel mordisqueaba con calma su bocadillo, mamá dejó su croissant casi entero.

—¿Vamos a quedarnos en esta cafetería todo el día?

—No, yo voy a hacer algunas gestiones con la moto, a ti te dejaré en un sitio tranquilo donde seguro que no van a encontrarte. Por cierto, ¿tienes pasaporte?

Mamá asintió, se había acordado de cogerlo en el último momento.

—¿Y tú?

—Sí, me lo saqué hace un par de años, desde Platja d'Aro hacíamos escapadas a Perpiñán, unas pocas horas en Francia, lo justo para comprar cuatro cosas. Le gusta cruzar la frontera, a Tere.

Se le quedó el nombre de su novia pegado al paladar, tenía un regusto amargo. Mamá le miró con tristeza.

—Lo siento mucho, es culpa mía. Parecía una buena chica.

Puso su mano sobre Gabriel, y él cayó en la cuenta de que iban a fugarse juntos y ni siquiera se habían besado. Intuyó que todo era una gran locura, pero no era un buen momento para buscarles sentido a las cosas. A las diez pagó el desayuno y salieron a la calle. No anduvieron mucho, tres manzanas más allá había un cine. Gabriel compró dos entradas, sesión continua, dos películas —una de amos y esclavos en una plantación de Luisiana, otra policíaca—, desde las diez de la mañana hasta la noche. En la sala solo había dos muchachos, con aspecto de estar haciendo novillos.

—¿Sería tan amable de guardarnos las maletas? —le dijo al acomodador mientras le ponía una propina en la mano—. Y cuide de la señora, que no la moleste nadie. Yo tengo que ir a hacer unas gestiones, vuelvo dentro de un rato.

Dejó a mamá protegida por la oscuridad del cine, él se fue al banco, retiró todo el dinero, poca cosa, lo que había ahorrado para los gastos de su boda con Tere. Luego cogió la Vespa, fue a la estación de Francia y compró los dos billetes, en butaca, mejor no gastar en el sobreprecio de las literas. Dejó para el final ir a casa de tía Conchita.

—¡Dios de mi vida! —exclamó la mujer al verle con la cara hinchada—. ¿Qué te ha pasado, otra vez te has metido en peleas?

—Siéntate, tía, tengo algo que contarte.

Había decidido ser sincero con ella, explicárselo todo, al fin y al cabo pronto correrían los rumores. Pero se calló que yo era hija suya, sabía que una palabra de más pondría en peligro mi futuro. Asumía que a tía Conchita no iba a hacerle ni pizca de gracia que él se fugara con mamá,

con la mismísima nuera Planadevall, eso dejaba a la pobre mujer en una situación social comprometida. Pero lo cierto es que los negocios de su marido habían ido a la baja, un par de inversiones fallidas, y con los nuevos mandamases ya no mantenían los contactos ni las influencias que tuvieron con esa vieja guardia que dirigió todos los chanchullos en plena posguerra. El primo Víctor tenía la responsabilidad de cultivar los contactos con la nueva élite, pero su temprana muerte los había privado de los frutos de tantos desvelos. Ya nada era lo mismo, tampoco las ganas de figurar de tía Conchita, que veía como los burgueses encopetados ya no los invitaban ni los tenían en cuenta para nada. Un rencor ligero —como todo en ella— se había ido apoderando de tía Conchita. Mientras Gabriel le contaba la historia, ella revivió esa tarde en nuestra casa de S'Agaró, la altivez de mi abuela Amelia, la soberbia de toda mi familia. Se quedó pensativa un momento, y luego sonrió picarona.

—Bien hecho, sobrino. ¡Que se fastidien!

Él le dejó las llaves del piso, las escrituras, le explicó dónde podía encontrar más papeles, le dio la lista con lo que tenía que empaquetar y enviarle, que ya la llamaría cuando tuviera una dirección. Lo del alquiler lo dejaba a su criterio, ella sabría mejor que nadie lo que había que hacer. A tía Conchita tanto entretenimiento le caía del cielo.

—Claro que puedes empapelar, tía, y cambiar algún mueble si quieres. Es el piso de tu querida hermana, no puedo dejarlo en mejores manos que las tuyas.

Un par de besos, un abrazo, esa mujer era toda la familia que le quedaba. Ya en la puerta, Gabriel se acordó de algo. Del bolsillo de su pantalón sacó una pequeña llave, que lanzó a su tía. Ella la cogió al vuelo.

—La Vespa está aparcada abajo, frente al portal. Para las primas. Serán las más modernas de la fiesta.

Al salir se las arregló para girar la cabeza y no ver la moto, le dolía despedirse de ella. Se apeó del autobús en la plaza de España, compró un par de bocadillos y entró en el cine. Seguía casi vacío, mamá lloraba en su asiento, no había dejado de hacerlo en las horas que él había estado ausente. Gabriel se sentó a su lado y le puso el brazo sobre los hombros, ella reclinó la cabeza en el suyo. Comieron sin hambre el bocadillo, mientras en la pantalla un avispado inspector de Scotland Yard pillaba in extremis al asesino.

—Vimos las dos películas varias veces, creo que los dos agradecíamos la oscuridad y no tener que hablar. Cuando fue la hora, nos fuimos a la estación. Primero entré yo, por si acaso había alguien montando guardia, pero nadie nos esperaba. Creo que tu padre nunca creyó que una mujer sola y sin dinero, con poco más que lo puesto, tendría las agallas de irse al extranjero, seguro que pensó que regresaría al cabo de un par de días, derrotada y arrepentida. ¡Qué poco la conocía!

—Lo mismo me dijo él, que la había querido mucho pero la había entendido muy poco.

—De lo segundo estoy seguro. De lo primero, permíteme que lo dude. —Yo iba a protestar, pero me detuvo—. Y aunque así fuera, con los años aprendes que hay muchas formas de amar a

alguien, y si no te quieren de la manera que necesitas, todo ese amor no sirve absolutamente de nada.

—Sí, eso es cierto —murmuré, casi para mí, pensando en otra historia de amores que se desencajaron.

Se dio cuenta, supongo, y me dejó que me perdiera en mis pensamientos, durante unos segundos solo se oyó el crujir acompasado de la mecedora.

—Disculpa, me decías que cogisteis el tren...

—Sí, muy nerviosos hasta llegar a la frontera, porque una mujer casada que viajaba sola podía levantar suspicacias en la policía. En Portbou nos hicieron bajar, había que cambiar de tren y pasar el control de pasaportes. La estación estaba oscura y hacía frío. Nos pusimos en la cola separados, como dos desconocidos.

Mamá estaba tres o cuatro puestos por delante, cuando le llegó el turno dijo que iba a visitar a una hermana casada con un médico francés que tenía una clínica de reposo, pasaría unos días con ellos para recuperarse del accidente de coche.

—Madre mía, qué desgracia —le dijo a Gabriel la mujer que tenía delante en la fila, que también iba sola y no tenía a nadie más con quien hablar—, ¿usted le ha visto la cara? Un buen trompazo, seguro que de poco no lo cuenta. Uno nunca sabe dónde la va a tener.

Cuando le tocó el turno a Gabriel, se presentó como un emigrante en busca de oportunidades, vagamente habló de su voluntad de encontrar trabajo. El policía resopló con sus labios regordetes, sobre los que crecía un ridículo bigotito.

—Otro idiota —dijo devolviéndole el pasaporte y sin mirarle—, os creéis que allí fuera el dinero lo regalan. Y de eso nada, en el extranjero trabajaréis aún más duro que en España, y encima os tratarán como ratas. Pero, oye, ¡a mí, plin!, vosotros sabréis.

Gabriel ignoraba a quién iba referido ese plural, pero lo mismo le daba. Pasó luego los trámites de la Gendarmerie sin problemas y se instaló en el nuevo tren, el francés, al lado de mamá. El convoy se puso en marcha entre chirridos y un temblor que sacudió todo el vagón. Les quedaban novecientos kilómetros hasta París.

—Elena seguía hecha un mar de lágrimas, no paraba de repetir tu nombre en voz baja. Se pasó la mitad del viaje pensando en apearse en cualquier estación y volver contigo, la otra mitad decidiendo que era mejor para ti no hacerlo.

—Me reconforta saber que, al menos, tuvo dudas.

—¿Dudas? Ni te lo imaginas, la pobre vivió siempre sumida en ellas. Creo que no hubo noche que no se durmiera pensando en cómo habría sido el día si tú hubieras estado con ella. Le consolaba saber que estabas bien, que Ricard te trataba como un padre y que él podía asegurar tu futuro mucho mejor que nosotros. —Se corrigió al instante—: Mejor que ella, quiero decir. En el fondo, creo que agradeció a Pepita que esa noche estuviera allí, en tu cuarto, junto a la cama. Si no, probablemente te habría cogido en brazos y te habría llevado con ella. Pero en cuanto vio a Pepita montando guardia, supo que no iba a permitírselo, que despertaría a tu padre de ser

necesario. Y Elena se dio cuenta de que esa mujer tenía razón, de que si te dejaba con Ricard, él guardaría el secreto, te trataría como una hija, te proporcionaría todo aquello que ella, convertida en una emigrante, no creía que pudiera ofrecerte jamás. En cambio, si te llevaba con ella te convertiría en...

Se detuvo. Aunque era fácil acabar la frase, había una palabra que me definía perfectamente.

—¿Una pobre bastarda, quizá?

—Oye, ¿tienes que ponerle etiquetas a todo?

No, mejor no ponerle etiquetas a nada. Si alguna conclusión podía sacar de esta historia es que a menudo las cosas no son como las habíamos imaginado ni la verdad se corresponde con la realidad que nos habíamos creado. Mi padre, por ejemplo, que me lo ha consentido siempre todo, en ese esfuerzo suyo para que no me faltara nada, porque sabía que sí, que me faltaba algo, una madre. Y yo le agradecía que se desviviera por tapar esa ausencia, cuando quizá lo que intentaba tapar eran sus remordimientos. Lo triste es que todos estos años me había estado culpando a mí misma por no haber sido la hija que mamá esperaba, por no haber sido lo suficientemente buena para que ella se quedara con nosotros. Desde pequeña, una voz en mi interior me decía que yo era la responsable de que mi madre se hubiera ido, y que era maravilloso que, aun así, papá me quisiera.

—No dejo de pensar en qué habría sido de nuestras vidas sin ese encuentro vuestro en la pastelería.

Gabriel lanzó la mirada hacia la ventana, dejó que se perdiera montaña arriba.

—No creo que ninguno de nosotros haya dejado de pensarlo jamás, todos perdimos algo ese día.

—Tú recuperaste a mi madre.

—Pero perdí a Tere. Queríamos casarnos, tener hijos, quizá ahora sería abuelo.

Reparé en lo solo que estaba ese hombre, sin más compañía que sus libros y el crujido de la mecedora. Y, lo reconozco, me supo mal la brusquedad con que lo había tratado ese mediodía, la necesidad que yo tenía de poner distancia con él. Al fin y al cabo, no me había pedido nada.

—¿Volviste a saber de Tere?

Negó con la cabeza, el azul de sus ojos —nuestros ojos— era ahora pura melancolía. Le dolía no haberse despedido de ella, no haberle dado explicaciones, que supiera que jamás la engañó, que su historia con mi madre terminó exactamente en ese concierto en que Tere y él, bailando sobre las gradas de la Monumental, se hicieron novios. Nunca la olvidó, ni siquiera en París con mi madre, porque mamá nunca pudo darle lo que él había soñado con Tere: una vida tranquila, una familia, una casita con jardín junto al mar. Cuando, recién jubilado, regresó a Barcelona, tuvo un arrebato: puso un par de mudas en una bolsa de viaje y tomó la Sarfa, como antaño. Descubrió que el Brisamar aún existía, aunque le costó reconocerlo. Renovado, ampliado, lucía el logo de una cadena internacional en la puerta. Cogió una habitación, pero no encontró rastro de Tere ni de sus hermanos; la recepcionista, una chica joven y extranjera, no sabía de quién le

hablaba. Buscó la cafetería en el paseo, pero ya no existía, en su lugar había una tienda de ropa. Al segundo día pagó la cuenta del hotel y volvió a casa.

—¿Y no la has buscado por internet? La sobrina de Quim quizá podría encontrarla.

—Se lo pedí y la buscó en el Google ese, pero no salió nada. Buena señal, me dijo, porque la única noticia que suele haber en internet de los de mi quinta es la esquela.

Le temblaba ligeramente la voz, detuvo de golpe el ir y venir de la mecedora.

—¿Quieres un café?

—Depende, ¿del que calientas en el puchero, o recién hecho?

—Haré una cafetera, por ser vos.

—Entonces acepto.

Se levantó de la mecedora. Sonrió.

—Mira que eres señoritinga, no sé qué tiene de malo el café recalentado.

Le vi marchar hacia la cocina.

Aún no podía creer que ese hombre fuera mi padre.

# CAPÍTULO 33

Desde la cocina me llegaba el trasiego de Gabriel con la cafetera, el gorjeo del agua hirviendo. Me levanté para estirar las piernas. Como tampoco había mucho que explorar, me acerqué a la librería, al otro lado del saloncito. Examiné los libros amontonados, todos revueltos sin ningún orden ni criterio aparente. Y las fotos, solo tres. Una era un gran retrato, en blanco y negro, de quien asumí que era su madre. Llevaba días mirándome risueña, pero hasta ahora no había sabido que esa mujer era mi abuela.

—Encantada —le dije bajito, con una pequeña reverencia, tal como mi otra abuela, Amelia, me había enseñado a saludar a los mayores.

Al lado, otra foto de ella, esta vez rodeando con su brazo a un niño repeinado y vestido con trajecito de pantalón corto, que supuse que era Gabriel. La tercera foto era de él y mamá, con los tejados de París al fondo. La cogí para verla a ella de cerca. Guapa, irradiando luz. Tan parecida a Ariana y tan distinta a mí... Y esa expresión de felicidad que tanto me dolía, desde el primer día esa sonrisa de mamá se me había clavado en el alma. Mi madre, feliz sin mí, ya podía Gabriel contarme milongas sobre lo mucho que esa mujer me echó de menos, que allí estaba esa imagen para desmentirlo. Él llegó en ese momento con una bandeja, dos tazas de café en sus platitos, que soltó sobre la mesita. Los platillos temblaron, y por poco tumba una de las tazas. Me apresuré a dejar la fotografía en su sitio y regresar a mi posición en el sofá. Al levantarme había dejado mi móvil en la mesita, y vi que él lo había depositado ahora sobre la bandeja vacía, justo frente a él.

—Puedes dejarlo ahí —me dijo—, se me oirá mejor y estarás más cómoda.

Esbocé una sonrisa, qué más daba ya todo.

—En realidad, las grabaciones solo han servido para que Ariana entrara en mi ordenador y escuchara todas nuestras conversaciones.

Dio un par de sorbos al café, lo que me maravilló porque estaba aún hirviendo.

—Tu hija es una chica lista —dijo dejando la tacita junto a mi móvil—. ¿Dónde estábamos?

—En el tren, camino de París.

Y llegamos a la estación desangelada en esa mañana gris y gélida con que la ciudad los recibió. Cogieron un taxi, Gabriel enseñó al conductor el papelito con la dirección de los primos de Quim, esa dirección que nunca se había decidido a escribir en un sobre. La prima estaba en casa, los dejó entrar sin hacer comentarios sobre su deplorable aspecto.

—Tú debes de ser ese amigo de Barcelona con el que jugaba al ajedrez. Durante los primeros meses esperó que llegara una carta tuya, pero ahora hace tiempo que no pregunta.

Gabriel captó el tono de censura. Tenía motivos; si Quim no quería saber de ellos, no podría recriminárselo. Estaba en el trabajo, había hecho valer su experiencia en la rotativa del periódico para encontrar empleo en una imprenta. Ahí llamó su prima, habló primero con el capataz, que era urgente, le dijo gritando, para que le oyera por encima del ruido de las prensas. Cuando al fin Quim se puso al teléfono y su prima le contó a quién tenía sentados en los dos butacones del saloncito, se oyeron los aullidos por el auricular.

—Ahora viene —anunció la mujer al colgar—. Le dirá al jefe que es una emergencia familiar.

Tardó bastante, porque la imprenta estaba lejos, en un *arrondissement* al otro lado de la ciudad. Cuando llegó hubo abrazos, alguna lágrima furtiva que los dos se apresuraron a disimular.

—Y ella es Elena —dijo Gabriel haciendo las presentaciones.

—¡Por fin! No llegamos a conocernos en Barcelona y lo hacemos en París. —Le cogió la mano y se la besó ceremoniosamente—. *Enchanté, mademoiselle*.

—¿Y estos modales —se rio Gabriel— tan de... de...?

—¿De maricón, quizá?

—¡No seas burro! De *monsieur très important*, quería decir, que pareces educado en Versalles, quién lo iba a imaginar.

Le pusieron al corriente de lo sucedido mientras la prima de Quim les preparaba unos huevos fritos con patatas, porque estaban hambrientos.

—Venga, os diré lo que haremos. —Quim, que los había escuchado en silencio, tomó el mando—. De momento os instalaréis en mi casa hasta que encontremos un sitio para vosotros solos, estaremos muy estrechos, pero si a Elena no le importa, a mí tampoco.

—Necesitaré un empleo —le interrumpió Gabriel.

—Tranquilo, trabajo en una imprenta, ya sabes de qué va, nada emocionante, pero al menos no es turno de noche. Y la buena noticia es que en breve habrá una baja, uno de Marsella que regresa a casa. Déjame que le hable de ti al patrón, tienes experiencia y chapurreas el francés, más de lo que lo hablaba yo cuando pisé esta ciudad. Pero eso será mañana. Ahora os acabáis los huevos, nos vamos a mi casa y os dais una ducha, *¡vous ne pouvez pas sortir vous promener à Paris comme ça!*

Quim movió contactos, le consiguió el trabajo a Gabriel y para la pareja un alojamiento en una *chambre de bonne* en un edificio haussmaniano del distrito catorce, cerca de la Puerta de Orleans.

—¿Qué es una *chambre de*...? ¿De qué, has dicho? —pregunté yo, que dejé el francés en la escuela.

Gabriel sonrió. Se ahorró decirme que alguien como yo no podía ni siquiera imaginar los sitios en los que mamá tuvo que vivir, obligada a alejarse de lo que hasta entonces había sido su vida, y no solo por los más de mil kilómetros que la separaban de Barcelona. Y, no sin un punto de condescendencia, me explicó que las *chambres de bonne* eran las antiguas habitaciones del

servicio en lo alto de los edificios señoriales, reconvertidas en minúsculos apartamentos, tan sencillos que en algunos casos —como el primero que arrendaron— el lavabo y la ducha eran comunitarios. Gabriel sufría viendo a mamá subir seis pisos por una vieja escalera de servicio, o compartir baño con otros inmigrantes, que en ese rellano eran unos cuantos y llegados de todos lados. Pero jamás la oyó quejarse, al contrario: destinaba cada mes una pequeña parte del sueldo de Gabriel a decorar el minúsculo espacio con una planta, una cortina, unas sillas de segunda mano... Se esforzaron en convertir ese cuchitril en un lugar acogedor, igual que se esforzaron en reconstruir su relación, aunque tampoco esto último fue fácil. Porque en esos cuatro años quizá no se habían olvidado completamente el uno del otro, pero los dos habían madurado. Ya no tenían veinte años, ahora tenían treinta, y pasar la tarde bailando el twist por el pasillo ya no hacía tanta gracia. De hecho, ahora ni siquiera tenían pasillo.

Pese a la dureza de las condiciones con las que París los acogió, se ambientaron rápido, Quim se encargó de ello, les presentó a sus amigos. Salían a cenar a restaurantes baratos y los invitaban a fiestas en azoteas, con tortilla de patatas y sangría. Gabriel se iba temprano al trabajo, regresaba tarde, pronto llegó el invierno y el frío, oscurecía pronto y la llovizna se convirtió en costumbre, así que cuando él llegaba a casa ya no apetecía salir a dar un paseo. Aburrida, mamá empezó a ir a la Alliance Française, en el boulevard Raspail, allí acudían los extranjeros para estudiar francés, para relacionarse entre ellos. En el tablón de anuncios vio una oferta de trabajo que le llamó la atención: alguien buscaba una traductora al español.

—¿Y tú por qué quieres trabajar? —le preguntó Gabriel—. No lo entiendo, ya lo hago yo por los dos.

Mamá no se tomó la molestia de contestar. Tres días después, con la ayuda de un vecino subió una vieja y pesada Olivetti de tercera mano hasta el sexto piso y la instaló sobre la mesa del comedor, la única del apartamento. Había conseguido el empleo. Al oírlo, no pude evitar una sonrisa.

—¿Y qué traducía?

—¡Oh, nada interesante, pobre! Cosas tan aburridas como catálogos comerciales o instrucciones técnicas para empresas francesas que exportaban a España y a Sudamérica.

—Vamos, poco que ver con las novelas que traducía tía Clara, que es con lo que ella soñaba.

Quien sonrió ahora fue él, enigmático.

—Si hubieras conocido a tu madre, sabrías que todo era posible, pero no nos avancemos... Reconozco que, pese a mi reticencia inicial, ese sobresueldo nos fue bien, también tía Conchita consiguió alquilar mi piso, me enviaba cada mes el dinero, así que pudimos mudarnos a otro apartamento, nada del otro mundo pero más amplio, con baño propio y ascensor. Y podíamos salir a cenar por el Quartier Latin, disfrutar algo de la ciudad los fines de semana, cuando yo no trabajaba. Aunque, claro, entonces ella empezó la universidad y se le iba el tiempo en estudiar y traducir.

—¿La universidad?

—Sí, hija, sí —dijo con un suspiro, un instante antes de llevarse la mano a la boca—. Perdona, lo de hija lo he dicho sin pensar, sin ninguna intención.

Mamá hizo algunas amigas en la Alliance Française, y una de ellas le habló de una universidad recién creada. Se llamaba Centre Universitaire Expérimental de Vincennes, había sido una reivindicación de los estudiantes del mayo del 68, y se diferenciaba de las demás en muchas cosas, pero principalmente en que para estudiar allí no hacía falta ningún título de bachillerato ni examen previo.

—Pero mamá podía haber ido a la Sorbona de haber querido, porque ella sí tenía el bachillerato, ¿no?

—Sí, pero ningún papel que lo acreditara, comprenderás que fue lo último en lo que pensó cuando salió corriendo de casa. Y hacer todo ese papeleo desde París era como mover una montaña. Así que se le abrió el cielo cuando le hablaron de la Universidad de Vincennes, llegó a casa entusiasmada, dos días después ya estaba matriculada en Filosofía. Madrugaba cada mañana para llegar hasta allí, porque estaba en el culo del mundo.

Bueno, unos barracones prefabricados en mitad de un enorme parque —tan grande que lo llaman bosque— en las afueras de París quizá no es exactamente el culo del mundo, pero requería coger el metro, dos transbordos hasta la estación del Château de Vincennes, y después andar un buen trecho o hacer autostop. La Facultad de Filosofía obtuvo cierto renombre porque allí daban clase conocidos intelectuales de izquierdas. De hecho, todo en esa universidad era muy de izquierdas, así que las manifestaciones empezaron a ser el hobby principal de mi madre. A menudo Gabriel la veía marchar calle abajo, con sus compañeros de clase y alguna pancarta que habían pintado en casa a toda prisa, y se preguntaba qué habrían pensado esos jóvenes de haber sabido que mamá, un año antes, era una esposa burguesa, con servicio, chófer y cuenta en las tiendas más caras de Barcelona. Algunas noches, al volver de la manifestación, mamá se plantaba frente a Gabriel y le preguntaba si creía que tía Clara estaría orgullosa de ella. Y Gabriel sentía un pinchazo de celos, porque mi madre jamás se preocupó por saber si él lo estaba.

—Nosotros estábamos bien, porque yo sabía lo que necesitaba Elena para ser feliz: cariño y libertad. Eso era lo que le había faltado con tu padre y yo podía dárselo. Bueno, reconozco que eso de la libertad me escocía un poco, igual que me irritaba que trabajase, pero ¿cómo iba yo a prohibirle nada? Así que callé y no puse problemas a que fuera a clase, tampoco a que saliera con sus amigos. A veces yo iba con ellos, pero pocas, porque hablaban de cosas de la universidad y me sentía fuera de lugar. Así que me quedaba en casa leyendo, y cuando ella regresaba le daba ese cariño que necesitaba, porque Elena era fuerte y frágil a la vez, como un águila con el ala rota. En realidad, no me fue difícil volver a quererla, porque creo que nunca había dejado de hacerlo.

—Por eso seguías guardando su foto de tu cartera.

—Siempre, desde el día que me la dio, hasta que me la robaste.

Hizo una pausa, clavó en mí sus ojos y descubrí que podía sostenerle la mirada. Ahora que

sabía lo que sus ojos escondían, ya no me angustiaban. La verdad era dura, pero más lo había sido la incertidumbre. Él también me miró tranquilo, con franqueza.

—Te seré sincero: nunca he creído que estas charlas nuestras ayuden a saber qué le pasó a tu madre, treinta años son demasiado tiempo para seguirle el rastro. —Su voz ahora era tremendamente seria y pausada, como si cada palabra pasara por un cuidado proceso de cribaje y fuera valorada, medida y pesada antes de su pronunciación—. Si acepté hablar contigo fue solo para que supieras que tu madre no dejó de quererte ni de pensar en ti ni un solo día, quizá ni un solo instante de todos esos años que pasó en Francia. Jamás podrás imaginarte cuánto te echó de menos. Llenó el vacío con los estudios primero, luego con su trabajo. Y todo por lo que luchó en París, todo lo que logró, fue solo para tener la oportunidad de volver algún día a tu lado y que tú, una niña criada entre lujos y algodones, no te avergonzaras de ella. Si no regresó antes no fue solo porque esperara a que tú fueras mayor de edad, también aguardó a ser la mujer que creía que debía ser para que, tras tantos años de ausencia, la aceptaras y la quisieras. Y trabajó muy duro para conseguirlo, te lo aseguro. Pero se marchó a Barcelona convencida de que, al fin, ambas estabais preparadas para el reencuentro. Tan decidida y convencida que, de eso sí estoy seguro, solo su muerte pudo impedirlo.

No supe qué decir, y aunque se me hubiera ocurrido algo, no sé si esa bola grande y dura que tenía en la garganta me habría permitido hablar. Él también calló, así que el silencio se instaló entre nosotros, un silencio que ya no resultaba incómodo. Lo rompió el timbre de mi móvil sobre la bandeja. La pantalla se iluminó y mostró un nombre: Sita de Guasch. Colgué, no era el momento de mantener una conversación con ella, pero él ya lo había visto y le cambió el semblante.

—¡No me digas que hablas con esa arpía!

—Oye, no te pases.

—¿Pasarme? Se suponía que era amiga de Elena, pero se portó fatal con ella. ¿Y tú le das cancha? Mandarla a la mierda, eso es lo que deberías hacer.

Estaba exaltado, yo intenté mantener la calma.

—De cómo Sita se portó con mi madre no sé nada —mentí—, pero ella y Enrique han sido siempre buenos amigos de papá, se preocupó por mí cuando yo era pequeña, me trataba como a una más de sus hijos, así que le tengo aprecio. Y si me llama es solo para preguntarme por papá, y se lo agradezco porque es bueno sentirse apoyada ahora que, en cualquier momento...

Callé, tampoco era necesario verbalizarlo todo. También él pareció arrepentirse de su arrebato.

—Lo siento, supongo que debe de ser difícil para ti —farfulló.

Me levanté, sentía la necesidad imperiosa de tener frente a mí algo que no fuera su cara, sus ojos, su balancín. Él detuvo la mecedora, pero no se levantó. Resonaron mis pasos sobre las viejas baldosas hidráulicas, las mismas sobre las que había bailado mamá. Me acerqué a la estantería, a esa foto que no podía dejar de mirar: los dos juntos, la cabeza de mamá apoyada en

el hombro de Gabriel, el brazo de él sobre los hombros de ella, la primera luz del sol sobre ese mar de tejados, algunos edificios altos al fondo, la aguja de la torre Eiffel. Mamá miraba a la cámara, y a través de ella me miraba a mí. Con cara de felicidad, como si acabara de descubrir que la vida, pese a todo, aún valía la pena.

—¿Qué curioseas? —preguntó Gabriel de espaldas desde la mecedora.

—Esta fotografía vuestra, en París.

—Ah, esa foto, bonita, ¿verdad? Julio del 69, unas pocas semanas después de nuestra llegada.

—Pues dirás lo que quieras, pero no parece que mamá esté triste ni que me eche de menos.

—No juzgues el todo por un simple instante. Además, esa sonrisa tenía que ver con la única persona que podía arrancársela.

—¿Quién?

—Tú.

Quim y unos amigos suyos organizaron una cena en la azotea de su casa, cada invitado llevó algo, así se hacían las cenas entre los inmigrantes. Subieron un televisor y un tocadiscos, uno que era lampista trajo cables, hizo empalmes y consiguió que funcionaran. Estuvieron bebiendo y bailando, todos excepto mamá, que no se levantó de la silla, no tenía ganas. Hasta que alguien avisó de que era la hora, encendieron el televisor y allí estaba: el módulo del Apolo XI había aterrizado ya sobre la Luna, imágenes borrosas de un suelo polvoriento, Armstrong y Aldrin a punto de salir. Gabriel aún recordaba la emoción de ese primer paso, se abrazaron todos, también mamá. Amaneció en París mientras los dos astronautas brincaban sobre el suelo lunar. Los invitados, cansados, empezaron a despedirse, era hora de irse a dormir.

—Entonces Elena, que había vuelto a su estado de melancolía, me cogió del brazo y me dijo: «Carolina irá a la Luna, ¿verdad?». Y yo le respondí que sí, que seguro que irías, a la Luna y adonde quisieras, que cogerías su relevo como ella había cogido el de tía Clara, porque tú también eras una mujer Ribé. A ella se le iluminó la cara, sonrió como no la había visto sonreír aún en París, y Quim, que se dio cuenta, nos dijo que nos sentáramos allí, en el alféizar, que iba a hacernos una foto con el sol del amanecer..., *et voilà!*

Tragué saliva. Se me humedecieron los ojos. Me alegré de que Gabriel, sentado de espaldas en su mecedora, no pudiera verme.

—No he llegado a la Luna —confesé, no sé si a él o a mamá.

—Pues yo creo que tu madre pensaría que te has acercado mucho. Y si te paras a pensar, esos trajes de astronauta deben de ser incomodísimos y no favorecen nada, tal como vas vestida estás mucho más guapa.

# CAPÍTULO 34

Aún tenía los ojos húmedos, la emoción apresándome la garganta, así que me entretuve hojeando libros de la abigarrada biblioteca de Gabriel. Pero reconozco que me costaba apartar los ojos de mi madre, encerrada en esa fotografía desde la que no dejaba de sonreírme, confiando en mí.

—Lo lamento, mamá, pero ya ves, no he pisado ninguna Luna. Siento si te decepciono, pero no quiero mentirte, ya bastante nos hemos engañado todos.

Se lo dije bajito, pero no lo suficiente.

—¿Se puede saber qué cuchicheas ahí atrás? —gruñó Gabriel desde su balancín.

Sin querer estrujé el libro que en ese momento tenía entre las manos, un ejemplar de bolsillo de *Antes del fin*, de Ernesto Sábato. Muy adecuado el título, ahora que lo pienso. Por disimular, me fui hacia la ventana, por la que entraba aún el sol. La tarde ya alargaba, se notaba la cercanía de la primavera. Demasiada luz quizá, habría preferido una tarde nublada y sombría.

Nunca me había acercado a ese ventanal. Al asomarme descubrí que abajo, en lo que supuse que eran los pisos de la planta principal, había pequeños patios arbolados, minúsculos oasis verdes entre el cemento.

—Qué bonitos esos jardines, nadie lo diría cuando ves esta gran mole desde la Gran Vía.

Todos tenemos dos caras, incluso los edificios. Gabriel se levantó y vino a mi lado, abrió la ventana y una bocanada de aire frío se me coló bajo la blusa. Lo agradecí, necesitábamos renovar el aire de ese salón.

—¿Ves a ese? —dijo señalando a un hombre que, en uno de los jardincitos, parecía entretenerse arrancando hojas secas—. Es Jordi, íbamos juntos a clase, toda la vida viviendo aquí. Y esa que sale ahora es su mujer, Josefina. Antes de casarse, ella vivía en la calle de la Font Florida, esa por la que le gustaba pasear a tu madre. Gente del barrio, esto era Hostafrancs entonces, cuando yo era el hijo de Carmen, la modista. Pero los mayores han muerto, y los hijos se marcharon a otros barrios, alquilaron los pisos, vino gente de paso. Ahora hacen reformas y regresan a la casa que fue de sus padres o de sus abuelos. Está bien, pero, claro, no es lo mismo. Era bonito cuando nos conocíamos todos, como una pequeña colonia.

Pensé en Rosita cogiendo los recados para los vecinos en un teléfono de baquelita en la parte trasera de los ultramarinos, entre cajas de cervezas y gaseosa. Ahora hay un locutorio, quizá es más adecuado para eso de los recados telefónicos, pero dudé que Gabriel le viera la gracia.

—Ni la nostalgia es lo que era, como suele decirse.

—No, ni la nostalgia.

Estábamos los dos apoyados en el marco de la ventana, uno junto al otro. Seguramente no habíamos estado nunca tan cerca. Me retiré un poco.

—Supongo que mamá y tú no estuvisteis viviendo en una *chambre de bonne* los quince años que pasasteis juntos en París.

—Es que Elena y yo solo vivimos juntos cinco años.

—¿Cómo que solo cinco?

La noticia me cogió por sorpresa. ¿Eso significaba que ya no estaban juntos cuando mi madre decidió volver? ¿Que no era a él a quien abandonaba? Si hubo otro hombre, quizá tuvo que ver con su desaparición. Sentí que esta posibilidad, apenas intuida, me liberaba de un peso, se abría una vía de fuga. Un tercero, un desconocido. Gabriel, ajeno a mis cavilaciones, malinterpretó mi sorpresa.

—Quizá te parezcan pocos, pero cuando solo se han tenido las migajas de una tarde semanal a escondidas, cinco años enteros, día tras día, fueron muchos.

—¿Te dejó por otro?

Quería su nombre, su teléfono, saber dónde estuvo ese día en que mi madre desapareció. Pero, por desgracia, Gabriel negó con la cabeza.

—No, para que Elena se aburriera de mí me bastaba yo solito, no necesitaba ayuda. En realidad no pasó nada, no tuvimos ni una sola discusión. Pero sin darnos cuenta nuestras vidas empezaron a separarse. Como si en una bifurcación del camino cada uno hubiera tomado un sendero distinto. Ella vivía para sus clases de universidad y para sus traducciones, para sus nuevos amigos y las manifestaciones. Yo vivía para ella, porque no tenía nada más. Pero vivir para ella ya no significaba estar con ella, ni siquiera cuando nos encontrábamos juntos. Aún no sé cómo, pero conseguimos meter otro pequeño sofá en el apartamento, y desde ese momento cada uno se acomodó en el suyo. Y, hablando de sofás, ¿por qué no nos sentamos? La edad lo fastidia todo, incluidas las lumbares.

Cerró la ventana y volvió al vaivén de su mecedora, yo a los duros muelles del canapé. Mamá siguió en París, yendo a la Universidad de Vincennes por la mañana, trabajando como traductora por las tardes.

—Al principio me hacía leer sus trabajos de la universidad, me explicaba lo que habían hablado en clase esperando mi comentario brillante, como en las cartas que le escribía a los veinte años. Pero allí no tenía opción de ir al Ateneu a buscar ayuda, allí solo podía ser quien en realidad era, un tipo mediocre y con los estudios básicos. Y ni siquiera era el más moderno de la fiesta, al lado de sus nuevos amigos franceses yo no era más que un pobre inmigrante, eran ellos quienes le decían cómo tenía que peinarse, qué ponerse, qué música escuchar. Dejé de estar al día de las novedades musicales, ya solo oía el ruido constante de las planchas y de las guillotinas en la imprenta. Ella salía con sus colegas de la universidad, yo prefería dar una vuelta sin más compañía que la cámara fotográfica, o pasar la noche con un buen libro. Dejó de venir a las fiestas que organizábamos con los amigos de Quim, allí se hablaba de fútbol y de trabajos mal

pagados, de ganas de volver a casa, de la familia que aguardaba en España, temas de emigrantes en una ciudad grande y hostil. Se aburría, con mis amigos y conmigo. Me convertí en ese prestidigitador que hace el mismo número cada día: no es que ya no tenga gracia, es que te acaban pillando el truco.

El Gran Embaucador finalmente había sido desenmascarado. No negaré que sentí algo de lástima. Él siguió hablando suavemente, al compás de la mecedora. Hubo momentos en que tuve la sensación de que ni siquiera me hablaba a mí, sino a él mismo.

—Dicen que la pasión y el aburrimiento son polos opuestos, y es cierto. Pero en los dos hay fuego. La pasión es ardiente, pura fogata. En el aburrimiento no hay chisporroteos ni grandes llamas, quizá por eso no nos damos cuenta, pero con el tiempo lo deja todo reducido a ceniza, humo y un triste olor a chamuscado.

El aburrimiento, la rutina, la inercia. Yo también sabía de eso.

—Creo que si Elena no me dejó antes fue porque pensaba que estaba en deuda conmigo, que ella me había arrastrado a París esa madrugada cuando llamó a mi puerta. Y no era cierto, cuando sonó el timbre yo tenía ya el papel con la dirección de los primos de Quim en la cartera, irme con ella fue mucho mejor que escaparme solo. No sé cuánto tiempo más habríamos estado juntos si Elena no hubiera conocido a esa mujer.

—¿Qué mujer?

—La escritora, la del libro que devolviste a la biblioteca del Ateneu.

Solté una carcajada, pensé que me tomaba el pelo.

—¿Simone de Beauvoir? ¡Venga ya!

Pero Gabriel permaneció serio, no parecía que estuviera bromeando.

—¿Y puedo saber cómo la conoció?

—En una conferencia, no recuerdo dónde. Acudió con algunos compañeros de universidad.

Por entonces la Beauvoir ya debía de tener casi setenta años, pero aún escribía y publicaba, y mi madre seguía sintiendo por ella la misma admiración que de jovencita. Quizá *El segundo sexo* estaba ya algo obsoleto, pero fue el primer libro que mamá se compró en París, paseando por los *bouquinistes*, esos tenderetes de viejo junto al Sena. Al poco de llegar a la ciudad, pidió a Gabriel que la acompañara al Café de Flore, en Saint-Germain-des-Prés, pero para entonces la mesa que la Beauvoir y Sartre habían tenido durante años reservada para sus tertulias estaba ya ocupada por turistas que posaban para la foto de rigor. Mamá y Gabriel se sentaron en uno de los bancos tapizados de rojo y pidieron dos tés. Ella se lo tomó a pequeños sorbos, dejó incluso que se enfriara, porque no estaba dispuesta a irse sin sentarse en esa mesa, para eso habían ido hasta allí. Esperaron, y cuando por fin se marcharon los turistas pesados, mamá se levantó y fue hacia allí andando muy despacio, como una beata acercándose a las sagradas reliquias del santo del que es más devota. Se sentó en una de las sillas y, con emoción, acarició la pulida mesa de caoba.

—Qué quieres que te diga, a mí aquello me pareció ridículo, por favor, ¡era una simple mesa en una cafetería! Por suerte, un camarero fue a pedirle que se levantara, que había clientes

esperando para sentarse. Yo pagué rápidamente la cuenta y nos fuimos a casa. Y eso fue todo.

—¿Y la conferencia? —le apremié.

—¡Ah, es verdad!, la maldita conferencia...

La sala estaba llena, la Beauvoir era una brillante oradora. Mamá la escuchó entusiasmada. Cuando acabó, tras los aplausos, unos cuantos se acercaron al estrado para intentar hablar con ella, conseguir que les firmara un libro.

—¡Vamos a verla de cerca! —propuso Silvie, una francesa grandota que siempre cogía las riendas del grupo.

Esa noche, al llegar a casa, mamá le contó a Gabriel que le habían temblado las piernas cuando tuvo a la escritora al lado. Uno a uno, fueron estrechándole la mano, obsequiándola con frases tan aduladoras como rimbombantes, que Simone de Beauvoir aguantó con estoicismo y con una sonrisa. Cuando le tocó el turno a mamá, estaba tan nerviosa que lo único que se le ocurrió decir fue una estupidez:

—*Memorias de una joven nada formal* es el único libro en toda mi vida que no he terminado de leer.

Hubo algún murmullo, alguna risita. La escritora no perdió el buen humor.

—No te preocupes, seguro que no has sido la única en dejarlo. Pero sí la única valiente que me lo ha dicho a la cara.

—¡No, madame de Beauvoir, no me malinterprete!

Mamá, intentando arreglarlo, se lanzó a explicarle, atropelladamente y sin mucho tino, el motivo por el que había dejado voluntariamente las últimas páginas sin leer, por si algún día necesitaba una excusa para volver a ver a su amante, y cómo el libro había quedado olvidado finalmente en la biblioteca de quien fue su marido, dentro de otro libro, porque tenía que leerlo a escondidas, y a saber cuántas cosas más le explicó así, a borbotones, casi sin darse cuenta porque con esa mujer mirándola a los ojos no era capaz de pensar. La Beauvoir aprovechó una ligera pausa que mamá hizo para respirar y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Elena Ribé —se apresuró a presentarse—. Española, estudiante de Filosofía en Vincennes.

La escritora miró a mamá, de arriba abajo, en silencio. Gabriel estaba seguro de que vio en ella ese *charme* innato, esa clase que no perdió ni a fuerza de subir seis pisos a pie hasta su pequeña *chambre de bonne*, ni de andar cada día algunos kilómetros para ir a clase en un barracón. Tenía ya entonces treinta y dos años, la escritora debió de preguntarse qué hacía una mujer como ella estudiando en la universidad más izquierdosa y proletaria de Francia, por qué iba acompañada de esos chicos con pelos de hippy y restos de acné en la cara. Quizá no eran preguntas muy trascendentes para una de las cabezas visibles del existencialismo, pero a la Beauvoir le intrigaron lo suficiente para coger a mamá del brazo, como si fuera una vieja amiga.

—Mira, Elena, no sé si he acabado de entenderlo, pero me encantaría que me lo explicaras todo con calma. Tengo que ir a una cena en casa de un amigo, pero si me acompañas podrías

contármelo en el coche. Y quedarte a cenar si te apetece.

Esa noche, mamá también le contó a Gabriel que sintió el brazo de la Beauvoir enroscándose en el suyo, apoyándose en ella, el calor de su cuerpo. Se metieron en el vehículo, hablaron todo el trayecto. Por supuesto, se quedó a cenar en casa del amigo.

—Poned un cubierto más —anunció Simone entrando en el piso—, que traigo una invitada.

Estaba Sartre, claro, y algunos otros, no llegaban a los quince invitados. Mamá le dijo a Gabriel algunos nombres, como si él debiera conocerlos. Quizá a alguno sí lo citó en sus cartas, pero ya ni se acordaba, al fin y al cabo no había hecho más que copiar las frases de otros con su mala caligrafía. Se sentaron a la mesa, el vino fue pasando de mano en mano, también algunas bandejas. La conversación era animada, nadie parecía prestarle mucha atención a mamá, que en realidad lo agradecía. Esa noche le contó a Gabriel que había sido como estar en el Café de Flore, sentada con ellos en esa mesa del rincón, pero protegida por un manto que la volvía invisible. Hasta que un invitado, queriendo ser amable, le preguntó por qué había dejado Barcelona y se había mudado a París.

—Porque mi marido me dio una buena paliza y luego me violó —fue su respuesta, lisa y lasa.

Se hizo un silencio sepulcral, incluso cesó el tintineo de los cubiertos en el plato. Simone de Beauvoir, desde el otro extremo de la mesa, la animó:

—¿Por qué no nos cuentas toda la historia, Elena? Desde el principio.

Mamá se aturulló un poco, la verdad es que no sabía bien cuál era el principio.

—En realidad —dijo al fin—, creo que todo comenzó la tarde en que nos encontramos a Elizabeth Taylor en la playa...

Sí, ella también empezó por allí, por ese verano en la Conca, y siguió con los catorce años transcurridos desde entonces. Esa noche, al llegar a casa, mamá explicó a Gabriel que le había dado un poco de vergüenza contarles cómo le habían impactado sus teorías existencialistas en ese año que pasó en Francia, su rabia por no poder ir a la universidad; le contó que se había emocionado delante de todos al recordar a tía Clara, la frialdad con la que había hablado de su matrimonio con papá, las sonrisas que habían provocado los encuentros furtivos cada miércoles en casa de Gabriel, su descubrimiento de los Beatles, esos pantalones que solo podía llevar durante unas horas; las caras serias cuando relató el encuentro en la pastelería y todo lo que vino después, las lágrimas cuando les habló de mí, que cuando ocurrió esa cena tenía siete años y mamá estaba segura de que ya no me acordaba de ella. Luego, la pequeña *chambre de bonne*, la vida de emigrante con Gabriel, su primer trabajo remunerado, la universidad..., hasta esa tarde, en la conferencia, cuando había metido la pata.

—*Mon dieu!* Parece el argumento de una novela —dijo alguien.

—Pues, para mí, es un ejemplo claro de lo que hemos defendido siempre —terció Sartre visiblemente satisfecho—, que las personas, y no la naturaleza o el destino, son las que deciden lo que son. La historia de esta mujer demuestra que no somos otra cosa que lo que cada uno de nosotros decide hacer consigo mismo.

—¿Cómo puedes decir eso? —discrepó alguien—. Ella decidió ser una esposa tradicional, fue el destino el que marcó el encuentro en esa pastelería.

Se inició una discusión, que llegó a ser acalorada. Se olvidaron de nuevo de mi madre, de ella solo les interesaban los conflictos filosóficos que su historia les brindaba. Esa noche le contó a Gabriel cómo había asistido, asombrada, a una disección de todos y cada uno de los hechos y decisiones de su vida, una vida en la que, a fuerza de estirarla y doblegarla para ajustarla a las teorías de unos y de otros, ya no se reconocía. Le contó a Gabriel cómo ella se había quedado callada escuchando, como escucha el insecto bajo el microscopio al sesudo grupo de entomólogos que discuten sobre la materia de la que están hechas sus finas alas. Quien tampoco abrió la boca fue Simone de Beauvoir.

—Estás muy callada, querida, inusual en ti, ¿te pasa algo? —le preguntó Sartre al cabo de un rato.

—Pasa que allí donde vosotros, mis queridos y engreídos intelectuales, veis un debate filosófico, yo veo a una mujer valiente a la que quiero ayudar.

Y añadió dirigiéndose a mamá.

—Has dicho que eras traductora, ¿verdad? —Mamá asintió—. ¿Y qué traduces?

Pasó vergüenza al confesar que solo traducía catálogos y manuales de instrucciones y algunas cartas comerciales.

—¿Y te gusta? —insistió la Beauvoir.

—No mucho, la verdad. Esos papeles no tienen voz.

—¿Voz?

Mamá esa noche le contó a Gabriel que allí, sentada en esa larga mesa, había expuesto las enseñanzas de tía Clara, que no bastaba con traducir los textos palabra por palabra, que había que buscar las más adecuadas para que no se perdiera la voz del autor ni la cadencia que había dado a cada párrafo, la manera como el texto fluía al oído. Cuando acabó de explicarlo, Simone de Beauvoir se levantó de su silla.

—¡Eh, tú, Guillaume! ¿Verdad que acabáis de comprar un par de editoriales en Sudamérica? Pues como editor mío te pido que le hagas una prueba a Elena. Si quieres vender nuestras obras allí, seguro que no te irá mal una buena traductora al español.

—Por supuesto, mi queridísima Simone —respondió el editor inclinando la cabeza—, tus deseos son órdenes. Elena, si quieres ven mañana a la editorial y te haremos una prueba.

Mamá también le contó esto último a Gabriel y él supo, con toda certeza, que iba a perderla.

—Le dieron el trabajo, por supuesto. Empezó con obras de segunda fila, pero era una traductora excepcional, tía Clara la había formado bien, siempre dijo que Elena tenía oído para eso de las voces. Pronto le dieron obras de autores conocidos, la pusieron en contacto con editoriales españolas que compraban los derechos de novelas francesas, se ganó una buena reputación como traductora, y se la rifaban. Empezó a ganar mucho más dinero que yo y, lo que fue más devastador aún, se hizo un hueco en las fiestas de todos esos intelectuales, y te prometo

que en París de esas había muchas, varias cada semana. Yo siempre le decía que en mi próxima vida quería ser intelectual para ir cada noche de jarana. ¡Si con sus amigos universitarios yo pegaba poco, imagínate con esos! Elena ya ni siquiera me pedía que la acompañara, se limitaba a informarme de que no cenaría en casa mientras se ponía uno de sus muchos vestidos negros, *petites robes noires* les llamaban allí, tenía el armario lleno de ellos, eran su pequeña revancha por los que no había podido lucir en España. Un día, cuando volví del trabajo, la encontré esperándome junto a un par de maletas. Había encontrado un bonito apartamento, me dijo. Me abandonaba.

—¿Y tú qué hiciste?

Me arrellané en el sofá imaginándome la escena, preparándome para el drama.

—La ayudé con las maletas y la acompañé a coger un taxi, es lo que hay que hacer en estos casos, ¿no? Como los árboles cuando se pudren por dentro: aunque por fuera aún luzcan verdes, lo mejor es talarlos antes de que una tormenta los rompa por la mitad y causen daños. No hubo enfados ni gritos, a nuestra manera incluso seguimos siendo amigos. La verdad es que tampoco puedo quejarme, durante esos cinco años nos utilizamos mutuamente para ser felices. El día que descubrimos que ya solo conseguíamos hacernos infelices, nos dijimos adiós.

Nos quedamos callados, a mí se me había hecho un nudo en la garganta.

—La vida son etapas —prosiguió él—, algunas las terminamos nosotros y otras se nos escurren entre los dedos, como agua, por mucho que cerremos el puño para retenerlas. Pasan, acaban, y hay que saber ponerles punto final y centrarnos en la siguiente. Si una nueva etapa ha empezado ya, dedícate a disfrutarla, no vale la pena perder el tiempo llorando por la que acaba de terminar.

Yo continué callada, el nudo en mi garganta haciéndose más duro y pesado. Tampoco soy buena cerrando etapas. Estuvimos en silencio, no sé por cuánto tiempo, hasta que mi móvil, sobre la bandeja de los cafés, empezó a vibrar. Era Pepita. Nunca me llamaba, siempre esperaba paciente a que fuera yo quien encontrara el hueco para telefonear, de ahí que ver el número en la pantalla me sobresaltara. Pepita estaba angustiada, se lo noté inmediatamente en la voz. A papá le había subido la fiebre. Intenté calmarla.

—Tranquila, en cuanto pueda voy para allá. Me quedaré a dormir esta noche, por si acaso.

Aún no había colgado y ya estaba en pie. También Gabriel se levantó de la mecedora.

—No parecen buenas noticias.

Negué con la cabeza.

—No lo son, aunque tampoco las espero. Es mejor que me vaya, ahora toca estar con mi padre. No sé si podré venir mañana, depende de cómo se encuentre él.

—Mañana es sábado. Día de almuerzo en el Raval con Quim. Puedes venir, si quieres, ya sabes dónde es.

Yo me fui por el pasillo sin decir adiós, no hacía falta. Cerré la puerta suavemente. Ya en la calle, pasé por delante del supermercado pakistaní; creo que el dueño, que reordenaba unas cajas

de mandarinas, me reconoció, pero disimuló. Necesitaba que me diera el aire, tenía ganas de andar un poco antes de encerrarme en casa de mi padre, en esa habitación que olía a medicinas y a agonía. Así que al llegar a la esquina, en lugar de ir a buscar mi coche, giré a la derecha. Era una calle corta pero empinada, allí empezaba la ladera de Montjuïc. Al llegar arriba, me quedé perpleja. Quizá me había equivocado, porque no veía ninguna calle que invitara al paseo. En la esquina había una panadería, y de ella salía en ese momento una mujer cargada con dos barras de pan.

—Perdón, ¿la calle de la Font Florida?

—Esa de ahí —me contestó mientras señalaba con una de las barras la esquina tras un anodino bloque de pisos.

Seguí la indicación y me encontré en una calle estrecha, con sus dos renglones de casitas adosadas. Acogedoras, pese a su sencillez y a que los rosales de sus jardincitos estaban aún sin flores. No podían haber cambiado mucho esas casas desde entonces. La piedra, al contrario del amor, aguanta impertérrita el transcurso del tiempo. Anduve por la calzada, evitando las estrechísimas aceras, la calle vacía ahora que el sol ya caía, y lóbrega, casi a oscuras porque las farolas, rezagadas en su encendido, no acababan de brillar. El aire era frío y húmedo. Intenté imaginármela como la había descrito Gabriel, radiante bajo el sol de primavera, recordé su nostalgia cuando me hablaba de los niños con cántaros haciendo cola frente al caño de la fuente al final de la calle o de las vecinas que sacaban las sillas al fresco, mientras pelaban judías para la cena o tricotaban jerséis para el siguiente invierno. Vecinas que los veían pasar a ellos, a Gabriel y a mamá, intuyendo quizá que el suyo era un amor clandestino y que paseaban por allí porque no tenían opción de pasear por otro sitio. Y ellos, Gabriel y mamá, sonreían felices, sin importarles el rastro de susurros que dejaban a su paso, porque entonces se creían tan perennes como esas fachadas de piedra, no sabían aún que eran tan frágiles como las rosas que trepaban por ellas y que el amor se les marchitaría antes incluso de que acabara la primavera. Quizá porque ahora yo ya sabía el final de su historia, me fue difícil imaginármelos a los dos, cogidos de la mano, recorriendo la calle. Era mucho más fácil pensar en Gabriel, ya mayor y solitario, andando por aquí, las manos en los bolsillos, persiguiendo recuerdos.

Sabía que tenía que ir a casa de mi padre, que debería estar corriendo hacia el cabezal de su cama, pero por algún motivo extraño necesitaba quedarme un rato en ese lugar solitario. A falta de bancos, me acomodé en una escalera que se encaramaba montaña arriba, sin importarme que el frío y la humedad de la piedra me calaran los pantalones y me helaran las piernas. «El día que descubrimos que ya solo conseguíamos hacernos infelices —había dicho Gabriel—, nos dijimos adiós.» Si era cierto, la elegancia que no tenía para tantas cosas sí la tuvo para dejar marchar a mamá. En cambio yo no fui capaz de fracasar con serenidad, quizá porque no lo vi venir, se me echó encima de repente, como la tormenta cae sobre las espigas: sin que estas puedan evitarlo ni tengan opción a cobijarse. Sentada en esa escalera, recordé que le debía una llamada a Sita. Saqué el móvil de mi bolso, pero en el último momento marqué otro número.

—¿Carol? —Su voz sonó a la defensiva, no suelo llamarle—. ¿Pasa algo?

—Perdona que te moleste, Alberto, pero hay algo que necesito saber. ¿Tú te aburrías conmigo?

Me temo que, tras tantos años a mi lado, mi exmarido había aprendido a andarse con pies de plomo.

—¿Es una pregunta trampa?

—No, es una simple duda. Sin trampa ni cartón. Simplemente, necesito entender lo que nos pasó. Y necesito saberlo ya.

Era cierto, necesitaba saberlo, tenía que quitarme ese peso de encima. Un lastre que, si no espabilaba, no me iba a dejar andar nunca más. Porque es muy difícil caminar con una bola de hierro atada al tobillo. Estaba prisionera en mi dolor y en mi rabia y en mi odio, y necesitaba liberarme de tantos grilletes. No sé qué debió de pensar Alberto, apuesto a que no entendió nada. Aun así, tras pensarlo un rato, respondió:

—No fue culpa tuya, Carol. Ni mía tampoco.

—Pero ¿qué nos pasó?

—Que no supimos hacerlo mejor, eso es todo. Descubrimos que no es verdad que el roce haga el cariño; el roce nos desgasta, ¿o no se desgasta la suela de los zapatos cuando andamos mucho con ellos? Es inevitable, supongo.

—Pero habíamos construido una familia, teníamos una historia juntos —intenté protestar.

—¿Te crees que no lo sé? Ojalá hubieras sido tú quien me hubiera dejado. Para mí, habría sido todo mucho más fácil, créeme. Mira, al principio ni pensé que lo mío con Victoria pudiera llegar tan lejos, era solo esa cosa tan tópica y manida de las mariposas en el estómago, de sentirse rejuvenecido, y luego todo se fue complicando...

—Y ahora vas a tener dos hijos.

Soltó un ligero bufido.

—No me lo recuerdes, que bastantes sudores me entran solo de pensar en el lío en que me he metido.

—No seré yo quien te compadezca.

—Lo sé, la misericordia no ha sido nunca uno de tus puntos fuertes.

Estuve a punto de preguntarle cuáles eran mis puntos fuertes, pero habíamos llegado hasta aquí sin discutir y no vi necesario estropearlo. En cambio, quien preguntó fue él.

—Y tú, en esos últimos años de matrimonio, ¿eras feliz conmigo?

—Lo suficiente.

— Lo suponía, y es curioso. Nunca entendí que tú, que necesitabas que todo a tu alrededor fuera sobresaliente, te conformaras con un simple aprobado.

Porque la alternativa era el divorcio, el suspenso, pensé. Pero no lo dije.

—Oye, Carol, ¿por qué no quedamos una tarde y charlamos tranquilamente? ¿No crees que nos iría bien?

Sí, nos sentaría bien.

—Lo haremos. Pero no pronto, todo necesita su tiempo.

—Cuando quieras. Cuídate, vigila con ese virus. Ah, y siento que tu padre haya empeorado, Ari me tiene al tanto. Lo siento mucho, le tengo aprecio, de verdad, aunque sé que nunca me consideró un buen yerno, él quería a uno de esos tipos con un guion entre los apellidos.

—Papá lo que quería era un yerno con un guion en la vida. Y tú te saliste del papel. Pero gracias de todos modos.

—Me habría gustado poder estar a tu lado en estos momentos. Te lo digo muy en serio.

Y le conozco, como seguramente no le conocerá nunca nadie, ni siquiera Victoria. Y sé que sí, que lo dijo completamente en serio. Me despedí precipitadamente y colgué. Sentada en la húmeda escalera de una callecita perdida a los pies de Montjuïc, sentí el calor de las lágrimas resbalándome por las mejillas. Lágrimas mansas, tranquilas. No había rabia en ellas, ni miedo, ni ese dolor agudo, como un cuchillo, de otras veces. Solo eran lágrimas que tenían que salir para dejar espacio a otras emociones, a otras historias, de una vez por todas.

# CAPÍTULO 35

Anteayer, 13 de marzo de 2020, mientras Gabriel me hablaba de cómo había ayudado a mamá a bajar sus dos maletas y la había dejado marchar, en la Moncloa comparecía Pedro Sánchez para anunciar el decreto del estado de alarma, sin que nadie tuviera la menor idea de lo que esto significaba. Yo, que no me había enterado de la noticia, no noté nada extraño cuando, dejando atrás la calle de la Font Florida, cogí el coche para ir a casa de mi padre. Quizá estaba ciega, metida en mi mundo y mis preocupaciones, pero en el exterior no vi ningún signo del apocalipsis: las calles seguían llenas, la gente entraba y salía de las tiendas, y los niños, que ese día ya no habían ido a la escuela, correteaban agradecidos por esas pequeñas e inesperadas vacaciones. Tampoco noté nada especial en el despacho, salvo que el portero llevaba puesta una mascarilla.

—Ya veo que hace caso de lo que dicen en la radio —bromeé.

El hombre, que me conoce de hace años, parecía algo avergonzado.

—Qué quiere que haga, son manías de mi mujer, que es enfermera en Bellvitge. Están mal las cosas por ahí, dice que si no me pongo la mascarilla no vuelva a casa, que bastante tiene ya con todo el coronavirus ese que hay en el hospital como para preocuparse también por el que pueda traer yo de la calle. No sé, señora Planadevall, a mí me da apuro estar aquí con esto puesto, me parece exagerado, pero mi esposa se lo ha tomado muy en serio. Y ya se sabe que ustedes, las mujeres, son las que mandan.

—Hace bien —respondí condescendiente—, hágale caso, que nunca se sabe.

Recogí el ordenador y cuatro papeles, en mi casa metí en la bolsa el pijama, una muda y el neceser. Ariana ya no estaba, ella y Rocco iban a pasar el fin de semana en casa de Alberto. Yo, en casa de mi padre. Pensé que, de un tiempo a esta parte, siempre era yo quien tenía el peor plan.

Este plan incluía pasar la noche en un butacón junto a la cama de papá, pero cuando llegué me encontré con que Pepita había preparado mi habitación.

—Ya está la enfermera para vigilar al señor, si empeora nos avisará. Además, si él se despierta en plena noche y nos ve allí, sabrá que está en las últimas.

—Anda, como si no lo supiera.

Puse mi pequeña bolsa sobre mi cama de soltera, nadie había dormido en ella desde que me casé. Pero todo seguía igual, tal como lo dejé ese día. Miré a mi alrededor: libros de juventud, algunos vinilos viejos, en un cajón incluso encontré casetes. Libretas, un pequeño joyero con

cuatro bagatelas que quedaron abandonadas al irme a mi nuevo hogar. Tendré que tirarlo todo cuando vacíe el piso. Mi habitación será lo más fácil, nada de lo que hay allí me importa, puede ir todo al contenedor. Pero el resto de la casa... Hace años que ni el gran comedor ni el salón de invitados se abren más que para limpiar y ventilar. Cuadros, esculturas, candelabros, jarrones de porcelana, lámparas de araña hechas de centenares de cristales que parecen caer del cielo como gotas suspendidas en plena llovizna, todo fuera. Y la biblioteca, y el dormitorio de papá, y el vestidor de mamá recién descubierto, lo que me faltaba. Acabado el baile, en mí recae el encargo de pasar la escoba por la pista repleta de confeti, descolgar los globos y las guirnaldas. Apagar las luces y cerrar la puerta, mientras la música suena en otra parte. Es el final, el fin del esplendor de los Planadevall. El entierro de papá estaba llamado a ser el último de nuestros rimbombantes actos, nuestra postrera *mise en scène*. Seguimos siendo igual de ricos, pero ya no somos el espejo en el que los demás quieren mirarse, así que no tiene sentido exhibirse. Ya no nos siguen las luces, los focos apuntan hacia otra parte.

Entré en el cuarto de papá, me seguía impresionando verle conectado a un respirador, que necesitara de una máquina para llenar de aire sus pulmones. Apenas pude hablar con él esa noche, seguía con la fiebre alta, ni siquiera sé si fue consciente de que yo estaba allí, a su lado. Cené en el comedor de diario, Pepita se negó a que lo hiciera en la cocina, de alguna forma intentaba revestir todos nuestros actos cotidianos de una cierta gravedad y protocolo, quizá porque ambas sabíamos que esa podía ser la última noche, la última cena. Por eso, para no quitarle esa formalidad, ni encendí el televisor, ni miré mi tablet ni mi móvil. No me enteré de lo que estaba sucediendo. Me lo dijo la enfermera cuando, después de cenar, entré en el dormitorio de papá para asegurarme de que descansaba tranquilo.

—Qué barbaridad lo que ha dicho Torra.

Debí de poner tal cara de pasmo que se vio obligada a aclarármelo.

—Torra, el presidente de la Generalitat.

—Ya sé quién es Torra, lo que no sé es lo que ha dicho.

La enfermera señaló la mesita que tenía junto a ella, en la que destellaban un par de pequeñas pantallas.

—Ha hecho un discurso por la tele pidiendo al gobierno de España que nos confine, que nadie pueda entrar ni salir de Cataluña. Y ha decretado que a partir de mañana aquí todo cerrado, menos los supermercados, las farmacias y poco más. No podremos hacer nada, ni ir al cine ni a cenar, solo pasear, ya me dirá, menudo plan.

Miré a papá, que dormitaba en su cama. Él sí que ya solo tenía un plan.

—Y de los entierros ¿qué ha dicho?

La enfermera me miró sorprendida, extrañada de que yo me preocupara por ese detalle. Como si no supiera que tenía un padre agonizando y sus exequias organizadas.

—No sé. Pero supongo que eso sí podrá hacerse, ¿no? Un muerto es un muerto, y la familia ha de poder despedirse de él, creo yo.

—Esperemos. Mira, estaré en la habitación de enfrente, cualquier novedad de mi padre, por favor, despiértame.

—Descuide, la avisaré. Aunque le está bajando la fiebre y respira mejor, pienso que pasará la noche tranquilo.

La que no pude dormir tranquila fui yo, me sentí extraña en mi vieja cama. Recordé mi última noche en ella antes de la boda. Tampoco entonces dormí mucho, culpa solo de los nervios de la fiesta, convencida como estaba de que iba de cabeza a la felicidad absoluta. Veintiséis años después, no sabía hacia dónde iba, y la felicidad me parecía un destino exótico y muy lejano, algo parecido a una remota isla de la Micronesia. Dormité a ratos, pero la mayor parte de la noche la pasé en vilo intentando escuchar lo que me parecían pasos en la habitación de papá. Me levanté un par de veces. Seguía palidísimo, los pómulos salidos, parecía un espectro.

—No se preocupe, señora, solo le estoy cambiando el calmante en el gotero —me dijo la enfermera.

Como me sucede a menudo, pasé en blanco las horas malas de la noche oscura y caí rendida al alba. Me dormí imaginándome a mi madre en esa cena de intelectuales, contándoles la historia de su vida. Desapasionada, sin caer en la emoción, como quien cuenta el argumento de la última película que ha visto. Para mamá, su historia empezaba la tarde en que conoció a Gabriel. Él, en cambio, la había iniciado justo un día antes, con la pelea en la barca. Era como si la misma historia tuviera dos puntos gravitacionales distintos: para ella, era una historia de amor; para él, de odio y rivalidad.

Desperté cuando eran ya las nueve y la casa rezumaba actividad. Bueno, toda la actividad que una vieja criada, un padre moribundo y una enfermera pegada a la cabecera de su cama podían desplegar. Cuando salí de mi cuarto para ir a ver a papá, Pepita, que estaba en el pasillo, me hizo señas.

—Se ha despertado mejor, sin fiebre —me dijo bajito, animada y con una sonrisa de oreja a oreja—, es como si el señor hubiera resucitado.

Había algo de satisfacción personal en sus palabras, estoy segura de que se había pasado la noche rezando. Yo, que me había dormido sin entonar ni una sola oración, no vi necesario decirle que no creía en la resurrección y sí en el canto del cisne, así que sonreí como si realmente creyera que papá iba a estrenar el traje nuevo para salir a pasear.

—Para celebrarlo —anunció Pepita toda animada—, he bajado a por croissants para el desayuno.

—No me hagas esto, que ya no puedo echarme más kilos encima.

Protesté por protestar, porque las dos sabíamos que me iba a zampar un croissant. Y ella, mientras se alejaba para prepararme el zumo de naranja, respondió con la cantinela de siempre:

—Déjese de manías, que está usted estupenda.

Papá, efectivamente, parecía haberse reavivado un poco. Aunque estaba igual de pálido, su cara había recuperado la expresividad. Estaba consciente, así que aproveché para pasar con él

buena parte de la mañana, hasta que se adormiló. Parecía que ese final que el día anterior era inminente ahora se hacía el remolón, así que decidí irme a casa y regresar por la tarde.

—Pero ¿adónde va a ir, señorita, si están todas las tiendas cerradas?

No estaba pensando en ir de compras, por supuesto, sino en almorzar con Gabriel y Quim, había quedado con ellos. Desde que Gabriel había puesto frente a mí la caja con las fotografías, no había dejado de preguntarme cómo había conseguido sustraérsela a mi madre. ¿Y por qué fue Quim, y no Gabriel, quien la acompañó al aeropuerto? ¿Y dónde estaba Gabriel mientras tanto? No había querido preguntarlo directamente, por no generar suspicacias, sabiendo que algún día llegaríamos a ello. Y también, lo reconozco, porque con esas preguntas me agarraba a la culpabilidad de Gabriel, como quien en plena caída al vacío consigue agarrarse a un saliente. Según cuál fuera la respuesta, tendría que soltarme, y bajo mis pies no tenía más que un oscuro y profundo pozo. Pero ya no podía demorarlo más, necesitaba esa última conversación con ellos y tenía que ser hoy, si quería averiguarlo antes de que papá muriera no tenía tiempo para más. Lo sentía, me dolía abandonar a mi padre unas pocas horas, pero tocaba menú en el Raval.

—Oye, Pepita, ¿los restaurantes también están cerrados?

—Supongo que sí, pero no me he fijado, como yo no voy...

Me despedí de papá hasta la tarde, aunque él intentó disuadirme de que regresara.

—Es sábado, sal a cenar con tus amigos.

—Están esquiando, papá. Así que tendrás que aguantarme.

No me pareció necesario explicarle que en Catalunya se había decretado el cierre de las estaciones de esquí y de todo aquello que no fuera imprescindible para sobrevivir. Que, ahí fuera, lo que habíamos creído una pequeña bola de nieve rodando ladera abajo había alcanzado la magnitud de un gran alud que se nos venía encima, y ahora no estábamos ya a tiempo de encontrar cobijo.

Cuando llegué a casa, me encontré a mi hija y al perro.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba, ¿no ibas a estar con tu padre todo el fin de semana?

—Me he largado, no pienso quedarme encerrada con esa histérica.

—¿Qué histérica? ¿Victoria? Vaya, esto sí que es novedad, pensaba que era la mar de enrollada.

—Y lo era. Pero tendrías que haber visto cómo se ha puesto porque le han cerrado las tiendas, que si tenía que comprar cosas para los gemelos, que ahora no pueden dejarla sin piscina ni clases de no sé qué del parto... Buah, insoportable, que la aguante papá, yo paso.

Ariana estaba realmente indignada. Y yo, lo reconozco, me alegré un poco. Bueno, un poco bastante, hasta el punto de que me envalentoné.

—Oye, tú que la has visto mucho más que yo, ¿no te parece que tiene cara así como de ratita?

Ariana me miró muy seria. Me di cuenta de que me había excedido, pero no me dio tiempo a disculparme.

—¿De ratita? —dijo llevándose las manos a la cabeza, fingiendo escandalizarse—. Pero,

mamá, ¿cómo puedes decir esa barbaridad? ¿Es que no tienes ojos en la cara? ¡Victoria tiene cara de conejo!

Me quedé estupefacta.

—¡¿De conejo?!

—¡Sí! —Se puso dos dedos de cada mano detrás de la cabeza, a modo de orejas, levantó el labio superior y sacó los incisivos—. No me digas que no se parece.

Me eché a reír, Ariana también.

—Pensaba que yo era perversa —dije al fin—, pero tú eres peor.

—No sé qué decirte, yo prefiero parecerme a un conejo que a una rata.

Estaba dispuesta a aceptar que Victoria tenía cara de conejo, pero eso me suscitaba un problema: ya no podría llamarla Minnie Mouse.

—Oye, ¿sabes si Bugs Bunny tiene novia?

—Una vez leí algo de que era un icono gay, vete a saber, quizá anda liado con el pato Lucas. Pero espera, lo busco. —Tecleó ágilmente en su móvil, se echó a reír—. ¡Anda, pues le han echado una novia! Debe de ser para acallar rumores.

Me tendió el teléfono, en la pantalla aparecía una coneja rubia y exuberante, con cara de tonta y vestida con un pequeño top y unos minishorts de jugadora de baloncesto. Era cursi, toda ella un topicazo, la versión lepórida de la jefa de las animadoras en un *college* estadounidense. Y, lo mejor de todo, era clavadita a Victoria. Bajo el dibujo, estaba escrito su nombre.

—Lola Bunny —dije paladeándolo por primera vez.

Ariana me miró divertida.

—Creo que podríamos llamarla Lola Chunny. Porque choni lo es un rato, la verdad.

Y ninguna de las dos quisimos aclarar si nos referíamos a la coneja o a Victoria, no era cuestión de entrar en minucias.

—Voy a ver qué hay para tu almuerzo. Como no te esperaba, no pedí a Verena que te preparara nada.

—Y tú, ¿no comerás en casa?

—He quedado. Bueno, al menos había quedado antes de que cerraran los restaurantes.

—¿Con quién?

En cualquier otro momento no se lo hubiera dicho, habría soltado al azar el nombre de alguna amiga. Pero acabábamos de tener ese momento de complicidad a costa de Victoria, y quise que supiera que la escuchaba y que sus palabras del día anterior no habían caído en saco roto.

—Con Gabriel y con su amigo Quim. Fui ayer a su casa, ya ves que te hago caso.

Le brillaron los ojos. De repente, un día aburrido con todo cerrado tomaba cierta emoción.

—¿Puedo ir?

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque no.

—*Noporquenó* es de niñas pequeñas y tontas —me respondió rápidamente, en un tono de señorita Rottenmeier horrible, aunque ligeramente familiar—. Eso es lo que tú me decías de pequeña.

Ahora ya sabía por qué el tono me era familiar: me estaba imitando. Me compadecí un poco —un poquito— de Ariana por haberlo tenido que aguantar durante su infancia. Y me dije a mí misma que ella conocía ya a Gabriel, había escuchado las grabaciones, quizá sus hijos tendrían también los ojos color océano, la genética era impredecible. Me convencí de que no pasaba nada grave si Ariana almorzaba con nosotros, de que incluso tenía derecho a ello. La realidad era que temía que se enfadara si le negaba esta distracción. Lo que Lola Chunny ha unido, me dije, que no lo separe un simple almuerzo.

—Está bien. Pero tengo que preguntárselo.

Por suerte, conservaba en mi cartera el pósit que me había dado mi secretaria con el teléfono de Gabriel. Marqué el número, me imaginé el timbre resonando en el silencio de ese pasillo. Ya me preguntaba si tendría contestador cuando descolgó.

—Diga.

Respondió seco, yo tampoco le puse florituras y fui directa al grano.

—Han cerrado los restaurantes, difícil lo de quedar para comer en el Raval.

—Eso significa que Ricard aguanta.

—Sí, y me ha prometido que seguirá vivo hasta que regrese esta tarde a su casa.

—Entonces es cuestión de comer pronto. Tu padre ya me culpa de demasiadas cosas, no es necesario ser el responsable de que incumpla su última promesa. ¿A la una y media en mi casa? Vendrá Quim.

—Llevaré vino.

—Bien.

Delante de mí tenía a mi hija poniendo morritos, sus dos dedos índices apuntando a su pecho.

—Oye, además del vino, ¿puedo llevar a Ariana? Está pesadísima con que quiere venir.

—Claro. Entonces haré arroz con bacalao, seguro que ella tampoco lo ha probado nunca.

Y, sin más, colgó.

—Guay —aprobó mi hija, pulgar en alto—. Y ahora ponme al día de lo que Gabriel te contó ayer.

Estuvimos hablando un rato, el tiempo que faltaba para salir de casa. No le conté la paliza a mi madre, aunque a estas alturas Ariana sabía ya de la historia lo suficiente como para rellenar el espacio en blanco. Sí le hablé de los matones que fueron a visitar a Gabriel aunque, para disculpar a mi padre, en mi versión fue solo uno, bajito y tan poquita cosa que no resultó muy creíble. A partir de ahí, le conté la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, lo juro. Y me descubrí a mí misma explicándole, orgullosa, que mi madre fue a la universidad, que triunfó como traductora, que conoció a Simone de Beauvoir...

—¿Esa que escribió el libro que llevabas en el bolso?

Suspiré. Tantos años pagando uno de los colegios más caros de Barcelona para esto.

Le expliqué cómo mamá y Gabriel se habían ido separando, la elegancia con la que él aceptó su marcha. Y, ya que estábamos, le conté a mi hija que había llamado a su padre. Que no quería ya más gritos ni malos rollos entre nosotros. Que quedaríamos un día para hablar. Alberto y yo no podíamos olvidarnos el uno del otro porque nos unía ella, Ariana, pero sí podíamos intentar tener una relación razonablemente civilizada. Y, sobre todo, elegante.

—¿Qué te parece?

Mi hija sonrió. Fue una de esas sonrisas que reconfortan.

—Me lo contó ayer papá. Estaba contento, en serio. Dijo que le apetecía mucho tener esa conversación, ¿cómo lo dijo?, sí, normalizar vuestra relación. El problema es...

Me mosqueé al momento, ¿qué problema tenía ahora Alberto, encima de que había sido yo quien le había llamado? La sonrisa de Ariana se tornó más pícara.

—... que dijo todo eso con una alegría inusual en él, ya sabes que papá no es muy expresivo que digamos. Y lo dijo delante de Victoria, que dejó de parecerse a un conejo y empezó a poner cara de perro, y a mí me costaba aguantar la risa viendo cómo se calentaba el ambiente, y ella se dio cuenta y se cabreó aún más. Yo creo que hubo bronca con papá, y esta mañana todavía duraba el mal rollo y se la ha cargado el virus y el confinamiento y todo este sindiós en el que nos están metiendo. Bueno, eso es lo que gritaba Lola Chunny como una histérica, que esto del confinamiento era un sindiós, que no sé muy bien qué significa. Y entonces ha sido cuando le he dicho a papá que me largaba, que no quería que ese sindiós, sea lo que sea, me pillara fuera de casa. Y papá ha puesto los ojos en blanco y me ha dicho que lo entendía perfectamente. Y mira por dónde, ahora nos iremos tú y yo a comer a casa de Gabriel, que me mola un montón.

Afortunadamente, mi abuela Amelia me adiestró para no mostrar jamás los sentimientos, decía que no era de buen tono. Digo afortunadamente porque creo que eso fue lo único que me retuvo de ponerme a dar botes por todo el salón, sofás incluidos. Pero mi hija, ya en pie, no había acabado. Toda seria, me señaló con el dedo:

—Mamá, te daré un consejo: deja de comportarte como una mujer abandonada y empieza a comportarte como una mujer libre. Es más sexy y, sobre todo, mucho más divertido. No es mía la frase, la oí en una serie, pero pensé que algún día tenía que decírtelo, empezabas a ser patética.

—¡Lo que tengo que aguantar! —me indigné, o al menos lo fingí, mientras intentaba grabar esa frase en mi cabeza—. Anda, déjate de series y ve a buscar tu chaqueta, que nos vamos.

Ariana fue a por su abrigo, la vi marchar por el pasillo. En estos últimos días me había preguntado muchas veces qué tengo yo de mi madre, qué poso hay de ella en mí. Quizá ya era hora de olvidarme de eso y de preocuparme por qué rastro estoy dejando yo en Ariana, qué modelo estoy siendo para ella, qué puede mi hija aprender de mí. Y, ya puestos, qué puedo yo aprender de ella. Cogí mi abrigo y dos botellas de vino. Rocco me miró esperanzado.

—No, tú ya has salido —le dije acariciándole la cabeza—, y tienes el pienso en tu plato. Lo siento, ya sé que es un rollo quedarse solo, pero a todos nos pasa y hay que aprender a vivir con

ello.

Bajamos al parking, a por mi coche.

—¿Quieres conducir tú?

—¡Vale!

No se lo dejo nunca, una mocosa que aún no ha cumplido los veinte años no tiene que ir por el mundo conduciendo un Mercedes biplaza. Por eso Ariana me cogió las llaves y se sentó al volante toda jubilosa.

—Plaza de España, ¿sabes ir?

Pensó un momento, frunció el ceño.

—No estoy muy segura.

Lo imaginaba. Va de hípster porque sale de copas por Gracia y el Born, y porque se deja caer por Sant Antoni, pero rascas un poco y es más del *upper* Diagonal que las bravas del Tomás, las conchas de la Foix o el mismísimo tranvía azul.

—Arranca, yo te indico.

Ella conducía y yo miraba por la ventanilla. Seguía habiendo tráfico y gente en la calle, pero menos de la habitual un sábado por la mañana. Los bares y los restaurantes tenían las persianas bajadas, en algunos aún recogían las mesas de la terraza, quitaban los toldos. También los comercios tenían, en su mayoría, la puerta cerrada, algunos de los dependientes permanecían en su interior incrédulos, como esperando esa contraorden que nos devolvería a nuestro mundo cotidiano. Solo los supermercados, las tiendas de comestibles y las farmacias estaban abiertas. Esa mañana del sábado 14 de marzo tuve la sensación de que la ciudad estaba aún viva, pero a la expectativa, cada vez menos segura de sí misma, acabábamos de descubrir que no era el cobijo que creíamos. Recordé que hacía exactamente una semana, ciento y pico personas bailábamos apretujadas en casa de Julia. No era posible que nuestras vidas pudieran cambiar tanto. Ni tan de golpe.

Bajábamos por Muntaner cuando vi que Baixas, la pastelería, estaba abierta.

—Para aquí, en la esquina.

A los pocos minutos regresé al coche; llevaba una bandeja con dieciséis lionesas de nata, cuatro por cabeza. Si íbamos a comer arroz con bacalao, el plato favorito de mamá, lo mínimo era llevar también su postre preferido.

—Aquí estamos —saludé a Quim cuando nos abrió la puerta—, veo que somos las últimas.

—El cocinero me ha pedido que le hiciera de pinche y yo, como siempre, a sus órdenes.

«Y yo, como siempre, a sus órdenes...» Esta frase, unos días antes, habría levantado todos mis recelos, la habría apuntado como una pista relevante, una muestra de que Quim no era de fiar y que a saber dónde había llevado a mamá, a algún lugar que no era el aeropuerto, allí donde Gabriel le había pedido que la dejara, quizá ya narcotizada o maniatada. El cómplice perfecto, siempre a sus órdenes. Pero a esas alturas, lo reconozco, ni yo misma me creía este *thriller* de pacotilla.

Ariana lo contemplaba todo con curiosidad, como constatando hasta qué punto había construido bien ese piso en su imaginación, había acertado con la decoración, con la luz, la estrechez, el olor. Bueno, en eso último seguro que no había acertado, porque mientras avanzábamos por el pasillo levantó la nariz y olfateó el aire.

—Mmmm, huele que alimenta.

—Pues espera a probarlo —respondió Quim deteniéndose frente a la cocina—. Eh, tú, masterchef, que la niña parece que ha salido a su abuela también en eso de la gastronomía.

—Llegáis justo a tiempo —soltó Gabriel por todo saludo—, cinco minutos y a comer, que el arroz se pasa.

Ayudé a abrir el vino mientras Quim traía las copas a la mesa, cubierta con el mismo mantel que puso el día que cocinó para mí. El mantel de las grandes ocasiones, supongo, aunque dudo que en ese piso se celebraran muchas. Ariana, por supuesto, se lanzó directa al balancín. Se me hizo muy extraño verla sentada allí.

—Levanta —la reñí—, esta es la mecedora de Gabriel.

Se levantó sin protestar, porque otra cosa había llamado su atención: la fotografía de los tejados de París. Se acercó a ella, la cogió y la contempló en silencio. Por su cara, era evidente que estaba impactada.

—Afortunada de ti —le dije—, que sabes qué aspecto tendrás dentro de unos pocos años.

—¿Tú crees que me pareceré a ella? La abuela Elena era muy guapa, yo no.

Rodeé sus hombros con mis brazos, mi mentón en su clavícula. Esperaba sentir esa rigidez que se apoderaba de su cuerpo cuando me acercaba a ella, pero esa vez no la noté. Y me apoyé en su cuerpo joven y perfecto, como no lo había hecho nunca antes. Quizá no habíamos estado tan cerca desde que Ariana era pequeña y yo la cogía en brazos.

—Ya te pareces a ella, tienes su *charme*, su luz. Y algo aún más importante: tienes su espíritu.

—¿Estás segura?

—Sin ninguna duda. Y tú, mamá —dije dirigiéndome a la fotografía—, que sepas que esta es tu nieta, y ella sí pisará la Luna.

Ariana se soltó de mi abrazo, se giró para mirarme, en su cara una expresión entre burla y sorpresa.

—¿Puedo saber a qué viene esta tontería de la Luna?

—No, no puedes, esto es algo entre mi madre y yo. Y no es ninguna tontería, que lo sepas.

—¡A comer!

Gabriel dejó la cazuela de barro sobre la mesa. Providencial, porque Ariana fue ver el arroz y olvidarse de la Luna.

—¡Joder, qué buena pinta!

—Hija, esa lengua.

Durante la comida la conversación fluyó con facilidad gracias a Quim y a Ariana, que estaba exultante, este era el episodio final de la serie y había conseguido un papel protagonista. Yo

estaba callada, tenía remordimientos de conciencia por estar sentada a esa mesa mientras en ese mismo momento mi padre podía estar exhalando el último aliento en su cama. Gabriel tampoco habló mucho, pero él no sé en qué pensaba. Exactamente tres semanas antes había reaccionado violentamente al vernos aparecer a Ariana y a mí en el salón de juegos del Ateneu. Ahora nos tenía a las dos en su casa comiendo —devorando, en el caso de mi hija— su arroz. Tampoco debía de ser fácil para él. Pero fácil o no, teníamos poco tiempo, las horas contadas. Y, por desgracia, no era una frase hecha. Recogimos los platos y la cazuela de barro, en su lugar sacamos los platitos de postre y las lionesas, hizo café. Volvimos a sentarnos a la mesa. Ya no podía retrasarlo más.

—Mamá se fue de tu casa, se instaló en su propio apartamento. ¿Y entonces qué? ¿Os seguisteis viendo?

Gabriel tardó unos segundos en contestar, y en estos segundos hizo una cosa curiosa: empezó a balancear su cuerpo, suavemente, adelante y atrás. No creo siquiera que se diera cuenta. Como si, incluso sentado a la mesa, necesitara el vaivén de una imaginaria mecedora para acompasar el fluir de la historia.

—Podríamos decir que yo me convertí en ese viejo amigo cuyo nombre te apuntas en la agenda para acordarte de llamarle, porque si no quedaría siempre enterrado bajo un montón de planes más excitantes. Quedábamos de vez en cuando, pero nunca supe gran cosa de cómo vivía. Mucho mejor que yo, eso desde luego, no había más que verla. No prosperé, me limité a envejecer. Pero a ella le fueron bien las cosas.

Sonrió, y me pareció una sonrisa sincera, de orgullo incluso. Me pareció extraño que pudiera alegrarse de lo que mamá había conseguido sin él. Le miré a los ojos. Estaban tranquilos, aguas oscuras pero mansas. Ya no me escondían nada.

—Nos veíamos al menos dos veces al año, una de ellas por mi cumpleaños, yo organizaba una cena con amigos y ella se apuntaba. Siempre vino sola, me traía un regalo, normalmente libros, algunos incluso traducidos por ella. Creo que venía un poco forzada, por no hacerme el feo.

—¡No digas eso, venía encantada! Y se lo pasaba estupendamente —saltó Quim.

—Yo sospecho que venía para asegurarse de que había dejado atrás esa vida de emigrante pobre. Eso es lo que yo fui siempre para ella en Barcelona, la nota proletaria exótica. Pero cuando se vio siendo proletaria ella misma, escapó por piernas. Venía a las cenas solo para constatar que había hecho bien marchándose de mi lado.

—No seas cruel —le riñó su amigo—, haz el favor.

—¿Cruel yo, con Elena?

—No, cruel contigo.

Gabriel fue a responder, pero lo pensó mejor y calló. Fue Quim quien continuó con la historia.

—La veíamos muy de tanto en tanto, quizá por eso notábamos más su transformación. Se mimetizó con el aire de la ciudad, se volvió absolutamente parisina, tan elegante como siempre,

pero con ese *savoir faire* tan francés. En París maduró y se convirtió en una mujer segura de sí misma, independiente, feliz.

—Le sentó bien el cambio de ciudad —dije.

—No —me corrigió rápidamente Gabriel—, lo que le sentó bien fue la libertad.

—¿Eso quiere decir que no tuvo novios? —preguntó Ariana, que al instante se dio cuenta de que había metido la pata—. Ay, perdona, quizá no tendría que preguntártelo a ti.

Gabriel sonrió.

—Cuando hablaba de libertad no me refería exactamente a eso, deberías poder sentirte libre teniendo pareja. Y, en cuanto a los novios, creo que no tuvo ninguno serio, aunque sí amoríos pasajeros, algunos amantes, no lo ocultaba aunque apenas hablaba de ellos, al menos no delante de mí. Pero podía haberlo hecho; total, si no estaba conmigo, ¿qué más me daba con quién estuviera?

—¿Y tú? Tampoco te casaste, supongo —le preguntó Ariana a Gabriel. Y, señalando la estantería, añadió—: Porque no veo fotografías de ninguna otra mujer.

—No, no me casé.

Fue escueto en su respuesta, pero Quim decidió ampliar la información.

—¡Eh, no seas modesto! Que tú también ibas de flor en flor, eras un guaperas en el San Carlos Club, y seguiste siéndolo en París, con esos ojos te las ganabas a todas.

—¿Sí? —Ariana compuso una sonrisa picarona.

—Viví en París treinta y cinco años —se disculpó, como si lo que había dicho Quim fuera un crimen—, entenderéis que me dio tiempo de tener alguna que otra relación. Pero bueno, visto en perspectiva, creo que solo fueron tristes intentos de parchear la soledad, y eso, claro, nunca funciona.

A ninguno se nos escapó el tono plúmbeo con el que lo dijo. Yo enseguida le di una lectura.

—¿Habrías vuelto con mamá si ella hubiera querido?

Tardó un par de esos vaivenes imaginarios en contestar.

—No creo. Vivir esos años con Elena fue bonito. Pero los sueños o se cumplen o se convierten en humo. Y el humo se desvanece, no puedes recomponerlo.

—Diles la verdad, Gabriel —Quim había puesto su mano sobre el brazo de su amigo—, tú con quien habrías vuelto, de haber podido, es con Tere.

—¿En serio? —Ariana abrió unos ojos como platos—. ¿La quisiste más que a la abuela?

—Bueno, no todo es cuestión de amor, supongo. —Gabriel, nervioso, aumentó ligeramente la cadencia de su balanceo—. Mi relación con Tere era algo sólido, algo que íbamos a construir entre los dos. Con el tiempo aprendes que la parte más importante de un árbol no son sus flores, sino sus raíces.

—Lástima que hay quien no se entera.

Ariana me lanzó una mirada furibunda, que pretendía dejármelo meridianamente claro: podíamos reírnos las dos de Lola Chunny, pero no iba a permitir que me metiera con su padre.

Lo entendí perfectamente, me pareció un acuerdo justo.

—Y durante esos años, ¿mantuvisteis contacto con la gente de Barcelona? —pregunté, por cambiar de tema.

—Solo con tía Conchita, hasta que murió a los noventa y cinco años. Se portó muy bien conmigo, se cuidó de alquilar este piso y de que me llegara el dinero. Gracias a esa ayuda pude vivir modestamente en París.

—¿Y mi madre? ¿No tenía contactos aquí?

Gabriel negó con la cabeza. Yo insistí.

—Pero ella tenía familia en Barcelona. Sus padres y un hermano, Ramón se llamaba, ¿no?

—Los padres de Elena le retiraron la palabra cuando ella se marchó. Y Ramón murió joven.

—¿Cómo de joven?

—Demasiado.

Iba a seguir preguntando, quería insistir. Pero recordé el nerviosismo de Sita al hablar de la muerte de tío Ramón, la forma como zanjó el tema sin querer entrar en detalles. Igual que papá. Y ahora Gabriel había hecho lo mismo. Le miré inquisitivamente, pidiéndole más información. Él, por toda respuesta, hizo una ligerísima señal con la cabeza hacia Ariana, que en aquel momento estaba leyendo un mensaje en la pantalla de su móvil. Entendí que no quería hablar delante de ella.

—¿Alguien quiere café? —preguntó Gabriel levantándose de la mesa.

—¡Yo! —salté al instante—. Te acompaño.

Seguí a Gabriel por el pasillo, entramos los dos en la pequeña cocina y cerré la puerta tras de mí.

—¿Qué le pasó a mi tío? Necesito saberlo.

Gabriel puso la cafetera al fuego, cogió dos tazas con parsimonia, que dejó al lado de los fogones. Luego se volvió hacia mí.

—¿Qué sabes de Ramón?

—Poca cosa, hasta hace unos días no sabía siquiera que había existido. Sé que era un chico tímido, sin mucho empuje.

—Eso es quedarse corta. Era el auténtico reverso de Elena. Ramón era gris, el típico que no cae mal a nadie porque nadie repara siquiera en que existe. La poca luz que tenía era toda reflejo de su hermana. Y cuando Elena se casó con tu padre, el pobre Ramón vio el cielo abierto. Quizá tu madre no quiso ejercer nunca de señora de Planadevall, pero él se acostumbró rápido a su posición de cuñado. Elena se cuidaba de que le invitaran a fiestas, y Ricard le dio un trabajo en la fábrica. Dudo que hiciera gran cosa, pero era el cuñado del dueño y eso le daba derecho a despacho y secretaria, era más de lo que había soñado conseguir jamás.

—Déjame que adivine... ¿Papá le echó cuando mamá se fue?

—Ricard le echó de la fábrica y de las fiestas y de todas partes, el pobre Ramón recuperó de golpe su condición de hombre invisible. No tenía trabajo, nadie le invitaba, ni siquiera le

reservaban mesa en los buenos restaurantes, tampoco podía ya pagar la cuenta. De repente era un paria, se le habían cerrado todas las puertas. Otro, con más carácter, se habría marchado a buscarse la vida. Ramón, pobre, se quedó a buscar la muerte. En el puente de Vallcarca.

No dije nada. Apreté mi espalda contra la puerta.

—Elena llamó a sus padres un par de días después de llegar a París. Le suplicaron que regresara a casa, tu abuelo le gritó, le habló de su deber como esposa y madre, tu abuela se limitó a llorar cuando le pasaron el auricular. Ramón estaba en la fábrica recogiendo sus cosas. Elena les dijo que los volvería a llamar al cabo de unos días, cuando se hubieran calmado los ánimos. Esperó un mes, pensó que ya estarían más serenos y que podrían hablar tranquilamente. Así se enteró, por su padre, por teléfono. Habían pasado tres días desde el entierro. Yo estaba a su lado, le vi la cara de horror, casi se desmayó, tuve que agarrarla para que no cayera al suelo. Cogí el auricular para colgar, solo se oía la voz del padre gritando que todo era culpa suya. No puedes imaginarte lo que sufrió Elena. Tus abuelos nunca más quisieron hablarle, y Ricard les prohibió acercarse a ti, poner un pie en S'Agaró, tampoco creo que ellos tuvieran ganas de ir por allí después del escándalo. Por tía Conchita supimos de la muerte de ambos, años antes de que tu madre regresara a Barcelona. Eso fue todo lo que supo de ellos, el recorte de las dos esquelas que envió mi tía. Ni siquiera salía el nombre de Elena, como si en esa familia ella jamás hubiera existido.

Seguí callada. Es lo mejor cuando no tienes nada que decir. Tampoco él habló, se hizo un largo silencio en esa cocina. Pero no fue tenso. Simplemente necesité ese silencio para entender, para asimilar, para continuar. Le agradecí que no lo hubiera contado delante de Ariana.

—Elena lo llevó sobre su conciencia toda la vida, evitó siempre hablar de su hermano. No podía, se derrumbaba. Tampoco creo que a Ricard le haya resultado fácil vivir con esto. —El café ya estaba, sacó la cafetera del fuego y lo vertió en las dos tazas—. Anda, vamos.

Y regresamos al salón, los dos con nuestros cafés. Yo llevaba, además, la imagen de un pobre hombre cayendo al vacío desde el viaducto de Vallcarca.

# CAPÍTULO 36

Cuando Gabriel y yo regresamos al saloncito, encontramos a Ariana de pie inspeccionando los libros de la enorme estantería.

—Creo que no había visto nunca tantos libros juntos fuera de una biblioteca —le dijo a Gabriel con cierta admiración—. ¿Te los has leído todos?

Él asintió. Quim se rio.

—Cuando le conocí era un garrulo que no leía más que la sección de deportes del periódico. Si empezó a leer fue por tu abuela, por hacerse el interesante. Y míralo, tanto aparentar se le fue de las manos. Y tú, Ariana, ¿lees mucho?

Mi hija me lanzó una mirada de súplica, pidiendo que no la delatara.

—Sí, bastante. Pero no tanto como me gustaría, con todo el trabajo de la universidad es difícil encontrar tiempo.

Esta hija mía miente con un desparpajo preocupante. Gabriel se acercó a la estantería y empezó a rebuscar. Extrajo tres libros.

—Creo que estos dos te gustarán, y este tienes que leerlo, fue el favorito de tu abuela cuando tenía tu edad.

Estiré el cuello para verlo. Tenía que habérmelo imaginado: *Buenos días, tristeza*, de François Sagan. Ariana los cogió con una sonrisa de compromiso, pillada en su propia mentira.

—Si te gustan, puedo prestarte más —se ofreció Gabriel—. Incluso puedo pedirle al bibliotecario del Ateneu novelas para tu edad.

Ariana, tan parecida a su abuela en otras cosas, no ha heredado su pasión por la lectura, así que la propuesta no le entusiasmó en absoluto. Y a mí, lo reconozco, me inquietó un poco. Pensé que Gabriel le estaba proponiendo a mi hija hacer lo que muchos años antes había hecho con mi madre, me pareció que quería repetir parte de la historia. No me gustó la idea, me apresuré a rechazarla.

—Olvídalo, es mejor que no vayáis al Ateneu en una temporada, quedaos en casa. Dicen que el Covid ese tiene más mortalidad con la gente mayor.

—¡Vaya novedad! —refunfuñó Gabriel—, incluso vivir es más letal entre los viejos.

Ariana aprovechó para cambiar el tema de conversación, no fuera a caerle un cuarto libro.

—Oye, has dicho antes que la abuela y tú os veíais al menos dos veces al año, una por tu cumpleaños. ¿Y la otra?

—Por el cumpleaños de tu madre.

—¿El mío? —La respuesta me pilló por sorpresa.

—Sí, cada año. El 27 de marzo, todavía me acuerdo. Aunque la verdad es que tu madre y yo lo celebrábamos unos días después, cuando me llegaba la foto que enviaba Pepita.

—¿Te la enviaba a ti?

No exactamente a él, se apresuró a explicarme. Lo que sucedía es que mi madre, a medida que le iban mejor las cosas, fue mudándose de apartamento, pero no quiso poner en peligro a Pepita, que en sus primeras cartas le había pedido encarecidamente que no le escribiera jamás, no fuera alguien en casa a ver un sobre con sellos franceses y la descubrieran. Así que Pepita siguió enviando las fotografías de mis cumpleaños a la misma dirección, el pequeño apartamento en el que Gabriel siguió viviendo hasta tiempo después de que mamá desapareciera.

—Tras nuestra separación mantuve el nombre de Elena en mi buzón, solo para que el cartero no devolviera esa carta. Dos o tres días después de tu cumpleaños, tu madre ya empezaba a llamar preguntando si había llegado el sobre, se ponía pesadísima. Cada año lo mismo, vuelta a explicarle que Pepita tenía que llevar el carrete a revelar, esperar una semana a recoger las fotos, ir a Correos, enviarla... Nada que no supiera, pero le podían los nervios. Elena habría sido feliz ahora, que os hacéis una foto con el móvil y al instante la tienen doscientos amigos vuestros. Nosotros a veces tardábamos más de tres semanas en recibir la fotografía, y ella venga a llamarme, hasta que un día yo llegaba de trabajar, abría el buzón y allí estaba el sobre. ¡Eh, prohibidísimo abrirlo! Ella cancelaba lo que tuviera y venía esa misma noche, cargada con una botella de buen vino, y yo preparaba una tortilla de patatas y pan con tomate, ese era nuestro menú de celebración, cumpleaños tras cumpleaños. Llegaba, se sentaba y abría el sobre con un silencio reverencial. Sacaba la fotografía, la miraba... y, entonces, su cara se iluminaba con esa sonrisa típica.

—¿Qué sonrisa?

—La de madre orgullosa de su hija —miró a Ariana, me hizo un guiño—, seguro que tú ya sabes a cuál me refiero.

Además de la botella de vino, mamá llevaba consigo las fotografías de los cumpleaños anteriores. Las extendía todas, por orden, sobre la mesa, para comprobar los cambios. Y mientras Gabriel acababa de preparar la tortilla, no paraba de hacer comparaciones, comentarios, que si me había crecido el pelo, que si qué mona estaba con trenzas, que si había adelgazado por el estirón, que de quién había sido la idea absurda de ponerme ortodoncia si tenía los dientes la mar de bonitos...

—Y mientras cenábamos, con las fotografías escampadas sobre el mantel, se inventaba historias sobre ti, sobre lo que hacías, a qué jugabas, si ya sabías nadar o te gustaba esquiar. Podía estar así toda la cena porque era muy novelesca, no te lo puedes imaginar.

—¿Puedo ver las fotos? —se entusiasmó Ariana.

—Claro.

Gabriel se levantó, se fue por el pasillo y volvió al momento con la caja de chocolates. De su

interior, de entre los cuidados pliegues de papel de seda, extrajo las fotografías, que tendió a Ariana. Solo se quedó la última. La única enviada por Pepita en la que yo no soplaba velas. La contempló un instante, luego la dejó sobre la mesa frente a mí.

—Tendrías que haber visto la cara de Elena cuando abrió el sobre y te vio vestida así, de largo, tan guapa, que ya sé que es un tópico, pero a mí me pareciste una princesa. Ese año no hizo comentarios, se quedó en silencio, boquiabierta.

Tanto tiempo después y aún recuerdo el momento en que Pepita me hizo esa fotografía, justo cuando salía de casa hacia mi fiesta de puesta de largo. Recordé su insistencia en que me separara de papá, quería que saliera yo sola en el retrato. Papá simuló enfadarse, pero estaba tan feliz que no engañó a nadie.

—¡Lo que me faltaba, hasta Pepita me considera feo!

Cogí la fotografía. Allí estaba yo, con dieciocho años recién cumplidos, luciendo mi primer vestido largo, que papá y yo habíamos ido a comprar a Nueva York, cinco días los dos solos, nuestra particular celebración de mi mayoría de edad. Recuerdo perfectamente mis nervios al llegar a la fiesta, la firmeza de mi padre guiándome en el vals con el que abrimos el baile. Y también recuerdo que, al mirarme en el espejo, antes de salir de mi habitación, instantes antes de que Pepita me sacara esa foto, me hice una pregunta que entonces no tuvo contestación.

—¿Le gustó mi vestido a mamá?

—Dijo que era precioso, que ella no te lo habría elegido mejor. Y que estabas guapísima.

Treinta y cinco años después, ya tenía respuesta.

—¿A ver? —Ariana me arrancó la fotografía de la mano, por supuesto lanzó una risita burlona—. Un poco ñoño el modelito, ¿no?

—¡Qué sabrás tú! Para ti, todo lo que no sean vaqueros y sudaderas es ñoño. ¡Si ni siquiera vas a ponerte ese vestido que te compré para el entierro de tu abuelo!

—Y dale con el vestido... Oye, ¿y a mí por qué Pepita nunca me ha hecho fotos?

—Quizá porque, cuando tenías cuatro o cinco años, dejaste que te enfocara con su cámara y, cuando estaba a punto de disparar, le sacaste la lengua. Se marchó sin decir nada, pero nunca más lo intentó. A mí, en cambio, me hizo la foto de aniversario año tras año, hasta que me casé y me fui de casa.

—¿Y todas son así de birria, o aprendió con la práctica?

—Mira la niña —contraataqué con sorna—, desde que estudia Ciencias Audiovisuales y cuelga fotografías artísticas en Instagram, se cree Cartier-Bresson.

—Eh, me reconocerás que lo mejor de estas fotografías es la lata donde las guarda. Es muy chula esta caja, los bombones estos tenían que ser brutalmente buenos, ¿no?

Cierto, la caja era realmente bonita, puro estilo *art déco*.

—¿Los bombones? —Gabriel se encogió de hombros—. No te sé decir. La caja la compré en el *marché aux puces*. Entré en una tienda curioseando, y la vi. Me gustó, me la llevé, y luego en casa pensé que estas fotos eran lo mejor que podía guardar en ella.

—Entonces, ¿mamá no las guardaba en esta caja?

—No, las guardaba en un sobre. Lo traía cada año, cada vez más grueso, con todas las fotografías dentro. Y así me las dio, dentro del sobre, pero estaba ya viejo, se rompía por los lados, y pensé que una caja metálica aguantaría mejor.

Miré la caja, y el papel de seda, y mis fotografías envueltas con suma delicadeza entre sus pliegues, como si quisiera abrazarme. Como quien guarda un tesoro, había pensado la primera vez que me la mostró. Que solo una madre podía cuidar así las fotos de su hija, me había dicho a mí misma. Cuántas cosas ignoraba entonces, creyendo saberlo todo.

—¿Y por qué te las dio?

—No quería más fotografías, me dijo, ya no le eran suficiente, te quería a ti. Por eso me las dejó cuando se fue a Barcelona. Supongo que pensó que me tocaba a mí tenerlas, y se lo agradecí. De todas formas, puso una condición: si tú no querías verla, si fracasaba contigo y regresaba a París, se las devolvería. Y eso es lo que he hecho todos estos años, guardarlas por si regresaba.

Ariana dejó los catorce retratos en la caja, solo el último quedó fuera, sobre la mesa. Gabriel alargó su mano larga y huesuda, y empujó la lata hacia mí.

—Las fotos eran de Elena, era a ella a quien Pepita se las enviaba. Así que supongo que son tuyas, al fin y al cabo eres su heredera.

Noté un ligero temblor en su voz. Volví a coger la fotografía de mi puesta de largo y me fijé en sus bordes: estaban manoseados, señal de que la habían contemplado muchas veces. Y no había sido mamá, ella no tuvo tiempo, desapareció pocos meses después. La dejé junto a las otras catorce, estiré mi mano y le devolví la caja.

—Quédatelas, son un recuerdo de mi madre. Y mío.

Pensé que mi madre había hecho bien en dárselas, estaba contenta de que las conservara. Tuve la sensación de que Gabriel se emocionaba, también yo —a mi pesar— me enternecí. Ariana, por supuesto, no se dio cuenta y protestó.

—Pero, mamá, ¿no nos podemos quedar al menos la caja?

—¿Para qué la quieres? Otro trasto en tu habitación.

Me supo mal haber llamado trasto a la preciosa lata. Por suerte, Gabriel no pareció ofenderse. La cogió, sacó las fotografías de su interior, cerró la tapa y se la dio.

—Aquí tienes, toda tuya. —Mi hija alargaba ya la mano, Gabriel se detuvo—. Espera, esta cajita está acostumbrada a guardar fotografías, no puedes llevártela vacía.

Se levantó, fue hacia la estantería y se inclinó —no sin cierto esfuerzo— para abrir un armarito que había en lo más bajo. Sacó una caja de cartón, grande y pesada.

—¿Te ayudo? —preguntó Ariana, en parte por educación y en parte por meter la nariz en la caja.

Pero Gabriel se irguió con un sobre en la mano. Regresó a nuestro lado y se sentó en la mecedora.

—Toma, ayer por la noche seleccioné unas cuantas.

Cogí el sobre. Lo abrí. Dentro había una veintena de fotografías de mamá, la mayoría en blanco y negro. En una, poco más que una niña, reconocí tras ella el paisaje de la Conca. En otra, tomada en este mismo salón en que estábamos ahora, posaba como una modelo, ataviada con pantalones y un sombrero de ala ancha que le tapaba medio rostro. Había un retrato precioso en que miraba melancólicamente por esta misma ventana, quizá a esa calle de la Font Florida que ahora quedaba escondida tras ese bloque de rojos ladrillos. Las últimas, ya en color, tenían de fondo el Sena, Notre Dame o las calles de París. Eran todas magníficas, muy buenas fotos. No sé cuánto tiempo estuve contemplándolas. Fuera el rato que fuera, nadie habló, como si quisieran dejarnos solas a mamá y a mí.

—Hija, ¿puedes traerme el bolso que he dejado en el recibidor?

Ariana volvió al momento, me dio el bolso, saqué mi cartera. Y, de ella, el retrato de mamá. Se lo tendí a Gabriel, que lo cogió delicadamente con la punta de sus dedos. Le brillaban los ojos.

—Estamos en paz.

Él asintió.

Volvió a hacerse el silencio, esta vez más embarazoso, es lo que tiene la emoción. Por suerte, mi hija había ido, como siempre, a lo suyo: arrodillada en el suelo, estaba metiendo la nariz en la gran caja.

—¡Eh, estas fotos son superbuenas!

Había centenares, Ariana estaba entusiasmada, me mostraba algunas, pero desde esa distancia yo no veía más que figuras borrosas. Ella bombardeaba a Gabriel con preguntas.

—¿Quiénes son estos?

—Los Sírex.

—¿Y estos?

—Los Mustang.

—Oye, estas fotos son la bomba, ¿puedes dejármelas para un trabajo de la facultad? ¡Rock and roll y fotografía amateur en los sesenta, ya tengo el título! No creo que haya nadie en clase que pueda presumir de abuelo fotógrafo.

—Claro, ven cuando quieras y te las miras con calma. Aunque, a los de tu clase, mejor diles que el fotógrafo fue un buen amigo de tu abuela, no hace falta hilar tan fino.

Supongo que había notado mi sobresalto. No estaba preparada para que mi hija compartiera esa complicidad con él, y no quería que creyera que tenía derecho a ejercer de abuelo. Me vi obligada a contrarrestarlo.

—Perdonadme —dije levantándome de la mesa—, pero voy a llamar a casa de mi padre, por si hubiera novedades.

Las había, por desgracia. La mejoría de la mañana había sido un espejismo, papá había empeorado. Fracaso multiorgánico, había dictaminado el médico. Su cuerpo se derrumbaba,

pieza a pieza, como una hilera de fichas de dominó. Pepita estaba nerviosa, me pidió que fuera para allá. Tendría que haber salido corriendo, haberme desvivido por ir al lado de papá, pero en cambio pensé que quizá estaba muy cerca de averiguar la verdad. No podía irme aún. Me justifiqué ante mí misma asegurándome que lo hacía por él.

—Ahora voy, llegaré dentro de una hora.

—Pero ¿dónde está, señorita?

De mi casa a la de mi padre hay apenas diez minutos andando, a Pepita no le salían las cuentas.

—Que ahora voy te he dicho, tranquilízate.

Hablé con Pepita desde el pasillo, aun a sabiendas de que en ese piso menudo de la Gran Vía era imposible que no me oyeran. Ellos aprovecharon para levantarse de la mesa. Cuando regresé, Ariana estaba sentada en la mecedora, Gabriel en una silla a su lado. Quim se había acomodado en un extremo del pequeño sofá. Los tres me recibieron con semblante serio.

—Lo siento —susurró Quim—, parece que eran malas noticias.

—Sí, por desgracia. Podría ser hoy mismo, ha dicho el médico. Tenemos que marcharnos.

—¿Ya? —protestó Ariana.

—Cuarenta y cinco minutos y nos vamos, se lo he prometido a Pepita. —Miré mi reloj, quería dejar claro que iba en serio. Luego miré a Gabriel—. Es todo el tiempo que nos queda.

Quim palmeó el espacio libre a su lado en el sofá para que me sentara. Lo hice, me quedé frente a Gabriel, que me miraba fijamente. No pude evitar pensar que debe de ser extraño que una desconocida que es hija tuya se siente en el sofá de tu casa para intentar culparte del asesinato de su madre. Extraño o no, esa era la situación a la que Gabriel y yo habíamos llegado.

—¿Por qué, después de tantos años, de repente mi madre quiso divorciarse?

—No fue de repente, ya quiso hacerlo unos años antes, cuando se aprobó la Ley del Divorcio en España.

Cuando mamá leyó la noticia en el periódico, llamó a Gabriel exaltada diciendo que iba a hablar con un abogado para que tramitaran el suyo.

—¿Qué pasa, uno de esos amantes tuyos te ha pedido en matrimonio?

—¡Quita, no pienso volver a casarme en la vida! —se apresuró a aclarar ella—. Pero ya es hora de cortar definitivamente toda vinculación con Ricard Planadevall.

Volvió a llamar una semana más tarde. Había cambiado de opinión. No iba a pedir el divorcio. Al menos, no todavía. No hasta que yo fuera mayor de edad. Tuvo miedo del juicio, creyó que la presentarían como una mala madre que había abandonado a su hija, que ella no podría defenderse si no era contando la verdad de lo sucedido esa noche, y para ello tendría que desvelar quién era yo, cuál era mi verdadera filiación, y no quería hacerlo. Sabía que papá lucharía a muerte para que a ella no se le reconociera ningún derecho sobre mí. En cambio, si esperaba tres años más, yo ya sería mayor de edad, solo yo iba a decidir si quería verla, si quería conocerla. Ese era el único veredicto que a mamá le importaba. Pensé que tenía razón, que en el

juzgado papá habría luchado a muerte por mí. Pero luchar a muerte no es más que una frase hecha.

—Cumplí los dieciocho y tampoco vino.

—Quiso hacerlo. Marchó al aeropuerto, el billete de avión a Barcelona en su mano. Se fue sin billete de vuelta, porque no sabía si iba a quedarse pocos días o una temporada larga, dependía de ti. No descartaba incluso alquilar un piso por unos meses, pasar allí las Navidades, al fin y al cabo ella podía trabajar en sus traducciones donde quisiera, y, de hecho, sus principales clientes eran ya editoriales de aquí que compraban derechos de libros franceses. Quería que, una vez que os hubierais reencontrado, pudierais veros con frecuencia para iros conociendo y restablecer el vínculo. Le hacía mucha ilusión que fueras a estudiar a París, o al menos que pasaras temporadas allí con ella.

—¿Yo, vivir en París con mamá? Imposible, papá me lo habría impedido.

—Eso mismo se temía Elena hasta que habló con él.

Me quedé estupefacta.

—¿Cuándo habló con papá?

—Le envió una carta. Me dijo que lo hizo porque siempre se había expresado mejor por escrito y porque quería medir mucho las palabras. En realidad, solo le decía que quería el divorcio y que iba a verte. Le dio también su número de teléfono, si quería podía llamarla y hablar. No contaba con ello, pero, justo una semana después, el tiempo que tardó la carta en llegar a su destino, Ricard la llamó.

Se me aceleró el pulso. Papá me había hablado de la carta, pero nada me había dicho de la llamada.

—¿Y? ¿Sabes de qué hablaron?

—No me contó mucho, solo que la conversación fue más fácil y tranquila de lo que había previsto. Ricard no le negó el divorcio, al contrario, le dijo que lo entendía, se relajó cuando supo que en la demanda tu madre no iba a explicar los motivos de su huida, no iba a mencionar las palizas, ni tampoco iba a pedirle dinero, tenía suficiente con lo que ganaba como traductora. Y, en cuanto a ti, Elena también se apresuró a tranquilizarle: no tenía intención de contarte la verdad, le dijo a Ricard que él era y sería siempre tu padre. En realidad, en todos esos años nunca se refirió a ti como nuestra hija. Le sorprendió lo fácil que fluyó la conversación, casi fue una charla cordial. Ricard le pidió que se encontraran antes, ellos dos, a solas, en vuestra casa, para hablar. Elena volaba a Barcelona un jueves de octubre, el vuelo salía muy temprano, había quedado con Ricard al mediodía para comer, no estaba previsto que tú llegaras hasta media tarde.

—Es curioso que mi madre te contara tantas cosas —dije un pelín sarcástica—, cuando tú mismo has dicho que ya apenas os veíais.

Si captó el tono, no le importó. Se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que quería asegurarse de que yo lo entendiera. Ella se iba a ejercer de madre, yo me quedaba atrás. Me habló de tu felicidad, de tu estabilidad, de que necesitabas una madre pero

no perder a un padre. Se ahorró decir que Ricard podía ofrecerte en un día mucho más de lo que yo sería capaz de darte en toda la vida. No hizo falta, no me enfadé, lo comprendí perfectamente. Fue entonces cuando me entregó las fotos, el premio de consolación. Ella ya solo se conformaba con el original. Quise decirle muchas cosas, de nosotros, de ti, pero en ese momento llegó este, que es un pesado y un inoportuno, y ya no hubo ocasión.

Señaló a Quim, el fiel escudero. Sancho Panza, por una vez, pareció molesto.

—Perdona, pero si aparecí fue porque tú me lo habías pedido. ¡Pesado dices, encima! Tú sí que eras pesado, que casi tenía que llevarte en brazos, a ti y a tu pierna escayolada.

—¿Qué pierna escayolada?

—A un taxi se le ocurrió la genial idea de atropellarme —aclaró Gabriel—. Tuvieron que operarme, ponerme unos clavos para fijar el hueso roto, inmovilizarlo con un yeso desde el pie hasta la ingle. En el hospital, todo el día en la cama, si quería dar un pequeño paseo por la planta necesitaba que algún alma caritativa tirara de la silla de ruedas.

—Y ahí es donde entraba yo en escena —metió cucharada Quim.

—Porque por entonces ese espabilado ya había dejado la imprenta, trabajaba de comercial, como siempre ha tenido tanta labia consiguió el cambio de departamento. —Gabriel se dirigió a su amigo con evidentes ganas de chinchar—: Vender no sé si vendías, lo que sé es que te pasabas el día dando vueltas con el coche, visitando clientes, llevándolos a comer, ¡y decías que eso era un trabajo, cabrón!

—Y gracias a ese trabajo, podía pasarme por el hospital, que bien que lo agradecías —simuló gruñir Quim—, y los paseos arriba y abajo por ese pasillo, para que te distrajeras, con lo que pesabas tú y ese yeso en esa maldita silla.

Quim avisó a mi madre del accidente. Fue una bonita coincidencia encontrarse en el hospital con ella, porque siempre se tuvieron mucho cariño, desde ese primer día en que mamá y Gabriel se apearon del tren. También para él fue una sorpresa que ella hubiera decidido regresar a Barcelona.

—Se iba al cabo de dos días, me ofrecí a acompañarla al aeropuerto —prosiguió Quim—, tenía que visitar a un cliente no muy lejos de Orly, me venía de paso, me daba igual madrugar un poco más. Insistí y al final accedió. Y menos mal, porque iba cargada con dos buenas maletas. Para mí que pensaba quedarse una temporada larga, convencida como estaba de que el encuentro contigo iría bien. La dejé en la puerta de la terminal, había un buen lío de coches y taxis, imposible aparcar, así que la ayudé a sacar las maletas y me fui. Elena estaba feliz, eso sí puedo decírtelo. La vi entrar mientras arrancaba el coche. Y ya no...

Le falló la voz. Gabriel acabó la frase por él.

—Y ya no volvimos a saber de ella.

Y así acabó de narrar la historia.

Tres semanas antes, había entrado por la puerta de ese piso convencida de que sabría detectar la mentira, de que intuiría la pista delatora de la que tirar, de que podría descubrir las

contradicciones de Gabriel. Habíamos llegado al final y no había conseguido nada de eso. En realidad, ya ni siquiera lo deseaba. Le observaba cada mediodía y solo conseguía ver a un pobre viejo, todo arrugas y cansancio. No veía a un padre en él, ni pensaba esforzarme en ello. Pero ya tampoco veía a un asesino. Y si él no era culpable, otro tenía que serlo. Desde la mecedora, Ariana me miraba seria. Sabía exactamente lo que yo estaba pensando e intentó echarme un capote.

—¿Es posible que la abuela siga viva? Quizá le dio por romper con todo y estos años ha estado viviendo tranquila en algún lugar remoto.

Gabriel negó con la cabeza lentamente, con la cadencia de una campana tocando a muertos.

—La vida le sonreía, estaba pletórica, a punto de pisar la Luna. Imposible que, en un momento así, quisiera olvidarse del mundo, y aún menos que el mundo se olvidara de ella.

—Pero ¿sabemos si cogió ese vuelo?

—¿Por qué no iba a cogerlo? Aunque es cierto que no hay una prueba, entonces no se usaban aún ordenadores para estas cosas, las listas de pasajeros se hacían a mano, se guardaban unos meses y luego se destruían. La compañía aérea confirmó que Elena había comprado el billete y que tenía asiento reservado en el avión, pero nada más.

—Lo que sí sabemos —terció Gabriel— es que no llegó al hotel en Barcelona. De camino a Orly me dijo dónde iba a hospedarse, un hotel muy céntrico, quería pasear por la ciudad. Di el nombre a la policía cuando estuvieron investigando. Confirmaron que, efectivamente, Elena hizo una reserva, pero ni la anuló ni llegó a ir jamás.

—Espera, ¿no has dicho que llevaba dos maletas grandes? —salté al instante—. Lo lógico es que hubiera ido al hotel a dejarlas antes de reunirse con papá, si el vuelo era temprano tenía tiempo de sobra. Nadie se pasea por la ciudad con dos maletas si tiene dónde guardarlas.

Si mamá había cogido ese avión, algo había sucedido al aterrizar en El Prat, algo que le había impedido llegar siquiera a su primera parada, el hotel.

—¡Alguien fue a recogerla al aeropuerto! —exclamé.

Gabriel y Quim se intercambiaron miradas. Ariana detuvo la mecedora, expectante.

—Sí, eso creemos —arrancó Quim—, porque cuando llegamos a Orly y la ayudé a descargar aquellos dos maletones, le dije que en Barcelona tomara un taxi, que ni se le ocurriera coger el tren yendo tan cargada. Y me respondió que no le haría falta el taxi, que había quedado en el aeropuerto con una amiga.

—¿Qué amiga?

—No lo sé, y créeme que lo siento. —Quim parecía realmente abatido—. Fui un estúpido, pero estaba en mitad del barullo de tráfico, tampoco conocía a las amigas de Elena, así que me daba igual quien fuera y ni se me ocurrió preguntarle, quién iba a pensar que con el tiempo sería una información vital.

—Se lo contamos a los gendarmes —terció Gabriel—. La única amiga que se me ocurrió fue Nuria, se escribían un par de veces al año, poco más. La policía habló con ella, pero no había

recibido ningún aviso de Elena, ni siquiera vivía en Barcelona, creo que ella y su marido estaban de profesores en un instituto de Girona. La pista quedó en vía muerta. Pero ayer, cuando esa mujer te llamó al móvil, de repente pensé en que era una posibilidad...

—¿Qué mujer? —Caí en la cuenta—. ¿Te refieres a Sita de Guasch?

—¡Sí!, la Montsita esa de los cojones.

Ariana soltó una risotada. Le lancé una mirada de reproche.

—¿Qué pasa? —se defendió—, a mí también me cae gorda.

—Pero si ni siquiera la conoces.

—¡Claro que la conozco! Es la madre de tu amiga Marta, una mujer mayor, muy delgada y repeinada, que se cree doña Perfecta y lleva siempre un montón de anillos y pulseras.

No me quedó más remedio que admirar la capacidad de síntesis de mi hija.

—Y además es una arpía —remató Gabriel—. Con Elena ya casi no se hablaban desde antes de la huida, imposible que tu madre la llamara para que la recogiera, por eso ni la mencioné cuando me preguntaron los gendarmes. Pero ayer dijiste que siguió siendo muy amiga de Ricard, ese era un detalle que yo ignoraba.

—¿Y qué, si era amiga de papá? Aún menos motivo para que mamá la llamara avisando de que venía.

—Pudo saberlo por él.

De todas las ideas peregrinas, esta tenía visos de situarse en lo alto del podio.

—Y aunque así fuera, ¿a cuento de qué iba a ir Sita a buscar a mamá al aeropuerto? Se pasó años intentando sacarse de encima el sambenito de haber sido amiga suya, no creo que corriera a organizarle un comité de bienvenida.

— ¿Y si se lo pidió el propio Ricard? ¿Y si él le pidió el favor de que la llamara y quedara con ella, de que la recogiera en coche en el aeropuerto y, en lugar del hotel, la llevara a algún lugar? Con la excusa de contarle cosas sobre ti, por ejemplo. Sita te conocía bien, hacías mucha vida con sus hijos, ayer me lo dijiste. ¿Qué madre rechazaría la oferta de saber detalles de su hija antes de volver a verla tras quince años de ausencia? Ricard necesitaba alguien de quien Elena no sospechara, para tenderle una trampa.

Ariana estaba también excitada, se levantó incluso de la mecedora. Por fin, el último episodio de la serie empezaba a estar a la altura de sus expectativas.

—Mi abuelo tiene un montón de pisos, y locales y naves grandes de esas. Las alquila, pero a veces tiene alguna vacía. Una nave industrial vacía es un sitio perfecto para cometer un crimen.

Gabriel y Quim volvieron a intercambiarse miradas, era evidente que habían estado sopesando esta posibilidad. Y ahora mi hija acababa de ponérsela en bandeja. Y yo me estaba poniendo muy nerviosa.

—¡Ariana, te prohíbo que digas esas cosas de tu abuelo! Por si se te ha olvidado, te recuerdo que está agonizando, así que guárdale el debido respeto. Y vosotros dos, dejaos de estupideces. Además, ¿no dijo mi madre que papá había estado muy cordial en la conversación que tuvieron,

que había accedido a todo sin poner pegas? Ahí lo tienes, él no tenía ningún inconveniente en que ella viniera y hablara conmigo.

—Exacto. Elena estaba muy sorprendida de lo fácil que había resultado convencer a tu padre. Tan fácil que es incluso sospechoso. Piénsalo: tú eras mayor de edad, Ricard no podía ya impedir que tu madre contactara contigo, que te fueras con ella incluso. La única forma de evitarlo era, precisamente, que Elena se confiara y...

Dejó la frase en el aire. Por suerte, porque fuera cual fuera el verbo en que estaba pensando, creo que me habría puesto a chillar. Mejor acabar la reunión antes de que perdiera los estribos.

—Mirad, intento no malgastar el tiempo en tonterías, así que no voy a quedarme aquí escuchando vuestras absurdas teorías. Mi padre no le pidió nada a Sita, estuvo todo el día solo en casa esperando a que llegara mamá, pero no apareció. ¿Está claro?

—¿Solo en casa? —preguntó Quim suspicaz.

—¡Sí, solo, todo el puñetero día! El jueves el servicio libraba. Ojalá mi madre hubiera venido un martes, así tendría testigos. Pero no, jueves, mala suerte.

Miré desafiante a los tres. Era casualidad y punto. Y no iba a permitir que siguieran por ese camino. Debí de dejarlo claro, porque no replicaron. Ni siquiera Ariana.

—Y hablando de que mi padre estuvo solo, ya es hora de que volvamos a su lado.

—¿Ya? —medio protestó mi hija—. Aún no han pasado los cuarenta y cinco minutos.

—Da igual. Anda, vamos.

Ariana me siguió de mala gana, también Gabriel. Por el pasillo, me asaltó una última duda.

—¿Por qué tardaste tanto en denunciar la desaparición? Casi un año, creo. Pocas pistas quedaban ya entonces.

—Tu madre tenía previsto regresar a París si el encuentro contigo fracasaba. Así que, como no supe nada de ella en todo ese tiempo, pensé que todo había salido como esperaba y que se había quedado contigo, feliz, en Barcelona. Por supuesto que me habría gustado que me hubiera escrito o telefoneado para contármelo, pero digamos que no dar señales de vida durante meses era bastante propio de Elena. Me pareció extraño que no llamara por mi cumpleaños, o una postal de Navidad al menos, e incluso me hice ilusiones de que me enviara la fotografía tuya soplando las velas para poder seguir haciendo la fila de retratos, pero, claro, no recibí nada. En todo caso, lo interpreté como una buena señal y me alegré por ella. Y sus otros amigos debieron de pensar algo parecido, el caso es que todos en París creíamos que estaba contigo en Barcelona.

—¿Y nadie intentó contactar con ella?

—¿Cómo? ¡Era 1984! No existían los móviles ni eso que llamáis redes sociales. Elena se fue pensando en pasar los primeros días en un hotel. Si se quedaba, alquilaría un apartamento. Era ella quien tenía que contactar con nosotros. Nunca tuve una dirección o un teléfono donde intentar localizarla.

—Y entonces, ¿por qué denunciaste su desaparición?

—Por su casero. Antes de irse, Elena dejó pagados unos meses de alquiler de su apartamento,

creo que hasta febrero. En marzo no pagó, en abril tampoco. En el apartamento había dejado ropa, libros, muebles, todo lo que no pudo llevarse en esas dos maletas, así que el casero trató de localizarla para que pagara o vaciara el piso. Lo intentó a través de una de las editoriales para las que trabajaba, pero tampoco sabían nada de ella, había dicho que estaría en contacto para nuevas traducciones, pero no había llamado. En la editorial le dieron el teléfono de una compañera amiga de Elena. Así, el casero fue haciendo cadena, pero nadie sabía nada. Hasta que llegó a mí. Estaba enfadadísimo, quería que le pagara los últimos meses de alquiler y me hiciera cargo de la mudanza. Le dije que no podía, ni tenía el dinero ni sabía dónde poner tantos muebles, pero empecé a sospechar que algo extraño pasaba. Elena podía no acordarse de mi cumpleaños, pero no llamar a la editorial ni pagar el alquiler ya era harina de otro costal. Así que en junio puse la denuncia. Al principio, los gendarmes no me hicieron mucho caso, tuve que insistir, pero al final contactaron con la policía española y descubrieron que tampoco estaba aquí. Por entonces, efectivamente, ya había transcurrido casi un año. Sí, fue una lástima.

Ariana y yo nos habíamos puesto ya los abrigos, mi hija llevaba en la mano los tres libros, yo la caja de latón con las fotografías de mi madre. Las mías habían quedado sobre la mesa, distintas versiones de mí puestas en fila. De momento, esto era todo lo que yo podía ofrecerle a Gabriel, mis fotografías. Él nos miraba, plantado en una esquina del pequeño recibidor, serio, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

—Gracias por el almuerzo —fue toda mi despedida.

—Oye, Carolina —dijo en voz baja, casi un susurro—, siento mucho que vayas a perder a tu padre. Es obvio que él y yo no hemos sido amigos, pero aun así... Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

Me limité a asentir con la cabeza, la mano ya en el pomo de la puerta, a punto de salir. Recordé la primera vez que entré en esa casa, dispuesta a descubrir la verdad. Una verdad plana, simple, de buenos y malos. En su lugar había descubierto muchas verdades, de superficies rugosas y afiladas aristas. Abrí la puerta y me lancé escaleras abajo, oía las botas de mi hija un piso por detrás, estoy segura de que se entretuvo despidiéndose de Gabriel con un beso. Cuando llegamos a la calle, mi hija me agarró del brazo.

—Oye, ¿no crees que te has pasado de seca con él?

Quizá, pero tenía mis razones. Recordaba perfectamente sus palabras el primer día que entré en su casa. Dijo que accedía a hablar conmigo solo para cumplir con lo que fue el deseo de mi madre cuando cogió ese avión: que yo supiera su historia, que pudiera comprenderla y perdonarla. Pero hoy, él mismo había confesado que mamá jamás tuvo la intención de contarme que yo no era hija de mi padre. Y Gabriel, si hubiera sido fiel a esa voluntad de mamá, debería habérselo callado. No quería ejercer de padre, no esperaba que yo le aceptara como tal. Entonces, ¿por qué? Simplemente porque había visto la oportunidad de asestar el puñetazo definitivo a su eterno rival, el último golpe de esa pelea que empezaron de jovencitos en una barca y que, sesenta y un años después, acababa aquí y ahora.

—Mamá, ¿te importa si yo vengo a visitarle de vez en cuando? Lo de hacer un trabajo con sus fotos sería genial.

—Ya hablaremos, hija.

Sí, ya lo hablaremos, pero si ella quiere, ¿quién soy yo para prohibirle verle? Es su abuelo biológico, sangre de su sangre. Agradecí la naturalidad con que Ariana trataba este asunto, quizá podría contagiármela un poco. Pese a todo, estaba segura de que también yo iba a echar de menos —un poquito— el vaivén de la mecedora.

Cogimos el coche y enfilamos hacia la parte alta de la ciudad. Las tiendas continuaban cerradas, los bares mantenían la persiana bajada, poca gente en la calle, la mayoría con cara de desconcierto. Ariana hizo todo el camino en silencio, la nariz pegada al cristal de su ventanilla.

—Joder, mamá, es como una mala película de ciencia ficción, como si en la facultad tuviéramos que hacer un ejercicio de distopía y no se nos hubiera ocurrido una idea mejor.

Sí, estaba de acuerdo, eso es lo que parecía. Lo curioso es que a mí esa ciudad vacía, desamparada y asustada no se me hacía extraña. Supongo que, en ese momento, era un buen paisaje para mi alma.

# CAPÍTULO 37

Cuando ayer, al regresar de nuestro almuerzo con Gabriel, Ariana y yo entramos en casa de mi padre, me invadió una sensación que ya me era muy familiar, esa mezcla de tristeza y vacío con la que me estaba acostumbrando a convivir. Quizá fue porque entramos por el garaje, una planta enorme y diáfana, que ni siquiera en el pasado, en los tiempos de esplendor, conseguimos ocupar del todo, aunque coches y chóferes, en esta familia, siempre tuvimos más de los necesarios. Ahora el gran espacio está desierto, hace años que ya no está el imponente automóvil de los abuelos, ni el pequeño utilitario de Pepita, que un mal día tuvo un accidente y ya no volvió a conducir. Ni mi padre tiene ya ninguno de esos deportivos a los que fue tan aficionado. Solo el aparatoso Jaguar XJ, en el que Andrés, el chófer, llevaba a papá al Círculo Ecuestre y a comer al Via Veneto, envejece aparcado en un rincón. Hace unos meses, cuando el cáncer despertó de su temporal letargo y se adueñó de su cuerpo, cuando empezaron a fallarle las ganas de hacer vida social y ya no tuvo hambre para disfrutar de un buen plato, papá despidió al chófer.

—No lo hagas —traté de oponerme—. Entiendo que no quieras que tus amigos te vean enfermo, pero Andrés puede pasearte en coche por Barcelona, que te lleve a dar vueltas por la ciudad, siempre será más entretenido que estar encerrado en casa.

—Pero ¿tú quién te has creído que soy? —rugió ofendido—. ¿Miss Daisy?

Desde ese día, el Jaguar quedó abandonado, solitario, en una esquina del garaje. Confiaba en que alguien se hubiera ocupado de ponerlo en marcha de vez en cuando. A mí, la verdad, ni se me había ocurrido.

Subimos a casa, Pepita nos abrió la puerta con la mirada húmeda y cansada. Se le endureció un poco cuando vio detrás de mí a Ariana. Era evidente que aún no le había perdonado que se hubiera ido de la lengua.

—¿Cómo está?

—Yéndose, señorita.

Entramos en el dormitorio, yo delante, sintiendo la presencia de Ariana a mi espalda. Como esa mañana, cuando entramos en la sala de juegos del Ateneu, ella empujándome a hablar con Gabriel. Ahora, en cambio, me empujaba a hablar con mi padre. Solo habían transcurrido tres semanas, pero entonces el mundo era muy distinto, mucho más simple y amable, dentro y fuera de esta casa.

Papá estaba en la cama, ya no podía moverse de allí porque estaba atado a la vida por un tubo de plástico. Conectado a una máquina de la que ya no podría separarse, su última pareja de baile.

No regresaría al salón, no volvería a sentarse en su sillón de la biblioteca, no saldría ya de esta habitación, y él lo sabía, como un día supo que no saldría más de esta casa. A él, que se sentía el dueño del mundo, no debe de haberle sido fácil ver cómo este se le iba reduciendo, poco a poco, hasta quedar restringido primero a un piso, luego a una habitación, ahora a una cama. Me recordó al final de esas películas mudas, la pantalla cada vez más negra, en el centro el círculo de luz cada vez más pequeño, minúsculo, un puntito. Luego, la oscuridad absoluta. *The end.*

—¿Cómo va eso, campeón? —le dije mientras le estampaba un beso en la frente.

El campeón me miró con toda la socarronería que alguien en su estado puede mostrar.

—Aquí estoy —señaló el tubo que se colaba en sus fosas nasales —, en la montaña, respirando aire puro. Y tú, ¿qué tal el almuerzo?

Sus ojos tenían un color amarillo intimidante, sobrenatural, daban angustia y a la vez era imposible apartar la vista de ellos. Su hablar era lento y pesado, a veces costaba entenderle, pero al menos el oxígeno conseguía que no se ahogara cada pocas palabras.

—Bien —respondí—, un buen arroz.

Pepita, que había entrado tras nosotras y ahora estaba recolocando los almohadones en los que se reclinaba mi padre, me miró con sorpresa. Si algo tiene claro es que yo no sé cocinar.

—¿A qué restaurante ha ido, señorita, si están todos cerrados?

Iba a responder un embuste, cualquiera de mis amigos podía haberme invitado a comer, y a ella y a papá les habría parecido normal. Pero sentía detrás de mí, en mi nuca, el aliento de Ariana. No podía mentir, pero tampoco tuve los arrestos suficientes para decir la verdad, no quería herir a mi padre, así que no respondí. Enseguida supe que era un gesto estéril, porque Ariana dio un paso, se puso a mi lado. Incluso un poco por delante.

—Hemos ido las dos a comer a casa de Gabriel.

A papá se le congeló la ligera sonrisa que, al vernos entrar, había esbozado. Pepita, petrificada a medio remover almohadones, me lanzó una mirada más inquisitiva que reprobatoria, creo que aún tenía la esperanza de que yo saliera al paso de la provocación de mi hija y jurara que era mentira. Pero seguí en silencio. Durante unos segundos, el único ruido en esa habitación fue el rumor sordo de la máquina de oxígeno.

—Bueno, entiendo que quieras ir a comer con él ahora que sabes quién es. —Respiró un par de veces pesadamente—. Pero podrías esperar a que me muera, tampoco requiere mucha paciencia, es cuestión de horas.

—No digas eso, papá. No te vas a morir dentro de horas, ni de días.

—Lo ha dicho ella —dijo señalando a la enfermera—. Creía que dormía y ha llamado a la agencia para pedir otro trabajo, que este se le acaba, ha dicho.

Lancé una mirada asesina a esa idiota, que enrojeció como la grana y, con la vaga excusa de dejarnos a solas, serpenteó hacia el pasillo. Mi hija se acercó a la cama, se plantó al lado de papá, le cogió la mano, un gesto que no recuerdo que hubiera hecho nunca antes.

—Abuelo, es verdad, los médicos dicen que te queda muy poco. Justo por eso le he suplicado

a mamá que fuéramos a hablar con ese hombre. No es cuestión de genética ni de la fuerza de la sangre ni esos rollos, es solo que mamá necesita saber qué le paso a la abuela Elena.

Me di cuenta de que, aunque Ariana asía la mano de papá, él no se aferraba a la de ella, era una mano inerte. No es que no tuviera fuerza, es que no quería cogérsela.

—Ir a comer hoy con él —prosiguió mi hija— ha sido un intento desesperado de mamá para obtener una respuesta. Pero por desgracia hemos salido sin ella.

—Y ahora venís aquí.

Negó con la cabeza pesadamente. Nos acusaba de acusarle, lo decían su voz y también sus ojos amarillentos y febriles. Parecía extenuado. Me acerqué a él por el otro lado de la gran cama, me senté en ella y le cogí la mano, la otra aún estaba en poder de Ariana. Cada una de nosotras le obligaba a extender un brazo, y por un momento tuve la sensación de que le estábamos crucificando.

—Papá, no es que sospeche de ti, de verdad que no, al contrario. Pensé que conseguiría que ese hombre me cogiera confianza, que se explayara, estaba convencida de que yo podría ir más allá de lo que en su día fue la policía. Pero ya ves, no soy tan buena detective como me creía, no he averiguado nada.

Mis palabras no disiparon su tristeza.

—No es verdad, has descubierto cosas.

—Sí, cierto, ¿cómo iba yo a imaginar...? Pero da igual, de verdad, porque nada de lo que he averiguado es realmente importante, nada cambia lo esencial, que es que tengo el mejor padre que podría tener.

Apreté su mano, me pareció que él me devolvía el gesto. Le sonreí.

—Siempre me has guiado, papá. No dejes de hacerlo ahora, por favor. Quizá si juntamos tu versión con la suya, podremos sacar algo en claro. Venga, ayúdame, acabemos esto juntos.

Lancé una ojeada a Ariana, sentí que me miraba con aprobación. Si creía que estaba siguiendo una estrategia para meter a su abuelo en nuestro juego, estaba muy equivocada. Sentía cada palabra que había dicho. Yo no estaba viendo el último episodio de una serie, yo estaba viviendo las últimas horas con mi padre y sabía que todo lo que no habláramos ahora ya no sería pronunciado jamás. Que todo lo que no se aclarara ahora seguiría para siempre sumido en esa noche oscura en la que habíamos sumergido nuestras vidas. Supongo que papá pensó lo mismo.

—¿Qué quieres saber?

—Sé que en esa carta que mamá te envió para decirte que venía escribió su número de teléfono y que tú la llamaste. Me gustaría saber de qué hablasteis. Todo lo que recuerdes.

Papá se me quedó mirando, casi podía oír el chirrido de la balanza en su cabeza, pros y contras. Me pregunté hacia dónde se inclinaría.

—Dile a esa que venga.

Pepita salió rauda a por la enfermera, al momento estuvieron las dos de vuelta. Papá le pidió que le subiera el oxígeno.

—Tengo que hablar con mi hija.

—No haga esfuerzos, no le conviene.

—Morirme es lo que no me conviene. Y voy a hacerlo igualmente.

La enfermera me miró solicitando mi aprobación. Asentí. Le ajustó el tubo, tocó algo en la máquina. Papá inhaló un par de veces lo más profundamente que sus pulmones enfermos le permitían, y luego, soltando su mano de la de Ariana, le hizo una señal a la enfermera para que se marchara. Solo cuando hubo desaparecido por la puerta, se giró hacia mí. Pero me pareció despistado, como si ya no supiera de qué íbamos a hablar.

—La conversación telefónica con mamá, cuando te dijo que regresaba. ¿Te acuerdas de algo?

Asintió pesadamente.

—Su voz, recuerdo. Decidida, adulta. Era una mujer distinta de la que se fue.

Y papá hizo memoria, y poco a poco, con esfuerzo, entre paradas obligadas para que el oxígeno se adentrara en sus pulmones, reconstruyó esa conversación que había tenido lugar hacía treinta y cinco años. Nada que divergiera de lo contado por Gabriel: mamá quería recuperar su relación conmigo, pero no tenía intención de contarme quién era mi verdadero padre. Dijo que quizá se quedaría solo unos días, quizá meses, dependía de mí. Quería conocerme, que yo la conociera a ella, recuperar el tiempo perdido. Y que, tras tantos años separados, tenía sentido formalizar el divorcio. Que no necesitaba dinero, que había conseguido vivir de su trabajo.

—Traductora de libros, me dijo.

—Fue a la universidad, papá. Estudió Filosofía.

Mi padre movió la cabeza, la golpeó un par de veces contra los almohadones que Pepita había esponjado cuidadosamente.

—Me lo pidió muchas veces, supongo que tendría que habérselo permitido —murmuró—. Pero ¿para qué iba a estudiar una mujer casada?

A estas alturas me pareció una pregunta retórica, no perdí el tiempo respondiendo. En cambio, había otra que no podía dejar de hacerle:

—¿De verdad ibas a dejar que viniera a casa, que hablara conmigo y ejerciera de madre?

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Tú eras ya mayor de edad, supo cuándo volver.

Supongo que se dio cuenta de lo que podía deducirse de esas palabras, porque se apresuró a levantar la mano para que yo no hablara, tenía que dar un par de bocanadas de oxígeno para aclararlas.

—Pero me pareció bien, hija, de verdad. Tú la necesitabas. Nos habíamos apañado para criarte entre Pepita, tu abuela Amelia y yo. Hicimos lo que pudimos, pero no podíamos sustituir a una madre.

—Pues lo hicisteis bastante bien.

—Al principio quizá, eras pequeña, fue fácil. Pero tú y el mundo cambiasteis muy rápido —tosió, respiró pesadamente—, nosotros tres estábamos estancados en el pasado.

—¿Quieres decir que por culpa vuestra soy anticuada y clasicona? —intenté bromear.

—No lo eres, espabilaste sola. Siempre me has sorprendido para bien.

—No estaba sola, papá.

Le recordé su entusiasmo cuando decidí estudiar una carrera universitaria, cómo me animó siempre a que viajara, su emoción cuando encontré mi primer empleo. Su completo apoyo cuando con Gerard y otros dos compañeros decidimos crear el bufete, su recomendación de que no lo abandonara por la maternidad. Nada que ver con las ataduras que le había impuesto a mi madre.

—¿Y ese cambio, papá?

—Tú eras mi hija, quería lo mejor para ti.

—¡Y mamá era tu esposa!

—Supongo que con ella quise lo mejor para mí. O lo que entonces creí que lo era.

Le costaba encontrar las palabras, hilvanar frases largas, la falta de oxígeno empezaba a jugarle malas pasadas. También la emoción, aunque intentara disimularla.

—Confieso que, cuando tenía que aconsejarte, pensaba en qué diría Elena si estuviera. Ella iba por delante. Con ella fui...

No acabó la frase, no sé si por falta de oxígeno o porque es duro definirse con ciertas palabras, entonar algunos *mea culpa*. Yo sí podía acabar la frase: con mamá fue machista, carca, egoísta, maltratador... Pero no se lo dije, porque estaba convencida de que él se aplicaba esos adjetivos desde hacía ya muchos años, años en los que se había torturado con ello, así que guardé silencio. Un silencio que papá supo rellenar perfectamente.

—Lo sé, lo sé, cariño, y créeme que lo siento. Por eso me hice dos promesas —me dijo entre bocanadas—. Una era que le pediría perdón a tu madre si algún día volvía a verla. La segunda, que contigo no iba a fallar.

—Y no fallaste.

—Me alegra saberlo, tu abuela a veces no opinaba lo mismo.

La abuela Amelia, ese sargento que me había estropeado varias fiestas adolescentes en S'Agaró porque bailábamos más agarrados de lo que sus estrictas normas permitían. La que dedicó horas y más horas a enseñarme cómo sentarme, cómo usar los cubiertos, cómo dirigirme a los mayores. La que organizó hasta el menor detalle de mi espléndida puesta de largo, pero nunca me preguntó cómo quería que fuera la fiesta. Tampoco me preguntó jamás qué quería hacer en la vida ni si era feliz, convencida como estaba de que estas cuestiones menores solo tenían importancia en esas novelas que le habían sorbido el seso a mi madre. Recordé lo que Gabriel me había contado sobre la mala relación que las dos mantenían.

—Mamá llamaba a la abuela Amelia *la grande censeure*, la gran censuradora. Deduzco que no se llevaban muy bien.

Papá resopló con el poco aire que tenía en los pulmones. Suegra y nuera no se soportaban. La primera intentaba imponer sus normas a la otra, que jamás aceptó más criterios que los propios, y menos en lo que a su vida y a mi educación se refería, justo donde mi abuela más pretendía

entrometerse. Papá se hartó de escuchar las dos versiones de una misma discusión, primero en el piso de abajo, de boca de mi disgustada abuela, luego en el piso de arriba, de labios de mi indignada madre. A la abuela papá le pedía paciencia con la joven nuera, a mamá le pedía consideración hacia su respetable suegra. Solo conseguía que las dos mujeres se enfadaran más. Era su humilde aportación a la escalada bélica.

—Creo que, en el fondo, tu abuela agradeció librarse de ella.

Papá exageraba, dudo que la abuela —siempre tan preocupada por las apariencias— se recuperara del escándalo social que supuso la huida de mi madre, la esposa de su *hereu*. Pero a partir de entonces actuó, dentro y fuera de casa, como si mi madre no hubiera existido jamás, como si yo hubiera surgido espontáneamente, con un chasquido de sus dedos. No pude evitar sonreír, y papá me miró con extrañeza.

—Lo siento, es que me he imaginado la que hubiera liado la abuela de haber sabido que mamá tenía previsto volver.

Papá suspiró.

—Lo supo, se lo dije. Fue la única persona a quien se lo conté.

Tenía que haberlo imaginado. Entre la adoración y el temor: esa fue siempre la relación de papá con la abuela. Pero decirle que mamá regresaba lo consideré un acto casi heroico.

—Tenías que haberla oído, su voz heló el aire de la biblioteca. Y eso que, por suerte, hablamos por teléfono.

Sí, una suerte. Porque el teléfono no impedía que su tono frío y cortante cayera sobre ti —nunca gritos, eso habría sido una demostración de sentimientos inaceptable—, pero al menos te libraba de enfrentarte a su mirada inclemente. Los ojos de Bette Davis, a su lado, eran los de un gatito juguetón. No es que papá no se atreviera a bajar los quince escalones que separaban su puerta de la nuestra, sino que, aunque era octubre, ella aún estaba en S'Agaró. A principios de los años ochenta, la transición política había traído nuevos aires, y mi abuela —igual que sus organizaciones caritativas, sus bailes de beneficencia y su manera de pensar— estaba fuera de lugar, todo eso eran restos de un pasado al que pocos querían ya mirar. Incapaz de ver el mundo a través de unas ideas que no fueran las suyas, y orgullosa como era, decidió apartarse de esa ingrata sociedad antes de aceptar que era la sociedad quien no quería saber nada de ella. Desde entonces, privada de otros entretenimientos, cada año se embarcaba en alguna remodelación, sobre todo en la casa de la playa, porque en su piso —especialmente tras la muerte del yayo Manel— ya solo recibía al cada vez más exiguo puñado de amigas. Y en otoño de 1984 decidió remodelar el porche de S'Agaró, tarea que, sin nada mejor que hacer en Barcelona, la tuvo entretenida en la Costa Brava hasta finales de octubre. Por suerte para mi padre.

—Intuyo que a la abuela Amelia no le hizo especial ilusión el regreso de mamá.

—¿Ilusión, dices? —Inhaló profundamente—. No quiso ni oír hablar del asunto.

Los Planadevall no podían evitar que mamá volviera, papá trató de explicárselo, pero la abuela no quiso escuchar. Llevaba quince años intentando que el mundo olvidara a mi madre y

su paso por esta familia, así que no iba a permitir que regresara, y menos sin arrastrarse pidiendo perdón y expiando sus culpas. Lo tuvo claro de inmediato: tenían que impedir que mamá se acercara a mí, convencerla de que se fuera por donde había venido. La abuela se ofreció a regresar a Barcelona y recibir a mamá.

—Hablaré yo con ella, hijo, que te veo muy blando, con esa mosquita muerta siempre fuiste un calzonazos. Igual te crees que vuelve arrepentida a tus brazos, pero no te hagas ilusiones, esa arpía quiere dinero para ella y para ese fulano. Tú déjame a mí, que la mandaré de vuelta a París de una patada en el trasero.

—No necesita dinero, trabaja como traductora y le van muy bien las cosas.

Lo dijo para tranquilizar a la abuela, pero a ella le pareció que papá había salido en defensa de mi madre y solo consiguió escandalizarla aún más.

—¿Traductora de novelas? ¡Jesús, qué vergüenza, igualita que la bala perdida de esa tía suya! Y, como ella, debe de ir por ahí de cama en cama. Pues si no es dinero, ¿a ver si esta fresca querrá el divorcio?

Para mi abuela, el divorcio seguía siendo pecado, que la ley lo permitiera era otra muestra del libertinaje que azotaba el país tras la muerte de Franco. Papá decidió batirse en retirada, ya encontraría otro momento para discutirlo.

—No, en su carta no dice nada de divorcio —mintió.

—Mejor, porque nadie de esta familia va a divorciarse mientras yo viva. Ya tendréis luego tiempo de hacer lo que os dé la real gana.

No pude evitar sonreír. Esta misma frase —cambiando el divorcio por las minifaldas, el *topless* o el pelo corto, entre otras muchas prohibiciones— la tuve que oír yo centenares de veces. Ariana nos escuchaba en silencio, supongo que intentaba hacerse una imagen de esa bisabuela a la que no había tenido oportunidad de conocer. Por suerte, porque no quiero ni pensar en lo que habría dicho la abuela Amelia de haber visto las pintas de su bisnieta. Aunque Ariana no habría sido la única que la habría decepcionado.

—Suerte que la abuela murió antes de mi divorcio —bromeé.

—Solo pienso en la bronca que me caerá cuando llegue allá arriba, por haberlo permitido. ¿Por qué crees que me resisto a morirme?

Fingimos reírnos los dos, pero en él la risa se tornó un ataque de tos, luego un ahogo. La enfermera entró corriendo, le incorporó, le echó la cabeza para atrás; una vez calmado el ataque, nos lanzó una mirada reprobatoria antes de volver a salir por la puerta. Papá necesitó un minuto largo de profundas inspiraciones para recobrar el ritmo de respiración.

—No quise discutir con tu abuela. Fingí darle la razón, le dije que llamaría a tu madre y que le prohibiría venir.

—Pero no lo hiciste.

—No. Por una vez, decidí poneros a todos ante hechos consumados.

Nos quedamos en silencio, en el dormitorio planeó la sombra de una duda. Ya era mayor la

abuela entonces, pero seguía teniendo un carácter fuerte, seguía mandando en la familia, lo hizo hasta que, años después, el alzhéimer se lo impidió. Todo en esta familia tenía que ser perfecto, y mamá rompió la norma. La dinamitó, más bien, hasta infligirnos la mayor de las afrentas. La abuela la odiaba, y si su marcha fue un duro golpe para el buen nombre de los Planadevall, su regreso tantos años después podía ser aún más grave. Una gran vergüenza si, tras años arrastrándose por el fango, papá la acogía en casa. Pero una vergüenza todavía mayor si volvía triunfante, sin necesitarnos siquiera, si podía ser objeto de la más mínima admiración por esa sociedad que ahora idolatraba conductas muy distintas de las de la vieja y rígida Amelia. Intuyó que mamá regresaba no para entregarse a la disciplina de la familia, sino para socavarla aún más, para ejercer su nefasta influencia sobre mí. Y eso alguien como ella no iba a consentirlo. Fue Ariana quien, con su poca delicadeza habitual, lo verbalizó.

—Abuelo, ¿y si se dio cuenta de que le habías mentido? ¿Y si vino a Barcelona y quiso solucionar el asunto por su cuenta?

Era un supuesto fácil de creer, al menos en lo del engaño. La abuela Amelia era sagaz, y papá siempre ha mentido muy mal, quizá porque nunca lo ha necesitado, le ha bastado siempre con imponer su santa voluntad. Si intuyó la mentira, ese día la abuela Amelia tuvo oportunidad, le bastaba con pedirle al chófer que la trajera a Barcelona. Y tenía móvil. Todo lo que se necesita para cometer un crimen, según Sita. Aunque papá, claro, no lo vio así. Su voz ya no atronaba como en sus enfados de antaño, ahora era débil y se le quebraba a cada momento, pero sus ojos aún podían echar chispas, hasta el punto de que hizo recular ligeramente a Ariana.

—Tu bisabuela era incapaz de algo así, ¿te queda claro?

La indignación le hizo perder la frágil cadencia de su respiración. Su mano agarró el extremo de la sábana, le faltaba el aire. Su cara se quebró en una mueca de dolor, su cuerpo se dobló ligeramente, como si bajo las sábanas hubiera alimañas royéndole las vísceras. Pero yo, exaltada como estaba por haber encontrado un resquicio por el que seguir ahora que todas las puertas parecían haberse cerrado, no hice caso.

—Lo siento, papá, pero tiene sentido. Tú estabas en casa, en la biblioteca, no había nadie más en todo el edificio. La abuela Amelia pudo venir de S’Agaró sin que tú lo supieras, esperar a mamá abajo y sorprenderla al llegar.

Quiso protestar, pero esos pulmones, viejos y cansados, rehenes del maldito cáncer y de ese líquido que los encharcaba, fallaron. Empezó a toser. Ahora sí, callé, pero Ariana, más exaltada aún que yo, me cogió el relevo.

—¡Eso es! La esperó y la convenció de que entrara en el piso de abajo, tenían que hablar antes de subir aquí...

A mi padre le faltaba el aire, le ayudé a incorporarse.

—Tranquilo, papá.

—... y, una vez dentro, discutieron, la pelea fue subiendo de tono y...

—¡Cállate, Ari!

Papá se ahogaba. Le eché la cabeza atrás como le había visto hacer a la enfermera, él me agarró del brazo, sus ojos amarillentos me imploraban que le creyera. A duras penas podía respirar. Su cara había enrojecido rápidamente, empezaba a amoratarse y aun así intentaba hablar. Si tenía que elegir entre morirse y convencerme, elegía lo segundo. Solo le preocupaba lo que yo pensara. Que no dudara de quién era el culpable.

—¡Fue Gabriel!

Seguía tosiendo, ahogándose. Le hice una señal a Pepita para que fuera a buscar a la enfermera. Ariana nos contemplaba desde el otro lado de la cama, sin saber qué hacer, asustada. La mano de papá me agarró más fuerte.

—Dime que sabes que fue él.

La frase, tan corta, en sus labios se hizo eterna, entrecortada por espasmos y vanos intentos por inhalar ese oxígeno que la máquina bombeaba pero que no parecía llegar a sus pulmones. En otros tiempos, me habría impuesto la respuesta, a gritos si hubiera sido necesario. Ahora solo la suplicaba, y yo quería decirle que sí, que sabía que había sido Gabriel, porque me daba miedo que papá se ahogara así, entre mis brazos, pero no podía decírselo porque no, ya no lo creía.

—Sé que no fuiste tú, papá, no tengo ninguna duda sobre eso.

Fue cuanto pude decirle. No fue suficiente, lo vi en sus ojos. Vi el miedo a que, ahora que yo sabía que no era mi padre biológico, le abandonara. Miedo a que esa genética recién descubierta me arrastrara hacia el bando contrario. Quiso protestar, o insistir o argumentar, no sé lo que quiso decir porque ya no consiguió hablar. Se ahogaba. Sus dedos se clavaban en mi muñeca, concentró en ese gesto toda su fuerza hasta que pareció perder el conocimiento. Pensé que iba a morirse así, aferrado a mi brazo. Creyendo que no le creía.

—¡Enfermera! —grité histérica.

No hacía falta, estaba ya entrando por la puerta. Le incorporó aún más —«sujételo así», me dijo mientras ponía mis brazos alrededor del tórax de papá—, le quitó los tubos de la nariz y le puso una máscara que le cubría también la boca, luego aumentó el caudal de oxígeno. Sentí el corazón de mi padre latir a la desesperada, noté sus costillas percutiendo contra mis brazos, mis dedos parecían hundirse en su carne blanda hasta tocar esos pulmones enfermos. Poco a poco fue recuperando el ritmo cardíaco, a base de inspiraciones profundas y atropelladas, como si hubiera corrido una carrera muy por encima de sus posibilidades. Y es que ya casi cualquier esfuerzo, incluso en defensa propia, estaba por encima de sus posibilidades. La enfermera me ayudó a reclinarlo de nuevo, le ajustó el oxígeno. Luego, me hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la puerta. Salimos las dos al pasillo.

—Tiene el oxígeno al máximo, los pulmones van a fallarle cada vez más, tendrá crisis como esta, hasta la definitiva. Yo llamaría al doctor.

Entendí lo que esa mujer me sugería: sedarlo, suavizarle la muerte.

—De acuerdo, avise al médico.

Me asomé al dormitorio de mi padre, pero no entré, tuve suficiente con verle desde el pasillo.

Respiraba con dificultad, la boca abierta, como un gran pez que han sacado del agua y sabe que está haciendo un esfuerzo inútil porque nadie va a devolverle al mar. Ataque tras ataque, se iban rompiendo los invisibles hilos que le ataban a la vida. No quería saber cuántos le quedaban. No había recuperado la plena consciencia, parecía estar en una vigilia intranquila, como sumido en un mal sueño. Pepita estaba cambiándole el pijama y las sábanas sucias, papá se había meado encima. Ariana, que se había apartado unos pasos de la cama, estaba pálida, la cara desencajada, los ojos llenos de lágrimas. Creo que no era ni siquiera consciente de la desnudez de su abuelo. Yo sí, vi su piel arrugada y su cuerpo esquelético, y me pareció un sacrilegio.

—Ariana, ven.

Me alejé del dormitorio y ella vino detrás. Iba a decirle que se fuera a casa, que aquí poco quedaba ya por hacer, salvo esperar el final. Pero en ese momento sonó mi móvil.

Era Sita de Guasch.

Recordé que había llamado el día anterior mientras estaba en casa de Gabriel, y al final no le había devuelto la llamada.

—Disculpa, hija, pero tengo que contestar.

Ariana lanzó una rápida mirada a la pantalla, vio el nombre y negó con la cabeza. Ya me había quedado claro ese mediodía que Sita tampoco era santa de su devoción. Me pregunté si había alguien que le cayera bien. Aparte de su papaíto, claro.

Le di al botón de mi pantalla, al instante la voz de Sita inundó el pasillo. Me imaginé el tintineo de sus pulseras, sus ojillos relampagueando. Le conté la situación, se lamentó por la inmediatez del desenlace; esta vez su conversación, su voz al otro lado de la línea, no me cargó, sino que me reconfortaba. Se deshizo en alabanzas hacia mi padre, y yo, orgullosa como he estado siempre de él, quise que Ariana lo oyera. Nos habíamos refugiado las dos en el salón de diario. Dejé mi móvil sobre la mesita y conecté el altavoz. Mi hija puso los ojos en blanco. Estaba claro que le importaba un rábano lo que Sita opinara de su abuelo. A mí, no. Le agradecí sus comentarios, me hizo prometer que la llamaría de haber novedades, aunque fuera a una hora intempestiva de la madrugada.

—¿Y tú te vas a quedar en casa de tu padre? A ver si luego no podrás irte a la tuya, con todo esto del confinamiento, se dice así, ¿no?

—¿Confinamiento? Ni me he enterado, Sita.

El Covid y el mundo exterior quedaban extrañamente lejos de esta casa. Dos escenarios con la muerte como protagonista, pero mientras uno era dolorosamente cercano y tangible, el segundo seguía pareciéndome una mala película de ciencia ficción en la que todos nos veíamos obligados a hacer de extras. Porque, como se apresuró a contarme Sita, ya era oficial, el presidente acababa de anunciarlo por televisión, nos confinaban en casa quince días, quizá incluso más. Encerrados sin salir, prisioneros en nuestros propios hogares. Impensable, pero no quería preocuparme ahora por ello, tenía otra cosa en la cabeza.

—¿Ha dicho algo de los entierros?

—Me temo que eso tampoco está permitido. Hija, qué lástima que alguien como tu padre vaya a morirse justamente ahora.

Sí, papá estaba a punto de morirse y no podríamos celebrar su entierro, y yo no sabría decir cuál de las dos cosas le dolía más a Sita. Sin exequias, íbamos a cerrar la historia de nuestra familia sigilosamente, como si nos avergonzáramos de lo que hemos sido, y a desvanecernos en la neblina de un tiempo nuevo en que ya no refulgimos. No iba a decírselo a papá, mejor que muriera pensando que aún le quedaba un postrer acto por protagonizar. Él sabía que tras su muerte ya no quedaría nada del viejo oropel; lo que ignoraba era que este virus apagaba el fulgor de los Planadevall antes de tiempo. Miré a mi hija, ni siquiera iba a tener que pelearme con ella por el maldito vestidito negro, cruzado y simple. De haberlo sabido, no habríamos ido de compras ese sábado. Y si no hubiéramos ido juntas de compras, ella no habría puesto la mano en mi bolso, no habría encontrado el libro. No habríamos ido al Ateneu, no habríamos conocido a Gabriel... Es curioso lo irrelevantes que pueden ser los gestos que ponen en marcha una historia. La voz de Sita, ajena a mis divagaciones, seguía surgiendo por el altavoz.

—Oye, y ese detective tuyo, ¿ha podido ya detener a ese tipejo?

—No, Sita. No ha encontrado nada en absoluto.

Chasqueó la lengua con disgusto.

—Oportunidad y móvil, eso dice Agatha Christie, y ese tipo tenía ambas cosas. Pero ya te dije que tu detective no me merecía mucha confianza.

No me lo tomé como algo personal. Aun así, por puro prurito profesional, intenté defenderme.

—El pobre ha hecho todo lo que ha podido. Pero es difícil averiguar algo tantos años después. Ni la policía pudo averiguar nada entonces, y eso que solo habían transcurrido unos meses.

—¿Y qué me dices de esa espera? —replicó Sita exaltada—. Elena desaparece y ese hombre no va a la policía hasta... ¿Cuántos meses pasaron? ¿Seis, siete?

—Ocho.

—¡Imagínate! Ocho meses para borrar huellas y pruebas y pistas y todo lo que se tenga que eliminar. Ocho meses en que no ocurrió absolutamente nada. Nada de nada. ¿Quieres más prueba que esa?

—Me temo que ese argumento tendría poco recorrido en un juicio. Créeme, Sita, soy abogada.

Protestó un poco más, tuve que volver a prometerle que la llamaría si sucedía algo, era evidente que quería ser la primera en saberlo, no fuera alguien a chafarle la primicia. Al final, después de enviarme un montón de besos y aún más ánimos, colgó. El saloncito quedó de golpe en silencio, Ariana extrañamente callada a mi lado.

—Hija, vete a casa. Ahora vendrá el médico, sedaremos al abuelo, ni siquiera sabrá si estamos aquí o no. Te llamaré si hay novedades. Y antes que a Sita, te lo prometo.

Pero ella ni me oyó, su cara tenía una expresión extraña, el ceño fruncido, absolutamente absorta.

—¡Eh! —Le pasé la palma de la mano frente a la cara—. Que te vayas a casa, te digo.

—Mamá...

—¿Qué?

Silencio.

—Ari, ¿qué te pasa?

—Mamá, esa mujer, Sita, tiene razón. ¡Ocho meses! Pasaron ocho meses desde que la abuela desapareció en octubre hasta que en junio Gabriel puso la denuncia. Ocho meses en los que no sucedió nada, absolutamente nada, ni aquí ni en París. ¡Nos equivocábamos, mamá! Buscábamos una pista de lo que pasó. Pero si piensas en lo que en esos ocho meses debió pasar y no sucedió...

No estaba segura de a qué se refería. En todo caso, fuera lo que fuera, ahora no era el momento, en esas circunstancias cualquier conversación me parecía absurdamente banal.

—Ya me lo contarás luego, ¿vale?

—¡No, espera! ¿Dónde guarda el abuelo sus papeles?

—En su escritorio de la biblioteca.

Salió disparada, la seguí, qué remedio. La biblioteca estaba a oscuras, ni siquiera se filtraba la ya mortecina luz de la calle a través de las gruesas cortinas. Esquivando la sombra de algún mueble, Ariana se acercó al escritorio y encendió la vieja lamparita con su pantalla de tela verde. Al instante, la mesa de trabajo de papá quedó iluminada, pero mi hija, yo, y las dos mujeres en los retratos de Nonell —que nos contemplaban, silenciosas e inmóviles, desde las paredes seguimos en penumbra. Frente a mí, entre sombras, estaba la librería llena de manuales, enciclopedias, novelas. Y de todos esos volúmenes, tres semanas antes había tenido que elegir justo ese, el que escondía el único rastro de mi madre que quedaba en esta casa. Me pareció distinguir su grueso lomo granate. Aparté la vista de él, como se aparta la mirada cuando te cruzas con alguien a quien no quieres saludar.

Ariana se sentó en la silla de papá, frente al escritorio, e intentó abrir los cajones. Estaban cerrados con llave, siempre lo han estado. Pareció decepcionada.

—¿Puedo saber qué buscas?

—Nada. Solo quería saber si el abuelo guarda los papeles importantes bajo llave.

—Llavecita, más bien.

Sobre la mesa, en un extremo, había una talla de madera. Un campesino chino de largo bigote y barbas blancas, con un saco al cuello. De la alforja extraje una pequeña llave. Ariana se volvió a animar.

—¿Desde cuándo la deja ahí?

—Desde siempre, que yo recuerde. En realidad, en estos cajones solo hay papeles, nada de valor. El dinero y sus relojes los guarda en la caja fuerte del dormitorio. Pero supongo que no es de eso de lo que querías hablarme. —Dejé de nuevo la llavecita en el capacho del viejo aldeano chino—. Ve al grano, anda, que quiero volver con el abuelo.

Ariana me miró y esbozó una sonrisa de triunfo.

—La abuela Elena sí tenía una amiga aquí.

—¿Aquí, en Barcelona?

—Aquí, en esta casa.

Tardé unos segundos en comprender.

—¿Pepita? No, mamá dijo amiga, y ella es del servicio.

—Para la abuela Elena ya no era una criada, habían pasado quince años desde que se fue de casa, y durante todo este tiempo Pepita fue la única persona de aquí que se portó bien con ella, la única que la ayudó. ¿Qué es una amiga, si no es eso?

Me hizo gracia no solo la teoría, sino la vehemencia con que Ariana parecía dispuesta a defenderla. Pero era la enésima hipótesis del día, y yo ya no estaba de humor.

—Ari, olvídalo.

—¿Por qué?

—Pues por un montón de motivos. Pero te los resumiré en dos: oportunidad y móvil, ya has oído a Sita, lo ha aprendido con las novelas de Agatha Christie. Y lo siento, pero en tu teoría fallan ambas cosas.

—Pensaba que en esas novelas el asesino era siempre el mayordomo.

—¡Anda, pasa!

Me giré hacia la puerta, pero mi hija me agarró del brazo.

—¿Oportunidad, dices? Era jueves, tenía el día libre. Y sabía que la abuela venía.

—No lo sabía, el abuelo ha dicho que solo se lo contó a tu bisabuela Amelia.

—¿Quién recogía el correo en esta casa?

—Pepita, supongo.

Ariana sonrió con ironía.

—¿Y me estás diciendo que el abuelo recibió un sobre con matasellos de París, y Pepita no sospechó? Mamá, tú lo has dicho siempre, en esta casa no hay secretos para ella. Y si tú sabes dónde esconde el abuelo la llave del escritorio, seguro que Pepita también. Y apuesto a que le faltó tiempo para buscar la carta. La leyó, supo de los planes de la abuela Elena. Estuvo pendiente, oyó la conversación del abuelo cuando telefoneó a París.

La interrumpí. Tenía más de una docena de objeciones a esta hipótesis. Elegí una, la más obvia.

—Pero ¿por qué querría Pepita impedir que regresara? Tú misma lo has dicho, ella era la única amiga que mamá tenía en esta ciudad, nadie le obligó a enviar las fotografías, al contrario, se estaba jugando el puesto de trabajo por ayudar a mi madre.

Mi hija iba a replicar, pero su mirada se deslizó por encima de mi hombro. Vi su cara de sobresalto, calló de golpe. Me giré. Detrás de mí estaba la puerta, y Pepita contemplándonos desde ella. O, mejor dicho, contemplando a Ariana, con una dureza de la que no la sabía capaz. Pálida, la mandíbula apretada, envuelta en la penumbra del pasillo, lejos de la lamparita, parecía una aparición.

—Ya hemos acabado de asear al señor —anunció con voz inexpresiva, dispuesta a darse la vuelta y a regresar por donde había venido.

—Oye, espera —la retuve—, no sé qué has oído. Parece que este tema de mi madre nos está desquiciando a todos. Y más a las jovencitas que tienen una imaginación desbocada y han visto demasiadas series policíacas.

Señalé con la cabeza a Ariana, pensé que con eso le quitaba hierro, lo último que quería era que Pepita se tomara a mal las tonterías de mi hija, que se ofendiera. Ella se limitó a dirigirme una ligera inclinación de cabeza dando a entender que se hacía cargo de la estupidez de Ariana, y con la misma voz inexpresiva añadió:

—Yo envié las fotografías a la señora Elena con la mejor de las intenciones, pero pido disculpas si hice mal.

Me apresuré a tranquilizarla, sé que es muy sentida.

—Hiciste bien, claro que sí, me consuela saber que mamá tuvo al menos esas fotos mías.

Pero Pepita seguía mirando fijamente a Ariana, y mi hija miraba fijamente a Pepita. Si los ojos de esta última mostraban la dureza de un pedernal para encender la hoguera, en los de mi hija ya brillaba el fuego. Yo ignoraba de qué iba todo aquello, pero sí sabía que no era el momento, lo último que necesitaba era una pelea entre esas dos.

—Anda, Ari, discúlpate, dile que no hay ningún problema con que enviara las fotografías.

—Es verdad, Pepita, que enviaras esas quince fotografías no es ningún problema —obedeció Ariana, alto y claro—. Lo que sí es extraño es que no enviaras la decimosexta. Durante ocho meses, de octubre a junio, no sucedió absolutamente nada. Nada de nada, ni siquiera mandaste la fotografía del cumpleaños de mamá en marzo. La hiciste, mamá me ha dicho que las tienes todas, cumpleaños tras cumpleaños, hasta su boda. ¿Por qué no la enviaste? Yo te lo diré: porque sabías que no era necesario, que mi abuela ya no estaba en París para recibirla.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —Pepita se defendía, mi hija la escuchaba atenta, inmóvil, como un perro de caza acecha cada movimiento de la presa refugiada en ese escondrijo del que en algún momento tendrá que salir—. Envié la fotografía, claro que la envié. Y me vino devuelta, pensé que la señora había cambiado de dirección, no sabía dónde localizarla. Luego tuvo lugar la investigación, vino la policía aquí, a casa, y entonces, sí, claro, oí lo de la desaparición y entendí por qué me la habían devuelto.

Pepita podría haber dado muchas respuestas, y la tarde y nosotras habríamos seguido el curso previsto. Pero de entre todas las respuestas posibles, dio justamente esa, la más lógica, la más plausible, sí, pero también la que sabíamos que era falsa. Ariana me dirigió una mirada rápida, un simple destello, antes de ir a por la presa.

—Buen intento, lástima que las fotografías no las enviabas a casa de la abuela, sino a casa de Gabriel. Y él siguió viviendo en la misma dirección, ni siquiera quitó el nombre de la abuela de su buzón para que no devolvieran ese sobre, una sola carta al año. Una carta que, desde que ella se marchó, ya no llegó más.

Conozco a Pepita desde que nací, y sabía que era incapaz de hacerle daño a nadie. Pero, a la vez, intuía que la teoría de mi hija empezaba a tener sentido, como un puzle cuando se encajan las primeras piezas y, pese a los numerosos huecos, comienza a perfilarse el dibujo. Pepita permaneció en silencio, inmóvil, salvo por ese gesto tan habitual en ella: se llevó la mano derecha a la pequeña cruz que colgaba siempre de su cuello. La asió con fuerza. En la penumbra, vi su puño aferrarse a la crucecita, vi cómo sus nudillos se tensaban. Ariana, a mi lado, ni siquiera respiraba. Yo también contuve el aliento. Como si las fuerzas de las tres estuvieran concentradas en ese puño cerrado alrededor del crucifijo. Hasta que Pepita profirió un grito quedo.

La fina cadenita de oro, rota, resbaló por su pecho, cayó sobre sus nudillos, pálidos de tanto apretar la cruz. Bajó el brazo, sin abrir la mano.

—Ya ves, Pepita, incluso Dios te abandona por lo que hiciste.

Lo dije yo, y fue un golpe bajo, muy ruin. Pepita empezó a temblar. Desnuda, desprotegida sin su amuleto, era como una hoja seca que se bambolea con el viento, sabiendo que no tiene ya fuerzas para agarrarse a la rama y que caerá, muerta y reseca, al suelo.

—No fue culpa mía, señorita, le juro que no fue culpa mía.

No tuvo tiempo de terminar la frase, las últimas palabras se entreveraron con los primeros sollozos. Su figura, pequeña y oscura, se encorvó aún más, parecía una anciana perdida bajo el gran marco de madera de la biblioteca. Era la primera vez que la veía llorar. Quizá hasta entonces le había bastado aferrarse a esa cruz para retener las lágrimas, para sacar fuerzas de flaqueza y seguir adelante. Y supe que esas lágrimas que ahora peleaban por salir de sus ojos, en desbandada, eran densas, muy densas, porque llevaban mucha infelicidad, mucha soledad, quizá también mucho remordimiento condensado en ellas.

# CAPÍTULO 38

Cogí a Pepita del brazo, su puño aún cerrado alrededor de la cruz, la cadena rota colgando de un extremo, y la obligué a sentarse en la butaca de papá, frente al escritorio. Ahora ella era la única figura iluminada por la luz de la lamparilla, Ariana y yo de pie al otro lado de la mesa, envueltas en sombras. Pepita seguía sollozando, le puse delante una caja de pañuelos de papel. Esa era toda la piedad que pensaba tener con ella. Me esforcé para que mi voz fuera dura, fría, para que no temblara ni mostrara emoción alguna.

—¿Qué le pasó a mi madre?

Pepita, encogida en la gran silla de papá, parecía una pálida figura de cera. Los pies no le llegaban al suelo ni la voz a la garganta. Movió los labios, pero no consiguió articular ningún sonido. Repetí la pregunta lentamente, dejando que cada palabra resonara en el silencio de la biblioteca:

—¿Qué le pasó a mi madre?

Buscó mi cara en la penumbra, la boca entreabierta, pero siguió en silencio. Ariana se acercó al buró y tomó el mando del interrogatorio.

—Viste la carta con el sello de París, una carta personal para el abuelo, la dirección escrita de puño y letra. Y supiste enseguida que era de la abuela, ¿verdad?

Pepita se sonó la nariz y asintió, Ariana prosiguió.

—A la primera oportunidad que tuviste, buscaste la carta, daba igual que mi abuelo la hubiera guardado en un cajón cerrado, tú sabías cómo abrirlo. —Mientras hablaba, con un gesto teatral sacó de la figurita china la pequeña llave y la hizo bailar frente a la nariz de Pepita—. Leíste la carta, el mensaje era claro, la abuela Elena no se andaba por las ramas: quería el divorcio y ver a su hija, ejercer de madre. Y entendiste rápidamente el peligro: te habías dedicado en cuerpo y alma a desempeñar la función de madre sustituta, pero este papel se te acabaría rápido si la verdadera regresaba. ¿Qué ibas a ser tú entonces? Una simple chica del servicio, la vieja niñera, solo eso.

—Pensé que... —A Pepita le falló la voz, tuvo que empezar de nuevo—. Pensé que el señor le pararía los pies, que él sabría cómo hacer para que ella no viniera. Estábamos bien, y usted, señorita, era feliz. ¡No podíamos permitir que esa mujer viniera a estropearlo todo! La señora Elena jamás estuvo centrada, nunca supo estar en su sitio, y tras tanto tiempo en París a saber qué ideas locas traía en la cabeza. ¿Y si le contaba la verdad sobre su padre? A ella quizá le daba igual que todos lo supieran, que usted dejara de ser la heredera de los Planadevall; con tal de

separarla del señor y tenerla a su lado esa mujer podía ser capaz de todo, pero yo no iba a permitirlo, no podía dejar que esa loca del torreón, esa mujer egoísta que la había abandonado, volviera y causara tanto daño. Confié en que el señor y sus abogados sabrían lo que debía hacerse, ellos eran hombres de mundo y de leyes, yo no. Pero esa misma noche...

Rompió en sollozos otra vez, tuvo que ser Ariana quien continuara.

—Esa misma noche el abuelo llamó a París. Y le dijo que estaba de acuerdo, que podía venir y hablar con mamá, que aceptaba concederle el divorcio. Y tú, por supuesto, no pudiste evitar oírlo.

No dijo que no, ya no negaba nada. Solo intentaba justificarlo todo.

—Enloqueció el señor, enloqueció completamente. —Costaba entenderla entre hipos—. Habló con la señora Elena sentado aquí mismo, desde este teléfono, como amigos, incluso le pidió perdón por todo lo sucedido durante el matrimonio. ¡El señor pidiéndole perdón a ella, dónde se ha visto! Yo no daba crédito a lo que oía, señorita, eso no era propio de él. Y, por si no fuera suficiente, le dijo que viniera aquí, a casa, que estaría a salvo de habladurías, no se le ocurría mejor sitio para el reencuentro. Un jueves, cuando nosotros, los del servicio, estaríamos fuera. ¡Ni siquiera iba a permitirme estar presente, defender mi puesto en esta familia! Por la espalda; después de tanto sacrificio, el señor iba a apuñalarme por la espalda. Yo saldría por la mañana y a mi vuelta esa mujer estaría sentada en el salón con usted, señorita, contándole milongas de aventuras de París, de viajes y de fiestas, a saber qué historias traería, mientras yo me iría a la cocina a organizar la cena. —Se detuvo un momento a coger aire, y con el puño aún cerrado, la pequeña cruz todavía encerrada en él, golpeó con rabia la mesa—. ¡Era injusto, muy injusto! Ella ya tenía su vida en París, la vida que ella había elegido. Lo mínimo que podía hacer era dejarnos vivir la nuestra en paz.

—Y decidiste solucionarlo por tu cuenta.

—¿Yo? ¡No! ¿Cómo iba yo a solucionarlo? Pero tenía que hacer algo. Y entonces oí que el señor volvía a hablar por teléfono.

—¿Con quién? —pregunté impaciente.

—Con la abuela de usted, con doña Amelia. Discutieron, el señor llegó a decir que ni doña Amelia ni yo éramos suficiente para cubrir el lugar de una madre. Me dio mucho coraje oír eso, créame, señorita, si le digo que esa mujer no habría cuidado de usted como lo hicimos nosotras dos, cada una a nuestra manera. Y el señor lo sabía, que eso es lo que más me dolió, que cuando la señora Elena estaba en casa él no hacía más que decir que esa mujer solo servía para libros y filosofías y tonterías por el estilo, y no para ser esposa y madre, que es lo que le tocaba. Y que Dios me perdone, pero el señor mintió cuando doña Amelia le preguntó si iba a pedirle el divorcio, dijo que no, pero yo sabía que sí, porque en su carta lo dejaba muy claro, decía que tenía incluso abogados, pero que si se ponían de acuerdo sería más fácil. Cuando colgó estaba satisfecho, supongo que creía que hacía bien engañando a doña Amelia. Pero yo sabía que no, porque era una mujer de muchos principios, y muy rectos y buenos. Estuve dándole vueltas toda

la noche. Yo no era más que una empleada, no sabía lo que tenía que hacerse, pero doña Amelia sí, ella sí sabría...

—¿Hablaste con mi abuela?

Pepita asintió lentamente, la vista fija en el puño cerrado sobre la mesa.

—¿A quién más podía acudir si no, señorita? Siempre me había intimidado doña Amelia, tan erguida y tan señora que era, pero en esto teníamos que ser aliadas.

La llamó a la mañana siguiente, a S'Agaró. La abuela Amelia escuchó en silencio. Pepita le contó la conversación entre papá y mamá, cómo papá había pedido perdón por los maltratos, le leyó la carta, la abuela le hizo repetir el párrafo que hablaba de divorcio.

—¿Sabes si volvió a llamar a París después de hablar conmigo? —preguntó al fin.

—No, doña Amelia. El señor pidió un whisky y se fumó un puro, es todo lo que hizo.

Mi abuela guardó silencio. Se dio cuenta de que su hijo la había engañado. Y eso debió de enfurecerla aún más.

—Doña Amelia, esa mujer puede hacer mucho daño. A la familia y a la niña.

Pepita ignoraba si mi abuela estaba al corriente de la paternidad de Gabriel, así que no entró en detalles. No hizo falta, mi abuela olfateaba el peligro a la legua. Supo que, si ella no intervenía, el desastre estaría servido.

—Tengo que hablar con esa mujer antes de su encuentro con mi hijo. Que se olvide del divorcio y de ver a la niña, solo faltaría que, tras tantos desvelos, tuviéramos que dejarla en manos de esa mujerzuela. Aunque estoy segura de que la muy pelandusca lo único que quiere es dinero. Mi hijo es capaz de darle un cheque, esa sabía cómo tocarle la fibra, pero a mí no me sacará ni una perra chica.

Pepita respiró tranquila, doña Amelia se encargaría de solucionarlo, pero había un escollo: era difícil que mamá accediera a tener esa conversación con su suegra, aunque la abuela viniera a Barcelona.

—Pero yo quizá podría llevarla a S'Agaró. Bueno, engañándola, claro —dijo Pepita, justo un instante antes de darse cuenta del lío en que podía meterse—. Usted, doña Amelia, me defenderá si el señor se entera y quiere echarme, ¿verdad?

—Estate tranquila. Si la traes a S'Agaró, la convenceré de que regrese a París, sin ver a la niña, y sin escándalos, seguro que encontraremos un acuerdo en el que todos salgamos ganando. Y mi hijo ni se enterará. Esperará todo el día en casa, en vano, y aquí paz y después gloria.

Pepita levantó la mirada de su puño cerrado, la cruz prisionera dentro, me imaginé las puntas clavándose en la palma de la mano, a modo de cilicio penitente. Me miró con los ojos aún bañados en lágrimas.

—Llamé a la señora Elena por teléfono, le dije que había visto la carta, que yo podía recogerla en el aeropuerto, acompañarla al hotel y así podíamos aprovechar para hablar. Ella quería saber cosas de usted, le conté que jugaba al tenis, lo admiradora que era de ese tenista de entonces, ¿cómo se llamaba?

—John McEnroe.

—Sí, ese, y ella me dijo que aquel mismo verano le había visto jugar una final en París, que podrían hablar de eso. Imagínese, ¡no solo sabía quién era, sino que le había visto en persona! Me dio las gracias, necesitaba saber ese tipo de cosas para poder tener una conversación con usted, que al principio sería difícil, me dijo. Y que le sabía mal porque el jueves era mi día libre, pero que si podía estar con ella un par de horas antes de venir aquí, a casa, le haría un gran favor. Y me agradeció muchas veces las fotografías, que me hubiera arriesgado a enviárselas, pero que a partir de ahora ya no sería necesario, me dijo, que ya las haría ella. Y que yo quedaba liberada de mi promesa, que podía irme incluso de esta casa si quería, porque ella iba a cuidar de usted.

Pude imaginarme perfectamente la punzada de dolor que eso debió de provocarle. Mi verdadera madre reaparecía y recuperaba su puesto, el único que Pepita quería, el puesto al que ya se había acostumbrado y consideraba propio y justo. Y yo, con dieciocho años, no necesitaba ya niñera. Una de las dos sobraba.

Puse la mano sobre su puño. Estaba frío.

—Mi madre quizá fue poco sensible al hablarte así. Pero que sepas que, allí en París, se refirió a ti como una amiga.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Con la mano libre cogió un pañuelo y se sonó ruidosamente.

—Le juro, señorita, que dudé hasta el último momento, que fui al aeropuerto sin saber qué hacer. Le había prometido a doña Amelia que intentaría llevar a la señora Elena a S'Agaró, pero a la vez sentía que hacía mal. ¿Y si íbamos hasta allí y doña Amelia no lograba convencerla de que se volviera a París? Yo iba a estar en un buen lío, iba a ser el chivo expiatorio de toda esa historia. Me levanté temprano, la cocinera había dejado listo el almuerzo para dos. Cuando me fui, usted se había marchado ya a la universidad, dejé al señor leyendo el periódico en ese sillón de ahí. Le dije que cogía el coche, que aprovecharía para hacer recados. Accedió, por supuesto, lo que fuera con tal de que me marchara y no regresara hasta la noche. Estaba claro que no iba a contarme nada, que a mí también, como a doña Amelia, quería ponerme... ¿Cómo ha dicho antes el señor?

—Ante hechos consumados.

—No le importábamos nada, ni doña Amelia ni yo, ni siquiera usted. —Pepita había dejado de llorar, su voz iba adquiriendo un ligero tono metálico—. Al señor solo le importaba esa mujer, que ya era una extraña para esta familia. Una pecadora, una adúltera que solo había traído vergüenza y desgracia. Yo no sé de leyes, pero seguro que no tenía derecho a regresar, en cambio él parecía aceptarlo sin oponer resistencia. Tantos años sin haberse vuelto a ennoviar, con todas las mujeres que le iban detrás, yo sabía que era porque aún estaba enamorado de la señora Elena, cuando lo único que ella merecía era que el señor la despreciara. Iba a dárselo todo, lo que ella pidiera, incluso a usted. Pensé que, como él sabía que en realidad usted no era hija suya, quizá le daba igual, ya me entiende..., quizá incluso aceptaría que ese otro hombre ejerciera de padre,

imagínese, ¡cómo iba yo a permitir eso! No nos lo merecíamos, señorita, nosotras no nos merecíamos esto. Ni usted ni yo.

Me quedé sorprendida de mi propia ceguera. Nunca me había planteado qué habría supuesto para ella que mamá regresara. A menudo me había preguntado qué habría sido de mí sin Pepita, pero jamás me había parado a pensar en qué habría sido de Pepita sin mí. Para ella, cuidar de mí no era un empleo, para ninguna madre lo es. Los humanos somos como las peonzas, giramos sobre un eje alrededor del cual gravita el resto de nuestra vida. Yo era el eje de Pepita. Y una peonza sin eje ya no puede girar, no sirve. No es más que un juguete roto.

—Y el señor no me hizo ni un simple comentario... Solo cuando ya me iba me dijo que quizá, cuando volviera por la noche, me encontraría con una sorpresa. Eso fue todo.

Me imaginé a papá sentado en ese sillón, ahora en penumbra, viendo marchar a todo el servicio, asegurándose de quedarse solo, dispuesto a esperar a que sonara el timbre.

—¿La sorpresa será buena o mala? —le preguntó Pepita, ya con el abrigo puesto y las llaves del coche en la mano, por ver si papá soltaba prenda.

—Eso nunca se sabe —contestó él sin levantar la vista del periódico—, la vida es muy extraña y da muchas vueltas.

Pepita se fue al aeropuerto, llegó justo cuando anunciaban la llegada del vuelo procedente de París. Se colocó frente a la puerta por la que salían los viajeros, en primera fila de los que esperaban. Hacía quince años que no veía a mamá, pero estaba segura de que la reconocería.

—Y la reconocí, sí, pero ¡válgame el cielo, lo que había cambiado! Era completamente francesa, la manera como vestía, sus movimientos y sus gestos, incluso la forma en que fumaba, no sabría explicárselo, pero es que no podías dejar de mirarla. En esos años todas las mujeres llevaban el pelo largo con cardados y permanentes, ¿se acuerda? Pues ella lo llevaba corto, siempre quiso ser distinta. Y bien que le quedaba, he de reconocerlo. Por entonces usted, señorita, tenía en su habitación un tablón, recortaba fotografías de modelos que salían en las revistas y las colgaba allí con chinchetas, decía que era para que le sirvieran de guía, porque quería ser tan elegante como ellas, ¿se acuerda?

—El corcho de las musas, lo llamaba.

—Pues la señora Elena parecía recién salida de ese corcho. ¿Cómo no iba usted a prendarse de ella si era como esas mujeres de las revistas? —Bajó aún más el tono, y en un susurro casi inaudible añadió—: A su lado, yo solo parecía eso, lo que era, la criada, la vieja niñera, nada.

Tenía razón: me habría embobado con mi madre, me bastaban las fotos que me había dado Gabriel para saberlo. Y ella, Pepita, también lo sabía, y por eso había sufrido tanto. Y había seguido sufriendo mientras entre las dos metían las maletas en el coche, tan pesadas que tuvo claro que mamá no venía solo para una visita rápida. Camino al hotel, la recién llegada, entusiasmada como estaba, habló de sus planes conmigo, de los viajes que íbamos a hacer juntas, de lo mucho que iba a gustarme París y sus amigos, gente divertida, intelectuales y faranduleros. Mientras hablaba, fumaba sin parar y exhibía una desenvoltura que intimidó a Pepita. La

escuchaba horrorizada, no solo iba a separarla de mí, sino que iba a echarme a perder, toda mi esmerada educación iba a irse al traste, no se le ocurría ningún ejemplo peor para mí.

—La niña ha empezado Derecho en la universidad —protestó tímidamente—. Ahora tiene que centrarse en sus estudios, no tendrá tiempo para viajar.

—¿Derecho, has dicho? ¡Es genial!, llevo días pensando que este país está en un buen momento para impulsar el movimiento feminista. Yo he colaborado con varias asociaciones en Francia, organizábamos manifestaciones y protestas en la universidad y en la calle, puedo aportar muchas ideas, experiencia, ¿y qué mejor que una hija universitaria y futura abogada para ayudarme?

Fue la gota que colmó el vaso. Pepita detuvo el coche en una esquina, en doble fila, a tres manzanas del hotel.

—Señora, tengo que confesarle algo. El señor se ha marchado con la niña a S'Agaró, no quiere que la vea. Me pidió que la llamara para asegurarse de que iría a casa. Allí la esperan unos abogados, quieren hablar con usted.

—¡Será malnacido! *Ah, tu, trou de cul!*

La pobre se hizo cruces de lo estúpida que había llegado a ser, con razón le había sorprendido la fluidez de la conversación telefónica, la facilidad con que papá había accedido a sus peticiones. ¿Cómo no había sospechado cuando él había propuesto que el encuentro fuera en casa?

—Pero si quiere, puedo acompañarla en coche a S'Agaró. Es mi día libre, no tengo nada más que hacer.

Mamá aceptó enseguida, ignorando que papá la esperaba leyendo en el sillón de la biblioteca y que el embuste empezaba justamente ahora. Ni siquiera quiso pasar por el hotel para dejar maletas, quizá tendría que buscar alojamiento en S'Agaró. Ni, enfadada como estaba, tampoco se preguntó por qué Pepita se jugaba el puesto de trabajo ayudándola de esta manera. La alegría inicial de mamá se transformó por el camino en irritación, ya veía venir una escena de gritos. Pero eso no la amedrentó, había esperado demasiado para ahora echarse atrás. Llegaron a S'Agaró a última hora de la mañana. Desde lejos, mamá divisó la casa.

—¡El torreón! Era el único lugar donde me sentía a gusto. La loca del torreón, me llamaban esas criadas tontas, la familia quizá también. Lo sabía, pero me daba igual. Fuera de esa torre, con esa vieja insoportable controlando todo lo que hacía, era donde de verdad me volvía loca.

El coche de Pepita enfiló hacia la urbanización, pasaron por delante del hostal de la Gavina, mamá lo contempló con la nariz pegada a la ventanilla.

—Está todo igual, en cualquier momento saldrá Liz Taylor por esa puerta.

Y se quedó callada, quizá pensando en que fue con ella, en la cala de la Conca, donde muchos años antes empezó esa historia a la que ahora iba a ponerle punto final. Llegaron a casa, les abrió Roberto, el mayordomo. Hizo pasar a mamá al salón, le dijo que esperara allí, que iba a anunciar su visita, pero se guardó mucho de decir que era a doña Amelia a quien iba a buscar. Me imaginé

a mamá sola en esa habitación esperando a que yo apareciera. ¿Qué piensa una madre cuando está a punto de reencontrarse con su hija tras quince años de ausencia? No lo sé, pero intuía lo largos que se le hicieron esos minutos, los nervios de la espera. Al menos, eso es lo que yo habría sentido si hubiera estado aguardándola a ella. Pepita se quedó fuera, esa conversación no era cosa del servicio.

—Pero lo oíste todo, ¿a que sí? —la azuzó Ariana.

—En realidad, también lo vi —confesó Pepita—. Me escondí en la habitación del billar, la puerta estaba entrecerrada y podía ver parte del salón. La casa estaba tan silenciosa que tuve miedo de que oyeran mi corazón, de lo rápido que me latía. Pensé que la señora Elena se sentaría en alguno de los sofás, pero no, iba de un lado para otro, se la notaba nerviosa, y como no venía nadie se fue hacia la escalera del torreón, oí sus pasos subiendo por ella, desde donde estaba no podía verla. Oí cómo llegaba arriba e intentaba abrir la puerta, la sacudió con fuerza, pero estaba cerrada con llave. Y justo entonces, mientras zarandeaba la puerta allí en lo alto, llegó doña Amelia, seria, erguida como iba siempre ella. Y dijo: «Vaya, parece que la loca quiere volver a su escondrijo», solo eso, con esa voz suya, que resonó por todo el salón.

Sí, recordaba perfectamente la voz de la abuela Amelia: sólida, como un mineral, no necesitaba gritar para intimidarte. Pude oírla en el silencio del salón, doblando como una pesada campana.

Pepita volvía a sollozar, yo aún tenía mi mano sobre su puño frío.

—¿Qué pasó? Discutieron, me imagino.

Negó con la cabeza. Lágrimas cada vez más gruesas resbalaban por sus mejillas. Ariana, que había estado en silencio todo este tiempo, me agarró por el jersey. Las dos sabíamos que tocábamos ya la verdad con la punta de los dedos. Los míos apretaron la mano de Pepita. Habíamos llegado las tres hasta allí, y ya no podíamos salir corriendo.

—No discutieron, no hubo oportunidad. Supongo que la señora Elena se asustó al oír a doña Amelia, no era esa la voz que esperaba. Debió de girarse rápido, un gesto brusco en lo alto de esa maldita escalera, tan empinada y con esos escalones tan estrechos que no te dejan poner bien los pies. Perdió el equilibrio, oí el grito y enseguida el ruido del cuerpo rebotando escaleras abajo, un buen tramo. Quedó tendida, inmóvil, la cabeza unos escalones por debajo, la camisa remangada, había perdido un zapato. Doña Amelia se quedó paralizada en mitad del salón. Yo en cambio corrí hacia la escalera, y también Roberto, que entró al oír el grito. La señora Elena tenía los ojos abiertos, parecía mirarme, pensé que estaba viva. Pero cuando me arrodillé a su lado vi que de su boca salía un hilo de sangre. Roberto le tomó el pulso, pero no tenía. Estaba muerta.

Noté los dedos de Ariana retorciendo con fuerza la punta de mi jersey. Retiré la mano que cubría el puño de Pepita, no quería tener contacto con su piel. Ella, en un gesto reflejo, quiso cogérmela, no quería perderme. Y en ese gesto abrió la mano. La pequeña cruz cayó sobre el escritorio. Antes de que Pepita pudiera recuperarla, la cogí y, con rabia, la lancé al suelo, lejos, allí donde la oscuridad impedía verla. Que se jodiera.

—Quizá te ha protegido de los remordimientos todos estos años, pero ya no más.

—Tranquila, mamá.

Ariana pasó su brazo por mi cintura, Pepita seguía llorando.

—¿Qué hicisteis con ella?

Por un momento temí que la hubieran enterrado en el jardín, que yo hubiera estado paseando por encima de sus huesos, o que el colorido parterre de verbena enroscara sus raíces en ellos. Pero no, mi abuela no la quería en casa, ni siquiera muerta.

—Doña Amelia nos mandó coger uno de esos sacos grandes que los albañiles que trabajaban en el porche usaban para sacar escombros. Fue fácil meter a la señora dentro, envuelta en un par de sábanas, porque el saco era grande y ella menuda. Nos mandó poner unos cuantos ladrillos antes de atarlo con unas cuerdas, para que no se viera lo que había dentro. Cuando hube limpiado la sangre del suelo, hizo venir a Genís, el masovero. Le pidió que buscara a alguien con barca, uno de sus amigos pescadores de Sant Feliu, de confianza, que pagaría bien por salir a la mar. Genís no preguntó, ya sabe que siempre obedece sin chistar. Él y Roberto cargaron el saco en el coche, volvieron tres horas después.

—¿Tirasteis el cuerpo de mi madre al mar? ¿Dónde?

—Doña Amelia pidió que fueran mar adentro, pero que se aseguraran de que se viera bien el torreón. Fue bonito por su parte, supongo que quiso que descansara frente a la torre que tanto amaba.

Conociendo a mi abuela, seguramente quiso que mamá se hundiera frente al símbolo del poder de los Planadevall. En todo caso, lo que pensara la abuela era un detalle que no tenía ya la menor trascendencia. Mi madre estaba muerta, enterrada bajo ese azul centelleante, así que nada tenía ya importancia. Bueno, había un detalle que sí la tenía, al menos para mí.

—¿Lo sabe mi padre?

—No. Doña Amelia nos hizo jurar a Roberto y a mí que jamás se lo contaríamos a nadie. Y al señor, menos que a nadie.

Cuando esa noche Pepita regresó de S’Agaró, yo estaba en mi cuarto, papá estaba viendo la televisión, el almuerzo para dos intacto en la cocina.

—¿Y la sorpresa, señor? —le preguntó Pepita intentando que no le temblara la voz.

—La sorpresa es que no hay sorpresa. Una lástima, creo que habría hecho feliz a Carolina.

—¡No me diga que iba a traerle un perrito!

—No, Pepita, no iban por ahí los tiros.

Eso fue todo. Lo absurdo del accidente, la vuelta a la cotidianidad esa misma noche, el mutismo durante tantos años, todo me producía un escalofrío. A mi hija también, supongo, porque nos quedamos las dos en silencio, solo lo rompía Pepita con el tenue rumor de sus sollozos, ahogados, apenas audibles. Incluso cuando llora consigue pasar inadvertida, es una cualidad que ha cultivado con el tiempo. Como el de guardar secretos. Me pregunté cómo había podido vivir con esta culpa dentro, si había llorado mucho por mi madre. Y enseguida me

respondí que no. Ni siquiera ahora lloraba por ella. Lloraba porque yo había apartado mi mano de la suya, lloraba porque sabía que nada volvería a ser igual entre nosotras. Y tenía razón.

—Y, por cierto, si tanto odiabas a mi madre, ¿por qué le mandabas la fotografía de mi cumpleaños?

Pepita levantó la vista, la fijó en mi cara. Dejó de llorar. En lugar de lágrimas, su voz se tiñó de un ligero tono de orgullo, de altivez incluso.

—Le había prometido que cuidaría de usted. Le envié las fotografías para que supiera que estaba cumpliendo con el encargo, que yo era perfectamente capaz de sustituirla.

Sus palabras quedaron flotando en la oscuridad de la biblioteca, el haz de la lamparilla solo iluminaba a Pepita. Siempre había sido al revés, nosotras en la luz, ella en las sombras, quizá por eso nunca había levantado sospechas. Si papá no recuperaba el conocimiento, nunca sabría la verdad, se iría de este mundo pensando que yo le creía culpable. Por muy poco, una pena.

Sonó el timbre de la calle, debía de ser el médico. Pepita hizo el gesto de levantarse de la silla. La detuve secamente, la empujé hacia atrás obligándola a sentarse de nuevo.

—Abriré yo. Tú ya no formas parte del servicio de esta casa.

—Pero el señor... —intentó protestar.

—Él tampoco te necesita. —Mi voz resonaba en la penumbra de la biblioteca—. Se acabó. Recoge tus cosas y vete.

Me daba igual que hubiera confinamiento, la quería fuera de esta casa. Ariana me cogió de la mano, me llevó hacia el pasillo, yo la seguí. Pero antes hice un pequeño y último gesto.

Alargué la otra mano hasta el interruptor de la pequeña lamparita de pantalla verde y apagué la luz. Dejé a Pepita sola en la biblioteca, completamente a oscuras.

Un gesto absurdo e innecesario. Por eso, precisamente, fue cruel. En esta historia, ni siquiera yo podía ser del todo inocente.

# CAPÍTULO 39

Y sigo aquí, como al principio, sentada junto a la cama de mi padre. Es domingo por la mañana y, contra todo pronóstico, él sigue respirando, la máscara de oxígeno sobre su cara, los ojos cerrados. Hace horas que ya no sé si me oye ni si nota mi mano en la suya, pero no he querido soltársela, quiero que mis dedos sean lo último que le ate a este mundo. Un mundo que se ha vuelto extraño. Un mundo que, ahí afuera, se repliega, se recluye en sus casas. Se confina.

Aislamiento, nada que a nosotros, los protagonistas de esta historia, nos sea ajeno. Llevamos años encerrados en nosotros mismos, en nuestros silencios y en nuestras apariencias. Papá, prisionero de sus remordimientos. Mi madre, cautiva en una vida que no era la soñada. Pepita, esclava de su mentira y de su lealtad mal entendida. Gabriel, recluido en su soledad. También yo he pasado demasiadas horas haciendo recuento de mis pérdidas, más pendiente de lo que me faltaba que de lo que tenía.

Ayer por la tarde, cuando fui a abrir la puerta, no era el médico quien llegaba, sino el sacerdote. Pepita, en lo que sería su último servicio a mi padre, había decidido llamarle para que viniera a administrarle la extremaunción. Me pareció bien: ya que poco podíamos hacer por su cuerpo, mejor centrarnos en su alma. No quise estar presente, mi hija y yo nos quedamos fuera, en el silencio del pasillo. Desde el dormitorio nos llegaba apenas el murmullo de la voz del capellán. «Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad...»

—Amén —dije en un susurro.

Ariana no hizo ni caso, a ella solo le interesa lo terrenal.

—¿Vas a contárselo al abuelo?

Supongo que debía contestar que sí, que por supuesto. Si yo había ido en busca de Gabriel, si durante tres semanas me había sentado en su sofá, si había aguantado frente a mí el ir y venir de su balancín, había sido solo para averiguar la verdad y poder contársela a mi padre. Para que se fuera tranquilo de este mundo, sabiendo que ya nadie le creía culpable de la desaparición de su esposa. Este era mi objetivo.

—No, Ari, no se lo diré.

Eso respondí, porque ahora sé que a mi padre la verdad no le interesaba lo más mínimo. Me di cuenta ayer. Aún me estremece la virulencia con la que me aseguró que Gabriel era el único responsable de la muerte de mi madre. Siento todavía la fuerza de sus dedos agarrados a mi brazo, su voz suplicando que le creyera segundos antes de que los pulmones le fallaran. Estaba

ahogándose, y aun así insistía. Le daba igual que los demás le consideraran culpable, solo quería que yo le dijera que sí, que sabía que Gabriel era un asesino, y que le odiaba tanto como le odiaba él.

—¿En serio no vas a decírselo? —Mi hija me miró atónita—. Pero ¿por qué?

—Porque saber la verdad no siempre es lo que más nos conviene.

Al fin y al cabo, en esta familia ya no nos viene de un silencio.

Se fue el capellán, también Ariana, vino el médico. Me quedé con papá a solas unos minutos, le dije que le quería, que no tenía más padre que él. Eso fue todo, confío en que me oyera, que me entendiera. Luego, una sucesión de horas oscuras, su habitación en penumbra, mi padre ya bajo los efectos de la sedación. No he dormido, quiero estar despierta en el momento del adiós definitivo. Tampoco creo que pudiera pegar ojo, mi cabeza es un torbellino. Veo la escalera del torreón, veo el mar azul que se extiende frente a nuestra casa. Y veo la imagen de Pepita en la biblioteca. Sus ojos llorosos, su figura empequeñecida, su cuello desnudo sin la cruz. Es la última imagen de ella, un instante antes de que yo apagara la luz y se fundiera con la oscuridad. Nunca pensé que nuestra despedida fuera a ser así. Ha llamado a la puerta del dormitorio de mi padre antes de irse, pero no le he dado permiso para entrar. No he podido, no tenía nada que decirle. Quería que se marchara, pero he sido incapaz de decirle adiós. Le he pedido a la enfermera que saliera ella al pasillo, que le dijera que podía irse, que ya no tenía nada que hacer en esta casa. La mujer, extrañada, se ha levantado de su silla y se ha deslizado fuera de la habitación. He oído sus voces, la de Pepita apenas audible. Al regresar, la enfermera me ha entregado una cajita. Dentro había una medalla con mi nombre y la fecha de mi nacimiento grabados en ella. La medalla que mi madre lucía siempre, la única joya que se llevó a París. Iba a colgármela al cuello, pero de repente he visto a Pepita arrancándosela a mamá, ya muerta, a los pies de la escalera del torreón. Y tengo la convicción de que durante estos años, a solas en su dormitorio, se la ha puesto para sentirse quien no es. Y ya no he podido colgármela, sé que jamás seré capaz de hacerlo. Hace un rato he decidido que la pondré en la palma de la mano de mi padre, le cerraré el puño, le enterraré con ella. Él se la regaló a mamá por mi nacimiento, y la medalla lleva mi nombre. Es un símbolo de la familia que nunca conseguimos ser. Aun así, me gusta pensar que mi padre descansará bajo tierra con un pequeño recuerdo de ambas.

La noche ha sido muy larga, pero todo tiene un fin. Hace un par de horas, el tímido sol de marzo ha empezado a colarse por las rendijas de las persianas. Siempre, en todo, hay rendijas, es cuestión de tiempo que un haz de luz se cuele por ellas y nos obligue a mirar la realidad a la cara. Esa poca luz hace que papá se vea aún más pálido, es un cadáver antes de serlo. Esa manía suya de ir siempre por delante, de avanzarse a todo y a todos, también a la muerte... Quizá yo debería hacer algo para evitar que entre el sol, sé que a él le molestaría, siempre ha querido que la casa estuviera en penumbras. Él, que de puertas afuera ha vivido a plena luz, interiormente se ha movido entre tinieblas, solitario en este piso que se le fue haciendo cada vez más oscuro, más pesado, más triste sin mi madre. A ella, en cambio, se le abrió el mundo sin él. «Que la libertad

sea nuestra propia sustancia», dijo Simone de Beauvoir. No sé dónde he leído esa frase, me suena que algún autor, a falta de ingenio propio, la utilizó como cita para encabezar su novela. No recuerdo que me impresionara cuando la leí, ni siquiera la entendí. Hoy, en cambio, al recordarla sonrío. Mamá estaba hecha de libertad. Quizá debería pensar en mí misma no como el resultado de una infidelidad, sino de la rebeldía. Hay cosas que pueden ser a la vez terribles y hermosas, depende de cómo nosotros queramos verlas.

La respiración de papá es irregular, desacompasada, torpe, como los pasos de un niño que justo empieza a andar. Por un momento desligo mis dedos de los suyos, necesito levantarme, estirar las piernas. Deambulo por el dormitorio, dejo que los finos haces de luz se claven en mi vientre, en mi pecho, como agujas en el acerico. Miro el polvo en suspensión que flota en ellos, los restos del derrumbe. Hay una manera fácil de hacerlo desaparecer: abrir las ventanas, que el sol se adueñe por fin de esta habitación, que entre el aire frío de la mañana. Me acerco a los cristales, pero no me atrevo a subir la persiana. No mientras mi padre esté vivo. Detrás de esta ventana está el jardín, verde y frondoso. De pequeña, bajo esos árboles tenía un columpio. No sé por qué, tras tantos años, me ha venido ahora a la memoria.

—Papá, no te enfades conmigo, pero no llevaré luto mucho tiempo —le susurro de vuelta junto al cabezal de su cama—. Te echaré siempre de menos, pero quiero empezar de nuevo. Necesito salir, disfrutar, reír. Y no puedo hacerlo envuelta en negro.

Sí, lo he decidido, guardaré luto el tiempo mínimo. Luego, desempolvaré del armario mis vestidos alegres, me los pondré para ir a cenar, a bailar, cuando nos dejen salir de nuevo. Gerard me debe una cena, empezaremos por ahí. Me ha llamado hace un rato, es bonito saber que se preocupa por mí. También me ha llamado Ariana. Como siempre, para llevarme la contraria. Aunque, por una vez, he agradecido su espíritu de contradicción.

—Mamá, ¿dónde dejaste ese vestido negro que me compraste?

—Ya no hace falta, hija. En el entierro estaremos solas tú y yo, ponte lo que quieras.

—¿Y a mí qué más me da la gente? Si me lo pongo es por ti y por el abuelo. Y sois justamente los dos que vais a estar.

El vestido lleva dos semanas metido en una bolsa en el fondo de mi armario. Estará muy arrugado, pero qué más da.

—Gracias, Ari.

—Y oye, he estado pensando... La herencia del abuelo es mucho dinero, ¿verdad?

—Sí.

Por un momento he creído que iba a pedirme algo, un coche nuevo quizá. Pero no.

—¿Y si creas una fundación para pagar estudios a chicas sin recursos? La abuela Elena no pudo ir a la universidad, pero tú podrías dar becas en su nombre. Creo que a ella le habría encantado. Puedes llamarla Fundación Elena Ribé.

Así, de repente, la idea me ha pillado por sorpresa. Pero cuanto más lo pienso, más me gusta. Tiene algo de maquiavélico eso de usar el dinero de los Planadevall para honrar la memoria de

mi madre, pero, al fin y al cabo, se lo debemos, y esto es lo único que puedo hacer ya por ella. Lo iremos perfilando mi hija y yo. Quiero que las dos estemos juntas en esto.

—Mamá, y a Gabriel, ¿vas a contárselo?

Supongo que sí, que le llamaré y se lo contaré. Me digo a mí misma que tengo que hacerlo, que no habría llegado hasta la verdad sin él. Pero sé que, en parte, es una excusa para seguir en contacto con él. Y, a la vez, quiero que sepa que mi padre no tuvo nada que ver con la muerte de mi madre. No he hecho lo mismo a la inversa, lo sé, frente a papá no he liberado a Gabriel de la sospecha. Eso significa que no soy ecuánime, que tengo mis preferencias. Y es cierto, todos las tenemos. Pero es complicado mantener el equilibrio entre dos progenitores. Bueno, hay quien hace tiempo que ha de bregar con eso.

—Oye, Ari —le he dicho antes de que colgara—, nos confinan quince días, quizá más. No pasa nada si prefieres pasarlos en casa de tu padre.

—¿Con Lola Chunny? Ni hablar, esa no es una coneja, es una auténtica cabra. Yo me quedo en casa contigo, pero a Rocco lo saco yo, ¡eh!

—¡Ah, no! Lo sacaremos por turnos, que yo también querré salir.

Es verdad, quiero salir. Ahora que nos encierran a todos, a mí me entran unas ansias irrefrenables de abrir ventanas, sacar la cabeza y respirar, pisar las aceras, andar sin rumbo por la ciudad. Y voy a hacerlo, aunque no se pueda. Aunque deambule sola por las calles. Hasta que me den el alto y me obliguen a regresar a casa. Yo también tengo derecho a encabezar mi pequeña, particular rebelión.

Al final, mira por dónde, resultará que sí soy una Ribé.

# Agradecimientos

Escribir es un acto solitario, pero requiere de la colaboración —y comprensión— de mucha gente. En el caso de esta novela, no puedo sino dar las gracias a las siguientes personas y entidades (por orden de intervención):

A la Escola d'Escriptura del Ateneu Barcelonès, y tres de sus profesores: Patricia Capdevila, por inocularme de nuevo las ganas de escribir; a Mauricio Bach, por decirme el primer día de curso que más me valía replantearme todo el argumento de principio a fin, y a Enrique de Hériz, por ponerme a prueba varias veces durante las cuatro semanas que duró ese curso de verano. Gracias también a mis compañeros de curso, a David Cañadas por prestarme una de sus hermosas metáforas, y a todo el equipo de las Truchas Narrativas, con quienes me embarqué en esta fantástica locura que es escribir.

Mil gracias a Ada Castells, por recoger el testigo y aceptar ser mi coach literaria. Capítulo a capítulo, sus inestimables comentarios me ayudaron a dar forma al texto. Empezamos trabajando en el salón de su casa, tuvimos que continuar a través de una pantalla, y pusimos el punto final con un buen ceviche junto al mar. Habrá que repetirlo.

Gracias a todas las personas que me han brindado información, empezando por mis padres, Jordi y Josefina. El recuerdo de mi madre de Elizabeth Taylor llegando a S'Agaró —la cabeza cubierta por un pañuelo azul con topos blancos— ubicó los veranos de esta novela en la Costa Brava. Mi padre ha llenado el texto con detalles de la Barcelona de esos años, y ha señalado errores cometidos al dibujar una ciudad que no conocí, él ha sido mi mejor corrector. Gracias también a Curris Calsamiglia, que me regaló el libro escrito por su hermana Helena, *Geografías e historias*, una cautivadora crónica de la sociedad barcelonesa vista desde los ojos de una niña que se convierte en adulta durante la transición. A Gloria Clemente, por acogerme en su casa de Coma-ruga para desgranar anécdotas de esa sociedad burguesa de mediados de siglo y compartir conmigo recuerdos de su boda, de cenas y de noches de estreno en el Liceo. Gracias a Marta Sanjuan, que también me abrió las puertas de su casa para contarme como, siendo muy joven, se marchó a París, donde estudió en la Universidad de Vincennes; sin su testimonio, probablemente yo no habría podido matricular a Elena en la universidad. Y gracias al Hostal de la Gavina, por mantener el espíritu de los años de esplendor de S'Agaró y compartir su archivo fotográfico de unos hechos y personajes que componen algunos de los episodios de más glamour de la historia de la Costa Brava.

No puedo sino arrodillarme ante mis tres lectores: Rita Pujals, Curris Calsamiglia y Francesc

Salat. Ni la mejor de las amistades los obligaba a dedicarme tanto tiempo, y sus comentarios me fueron de gran valor.

Mi gratitud infinita a Silvia Bastos, por entusiasmarse con la novela y aceptar ser mi agente antes incluso de haber terminado la lectura.

Y gracias también Lola Gulias, mi editora, con quien ha sido un placer trabajar, y a todo el equipo de Planeta, para la edición en castellano, y de Columna, para la catalana.

Y, por último, mi agradecimiento eterno a Joan Domènech, que ha estado a mi lado en esta aventura desde la primera hasta la última línea. Ha sabido aprender a dejarme el espacio necesario —no siempre fue fácil—, a respetar mis silencios cuando mi cabeza se perdía por vericuetos argumentales, a animarme cuando más cuesta arriba se me hacía. Ha sido el primer lector, capítulo a capítulo, siempre positivo, siempre el apoyo necesario. En esto consiste el amor, supongo.

*Nadie me habló de ti*
Laura Anguera

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Bettmann / Corbis / Getty Images

© Laura Anguera Armengol, 2022
Autora representada por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

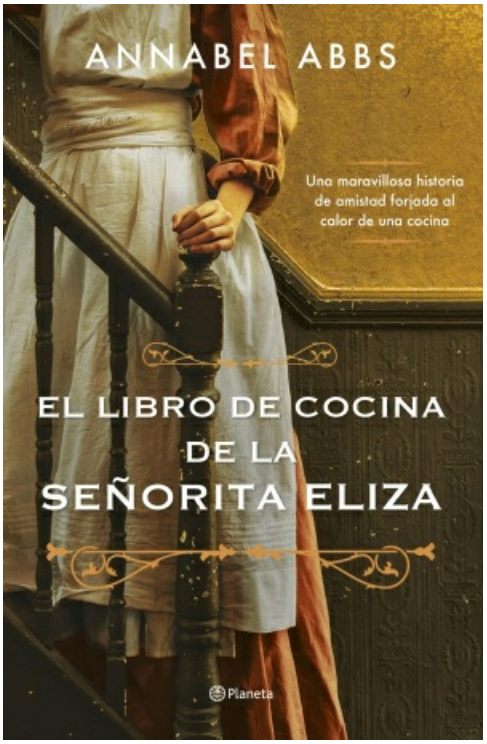
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2022

ISBN: 978-84-08-25814-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# ¡Síguenos en redes sociales!




# El libro de cocina de la señorita Eliza

Abbs, Annabel
9788408258261
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Inglaterra, 1837. El Londres victoriano está repleto de cambios y a las cocinas de todos sus hogares empiezan a llegar especias, alimentos y frutas exóticas, pero las damas inglesas se han alejado de ellas y las han puesto en manos de cocineras y chefs extranjeros. Allí vive la señorita Elizabeth Acton, poetisa camino de convertirse en solterona, cuya mayor ilusión es publicar su segundo poemario en una prestigiosa editorial. En lugar de un nuevo contrato, recibe de su editor la extravagante sugerencia de escribir un libro de recetas, algo que ella se niega siquiera a considerar. Sin embargo, cuando su familia se ve desprestigiada y sin un céntimo, Eliza reconsiderará su decisión. Junto a Ann Kirby, una joven de una familia empobrecida, se pondrán manos a la obra y, a pesar de la diferencia de clases, juntas darán forma a un libro de

cocina que formará parte de la historia.

Cómpralo y empieza a leer

# El mentalista

Läckberg, Camilla

9788408256625

720 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un parque de atracciones a las afueras de Estocolmo aparece el cuerpo de una joven asesinada de forma macabra: atravesada por múltiples espadas dentro de una caja. La agente de policía Mina Dabiri, reservada y metódica, forma parte del equipo especial de investigación que se hace cargo del caso. Cuando Mina agota todas las posibles pistas, recurre al conocido mentalista Vincent Walder para que los ayude a detectar los indicios que podrían conectar el asesinato con el mundo del ilusionismo. Con la aparición de un nuevo cuerpo, Mina y Vincent entienden que se enfrentan a un despiadado asesino en serie y comienzan una trepidante carrera contrarreloj para descifrar los códigos numéricos y las trampas visuales de una mente brillante y perversa. Un apasionante viaje a la parte más oscura del alma humana que no dejará

indiferente a ningún lector. Atrévete a descubrir la verdad.

Cómpralo y empieza a leer

# El Libro Negro de las Horas

García Sáenz de Urturi, Eva

9788408255178

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El esperado regreso de Eva García Sáenz de Urturi. El thriller que más de 2.000.000 de personas están deseando leer. Alguien que lleva muerto cuarenta años no puede ser secuestrado y, desde luego, no puede sangrar. Vitoria, 2022. El exinspector Unai López de Ayala —alias Kraken— recibe una llamada anónima que cambiará lo que cree saber de su pasado familiar: tiene una semana para encontrar el legendario Libro Negro de las Horas, una joya bibliográfica exclusiva, si no, su madre, quien descansa en el cementerio desde hace décadas, morirá. ¿Cómo es esto posible? Una carrera contra reloj entre Vitoria y el Madrid de los bibliófilos para trazar el perfil criminal más importante de su vida, uno capaz de modificar el pasado, para siempre. Me llamo Unai. Me llaman Kraken. Aquí termina tu caza, aquí comienza la mía. ¿Y si tu madre fuera la

mejor falsificadora de libros antiguos de la historia?

Cómpralo y empieza a leer

# El mapa de los anhelos

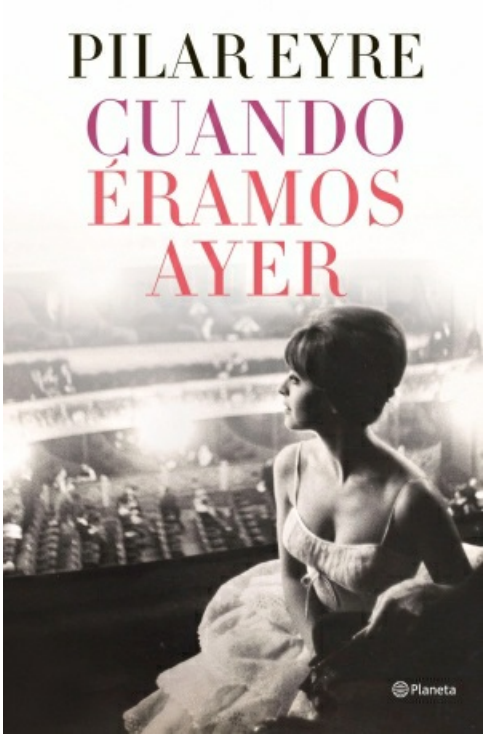
Kellen, Alice
9788408258254
496 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Y si te diesen un mapa para descubrir quién eres? ¿Seguirías la ruta marcada hasta el final? Imagina que estás destinada a salvar a tu hermana, pero al final ella muere y la razón de tu existencia se desvanece. Eso es lo que le ocurre a Grace Peterson, la chica que siempre se ha sentido invisible, la que nunca ha salido de Nebraska, la que colecciona palabras y ve pasar los días refugiada en la monotonía. Hasta que llega a sus manos el juego de El mapa de los anhelos y, siguiendo las instrucciones, lo primero que debe hacer es encontrar a alguien llamado Will Tucker, del que nunca ha oído hablar y que está a punto de embarcarse con ella en un viaje directo al corazón, lleno de vulnerabilidades y sueños olvidados, anhelos y afectos inesperados. Pero ¿es posible avanzar cuando los secretos comienzan a pesar demasiado? ¿Quién es quién

en esta historia?

Cómpralo y empieza a leer




# Cuando éramos ayer

Eyre, Pilar

9788408256731

368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Barcelona, 1968. Silvia Muntaner se presenta en sociedad en el Ritz, su familia tiene puestas todas las esperanzas en su espectacular belleza y en una buena boda para salvar su desastrosa economía doméstica. Pero sus sueños son muy distintos de los de su madre: esa noche conocerá el amor por primera vez y se le abrirá un nuevo mundo de posibilidades. Estudiante de Filosofía y Letras, tendrá un papel activo en la lucha antifranquista, tan alejada de su condición, y conocerá el sabor de lo prohibido en los brazos de Rafael, el hombre que la distanciará de su madre y revolucionará sus vidas para siempre. Con fina ironía y magnífica ambientación, Pilar Eyre nos traslada durante veinticuatro años a una ciudad en plena expansión, llena de contrastes, luchas políticas y esperanza olímpica a las puertas de 1992. Un escándalo oculto. Una familia

arruinada. Un amor que estremeció a la sociedad.

Cómpralo y empieza a leer